



Hunt the Moon

KAREN CHANCE

PURPLE ROSE

Hunt the Moon

KAREN CHANCE

MODERADORA

PIMIENTA

STAFF DE TRADUCCIÓN

~NIGHTW~	NARUMYTA
ABRIL.	NONY_MO
ANN!!	PAAAU
BASARAB_COUNTLESS	PAOVALERA
CHELSEA SHARKOVICH	PIMIENTA
DAIANANDREA	RHIANO
DYANNA	SARY_MELES
EMII_GREGORI	SHELLENE
KARLA PIERCE	SIENNAH
KUAMI	SUSANAURIBE
LITTLE ROSE	SWEETOBSESSION
LITTLEGIRL	TALLY ALEXANDRA
LIZC	VANNIA
MALU CULLEN	VERONIICA
MASI	YRE24
MERY ST. CLAIR	

STAFF DE CORRECCIÓN

ANDY PARTH
CURITIBA
KATHESWEET
LARITA
MAJO2340
MARINA012

RECOPILACIÓN Y REVISIÓN
ANDY PARTH

DISEÑO
LUCHITA_C

TRADUCIDO, CORREGIDO Y DISEÑADO EN
PURPLE ROSE



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon





INDICE	4	CAPÍTULO 21	217
SINOPSIS	5	CAPÍTULO 22	230
CAPÍTULO 1	6	CAPÍTULO 23	242
CAPÍTULO 2	16	CAPÍTULO 24	255
CAPÍTULO 3	27	CAPÍTULO 25	266
CAPÍTULO 4	38	CAPÍTULO 26	276
CAPÍTULO 5	48	CAPÍTULO 27	287
CAPÍTULO 6	59	CAPÍTULO 28	298
CAPÍTULO 7	69	CAPÍTULO 29	308
CAPÍTULO 8	81	CAPÍTULO 30	318
CAPÍTULO 9	92	CAPÍTULO 31	326
CAPÍTULO 10	102	CAPÍTULO 32	336
CAPÍTULO 11	112	CAPÍTULO 33	348
CAPÍTULO 12	122	CAPÍTULO 34	356
CAPÍTULO 13	131	CAPÍTULO 35	364
CAPÍTULO 14	140	CAPÍTULO 36	375
CAPÍTULO 15	151	CAPÍTULO 37	383
CAPÍTULO 16	162	CAPÍTULO 38	391
CAPÍTULO 17	173	CAPÍTULO 39	399
CAPÍTULO 18	185	CAPÍTULO 40	410
CAPÍTULO 19	198	EPÍLOGO	420
CAPÍTULO 20	208	SOBRE LA AUTORA	425



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

Sinopsis

Corregido por Andy Parth



Cassandra Palmer recientemente derrotó a un dios, lo que te haría pensar que es una chica usando un poco de su tiempo libre. Pero no funciona de esa manera cuando la descripción de su nuevo trabajo es Pitia, clarividente jefe del mundo. Cassie está más ocupada que nunca, tratando de aprender acerca de su poder, preparándose para su próxima coronación y averiguando cual es su relación con un maestro vampiro enigmático y atractivo, Mircea.

Pero alguien no quiere que Cassie se convierta en Pitia, y está dispuesto a llegar a cualquier extremo para asegurarse de que la ceremonia de coronación no se realice, por ejemplo, atacando a su madre antes de Cassie naciera.

Quinto libro de la Saga Cassandra Palmer



Capítulo 1

*Traducido por nony_mo
Corregido por Pimienta y Andy Parth*



Mi nariz estaba chorreando, no podía ver una mierda y mi cerebro se congeló en despreciable terror. Así que por un momento, acabé colgada allí, tragando aire helado y esperando que mi corazón parara de intentar golpear a través de mi pecho. Por el rabillo de mi ojo, pude ver una pequeña muestra de lo que nos estaba levantando, y no era tranquilizador.

Era casi transparente, a excepción de un ligero matiz azulado que era en gran parte invisible contra el cielo brillante. Tenía una tapa en forma de cúpula y algunos tentáculos membranosos que fluían hacia abajo para envolverse alrededor de nosotros, dándole un aspecto vagamente como a una medusa, si es que las que eran tan grandes como un autobús, tenían la costumbre de flotar en torno a Colorado Rockies. Lo que era lo casi extraño era una expresión de la magia de un hombre, formado un paracaídas, en el cual no confié en absoluto.

Por otra parte, confiaba en el hombre. Aunque realmente deseaba que él me tomara del frente en lugar de detrás. De esa manera yo podría tener las rodillas alrededor de él.

—¡Lo hiciste a propósito! —jadeé, cuando pude respirar.

—Por supuesto.

—¿Por supuesto? —miré hacia arriba, pero tuve que estirar la cabeza hacia atrás, dejando sus facciones por encima de mí. Los ojos verdes claros eran los mismos, y por desgracia, también lo era el pelo rubio de punta.

No se veía nada mejor desde este ángulo, decidí.

—Todavía tienes que aprender a reaccionar de forma fiable bajo presión —me dijo—. Hasta que lo hagas, eres vulnerable.

Traté de girar mi cuello, porque descargar lo que siento de otro modo, no funcionaría. Pero todo lo que vi fue parte de un musculoso hombro en una sudadera de color verde militar. A veces mi amigo, a veces enemigos, todo el tiempo un dolor el culo, me dice que John Pritkin no llevaba un abrigo.



Por supuesto que no lo llevaba.

Tenía que haber una temperatura por debajo de cero aquí y si no hubiera sido por toda la adrenalina que bombeaba a través de mi sistema, me habría muerto de frío, pero un abrigo no era machista. Y si había aprendido una cosa sobre magos de la guerra, lo más cercano que había en la comunidad sobrenatural a una fuerza policial, era que siempre eran machistas. Incluso las mujeres. Era un poco espantoso.

Algo así como estar colgando a una altura de más de una milla en lo más alto de las montañas.

—Tus habilidades te harán poco bien si no puedes aprender a funcionar bajo estrés —continuó tranquilamente, a medida que flotábamos más cerca de la cima.

—¿Estrés? —pregunté, mi voz ligeramente quebrada—. Pritkin, el estrés es un día de mal cabello. El estrés es ganar cinco libras justo antes de la temporada traje de baño. ¡Esto no es estrés!

—Llámalo como quieras, el punto es el mismo. Recuerda lo que hablamos. Evaluar: determinar lo que está sucediendo; Dirección: decidir cuáles de tus habilidades pueden hacer frente al problema actual, y a continuación actúas de forma rápida y decisiva. Debes aprender a hacer esto automáticamente, sin paralizarte, y sin importar las circunstancias. O sufrirás las consecuencias.

—¡Lo estoy intentando! —dije con rencor. Habían pasado apenas dos meses desde de que había sido empujada fuera de otro acantilado, y el hecho de que hubiese sido un metafórico no había ayudado en absoluto. Había sido declarada, por encima de mis fuertes y continuas protestas, Pytia, la principal vidente del mundo sobrenatural.

Era un trabajo que algunas personas estaban dispuestos a matar por él, como descubrí de dura manera. Por mi parte, me había pasado una buena parte de estos dos meses tratando de devolver el poder que vino con el ministerio, sólo para encontrar que no quería salir. Después de una serie de lecciones muy duras, había aceptado finalmente que iba a tener que sacar el mejor provecho de ello.

Como resultado, había estado trabajando fuera de mi trasero metafísico tratando de compensar el tiempo de formación que las otras candidatas habían recibido durante su vida, con éxito desigual. Hubiera ayudado si el Rambo de allí arriba no hubiese pedido también que aprendiera autodefensa. Coincidimos en que lo necesitaba, pero con una cosa que yo no supiera hacer era suficiente.

—Inténtalo con más ganas —me dijo el Sr. completa-carencia-de simpatía.

—Mira —dije, tratando de razonar con él a pesar de mi amplia experiencia de que esto rara vez funcionaba—. Este no es un buen momento. Tengo mi ceremonia...



—Coronación.

—... y estoy tratando de aumentar mi capacidad de patético a triste antes de esa fecha, para no terminan de avergonzarme delante de la gente de la que se supone que soy líder. Y luego están los accesorios para el vestido que quieren que me ponga, y un montón de nombres que quieren que aprenda, y al parecer si tengo un título incorrecto podría causar algún tipo de incidente internacional...

—Haremos un acuerdo —dijo, interrumpiéndome.

—¿Qué clase de acuerdo? —le pregunté con recelo. Tratos y acuerdos era una característica de vampiros, algo que el otro hombre de mi vida estaba mucho más dispuestos a probar. Magos de guerra ordenan, amenazan y putean, dependiendo de las circunstancias. No hacen acuerdos.

A excepción de hoy, al parecer.

—Estamos directamente sobre una zona utilizada por el cuerpo como campo de entrenamiento —me dijo, refiriéndose al nombre formal de los magos de guerra—. Permanece delante de mí durante quince minutos, con cualquier habilidad que quieras, a excepción del desplazamiento del tiempo, y no voy a molestarte de nuevo por una semana.

Yo no dije nada por un momento. Porque había varios tipos de desplazamientos estándar que viene con mi oficio: a través del espacio y del tiempo. Puede ser que ellos sean iguales que Pritkin, salvo que se me traslado de un lugar a otro, desde una época a otra. Pero no lo eran. Su jefe en el Corps, Jonas Marsden, fue quien me formó con mis habilidades recién adquiridas y él mismo me lo dijo. Así que si Pritkin no me prohíbe específicamente el desplazamiento espacial, que fácilmente podría mantenerme por delante de él, y comprarme una semana libre en el proceso. Después de las cosas que habían estado ocurriendo últimamente, un poco de tiempo libre sería el cielo. Pero sonaba como que sería un grave error.

—Hemos estado aquí la mitad del día —me quejé—. Estoy cansada, no he comido desde el desayuno y no puedo sentir ninguno de los dedos de mis pies.

—Voy a llevarte a un picnic.

Mi cabeza se alzó. —¿Qué?

—Escondí una cesta esta mañana. Después de la prueba, te llevaré a ella.

—Va a estar frío ahora.

—Lo dejé con un calentador —dijo secamente. Porque los magos de guerra comían el pollo frito congelado del suelo y les gustaba.



Dios. Pollo frito, ensalada de papas, habas cocidas al horno, tal vez algún pastel de manzana o galletas para el postre, sí. Yo podría usar un picnic ahora.

—Muy bien —estuve de acuerdo, más rápido de lo debido. Pero realmente tenía hambre—. No hay viaje en el tiempo.

—¿Estás segura? Porque cuando yo gane...

—Si es que ganas.

—... te quedarás aquí hasta que hayas acabado el curso entero. Y no te quejas de ello.

—¡Yo no me quejo!

—¿Entonces tenemos un trato?

—Supongo que sí —dije, intentando sonar renuente.

—Bien —me dijo amablemente.

Y entonces me soltó.

* * *

Un par de horas después, me tambaleé en la suite de hotel de Las Vegas que actualmente llamaba casa y estampé mi cara en el sofá. Ya había alguien sentado allí, pero no me importaba. Estaba demasiado cansada para abrir incluso los párpados y descubrir quién era.

Hasta que alguien se entrometió conmigo con un dedo del tamaño de un perro caliente.
—¿Mal día?

Puse mis ojos en blanco y, maldita sea, incluso eso dolía, para ver al líder de mis guardaespaldas mirándome.

—No. Me gusta caer desde las alturas de un avión sin paracaídas.

Marco me dio una palmadita en el trasero, que creo que fue razonable ya que estaba cubriendo su regazo. —Pareces bien para mí.

Marco, reflexioné amargamente, estaba muy indiferente a lo que mi salud se refiere. Había empezado a asumir que yo era tan blanda como la mayoría de los seres humanos, y prácticamente tenía un ataque al corazón cada vez que tengo problemas. Pero después de



verme sobrevivir a una docena de ataques, había comenzado a relajarse. En estos días, si no entraba con una herida abierta o escupiendo sangre, no tenía mucha simpatía.

—¡Porque me las arreglé para llegar a la tierra antes de que salpicara en ella! —le dije con irritación.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Me di la vuelta para poder fruncirle el ceño. —El problema es que corrí un maratón en el helado clima con un loco persiguiéndome.

—¿Por qué no solo...? —agitó la mano del tamaño de un jamón y su cuerpo del tamaño de un oso—. Ya sabes. *Poof*.

—¿Te refieres a cambiar?

—Sí. ¿Por qué no cambiar?

—¡Lo hice! Pero Pritkin esperaba eso y pidió prestado el collar de Jonas.

—¿Qué collar?

Suspiré y me incorporé. —Es una especie de encanto que le permite llamar a la Pythia en tiempos de emergencia. Tan pronto como intento cambiar, donde quiera que este, donde sea que este, tira de mí —como Pritkin había sabido cuando hizo esa apuesta, maldito sea.

Dios, deseaba darle un rodillazo en las bolas.

* * *

Marco parecía pensar que era divertido, lo cual no mejoró mi estado de ánimo. Me levanté y fui cojeando hasta la habitación de al lado, todavía moría de frío y hambre. Porque la idea de Pritkin de un picnic dejó mucho que desear.

Pero mi cuarto de baño no lo hizo. Sabía que era estúpido, pero mi cuarto de baño me hizo feliz. Tal vez era el tamaño, que era una enorme frontera con el pecado, o la combinación de colores blanco y azul suave, o la salvaje ducha sobre la bañera del tamaño de Godzilla. O tal vez fue porque era el único lugar en el maldito conjunto donde podía estar sola.

Marco no era el problema. En el último mes, él había ido de tratarme como un parásito pesado a tratarme como una hermana más joven levemente malcriada, y la mayor parte del tiempo, me encontré realmente disfrutando de su compañía. Pero Marco era la punta del



iceberg en cuanto a mi guardaespaldas se refiere. Ellos solamente habían estado creciendo en número desde que la fecha de la ceremonia se había anunciado.

Todo el mundo supuso que habría un ataque. Incluso yo lo asumí. El mundo sobrenatural estaba en guerra, y la matanza en dirección opuesta era SOP (COMPENSACIÓN). Y, me gustara o no, la Pythia era considerada una de los más importantes y activos de nuestro lado. Lo que explica los intentos de intensificación de Pritkin para que absorba un poco menos en autodefensa y que una docena más o menos de maestros vampiros de ojos dorados constantemente patrullen la suite.

Ellos estaban allí para mi protección; lo sabía. Pero no lo hace menos escalofriante. Me miraban comer. Me miraban beber. Me miraban ver la maldita televisión. Incluso me miraba dormir. Me había despertado más de una vez para encontrar una de ellos de pie en la puerta de mi habitación, mirándome, como si fuera una cosa perfectamente normal de hacer.

Si no hubiera sido por mi baño, me podría haber perdido.

Lástima que no pudo dormir aquí.

Marco pegó la cabeza en la puerta cuando estaba corriendo el agua caliente en mi gran y encantadora bañera. —¿Necesitas algo? Porque me voy fuera de servicio en un rato.

—Comida —le dije, encogiéndome de hombros fuera de mi abrigo.

—¿De qué tipo?

—Lo que sea. Mientras no sea bueno para mí.

Él asintió con la cabeza y se agachó cuando empecé a tirar de mi camiseta. Era demasiado débil por donde yo había estado, pero el dicho de la parte frontal encaja perfectamente con mi estado de ánimo: Guardo el golpe de escape, pero todavía estoy aquí. La tiró en una pila con el abrigo, mis pantalones vaqueros tiosos del frío y el costoso recorte de seda que había estado en una parte de mi trasero por la última media hora. Entonces lentamente me metí en la bañera.

Oh, Dios.

Bliss.

En realidad, estaba un poco demasiado caliente, pero pensé que la cantidad de hielo que se aferran a mí debería de hacer efecto en ello. Añadí una generosa cantidad de sales de baño, encontré mi almohada debajo de unas toallas y dejé que mi cabeza bajara contra la húmeda bañera. Después de unos momentos, mis músculos empezaron a aflorar y mi columna vertebral se hundió en alivio y en serio comencé a preguntarme si dormir aquí era tan mala idea, después de todo.



Creo que tal vez me fui a la deriva por un tiempo. Debido a que la siguiente cosa que supe, fue que estaba en el rosado y pruney escalón, los espejos estaban todos empañados y el agua ya no estaba caliente. Y un fantasma estaba sentado junto a la bañera, mirándome.

Me hubiese preocupados más, pero este era un fantasma que yo conocía. Cogí una toalla y le lancé una mirada, no sé por qué. Billy no se preocupa por sus numerosos vicios. Se había burlado de la muerte como si hubiera engañado a las cartas en vida y tenía la intención de mantenerlo. Eso hizo su moral desapareciera, ya que nunca tuvo la intención de responder a ninguna de todos modos.

Empujó el sombrero que había estado usando durante el último siglo y medio con un dedo no sustancial. —Lo he visto antes —me dijo, con una mirada de soslayo exagerada.

—Entonces, ¿por qué estás mirando?

—¿Porque estoy muerto, no senil?

Le tiré la esponja, lo cual no sirvió de nada, ya que pasó a través de él y terminó contra la pared. —No te puedo alimentar todavía —le dije—. No hasta que coma.

Billy y yo teníamos un antiguo acuerdo, que data de la época en que había recogido el collar que él había encantado en una tienda de chatarra a la edad de diecisiete años. Yo donaba energía de vida que él mantenga un jugueteo sentimiento, y él hacía unos pequeños recados para mí a cambio. Por lo menos, lo hacía, si yo lo regañaba lo suficiente.

Estiró las piernas cubiertas de mezclilla en frente de él, como si estuviera en un sofá invisible. —¿No puede un hombre mirar sin que tú de inmediato supongas...? —vio mi expresión y lo dejó—. Está bien, esperaré.

Yo estaba tratando de decidir entre salir y dejar correr un poco más de agua caliente cuando alguien llamó a la puerta. —¿Estás decente?

Tiré la toalla un poco más arriba. —Sí, si mis dedos de los pies arrugados no te ofenden.

La cabeza morena de Marco apareció alrededor de la jamba de la puerta. —No, son lindos.

Yo los moví para él ya que en realidad podría sentirlos ahora.

—De todos modos, la comida está afuera y yo me tengo que ir —él me sonrió—. Gran cita esta noche.

—¿Cita? —yo parpadeé con sorpresa, porque los vampiros no aman las citas. No a menos que sean forzadas, de todos modos.

—Bruja —dijo concisamente.



—¿No es eso un poco... raro?

—Soy como el amo. Me gusta caminar por el lado salvaje.

Me tomó un momento darme cuenta de lo que quería decir. —Yo no soy el lado salvaje —le dije rotundamente—. Estoy tan lejos del lado salvaje cómo es posible de conseguir.

Levantó una ceja negra espesa. —Si tú lo dices.

Abrí la boca, entonces decidí que era demasiado para discutir. —Bien, diviértete.

—Oh, lo haré —hizo una pausa—. Y para tu información, hay un montón de chicos nuevos esta noche. Bueno, no son nuevos, nuevos, pero son nuevos para ti.

No sabía por qué se estaba molestando en decírmelo. Los guardaespaldas eran cambiados de forma regular. Veinticuatro horas de seguridad significa que algunos de ellos se quedaban atascados en el turno de día, que era muy duro para los vampiros. Por lo menos lo asumí que era por qué, después de una semana o dos, empezaron a mirar un poco enarbolado.

Asentí con la cabeza, pero Marco se quedó allí, como si esperara algún tipo de respuesta. —Está bien.

—Es sólo que... —vaciló—. Trata de no los asustarlos demasiado, ¿de acuerdo?

—¿Yo los asusto?

—Sabes lo que quiero decir. Son esas cosas que haces.

—¿Qué cosas?

Sus ojos recorrieron todo el cuarto de baño. —Hablando con gente invisible, es tipo de cosas.

—Son fantasmas, Marco.

—Sí, sólo que la mayoría de los chicos no creen en fantasmas, y han comenzado a pensar que eres un poco... extraña.

—¿Son vampiros y piensan que soy extraña?

—Y que aparezcas de la nada frente a un hombre. Eso toma algún tiempo para acostumbrarse. No creo que Sánchez se haya recuperado todavía.

—El único lugar en el que me voy a aparecer es en la cama.

—Buen plan —Marco parecía satisfecho—. Nos vemos en el otro lado.



Rodé mis ojos por la jerga, que como de costumbre para los vampiros más viejos eran de décadas antiguas, y dejé que mi cabeza descansara contra la húmeda bañera. Realmente no tenía ganas de moverme, ahora que estaba cálida y relajada y estaba comenzando a sentir mis extremidades de nuevo. Pero el olor que salían de la habitación contigua estaban haciendo gruñir a mi estómago dolorosamente.

No pude identificar inmediatamente la fuente, pero no importaba. Si Marco había hecho el pedido, tenía que ser buena. A diferencia de Pritkin, Marco no se preocupaba por cosas como la grasa y colesterol. Cuando Marco comía, comía a lo grande: pasta que gotea en salsa de crema, grandes filetes a la pimienta, puré de papas con salsa, y *cannoli* dulce suficientes para romper los dientes. A menudo en la misma comida.

El hecho de que los vampiros técnicamente no tenía la necesidad de comer no parecía preocupar a Marco. Él me había dicho que una de las mejores cosas de finalmente alcanzar el título de maestro había sido el regreso de sus papilas gustativas. Y había pasado el tiempo compensando todos esos años sin sabor.

Decidí que tal vez estaba lo suficientemente limpia. —Date la vuelta —le dije a Billy—, voy a salir.

Hizo una cara de puchero, pero no discutió. Tal vez tenía hambre, también. Me envolví la toalla alrededor de mí y empecé a salir de la bañera.

Pero en vez mis manos se desliaron por la porcelana, mis rodillas se doblaron y me volví a sumergirme rápidamente en la refrescante agua. Por un segundo, sólo estaba allí, más confundida que preocupada. Hasta que me quedé en el fondo. Entonces salí de ello y comencé a luchar. Y descubrí que no había absolutamente ninguna diferencia.

Lo mejor que podía hacer era mantener mi cara por encima de las burbujas durante unos segundos mientras me esforzaba por moverme, gritar, o hacer algo. Pero mi cuerpo se congeló como el grito atrapado detrás de los dientes, mis labios se negaron obstinadamente a dejarlo salir. Lo más que logré fue un gruñido sordo mientras mi cabeza lentamente se hundía.

Inmediatamente, todo el sonido desvaneció. El zumbido del aire acondicionado, los pasos casi silenciosos de los guardias, el tintineo suave de los cubitos de hielo de alguien al caer en un vaso en el comedor, todo se desvaneció en un estruendo húmedo. El silencio se hizo a mi alrededor, una mano pesada, el frío me robó el aliento tan eficazmente como el agua sobre mi cara. Las mitad de las burbujas se había desvanecido hasta ahora, con bolsas de espuma flotando aquí y allá, como el cielo en un día nublado. Entre ellas podía ver el techo del cuarto de baño, ondeando con mis apenas discernible lucha. Pero no fueron bastante, no lo suficiente, y mis pulmones ya estaban pidiendo a gritos el aire.

Después de lo que sentí como una hora, pero probablemente no más de unos segundos, la escena sobre mí fue oscurecida por la forma indistinta de Billy. Él estaba diciendo algo, pero yo no podía oír, y luego su rostro pasó por el agua y me miró con curiosidad. —Es hora de salir.

Ninguna mierda, pensé histérica, tratando de mover mis miembros que de repente sentía como si pertenecieran a otra persona. Un ceño fruncido apareció entre los ojos de Billy. Pero fue la impaciente mirada de Billy, no la mirada de pánico de Billy. Él todavía no lo entendía.

—En serio, Cass. Tu cena va a enfriar.

Me lo quedé mirando fijamente, mis ojos ardían por el jabón, queriendo hacerlo comprender. No pasó nada, salvo que una cadena de burbujas se escurrió de entre mis labios, yéndose por el aire a unos cuantos centímetros de distancia. Puede ser que también haya sido unos miles por todo el bien que me estaba haciendo.

Mis dedos estaban flotando cerca de la superficie del agua, justo al lado del interruptor que controla el desagüe. Estaba justo debajo de la llave de agua, de fácil acceso, si yo hubiese sido capaz de moverme. Mientras tanto, sólo podía mirarlo fijamente, el terror marcado arrastrándose sobre mi cuerpo, mi piel fría y amenazando con paralizar las funciones del cerebro que me quedaba. No me podía mover y Billy era inútil y ni siquiera podía tomar una respiración profunda para calmarse, porque... porque yo estaba a punto de ahogarme en la maldita bañera.



Capítulo 2

*Traducido por Basarab_Countess
Corregido por Pimienta y Andy Parth*



La idea cortó limpiamente a través de los farfullos de mi mente. La gente había estado tratando de matarme de diversas maneras los últimos meses, pero si no me controlaba, en mi tumba se podría leer: se ahogó en la bañera.

Pero debía estarlo, porque estaba condenada si no salía de allí.

Sólo que no parecía tener muchas más opciones.

Cuanto más me esforzaba, más parecía que mi cuerpo se apagaba. Tratar de moverme era como tratar de abrir la tapa de un ataúd desde dentro. Pedí ayuda, pero el grito se quedó atrapado en mí en entumecida garganta.

La peor parte era el silencio. Se suponía que la muerte era enérgica, disparos, explosiones, gritos y truenos. No esta extraña calma que me envolvía como una mortaja. No podía oír nada excepto el agua lamiendo los lados de la bañera, como un reloj contando los segundos que quedaban.

Y una discordante voz resonando en mis oídos: Evaluación, Dirección, Acción.

Por un segundo, las palabras tan solo flotaron en mi mente, rehusándose a conectarse a nada más. Y entonces, recordé las malditas tres directrices¹ de Pritkin. Me aferré a ello, como a una cuerda de salvamento, antes de que pudiese ser expulsado por el espacio vacío que era el pánico.

Ok, pensé desesperadamente.

Evaluación. ¿Cuál es el problema? Que no podía respirar, joder.

Dirección. ¿Qué podía hacer con ello? Nada. No cuando mi propio cuerpo se negaba a seguir mis órdenes, cuando parecía estar bajo el control de alguien más... Espera, espera. No necesitaba moverme físicamente para usar mi poder, que era independiente de mi forma humana. Y mi poder podía...

¹ Aquí dice las tres A's porque en inglés son Assess(Evaluación), Adress (dirección), Act (acción).



Cambié antes de que terminara el pensamiento, terminando fuera de la bañera, con mi desnudo culo a varios metros por encima del suelo del baño. La gravedad se hizo cargo de la situación, tirándome sobre las frías baldosas antes incluso de que pudiese respirar, junto con cerca de cuarenta litros de agua templada. Presa del pánico, había transportado todo el contenido de la bañera, que enjabonó el suelo, empapando la peluda alfombra y rompiendo contra las paredes como una marea diminuta.

Apenas me di cuenta. Me quedé tumbada en los mojados azulejos, aspirando grandes bocanadas de aire en mis roncospulmones, mientras Billy floraba a mí alrededor. Parecía un poco asustado ahora, noté irrelevantemente, justo antes de un puño cerrado alrededor de mi garganta.

Me tomó un segundo darme cuenta de que era mío.

Afortunadamente, tengo las manos pequeñas, por lo que el intentar suicidarme estrangulándome, no había tenido mucho éxito. Podría haberlo hecho mejor de tener ayuda, pero mi otra mano estaba cerrada, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, alrededor del toallero de pie, y no quería dejarlo. Lo miré fijamente, aturdida y sin comprender, y mis propios ojos, amplios y azules, me devolvieron la mirada desde la superficie de cromo brillante.

—¿Qué demonios?

La pregunta se hizo eco en mi cabeza, pero no había venido de mí. Me tomó un segundo darme cuenta de que Billy se había metido debajo de mi piel, como cuando le alimentaba. Le daba acceso a mi poder, algo que había aprendido a soportar, pero no me gustaba. Hoy, lo agarré en un apretón metafísico, casi llorando de alivio.

—¡Ayuda!

—¿Que ayude cómo? —preguntó— ¿Qué está pasando?

—Posesión —la palabra me detuvo, dado que mi mente consciente no había conectado las pistas. Pero mi inconsciente parecía estar más organizado, ya que sonaba bastante bien. Había tenido experiencia con la posesión en los últimos meses porque era una de las armas principales de la Pitia, pero nunca antes se había vuelto contra mí.

Decidí que no me estaba gustando la experiencia.

—¿De qué? —exigió Billy.

—¡Al igual que yo la distinguí! Simplemente haz algo.

—Sí, sólo que depende mucho de lo que es exactamente...

—¡Billy!



—Ok, ok. No te preocupes, Cass. Lo tengo —me dijo. Justo antes de salir despedido de mi cuerpo, atravesar el baño y traspasar la pared de golpe.

Le vi desaparecer, una mirada de sorpresa casi cómica en su cara, y tardíamente me di cuenta de que había tenido el control de mi otra mano. Debido a que, inmediatamente se me entumeció, y se unió a la fiesta de estrangulamiento de mi cuello. Pero, sorprendentemente, aquel no era el problema más grande.

Había un número limitado de cosas que podían poseer a un humano. Los fantasmas eran uno de ellos, pero a menos que fueran acogidos por mí, como hacía con Billy, tendrían que luchar a través de las defensas de mi cuerpo. Y eso significaba un espíritu debilitado cuando al fin entrase, si es que lo hacía.

Pero esto no era débil. Lo-que-fuese había exorcizado a Billy aún manteniendo su control sobre mí, y ningún simple fantasma podía hacer eso. Lo que restringía las cosas a la “Oh, lista de la mierda”.

Un hecho que quedó demostrado cuando el toallero de pie se volcó, y trató de golpearme en la cabeza. Mi mano ya no estaba sobre él, la de nadie, pero se estaba volviendo loco de todos modos. El toallero hizo añicos el espejo de encima del lavabo, luego rebotó y se estrelló contra la bañera, tirando el frasco de sales de baño por el suelo y volviendo las empapadas baldosas, de color rosa fluorescente. Resultó ruido suficiente para despertar a los muertos, uno de los cuales comenzó a golpear en la puerta del baño.

—Srta. Palmer. ¿Está usted bien?

No conocía la voz, pero no me importaba. No podía responderle, de todas formas. Todo en lo que podía pensar era en llegar hasta la fuente del sonido.

Los vampiros no sabían mucho más de esto que yo, pero podrían al menos hacer palanca para quitarme las malditas manos del cuello.

Traté de cambiar pero, esta vez, no pasó nada. Tal vez porque la habitación estaba empezando a dar vueltas, y mi visión se iba oscureciendo, y lentamente se me iban aflojando las piernas. Y entonces, Billy volvió, pareciendo cabreado.

Se deslizó dentro de mi piel, y de inmediato sentí una pérdida de energía muy familiar.

—¿Te estás alimentando ahora? —pregunté, incrédula.

—¡Tengo que tener energía para luchar contra esa cosa, Cass! Y estoy tocando fondo.

—¿Y qué te crees que me pasa a mí?

Billy no respondió, pero el drenaje no se detuvo. Pero un momento más tarde, mis manos se separaron de mi cuello como si se hubiesen quemado. De repente, puede respirar de nuevo.



Me quedé tumbada porque no tenía energía para levantarme, tosiendo y resollando, mis pulmones luchando por pasar el aire a través de una garganta que se sentía como la mitad del tamaño normal.

Los pulmones me ardían, y mi cabeza daba vueltas y realmente, realmente quería vomitar. Pero habría llorado de alivio si mis ojos hubiesen estado bajo mi control.

Desafortunadamente, rodaron en sus cuencas y no regresaron.

—¿Señorita Palmer? —el vampiro sonaba seriamente descontento ahora, pero la puerta aún permanecía cerrada.

—¿Por qué no entra? —preguntó Billy enfadado.

—No quiere disgustarme.

—¡Tú y tu maldito espacio personal!

No le respondí porque tenía razón. Y porque de repente me di cuenta de que podía sentir mis piernas de nuevo. No debería haberme sorprendido. Aferrarse a un cuerpo que no es tuyo y no te quiere dentro no es fácil. Y parecía que lo que fuera que me tuviera en sus garras, no podía mantener todos mis miembros controlados y al tiempo luchar contra Billy Joe.

No era un avance muy grande, pero era lo único que tenía. Me tambaleé sobre mis pies, haciendo una mueca cuando un pedazo de vidrio roto me cortó en el talón y tropecé con la empapada y arrugada alfombra.

Estaba tratando de no entrar en pánico, pero se sentía un poco como estar ahogándose de nuevo, estar desnuda y ciega, a la merced de un enemigo del que no sabía nada.

Excepto que quería verme muerta.

Y no era muy particular acerca de cómo matarme.

No había dado ni dos tambaleantes pasos cuando mis piernas se entumecieron de nuevo, mi cuerpo dio un giro y me precipité contra la pared más cercana. Dio la casualidad de que mi cabeza estaba un poco torcida, lo que salvó mi nariz, pero la sien golpeó con suficiente fuerza la pared como para dejarme mareada. Me tambaleé hacia atrás, pero solo para coger el suficiente impulso para embestir de nuevo el muro.

—¡Los ojos! —grité mentalmente y apoyé una mano para parar la caída, casi rompiendo la muñeca en su lugar.

—Trabajando en ello.



—¡Trabaja más fuerte! —lloré, cuando el impacto me envió a encontrarme con un lado del lavabo.

Mi cadera golpeó el implacable mármol con fuerza suficiente para hacerme un cardenal, pero un momento después, mi vista regresó. Eso hubiese sido un alivio, excepto porque eso indujo a mi atacante a tomar de nuevo el control de una de mis manos. Por suerte, fue la mala, y tuvo que soltar la horquilla que me sujetaba el pelo para intentar apuñalarme el ojo con ella.

La horquilla cayó, y mi otra mano se acercó, con un cortante trozo de cristal que usé para cortarme la yugular. Billy la paró justo a tiempo, pero la mano no bajó. Se cernía amenazante, sostenida en el aire frente a mi cara, temblando por el esfuerzo, mientras que tres espíritus luchaban por su control.

No podría decir quién estaba ganando, pero no creí que fuéramos nosotros. Me quedé mirando al perversamente agudo triángulo mientras se acercaba, reflejándome, el terriblemente enmarañado pelo rubio, la cara pálida como la de una calavera, atontados ojos azules, y la puerta hacia el salón, por encima de mi hombro izquierdo. Ahora estaba más cerca, y yo estaba aún de pie.

Corrí hacia ella.

A mitad de camino, mi cuerpo se contrajo espasmódicamente y caí. Pero me las arreglé para tirar una maceta por el camino. La preciosa pieza azul y blanca de Delftware estaba en una bonita base, lo que hizo que tuviese un bonito trastazo cuando se volcó y explotó contra el suelo con fuerza.

Y eso, finalmente, fue suficiente para los guardias.

La puerta se abrió de golpe y tres vampiros se precipitaron hacia el interior, parándose confundidos cuando no vieron más que una chica flacucha destrozando el baño. Y entonces sentí como si algo me estuviese rompiendo a mí también, una ardorosa, desgarradora sensación que, afortunadamente, tan solo duró unos segundos antes de que algo saliese de mi cuerpo.

Un grito sin palabras apuñaló el silencio y algo se estremeció en el aire del cuarto de baño.

La presencia era grasienta y resbaladiza, e incorrecta, pero el olor era peor: asquerosamente dulce, que se enterraba en lo profundo de mi garganta, empalagoso, nauseabundo. Se generó un sentimiento de repulsión profunda y primordial en mis entrañas, y no parecía como si fuese la única. Los vampiros se agacharon y sacaron sus pistolas, a pesar de que no había nada a lo que disparar, excepto por mí, y se las arreglaron para que estuviese en el medio de los tres.

Yo no estaba manejando mi cuerpo, pero no creía que la identidad tampoco, ya fuese, porque podía sentir cada centímetro de piel arder en llamas, cuando caí contra la alfombra de la zona del comedor, con la cara primero.



—No ayudes —le dije a Billy, cuando los restos del espejo salieron disparados por encima de mi cabeza, y se incrustaron en los guardias.

No tuve tiempo de pedir disculpas, porque el apartamento se estaba volviendo chalado.

Un conjunto de licores voló desde un carro cercano y se estrelló contra la pared a mi espalda, en un baño de alcohol y cristal del caro. Los cubiertos de la cesta de servicio del carro, lo siguieron, y me hubieran ensartado de no ser porque un vampiro se interpuso en el camino. Y entonces la lámpara que estaba sobre la mesa del comedor fue arrancada del techo, dando vueltas como un tornado de cristal.

Billy nos arrojó detrás del sofá, lo que ayudó, y luego rodamos debajo de la mesa de café, lo que ayudó. Al menos por el momento. Todo lo que podía ver a través de la tapa de cristal eran unos pocos cientos de cristales, golpeando como una tormenta de granizo caro, pero la vista a través del lateral estaba menos obstruida.

Miré alrededor, tanto con incredulidad como con pánico, porque nunca había visto nada igual. Los fantasmas encuentran muy difícil mover incluso la cosa más diminuta, como un clip o un pedazo de papel. No sacan las barras de las cortinas, o tiran pesados cuadros contra la cabeza de la gente, o arrojan sillas a través de las ventanas de cristal.

A excepción de las paredes cubiertas de sangre, parecía algo sacado de la Morada del Miedo².

Parpadeé, finalmente realizando la conexión. Y entonces apreté tan fuerte que Billy aulló.
—¡Ya basta!

—Tenemos que llegar a Pritkin —le dije con rapidez.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué puede...

—Esto no es un fantasma.

—¡No jodas!

—Así que probable sea algún tipo de demonio.

—¿Y?

—¡Y él sabrá cómo deshacerse de él!

Billy no dijo nada más, tal vez porque Pritkin era nuestro experto en demonios particular. O quizás porque la mesa de café acababa de partirse por la mitad. Billy nos tiró a cuatro patas, y gateamos fuera de su alcance, así como del de la lámpara de araña que explotó, como una granada de cristal, por todo el salón.

² La Morada del Miedo, The Amityville Horror en EEUU, Terror en Amityville en Argentina, México, Perú y Venezuela, es una película de terror.



Era posible que no hubiesen sido hechas para este tipo de actividad, pero la docena o así de delgadas columnas de madera que volaban a nuestro alrededor parecían hacerlo de forma estudiada. También parecían familiares. Finalmente, reconocí una cuando aporreé el piano cuando trataba de alcanzarme. Miré fijamente una de las patas de los muebles de comedor y me pregunté por qué la entidad se tomaría la molestia de destruir aquello. En aquel momento estábamos en el otro lado del apartamento, así que no parecía tener mucho sentido.

Hasta que vi a uno de los guardias pasar corriendo, siendo perseguido por su correspondiente estaca voladora. Él la eludió, casi toda, le golpeó en la pierna en lugar de en el corazón. Tuvo suerte, porque le atravesó carne y hueso tan fácilmente como las otras piezas hicieron con las paredes, los muebles y los endebles laterales del piano.

Los vampiros que formaban parte de mi equipo de guardaespaldas eran todos maestros de alto nivel y, presumiblemente, habían visto un montón de peligros a lo largo de los años. Pero, al parecer, no algo como esto. Vampiros que se enorgullecían de su fuerza e imperturbabilidad corrían con ojos desorbitados, atacados por muebles que les castigaban por portarse mal como no supieran si eran un problema o simplemente porque estaban tratando de convertirlos en vampiros-kebab.

Pero aparte de la implosión en la suite, el resto estaba extrañamente en calma. Yo no podía hablar, y los vampiros no lo necesitaban- al menos no en voz alta. Podían comunicarse mentalmente los unos con los otros con tanta facilidad como yo hacía con Billy, algo que normalmente les daba una gran ventaja a la hora de luchar. Salvo, al parecer, en aquel momento.

Al menos un hombre había decidido que necesitaban ayuda del exterior, porque había sacado su teléfono móvil. Estaba al lado contrario de la habitación de donde yo estaba, agachada detrás del piano de cola, y no tenía el control de mis cuerdas vocales, de todas formas. Así que avisé al tío que lo tenía. —¡Dile que llame a Pritkin!

Y Billy lo intentó. Pero entre mi irritada garganta, el peligro mortal, y el ruido ensordecedor, nadie nos prestó atención. —Estos tíos son nuevos, ¡ni siquiera creo que sepan quién es él! —dijo Billy frenéticamente.

—Entonces, tendrás que ir a buscarlo.

—¿Cómo? Nunca conseguiremos llegar hasta la puerta a través de todo esto.

—Yo no lo haré, pero tú sí. No es por ti.

—Sí, excepto porque si te dejas, aquella cosa te tendrá entre sus garras de nuevo.

—Y si no lo haces, me golpeará hasta la muerte —yo no le veía una gran diferencia, la verdad.

—Está bien, vale —Billy sonaba como si estuviera tratando de calmarse, y no lo estuviera consiguiendo—. Dices que encuentre al mago. ¿Y luego qué? No puede verme.



Mierda. Billy era tan sólido para mí, que tenía problemas recordando que no era real para todo el mundo. Pero Pritkin ni siquiera sabría que estaba allí.

Fue difícil concentrarse por encima de las notas de agonía del piano, pero lo intenté. Solo que las tres directrices no me estaban haciendo mucho bien por el momento. Sabía cuál era el problema, era que necesitaba llegar a Pritkin. Pero no tenía ninguna habilidad que me ayudase a hacerlo.

Si pudiera haber cambiado, hubieses sido fácil. Pero su habitación estaba cinco pisos más abajo, y al otro extremo del hotel. Y yo sabía sin intentarlo, que no podía llegar tan lejos. Era difícil cambiar después de que Billy se hubiera alimentado incluso si no estuviese tan exhausta. Tal como estaba, sería afortunada si me movía 5 metros, y eso no podría...

Me detuve, rebobiné los pensamientos. —Ve donde Pritkin —le dije a Billy, el sonido de la sangre latiendo en mis sienes.

—Ya te dije, él no me va a...

—¡Escúchame! Tiene el collar de Jonas. Lo usó hoy para atraerme cuando intenté cambiar. ¡Tienes que conseguirlo!

—¿Y luego qué? Solo funciona cuando usas tu poder, y no puedes...

—Sólo necesito cambiar, ¡no importa cuánto de lejos! Un par de pulgadas debería ser suficiente para activarlo. Ahora, ¡vete!

Por una vez no discutió, tal vez porque él tampoco sabía qué otra cosa hacer.

Le sentí marchar y me preparé para otra embestida. Pero la entidad se estaba divirtiendo demasiado como para notar que Billy se había ido, y yo no le iba a dar tiempo para darse cuenta. Agarré la parte superior de la banqueta del piano como escudo, y empecé a gatear.

Un guarda estaba encima de una silla volcada, bateando los fragmentos voladores de madera con una pata de mesa ensangrentada como un bateador en un partido de béisbol. Me vio y sus ojos se abrieron de sorpresa, como si hubiese asumido que ya debía haber sido hecha brochetas hacía ya años. —No estoy muerta aún —croé de forma alentadora, y seguí gateando.

El comedor había sido destruido, pero el carro de servicio de habitaciones había sobrevivido de forma milagrosa, encajado en el umbral de la puerta que comunicaba cocina y bar. Lo empujé hacia dentro y eché un vistazo bajo la tapa. Pollo frito, y todavía estaba caliente.

Dios existía.

Me resguardé detrás de la isla de la cocina y me concentré en recuperar fuerza suficiente para cambiar por mi propia cuenta por si Billy fallaba. Básicamente significaba cebarme de pollo



lo más rápido posible, sin vomitar. Estaba haciendo una buena marca comparable a las de Marco cuando algo provocó que mirase hacia arriba.

Tres vampiros estaban en la puerta de la cocina, mirándome. Parecían un poco conmocionados, y mi reflejo en la nevera me dijo por qué. Estaba desnuda y ensangrentada, con mechones de pelo medio mojados, pegados por toda la cara, y un muslo de pollo deformando un lado de mi boca. Me parecía sorprendentemente a una cavernícola chiflada.

Aparté el muslo de pollo y me lamí los grasientos labios. “Um. ¿Hola?”

Ellos no dijeron nada. Por un momento, tan solo nos miramos los unos a los otros. Y luego, la criatura atacó de nuevo, y dejé de preocuparme por la impresión que estaba causando, y comencé a preocuparme por conseguir que mi cabeza dejara de darse golpes contra un lateral de la isla. Vi las estrellas y todo se volvió de color rojo, lo cual probablemente entraba en la categoría de cosas poco sanas.

Y entonces vi a Pritkin de pie, mirándome en completo estado de shock.

No recordaba haber tratado de cambiar, pero debía haberlo hecho, porque en lugar de los fríos azulejos de cocina, mis pies estaban hundidos en la alfombra de su habitación. Había aterrizado al lado de su cama, que él estaba abriendo para dormir. Su pelo estaba húmedo y rizado en el cuello, y algunas gotas de agua se deslizaban por sus hombros. E incluso aún no se había puesto el pijama, o dormía desnudo, lo que hubiese encontrado un poco incómodo si no hubiese estado a punto de morir.

—Posesión —gruñí, antes de que mis manos se convirtiesen en garras, y mi cuerpo se lanzase, por sí solo, directo a aquellos ojos verde claro.

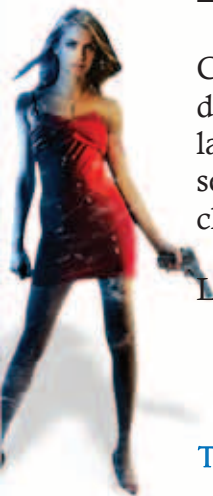
No conseguí arañarle gran cosa, los reflejos de Pritkin eran mejores que eso, incluso cuando estaba totalmente asombrado, pero conseguí hacerle un rasguño de escasos centímetros en una de sus mejillas. —¡Lo siento!

—¿Qué clase de posesión? —me preguntó en tono grave, cada mano cerrada en torno a mis muñecas.

—No es un fantasma, pero no...

Callé, porque mi garganta se sobresaltó por un momento, como si fuese más difícil de controlar de lo que había imaginado. Pero al momento siguiente, me encontré tirada sobre la cama, con las manos sujetas sobre la cabeza por una de las tuyas. Usó su otra mano para convocar una serie de pequeños viales de una estantería que había instalado, al parecer tenía un tipo de clave para las pociones apesadas.

La mayoría de las cuales pronto cayeron sobre mí.



Algunas eran pegajosas, otras como de lodo, y otras eran realmente vomitivas. Pero no me hubiese importado si alguna hubiese funcionado. Pero hasta donde podía contar, lo más que habían hecho era teñir mi piel en manchas, aparentemente sin afectar a la cosa de mi interior.

Y de repente dejé de notar mi cuerpo, y tuve un momento para pensar oh, mierda, antes de que la entidad usase mis piernas para enviar a Pritkin atravesando la habitación. Lo vi golpear y pasar a través de la pared, como un reflejo de lo que Billy había hecho antes. Tan solo que el cuerpo de Pritkin, más material, tiró la endeble pared, y un montón de escombros, con él.

Y, para mi sorpresa, la criatura decidió seguirle.

Tal vez suponía que no sería muy distinto si lo mataba a él primero, o tal vez Pritkin había conseguido cabrearla. No lo sabía, pero lo sentí cuando comenzó a forzarme, cuando las sensaciones de un cuerpo seriamente sobrecargado vinieron todas de golpe, obligándome a soltar un lloriqueo que me prometí negar si sobrevivía a esto.

Y entonces sentí su sorpresa cuando levanté mis escudos, atrapándolo en mi interior.

No había sido capaz de expulsar a la cosa, pero era una historia diferente. Había logrado poseerme en primer lugar porque había sido descuidada, y estaba exhausta y esperando que Billy entrase tan pronto los escudos bajarán. Pero ahora este era mi cuerpo, y la propiedad otorga algunos privilegios. Y estaría condenada si dejaba que la cosa acabase con el único tío que tenía la oportunidad de sacarme de esto, mientras estaba, posiblemente, inconsciente y...

Y la identidad no se había imaginado que mi cuerpo pudiera convertirse en su cárcel, y realmente, realmente quería salir de allí.

Al parecer nosotros no hablábamos el mismo lenguaje, pero no importaba, porque comenzó a mostrarme una cascada de imágenes que parecían algo sacado de una película de terror: mi corazón explotando en el pecho, mis pulmones desgarrándose como papel tisú, mi cerebro...

—Si pudieses hacer eso, ya lo habrías hecho —pensé victoriosa, enviándole la imagen del intento de acuchillarme el ojo con la maldita horquilla. Yo no sabía por qué podía emplear cualquier cosa del apartamento pero no directamente a mí, cada ataque había sido externo o pasivo, como el sujetarme bajo el agua mientras me ahogaba. Estaba comenzando a parecerme que quizás la cosa dentro de mi cuerpo no era tan fuerte.

O como si no estuviese acostumbrado a la posesión.

Aquello no tenía sentido para un demonio, quien presumiblemente lo hacía todo el tiempo, pero no tuve oportunidad para pensar en ello antes de que comenzase a revolverse dentro de mí. Y si pensaba que había sufrido antes, no era nada comparado con esto. Estaba empeñado en que le dejara ir y yo en que no, porque si mataba a Pritkin yo estaba muerta de todos modos.



Y entonces él estaba de regreso, sangrando y amoratado, y revolviendo algo cerca del agujero, en su zapatero, que me lanzó. —Cassie, ¡cógelo!

Mi brazo se levantó de forma automática, y sentí mi puño cerrarse alrededor de algo frío y duro. Y entonces no sentí nada más por un largo tiempo mientras levitaba fuera de la cama. Definitivamente, la morada del mal, pensé aturdida, y dejé caer mis escudos. Mi cuerpo se convulsionó con fuerza, y de inmediato estuve rodeada por una tormenta de oscuridad, alas batiendo, un olor nocivo y un chillido de furia.

Y entonces caí de vuelta a la cama, y rodé hacia un lado. Aquello fue afortunado, porque un segundo más tarde, una especie de tornado en miniatura atravesó la ventana y una ducha de cristal explotó dentro de la habitación, en un claro desprecio de las leyes de la física. Pero de la mayor parte de ello no me di cuenta, ya que estaba acurrucada en el suelo, con las manos sobre la cabeza, intentando no gritar.

Pritkin había gateado a través del agujero de la pared en algún momento porque, cuando le miré, estaba acuclillado en el suelo, mirándome. Me quedé mirándole en silencio, jadeante y avasallada, todos los miembros temblando en respuesta, con polvo y confeti de pared cayendo lloviendo a nuestro alrededor.

Y entonces la puerta se abrió de golpe y Marco se hizo cargo de la situación. Se dio cuenta de mi cuerpo, desnudo y multicolor, el agujero en la pared, la ventana destrozada y el maltratado y ensangrentado mago de guerra.

—¿Qué cojones? —preguntó, decidido.

Tragué saliva, notando en mis labios el sabor a polvo y cobre. —Creo que asustamos al personal —le conté con voz débil. Y luego me desmayé.



Capítulo 3

Traducido por: Basarab_Countess
Corregido por Andy Parth



Media hora más tarde todavía estaba desnuda y aún no estaba disfrutándolo.

—¡Maldita sea, Marco! —grazné—. ¡Eso duele!

—Si no paras quieta también te quedarán cicatrices. —El tono era áspero pero la mano en mi maltratado trasero era suave.

—Tan solo sé cuidadoso, ¿vale? Hay carne viva aquí debajo.

—Por el momento, de todas formas.

—Veré que puedo hacer.

Me acomodé sobre mi estómago y tiré de la sábana que se suponía que estaba cubriendo mi honra. Mayormente no lo hacía, pero estaba tan cansada y, sospeché, demasiado drogada para que me importase. Sabía que la mesa sobre la que estaba tumbada era plana pero me sentía como flotando en alta mar, gracias a las pastillas que alguien me había pasado y las dos bebidas que había tomado con ellas.

—¿Puedes marearte estando tumbada? —me pregunté.

—Si vas a vomitar dímelo —dijo Marco con severidad.

—No lo haré —dije con toda la dignidad que pude reunir. La que, estando tendida desnuda en una mesa de masaje mientras él extraía cristales de mi culo, no era mucha.

—Sólo era para tenerlo claro. Ya tenemos bastante que limpiar.

Eso era verdad.

Estábamos de vuelta en la suite, destrozada como estaba, porque tenían mejores protecciones que cualquier otro lugar del hotel. No que hubiesen hecho gran cosa esta vez, pero el mes



pasado habían mantenido alejada a la mayoría de la gente que quería poner mi cabeza en una pica. Así que, habitable o no, era donde dormiría esta noche.

Los vampiros estaban tratando de ordenar las cosas, pero era una tarea infernal. Vi a través de la puerta abierta cómo una pareja de vampiros correteaba, tratando de coger las harapientas cortinas que estaban ondeando a través de la destrozada ventana del salón. Al menos eso hacían hasta que uno de los vampiros murmuró algo fiero y arrancó todo con las últimas varillas, tornillos y demás. Él trató de meterlo todo en una bolsa de basura pero no cupo.

Así que lo retorció formando una bola de metal e hizo que cupiese. Su compañero tan solo le miraba con los brazos cruzados, y lentamente negó con la cabeza.

En cualquier otro momento lo hubiese encontrado divertido. Ninguno de los guardias eran maestros de menos de tercer nivel, lo que les hacían más o menos vampiros de la nobleza. Definitivamente no estaban acostumbrados a llevar bolsas de basura, barrer suelos, y transportar desechos. Pero no dejarían a nadie más permanecer cerca de la suite, incluyendo el servicio de limpieza, así que no había mucha opción. Y, para su crédito, ni uno solo se había quejado.

Por supuesto podría ser porque ninguno de ellos había dicho nada. La mayoría de ellos aún parecía más pálido de lo habitual, y ocasionalmente veía a alguien mirando furtivamente en mi dirección. Eran la clase de miradas que yo habría echado a un animal peligroso del zoológico que se hubiese acercado demasiado a la valla. Como si pensasen que yo iba a saltarles a la yugular en cualquier momento y quisieran ser cuidadosos.

—Creo que están asustados de mí —le dije a Marco mientras otro pasaba cerca mirándome de la misma forma.

—No de ti —me corrigió Marco, posando una pila de toallitas de papel manchadas de sangre sobre la sobrecargada papelera.

—¿Qué significa eso?

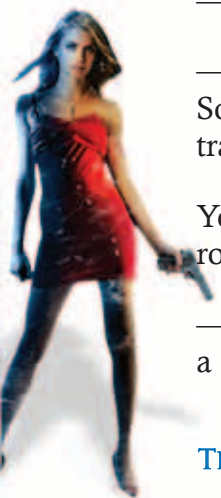
—Significa que atraes enemigos como la carne podrida atrae moscas.

—¡Esa es una imagen preciosa!

—Y no son enemigos normales —se quejó—. Alguien a quien un hombre pueda machacar. Son fantasmas, o demonios, o un jodido dios, y mis hombres son buenos, pero no saben cómo tratar con esa mierda. Les hace sentir indefensos, y odian eso.

Yo tampoco lo adoraba, precisamente, pero no dije nada porque Marco seguía soltando el rollo.

—Y la mayoría de ellos pensaban que esto sería como estar de vacaciones. Un viaje gratis a las Vegas, quedarse en un hotel de lujo, y todo lo que tendrían que hacer sería vigilar a la



novia del Maestro. Me refiero a llevarle las bolsas de la compra y ser preguntados qué color de zapatos va con ese bolso y cosas por el estilo, ¿sabes?

Fruncí el ceño. No, no lo sabía. Su Maestro, *mi* pareja, era jodidamente cauto acerca de su pasado amoroso. Sabía que no era inexperto... a los quinientos años eso sería algo difícil... pero no tenía muchos detalles. De hecho no tenía ninguno, tan solo algunas sospechas, y alguna o todas ellas podrían ser falsas.

Por alguna razón nunca se me había ocurrido preguntarle a Marco.

Se me ocurrió entonces.

—Suena como si hubieras hecho esto antes.

—Ese no era mi punto.

—¿Pero lo hicieron? ¿Lo hiciste? —Era inquietante pensar que debía ser una más en la larga lista de chicas que Marco había tenido que cuidar, al menos hasta que se hicieron demasiado viejas para mantener en ellas la atención de su novio eternamente-en-los-30.

Realmente, realmente inquietante.

—Normalmente no hago la cosa del guardaespaldas. —Me eludió Marco.

—Pero has estado por aquí un tiempo, ¿cierto?

—Sí.

—¿Así que... cuántas novias tuvo Mircea? —pregunté sin rodeos.

Marco suspiró. —No quieres saber eso.

—Sí, realmente quiero.

—Entonces deberás tratarlo con él —categorizó.

—Pero él no está aquí y tú sí. —Y el hecho de que Marco no quisiera discutir me hizo preguntarme de qué número estaríamos hablando—. Quiero decir, ¿de cuántas podríamos estar hablando? —me pregunté en voz alta—. ¿Cinco, diez? —Marco no dijo nada.

—¿Veinte? —pregunté con voz un poco aguda.

—Ya sabes, lo olvidé —respondió. Y entonces me apuñaló el trasero.

—¡Ow!



—¿Quieres otra bebida? —me preguntó, mientras un vampiro traía una bandeja con una garrafa.

—¡Quiero que dejes de agujerearme con esa cosa!

Sostuvo algo delante de mis ojos. —¿Ves esto? Son pinzas. No hacen agujeros.

—¡Díselo a mi culo!

—¿Quieres una bebida o no?

—Quiero algo de café —dije resentida, ya que no estaba obteniendo mis respuestas. Pegué la sábana a mi pecho y traté de mirar por encima de mi hombro hacia mi maltratado trasero. Y entonces pillé al vampiro mirándolo.

—¡Hey!

—No quiere decir nada —dijo Marco, mientras el otro salía a toda prisa—. Él estaba ahí, ¿sabes?

—¿Y?

—Y somos hombres. Nosotros miramos los culos de las mujeres.

—¿Estás mirando mi culo? —le pregunté con recelo.

—Tengo que hacerlo o no podré extraer todas las esquiras de cristal.

—Entonces tal vez podríamos llamar a un médico.

Marco palmeó mi hombro. —Está bien. No eres mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo?

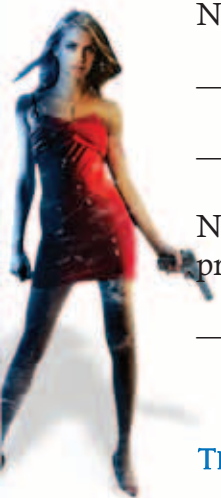
—Alguien que se meta en menos problemas —dijo, cuando una astilla de cristal repicó en contacto con el cenicero que estaba usando como recipiente—. Decidí que estaba equivocado. No me gusta el lado salvaje. No tengo el aguante del Maestro.

—No requiero aguante.

—Pequeña, necesitas un jodido tanque.

No sabía lo que quería decir con eso, y no sonaba muy adulador. Pero antes de que pudiera preguntar, Pritkin entró con una taza que olía como el paraíso.

—No era un demonio —me dijo sin rodeos.



—Por el infierno que no lo era. —Marco arrojó otra pequeña esquirola al cenicero, con más fuerza de la necesaria—. Los chicos dijeron que aquí era como *El Exorcista*.

—Amytiville —murmuré, pero nadie estaba escuchando.

—Estaban equivocados —le cortó Pritkin. Me miró y frunció el ceño, entonces extendió la mano y me apartó los rizos de los ojos. Le sonreí beatíficamente, lo que le hizo fruncir más el ceño por alguna razón—. ¿Estás segura de que no era un fantasma?

Asentí. Era la única cosa de la que estaba segura.

—¿Puedes describirlo?

—¿No lo viste?

Negó con la cabeza. —Una nube oscura, nada más.

—Yo no vi mucho más que eso.

—Dime lo que sepas. Cualquier cosa podría ayudar en este punto.

Traté de recordar, pero mi cabeza realmente dolía y la habitación aún navegaba y no había mucho que recordar. —Era de un color oscuro —dije con lentitud—. Negra o gris. O un azul realmente oscuro. Y tenía plumas...creo. —Me estrujé el cerebro, pero no saqué mucho más—. ¿Era grande?

—¿Y qué hay de tu sirviente? ¿Vio algo?

Me llevó un segundo darme cuenta de que se refería a Billy Joe. Pritkin tenía la extraña idea de que Billy era para mí algo así como lo que un demonio esclavizado era para un mago, un competente, obediente sirviente que se mantenía sereno ante la adversidad. Cuando la verdad, era más o menos todo lo contrario. Tan pronto como la crisis había terminado Billy había huido hacia su collar y no lo había visto desde entonces.

Le di un toque con el dedo, sólo por el placer de hacerlo, y recibí a cambio la versión metafísica de un corte de mangas. —Billy no sabe nada —traduje.

—¿Estás segura?

Dile que me chupe la polla.

—Realmente segura.

Pritkin pasó una mano por su cabeza. Estaba sudoroso y, a pesar de que se había puesto un par de vaqueros viejos, no se había tapado las marcas de haber sido arrojado a través de una pared. Parecía tan derrotado como yo me sentía.



Una magulladura particularmente morada seguía por sus costillas y continuaba rodeando su espalda, donde había sido golpeado contra la pared, supuse. Estaba de pie, tan cerca que podía alargar la mano y tocarle, así que lo hice. Lo sentí caliente bajo las yemas de mis dedos, Pritkin siempre era un poco más cálido que un humano normal, un momento antes de que se alejase.

Dejé caer mi mano. —Deberías hacerte mirar eso. Debes haberte roto una costilla.

—Está bien —dijo secamente, al tiempo que otro vampiro entraba con un teléfono en la mano.

—Para ti —me dijo el hombre, sus ojos deslizándose hacia el sur.

—¿Hay alguien en este apartamento que no me haya visto desnuda? —exigí saber, agarrando la sábana y el teléfono.

—Sinceramente eso espero, Cassandra.

Suspiré y dejé caer la cabeza contra la acolchada superficie de la mesa.

Siempre podía decir cómo se sentía Mircea en base a la versión de mi nombre utilizado. Cuando estaba de buen humor era *dulceata*, el apelativo cariñoso rumano que coloquialmente se traducía como “cariño” o “querida mía”. Cuando estaba menos contento, era simplemente la vieja Cassie. Y cuando estaba realmente enfadado pero sin mostrarlo, porque era el Príncipe Mircea Basarab, miembro del todopoderoso Senado Vampiro de Norteamérica y, sobretodo, un hombre genial, era Cassandra.

“Cassandra” nunca era bueno.

Pero esta vez no había sido mi culpa.

—Esta vez no fue mi culpa —le dije haciendo una mueca porque Marco encontró otro corte que hasta el momento no había torturado.

—No estoy llamando para atribuir culpas.

—¿Entonces por qué el “Cassandra”?

—Me asustaste. Por un momento no pude sentirte.

Fruncí el ceño al teléfono. —Estás en Nueva York. ¿Cómo se supone que podrías sentirme?

—A través del enlace.

—¿Tenemos un enlace?



Un suspiro. —Por supuesto que tenemos un enlace, *dulceata*. Tú eres mi esposa.

Para el criterio de los vampiros, pero no lo dije, porque eso siempre obtenía un “Cassandra”. La ceremonia, si podías llamarlo de esa forma, había sucedido antes de que me diese cuenta de qué estaba pasando. Pero eso no importaba porque las pequeñas cosas como el consentimiento de la novia no son necesarias en los matrimonios vampíricos.

Excepto, es decir, por mí.

Eso era por lo que Mircea y yo estábamos teniendo citas o, al menos, eso era el por qué yo lo hacía, para descifrar si toda esta cosa de la relación era algo con lo que podía lidiar. Me había estado complaciendo, cuando se acordaba de ello, a pesar de que seguro encontraba todo esto ridículo. Mircea había nacido en una época en la que los hombres tomaban lo que querían por la fuerza y lo mantenían, tanto tiempo como tuviesen la fuerza necesaria. Y la fuerza no había sido nunca uno de sus problemas.

Escuchar, por el otro lado...

—Te escucho —una voz aterciopelada murmuró en mi oído.

Torcí la cabeza y dejé que mi pelo cayese sobre el teléfono. No era mucha privacidad, pero por ahora era lo mejor que podía obtener. —Uh-huh.

—¿Y eso qué significa? —preguntó, sonando divertido.

—Significa “eso es una mierda”, pero estoy demasiado drogada como para dar una buena respuesta justo ahora —le dije con honestidad.

—¿Drogada?

—Puesta, cocida, colocada...

—Entendía el término —dijo Mircea, su voz afilada—. Mi pregunta quería decir ¿por qué?

Dudé. La verdad era que había estado bastante cerca del histerismo cuando desperté. Cada vez se me daban mejor las crisis, principalmente porque había tenido mucha práctica últimamente. Pero después...

Aún tenía problemas con el ‘después’.

—Marco pensó que sería mejor —le dije finalmente.

A Mircea no parecía haberle gustado esa respuesta. —Hablaré con Marco —dijo sombríamente—. Pero por ahora, estoy más preocupado acerca del ataque de esta tarde. He oído el reporte de mis hombres, tal como fue. Quiero tener el tuyo.



Fue mi turno para suspirar. —No lo sé. No era un fantasma; de eso es de lo único que estoy segura. Y Pritkin jura que no era un demonio.

—Hay cientos de tipos de demonios, Cassie. Probablemente no pueda estar seguro...

—Está muy seguro —le dije secamente.

—...y tú has tenido recientemente un montón de problemas con ellos. Un demonio es el culpable más probable.

—Creo que deberíamos confiar en el juicio de Pritkin sobre esta cuestión —dije, porque no podía decir ninguna otra cosa. Pritkin era medio demonio, lo que no era universalmente conocido, del tipo que nadie más conocía eso excepto yo.

Y estaba destinada a mantenerlo así.

—Yo no estoy tan seguro —Mircea dijo, pareciendo amargado—. Pero me gustaría hablar con el hombre. ¿Puedes ponérmelo?

Realmente no creí que fuera una gran idea, considerando que Mircea y Pritkin se mezclaban como el agua y el aceite, solo que no tan bien. Pero le pasé el teléfono, de todas formas. No capté mucho de la conversación resultante, por dos cosas, porque Pritkin era extremadamente brusco, y porque Marco había comenzado el proceso de extracción de nuevo.

—Posiblemente no pueda haber tantos trozos de cristal en mi culo —rechiné los dientes, tras un par de agonizantes minutos.

—Lindura, es como si te hubieras revolcado en ellos —dijo con sequedad, excavando lo que parecía una pulgada en mi sensible trasero.

—¡Lo tendré en cuenta la próxima vez que sea poseída por una entidad malvada!

—Demonio —dijo Marco, sonando definitivo.

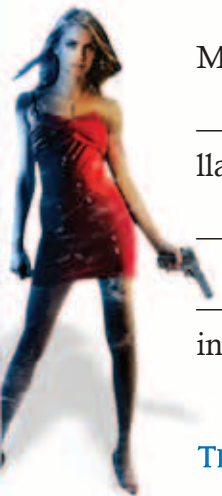
—No era un demonio —discutió Pritkin, pero no sabría decir si estaba hablando con Marco o con Mircea—. Sí, ¡estoy jodidamente seguro!

Mircea.

—De acuerdo, esto va a resquemar un poco —dijo justo antes de que mi culo estallara en llamas.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Tenemos que desinfectarlo —dijo sin inmutarse—. No eres un vampiro. Puedes tener una infección.



—¿De qué? ¡Acabas de quemarme el culo!

—Quiere hablar contigo —dijo Pritkin, con cara siniestra.

Cogí el teléfono de nuevo. —¿Qué?

—¿Cassie?

Mircea no estaba acostumbrado a recibir ese tono de voz de parte de una mujer pero estaba demasiado adolorida, de muchas maneras distintas, como para importarme.

—Si Pritkin dice que no era un demonio, entonces no era un demonio. ¡Maldita sea, Mircea! ¡Él tiene que saberlo!

—¿Y por qué es eso, *dulceata*? —preguntó Mircea con suavidad. Y, de acuerdo, tal vez tenía que repasar aquella lista. Porque algunas veces Mircea usaba mi sobrenombre cariñoso cuando estaba siendo taimado.

—Es un cazador de demonios —dije, forzándome a calmarme antes de que pudiera decir algo estúpido. Vale, algo aún más estúpido, de todas formas—. Es su trabajo saberlo.

—Voy a tener a mi gente comprobando todas las posibilidades —dijo Mircea, y realmente esperé que estuviese hablando acerca de la entidad—. Y mientras tanto, quiero que me prometas que no dejarás el hotel.

—Mircea, fui atacada en el hotel. Cómo estar aquí va a...

—La guardia será doblada.

—Podrías triplicarla, podrías haber puesto un guardia por metro cuadrado ¡y no habría habido ninguna diferencia! Nadie podría haber previsto...

—Tendríamos que haberlo previsto —dijo con dureza—. Sabíamos que atacarían. Simplemente no pensé que fuera a ser tan pronto. La coronación no será hasta dentro de diez días.

—¿Pero por qué esperar hasta el último segundo?

Mircea no dijo nada, pero el muy significativo silencio me dejó claro que no lo había encontrado gracioso. Por supuesto, no encontraba nada gracioso estos días. Actualmente estaba tratando de negociar la primera alianza mundial entre senados vampiros. Era en lo que llevaba trabajando todo el mes, lo que estaba haciendo en Nueva York, donde un montón de senadores estaban reunidos por alguna clase de reunión previa a la coronación. Pero como sus habilidades diplomáticas eran tan formidables no había ninguna duda de que se haría con ello. Los senados habían tenido siglos para confabular y combinarse y enfadarse los unos con los otros, y parecía ser que habían hecho un buen trabajo después de todo.



Y nadie guarda tanto rencor como un maestro vampiro.

Añade a esto la guerra en curso y la coronación que estaba prevista que se celebrase en este sitio, y eso probablemente sería suficiente para provocar a alguien un dolor de cabeza. No quería añadirme a sus problemas. Y lo que pidió era bastante fácil de hacer.

No era como si pudiese estar más segura en cualquier otro lugar.

—Me quedaré aquí —le prometí.

—Bien. Entonces te veré mañana por la noche.

—¿Mañana? Pensaba que no volverías hasta dentro de otra semana.

—Esa era mi intención pero... Obtuve la información que me pediste. —Por un momento no me di cuenta de lo que me decía, porque no podía recordar pidiéndole nada a Mircea. Excepto...

Me senté de golpe.

Y tan pronto como lo hice me arrepentí de ello. Jadeé y Marco maldijo. —¡No te muevas! —me dijo, empujándome hacia debajo de nuevo. Eso estaba mejor, porque me dio una oportunidad de controlar mi cara.

—Sobre nuestra cita —aclaró la voz de Mircea innecesariamente.

—Oh. Cierto. —Mi voz sonaba suficientemente normal, pero comencé a sentir la palma de la mano sudorosa cuando aferré el teléfono. Porque lo que le había pedido no era la típica cena y peli. Realmente no había pensado que él pudiera lograrlo o que estaría dispuesto a ello, para el caso. Pero Mircea nunca dejaba de sorprenderme.

Quería detalles, unos específicos, pero no podía preguntarlos. No con los ojos de Pritkin clavados en mí desde el otro lado de la habitación. Si sabía lo que había planeado no tenía ninguna duda de que trataría de detenerme. Y mientras eso fuera la cosa más inteligente que pudiera hacer, no era la correcta. No esta vez.

—¿Qué debería ponerme? —pregunté, esperando que fuera prudente.

—Un atuendo formal clásico.

—De acuerdo. Lo buscaré —le dije, y colgué.

Marco terminó su pequeña sesión de tortura un momento después y me vendó. Me moví de forma cautelosa a una posición sentada, y aún no era nada gracioso. Pero estaba demasiado distraída para que me importase.



—Te traeremos uno de esos pequeños buñuelos —me dijo, cuando Pritkin se acercó. Y, mierda, sus ojos estaban entornados.

—Entonces, ¿si no era un fantasma y tampoco un demonio, qué era? —le pregunté, anticipándome a cualquier pregunta inoportuna.

Para mi sorpresa, funcionó. —Tengo una teoría, pero preferiría constatarlo antes.

—¿Qué teoría?

—¿Recuerdas cómo nos defendimos de él? —preguntó, mientras yo me envolvía en la sábana y me deslizaba hacia el suelo.

—Recuerdo que me arrojaste algo.

—Era medio *nunchuk*³. Tenía la intención de volver a soldarlo pero no tuve tiempo.

—¿Medio *nunchuk*? —Fruncí el ceño—. ¿Y por qué me diste eso? —No era como si pudiese golpear a un espíritu en la cabeza con aquello.

Unos ojos verdes se encontraron con los míos, y fueron lo suficientemente serios como para detenerme. —Porque era la única cosa que tenía al alcance que estuviese hecho de hierro frío.

³ Nunchuk= Nunchaku, arma de artes marciales asiáticas formada básicamente por dos palos muy cortos de entre 30 y 60 cm unidos en sus extremos por una cuerda o cadena. Es más conocido como nunchaco, linchaco (Chile) o simplemente chaco



Capítulo 4

*Traducido por ~NightW~
Corregido por Curitiba*



No recuerdo haberme dormido, pero debo haberlo hecho. Porque lo siguiente que supe, es que desperté en una habitación oscura y silenciosa, enredada en sabanas calientes. Mi cabeza me dolía, mi boca estaba completamente seca y por un breve momento de pánico, pensé que volvía a estar poseída. Porque nada parecía funcionar.

Finalmente me di cuenta que estaba muy, muy adolorida. Parecía como si las pequeñas pastillas de Marco hubieran desaparecido, excepto por una sensación de pesadez en la cabeza, una sensación que me hizo intentar encender la luz durante tres veces. No ayudaba el hecho que la habitación fuera como un horno. Se suponía que la temperatura de la suite estaba controlada, pero algo obviamente estaba mal.

Después de un minuto de sudar sobre las sabanas húmedas, me di por vencida con el sueño y salí de la cama. Me coloque una camiseta gastada que había sido morada pero ahora era de un malva suave junto con un par de pantalones cortos. Luego salí tambaleándome por la puerta en busca de una aspirina y agua fría.

No encontré nada de eso.

La luz del pasillo proyectaba largas sombras hasta el cuarto de baño, haciendo que el vidrio brillara como si fuera hielo. El piso aún estaba mojado, y la alfombra arrugada estaba amontonada en todo el medio como un animal herido. Los espejos eran los peores. El de la derecha estaba roto, pero el de la izquierda estaba completamente acabado, la madera barata estaba hecha pedazos, haciendo una burla de los accesorios caros. Al igual que lo eran las cicatrices en el rostro de una mujer bonita.

De repente me di cuenta que me temblaban las manos, y las metí debajo de mis axilas. Mi cuarto de baño seguro y agradable ya no parecía seguro. No es como si alguna vez lo hubiera sido, realmente, pero se sentía de esa forma.

Y ahora no lo era.

Me di la vuelta y salí al pasillo.

Cuando encendí la lámpara de araña del segundo baño de la suite, el mosaico negro y blanco reflejó la luz con un brillo frío extraño. Toallas suaves y lujosas estaban apiladas aquí y allá,



todas de un blanco cegador. Los mostradores de mármol negro brillaban, y los artículos de tocador aún estaban en su envoltura de celofán. Estaba tan prístino como si la mucama acabara de salir.

O como si nada hubiera pasado. Me relajé un poco, me lavé la cara y las manos y luego usé uno de los cepillos de dientes del casino para lavármelos. En mi reflejo pude ver las bolsas bajo mis ojos, la piel descolorida y un caso verdaderamente épico en la cabecera de la cama. Toqué a uno de los grupos más grandes y la encontré dura y vagamente verde. Por un momento me pregunté qué diablos era lo que Pritkin había vertido sobre mí.

Y entonces me pregunté qué haría falta para sacarlo. Un baño, por supuesto, al menos para empezar.

La idea había apenas pasado por mi mente cuando se produjo el primer escalofrío, lo suficiente para apretara las manos en el fregadero. Me quedé mirando la bañera de un blanco resplandeciente detrás de mí, la cual se reflejaba en el espejo de bordes dorados, y ahí fue cuando pensé que era una estúpida. Se trataba de una bañera, no podía hacerme daño.

Pero mi cuerpo no estaba escuchando.

Los temblores se convirtieron en estremecimientos y me senté antes de que pudiera caerme. Me puse de espaldas contra el gabinete, mis brazos alrededor de mis rodillas y me dispuse a esperar. Por lo menos aquí no estaba tan caliente. Nadie nunca uso este baño... los vampiros tenían sus propias habitaciones y allí tomaban sus baños, y los visitantes usaban el medio baño del área de la sala de estar. Así que nadie se había molestado en poner una alfombra en el piso sobre la pieza de tablero de ajedrez fresco.

Pero no estaba ayudando. La puerta del armario se movía conmigo, con un pequeño clic-clic, a medida que el imán la capturaba y la liberaba, la capturaba y la liberaba. Finalmente me aleje cerca de una pulgada y se detuvo, incluso si el temblor no se detenía.

Por supuesto, yo sabía de lo que se trataba. Había pasado la mayor parte de mis años de adolescente huyendo de mi guardián homicida, Antonio Gallina, quien me había traído desde que tenía cuatro. Clarividentes, reales, no del tipo de los espectáculos – no crecían en árboles, y cuando Tony se entero que uno de los humanos que trabajaban para él tenía a una adivina como hija, simplemente me tomo. Después de eliminar a mis padres del cuadro en más de una manera posible.

Pensó que podía cubrir sus huellas, pero lo olvidó: clarividente. Mis padres murieron en una gran bola de fuego naranja, cortesía de una bomba de un asesino. Y diez años después, sentía el calor por todo mi rostro, olía el humo, sentía el sabor del polvo en mi boca. Hui una hora después de la visión, con pocas preparaciones y sin destino en mente, y no había tomado mucho antes que el estrés se encontrara conmigo, a medida que el pánico atacaba.

El peor había sido en una terminal de autobuses, cuando había estado segura de haber visto a uno de los matones de Tony en la multitud. Yo tenía un tiquete, ya comprado y en mano,



pero de repente no podía recordar a dónde tenía que ir. En el tiquete decía el número del autobús, yo lo sabía. Pero mis manos estaban temblando y mis ojos no habían querido centrar la atención, y cuando finalmente me las arreglé para leerlo, no tenía sentido. Era igual como si las palabras estuvieran escritas en un idioma extranjero que no entendía.

Tuve suerte en ese entonces. Había perdido el autobús, pero también había perdido a los matones de Tony, si había sido él. Nunca lo supe, pero esperaba que no lo fuera. Incluso los tipos de empleados no tan brillantes de Tony no podrían haberme perdido, de pie en medio de la terminal, temblando como una hoja.

Tuve suerte en ese entonces. Había perdido el autobús, pero también a los matones de Tony, sí era él. Nunca lo supe, pero esperaba que no. Incluso los empleados no tan brillantes de él no podrían haberme perdido, allí de pie en medio de la terminal, temblando como una hoja.

No había tenido un ataque de pánico en años; pensaba que los había dejado atrás. Pero supongo que en realidad nunca superas el miedo.

El temblor, finalmente se redujo, cerré los ojos y deslice la cabeza inclinada hacia atrás contra la madera pulida. Estaba cansada hasta los huesos, pero sabía que no iba a dormir. No así. Pero tampoco sentía como si pudiera hacer algo más, excepto tomar un baño, y eso obviamente era evidente. Pero realmente necesitaba uno. Mi cuerpo dolía, mi cabello estaba reseco y sentía comezón en la piel, probablemente gracias al jabón seco que no tuve la oportunidad de sacar. Solo que no se sentía como jabón. Se sentía como si alguien estuviera tocándome, aquí y allí, breves pasadas de dedos que se sentían como lijas a medida que ponía a prueba mi escudo, mientras intentaba encontrar una manera de entrar, una mano me tocó el brazo y grité, saltando y golpeándome la cabeza contra el fondo del mostrador. Intente escabullirme, pero alguien me tenía agarrada por los brazos y no pude liberarme. Sentí otro grito desesperado en el fondo de mi garganta, y lamento, hasta que finalmente escuché a alguien llamando mi nombre y miré hacia arriba a los ojos negros sobresaltados de Marco.

Dejé de luchar y durante un minuto me dediqué a respirar. No estaba segura de quien estaba más asustado, si él o yo. Finalmente, él me levantó, estrechándome bajo un enorme brazo y frotando mi cabeza en lo que probablemente era para él una manera amable. Se sentía más como si me fuera a sacar una nueva capa de piel, pero no me importó.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

No sabía cómo responder a eso, dado que era evidente que no.

—Lamento lo del otro baño. Íbamos a limpiarlo, pero pensamos que dormirías hasta por la mañana.

Asentí con la cabeza pero no lo miré, y era porque no tenía mi rostro bajo control.



—Vas a tener que decir algo —dijo después de un momento—. Porque de otra forma habrá llamadas y doctores y todo tipo de drama, y creo que hemos tenido suficiente de eso por una...

—Me duele el culo —espeté. Estaba completamente fuera de lugar, pero era verdad. También le saco una risa a Marco. Había estado sentado en cuclillas junto a mí pero en ese momento se sentó, acuñando de alguna forma su enorme cuerpo entre el lavabo y la bañera. Era grande y caliente, pero también se sentía sólidamente tranquilizador. De repente era imposible creer que algo malo pudiera pasar con Marco alrededor.

—Tanto a ti como a mí —dijo él en tono de conversación—. Creo que el Maestro se creyó la mayor parte.

Me tomo un momento asimilar. —¿Él hizo qué?

Marco se echo a reír, un ruido sordo y profundo en el barril de su pecho.

—Eso está mejor. Ahora ya tienes algo de color en el rostro.

—¿Estabas mintiendo? —demandé.

—No, pero me gusta verte enojada. Es lindo.

Solo me senté allí por un momento porque, como era usual, sentía como si necesitara ponerme al día. —¿No estabas mintiendo?

Él sacudió su cabeza.

—Entonces ¿Mircea habló contigo?

Asintió. —¿Por qué?

—Por darte drogas.

Me tomo un momento darme cuenta de lo que significaba. —Marco, me diste Tylenol.

—Sí, pero era con codeína. Y parece que a Pythias no se le está permitido tomar esa mierda. O cualquier cosa que la deje demasiado atontada para usar tu poder. Dijo que te deje sin defensas.

—¡Eso es ridículo! De todos modos, esta noche no hubiera podido haber cambiado nada más.

—Sí, pero ese no es el punto.

—Entonces, ¿Cuál es el punto?



Él se encogió de hombros. —Es como te dije: a los vampiros no les gusta sentirse indefensos. Y eso va el doble para los Maestros y tal vez el triple para los miembros del Senado.

—¡Eso no significa que esté bien que lo hagas!

—Tal vez no, pero sé de donde viene. —Marco se apoyo sobre el lavabo, como si se preparara para quedarse allí toda la noche. Al igual que aconsejar regularmente a mujeres histéricas en los baños—. Te tiene en el lugar más seguro que conoces, ¿cierto? Quiero decir, el senado está justo subiendo las escaleras, y hay guardias, además de todas las suites extras de aquí. Y tiene a algunos de sus mejores hombres protegiéndote. Diablos, me tiene a mí.

Sonreí un poco ante eso, como se suponía que lo hiciera. —Entonces, ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no funciona. Cada vez que da la vuelta, alguien o algo es capaz de llegar a ti. Y eso lo tiene asustado. Y no está acostumbrado a sentirse asustado. Ha pasado tanto tiempo, que ni siquiera estoy seguro de si sabe lo que es eso.

—Debe ser agradable —murmuré.

—No creo que lo encuentre agradable —dijo Marco secamente.

Yo no dije nada, porque no había nada para decir. No sabía cómo tranquilizar a Mircea; ni siquiera sabía cómo tranquilizarme a mí misma. Se suponía que debía ser una buena clarividente, pero nunca veía nada bueno, solo muerte y destrucción.

De verdad esperaba que no fuera porque eso era todo lo que había para ver.

—Le estoy enseñando a los nuevos chicos como perder en el póker —dijo Marco—. ¿Quieres que te incluya?

Sacudí la cabeza. —Soy muy mala.

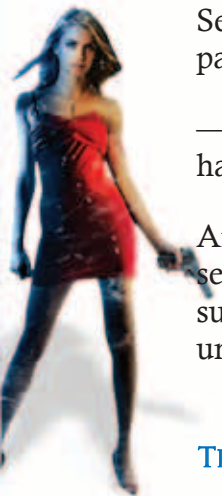
—Aún mejor. Podrían tener una oportunidad de recuperar algo.

—¿Así que también puedes hacer eso?

Se levanto con la misma gracia líquida que tienen los vampiros, lo cual siempre era sorprendente para un hombre de su tamaño. —Ese es el plan.

—Voy dejarlo para después —le dije mientras me ayudaba a ponerme en pie. Pero lo seguí hasta el salón.

Antes de mudarme, la suite había sido usada para las ballenas, gente con más dinero que sentido común quienes estaban alojados en habitaciones caras dado que perdían cien veces su precio en las mesas todas las noches. Esta en particular había sido popular porque incluía una pequeña zona de estar fuera de la sala de comedor con una mesa de billar, la cual los



guardias habían confiscado para ellos mismos. Usualmente se quedaban ahí cuando no estaban observándome mientras me pintaba las uñas o algo así, jugando billar, o como ahora, agrupados en torno a la mesa de juegos.

Marco reinició el juego de póker y yo me dirigí a la cocina. No había ninguna aspirina para que me tomara, porque a los vampiros no les daba dolor de cabeza. Había cerveza, pero por cómo se sentía mi cabeza, yo ya estaba en lo de mañana, así que deje solos a los dos equipos de Marco.

Camine un poco, dado que hacía demasiado calor para dormir, y encontré un agujero en forma de sofá en la ventana de la sala de estar que intentaba dejar pasar el aire de Nevada. No era de extrañar que estuviera caliente. Un par de guardias debieron de escucharme maldiciendo, ya que asomaron sus cabezas por la puerta y me miraron por un momento, el fuego de sus ojos brillando en la oscuridad. Salí al balcón.

No era tan grande como el del penthouse que estaba subiendo las escaleras, el cual tenía una habitación para el billar, un bar, y una docena de gente. Pero me las arregle meter un sillón y una mesa pequeña, y habían colgado un set de campanas de viento en la barandilla. Ahora tintineaban con el viento que soplaba desde el desierto. Hacía calor, pero era un poco mejor que el lento asado que había en el interior.

Estábamos demasiado arriba como para escuchar el tráfico, de manera que se sentía extrañamente tranquilo. Pero, entonces, siempre estaba aquí. Los vampiros no necesitaban hablar fuerte y a menudo ninguno lo hacía en horas, a menos que le hiciera una pregunta directa. No quería ver mucha tv, a menos que fuera en la habitación, y la única vez que encendí la radio, varios de ellos colocaron tales expresiones de dolor que rápidamente procedí a apagarla.

En un buen día, me sentía como si viviera en un museo, pero no como visitante. Era más como ser una de las exposiciones junto a un montón de guardias silenciosos vigilando en caso que algún bandido se saliera con la suya.

Esta noche, lentamente me estaba volviendo loca.

Después de unos cuantos minutos, volví al interior, mirando al reloj durante el camino. De alguna forma había sobrevivido a la matanza, y marcaba las nueve y media. No había dormido mucho en lo absoluto. Técnicamente, aun era demasiado tarde para llamar a alguien, pero tal vez... el teléfono sonó. Salte hacia atrás, apenas ahogando un grito, dado que mis nervios estaban aún muy mal. Y luego lo miré, esperando que alguien lo levantara en la habitación del lado de manera que no tuviera que ser toda alegría. Pero nadie contestó. Y entonces Marco apareció en el umbral de la puerta, con un cable en la mano y las cartas en la otra.

—¿Vas a atender eso o qué? —preguntó, su tono más curioso que molesto.

Entendido. —¿Hola?



—¿Que estás haciendo levantada?

La voz irritada de Pritkin me hizo sonreír y me di la vuelta para que Marco no pudiera ver.

—Respondiendo el teléfono.

—Muy chistosa. ¿Por qué no estás dormida? Es más de la una.

Volví a mirar al reloj. Supongo que no había sobrevivido después de todo. —Hace calor.

—Siempre está malditamente caliente aquí —acordó él, para mi sorpresa. Nunca lo escuché quejarse de eso, pero suponía que para alguien acostumbrado al clima de Inglaterra, Las Vegas en agosto simplemente apestaría. Y gracias a mi, su habitación también tenía un gran agujero.

—¿No tienes nada frío para beber? —ordenó.

—Cerveza.

Él soltó un bufido. —Tendrás una resaca asesina si lo haces. Llama al servicio de habitación.

—Podría hacer eso —acordé.

Él esperó. Yo no dije nada, porque no era tan patética. No había ninguna emergencia, y ¿qué iba a decirle? ¿Tengo calor y estoy aburrida y asustada, y quiero hablar con alguien que tenga pulso?

Sí, eso sonaba maduro. Eso sonaba como Pythia. Yo no...

—¿Es el mago? —preguntó Marco impacientemente, como si no pudiera escuchar cada palabra que pronunciaba.

—Sí.

—¿Va a venir?

—Sí —dijo Pritkin, sorprendiéndome una vez más.

—Entonces dile que traiga cerveza —dijo Marco—. Casi se nos acaban, y el maldito servicio de habitación en este lugar apesta como el culo.

—Él dijo...

—Lo escuché —Pritkin colgó sin decir adiós, o nada más en absoluto. Así que no sabía porque estaba sonriendo mientras iba a la cocina para asegurarme que las cosas estuvieran lo suficientemente limpias.



—Maldición —dijo Marco—. No le dijiste de que tipo. Probablemente traerá una de esas extrañas cervezas inglesas.

—Ale —dijo uno de los otros vampiros oscuramente.

—Mierda.

Regresaron a su juego mientras yo lavaba. Porque, aparentemente, los vampiros maestros sacarían la basura, pero trazaron una línea sobre sus manos. No es como si hubiera mucha, dado que la mayor parte de las comidas llegaba en los carros de servicio de habitación estos días.

Termine y volví a intentar peinarme mi cabello rizado. Aún estaba trabajando en ello cuando sonó el timbre de la puerta. Me di por vencida, acomode mi cabello en una cola de caballo y fui a la cocina. Pritkin ya estaba allí, desempacando un par de bolsas de papel de supermercado.

—*Foster's* —le dijo a Marco, quien lo miraba sospechoso.

El vampiro pareció aliviado. —Incluso esta fría.

—¿Por qué no lo estaría?

—Pensé que a ustedes los ingleses les gustaba caliente.

—¿Cerveza caliente? —Pritkin pareció revolotear.

—Eso es un rumor.

—Porque nosotros no la bebemos con hielo, de esa manera, ustedes los yanquis, licuan cualquier sabor que por casualidad hayan puesto dentro.

—Ooh, delicado —dijo Marco, y le robó la cerveza.

Miré en la otra bolsa, pero sólo vi un montón de cajitas. Saque una, y era té. Después de un momento, me di cuenta de lo que eran todas: menta, manzanilla, verde, negro... era como si hubiera comprado toda la tienda.

—Necesitas algo para calmarte los nervios y que no vaya a dejarte noqueada —me dijo.

—No creo que él vaya a lograrlo —dije secamente—. Ni con mi vida.

Una ceja rubia se levantó. —Te sorprenderías.

Volvió de la cocina con una tetera que no sabía que teníamos y procedió a hacer cosas del tipo té con ella. Saco una manzana de un recipiente y la puso sobre la mesa.



—Entonces ¿Crees que era Fey? —pregunté, porque no tenía más detalles desde antes de desmayarme.

—No sé lo que era —dijo Pritkin, viendo como la confesión le dolía—. El Fey no tiene forma de espíritu, así que tu atacante era incorpóreo. Y fuiste capaz de darme una descripción, una bastante buena para tan poco espacio de visión.

—¿Por qué importa eso?

—Importa porque si era Fey, no deberías haber visto nada.

—Tu viste algo —dije, concentrándome. Una burbuja frágil, cerrada sobre la fruta, no más importante que las que el jabón había dejado sobre el fregadero. Y por como lucían las cosas, no más efectiva.

—Tengo una pequeña cantidad de sangre Fey —dijo Pritkin, mirándola—. Algunas veces me permite detectar cuando están cerca, aunque no es una habilidad confiable. En algunas instancias, sin embargo, un Fey bajo un glamour puede lucir como lo que vi, una nube negra. Por eso es que te lance el *nunchucks*. —Sus labios se torcieron—. Eso y el hecho que no se me ocurrieron mas ideas.

—Tal vez tengo un poco de sangre Fey. —En realidad no sabía lo suficiente sobre mi familia como para saber lo que podía tener.

—No la tienes.

—¿Cómo los sabes? ¿También puedes verla?

—No tengo que hacerlo. Si tuvieras tanto como una gota, la familia Fey a la que pertenecerías podría reclamarte. Y entonces no tendrías solo al Círculo y el Senado peleando por ti; también los tendrías a ellos.

Estaba hablando del Círculo Plateado, la asociación mágica líder del mundo, los cuales regían sobre la parte humana de la comunidad sobrenatural de la misma forma que el Senado regía a los vampiros. Se sabía que tenían a la línea de Pythias firmemente bajo completa protección. Eso había sido bastante fácil, ya que el poder de la oficina general iba a quien había sido entrenado previamente por Pythias, y ese era siempre un poco apropiado para los iniciados en el Círculo. O lo fue hasta que llegue yo. La última heredera al trono de Pythias, una sibila conocida como Myra, también había resultado ser una perra homicida, y el poder había decidido otra opción.

El Círculo había estado menos que asustado por su decisión, pero finalmente habíamos llegado a unos términos. Al igual, ya no estaba tratando de jugar Guac-A-Mole con la cabeza. Sólo que ahora parecía creer que tenían el derecho de asegurarse de que nadie tampoco más lo hiciera. Eso era un problema, porque los vampiros se sentían de la misma manera y el Senado no comparte del todo bien.



Lo último que necesitaba era otro grupo en la mezcla.

—No tengo absolutamente nada de sangre Fey —dije con fervor.

—Confía en mí, lo han comprobado —me dijo Pritkin—. Y tu no. Pero eso significa que no deberías haber visto nada.

—De acuerdo, eso lo entiendo. Lo vi, así que no puede ser Fey. Pero tampoco era un demonio o un fantasma o humano o lobo. Entonces, ¿Qué queda?

—Esa es la pregunta. —Colocó una mano sobre la mesa.

—Pero el hecho permanece en que fue expulsado por hierro frío. Y solo una especie, dentro de mi conocimiento, se ve afectada. Por supuesto, pudo haber sido una coincidencia que eligiera ese preciso momento para irse, pero...

—Pero esa es toda una maldita coincidencia.

—Sí. —Miró a la burbuja, la cual estaba temblando como si alguien estuviera soplando sobre ella—. ¿Qué estás haciendo?

El frágil proyectil se disparó, disipándose sin tanto como una explosión. —Nada

Obviamente.

—¿Qué intentabas hacer?

Reprimí un impulso repentino de convertir la fruta en pulpa.

—Envejecerla —dije lacónicamente—. Jonas dijo que Agnes podía tomar una manzana de una semilla y convertirla de nuevo, pasando a través de toda su vida en unos segundos.

Pritkin tomo la manzana, la cual era gordita y redonda y perfecta y tenía un rubor rojo saludable. Al igual que las demás dentro del pequeño cuenco. Al igual que como si no hubiera hecho nada en absoluto. —Estás cansada.

—Y nunca voy a ser atacada cuando este cansada.

Él frunció el ceño. —Llevarte a ti misma al borde del agotamiento no es una buena idea.

—Y lo dice el hombre que hoy me llevó al otro lado de la montaña.

—Eso fue antes que supiéramos que tenías una amenaza que puede caminar a través de las salas. Deberías estar segura para recuperarte aquí.

Segura. Claro, como si estuviera segura en algún lado. Me di la vuelta y abruptamente deje la cocina.



Capítulo 5

*Traducido por rihano
Corregido por Curitiba*



El balcón estaba todavía caliente y aún horripilante, esto último debido principalmente a la señal parpadeando arriba, no en algún patrón, sino como si estuviera a punto de apagarse. No estaba rota, el hotel tenía un tema infernal, y la señal se suponía que hacía eso. Una especie de imitación del Motel Bates, lo cual era normalmente un poco molesto.

Pero esta noche, esto se ajustaba perfectamente a mi estado de ánimo.

Pritkin me siguió fuera. Él no dijo nada, sólo me entregó una Coca-Cola fría que había desenterrado de algún lado. Supongo que el té no estaba listo.

La tomé sin comentarios, sintiéndome absurdamente agradecida. No quería realmente hablar. Yo le quería aquí, pero no estaba segura del por qué.

Tal vez sólo para tener a alguien con quien beber. En realidad, eso sonaba muy bien en este momento. Me senté en el asiento de la tumbona y él se sentó en el extremo, y solo bebimos cada uno por un tiempo.

Después de unos minutos, se recostó contra la barandilla, tal vez quería un respaldo, y desplazé mis pies para hacer espacio. Pero supongo que no me moví lo suficiente, porque una mano grande y caliente cubrió mi pie derecho, ajustándose ligeramente.

Y entonces, sólo se quedó allí, como si hubiera olvidado quitarla.

La miré. Las manos de Pritkin eran extrañamente refinadas comparadas al resto de él: fuertes pero de dedos largos, con elegantes huesos y uñas cortadas al ras. Ellas siempre parecían que se habían extraviado de algún caballero, de uno al que probablemente habrían regresado, porque Dios sabía que no iban a conseguir una manicura mientras estuvieran conectadas a él.

Había manchas de poción en ellas esta noche, verde y marrón, probablemente desde el encuentro anterior. Me preguntaba si la piel de ellas habría sido lavada más rápidamente que el cabello. Probablemente.



Apoyé la cabeza contra los barrotes de plástico y miré hacia arriba al aviso de película de terror. Una brisa sopló sobre el balcón, provocando el débil tintineo de las campanillas por el viento. Todavía había calor, pero me di cuenta de que no me importaba tanto.

—¿Vas a decirme lo que está mal? — preguntó él finalmente.

—¿Cómo sabes que hay algo mal?

Él me lanzó una mirada. —Estás levantada a la 1 a.m. después de un día que habría puesto a la mayoría de los infantes de marina fuera de combate. Estás pálida e inquieta. Y algo desconocido trató de matarte hace unas cuantas horas y casi lo lograron. ¿Me he perdido algo?

En realidad, sí, él lo había hecho, pero yo no quería hablar de ello.

Di vueltas a la lata en mis manos, tratando de refrescarme, lo cual podría haber funcionado si no hubiera estado ya caliente. La puse abajo, pero entonces yo no tenía nada que hacer con mis manos.

Y eso no era bueno, porque en cualquier momento ahora, iban a empezar a agitarse nuevamente.

Tomé un antiguo mazo de tarot maltratado de una mesa lateral. —Estoy bien —le dije lacónicamente.

—Por supuesto que sí. Eres una de las personas más fuertes que conozco.

Me tomó un segundo procesar eso, porque lo había dicho tan a la ligera. Como si estuviera hablando del tiempo o qué hora era. Sólo que Pritkin no decía las cosas así. Su idea de un elogio era un asentimiento de cabeza y decirme que haga lo que sea que estuviera haciendo otra vez. Como si eso fuera por lo general posible.

Pero eso había sonado sospechosamente como un cumplido para mí. Dios, debo verme mal.

Acaricié el piso por un rato. Era viejo y débilmente grasiento, pero se sentía bien en mi mano. Se sintió bien.

Pritkin pareció preguntarme. —Es... una especie de hábito nervioso —le dije.

Tendió una mano, y le pasé las tarjetas. Él barajó el paquete un par de veces, concentrándose. —Lleva un encantamiento.

—Un amigo lo hizo para mí como un regalo de cumpleaños, hace un largo tiempo. Es... un poco excéntrico.

—¿Excéntrico?



Tomé el mazo. No traté de hacer una extensión, eso sería solo pedir problemas. Yo sólo abrí la parte superior y una tarjeta saltó, por suerte, sólo una. De lo contrario, tratarían de hablar una con la otra.

—La Luna invertida —dijo una voz dulce y suave, antes de que la empujara de regreso en el paquete.

—¿Eso fue...eso? —preguntó Pritkin, un poco desconcertado.

—No hace lecturas regulares —le expliqué—. Es más como... como una veleta mágica climatológica. Da el clima general para los próximos días o semanas.

—¿Y qué tipo de clima podemos estar esperando?

—La Luna invertida indica un patrón o un ciclo que se repite a sí mismo.

—¿Un buen ciclo?

—Si lo fuera, seguro como el infierno que no lo vería —murmuré.

Eso me ganó una ceja levantada.

—Yo no veo las cosas buenas —expliqué brevemente—. De todos modos, las cartas se pueden leer de varias maneras diferentes. Pero normalmente la Luna invertida apunta a una época oscura, como el lado oscuro de la luna, ¿sabes?

—¿Cuán oscuro?

—Eso depende. Desde un punto de vista personal, a menudo indica un tiempo de profundos sentimientos, confusión, emociones largamente enterradas que salen a la superficie...

—¿Y desde una perspectiva más amplia? ¿Un punto de vista nacional?

—Personas con fines oscuros, ordenando moverse hacia el caos, guerras, revoluciones, revueltas.

—Bastante oscuro, entonces —dijo secamente.

—Normalmente —admití antes de añadir la norma de exención de responsabilidad—. Sin embargo, el tarot es un indicador, no un absoluto. Nada acerca del futuro está decidido hasta que sucede. Nosotros lo creamos todos los días por las elecciones que hacemos, buenas o malas.

Los labios de Pritkin se torcieron en una mueca cínica. —Pero lo mismo ocurre con todos los demás. Y no todos ellos están luchando por las mismas cosas, ¿verdad?



—No —dije, pensando en la guerra. Cogí mi *Coca-Cola* y tomé un sorbo antes de recordar que la *Coca-Cola* caliente sabe como ácido de la batería. La puse de nuevo abajo.

—Hay un calendario en el refrigerador —comenté, después de un rato.

Pritkin no dijo nada.

—No sé cómo llegó ahí arriba. Quiero decir, es inoxidable. Nada se adhiere a esa cosa.

Él bebía cerveza.

—Pero está allí. Y yo lo veo todos los días. Justo después de que me levanto, voy a buscar una *Coca-Cola* o lo que sea, y está... —Humedecí los labios.

—La coronación. —No era una pregunta.

—Sí.

Más o menos. De hecho, se trataba de un montón de cosas: los problemas de aprendizaje acerca de mi poder, la negativa del Senado o el Círculo a tomarme en serio, la falta de cualquier visión útil sobre la guerra y ahora el hecho de que alguien estaba tratando de matarme.

Una vez más.

Pero la coronación se haría. Se había convertido en un símbolo de todo, todo el maldito lío llegando a un punto, el día se aproximaba rápido en que, Cassie Palmer, sería presentada como la vidente de videntes al mundo sobrenatural.

Lo cuales, probablemente, me darían una mirada y todos se reirían.

No es que los culpara. Hace dos meses, un poco menos, de hecho; era secretaria en una agencia de viajes. Contestaba los teléfonos. Archivaba cosas. Recogía la escalofriante tintorería del jefe.

En mis días libres, trabajaba como lectora de tarot, ya que un par de dólares por hora sobre el salario mínimo no paga las facturas. Sólo que ni eso las había pagado así de bien, tal vez porque a la gente no le gustaban mis lecturas. En realidad, nadie quería conocer el futuro, sino que querían tranquilidad, esperanza, una razón para levantarse por la mañana. En ese momento, yo no había entendido eso, pensaba que advertir era estar preparado.

Ahora entendía por qué yo no había tenido demasiados clientes repitiendo. En este momento me hubiera gustado un poco de tranquilidad para mí misma, incluso si fuera una mentira. Y yo realmente, realmente no quería ver el mañana.

Irónico que ese fuera mí trabajo ahora.



—Es una formalidad —dijo Pritkin con firmeza, mirando mi cara.

—Tú has sido Pytia desde el fallecimiento de tu predecesora.

—Técnicamente. Pero realmente no he tenido que hacer nada aún, ¿verdad?

Él frunció el ceño. —¿No has tenido que hacer nada?

—Bueno, ya sabes. Nada importante.

—¡Mataste a un dios!

Rodé los ojos. —Lo haces sonar como que me batí en duelo con él o algo. Cuando sabes muy bien que lo tiramos por un inodoro metafísico.

Pritkin se encogió de hombros. —Muerto es muerto.

Él tendía a ser práctico en estas cosas.

Por supuesto, lo hice cuando la criatura en cuestión planeo una literal política de tierra quemada, empezando por mí. Pero eso no era el punto. —Yo sólo quería decir que nadie espera que yo haga algo como Pythia —le expliqué—. Pero la coronación se viene, y tú sabes que tan pronto como se termine... ¡No puedo siquiera envejecer una maldita manzana!

Empecé a levantarme, pero esa mano apretó mi pie. Yo quería pasear, necesitaba soltar algo de la energía nerviosa que me impedía comer la mitad del tiempo, me impedía dormir. Y justo cuando me dije que estaba siendo paranoica y que todo estaría bien, algo trató de ahogarme en la maldita bañera.

Pero no me levanté. Porque entonces perdería esa breve conexión humana. Una conexión que no debería haber estado allí, porque Pritkin no era del tipo sensiblero. Él me ha tocado en entrenamiento, cuando tenía que hacerlo, y me agarraba en medio de las crisis. Pero en realidad no recordaba haberlo visto sólo tocándome... porque sí.

Me senté de nuevo. El maldito balcón no era lo suficientemente grande para pasear, de todos modos.

—Y, sin embargo, de lo que Jonas me dice, tú cambiaste con más presteza de lo que Lady Phemonoe lo hizo —dijo, usando el título de reina de Agnes—. Y el poder es el poder. Si tú puedes utilizarlo para una aplicación, parecería lógico...

—Sí, excepto que esto no funciona de esa manera. Por lo menos, no para mí.

—Sólo ha pasado un mes, mientras que la mayoría de los herederos...



—Entrenan por años. Y de eso se trata. No me siento como si yo alguna vez fuera a ponerme al día. ¡E incluso si lo hago, nadie va a escucharme!

—¡Y por qué no? Eres la Pythia.

—No, soy una especie de... de trofeo que se pelea. Al menos así es como soy tratada. ¿Así que si consigo un vistazo de algo, algo útil, algo importante, quien en el infierno va a prestar atención?

—La oposición, al parecer. Parece que insisten en darte una gran cantidad de atención.

—Me he dado cuenta.

—¿Y no encuentras extraño eso? ¿Si eres tan impotente?

Me encogí de hombros. —Todavía soy la Pythia. Matarme sería...

—¿Sería qué? —exigió—. Dicen que lo habrían logrado esta noche. ¿Qué habrían ganado? Cuando el poder te deja a tu muerte, este simplemente va a otro huésped, probablemente una de las iniciadas. No hay ganancia para la oposición aquí, de hecho, ellos podrían tener razones para considerarlo como una pérdida. Por el momento, las Iniciadas están probablemente mejor entrenadas.

—Gracias —dije, a pesar de que era verdad.

—Entonces la pregunta sigue siendo: ¿por qué tú? —preguntó, inclinándose adelante con ese sentido de complaciente urgencia que siempre tenía cuando debatía. Traté de no tomarlo como algo personal, a Pritkin solo le gustaba discutir—. ¿Por qué se siguen concentrando en ti?

—¿Por qué lo han estado por los últimos dos meses? —repliqué.

—Apolo...

—Estaba centrado en ti, sí. Pero sólo porque tenía que ser. Quería utilizar tu guarda pentagrama como una línea directa a tu poder. Era la única cosa que le permitiría cruzar a través de la barrera y vengarse exactamente de aquellos que lo habían desterrado.

Inconscientemente rodé mis hombros, estirando la piel entre mis omóplatos, donde mi guarda se había asentado desde que mi madre lo puso en mí siendo niña. La gran cosa, con forma de platillo nunca había sido bonita, y había terminado de alguna manera desigual y caída, como algo que un artista del tatuaje hubiera hecho después de una tarde noche de juerga. Pero se había sentido como una parte de mí.

No ahora. Desde que Apolo intento encontrar una manera de regresar al mundo que su clase había mal gobernados una vez, todo el mundo se había asustado al respecto. Tenían miedo



de que pudiera ser capturada con esto en mi cuerpo, permitiéndoles a nuestros enemigos utilizarlo para drenar mi poder. Por lo que permanecía en un estuche de terciopelo en mi tocador, como una pieza descartada de joyería.

Yo pensé que me acostumbraría a su ausencia después de un tiempo, de la forma en que te acostumbras a un diente que ha sido sacado. Pero hasta ahora, eso no había ocurrido. Era divertido, nunca había sido capaz de sentir la guarda, la cual tenía un peso no mayor que el tatuaje que parecía.

Pero yo podía sentir su ausencia, podía trazar la ruta donde las líneas deben haber estado, como una marca en mi piel.

—Pero eso tampoco funcionó —dije, porque Pritkin estaba esperando una respuesta.

—¿Cuál es mi punto? Sus aliados tienen que saber que no pondríamos la guarda otra vez en ti. Estás más segura sin un canal de comunicación directo con tu poder pegado en tu espalda. Y sin embargo, ellos siguen centrados en ti, a pesar de tener miles de otros objetivos.

—Un millar de otros objetivos que no sólo ayudaron a que mataran a su amigo — señalé—. Esto podría ser por venganza.

—Si ellos supieran acerca del papel que jugaste, sí. Pero, ¿cómo lo sabrían? El Círculo retuvo alguna mención de la invasión abortada a la prensa, para evitar un pánico general. Y nadie estaba ahí al final, excepto nosotros.

—Estaba Sal —le recordé. Ella había sido una amiga, o yo lo había pensado, que había elegido el lado equivocado. O había sido ordenado por Tony, mi antiguo tutor, quien también pasó a ser su amo. Esto le había costado su vida y me dio una razón más para odiar al hijo de puta.

Al igual que yo necesitaba otra.

—Sí, pero ella estaba muerta antes de que Apolo lo estuviera —me recordó Pritkin—. Ella no podría haberle dicho nada a nadie. Por supuesto, por ahora, sus asociados deben haberse dado cuenta de que fue derrotado, pero no hay manera para ellos saber que tú fuiste la causa.

Negué con la cabeza. Pritkin sabía mucho acerca de un montón de cosas, pero su comprensión de los vampiros era... muy mala, en realidad. Él había aprendido algunas cosas por salir conmigo, pero las brechas en su conocimiento aún se mostraban de vez en cuando. Como ahora.

—Sal era una maestra vampiro —le dije—. No una muy fuerte, pero aún así una. Esto conlleva privilegios, como comunicación mental. No sé si ella podía contactar a Tony de todas maneras en Faerie, pero ella podría haber dicho a alguien...

—Digamos que lo hizo. O que ellos lo averiguaron de otra forma o lo supusieron. Si presumimos la venganza como móvil, ¿por qué ahora? Han tenido todo un mes.



—La coronación se acerca...

—Y si ellos desean enviar un mensaje, habrían esperado para atacar durante la ceremonia en sí. Ahora no, no aquí, donde no hay nadie para verlo. Donde, aunque tuvieran éxito, podría pasar por un trágico accidente, no una victoria para el otro lado.

Crucé mis brazos. —Está bien. ¿Cuál es tu teoría?

—Que esto puede no tener que ver con la guerra en absoluto. Que podría ser personal.

Yo no tenía que preguntarle qué quería decir. Había tenido el mismo pensamiento tan pronto como oí la palabra “Fey”. Debido a que además de todas las personas del otro lado en la guerra, el Círculo Negro de magos oscuros, un grupo de vampiros renegados y quienes fueran con los que el dios había hecho amistad, había conseguido también hacerme de un enemigo del Rey de la Corte Oscura.

Yo soy tan especial para eso.

—Pero no hay manera de saberlo a ciencia cierta —dijo—, no sin más información. Lo cual es por lo que necesito permiso para irme por un día, tal vez dos.

Había varias cosas malas con esa frase, pero me aferre a la más urgente primero.

—¿Vas a irte ahora?

—No tengo opción —dijo, buscando en su chaqueta algo—. Ya he llamado a mis contactos aquí, pero dada la limitada descripción que tenemos, ellos ni siquiera aventuran una conjetura en cuanto a con lo que estamos tratando.

—Si ya has contactado con ellos, entonces ¿por qué tú...? —Me detuve, una idea realmente mala surgiendo—. ¡Tú no vas a volver allí!

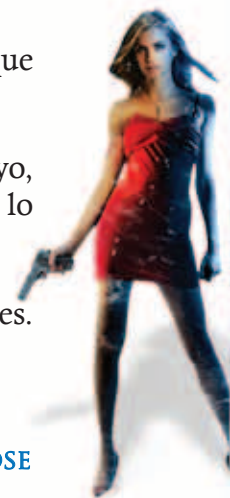
—Eso es exactamente lo que estoy haciendo. Cassie. —Atrapó mi muñeca cuando empecé a levantarme—. Estará bien.

—Eso es... ¿recuerdas la última vez? —pregunté con incredulidad.

Mac, uno de los amigos de Pritkin, había muerto defendiéndome la primera y única vez que había incursionado en el territorio de los Fey.

Pritkin, Françoise, una mujer humana que había quedado atrapada allí durante años y yo, apenas habíamos escapado vivos, y sólo después de que le había prometido al Fey más de lo que podría entregar.

—Hemos llegado a un acuerdo —susurré con furia—. Si regresas, van a esperar los honores. Y tú sabes que no podemos...



—No voy a la corte. Simplemente estoy deslizándome para hablar con algunos viejos contactos.

—¿Y si te atrapan?

—No lo harán.

—¿Pero y si lo hacen?

—Escúchame. La capacidad de poseer a alguien es un talento raro, incluso entre el mundo espiritual, y pocos lo manejan tan fácilmente. Esta cosa, sea lo que sea, debe ser muy poderosa.

—Sí, pero...

—Si yo no sé lo que es, no puedo luchar contra esto. Ni tampoco tú. —Puso algo en mi mano—. Pero esto puede ayudar.

Miré hacia abajo a una pequeña y fruncida bolsa, hecha de lino.

Tenía un hilo rojo envuelto alrededor de la parte superior, con suficiente longitud para que pudiera ser usada como un collar. Sólo que nadie se tomaría la molestia, porque la cosa olía como un Limburger añejo.

—Un encanto de protección —dijo Pritkin innecesariamente, porque había usado algo parecido una vez. Sólo que yo no recordaba que fuera de mucha ayuda la única vez que había tropezado con la Fey.

Yo no recordaba nada siendo de mucha ayuda.

—¿Si esta criatura es tan poderosa, crees que esto lo detendrá? —reclamé.

—No. Pero te dará tiempo. Sólo unos segundos, pero eso es todo que necesitas para alejarte. Mantén a tu siervo vigilando cuando duermas, cuando estés despierta, ten tus escudos arriba todo el tiempo. Sabrás si un ataque se produce. Si pasa, cambia de inmediato, espacial, temporalmente, no me importa. Solo vete. No te puede hacer daño...

—...Si no me puede encontrar —concluí con voz apagada.

—Estaré de vuelta tan pronto como pueda averiguarlo. Y luego vamos a formular un plan para matar a esta cosa.

Me quedé mirando la pequeña bolsita, talismán, lo que fuera que tenía en mi mano. Se sentía pesada, como si algo hecho de hierro pudiera estar ahí. Y ligeramente graso, como si alguno de los contenidos estuviera sudando a través del material. O tal vez esa era la palma de mi mano.



—¿Y si te ordeno que te quedes? —pregunté, después de unos momentos.

Pritkin no dijo nada. Miré hacia arriba, pero no podía verlo muy bien. Se había inclinado hacia delante, lejos de la sangrienta luz del aviso, y sólo un poco se filtraba desde el salón. Pero cuando finalmente respondió, su voz era tranquila.

—Me quedaría. Y te protegería lo mejor que pudiera.

Y posiblemente moriría en el proceso, porque no sabría contra lo que estaba luchando. No lo dijo en voz alta, pero no lo necesitaba. Había sentido a esa cosa ir tras él. Yo podría haber sido el objetivo principal, pero él había estado en la lista en algún lugar, también.

Y eso no era aceptable.

Pero tampoco lo era la alternativa. Me abracé a mi misma y miré a la noche sin verla. Estaba viendo otra cara en su lugar, la alegre y desaliñada, cara sonriente de otro mago de guerra, uno quien no había vuelto. Uno que nunca iba a volver.

No me di cuenta que Pritkin se había movido hasta que se puso en cuclillas frente a mí. Ojos verdes, casi transparentes en la oscuridad, se encontraron con los míos. —Yo no me iría si no creyera que estarías bien —dijo—. Dudo que esta cosa trate de aproximarse de nuevo, ahora que sabe...

—No estoy preocupada por mí —susurré con saña. Y tan pronto como lo dije, sabía que era la verdad. Al parecer, el antídoto infalible para tu propio miedo es la preocupación por alguien más.

Pritkin parecía sorprendido, la forma en que él siempre se hacía a la idea de que nadie podría realmente preocuparse por él. Esto me hacía querer pegarle. Por supuesto, justo en este momento yo quería hacer eso de todos modos.

—Nada va pasar —repitió—. Pero incluso si pasa, no me necesitas. Tú no necesitas...

—¡Eso no es cierto!

—Sí, lo es. —Me miró y arqueó los labios—. Que no puedas disparar un arma no vale nada. Golpeas como una niña. Tu conocimiento de la magia es rudimentario por lo más. Y actúas como si te estuviera torturando si te hago correr más de un kilómetro y medio.

Parpadeé mirándolo.

—Pero he conocido a magos de guerra que no son tan resistentes, que no son tan valientes, que no son... —miró hacia otro lado por un momento.

Y entonces él me miró, sus ojos verdes ardiendo. —Tú eres la persona más fuerte que conozco. Y vas a estar bien.



Asentí con la cabeza, porque sonaba como una orden. Y porque, de repente, me lo creí. Y porque en ese momento yo no podría haber dicho nada de todos modos.

Nos quedamos así por un momento, hasta que Pritkin se puso de pie, como si algo hubiera sido decidido. Y creo que lo había sido.

Me levanté y lo seguí hacia la puerta.

—Nunca me dijiste lo que vas a hacer —dijo, deteniéndose en el umbral.

—¿Sobre qué?

—El calor de sangre.

La pregunta me sorprendió, porque durante un tiempo, me había olvidado de ello. Como el sudor corriendo por mi espalda, y la escama de jabón secándose en mi piel.

Eres la persona más fuerte que conozco.

Levanté la vista hacia él. —Pensé que tal vez... tomaría un baño.



Capítulo 6

*Traducido por Malu Cullen
Corregido por Curitiba*



¿Un Fey? —Françoise parecía dudosa.

—Esa es una teoría —dije, mientras otro tipo me dio un codazo en las costillas.

Era la tarde del día siguiente. Mircea estaba en Nueva York, haciendo cosas importantes para el Senado. Pritkin estaba en Faerie, arriesgando su vida para encontrar información. ¿Y dónde estaba yo?

Estaba de compras.

Pero al menos no estaba disfrutándolo.

Fulminé al tipo rudo, pero creo que ni siquiera lo notó. Estaba en jeans holgados y una sudadera para cubrir las magulladuras, con mis verdes rizos en una desordenada cola de caballo. No me había molestado en ponerme maquillaje cuando me levanté esta mañana, así que los oscuros círculos bajo mis ojos y la magulladura a lo largo de mi pómulo eran perfectamente visibles.

Por supuesto, en mi mejor día, no podía competir con Françoise, quien era alta, oscura, adorable y muy, muy francesa.

Y por el momento, estaba casi desnuda, lo que explicaba por qué estaba teniendo un momento difícil para tratar de acercarme lo suficiente para preguntarle nada.

Recientemente Françoise había tomado un trabajo como empleada de ventas con el diseñador para el cuál ocasionalmente modelaba. Su elegante tienda era la joya de la corona de la calle principal del hotel, principalmente por que se había negado a ir junto con el tema el Salvaje Oeste-se encuentra con el-infierno que el resto del lugar había adoptado. Augustine era mejor que eso.

Pero él no era muy bueno vistiendo a sus modelos como strippers para atraer a clientes adicionales. Françoise y las otras tres sílfides bellezas actualmente a tiempo estaban



modelando sus últimas creaciones, las que hasta donde podía decir no eran vestidos para nada. Era más como un gran moño de satén-de dieciocho-pulgadas, rojo, en su caso, que se ajustaba alrededor de su cuerpo y terminaba floreciendo detrás de su cabeza.

Era obviamente para cubrir por arte de magia áreas estratégicas, porque no importaba qué tanto ella girara y se retorciera, y bajara artículos de los estantes detrás de ella para la babeante horda de clientes, nunca destellaba a nadie. Pero los chicos claramente vivían esperanzados. Y mientras lo hicieran, comprarían cosas de la línea de mal gusto de turistas de la que Augustine se burlaba, pero de la que nunca conseguía realmente deshacerse.

Busqué entre las camisetas y encontré una que mostraba una caricatura de un soldado con aspecto agotado y ojos saltones. La leyenda decía “Hay mucha sangre en mi sistema de cafeína.” La compré para Pritkin, sabiendo que probablemente nunca la usaría, simplemente para ver su cara.

Suponiendo que viera su cara otra vez. Asumiendo, agarré la camiseta sacándola del perchero y me dije a mi misma que parara de ser una idiota. Si había un chico que pudiera cuidarse a sí mismo, ese era Pritkin. Y él conocía Faerie mejor que la mayoría. Estaría bien.

Estaría bien, o lo mataría.

—Cuando tengas tiempo, podría usar un poco de ayuda —le dije a Francoise, mientras ella regresaba mi tarjeta de crédito.

—¿Algo de ayuda?

—Necesito hablar contigo. Y necesito un vestido.

Ella me disparó una mirada. —Tienes un vestido. O lo tendrías, si alguna vez vinieras para los ajustes. Cada día que no lo haces, lo pones más... —Ella sacudió una mano para indicar una palabra en inglés que no llegaba a ella—. *Salaud*⁴.

—¿Idiota? —supuse.

—Eso, también.

Estábamos hablando de Augustine, y el vestido que él supuestamente diseñaría para mi inauguración. Digo “supuestamente,” porque nunca lo había visto. No me había dado un boceto, o una maqueta, ni siquiera una descripción. Faltaba un poco más de una semana para la ceremonia de todas maneras, y todo lo que había visto de mi traje hasta ahora era un montón de papel marrón, el tipo de donde se hacen los moldes.

Considerando mi historia pasada con Augustine, estaba logrando que me pusiera muy nerviosa. Tendría que estar de pie en frente de los líderes del mundo mágico sin pedigrí,

⁴ *Salaud*: Bastardo en francés.

un poco de entrenamiento y unas cuantas habilidades. No podía soportar verme horrible, también.

—Lo boicotearé hasta que obtenga algunos detalles —dije.

—¿Aún no lo has visto? —Françoise lucía perpleja.

—No.

—¿Has preguntado?

—Por supuesto. Pero él no me lo ha mostrado. Dijo que no entendería el proceso artístico, o algo. Como sea, temo que si tiene la oportunidad de ajustarme la maldita cosa, me hará usarlo, no importa cómo se vea...

—Augustine es un buen diseñador —protestó ella.

—Y me odia. Sabes que lo hace.

Françoise no discutió. Solo apretó sus labios y giró sus ojos, y porque era francesa, realmente la hacía sexy. Un tipo cercano gruñó.

—Si lo ves, podrías cambiar de opinión —me dijo.

—Podría. ¿Le preguntarías por mi?

—No creo que haga ningún bien —dijo Françoise, luciendo pensativa—. Es muy estricto con sus diseños.

—¿Pero? —dije, porque claramente había uno en su tono.

—Pero está almorzando en este momento...

—¿Y?

Sacó algo de un estante y lo colgó en un dedo. —Y tengo sus llaves.

Le hizo señas a una de las otras chicas para que la cubriera, y en menos de un minuto, estábamos pasando a la parte de atrás del mostrador y entrando al área de ajustes, donde tuve que detenerme para lidiar con mis sombras.

Los dos vampiros de ojos dorados habían estado merodeando cerca toda la mañana, pretendiendo ser parte del paisaje. No lo hacían particularmente bien. Todos los demás estaban en pantalones cortos y camisetas, con respecto a los más de -120-grados del exterior, mientras ellos personificaban a los Hombres de Negro.



Aún así, teníamos una tregua; yo pretendía que no los notaba, y ellos no se agrupaban tan cerca de mí. Pero suficiente era suficiente.

—Fuera —les dije de repente.

—Tenemos que revisar primero.

—Entonces háganlo y váyanse.

—¿Porqué? —demandó uno de ellos. Era uno de los chicos nuevos y no sabía su nombre—. ¿Qué estás planeando hacer aquí?

Pestañeeé hacia él. —Es un vestuario. ¿Qué crees que planeo hacer?

—Eso no explica por qué tenemos que irnos.

—Porque me probaré algunas ropas.

—¿Y?

—¡Y me tendré que desnudar!

El simplemente me miró por un momento. —Estás consciente de que ya lo hemos visto, ¿no?

—¡FUERA!

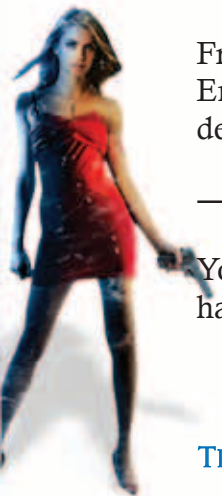
Tan pronto como se fueron, Françoise abrió la puerta hacia el taller de Augustine y nos escurrimos dentro. Era un montón como el hombre en sí mismo, una extensión extravagante de exceso creativo, lo que en éste caso involucraba rollos de tela costosa, contenedores de preciosos adornos, montones de pieles brillantes, y una variedad de cosas brillantes. Había tablas sosteniendo materiales, pizarras cubiertas con bocetos y algunos medio-ensamblados maniqués luciendo como víctimas de guerra en la esquina.

Pero no vi ninguna máquina de coser u otros poco fabulosos equipos. Solo un par de cojines en forma de tomate que zumbaron alrededor sobre nuestras cabezas tan pronto como entramos. Como si supieran que no deberíamos estar aquí.

Françoise los alejó y flotaron sobre la pared posterior, donde se acurrucaron ominosamente. Entonces ella tiró de una cortina, y de pronto me olvidé de ellos y de los vampiros e incluso de mi adolorido cuerpo. Porque Augustine era un bastardo, pero un bastardo brillante.

—La línea de primavera —dijo Françoise con una floritura digna de una modelo de televisión.

Yo no dije nada, porque mi boca estaba ocupada colgando abierta. Está bien, decidí, quizás había juzgado mal al tipo.



Porque obviamente había estado ocupado.

Reconocí algunos de sus básicos: Un vestido transparente de tubo con lazos negros bordados en abanico sobre él que se abrían y cerraban cada pocos segundos; un montón de pequeños y picantes vestidos de origami que se rediseñaban a sí mismos constantemente a nuevas formas; y una selección de joyas en columna que parecían rubíes líquidos, zafiros y diamantes, el último era tan brillante que era difícil mirarlo.

Pero la historia real de esta estación era obviamente las estaciones mismas.

Un vestido azul pálido cercano estaba estampado con un remolino de hojas de otoño-rojizas, oro y rico, marrón tierra. Pero las hojas no simplemente se movían; tampoco veían ninguna necesidad de realmente permanecer sobre la tela. Rodaban por la prenda y se esparcían fuera en el aire, girando alrededor del vestido en una última, breve, extasiada danza antes de finalmente desvanecerse.

Lo mismo ocurría con un resplandeciente vestido blanco que arrojaba brillantes copos de nieve donde quiera que lo tocara, y uno verde césped con mangas formadas por cientos de mariposas revoloteando. Pero el que era realmente espectacular era un kimono rosa pálido con un paisaje Japonés pintado a mano sobre la seda.

Françoise había estado mirándome con sus labios rojos torcidos de diversión. —Él es bueno, ¿no?

—Es bueno, sí —suspiré, mientras el kimono relucía seductor bajo las luces.

Podría haber sido hermoso por sí solo, pero la escena había sido hechizada para cambiar mientras lo contemplaba. Nieve se derretía desde las desnudas ramas de un árbol, de las que brotaban hojas, y luego delicadas flores rosadas y blancas. Colgaban ahí, temblando, hasta que volaron fuera de la superficie del vestido por una brisa veraniega.

Pero a diferencia de las imágenes de los otros vestidos, éstas no desaparecieron inmediatamente. Colgaron en el aire por un largo tiempo, creando un tipo de efecto de tren que gradualmente se desvanecieron quizás tres pies detrás del vestido. Y cuando atrapé una sobre mi mano, juro que el pétalo era suave, con peso y sustancia, antes de que se derritiera a la nada.

—Éste es uno de sus órdenes especiales para la ceremonia —dijo Françoise, estirándose para voltear la pequeña tarjeta fijada a la percha.

—Este es... ¿es mío? —pregunté, prometiendo fervientemente a cada dios en el que podía pensar inquebrantable devoción si solo dijera mi nombre. Podría verme como una Pythia en ese vestido. Podría enfrentarme al mundo en ese vestido.

—Non —dijo Françoise, bizqueando hacia la tarjeta.



—¿De quién es? —pregunté, respirando un poquito fuerte. Y preguntándome si dicho individuo estaría abierto al soborno.

Aún quedaba una semana y media para el gran día. Tal vez Augustine podría hacer otro vestido para quien quiera...

—Ming-duh —leyó Françoise, arrugando su cara—. O como sea que lo digas.

—¿Qué? —agarré la pequeña tarjeta y la miré, esperando que simplemente ella hubiera destrozado la pronunciación. Pero no. La tarjeta tenía estampado el nombre del líder de la Corte del Este de los Vampiros Asiáticos.

Maldición.

—Pero... pero ella es China —protesté—. ¿Porqué querría un kimono?

Françoise me dio un gálico encogimiento de hombros. —Lo quiere —señaló—. Y ella también es la cabeza de los Vampiros Japoneses, ¿no es cierto? Quizás es... ¿cómo le llaman? diplomacia.

Miré hacia el vestido, el que había vuelto al ciclo de la estación de invierno otra vez. No era menos encantador, a pesar de la relativa frialdad. Las negras ramas eran un hermoso contraste contra el rosa-conchita de la seda, y sobre uno de los recortes que atravesaba la falda, un pájaro azul se había detenido para arreglar delicadamente sus plumas.

Era desesperada, desgarradoramente hermoso, y no había forma, ninguna forma, de que nada de lo que yo usara fuera capaz de competir. No me habría molestado tanto si hubiese sido para alguien más. Pero Ming-de no era solo la más poderosa y hermosa del mundo vampírico. También era una de las mujeres de las que más sospechaba que había estado entre las amantes de Mircea.

Y si eso no era lo suficientemente malo, también era una llamativa, delicada muñeca de porcelana en forma de mujer. Incluso en su ropa normal, hacía a mis cinco-pies-con-cuatro de mi look amazónico antiguo y estúpido, y a mis coloridos rizados rubios rojizos versen deslavados y comunes. Y en éste...

Está bien, era oficial. Mi vida apestaba.

Françoise notó mi expresión y frunció el ceño. —Aún no hemos visto tu vestido —señaló—. Podría ser incluso mejor.

Sacudí mi cabeza. —No lo será.

—No lo sabes —dijo ella impaciente, seleccionando a través de los otros vestidos y enviando una nube de magia multicolor hacia el aire.



Había un montón de ellos —parecía que el negocio estaba prosperando— y no sabía cuándo Augustine estaría de vuelta del almuerzo. Me lancé a ayudarla.

—Vine por un par de razones —dije, mientras volteábamos tarjetas furiosamente.

—¿En serio? ¿Qué deseas?

Le expliqué los eventos de la noche. —Quería preguntarte sobre lo que dijo Pritkin —terminé—. ¿Estuviste por un tiempo en Faerie, no?

—Demasiado —dijo ella sombría.

Dudé, sin querer hurgar en viejas heridas, por que el viaje de Françoise a la tierra de los Fey no había sido por opción.

Una de las cosas correcta de las viejas leyendas era el pobre registro reproductivo de los Fey, lo cual te haría pensar que no les importaba mucho a seres que viven tanto como ellos. Pero aparentemente ese no era el caso, porque no tenían escrúpulos para nada sobre secuestrar a quien sea que creyeran que podrían ser capaces de darles un poco de ayuda.

Pero Françoise no cambió el tema. —Solo vi un poco de las tierras Luminosas de los Fey antes de escapar —me dijo—. Pero he escuchado de ellos. Y conozco bien a la Corte Oscura de los Fey. Y nunca escuché sobre cualquier Fey que pudiera hacer posesiones.

—Tampoco yo —admití—. Siempre pensé que eran de carne y sangre, como nosotros. Bueno, más o menos.

—Lo son. Y no hay espíritus en su mundo, ni fantasmas. ¿Así que cómo podrían poseer?

—No lo sé. Pero Pritkin parecía bastante inflexible.

—¿Qué es “inflexible”?

—Seguro. Él estaba bastante seguro.

—Inflexible —lo rodó sobre su lengua pensativamente—. Me gusta esa palabra. ¿Es gracioso decirlo, no?

—Supongo. —Me detuve para darle un vistazo a un vestido de noche carmesí de seda que hacía algo extraño, solo colgaba sobre la percha. Lo empujé, pero nada voló o se transformó en algo más. O Augustine no había estado alrededor para jugar con él aún, o estaba diseñado para sus clientes no mágicos.

Era bonito y bastante clásico, con un corte bajo que terminaba en un pequeño cinturón enojado y un dobladillo de volantes. Lo puse a un lado.



—¿Entonces nunca has oído cualquier historia, leyenda, nada como eso, sobre los Fey siendo capaces de poseer a nadie? —pregunté.

—No. Estoy inflexible. —Parecía satisfecha consigo misma—. ¿Qué dijo Pritkin?

—No mucho. Solo que pensaba que podría ser Fey.

—Yo creo que no —dijo ella, y frunció el ceño. Habíamos llegado al final del perchero y no habíamos encontrado ni una pequeña tarjeta con mi nombre en ella.

—¿Tal vez no ha empezado el mío aún? —pregunté.

—Non. Ha estado trabajando en su encanto por semanas. Es de todo lo que habla.

Sus brillantes uñas rojas dieron golpecitos sobre la superficie de la mesa por un momento, y luego levantó la mirada y sonrió. —Por supuesto. Todavía debe tenerlo en la parte de atrás.

—Pensé que esto era la parte de atrás.

Ella sacudió su cabeza. —Su taller privado está por ahí. —Asintió hacia una pequeña puerta que no había notado, sobre los alfileros flotantes.

—Bueno, vamos. —Empecé a caminar, solo para que pusiera una mano sobre mi hombro.

—No puedes. Nadie es permitido ahí, además de sus empleados.

—Pero no lo sabrá.

—Tiene una guarda. Lo sabrá. Y esas cosas, lanzan pasadores —dijo, asintiendo hacia los Tomates de la Perdición.

—Entonces cómo...

—Yo iré y lo traeré fuera.

Asentí y doble mis manos detrás de mi espalda para no sacudirlas. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Está bien. Lo sabía. Porque todo esto estaba completamente fuera de mis manos.

Normalmente, la ceremonia para instalar a una nueva Pythia no era gran cosa. Los invitados típicamente incluían a un puñado de dignatarios de los grupos mayores de la comunidad súper natural: Vampiros, Cambia-formas y El Círculo de Plata. Generalmente tomaba la forma de una corta reunión y unas cuantas presentaciones, algunas veces era seguida por una cena. La última vez, hubo una breve sesión de fotos. Y ya estaba. Hasta ahora.

La última vez que había visto la lista de invitados, tenía casi dos mil nombres en ella. Que incluía a la élite del mundo de los vampiros, quienes repentinamente tenían un renovado



interés en la Pythia, desde que yo era la primera en la memoria de todos que no era una Iniciada salida del Círculo. También ayudaba que estaba saliendo o casada también, a sus ojos, con uno de los miembros más antiguos del Senado de Vampiros de Norte América.

Agrega la guerra, lo que tenía preocupado más de lo usual a todo el mundo sobre las políticas, y el hecho de que era actualmente la más querida de los tabloides mágicos, y repentinamente la simple y pequeña reunión era la entrada más caliente de la ciudad. Para hacerlo incluso más divertido, alguien había decidido que ayudaría a la moral transmitir en vivo la maldita cosa. Así que añadiendo no obstante que mucha gente se las había arreglado para escurrirse al estado de Mircea, por lo menos la mitad del mundo mágico esperaba sintonizarlo por medio de un simple hechizo.

Yo real, realmente quería reportarme enferma. Pero ya que esa no era una posibilidad, por último necesitaba resaltar. Por una vez en mi vida, realmente necesitaba verme bien.

Repentinamente se me ocurrió que Françoise se había ido ya hace mucho. Hace un largo, largo tiempo. Estaba empezando a preocuparme cuando finalmente reapareció, viéndose un poquito pálida.

—¿Qué pasa?

—Yo no... no creo que Augustine lo haya empezado todavía —me dijo.

Fruncí el ceño. —Pero acabas de decir...

—¡Sé lo que dije! Pero...pero lo debe tener atrás. —Comenzó a cerrar la puerta, pero puse un pie en medio. Los tomates bajaron amenazadoramente.

—Déjame ver.

Ella sacudió su cabeza. —Non, Cassie. Realmente...

—Déjame ver.

—No quieres verlo.

—¿Qué tan malo puede ser?

Ella solo me miró, sus oscuros ojos enormes. —Estaba equivocada. Él te odia.

—¡Françoise, muévete! —La empujé pasándola, ignorando los alfileros kamikazes y el estático tirón de una guarda. Y ahí estaba, en su solitario esplendor sobre un bastidor en el centro de la habitación.

Por un momento, simplemente miré, insegura de lo que estaba viendo.



Por qué no se veía como un vestido. Se veía como un montón de colgantes de alambre que tenían una borrachera y una carga de bolsas de papel. Bolsas de papel baratas. Las del tipo marrón que te daban en una tienda de comestibles que han sido recicladas un par de docenas de veces. No era simplemente espantoso; era triste. Un triste, vestido de bolsas de papel marrones con algo que se veía como...

—Uh —dijo Françoise débilmente.

No dije nada. Reduje mis ojos y me moví más cerca. Y vi una cáscara de banana haciéndose pasar por una almohadilla de hombro, una línea de tapas de botella sobre una cuerda de un collar y una lata ahuecada como una hebilla de cinturón. Había tazas de café sobre un hombro y vino tinto en la cadera y lo que parecía ser un ratón disecado atado al cuerpo. La cosa completa se veía como si hubiera rodado a través de un Basurero antes de...

Y luego lo entendí, y estupefacta comencé a sentirme furiosa.

—Está bien —dije, mi voz temblando ligeramente—. Así que arruiné uno de sus vestidos, bueno, un par, en la línea del deber y no por culpa mía. ¿Así que él me hace un arruinado montón de basura de vestido? ¿Eso es lo que es?

Françoise simplemente me miraba, con una terrible clase de compasión en su rostro. —Hay una tarjeta.

Y ahí estaba, atada a la forma del vestido sobre la rata disecada. La arranqué y la miré.

Pensé ahorrarte algo de tiempo con éste. Tendrás el vestido real cuando esté terminado, y ni un segundo antes. Y sal de mi taller. —A

Dije algunas creativas cosas sobre el creativo genio, hasta que corrí fuera. —El no es amable —estuvo de acuerdo Françoise—. ¿Pero qué puedo hacer?

Por un momento solo me paré ahí, contemplando el rostro de Augustine si yo aparecía usando una creación de otro diseñador. Pero yo no conocía a ningún otro diseñador, ninguno mágico, por lo menos, y no era como si pudiera simplemente salir a buscar uno. Y, francamente, dudaba que alguien más pudiera superar la competencia que debería enfrentar.

Necesitaba un vestido, y necesitaba uno bueno. Afortunadamente, estaba rodeado de ellos. —¿Que tanto falta para que regrese? —pregunté rápidamente.

Los ojos de Françoise se redujeron. —¿Por qué?

—Porque siento como que haré algunas compras.

Capítulo 7

Traducido por Mery St. Clair
Corregido por Marina012



Esto me gusta más —dijo Marco aprobatoriamente, mientras yo me tambaleaba a través de la puerta de la suite media hora más tarde.

—Pensé que ellos supuestamente serían de ayuda —jadeé, asintiendo con mi cabeza hacia mi sombra. Era la única cosa que yo podría mover, ya que mis miembros estaban cargando con bolsas, cajas y paquetes.

—Necesitamos las manos libres para las armas —dijo uno de ellos con suavidad.

—¿Los dos?

—Tienes un montón de enemigos.

—¡Tengo un montón de músculos estirados ahora, también! —espeté, tambaleándome dentro de la sala.

—Ese mago está aquí —me advirtió Marco.

—¿Pritkin? —pregunté, mi cabeza levantándose.

—Nop. Ese viejo. Con el cabello hacia atrás.

Yo no sabía quien podría tener el cabello hacia atrás, pero ese viejo era Jonas Marsden, director en funciones del Silver Circle. Por supuesto, Marco lo sabía perfectamente bien, pero los vampiros nunca estaban felices cuando un mago se presentaba. Y era doble por su líder.

Jonas se levantó para ayudarme, después me encontré dentro del salón, y le di a Marco una mirada. Obtuve un beso lanzado al aire en mi dirección y una promesa de estar justo al otro lado de los magos. En caso de que ellos intentaran utilizar algunos nefastos trucos de mago para hacerlo conmigo o algo.

—Lo siento, no estaba aquí, pero pensé que nosotros no nos encontraríamos hasta las tres —jadeé.



—No importa. Yo debería haber llamado —dijo cordialmente Jonas—. Pero quería hablar contigo, si tienes un momento.

—¿Sobre la última noche?

—Oh, realmente espero que no —dijo él, lo cual pudo haber sonado extraño viniendo de alguien más. Pero Jonas era siempre extraño.

Por un lado, él era la única persona que conocía con el cabello peor que Pritkin. Era algo extra hoy, un magnifico balón plateado-blanco de estática eléctrica que parecía tener vida propia. Como alguna criatura extraterrestre a la cual le pasaron la luz por el rostro y decidió permanecer quieto. En contraste, su rostro era sorprendentemente normal, con características agradables, mejillas rosadas y un par de arrugas que se esperan de su edad, como fuese. Jonas usualmente describiría eso como “malditamente viejo”.

—Y Niall quiere conocerte —agregó, mientras yo tropezaba hacia el dormitorio.

—¿Niall?

—Niall Edward. —Un rostro moreno con cabello hacia atrás se adelantó, y me las arreglé para extender una mano. Pero parece que él no lo vio o lo ignoró—. ¿Has pensado sobre perder cinco o diez? —preguntó, haciendo círculos alrededor de mí.

Me giré, tratando de mantenerlo en mi campo de visión, y dejé caer una pesada caja de zapatos en mi pie.

—¿Cinco o diez qué? —pregunté, haciendo una mueca.

—Libras. La cámara agrega por lo menos eso y, francamente, tú podrías obtener un poco más de definición en tu rostro.

—Yo... ¿qué?

Él sacó una agenda electrónica.

—¿Cuánto pesas?

—¡Eso no es de tu incumbencia!

—Lo es si tengo que vender la idea de ti como Pythia ante las masas —dijo con amargura, sus dedos volando sobre las teclas.

—Niall es nuestro director experto de relaciones públicas —explicó Jonas, mientras yo entraba cojeando dentro del dormitorio y arrojaba los paquetes en la cama.

—No necesito una persona de RP —dije, sentándome abajo para examinar mi pie.

—Oh, por supuesto que no —dijo Slick⁵, siguiéndome dentro—. Fuiste criada por un jefe de la mafia de los vampiros, eres como un cruce entre Paris Hilton y una persona sin hogar...

—¡No luzco como Paris Hilton!

—Estás usando esmalte rosa brillante en las uñas —señaló—. En tus pies.

Bajé la mirada hacia mis uñas, las cuales salían de un par de sandalias.

—No veo algo malo con...

—Exactamente. Y si no fuera suficientemente malo, eres sospechosa de ser un mago oscuro. Pero no necesitas un RP.

—¡Sólo soy sospechosa de ser un mago oscuro porque tu gente les dijo a todos que lo era! —dije furiosa.

Hasta hace poco, el Círculo había sido dirigido por un mago llamado Saunders, quien había estado cocinando los libros a favor de sí mismo y de sus amigos. Y él no había querido un Pythia en un lugar que no fuera firmemente bajo su pulgar, en caso de que su plan de hacer dinero se interrumpiera. Así que mientras sus operativos estaban ocupados tratando de cazarme, él estaba plantando historias desagradables en la prensa acerca de mis antecedentes familiares.

No ayudaba que casi la mayoría de ellas eran verdad.

—Y nosotros hemos hecho nuestro trabajo siempre bien —dijo con orgullo Slick—. Todos saben ahora que tu madre era una arruinada Initiate, tu padre era un peligroso mago oscuro y que tú mismas no has recibido absolutamente nada de formación para la posición que esperas.

—Yo no diría que *no* hay formación —objetó Jonas.

—Será el triunfo de mi carrera traerte de regreso de eso. Pero lo haré. No se equivoquen.

Él desapareció caminando dentro del armario, dejándome mirando hacia Jonas.

—Tienes que estar tomándome el pelo.

—Niall es un poco brusco, lo reconozco...

—¿Un poco?

—Pero él tiene un punto, Cassie. Tu imagen pública. —Jonas negó con su cabeza, causando que su cabello de extraterrestre flotara lujosamente—. Puede ser difícil imaginar que podría ser peor, tú sabes.

⁵ Puede traducirse como “mancha” o “mancha flotante” o quizás “hábil” o “astuto”.



—Entonces, ¿por qué tus chicos no se preocuparon por eso antes?

—Porque estábamos esperando que las cosas se enfriaran —me dijo Niall, emergiendo con un montón de ropa—. El público tiene una capacidad de atención muy corta y olvidan los detalles fácilmente. Tratar de erradicar o modificar su impresión de ti justo después de la historia pudo haber sido imposible. Ahora es meramente poco práctico. —Él lanzó mi ropa fuera de la puerta.

—¡Oye!

—Considerando el daño, yo preferiría otros quince días para ser aprobado, al menos, antes de la ceremonia —dijo, regresando con otra carga de mis pertenencias—. Pero me dijeron que estábamos en guerra y que no podría esperar.

—¡Acabo de comprar eso! —dije, arrebatando un vestido blanco lejos de su mano.

—¿Para qué? —exigió.

—Si quieres saberlo, ¡tengo una cita esta noche!

—¿De verdad? —Jonas parecía encantado—. ¿Puedo preguntar con quién?

—Mircea —dije, sólo para ver su emoción caer.

—Ah.

—¿Qué significa eso?

—Nada, nada. No es asunto mío, después de todo.

—Bueno, ¡es *mi* asunto! —dijo Slick—. No podemos permitirnos más mala prensa. Como ser vista con un vampiro, ¡particularmente vestida con esto!

Bajé la mirada hacia el vestido. Tenía pliegues en el frente y tirantes finos, sin brillo, sin lentejuelas o cualquier otra decoración en absoluto. A menos que cuente el estilo vago de los contornos de ramas de árboles meciéndose a través de la seda, como sombras en la pared. Era hermoso y de buen gusto y una de mis compras favoritas.

—¿Y qué hay de malo en esto? —exigí.

—¿Además de que está para llevarlo a la horca? Nada. ¿En ti? —Slick me miró de arriba abajo y negó con su cabeza.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Dos palabras: “prendas básicas” —dijo, y me lo arrebató de nuevo.

—Hay cosas como sostenes sin tirantes, ¡lo sabes! —le dije furiosa.

—¿Y también tienes uno propio?

—Eso no es asunto tu...

—Eso podría ser un no, entonces —dijo, y lo examinó.

Estaba cerca de darle caza y posiblemente golpearlo hasta la muerte con un zapato —suponiendo que él me dejara con alguno— cuando Jonas elevó la voz.

—Por supuesto, hay quienes estarán de acuerdo con Niall —dijo tímidamente.

Entrecerré mis ojos.

—¿Qué es esto?

Él se quitó sus lentes y los pulió con la manga de su camisa arrugada. Quizás realmente estaban sucios, pero parecía más como un táctica dilatoria. Como si él supiera que yo no iba a continuar después de lo que él fuera a decir.

—Este es mi punto, aunque algo torpe, que cuando uno es Pythia, las relaciones personales a menudo son... difíciles.

—¿Cómo la tuya con Agnes? —pregunté con malicia. Porque Jonas y la anterior Pythia habían aparentemente estado con algunos asuntos en el día.

—Sí, de hecho. Eso es porque lo mantenemos en secreto a todos, salvo un par de asociados cercanos. Si hubiéramos sido una pareja abierta, la gente podría haber pensado que ella estaba bajo la influencia del Círculo.

—La gente ya estaba pensando eso —señalé—. Ellos piensan eso sobre cada Pythia.

—No, ellos sospechan. Que es una cosa muy diferente.

—Así que, ¿qué estás diciendo? ¿Qué no puedo tener una cita con Mircea? —pregunté, y escuché a alguien afuera reír. Sospecho que era Marco.

Jonas aparentemente lo escuchó también, porque él disparó una mirada irritada en dirección hacia la sala.

—No, la cita puede ser algo comprensivo de tu parte. O puedes tratar de llevar a los vampiros a una alianza cercana con el Círculo. O puedes mostrar tu imparcialidad hacia las especies.

—Entonces, ¿cuál es el problema?



—No hay ninguno. Siempre y cuando tu relación no se convierta en algo más... permanente.

Mi mano fue inconscientemente hacia las marcas en mi cuello, las dos pequeñas cicatrices que era la manifestación física de la reclamación de Mircea. Porque estábamos ya casi permanentemente. Los anillos de boda pueden quitarse, al igual que un matrimonio puede terminar en divorcio, anularse o una separación. Pero las marcas que yo llevaba, las usaría de por vida.

Los diamantes podrías desaparecer, ¿pero la reclamación de un vampiro? Ahora, eso era para siempre.

—Un reclamo formal es permanente cuando lo obtienes —admití, en realidad no quería entrar en ello, pero no veía otra alternativa. Yo sabía que esto tenía que llegar tarde o temprano.

—¿Un reclamo formal? —Jonas sonó como si nunca hubiera escuchado el término.

Pellizqué el puente de mi nariz, preguntándome por enésima vez como los diferentes grupos sobrenaturales habían sobrevivido todo este tiempo, cuando no sabían casi nada el uno del otro. Y, frecuentemente, lo que ellos sabían estaba errado. No es de extrañar que se encontraran gruñendo los unos a los otros la mitad del tiempo.

—Algunas veces es utilizado para enlaza a no-vampiros a una familia de vampiros, —expliqué.

—¿Con qué propósito? —preguntó Jonas frunciendo el ceño.

—Para un montón de propósitos. Se dice que hay que ser un usuario de magia particularmente fuerte para que la familia haya confiado en hacerlo sus pupilos. Ellos quieren asegurarse de mantenerlos alrededor para que otra familia no pueda robárselo. Pero ellos no pueden sólo absorberlo, porque los magos pierden su magia cuando Cambian.

—¡También es ilegal! —dijo Jonas con vehemencia.

—No, si la persona en cuestión está de acuerdo con ello. Pero...

—Como si cualquier mago en su derecho de pensar...

—...pero si el mago no puede ser Cambiado —dije, hablando sobre él, porque no estaba de humor para esta conversación en particular hoy—. Entonces, la siguiente mejor opción es un reclamo. Esto lo hace parte oficial de la familia, y las leyes de vampiros no permiten la caza furtiva de las personas de las familias.

También tenía otro uso, siendo el método utilizado tradicionalmente para los matrimonios entre dos vampiros de alto rango. Se unían y sus familias se quedaban en igualdad, sin que ninguno tuviera que ser unido por la sangre de los otros. Pero si Jonas quería saber sobre eso, él tendría que hacer su maldita propia tarea.



Jonas frunció el ceño.

—Entonces, ¿si es tan común por qué no he escuchado hablar de esto antes?

—Yo no dije que era común —dije, tomando un puñado de mi ropa de regreso hacia donde pertenecía—. No lo es.

—¿Y por qué no, si es tan útil?

—Porque un maestro vampiro es responsable de los miembros de su familia, ya sea reclamado o por un Cambio. Sus acciones se reflejan en él, y es responsable de ellos ante el Senado. Pero alguien quien ha sido reclamado no tiene lazo de sangre que asegure su obediencia, dándole mucho menos control sobre las acciones de esa persona.

—Pero el nivel de maestro dentro de una familia también puede ser cambiado por el de un señor, ¿no? —preguntó Jonas, sorprendiéndome.

Me volví a colgar la ropa en las perchas. Lo había hecho rápido, ya que mi vieja institutriz siempre había insistido que las perchas tenían que sostener todo en su lugar, y nunca había perdido ese hábito.

—Sí. Es por lo cual un montón de señores vampiros se han emancipado de sus Maestros. La mayoría de ellos, de hecho.

—Excepto en el caso de Lord Mircea —dijo Jonas oscuramente—. Parece que hay un buen número de maestros de alto nivel a su servicio. De hecho, me he encontrado con uno de nivel bajo.

—Los de bajo nivel no serían de mucha utilidad aquí —señalé—. Y Mircea es un senador. Él necesita más vampiros fuertes para que lo ayuden con su trabajo. Pero él es la excepción, no es una regla. La mayoría de los maestros se deshacen de alguien lo suficiente fuerte como para desafiarle, al igual que ellos lo piensan dos veces antes de reclamar a alguien.

Jonas estuvo sentado un rato, absorbiendo esto, mientras yo ordenaba el resto del desastre de Niall.

—Si te entiendo correctamente —dijo finalmente—. Lo vampiros que tú consideras sirvientes de Lord Mircea, casi son de su propiedad.

Allí no había “casi” sobre ello, no lo dije, porque él se veía bastante molesto.

—En cierto sentido —dije sabiendo hacia donde iba esto.

—Y se espera que la propiedad funcione bien para el dueño, ¿no?

—Sí.



—Entonces, ¿ellos creen que pueden controlar la oficina de Pythia! —dijo, como si lo hubiera sospechado desde el principio.

Me encogí de hombros.

—Probablemente.

—¿Y esto no te concierne? —exigió, tan indignado como si él estuviera planeando hacer algo por sí mismo.

—Jonas, yo espero hacer el trabajo por el bien de la *familia*. No del Senado.

—¿Y realmente crees que ellos van a hacer esa distinción? ¿Crees que Lord Mircea lo hará?

—*Yo lo haré*.

—¿Y crees que puedes dividir tus lealtades tan fácilmente?

—¿Por qué no? —pregunté, repentinamente enojada—. Cada Pythia ha tenido una familia, ¿o no?

Jonas pareció desconcertado por un momento.

—Bueno, sí. Pero esto es difícilmente lo mismo...

—¡Es exactamente lo mismo! —Pensé en el vampiro quien había tenido la mitad de su pierna fuera la última noche. Podría eventualmente crecerle de regreso, pero los otros no habían sido tan afortunados. Uno de los más viejos maestros de Mircea, un vampiro llamado Nicu, había muerto protegiéndome hace apenas un mes, y Marco había estado cerca, también.

Si esto no era familia, no sabía qué era.

—Ellos son mi familia —repetí planamente—. Y voy a tratarlos como tal. Pero eso no significa que seré un feliz títere del Senado. —O del Círculo.

Jonas parecía lejos de estar satisfecho.

—Qué fácil es decirlo, pero creo que tú deberías establecer más independencia frente al Senado de lo que parece pensar. Pero, en cualquier caso, nosotros hablaremos sobre las apariencias, no de las facetas esotéricas en las leyes de los vampiros. Y el hecho de que tú... pertenezcas... a un vampiro, o como sea que lo definas, no va a sentar bien con la completa comunidad sobrenatural.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —exigí.

—No estoy diciendo que no tengas una cita con el hombre, Cassie...

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Simplemente que podría ser de ayuda si te ven saliendo con otros, también. Un cambia formas, quizás, o un mago. Sería mucho más fácil vender la idea de que tu vida privada tiene poco que ver con tus decisiones.

—Sí, bueno, realmente no conozco a ningún...

—Puedo enviarte alguno.

Parpadeé.

—¿Algún qué?

—Algunos... pretendientes... si tú quieres.

—Puedes enviarme algunos pretendientes —repetí lentamente, dejándolo salir, sonó como si alguien me asfixiara hasta la muerte.

—Tú no tienes porque tener una cita con alguno que no te guste, por supuesto —dijo Jonas, sin la menor pizca de ironía—. Podría enviarte una selección, y tú puedes elegir uno.

Tenía una repentina, loca imagen, de un cartel pegado a la pared de reclutamiento en la central de magos en guerra: SE BUSCA NOVIO. OBLIGACIONES PELIGROSAS. BUENA PAGA. Sólo que ello no era realmente divertido. Porque podía ver a Jonas decidiendo que eso era una perfecta manera razonable de proceder.

—O puedes elegir dos —dijo, acariciando la idea—. Un mago y un cambia forma. Cubriendo todas las bases, por así decirlo.

—¿Qué hay de una media docena? —pregunté sarcásticamente, sólo para hacerlo parpadear.

—Oh, no. Eso podría ser un poco malo para tu reputación.

—Y no queremos eso.

Había algún tipo de conmoción afuera, y decidí que ya era suficiente. Fui hacia la puerta y asomé mi cabeza. Marco estaba jadeando por aire en el sofá, y dos de los otros guardias estaban inclinados sobre un teléfono celular.

—¿Qué están haciendo? —demandé.

—Tratando de grabar esto. —El astuto cabrón de las compras me dijo—. Nadie nos va a creer de lo contrario.

—Bueno, detente. ¡No es divertido!



—¿En qué planeta?

Lo fulminé con la mirada, lo cual no sirvió de nada, porque él simplemente regreso a jugar con el teléfono. Así que miré hacia Marco.

—¿No puedo hacer algo con ellos?

Marco hizo un ademán hacia mí, con lágrimas corriendo por sus mejillas enrojecidas, y trató de decir algo. Pero todo lo que salió por unos momentos eran silabas asmáticas. Me incliné hacia él, comenzando a preocuparme, y él puso una mano en mi cuello y tiró de mí hacia abajo.

—Esto... es... divertido —dijo entrecortadamente.

Me aparté y golpeé su hombro firme como roca.

—¡Bastardo!

Jonas estaba saliendo hacia la sala cuando me di la vuelta, arrastrando a Niall por el brazo.

—Ahora, ahora —le dijo al mago más joven—. No hay tiempo para complicaciones.

—Tenemos *diez días*, Jonas —dijo—. ¡Cuando yo francamente dudo que diez meses puedan ser suficiente! Ella se ve como de doce, excepto por la, uh... —Él gesticulo arriba abajo hacia mis ofensivas curvas—. Su ropa es equivocada, su maquillaje está mal...

—¡Esos son moretones! —le dije indignada.

—Y su cabello es... —Se inclinó más cerca, entrecerrando los ojos en las luces—. ¿Por qué tu cabello es verde?

—Es una nueva moda.

—Es horrible. Y ni siquiera sé si es... tinte... o lo que sea que tenga, aún está mal hecho. No hemos tenido una Pythia rubia antes; simplemente no es lo que la gente espera ver. Y, francamente, no te queda bien.

—¡Es mi color natural!

—Entonces es horriblemente natural. Y esto —él tiró de mis rizos—. Tendrán que irse.

—Si me tocas una vez más... —dije en voz baja.

—Haré una cita con una estilista que entiende que necesitamos que sea suave. Necesitamos sofisticación. Necesitamos... bueno, alguien más, obviamente, pero...



—Niall. Realmente creo que esto es todo por hoy —dijo Jonas, observando mi rostro.

—¿Y qué es esto? —Él tomó mi fino, almidonado pañuelo fuera de mi bolsillo, que usualmente lo usaba de amuleto en mi camisa—. Y si todo eso no fuera suficiente, ¡jella apesta!

—Suéltalo —le dije, mi voz baja y uniforme.

—Voy a soltarlo —dijo gruñonamente, deslizándolo en mi cuello—. Directamente al basurero más cercano, junto con cualquier sudadera sin estilo que tu...

—Oh, Dios mío —dijo Jonas.

Parpadeé, mirando hacia el lugar donde el oficioso mago había estado. Porque él no estaba allí por más tiempo.

—Maldita sea —dijo uno de los vampiros.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, sintiéndome entrar en pánico. Porque el mago no estaba a la vista.

—Bueno, el lado bueno es que no estaba previsto cubrir otro mes —dijo Jonas—. Estamos progresando bien, parece.

—¡Jonas! ¿Qué pasó?

—¿Hmm? Bueno, como sabes, tú puedes moverte a través del espacio, así como en el tiempo. Lo que tú no has aprendido aún es que puedes mover otras cosas, también. Y personas.

—Pero... pero, ¿adónde lo *moví*?

Él parpadeó hacia mí como un búho detrás de sus gruesos anteojos.

—Yo estoy más débil. ¿Puedes verlo?

—Puedo... —Mi voz se desvaneció, porque repentinamente pude. Un pequeño mago furioso en medio de un grandioso, gran desierto, una serpiente negra en una carretera a un par de cientos de metros de distancia. Y nada más que tierra y maleza de lo que parecían kilómetros.

—Creo que él está en un desierto.

—¿Por casualidad sabes cuál?

—Yo... no. Hay una carretera, pero...

—Oh, bueno. Entonces está bien. —Él palmeó mi brazo.



—¡Jonas! ¿Cómo puedo conseguir traerlo de *regreso*?

—Sí, bueno, nosotros haremos eso, por supuesto. Pero por ahora. —Sus antejos brillaron—. Podría estar bien dejarlo allí. Agnes tuvo que hacerlo una o dos veces, si no mal recuerdo, a su predecesor. No es finalmente la mejor manera de aprender, de todas maneras, tú sabes.

Él entrelazó mi brazo con el suyo y nos encaminamos hacia la puerta, mi cabeza aún girada.

—Por si acaso, no has tenido alguna visión de un lobo ¿O sí? ¿O un gran perro?

—¿Quieres decir un cambia formas?

—No, no. No lo creo. Por supuesto, podría ser, pero eso sería demasiado fácil, ¿verdad?

—Yo... no estoy realmente segura de que tú...

Él tomó mi mano y se inclinó sobre ella con esa antigua cortesía.

—Si ves cualquier cosa como esa, cualquier cosa en absoluto, me lo harás saber, ¿verdad?

—Yo... sí. Claro.

Levantó su mirada y esos vagos ojos azules mostraban repentinamente algo, pero la expresión en su usualmente jovial rostro era casi aterradora.

—De inmediato, Cassie.

Asentí, un poco asustada, y repentinamente él estaba sonriendo otra vez.

—Disfruta tu cita —me dijo y se fue.

Marco cerró la puerta y nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro.

—Magos —dijo con disgusto—. Son más extraños cada año.

Y no podía realmente discutir sobre eso.



Capítulo 8

*Traducido por veroniica, karla pierce y Vannia
Corregido por Marina012*



¿Estás segura? —me preguntó Mircea.

Eran siete horas después y varias décadas antes, y yo no estaba segura de absolutamente nada. Mis manos estaban sudorosas y mi estómago me dolía y estaba empezando a reconsiderar la elección del vestido para la tarde. Ya lo había reconsiderado una vez, ir con el de seda rojo, que parecía chic y sofisticado en la tienda.

Pero ahora pensaba que la parte superior quizás estaba un poco baja en algunos lugares y no tenía tiempo de cambiarlo, así que estaba demasiado apretado en algunos lados y demasiado flojo en otros, y no estaba segura de que el color se viese bien como mi pelo, especialmente desde que no había quitado aún el verde, y...

—Estoy bien —dije con firmeza.

Mircea me dio una mirada que decía que no engañaba a nadie. Pero aún así presionó el timbre de la puerta. Y al menos él parecía pertenecer aquí.

Su pelo estaba liso y brillante, confinado con una discreta pinza en su nuca. Su esmoquin negro le quedaba en sus amplios hombros como un guante, el material suave y brillante, tanto como la lana puede ser. Lo acompañaba con una camisa blanca de Frenchcuff con unos gemelos de oro que brillaban bajo las luces. Estaban tallados con el emblema de la casa real, aunque él difícilmente los necesitaba. Nadie alguna vez lo iba a confundir con cualquiera que no fuese él.

Al parecer el mayordomo estaba de acuerdo, porque a pesar de no tener invitación, nos llevaron directamente a la fiesta que ocupaba la mayor parte de la planta baja de una elegante mansión de Londres.

Había un reluciente parqué y brillantes candelabros y suaves cortinas y alfombras, y yo apenas noté algo de eso. Porque cruzando el salón principal había una pequeña mujer de pelo moreno, vestida de rojo. Y a su lado estaba...



—Es bella —dijo Mircea, cogiendo champán de una bandeja que pasaba. No dije nada. Me aferré al vaso que me entregó, sintiendo una extraña sensación de distanciamiento. Podía sentir el frío cristal bajo mis dedos, saborear el sutil picor del alcohol. Pero parecía lejano, irreal, como la gente que se desplazaba a nuestro alrededor.

Oía el suave sonido de sus risas y las conversaciones que subían y bajaban, al igual que las notas que alguien estaba tocando en un piano distante. Pero nada de eso importaba.

Nada se comparaba a la alta mujer en sus malos ochenta en su vestido de fiesta, que estaba al lado de la antigua Pythia. Su vestido era de raso de un azul eléctrico con grandes e hinchadas mangas, y un pepló⁶.

Había una superposición de encaje en la parte superior y unos pocos botones de pedrería en la parte delantera. Sus zapatos estaban teñidos para que hicieran juego. Era absolutamente horrible, como algo que una novia infernal le pondría a una dama de honor demasiado bonita. Sin embargo, de alguna manera ella lo hacía lucir bien.

El azul coincidía con el color de sus ojos y se complementaba con el pelo oscuro y su pálida piel. Y cuando ella se ríe, te olvidabas del vestido, incluso aunque no lo hubieses visto. Porque no podías quitar los ojos de su cara.

Un brazo se deslizó por mi pecho.

—*Dulcea* —, no creo que quieras ir más cerca.

De repente me di cuenta que estaba a mitad de camino cruzando la habitación, aunque no podía recordar haberme puesto en movimiento. Mircea me movió a un lado, cerca de una hilera de ventanas que continuaban hasta el suelo y daban a la noche. La que estaba en frente de nosotros era tan buena como un espejo, lo que me permitía mirar al reflejo de la chica sin ser tan obvia.

Mircea tiene razón, pensé con la mirada vacía. *Ella es hermosa. Y delicada, frágil y desenvuelta.*

No se veía en absoluto como yo.

—No estoy de acuerdo —murmuró. Un dedo caliente bajaba por mi pómulos, siguiendo el rastro de una lágrima que no recordaba haber derramado—. Hay una similitud en la estructura ósea, en la forma de los ojos, el contorno de los labios...

—Yo no lo veo —dije con dureza, tragando champán y preguntándome por qué estaba de forma repentina, cegadoramente enojada.

—Dijiste que estabas preparada para esto —dijo, tirando de mí contra él.

⁶ Vestidura exterior, amplia y suelta, sin mangas, que bajaba de los hombros formando caídas en punta por delante, usada por las mujeres en la Grecia antigua.

Su pecho estaba duro en mi espalda, pero sus brazos eran suaves. Yo sentí como me relajaba en sus brazos, aun sabiendo lo que estaba haciendo. Todos los vampiros podían manipular las emociones de los humanos hasta cierto punto, pero Mircea prácticamente podía jugar conmigo como con un violín. Era una combinación de talento natural y más conocimientos acerca de lo que me motivaba del que yo misma probablemente tenía. Pero, por una vez, no me importaba. Me aferré a la conocida sensación de calidez y confort a mí alrededor como una manta, y me dije que dejara de ser una idiota.

Yo no sabía por qué había reaccionado de esa manera. Había conocido de antemano como era. Había visto una foto de ella una vez, una descolorida, algo granulosa tomada a distancia. Pero había sido lo suficientemente clara como para que me mostrara la verdad.

No me parecía a mi madre en lo más mínimo.

—Estoy bien —le dije, con un nudo en la garganta, sólo para sentirlo suspirar contra mi espalda.

—No estás bien, *dulcea*. Sientes pérdida, traición.

—No tengo ninguna razón para sentirme traicionada.

—Ella te abandonó cuando eras una niña.

—¡Ella murió, Mircea!

—Sí, pero el hecho es que ella se fue. Y te hizo daño en el proceso.

—Yo no estaba herida. Apenas tenía cuatro.

—Fuiste herida —insistió—. Pero tú no te preocupas por esas emociones, Cassie. Tú las ignoras.

—¡No es verdad!

—Eso siempre ha sido verdad. Es una de los aspectos que definen tu carácter.

Fruncí el ceño a su reflejo en la ventana, pero si lo vio, no reaccionó. Él tomó el vaso de champán vacío de mi mano y lo puso sobre una mesa cercana. Después cruzó sus brazos a mí alrededor otra vez, atrapándome, aunque no me sentí de esa forma. No quería hablar de esto. Pero de repente tampoco me quería mover.

—¿Te acuerdas cuando visité la corte de Antonio cuando eras una niña? —me preguntó.

—Por supuesto. —Él había estado allí por un año, desde que cumplí los once hasta casi los doce. Había sido una visita larga, incluso para los estándares de los vampiros. Por aquel entonces, no pensé mucho en ello, Tony a menudo tenía visitantes, y no tenía sentido para mí



que su maestro sería eventualmente uno de ellos. Fue sólo después que descubrí que Mircea tenía un motivo ulterior.

Él había descubierto que la pequeña clarividente que Tony tenía en la corte era la hija de la antigua heredera Pythia al trono. Mi madre había huido de su posición y sus responsabilidades para casarse con un mago oscuro al servicio de Tony. Eso efectivamente le impidió cualquier oportunidad de éxito, pero no hacía ninguna diferencia en lo que a mis propias probabilidades se refería.

—Tú esperas que me convierta en Pythia algún día.

Mircea no se molestó en negarlo. Él era un vampiro. Utilizar cualquier recurso que estuviese disponible dentro de la familia se consideraba una virtud en su cultura, y una posible Pythia era un maldito buen recurso.

—Sí, pero tú eras también interesante por tus propios méritos.

Solté un bufido.

—Tenía once años. Nadie de once años es interesante.

—La mayoría de los de once no vagan hablando con fantasmas —dijo irónicamente—. O empiezan a hablar en la mesa de la cena para casualmente mencionar que uno de sus invitados es un asesino...

—Creo que Tony habría tenido una insuficiencia cardíaca —dije acordándome de su cara—. Ya sabes si hubiese tenido un corazón.

—...o llevarme a un zulo⁷ con joyas de la Guerra Civil escondido en una pared que nadie más conocía.

—El que las puso ahí lo hizo.

—Mi punto es que eras una chica fascinante, no menos por la forma en que lidiaste con el dolor. O más exactamente por la forma en que evitaste tratar con él.

—Yo traté bien con él.

Mircea no hizo comentarios, pero su mano cubrió el puño que tenía contra mi pecho, yemas de dedos descansando sobre agudos nudillos.

—Yo había estado por allí quizás un mes —dijo en voz baja—. Cuando de casualidad pasaba por tu habitación. Era tarde y se suponía que tenías que estar dormida, pero te oí llorar. Entré y te encontré sentada en la cama, tus manos envueltos alrededor de tus rodillas, mirando a la pared. ¿Recuerdas lo que me dijiste que te pasaba cuando te pregunté que estaba mal?

⁷ Lugar oculto y cerrado dispuesto para esconder ilegalmente cosas o personas secuestradas.

—No. —Estaba viendo imágenes parpadeantes en la pared y en el techo, como reflejos de faros en la carretera. Sólo que no había ninguna carretera cerca de la granja de Tony, la cual estaba ubicada bien al final de un viejo camino de tierra dos carriles en el campo de Pennsylvania. Sin embargo, las escenas inundaban la habitación, como cuadros repetitivos de una película muda.

De alguna manera se parecía a una, también, los colores en su mayor parte desteñidos por la noche. Excepto por la sangre. Por alguna razón, había estado en vivo y brillante Tecnicolor, destacándose absolutamente contra los negros y marrones y los insípidos grises del asfalto.

Pero por tan horribles como fuesen, no había sido particularmente inusual. Tenía visiones casi todos los días, hasta que crecí lo suficiente para aprender a controlarlas, hasta que aprendí como no ver.

Probablemente no recordaría ésa, si no fuese porque Mircea había estado allí, sacudiéndome fuera de ello.

La gente de Tony no hacía eso. Ellos tenían órdenes de no interrumpir, porque quizás viese algo que considerase provechoso. Así que había sido la más extraña de las extrañas sensaciones sentir de repente un toque, la suavidad de un humano y sangre caliente en mi hombro.

—Fue una pesadilla —le dije.

—Dijiste que habías visto un accidente de varios autos. O, como tú lo describiste, sangre filtrándose con charcos de aceite, cuerpos rotos que yacían en el cristal hecho añicos, y el olor a gasolina, goma quemada y carne chamuscada. A la mañana siguiente, las noticias reportaron el accidente de diez coches en la autopista de peaje de New Jersey.

—¿Lo hicieron? —pregunté, repentinamente deseé tener otro trago en la mano.

—Me pregunté entonces cómo sería, crecer como un niño que ve cosas que ningún niño ve. Quien, cada vez que cerrabas sus los ojos, era rodeada por dolor, horror, muerte...

—Eso es realmente exagerado.

—...por cosas que la mantenían despierta en la noche, temblando de miedo, y mirando una pared en blanco.

—No era blanca —dije rápidamente—. Rafe dibujó cosas en ella.

Nuestro artista residente en la corte había sido nada más y nada menos que el artista renacentista Raphael, quien había sido rechazado por negársele a un trabajo a Florentine arriba-y-esquina Antonio Gallina. Había sido la última vez que había reusado una de las comisiones de Tony, no es que le diera muchas. Apreciar el arte requería un alma, algo que estaba bastante segura Tony no tenía.



—Sí —concordó Mircea—. Porque yo se lo pedí.

Fruncí el ceño. No lo sabía.

—¿Se lo pediste? ¿Por qué?

—Pensé que un niño debería de tener algo más que ver que la muerte.

Unos ojos oscuros se encontraron con los míos en la ventana por un instante, hasta que bajé la vista.

—Quiero otro trago —le dije, pero los brazos de Mircea no se movieron.

—Por supuesto que sí —dijo—. Yo deseo discutir los sentimientos que tienes hacia tu madre, así que naturalmente tú te pones sedienta. O hambrienta. O de pronto recuerdas algo que tenías que hacer.

Luché, los brazos de Mircea ya no se sentían tan reconfortantes.

—Déjame ir.

—¿Para tomar un trago, o para evadir la conversación?

—¡No la estoy evadiendo! —chillé. Jamás esperé que esto fuera tan difícil. Mircea y yo nos habíamos coleado en la fiesta, si caminar escoltado por un mayordomo puede ser llamado como tal, porque yo quería ver a mi madre. No hablarle, no interactuar, nada que pudiera estropear la línea del tiempo. Sólo verla.

Porque jamás había tenido nada más que esa pésima foto.

Pero ahora que estaba aquí, verla no era suficiente. Quería acercarme. Quería saber si seguía oliendo a lilas y miel, con un toque de labial de cera.

Quería que me viera también.

Pero más que nada, quería preguntarle cosas. Por qué había rechazado un trabajo por el cual mucha gente habría matado para casarse con un hombre que mucha gente hubiera querido matar. Por qué me había tenido. Por qué había muerto y me había dejado con el imbécil de Tony. Si a pesar de todo me quería.

—Déjame ir —dije disgustada. Mircea me soltó y yo me alejé, necesitando espacio, aire.

Enredé mis brazos alrededor de mí y me quedé mirando a través de la fiesta, y casi con un dolor físico en mi interior. Su cabello era oscuro, como lo había asumido en la foto, pero no era marrón. Las luces brillaban en él, y era un profundo, rico, y cobrizo bronce, tan raro y sorprendente como sus ojos zafiro.



Me pregunté si de ahí venían los hilos de color rojo en mi pelo, si tal vez venía de familia. Me pregunté si tenía una familia, primos lejanos o algo, perdidos...

Nunca había pensado en eso antes, tal vez porque había crecido rodeada de gente que jamás los había mencionado.

Los vampiros actúan usualmente como si sus vidas empezaran con el Cambio, en vez de terminar con ella. Y realmente, estaban en lo correcto. La mayoría de los maestros Transformaban a alguien porque poseía un talento que ellos necesitaban, o fuerza o intelecto o riqueza que ellos querían, nada de eso incluía una familia humana. Y pocos estaban dispuestos a Transformar a un montón de parásitos que no podían ser de gran uso y podían ser peligrosos, desde que el maestro era responsable de las acciones de sus niños.

Como resultado, muchas familias se quedaban atrás cuando un bebé vampiro se unía al clan de él o ella. Y supongo que, después de un tiempo, dejas de preguntarte por las personas a lo largo de la muerte, con los cuales no tienes nada en común, de todos modos. Después de un tiempo, dejas de extrañarlos.

Sólo que no creía que fuera a vivir tanto tiempo.

—Mi madre era casi tan bonita.

Había estado tan perdida en mis pensamientos que me tomó un momento darme cuenta que Mircea había hablado.

Y luego de unos segundos después de lo que había dicho, asimilarlo.

—¿Tu madre?

Sonrió ligeramente.

—Luces sorprendida.

—Es sólo que... nunca la habías mencionado. —De hecho, nunca había pensado que Mircea tenía una madre.

Estúpida; por supuesto que la tenía. Pero de alguna forma nunca lo había imaginado de pequeño.

Fue sorprendentemente fácil.

El cabello caoba tenía ondulaciones tenues de lo que alguna vez pudieron haber sido rizos. Los labios esculpidos, tan sensuales en un adulto, probablemente habían sido un arco de Cupido entonces. Y el oscuro, líquido en sus ojos debían ser irresistibles en la cara de un niño.

—Apuesto a que te salías con la tuya —dije y él rió.



—No siempre. Mis padres eran muy estrictos.

—No te lo creo. —Yo había tratado de ser estricta con Mircea, lo había intentado, pero de alguna forma nunca funcionaba. Y dudaba que alguien más hubiera tenido mejor suerte.

—Es cierto —insistió, sentándonos en unas sillas junto a la pared. No me quedé en la mía más que unos pocos segundos. Me sentía muy ansiosa, extrañamente excitada.

Mircea empezó a levantarse cuando lo hice, pero lo senté de nuevo.

—Un caballero no se sienta cuando una dama está de pie —amonestó.

Puse una rodilla en su pierna para mantenerlo en su lugar.

—¿Y si la dama insiste?

—Hmmm... un dilema. —Una fuerte mano apretó mi muslo a través de la seda—. Suponiendo que un caballero siempre accede a los deseos de una dama.

—¿Siempre? —Esto me podía ser muy útil.

Él rió y besó mi mano.

—Desafortunadamente, no siempre soy un caballero.

—Lo suficientemente cerca —le dije honestamente, y quitando la pinza de su cabello.

Una onda oscura cayó sobre sus hombros. Miró hacia mí, sus ojos oscuros divertidos. Siempre había tenido este extraño fetiche con su cabello, del que nunca habíamos hablado. Pero él lo sabía.

Sentí como si seda fresca color marrón fluyera por mis dedos. Y, como siempre, tocarlo era mejor. Me sentí bien, estabilizándome. Y ahora mismo, me venía bien algo de eso.

—Estabas hablando de cuando eras niño.

—Ah, cierto. Los ensayos de la infancia —reflexionó, lentamente acariciando mi muslo con la mano—. Uno de mis primeros recuerdos es el de ser lanzado a jugar a la nieve, completamente desnudo.

—¿Desnudo?

—Hmm... no era tan malo cuando el sol brillaba pero durante la noche...

—¿Durante la *noche*?



—...se convertía en algo... frío.

Lo miré fijamente.

—¿Cuántos años tenías?

Se encogió de hombros.

—Tres, tal vez cuatro.

—Pero... pero ¿por qué alguien *haría* eso?

—Para demostrarle mi físico a la gente. Yo era el heredero de mi padre, y aunque él no tuviera el trono en el momento que me tuvo, tenía absoluta confianza de que un día sería suyo.

—Sí, pero exponer a un *niño*...

—La vida era arriesgada entonces. Y no había infancia, en el sentido moderno, cuando yo era joven. No para niños campesinos, quienes empezaban a trabajar en los campos desde los siete años. Y ciertamente no para nosotros de la nobleza.

—Eso no suena muy divertido.

—Algo de ello lo fue. Había espectáculos de títeres en días festivos y trineos en invierno. Y yo podía montar un caballo sin silla a los cinco años a todo galope, así como mis hermanos. Bueno, a excepción de Radu —dijo él, hablando sobre su hermano más joven—. Él estaba muerto de miedo por las criaturas y le tomó bastante tiempo aceptarlos. Debía saberlo, yo les enseñé a montar.

—¿A ellos?

—A él y a Vlad —dijo Mircea, su sonrisa desvaneciéndose. Yo no había dicho nada, pero maldije para mis adentros. Era bastante raro para Mircea hablar sobre su familia, y ese tema en particular era casi seguro que lo hacía enmudecer. Pero para mi sorpresa, esta vez no lo hizo.

—Radu no tenía silla en lo absoluto —dijo él, después de un momento.

—Yo tampoco —admití. Rafe había tratado de enseñarme, pero finalmente se había dado por vencido.

—Pero tú no necesitabas dirigir cargos en la batalla, *dulcea*... ¡Él lo hizo! Mi padre finalmente solucionó el problema atándolo al caballo más grande en el establo, y prometiendo que debería quedarse ahí hasta que él pudiera cabalgar apropiadamente.

—¿Y él lo hizo?



Mircea me miró, dejando al descubierto la larga línea de su garganta mientras se inclinaba contra la silla. Exponiendo un área vulnerable, un signo tradicional vampírico de confianza.

—Con una prontitud increíble.

Miré bajo aquellos aterciopelados ojos oscuros, fascinada por el satisfecho humor en su apuesto rostro, por el ondulado de sus ojos, por el blanco, incluso por los dientes y el vistazo de su lengua detrás de ellos. Sin pensarlo, mi mano se detuvo peinando a través de la gruesa seda de su cabello y bajó hacia su nuca, antes de deslizarse por delante hacia la curva en torno a su garganta.

La mayoría de los vampiros se habrían alejado o por lo menos estremecido. Mircea simplemente me miró, con ojos brillantes, pero ya sin diversión. Había algo oscuro en aquellas profundidades, algo feroz y posesivo que hacía a mi respiración volverse rápida y apretar mi mano sobre el fuerte y constante palpitar debajo de las yemas de mis dedos.

Su corazón no necesitaba latir, por supuesto, pero él sabía que me gustaba, así que raramente lo olvidaba. Así como siempre recordaba respirar cuando yo estaba cerca, parpadear, hacer todas las cosas que lo hacían parecer humano, incluso aunque él técnicamente no había tenido ese título por quinientos años. Pero él era humano para mí.

Él siempre sería humano para mí.

—No debes mirarme así cuando estamos en público, *dulcea* —murmuró él, su mano acariciando arriba y abajo en mi pierna—. Me hace desear acortar la breve noche.

—¿Qué tan breve?

Aquellos dedos repentinamente apretados.

—Mucho.

Y por un momento, eso sonó realmente como una buena idea.

Realmente, muy buena. Pero si me iba con Mircea ahora, sabía que sería el resto de la noche. Y eso no implicaría mucha charla.

Humedecí mis labios y me alejé unos cuantos pasos.

—¿Me estabas hablando de tu madre?

Mircea no dijo nada por un momento, pero cuando miré de nuevo, él no pareció molesto. En cualquier caso, su cuerpo parecía haberse relajado, y él estaba sonriendo.

—Princesa Cneajna de Moldavia —dijo sencillamente—. Alta, con cabello negro y ojos verdes. Radu los heredó de ella, no en el color sino en una cierta delicadeza del rasgo.

—¿Qué hay de ti?

—Ellos dijeron que me asemejaba más a ella en el temperamento, aunque yo nunca lo vi. Ella era más... vehemente. Sumamente nerviosa. La recuerdo como hermosa y apasionada, orgullosa y ambiciosa.

Mordía mi labio. Pensaba que eso describía a Mircea perfectamente.

—Yo siempre pensé que era más como mi padre —me dijo él.

—¿Cómo?

La cabeza de Mircea estaba inclinada.

—Él era una... especie de tipo prudente, un diplomático, para el Rey Sigismund de Hungría. Él estaba alrededor de su edad cuando fue mandado como enviado especial a Constantinopla para discutir una posible fusión entre la fe Católica Romana y la Ortodoxa. Eso nunca pasó, por supuesto, pero impresionó al Sacro Emperador Romano con su tacto y su criterio. — Mircea sonrió—. Aunque probablemente no por su piedad.

—¿Él no era religioso?

—No más de lo que era políticamente conveniente. Mi madre era la devota de la familia. Obligó a sus pobres hijos estar al cuidado de los Dominicanos como parte de nuestra educación —se estremeció.

Yo sonreí.

—¿No te gustan los monjes?

—Siempre he tenido sospechas de cualquier hombre que puede voluntariamente darle la espalda a las mejores creaciones de Dios.

Sus ojos marrones de terciopelo se encontraron con los míos, y un disparo de algo cálido y eléctrico me atravesó, haciendo a mi pulso palpitar fuertemente en mi garganta, y en otros lugares. Decidí que realmente quería esa bebida ahora. Por suerte, otra de las omnipresentes bandejas flotantes se dirigía en mi dirección.

Me moví hacia el frente y alcancé un vaso, al mismo tiempo que un hombre al otro lado. Mi mano rozó la base, derribándolo y enviando un chorro de líquido dorado sobre su inmaculada camisa blanca. Él miró hacia abajo y yo alcé la vista, con una disculpa en mis labios. Y fue en donde se quedó, mientras ambos nos congelábamos aturdidos en reconocimiento.

Porque nosotros nos conocíamos el uno al otro, y ninguno de nosotros se suponía que estuviera allí.



Capítulo 9

*Traducido por sary_meles y Chelsea Sharkovich
Corregido por Marina012*



Me quedé mirando a los delgados, vagamente caballunos rasgos y claros ojos azules del mago enfrente de mí, y esperaba que me estuviera imaginando cosas. Él lucía un poco diferente en un esmoquin bien ajustado que en unos pantalones cortos del siglo XVII, su cabello rubio arenoso peinado hacia atrás en lugar de caer desordenadamente alrededor de su cara. Pero era él. El sujeto que yo una vez había ayudado a Agnes a detener, antes de que él pudiera terminar con la historia del reino.

Si hubiera tenido alguna duda, se borraron cuando de repente dio un grito, golpeó la bandeja de las bebidas sobre mí y salió corriendo. Me asfixiaba con una masa de humo gruesa, color azul-negro a través de la habitación, y me tropecé de nuevo. Alguien disparó un arma y alguien gritó. Y entonces todo se desaceleró... literalmente.

La habitación entera de repente se veía como una repetición en cámara lenta. Me caí de nuevo sobre Mircea, mi vestido revoloteando perezosamente a mí alrededor, mientras la bandeja de bebidas se arqueaba en el aire, sobre mí. Copas dispersas, oro líquido derramándose y la superficie de plata brillaba en la luz de las velas por un largo momento...

Y luego avanzó de nuevo y golpeó el piso con fuerza. Pero fue apenas audible sobre el sonido de los disparos, los cristales rotos y el pánico colectivo de una multitud que no está acostumbrada al peligro. No es que yo estuviera teniendo una reacción muy diferente, y yo estaba muy acostumbrada a él. Golpeé el suelo instintivamente, sólo para que Mircea me agarrara por la cintura y me tirara hacia atrás.

Eso fue suerte, porque la gente tomó ese momento para decidir la opción de mejor valor, y hubo una estampida. Damas de vestidos finos y hombres en esmoquin se olvidaron de la elegancia, tiraron el decoro y lucharon para ser el primero en salir por la puerta. En el lugar adonde había estado arrodillada hace un segundo había de repente un montón de dobladillos agitándose y pies golpeando.

—¿Qué pasó? —preguntó Mircea, empujándome a sus espaldas.



—Agnes—jadeé. El humo quemaba en la parte posterior de mi garganta, por lo que era difícil hablar, difícil respirar—. Ella puede manipular el tiempo por períodos cortos, detenerlo... hacerlo lento... y ella debe haberlo reconocido.

—¿Reconocido a quién?

—El chico del Gremio —dije, tratando desesperadamente de encontrarlo entre la multitud. Pero el humo hacía difícil ver algo, y la mayoría de los invitados eran más altos que yo. Subí mis faldas y subí a una mesa cercana.

—¿Qué gremio? —preguntó Mircea, pero no respondí. Podía ver a la multitud ahora, pero no completamente por el humo. Pero estaba pasando algo en la parte posterior de la sala... el hechizo del fuego iluminó la niebla en algunos puntos, como luces estroboscópicas en una pista de baile. Y la mayoría de los colores se encontraban en la gama del rojo y el naranja... magia ofensiva, los colores de los hechizos de la guerra; no los azules y verdes que sirven para la protección de espíritus.

Salté de la mesa y salí corriendo.

Mircea me agarró antes de que hubiera avanzado un metro... y entonces nos lanzó a ambos al piso mientras una maldición perdida cortaba el aire sobre nosotros. Se estrelló contra la ventana detrás de nosotros, rompiendo el vidrio y enviando fuego que comenzaba a correr por las cortinas de brocado.

Más humo, espeso y asfixiante, añadido a la mezcla, amenazando con acabar con el poco aire que quedaba en la habitación.

—¡Déjame ir! —Me ahogué—. ¡Él la va a matar!

—¿A quién va a matar?

—¿A mi madre!

—¿Quién lo hará?

—¡El imbécil del gremio!

—Escúchame. —Unas manos cálidas enmarcaron mi cara y sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Sentí la presencia de la tranquilidad habitual de Mircea que creó una rampa encima de algunas muescas, calmando mis temores, calmando mi mente... privándome de mi ventaja—. Lo que está pasando, no tendrá éxito —me aseguró—. Nada importante pasó hoy. Mis hombres dijeron específicamente...

—Nada *pasó* —le dije, furiosa porque no estaba más—. Pero algo *está* pasando. Y si tú no escuchas...



Pero Mircea no lo estaba. Él me puso en mis pies, mientras argumentábamos y pasó un brazo alrededor de mi cintura. Y entonces empezó a abrirse paso entre la multitud hacia la salida más cercana.

Y entonces, súbitamente, empezó a retroceder de nuevo.

Me encontré caminando hacia atrás, también, incapaz de controlar los movimientos de mi cuerpo a pesar de que eran exactamente lo contrario de lo que yo quería hacer. Traté de hablar pero no podía hacer eso, tampoco, a excepción de algunos sonidos incomprensibles que no tenían sentido. Por un momento, entré en pánico, segura de que estaba poseída de nuevo... hasta que vi las cortinas.

Un minuto antes, el damasco rojo oscuro había sido una frontera de fuego alrededor de la ventana, diseños bordados destacándose duramente contra el tejido oscureciéndose rápidamente, gruesas borlas retorciéndose mientras eran consumidas rápidamente. Ahora sucedía lo contrario. Limpio, tela entera floreciente fuera de las llamas que se están encogiéndose, retrocediendo, formando una bola que viajó por el aire hacia quien sea que lo lanzó.

La multitud que huía también se movía en sentido contrario, las caras de pánico se alejaban de mí, cuando salté sobre la mesa, salté, golpeé el suelo y luego estaba nuevamente en mis pies, mirando fijamente a un mago con los ojos abiertos con champán en su camisa.

Y entonces yo estaba en los brazos de Mircea, frente a la ventana como si nada hubiera pasado. Debido a que todavía no había pasado.

Volvió el tiempo y se sacudió, todo estaba temblando a mí alrededor por un segundo antes de invertir de nuevo. Y esta vez, no lo dudé. Me aparté de Mircea y abordé al mago.

Bajamos en un montón de golpes, mis brazos alrededor de su cintura y luego sus piernas cuando él trató de quitarme de encima. Humo floreció alrededor de nosotros, duro y punzante, cuando él le tiró algo al suelo. Pero me mantuve en pie... hasta que una brillante, bota me sorprendió golpeándome en la cara, dejándome tambaleando. Pero para entonces Mircea lo tenía agarrado del cuello y lo levantó...

Y fue lanzado por el aire como si fuese disparado por un cañón.

No vi a Mircea chocar contra el muro, recuperarse y lanzarse de nuevo a nuestro atacante, ya que todo ocurrió más rápido que un parpadeo. Pero yo lo vi congelarse en el aire, cuando el tiempo se estremeció, deteniéndose. Al menos lo hizo para mí, Mircea y todos los demás... excepto para el maldito mago, que se encogió de hombros como un abrigo viejo y retiró entre la multitud.

Empecé después que él, empujando con fuerza contra el poder de congelación que se apoderaba de mí, pero se sentía como tratar de nadar en un río de melaza fría. El tiempo se arremolinaba lentamente a mí alrededor, mis miembros pesaban, retrasando mi respiración, manteniéndome atrás. Lejos de él. Lejos de *ella*.



Hasta que *empujé*, liberada en una carrera que me envió contra una multitud inmóvil, desorientada y respirando con dificultad. Una mujer se vino abajo, tiesa como una tabla, su rojo, rojo labial manchando a través de la camisa del hombre a su lado. Otra mujer se tambaleó hacia atrás y adelante sobre sus altos tacones, pero no pudo caer debido a la gente presionándola con fuerza por todos lados.

Ellos me estaban presionando, también, pero eso era algo bueno, porque ellos también retrasaban al mago. Pude ver su cabeza rubia flotando entre la multitud, brillando bajo las luces. Él era fácil de encontrar, siendo 7 centímetros más alto que la mayoría de los invitados y el único en movimiento. Pero incluso si yo lo intentara, no podía derrotar a un loco mago oscuro por mi cuenta.

Y Agnes no me podía ayudar. Yo no sabía qué tipo de mierda rara estaban pasando con el tiempo, pero conocía esa maniobra.

Parar el tiempo era la mejor arma de una Pythia, una carta de triunfo. Pero también un acuerdo de un tiro. La única vez que lo había hecho —por accidente— me había borrado por completo el resto del día.

Y yo era mucho más joven que Agnes.

Asustado el infierno fuera de mí, porque ella conoce el costo mejor que yo. Ella no lo hubiera usado si el peligro para ella o su heredero no fuese grave. Pero no funcionó esta vez, y podría incluso ser contraproducente. Porque si el mago pudiera evitarlo, podría darles caza, mientras ellos piensan que están seguros, y mientras ella se veía debilitada y su poder desviado a otra parte.

Yo tenía que seguirlo, y tenía que tener ayuda.

Y sólo había un lugar para hacerlo.

Miré hacia arriba donde Mircea seguía suspendido en el aire, los ojos rasgados de color ámbar, mirando el lugar donde el mago ya no estaba. Lo agarré de la parte delantera de su camisa, a lo único que podía llegar, y le di un tirón. Y como un gran globo, Mircea, flotaba un poco más cerca del suelo. Pero él todavía estaba congelado, siendo inútil.

No había funcionado.

Me quedé ahí, con lágrimas de pura furia ardiendo en mis ojos. Odiaba el hecho de no saber cómo utilizar mi poder, sin importar lo mucho que estudiara, lo mucho que practicara, lo que necesitaba siempre era algo que no sabía cómo utilizar. Pero si lo había hecho una vez, maldita sea, podía hacerlo de nuevo. Ningún estúpido mago de algún extraño culto me iba a golpear en mi maldito juego.

Hice con mi mano un puño sobre la camisa de Mircea y mi puño creó un remolino de corriente gruesa entre nosotros. Y *tiré*.



Durante un largo momento, no pasó nada. Él ni siquiera se movió hacia mí en esta ocasión, ni una pulgada. Pero mientras no se movía en el espacio, se movía a través de algo, porque yo podía sentir la resistencia arrastrando sobre él, tirando de él hacia atrás, queriendo fijarlo en su lugar mientras yo estaba haciendo mi mejor esfuerzo para tirarlo.

Fue increíblemente difícil, mucho más difícil de lo que había sido mi propio caso. Empecé a temblar y el sudor estalló en mi cara, y por un segundo, casi lo perdí. Era como si el tiempo fuera resbaladizo como el aceite y como el esfuerzo físico era enorme, mis manos estaban temblorosas. Pero yo podía sentir que el tiempo se alejaba de él, capa tras capa, como si fuera una especie de desprendimiento de piel extraña.

Y de repente me estaba golpeando con el suelo, con ochenta y dos kilos de un asustado vampiro encima de mí.

Mircea saltó de nuevo a sus pies y luego se agachó en cuclillas mientras yo estaba allí, jadeando y medio enferma. Maldita *sea*, que había aspirado. Él parecía pensarlo, también, porque él estaba mirando todo, menos su usual sangre fría. Giró su rostro caoba de seda mientras tomaba la multitud inmóvil, las congeladas nubes de humo y una copa que había sido detenida a la mitad de su caída que estaba a unos metros de distancia, el contenido derramándose como una cascada de champán. Puso su débil mano sobre el contenido derramado y lo tocó, luego se echó hacia atrás cuando se mojó los dedos. Me miró, con ojos oscuros.

—¿Qué hiciste? —preguntó con asombro.

—No importa. —Yo me tambaleé hacia atrás sobre mis pies, preguntándome por qué sentía ganas de vomitar—. Tenemos que llegar a él antes de que la encuentre.

—¿El hombre que te atacó?

—Sí.

—¿Está tratando de herir a la Pythia?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Porque Agnes y yo lo detuvimos en su última misión. Y porque eso es lo que hace el Gremio... ¡alterar el tiempo! —Y asesinar a la Pythia y a su heredero causaría precisamente eso.

También provocaría otra cosa, me di cuenta. Mi madre era todavía la sucesora elegida de la Pythia, aún era la pequeña obediente Iniciada que preservaba su virginidad hasta la “muy importante” ceremonia de transferencia. Pero tuvo que conocer a mi poco respetable padre y huir con él.

Tuvo que tenerme a mí.

De repente, mi piel estaba muy fría, muy tensa, y mis pulmones parecían no poder inhalar oxígeno.

—Mircea —sujeté su manga.

Pero no necesité explicarme. Observé cuando comprendió, y jamás estuve tan agradecida por ese intelecto tan audaz, que raramente pasaba por alto los pequeños detalles. Como el hecho de que si el maniaco tenía éxito, él no sacaría dos Pythias esta noche.

Habría eliminado tres.

Mircea no realizó más preguntas. Me sujetó por la cintura y avanzó, abriendo una franja a través de la multitud inmóvil más rápido de lo que había pensado posible. Pero el mago tenía una ventaja considerable, y en los pocos momentos que tardé en poner a Mircea al tanto, lo había perdido de vista.

Tampoco ayudaba el hecho de que el humo colgaba en el aire como una densa y oscura neblina. Pensé que mejoraría si nos alejábamos de la fuente, pero ocurría todo lo contrario. El extremo más lejano de la habitación era un mar de nubes, más oscuras en unas áreas que en otras, donde las líneas de fuego mágico iluminaban la penumbra.

Las nubes eran molestas, pero eran los hechizos los que me tenían preocupada. Estaban congelados en el sitio como tubos de neón de una mala discoteca de los años ochenta, pero había muchos de ellos. Y aunque ellos no se estrellarían contra nosotros debido a que el tiempo estaba como estaba, si los rozábamos... no sabía que ocurría si los tocábamos. Pero sabía que no sería divertido.

—¿Nos puedes desplazar hasta el otro lado? —preguntó Mircea en tono grave.

—No sin ver a donde voy. —Y el humo descartaba fácilmente esa idea.

—Entonces iremos alrededor.

—¡No hay tiempo! Él ya está...

—Entonces iré yo —dijo, poniendo una pesada mano sobre mi brazo mientras yo caía al suelo, preparándome para pasar por debajo de la viga más cercana.

—¡Tú no puedes manipular el tiempo, y él sí! Puede congelarte y matarte incluso antes de que te des cuenta.

—Me arriesgaré.

—Bueno, ¡yo no!



Su mandíbula se tensó malcriadamente, y yo tenía ganas de gritar.

—¡Mircea, tú vas a protegerme hasta la muerte!

Él me miró durante un largo momento, maldijo imaginativamente y luego se agachó a mi lado. Tomé eso como una afirmación y comencé a avanzar. Pero no era de cerca tan fácil como sonaba.

Un rayo brilló en el aire por encima de nuestras cabezas, como una columna congelada de hielo frambuesa. Hechizo de congelamiento, suficientemente frío como para quemar o congelar cualquier piel que tocara. Suficientemente frío como para matar. Me aseguré de abrazar el suelo mientras me deslizaba por el suelo.

Era relativamente seguro aquí abajo, porque la mayoría de los hechizos estaban más arriba, formando una brillante red sobre nuestras cabezas. Pero aunque el humo era menos denso aquí abajo, la visibilidad era mucho peor, con vestidos en todos lados y un bosque de piernas de hombres en pantalones. Seguí hacia adelante de todas maneras, cuidando no derribar ninguna de las estatuas vivientes que estaban en mi camino.

—Pensaba que sólo las Pythias podían manipular el tiempo —dijo Mircea, detrás de mí.

—Yo también.

—¿Entonces cómo está haciendo esto?

—No lo sé —dije, agraviada—. Agnes no me dijo si el Gremio era capaz de hacer algo como esto. Se supone que son viajeros del tiempo, pero ella dijo que la mayoría de ellos son perdedores que se las ingenian para explotarse a sí mismos haciendo peligrosos hechizos que no pueden controlar.

—Pero aun así éste es diferente.

—No parecía serlo —me quejé—. Al menos no cuando Agnes y yo íbamos tras él. Era un poco idiota. No podía hacer un disparo que valiera la pena, y no paraba de correr de un lado a otro gritando, avanzando hacia...

Me detuve porque me estrellé contra algo, lo suficientemente fuerte como para que me doliera. Resultó ser la tenue burbuja verde de un hechizo de protección, tan etérea en comparación con los brillantes colores, que no la había visto. Un anciano estaba debajo de ella, con su mano arriba proyectando el escudo sobre sí mismo y sobre la mujer acostada a su lado. Su vestido de gasa gris, el cabello canoso y las perlas combinaban a la perfección con la palidez de su rostro producto del miedo.

—Permíteme —dijo Mircea, tomando la delantera. No discutí, porque su vista era diez veces más aguda que la mía—. Y dime más de este Gremio.



—No sé mucho —dije, abrazando sus talones—, sólo lo que me dijo Agnes. Dijo que son como un culto enfermizo. Creen que pueden mejorar la historia y resolver los problemas de la humanidad, si logran identificar dónde la embarramos y luego regresar en el tiempo y repararlo. Sólo que son ellos los que deciden que fue un error y que no.

—Fanáticos —dijo Mircea, sonando asqueado.

—Ella los llama utópicos.

—Es lo mismo, sólo que bajo otro nombre.

—Dijo que podrían ser peligrosos.

—Siempre lo son. Cualquiera que sólo pueda ver su punto de vista lo es. Una vez que un grupo decide que su proceder es el único que hay, es una secuencia fácil para vilipendiar a cualquier que no esté de acuerdo con ellos. Y una vez que alguien ha sido demonizado, caracterizado como lo opuesto a lo bueno, matarlo se convierte en una virtud.

Sonaba como si lo supiera de primera mano, pero no tuve la oportunidad de preguntarle. Porque habíamos llegado al centro de la habitación, donde una mancha roja oscura se propagaba por el suelo, como si alguien hubiese dejado caer un bote de pintura. Pero la pintura no se cocinaba a fuego lento, como la superficie de una olla hirviendo, con burbujas de poción alzándose de la superficie hasta derramarse en el aire. Por el momento eran lentas, como gas atrapado en aceite viscoso, pero no permanecerían así durante mucho tiempo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mircea.

—Se está desvaneciendo.

—¿Qué cosa?

—El hechizo. Necesita de mucha energía, y nadie puede mantenerlo durante mucho...

—¿Qué hechizo? —preguntó Mircea ácidamente.

—El hechizo del que yo nos saqué.

—¿El conjuro del tiempo?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que el tiempo está a punto de reiniciarse? —demandó.

—Así es.

—¿Cuándo?



—¿Ahora? —dije, observando como la burbuja carmesí se alzaba casi medio metro antes de reventarse con un ligero “pop”.

Y luego ya no estaba observándolo, porque Mircea me había arrojado sobre su hombro y había saltado sobre el charco. Aterrizó fuertemente y grité, en parte porque me había dolido y porque además habíamos golpeado a una mujer en un traje rosado brillante. La sujeté del cabello antes de que pudiera caer en la mancha, y Mircea la empujó a los brazos de un mago detrás de ella. Y luego estábamos corriendo sobre y a través del laberinto, a un ritmo que no era para nada seguro.

Pero bueno, esto definitivamente tampoco era seguro.

Un hechizo brilló a través de nuestro camino, golpeó el escudo de alguien y rebotó, golpeando el suelo de parqué delante de nosotros y enviando cientos de pequeñas astillas de madera al aire. Otro rayo brillante golpeó el techo, causando que una cascada de yeso cayera como nieve, y un tercer rayo explotó las puertas francesas al final de la habitación.

Y luego estábamos corriendo a través de lo que quedaba, hacia la oscuridad, al fresco viento de otoño y a los sonidos de la ciudad.

Un mago arrastraba a una chica en un vestido azul de mal gusto.

Estaba a medio camino bajando la calle, moviéndose rápidamente, probablemente porque estaban siendo perseguidos por cuatro magos. El hombre debió haber estado afuera, fumándose un cigarrillo o algo similar, porque obviamente no habían sido atrapados en la burbuja de tiempo. Todavía estaban a media manzana de la pareja que corría, pero luego pusieron en funcionamiento una ráfaga de velocidad hecha con magia, convirtiendo sus figuras en borrones mientras desgarraban la noche, con sus manos estiradas hacia adelante, sus cuerpos saltando hacia el mago fugitivo y su cautiva...

Y de repente todo el grupo desapareció en un destello que iluminó los edificios circundantes como una luz estroboscópica.

Por un momento, sólo observé con incredulidad. Porque tal vez aún no conocía todo sobre mi oficina, pero estaba endemoniadamente segura de reconocer un desplazamiento cuando lo veía. Y el grupo completo acababa de huir, no a través del espacio, sino del tiempo, haciendo caso omiso a la fragilidad del momento tan fácilmente como la mayoría de las personas caminarían a través de una puerta.

Pero aunque sus cuerpos se habían ido, algo más permaneció. Intenté sujetarlo desesperadamente mientras Mircea maldecía detrás de mí.

—¿Qué infiernos...?

—Todavía puedo sentirla. —Mi mano sujetó su brazo, lo suficientemente fuerte como para



haber lastimado a un ser humano.

Giró su cabeza, escaneando la calle.

—¿Estás diciéndome que se están escondiendo en alguna clase de glamour?

—No, te estoy diciendo que puedo *sentirla*.

E incluso creía saber porqué. Los titulares de mi oficina debían entrenar a los reemplazos de alguna manera, y uno de los métodos era practicando. Pero eso requería poder ser capaz de localizar a una aprendiz que hubiera aterrizado en problemas, sin importar donde se encontrara. Asumía que esa era la razón por la cual podía sentir adonde ella había ido, como un brillante hilo dorado en mi mente, atándonos a las dos.

Un hilo que se hacía cada vez más fino mientras ella se alejaba más.

—¿Qué significa...? —comenzó a preguntar Mircea, pero yo sacudí mi cabeza.

—Sujétate —le dije. Y me desplacé.



Capítulo 10

*Traducido por Siennah
Corregido por kathesweet*



Aterrizamos en la misma calle, pero ya no había luz eléctrica, ni coches, ni una multitud de invitados enfadados. Y ningún mago loco y su cautiva. Sólo nieve sucia cubriendo los adoquines, la luna entremezclándose con nubes oscuras sobre nuestras cabezas, y algunos pequeños brillos tenues de faroles de gas ubicados bastante lejos.

Algunas hojas secas se sacudían a lo largo de la cuneta, pero nada más se movía.

—¿Se la llevará a una casa? —pregunté a Mircea, que tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás.

—No lo creo —murmuró. Y luego giró sobre sus talones y abrió sus ojos, dirigiendo su mirada directamente a un grupo de casas de tres pisos que se alineaban en hilera en el lado izquierdo de la calle.

Estaban pintadas en un color claro que brillaba con un aspecto fantasmal ante la luz de la luna. Sus ventanas eran en su mayoría oscuras, envueltas por cortinas pesadas, lo cual no era de mucha ayuda. Pero las sombras que se ondulaban a través de las fachadas eran más útiles.

No había nada que arrojarles, nada que pudiera ver de todos modos. Y no se escuchaba el sonido de órdenes, ni sonidos de pies corriendo, ni el suave frufús de ropa moviéndose que indicara que había alguien. Pero Mircea no necesitaba todo eso. Podía oír sus latidos del corazón, oler el aroma de su piel, sentir las tenues corrientes de aire que pasaban a través de ellos. Los glamours, incluso los buenos, tienen dificultades para engañar a los sentidos de los vampiros.

—Por ese camino —dijo en un susurro, pero yo no lo necesitaba. Las sombras habían desaparecido en la boca oscura de un callejón, y había cambiado para estar justo detrás de ellos.

La luz de luna se cernía a lo largo del fin de ese pasaje, iluminando al secuestrador y a mi madre que desaparecían en una esquina. Y a las figuras de tres magos de guerra, que debían estar justo detrás de sus talones, y que ahora aparecían de la nada, dejando de lado sus glamours mientras que se daban vuelta, se tropezaban y tambaleaban corriendo justo detrás



de nosotros.

Por un segundo, pensé que nos habían confundido con enemigos y habían decidido dejarnos fuera antes de ir detrás de mamá. Excepto que no nos estaban mirando a nosotros. A juzgar por sus pupilas dilatadas y la forma en que seguían corriendo hacia cada uno de ellos, no veían nada en absoluto.

Nunca había visto a magos de guerra que pareciesen tan poco profesionales o que entraran en pánico. Di un vistazo hacia atrás, pero no había nada que lo explicara, ni siquiera una rata husmeando en la basura que cubría el suelo del callejón. Pero claramente algo les había asustado.

Y luego ellos volaron hacia nosotros, uno de ellos empujándome brutalmente a un lado en su prisa. Golpee la pared de ladrillo lo suficientemente fuerte para que el aliento saliese de mis pulmones, y Mircea golpeo al mago. El golpe de aspecto casual lo envió volando fuera del callejón y hacia la calle, pero, sorprendentemente, el hombre ni siquiera intentó tomar represalias. Él sólo se puso de pie y salió cojeando tan rápido como podía, desapareciendo de la vista hacia una esquina del edificio.

Miré atrás para verle por un segundo, confundida, y luego saqué eso de mi mente y comencé a ir hacia el otro lado, desesperada por no perder la tenue conexión con mi madre. Sólo para tener a Mircea llevándome fuertemente hacia atrás. No pregunté el por qué, ya que no había recuperado el aliento y no podía hablar todavía. Y porque lo conocía lo suficientemente bien para saber que él tenía una buena razón.

Y porque parecía que un pedazo de noche se había desprendido del resto y estaba fluyendo hacia nuestro camino.

Surgió de los lados del callejón, como agua, convirtiendo el ladrillo rojo oscuro, a un color gris, astillado y escamado, dejando una franja pálida en la pared como una línea de inundación. Había desintegrado algunas piezas de basura que habían estado volando en la brisa, convirtiéndolas en algo marrón y doblándose para luego reducirse a polvo. Paso a través de un barril de madera con agua de lluvia, enviando un baño de agua sucia hacia el piso del callejón.

Y lo hizo todo en una cuestión de segundos.

Me quedé mirando asombrada el camino de destrucción, sabiendo lo que estaba viendo, pero no realmente creyéndolo. Debido a que esto no era una burbuja temporal, era una ola temporal. Una que había engullido al cuarto mago.

No lo había visto hasta que su glamour se derritió como pintura goteando, mostrando partes de él tratando de saltar a través de la basura en el suelo del callejón. Todavía continuaba tratando de correr, pero no iba bien. Trataba de ponerse de pie, pero se levantaba, daba unos pocos torpes pasos y luego volvía a caer de nuevo. Hasta que se detuvo abruptamente, echó atrás la cabeza y gritó.



De repente, me sentí agradecida de que hubiera tan poca luz, que él estuviese en la sombra del edificio, y que no pudiese ver los detalles de lo que estaba sucediendo. Porque lo que podía ver ya era suficientemente malo.

Una ola paso a lo largo de su cabeza, volviéndose gris con rayas y luego sólidamente gris, y luego de color plata blanca pura, serpenteando a través de sus hombros, luego cayendo en el barro y la mugre apelmazándose en los adoquines. Al mismo tiempo, el cuerpo bajo el largo abrigo de cuero comenzó a moverse de manera extraña, trenzándose y retorciéndose, aunque sus manos se quedaban en el suelo como si estuviesen pegadas. Y luego la ola comió enteramente la capa, desintegrándola como si hubiese sido arrojada en ácido, y lo que había debajo...

—No lo mires —dijo Mircea con dureza, tirando de mí hacia atrás.

Pero no podía no mirar. La piel oscureciéndose y luego pelándose en parches, el músculo adelgazando y volviéndose marrón, las uñas alargándose como garras y una cascada de lo que tontamente reconocí como viscosos intestinos golpeando el pavimento con un ruido sordo. Y luego su rostro levantado, la boca aún abierta pero ya sin ningún sonido saliendo fuera.

No, por supuesto que no, pensé entendiéndolo.

Es un poco difícil gritar sin cuerdas vocales.

Y entonces mi parálisis se fue y estábamos yendo de vuelta hacia la calle, estábamos justo por delante de la ola que se estaba dirigiendo hacia nosotros. Mircea nos trasladó hacia la calle y luego nos estrelló contra un edificio en un solo movimiento rápido. Me quedé allí, las uñas raspando las frías piedras, mientras la ola brillaba a través del aire justo por delante de nosotros.

Todavía no podía verla, no era más que una distorsión vaga en la noche. Pero no tenía que hacerlo. Podía ver lo que hacía bastante bien.

La acera enfrente del callejón se agrietaba y astillaba, y la sección firme de al lado de repente se ondulaba como un mar embravecido. Las piedras individuales comenzaron a moverse de arriba hacia abajo como teclas de un piano, la entera extensión del otro lado danzando mientras el cemento entre las piezas se derrumbaba y los años las empujaban fuera de lugar.

Era como ver cientos de años de desgaste ocurriendo en cuestión de segundos.

Pero no se detuvo allí. Una farola en la calle comenzó a moverse, el metal retorciéndose y haciendo ruido mientras el óxido subía por los lados. La lámpara en la parte superior se rompía y luego se destrozaba, y lo que quedaba de la estructura se desplomó en la calle, explotando en contra de las piedras desplazadas.

Pero no se detuvo allí tampoco. La cerca alrededor de una zona cubierta de hierba se desintegró en un puf de óxido cobrizo, brillando en la luz de luna como polvo de hadas. Flores dispuestas



en una pequeña cama de flores murieron y florecieron de nuevo, empujando hacia arriba en contra de la nieve mientras el retoño que salía cubierto se disparaba de repente hacia el cielo. Extremidades sobresalían, corteza fluyendo y hojas brotaron en abundancia. Bellotas caían al suelo como lluvia, mientras las hojas cambiaban, caían y brotaban de nuevo, acumulándose alrededor del tronco que con rapidez se hacía más ancho como una montaña.

Parpadeé, y cuando miré de nuevo, era un árbol completamente crecido, enormes ramas y follaje, difundiendo exuberancia a la noche en la que en un momento antes había estado sólo el cielo. Miré fijamente a esto, el aliento regresando rápido a mis pulmones, porque no había otra respuesta. Ninguna otra maldita respuesta.

Había estado dispuesta a entender el asunto del Cambio, con la fe de creer que tal vez el mago había aprendido de alguna manera un hechizo que los otros no tenían, o tenía un talento especial que le permitía controlar el poder necesario, o que se había vuelto muy afortunado. ¿Pero eso? Esas eran solo el tipo de cosas que podía hacer una Pitia y solo una malditamente bien entrenada en ello.

O una Pitia cautiva bien entrenada.

Mi cabeza se dio vuelta por su cuenta, y me encontré a misma mirando a la oscura boca del callejón de nuevo. Se veía un poco diferente ahora, los ladrillos a ambos lados de la entrada agrietados y descoloridos y en algunos casos faltando algunos, convertidos en polvo. Pero no había ninguna señal del mago, nada que demostrara que un hombre alguna vez había estado allí, y mucho menos que había sufrido y muerto en esas piedras. Era casi como si nada hubiera pasado.

Pero había pasado.

Y mi madre lo había hecho.

—Creo que se ha detenido —dijo Mircea en voz baja, examinando una fuente cercana. Por lo que podría decir, la onda no había hecho nada más que añadir un poco de verdete sobre el metal elaborado. Debería haberme hecho sentir mejor, porque no tenía ni idea de cómo contenerlo si hubiese seguido.

Pero no fue así.

—¿Por qué ella le ayudaría? —pregunté con dureza.

Mircea miró hacia arriba. No podía verle muy bien con el ahora único poste de luz cercano convertido en un montón de fragmentos oxidados en la calle. Pero no sonaba sorprendido cuando respondió, probablemente había estado pensando la misma cosa. —Tiene que tenerla bajo una compulsión.

—Pero... ¿por qué molestarse? ¡Si él puede hacer que haga cualquier cosa, podría ordenarle matarse a sí misma! No necesita...



—Si quisiera matarla, ¿por qué no hacerlo en la fiesta? ¿Por qué correr el riesgo de tratar de controlar un poder como ese? —Sonaba un poco asombrado, como si nunca antes hubiese visto precisamente lo que una Pitia podía hacer. Y tal vez no lo había hecho.

Era tan seguro como el infierno que era una novedad para mí.

—¿Por qué la llevaría, entonces? —exigí.

—Como dijiste, el gremio existe para alterar el tiempo. Pero su poder es insuficiente para permitirles viajar a donde deseen. E incluso cuando se las arreglan para reunir suficiente, solo para Cambiar, sigue existiendo el problema de controlarlo. Tal vez decidieron...

—Que sería más fácil conseguirse una Pitia como mascota —dije con voz áspera—, ¡que actúe como su maldito taxista!

—Tendría sentido.

No dije nada. Pero tuve una súbita imagen repentina y viciosa del mago de rodillas en lugar de en ese callejón, el pelo saliéndose de su cabeza y su cuerpo poco a poco desintegrándose junto con su ropa. Era sorprendentemente satisfactoria.

—¿Qué deseas hacer? —preguntó Mircea, mientras una figura solitaria se lanzaba al otro extremo de la calle. Uno de los magos restantes, sin duda. Iba a tener que volverlos a su propio tiempo antes de que jodieran algo aquí, donde sea aquí fuera. Pero eso tendría que pensarse más tarde. En este momento, mi madre era la máxima prioridad, o *no habría* un más tarde.

—Quiero encontrarla —dije ferozmente.

—Entonces, vamos a buscarla.

Dos calles más allá, llegamos a otro callejón que se parecía mucho al primero, excepto que la luz derramándose al final de este pasaje era de un brumoso oro oscuro. El sol no había salido de repente, así que asumí que la luz era artificial. También junto con el sonido de los cascos de los caballos en el empedrado, el traqueteo de las ruedas, y los gritos de la gente vendiendo algo cerca.

No veía a mi madre, pero tenía una sensación de que ella podría haber estado por aquí.

—¿Qué es eso? —exigió Mircea, mirando fijamente a un mago en un bucle a nuestro lado en las sombras.

Sus brazos estaban moviéndose, sus piernas estaban funcionando, y su largo abrigo estaba ondeándose como si detectara una fuerte brisa. Sólo que él no iba a ninguna parte. Incluso no nos estaba prestando atención, lo que no era sorprendente.

En lo que a él respecta, aun no estábamos allí.

Mircea frunció el ceño y le tendió una mano, como si fuera a darle un empujón. Hasta que mis dedos se cerraron sobre su muñeca. —No hagas eso.

Me miro cuestionándome.

—Bucle temporal —le dije rápidamente, acercándome a la boca del callejón. Era cautelosa, manteniéndome bien dentro de las sombras que nos proporcionaban algunas cajas apiladas. No pensaba que mi madre pudiera gestionar una nueva ola como esa tan pronto, si ella pudiera, el hombre detrás de nosotros probablemente no estaría vivo. Pero no estaba segura. Y esa pequeña demostración de más temprano no era algo que simplemente olvidas.

Continuaba diciéndome que no había sido ella, que no había decidido matarlo de esa manera, que ella no lo sabía. Pero aun así enviaba escalofríos a lo largo de mi cuerpo. Dios mío, qué manera horrible de...

—¿Bucle temporal? —preguntó Mircea, poniendo una mano sobre mi hombro. Salté y casi grité.

Levantó una ceja hacia mí, pareciendo tan fresco como siempre. Como si viera regularmente gente desintegrándose en charcos de carne. Me humedecí los labios y me dije a mi misma que debía tener control.

—Él esta atorado en repetición —le expliqué, mirando de nuevo al mago correr su maratón personal.

—¿Y eso significa?

—Que seguirá reviviendo esos pocos segundos una y otra vez hasta que la burbuja se desvanezca o salga de ella.

—¿Está encerrado en una burbuja de tiempo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no puedo sentirla? —preguntó Mircea, arrugando su nariz, como si esperara ser capaz de olerla o algo así.

Lo cual pensaba que era improbable. Todo lo que yo podía oler era pis. El callejón debía servir de letrina comunitaria.

—¿Sentiste la otra? —pregunté.

—No... Con precisión. Pero vi algo, como una corriente en el aire...



—Probablemente causada por los diferentes patrones climáticos que desplazaban porciones de aire a través —le dije, entendiéndolo mientras hablaba—. La lluvia, aguanieve, nieve en avance rápido, lo hacen lucir un poco raro.

—Entonces estás diciendo que en realidad no vi nada.

—No puedes ver el tiempo, sólo es lo que es.

Sus dedos se cerraron. —Entonces, ¿tu madre podría lanzar una burbuja sobre nosotros y nunca verla venir?

—Algo así —dije severamente.

Mircea abruptamente me empujó detrás de él.

—Eso no ayudará —le dije, mirando con atención las cajas en una calle muy transitada—. Si ella te golpea con algo, probablemente no sabré cómo hacerle frente. Y sin ti, el mago se puede deshacer de mí fácilmente —Él había conseguido arrojar un vampiro maestro contra una pared, por lo que eso era ya evidente.

—Entonces, ¿cómo luchamos contra algo que no podemos ver? —exigió Mircea.

Le miré de vuelta. —No siendo golpeado con esto en primer lugar.

—Y ¿cómo hacemos eso?

—Estoy abierta a sugerencias —le dije honestamente.

Realmente no tenía ninguna idea de lo que haría. Había asumido que mi madre se resistiría a su captor, y que cuando nos pusiéramos en contacto con él, la lucha sería de tres contra uno. Me gustaba esa desventaja, había estado teniendo en cuenta esa probabilidad. No estaba tan emocionada ahora con esto.

Porque no podía manipular el tiempo de esa manera. No había conocido a nadie que pudiese manipular el tiempo de ese modo. Y mientras solo tenía que conseguir colocar un dedo encima de ella para alejarla, tenía que vivir lo suficiente para hacerlo.

También tenía que encontrarla. Pero la luz era pésima y la calle estaba llena de gente corriendo a casa a través del frío. La mayoría estaban en colores oscuros, marrón, negro o gris oscuro, no azul eléctrico. Pero la iluminación exterior de las puertas de las tiendas y las lámparas de gas, hacían tener a todo casi el mismo aspecto. Si ella se quedaba en las sombras, se mezclaría a la perfección.

Pero aunque no podía verla, podía sentirla alejándose rápidamente, el cordón dorado entre nosotras expandiéndose como una banda elástica. —Ella se está moviendo —dije y me dirigí hacia la calle.

Mircea no trató de detenerme, pero se veía menos que encantado. No dije nada porque no estaba más feliz que él. Como si no tuviese suficientes razones, estaba congelándome mortalmente. Por desgracia, mi abrigo estaba a más o menos un siglo de distancia.

Debió haber notado que estaba temblando, porque se quitó la chaqueta de su traje y la puso alrededor mío. Era delgada, pero la lana era de alta categoría y aún seguía caliente por su cuerpo. Me la puse a mi alrededor a medida que esquivaba a un predicador callejero, un vendedor ambulante vendiendo frutos secos tostados y una línea interminable de carromatos.

A pesar del clima, parecía que la mitad de la maldita ciudad estaba fuera esta noche.

Y entonces vi el por qué, cuando llegamos a un cruce. Cuatro calles, todas ellas llenas, convergían aquí. Estaba segura que estábamos en la zona correcta, pero no había manera de saber cuál camino habían tomado. Y si adivinaba mal, perderíamos tiempo para volver a rastrearles.

—¿Puedes moverte hacia ella? —preguntó Mircea, mientras nos deteníamos en la esquina de la calle, tratando de ver los cuatro lados a la vez.

—No —Los cambios espaciales tenían más restricciones que los de tiempo, y si no podía verla, no podía moverme—. ¿Puedes rastrearla?

—Puedo intentarlo —Hizo de nuevo la cosa de cerrar los ojos, poner la cabeza hacia atrás y abrir ligeramente la boca, mientras me acurrucaba dentro del abrigo y trataba de ser optimista. Pero no era fácil. Incluso en el frío, el lugar apestaba. Las calles estaban llenas de estiércol de caballo, basura podrida en las cunetas, y las delicias de los desodorantes al parecer eran desconocidas para la mayoría de la gente. Y añade el olor a cerveza derramada que irradiaba de un pub cercano, y esto no se veía bien. Mi única esperanza era que cambiara en el tiempo otra vez, y podría alcanzarla de esa manera.

Al menos, esperaba que pudiera.

El hecho era que me estaba cansando demasiado. Las cosas en la fiesta no habían sido muy divertidas, y luego el pequeño detalle de cambiar un siglo, y llevarme a alguien conmigo a lo largo del viaje. No sé cuántos más cambios podía realizar, especialmente de los de tiempo. Y si se me quedaba sin jugo y ella cambiaba de nuevo...

Decidí no pensar en ello. Además, ella tenía que estar cansándose, también. No sabía si ella tuvo algo que ver con lo sucedido en la fiesta, aunque parecía probable. Pero incluso si no lo tuviera, se había desplazado a sí misma y a otras cinco personas más de un siglo.

No sé cómo diablos había hecho eso. O, más bien, lo entendí técnicamente, los magos habían estado demasiado cerca cuando cambió, y habían quedado atrapados en la resaca del hechizo. Eso era lo que sucedía cuando llevaba a alguien junto a mí, sólo que por lo general tenía que estar tocándolos para hacerlo. Pero había llevado accidentalmente a Pritkin en un desplazamiento sin tocarlo, así que sabía que era posible. Sin embargo, ¿seis?



Cargar una sola persona hasta aquí se había sentido como si se estuviesen desgarrando mis tripas. No podía ni siquiera imaginar hacerlo con cinco más. No es que el poder no lo pudiese manejar, el poder de la Pitia era casi inagotable, hasta lo que soy capaz de contar. Sin embargo, la persona que lo canaliza no lo es. Y además estaba la ola temporal y el bucle temporal, y la recorrida a través de Londres y...

Y no sabía por qué ella no estaba desmayada en la maldita acera. Pero ella tenía que estar cansada. *Tenía* que estarlo.

Porque si no lo estaba, estábamos jodidos.

—Por este camino.

No me había dado cuenta que había cerrado mis ojos, medio dormida a pesar del frío, hasta que un tirón en mi brazo me despertó. Seguí a Mircea por la calle, sin decir nada porque no quería distraerle. Pero aparentemente podía rastrear y hablar al mismo tiempo, porque dio un vistazo hacia mí antes de que hiciéramos cinco metros.

—¿Tenemos un plan?

—Tengo que tocarla.

—Eso no es un plan, *dulceata*. Es un objetivo.

Fruncí el ceño. —Está bien, entonces es tu turno.

—Si me acerco lo suficiente, puedo drenar el mago y poner fin a esto.

Se refería a la capacidad de los vampiros maestros para sacar las partículas de sangre a través del aire, sin necesidad de hacerlo a lo Bela Lugosi. Había visto a Mircea drenar a un tipo en pocos segundos una vez, pero mientras era condenadamente impresionante, no funcionaría aquí. —Tendrá escudos...

—Puedo drenar a un hombre, incluso a través de un escudo. Pero toma más tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Para el mago promedio... —Se encogió de hombros—. Treinta segundos para incapacitar, tal vez un minuto para matar. Pero con fuertes escudos y la fuerza de un mago de guerra, por esa instancia, multiplícalo por cinco.

—No creo que el mago tuviera esos tipos de escudo, pero ¿qué sabía yo? No había pensado que sería capaz de secuestrar a mi madre, tampoco. —Así que en el peor escenario, dos minutos y medio para dejarlo inconsciente.

—Desde el otro lado de una habitación, sí. Pero si estoy justo sobre él... solo dos tercios de ese tiempo.

No me moví, pero le mire con incredulidad. —¿Puedes drenar a un mago de guerra y llevarlo a la inconsciencia en cincuenta segundos, a pesar de sus escudos?

—Depende del mago, y no sé la capacidad de éste. Pero normalmente...

—¿Normalmente?

Sus labios se torcieron. —Solo digamos que es lo que espero.

Decidí no preguntar en que se estaba basando.

—Sin embargo, dos minutos y medio no suena nada mal —le dije esperanzada—. Puede que seamos capaces de mantenerles a la vista por tanto tiempo.

—Sí, pero si lo intento a la distancia, es casi seguro que lo notará antes de que pueda incapacitarlo. Y luego o bien se desplazará o atacará.

—Y no podemos permitir que haga cualquiera de las dos cosas.

—No —Lucía frustrado—. Normalmente, llamaría a la familia para que ayude, pero nunca me preocupé por Londres y no tengo una residencia aquí. Y mientras que puede pedir prestada gente de otros senadores...

—No tenemos tiempo.

—No.

—Entonces estamos por nuestra cuenta —Y por alguna razón, sentí la tensión relajarse en mi cuello.

Debió pasar también a mi voz, porque Mircea me miró extrañado. —¿Hay alguna razón por la que de repente suenes aliviada?

—No es... alivio exactamente. Es sólo... bueno, es solo que se siente como esa cosa de dejarnos llevar por el instinto, ¿no lo crees?

—¿Y eso es algo bueno?

—No, pero es... algo familiar.

El cerró sus ojos. —Sabes, *dulceata*, hay momentos cuando realmente creo que eres la persona más aterradora que conozco.

Parpadeé. —¿Gracias?

—De nada. —Y entonces no dijimos nada más. Debido a que los vimos.



Capítulo 11

Traducido por SweetObsession
Corregido por kathesweet



No fue difícil, considerando que ellos prácticamente nos llevaron. Había muchos coches en la calle, en su mayoría, artefactos de dos ruedas con una zona cubierta en el frente, un conductor sentado en lo alto de una silla en la parte posterior y un solo caballo. Pero había sólo uno siendo conducido por una chica en un vestido de fiesta azul eléctrico.

Y corriendo directo hacia abajo de la mitad de la acera.

Por una vez, Mircea no tuvo que sacarme fuera del camino; la multitud ya lo estaba haciendo por él. Se separó en dos mitades, surgiendo en el camino o de vuelta contra el pub. Mircea y yo terminamos en el camino, y después tuvimos que arrastrarnos de vuelta aún más lejos porque el pequeño carruaje estaba zigzagueando, dando tumbos por todo el lugar.

No cuánto sabía mi madre sobre caballos, pero no creía que su conducción fuera el problema. El problema eran los dos magos de guerra en el carruaje atrás de ella, disparando hechizos y ella estaba haciendo todo lo posible por esquivarlos. No estaba teniendo éxito del todo, lo que probablemente explicaba por qué el techo de su carruaje estaba en llamas, y por qué su caballo tenía una mirada bizco de pánico total.

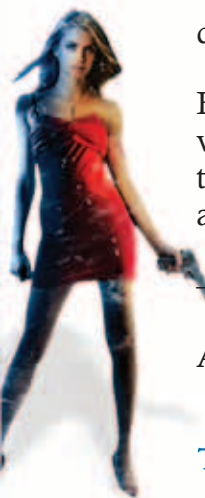
Aunque el caballo parecía positivamente tranquilo en comparación con el secuestrador, quien estaba sentado en el área cubierta del carruaje, vociferando.

—¡Esos idiotas! ¿Están *tratando* de matarla? —demandé, al mismo tiempo que otro relámpago de lo que parecía un rayo rojo destelló entre los carruajes.

Falló, pero sólo porque ella había saltado la acera al mismo tiempo, dispersando peatones y volcando el carro de un vendedor. Las manzanas rodaron por la calle como canicas de gran tamaño, haciendo tropezar a las personas y enviándolas hasta deslizarse por la congelada acera. Desafortunadamente, el caballo de los magos logró evitarlos y tronó tras ella.

—Eso parece —dijo Mircea sombríamente.

Alejé mi mirada del caos lo suficiente como para mirarlo. —¿Qué?



—De lo que sabes del Círculo, *dulceata*, ¿qué crees que preferirían: una heredera completamente entrenada en las manos de un mago oscuro, o la misma heredera muerta?

Un dedo de hielo me recorrió la espalda. Porque no lo tenía que pensar. Había pasado poco más de un mes eludiendo el Círculo de mi época, que había estado convencido de que yo era una amenaza gracias a mi familia, mis conexiones vampíricas y un par de docenas de otras cosas. Y su solución había sido lo que siempre era: matarlo y luego matarlo de nuevo.

Maldición.

Hubo una pasarela sobre el camino por delante, y nos cambié sobre ella, colocándonos momentáneamente por delante de la persecución. No iba a ser por mucho tiempo. El peso ligero de los vehículos les permitió pasar volando a los más grandes que iban torpemente por el camino, la mayoría de los cuales estaban tratando de salir del camino, de todos modos. Pero un carro, repleto de barriles, era muy pesado para moverse lo suficientemente rápido. Y un hechizo que le erró a mi madre por una fracción de segundo, no lo erró a él.

Lo que sea que hubiera en los barriles debió haber sido bastante inflamable. Porque explotaron en un baño de luz, calor y en un sonido amenazante para los tímpanos, encendiendo el carro y enviando varios de los barriles más pequeños disparados a las alturas, como bolas de cañón hechas de madera. Y si yo había pensado que la calle había estado caótica antes, no era nada comparado con esto.

A los caballos no les gusta el fuego, el ruino o los eventos inesperados y cada caballo en la calle recién había experimentado las tres. Se desató el pandemónium, con animales desbocados, gente huyendo y partes de barriles ardientes lloviendo del cielo.

Uno de estos últimos quitó un toldo sobre tienda de tabaquería, que el propietario no se había acordado de enrollar para la noche. El material verde oscuro se tornó en llamas, justo al lado de un par de caballos más.

Eso pudo no haber sido tan malo, excepto por el hecho de que estaban enganchados a un autobús de dos pisos. Que había estado a punto de dejar bajar un grupo de pasajeros, sólo ellos tuvieron que aferrarse a las barandas, mientras los caballos espantados despegaron en una carrera mortal.

Alcancé a ver a mi madre de nuevo mientras ella y el bus corrían lado a lado del puente, y Mircea agarró mi mano.

—¿Nos puedes cambiar a su carruaje?

Lo miré, preguntándome en qué momento había perdido la cabeza.

Pero parecía perfectamente serio, quizás porque pensó que esta era la mejor oportunidad que íbamos a obtener. No ayudaba que yo estuviera de acuerdo con él.



—Yo no soy...yo no... No es tan fácil cambiar a objetos en movimiento —expliqué. Particularmente los que estaban por toda la calle y en llamas.

—Entonces vamos a tener que hacerlo a la forma anticuada —dijo. Y antes de que pudiera preguntar qué significaba eso, su brazo rodeó mi cintura y estábamos corriendo por el lado del puente y luego estábamos...

—¡Oh, mierda! —grité, mientras Mircea nos tiraba a un lado justo cuando el coche de mi madre tronó por debajo.

Solo ella debió haberse movido de nuevo, porque cuando aterrizamos, lo suficientemente fuerte como para hacerme castañear los dientes, estaba en lo alto del bus.

Mircea se las arregló para mantenerse, pero cayó al suelo sobre una gran mujer que sostenía un pequeño perro, que hizo todo lo posible para morder mi nariz. Y entonces me empujó hacia atrás sobre el regazo de un hombre de aspecto asombrado, que parecía menos estupefacto por mi repentina aparición que por el breve atuendo que llevaba puesto.

—¿Qué? ¿Nunca has visto algo así antes? —exigí mientras Mircea me levantaba. Sólo para dejarnos casi aplastados por una multitud de personas presas del pánico tratando de bajar las escaleras.

Varios se las arreglaron cayendo, varios más a punto de hacerlo y una gran cantidad de paquetes y sombrillas y sombreros salieron volando. Eso incluía la bicicleta de alguien, la cual rebotó sin jinete de la parte trasera del autobús y continuó por la calle, luciendo extrañamente estable. O al menos lo hizo hasta que el vehículo del mago se estrelló contra ella, enviándola a navegar sobre un escaparate y luego a toda velocidad en nosotros.

El autobús se estremeció bajo el impacto, y la mayoría de las personas que se habían puesto sobre sus pies fueron arrojadas sobre sus traseros de nuevo. Pero los magos tampoco habían salido ilesos del accidente. El caballo de color gris claro tirando su viaje se liberó de su arnés, relinchó de terror y luego salió a la carretera.

Entonces agarraron el siguiente medio de transporte más conveniente.

Que resultó ser el nuestro.

Fue el turno de Mircea de jurar mientras saltaban al bus, golpeando a la gente a un lado, y, en algunos casos, golpeándolos fuera mientras abovedaban las escaleras y el techo. Y luego volaron otra vez cuando Mircea tomó el respaldo de dos asientos, se subió y *pateó*. Un par de miles de dólares de fino cuero dejaron huellas de barro en sus camisas mientras volaban hacia atrás, agitando los brazos.

Aterrizaron en lo que parecía a media cuadra de la calle, lo cual debería haber terminado todo esto. Pero no habían terminado de tocar el pavimento que ya estaban sobre sus pies. Los vi



sacudir sus cabezas, lanzarse a la multitud y patear a una elevada velocidad y no vi nada más, porque Mircea me arrastró hacia la parte frontal del bus. —¿Tenían escudos? —pregunté, confundida, porque no había visto ninguno.

—No.

—Entonces, ¿cómo... —empecé, sólo para vacilar y bajar cuando el autobús viró peligrosamente.

Iba corriendo por la calle como si no hubiera conductor, que era más o menos cierto, ya que no creo que el chico en el asiento del conductor debiera estar allí. Un tercer mago había aparecido de la nada y golpeó al conductor real a un lado, justo a tiempo para que Mircea saltara lo largo del autobús e hiciera lo mismo con él. Sólo cuando un maestro vampiro te golpea a un lado, no terminas en el suelo.

El hombre salió del autobús, voló por el aire y se estrelló de cara contra el segundo piso de un edificio cercano. Cosa que había esperado un poco. Y luego se torció, arrancó los ladrillos como si la gravedad no se aplicara a él y *saltó de nuevo al autobús*. Lo cual yo no había adivinado.

Tuve un segundo para pensar que el tipo se parecía mucho al mago que había visto por última vez al correr una maratón dentro de una burbuja de tiempo, la misma altura, cabello moreno y cara roja, sólo que no podía estar en lo cierto. Y luego se abalanzó sobre Mircea, que había dado la espalda para agarrar las riendas, y decidí que me preocuparía por ello más tarde. Salté tras él, gritando una advertencia que dudaba siquiera los oídos de vampiros podrían oír sobre el galope de los caballos y el chirrido de autobuses y la gente gritando.

Pero no importaba, porque algunos de los pasajeros claramente habían tenido suficiente. Un caballero bien parecido con monóculo hizo caer al mago con su bastón, un hombre de aspecto corpulento en un delantal de carnicero lo golpeó en la cara, y un par de hombres ayudaron a moverlo de un tirón en el costado y a la calle. Que considerando todas las cosas, probablemente no le haría mucho daño.

Y luego fue atropellado por un coche a alta velocidad, lo cual probablemente *sí* le hacía daño.

Al menos, no lo vi saltar de nuevo a bordo antes de que Mircea colocara a un verdadero conductor de nuevo en su asiento y me agarrara. —No vamos a alcanzarla de esta manera —gritó.

Asentí con la cabeza, sintiéndome un poco mareada. Los Clydesdales tirando del bus ya estaban en marcha tan rápido como podían, y sin embargo, no eran criados para la velocidad. No íbamos a alcanzar a mamá en un autobús pesado cargado de gente y ni tampoco los magos.

—¿Cuál es la alternativa? —grité.



—Esto —me dijo. Y nos arrojó por el costado.

Sucedió tan rápido que no tuve tiempo de gritar antes de que aterrizáramos en un carro casi vacío. La falta de peso era probablemente la razón por la que le estaba ganando al bus en la carrera para salir del infierno que era Dodge. Pero no estaba ganando por mucho, sobre todo después de que el conductor se dio la vuelta para gritarnos y se estrelló contra el vehículo siguiente en la fila.

Pero parecía que Mircea no había planeado el permanecer mucho tiempo, porque antes de que pudiera respirar un poco, estábamos saltando a otro carro y luego en una cabina de cuatro ruedas, que se había acercado lo suficiente para que él tomara la puerta. Y luego a través de la parte de atrás tratando de no pisar los pies de los ocupantes, y fuera del otro lado dentro.

Bueno, supongo que era un coche. Excepto que se parecía más a una carruaje sin techo, sin caballos y una gran barra que salía del tablero del piso. También tenía un enorme cuerno, con bulbo, un par de pedales y un conductor descontrolado, que actualmente colgaba de la mano de un maestro vampiro.

—¡Sabes, yo podría necesitar una pequeña advertencia la próxima vez! —le dije a Mircea sin aliento, mientras dejaba caer el hombre suavemente en la carretera.

Me lanzó una mirada. —Ahora ya sabes cómo me siento cada vez que cambias .

—¡Te digo cuando estamos a punto de cambiar!

—Cuando te acuerdas —Me levantó y me depositó en lo que creo era el asiento del pasajero, ya que no tenía una barra—. Una advertencia: esto va a ser un viaje agitado.

Sí, como si no lo hubiera sido hasta ahora, no lo dije, porque mi cola ya no rozaba el cuero mientras que nos disparábamos a la acera, lanzándonos en torno a un grupo de personas, apostados en el costado de una tienda y luego disparándonos hacia delante.

—¿Estás seguro que sabes cómo manejar esta cosa?—exigí, tratando de poner mis extremidades en orden

—Este es un Lutzmann. Solía tener uno

—Sí, pero ¿en realidad lo *condujiste*?

Él sólo levantó una ceja y siguió hacia adelante, mientras que yo desesperadamente buscaba un cinturón de seguridad. Que no encontré, porque, al parecer, no se habían inventado todavía. Tal vez porque la velocidad máxima del coche parecía tener unos cincuenta kilómetros por hora, que suena como nada a menos que estés en un vehículo sin lados, un alto centro de gravedad y un palo como manubrio. No creo que las cuatro ruedas estuvieran siempre en el suelo al mismo tiempo, a medida que corríamos por una calle llena de obstáculos, la mitad de ellos vivos y todos ellos con gestos de desaprobación.

Pero por muy patética, nuestra velocidad era constante, mientras que parecía que los caballos que tiraban del carruaje de mi madre se estaban cansando. Debido a que un momento después los divisé, justo por delante.

Mircea los debe haber visto, también, porque él frenó, llevándonos hasta tal vez treinta y cinco. Pero fuimos suertudos. Debido a que un segundo después, un rayo rojo iluminó la noche, disparándose justo detrás de nosotros para explotar contra un edificio, ennegreciendo los ladrillos y quitando una ventana.

Saqué mi cuello y vi lo que yo esperaba, a tres malditos magos en un coche que habían robado en alguna parte. Tenía dos caballos y una carrocería ligera y malditos si no nos estaban ganando. Y parecía que guardaban rencor, porque muchos de los relámpagos abrasadores en el aire estaban dirigidos a nosotros. Uno sacó una hilera de farolas, haciendo estallar una tras otra mientras un rayo saltaba de luz a luz, quemando a través de la noche justo al lado de nosotros. Otro golpeo una señal de pub llamado El Fénix Ardiente. El Fénix se convirtió en humo y también nosotros, mientras un hechizo se estrelló contra la parte trasera del coche, recogiendo y enviándolo volando por el aire, directamente a...

Grité y agarré a Mircea, cambiándonos al mismo tiempo que él me agarró y saltó. El resultado fue unos confusos segundos de cambio y luego volar por el aire, mientras que el salto acabó ocurriendo en el otro lado del cambio. Y luego aterrizamos en un montón, la mitad de la calle y la otra mitad en la cuneta, antes de rodar a la acera y sobre una gran cantidad de peatones infelices.

Apenas me di cuenta, demasiado ocupada viendo el coche accidentarse contra el frente de una iglesia. Y la cuña entre dos de los pilares. Y explotar.

Y entonces los bastardos de los magos nos pasaron volando, salpicándonos con agua sucia de una zanja en la calle. Por la que ya habíamos rodado. Y la siguiente cosa que supe, era que estábamos aferrándonos a la parte trasera de su vehículo mientras que se lanzaban al camino, más allá de los restos del pequeño coche y a una calle a la derecha.

Mircea debió haberlo hecho, movernos con esa rapidez vampírica que a veces parecía casi tan rápido como el cambio. Porque estaba segura como el infierno no lo hice yo. No estaba por hacer mucho, francamente, a excepción de aferrarme al tronco encuadrado en cuero de la parte trasera del coche y tratar de no vomitar. Y entonces empezó a llover.

Por supuesto que lo hizo.

Mircea estaba haciendo alguna clase de señales para mí, probablemente temeroso de que los magos oyeran si decía algo. Lo que hubiera funcionado muy bien, excepto que mis ojos continuaban cruzándose. Pero supongo que debe haber querido decir que *voy a dejarte por un minuto hacer algo increíblemente estúpido*. Debido a que el siguiente segundo, saltó por el lado del coche, dio una patada en la puerta y desapareció en la pequeña área cubierta. Y luego las cosas empezaron a ponerse interesantes. Por lo menos, lo hicieron, si consideras



las maldiciones, las patadas y un coche salvajemente oscilante y un hechizo que hizo volar el techo *interesante*. No estaba haciendo mucho por mí, pero no tenía tiempo para preocuparme por ello, porque un puñetazo golpeó a través del fondo del coche, casi en mi cara.

Desde que había uno más y no estaba usando el reloj Omega de Mircea, no tenía ningún reparo en absoluto sobre deslizarme fuera del zapato que no había conseguido aun perder y usar el tacón aguja para tratar de romperle la muñeca. No funcionó tan bien como su homónimo, pero debió ser una distracción, por lo menos. Porque alguien maldijo y gruñó y entonces alguien salió navegando por el lado del carruaje para aplastarse contra otro, tronando a nuestro lado.

Lo que hubiera sido grandioso, si no hubiera pasado a ser el de Mamá.

El mago tomó asimiento del coche con una mano y arrojó un hechizo hacia mí con la otra pero no conectó, gracias al secuestrador, de toda la gente. Podía verlo, porque no había más espacio cubierto en el coche, debido al fuego. La lluvia lo había apagado, o tal vez se había apagado después de haber consumido toda la tela sobre la cabina. Pero de cualquier manera, sólo el marco de alambre se mantuvo en su lugar, lo que no le impidió en absoluto al secuestrador de golpear con su, en apariencia, pesada maleta la cabeza del mago.

Lo que envió el hechizo fuera de su curso, fallándome pero encendiendo el dobladillo de mi vestido en llamas. Afortunadamente, el charco de barro en el que acababa de revolcarme, prácticamente había empapado el material y eso y la lluvia torrencial se encargaron del incendio antes de que él se encargara de mí. Me quedé con un vestido en ruinas, una quemadura en el muslo y un caso grave de *He Tenido Suficiente*. Si mi madre podría cambiar a siete personas a través de más de un siglo, yo podría cambiar cinco unos cientos de metros, como a la calle de al lado. Los sacaría de su culo, y cuando Mircea y yo cambiáramos de nuevo, tendríamos que tratar sólo con el mago. Solo tenía que conseguir a todos los malditos magos de guerra en un solo lugar con el fin de...

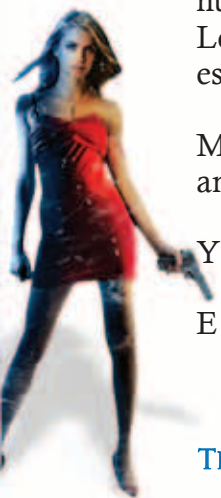
Y luego no lo hice, porque mamá lo hizo por mí.

Cerró su coche hacia el nuestro, casi tirándome de mi asiento. Hizo más que eso al mago, que había estado tratando de agarrarla mientras que el secuestrador intentaba agarrarlo. El movimiento repentino le envió sacudiéndose de espaldas y cayó a través del techo faltante de nuestro carro, desprendiendo en el proceso astillas de madera que formaban la parte de atrás. Lo que me dejó mirando a Mircea, que tenía a un mago bajo el brazo y otro por el cuello, y estaba tratando de poner un pie en el estómago del recién llegado.

Me miró y yo lo miré y luego al lado, donde un hueco en los edificios mostraba una bonita y amplia calle que corría paralela a ésta. —Una advertencia —le dije.

Y cambié.

E inmediatamente me arrepentí.



Se sentía como si mi cuerpo se estuviera viniendo abajo, un dolor punzante, desgarrador, abatió todos mis nervios. Me dolió lo suficiente como para haber arrancado un grito de mi garganta, si todavía me quedaba una. No lo hice, porque estaba fluyendo de moléculas a través del espacio, al igual que el resto de mí, como mi cerebro, que estaba, no obstante, informándome de que esto era mucho, demasiado.

Que quizás debería haber recordado que los dos caballos también contarían como personas; como que quizá debí haber pensado en lo cansada que estaba ya; como quizá este sería mi último cambio, porque mi maldita cabeza iba a explotar.

Al menos, lo haría si tenía la energía para materializarse el tiempo suficiente, que no lo haría si esto duraba mucho tiempo más. Lo que iba a suceder en su lugar era un desencadenamiento rápido mío y de los caballos y el coche y de todo el mundo dentro de él en partículas soplando en el viento que la lluvia lavaría, como si nunca hubiera existido. Lo sabía con la absoluta convicción de alguien que ya podía sentirlo sucediendo, sentir las piezas y partes comenzando a separarse de sus patrones, mezclándose, distorsionándose.

Y luego pensé: *No*.

Y luego pensé, *Detente*.

Y así lo hicimos.

Muy, muy abruptamente.

Yo no sabía que era posible, sobre todo porque nunca había tenido razón para tratar. Pero de alguna manera, había abortado el cambio. Justo en el maldito centro.

Había sido eso o morir, por lo que parecía ser el menor de dos males. Hasta que nos re-materializamos no una calle más, pero aún en esta. Más o menos.

La calle era una curva de aspecto elegante de los edificios neoclásicos con una fachada de piedra pálida, que la luz de gas, se volvió color oro contra el cielo negro. A lo largo de ambos lados de la calle corría una columnata cubierta, de la que realmente no me había dado cuenta porque había estado algo ocupada. Me percaté que aterrizamos tan cerca y personalmente, como justo encima de ésta.

Eso nos puso muy por encima de la calle, volando a lo largo de una estrecha línea del techo apenas lo suficientemente ancho para el coche, los caballos y la cabeza que salió del lado del carruaje para mirar hacia abajo en la calle. Y luego se volvió a mirarme. Y entonces uno de los magos consiguió subir un brazo, y yo no tenía absolutamente ninguna duda de lo que pensaba hacer con él.

Pero no podía detenerlo. Apenas podía verlo, vacilando alrededor de mi visión borrosa como todos los demás. Razón por la cual me llevó un momento darme cuenta de que de repente ya



no estaba allí. Que Mircea acababa de sacarnos de un apuro con él y con el resto, lanzando una patada, deshaciendo un nudo sobre el lado de la columnata.

Lo que hubiera estado bien si aún hubiera sido capaz de cambiar. Pero no lo era y no podía, y el final de la columnata se acercaba y yo estaba tratando de rescatar también, porque caer de la parte trasera de un coche galopante, no sería muy divertido, pero era mucho mejor que la alternativa. Pero mi maldito pie se había quedado encajado detrás de la maldita caja y no salía, y no tenía tiempo para averiguar lo que estaba mal con una pared de ladrillo mirándome a la cara y...

Y luego estaba mirando un precioso par de ojos de lapislázuli en su lugar.

Parpadeé, aturdida y confusa y más que un poco enferma, mientras que uno de los magos corría al lado del carruaje. Era en el que mi madre iba al volante, en medio de la carretera como una persona cuerda, y en el que yo estaba ahora, de alguna manera encima. El mago la tomó y ella rompió el contacto visual conmigo el tiempo suficiente para mirarlo, y luego él se fue, saliendo de la existencia como Niall lo hizo antes en la suite. Sabía que era lo que había sucedido, porque un segundo después apareció otra vez en medio de la calle en frente de nosotros.

Y entonces ella lo atropelló.

—¡Maldita sea, Liz! —dijo el secuestrador, mirando hacia ella.

—¿Quién eres? —preguntó, volviendo aquellos ojos increíbles sobre mí de nuevo.

Y por alguna razón, no pude responder. Miré fijamente a ese hermoso rostro, tan cerca, más cerca de lo que nunca había pensado que estaría y no pude decir nada en absoluto. Se me cerró la garganta y se me llenaron los ojos y mi cara se desmoronó probablemente parecía como una completa idiota, lloriqueando. Pero intenta como podría, me parecía que no podía decir nada...

Y luego el secuestrador respondió por mí.

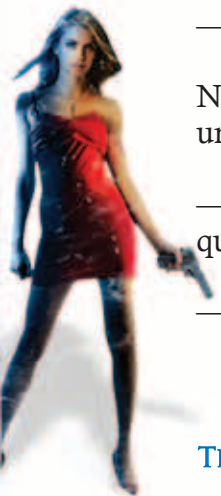
—Agnes la envió —dijo con dureza—. ¡Es una trampa!

—Yo no lo creo —dijo, sus ojos nunca dejaron mi cara.

No sé qué expresión llevaba yo, pero ella parecía atónita, incrédula, sorprendida. Extendió una mano para tocar mi mejilla, y tembló ligeramente. —Yo no lo creo —susurró.

—Te estoy diciendo, que están trabajando juntas —dijo entre dientes—. Fue la que ayudó a que la perra me arrastra hacia atrás.

—Agnes es una buena mujer.



—¡Es una *perra!* —gritó él—. Y ésta es igual de mala. Tienes que...

Nunca supe lo que él quería que hiciera. Debido a que cuatro magos se subieron al coche, al mismo tiempo, lo cual era imposible, ya que por lo menos dos de ellos debían estar muertos. Pero todos parecían bastante vivos para mí, incluyendo el que tomó al secuestrador alrededor de la garganta y tiró de él de nuevo sobre sus pies. Yo no vi lo que hacían los demás, porque en el momento siguiente estábamos cambiando, fluyendo a través del tiempo con una facilidad que nunca antes había experimentado.

Cambiar era por lo general metálico y eléctrico y vagamente terrorífico, como el emocionante viaje de una montaña rusa que uno sospecha que podría estar fuera de control. Pero esto no fue así. Era cálido y suave y natural, como respirar, una caricia de luz que nos recogió y suavemente nos llevó a lo largo hacia. . . algún tiempo. Yo no sabía, no me importaba. Sólo quería quedarme aquí, aquí mismo...

—Pero esta no es tu lucha —me dijo simplemente, mientras la marea nos lavó hacia una orilla desconocida.

Meneé la cabeza, tratando de decirle que estaba equivocada, que era mi lucha, que definitivamente lo era. Pero todavía no podía hablar, así como sentí su mano disolverse bajo la mía, mientras la corriente nos llevaba en dos direcciones diferentes, mientras yo gritaba y trataba de aferrarme a algo que simplemente ya no estaba allí...

Y la siguiente cosa que supe es que estaba parada en una esquina de una calle, rodeada de luces de neón y nieve cayendo, delicadas redes de estrellas colgando, mirando un carruaje victoriano virar a través de los carriles del tráfico moderno, por un instante. Antes de desvanecerse de nuevo en la nada.

Y así, ella se había ido.



Capítulo 12

*Traducido por masi
Corregido por kathesweet*



Me quedé de pie en la esquina de la calle, balanceándome ligeramente, mientras que los copos de nieve se reunían en mi pelo. Es una última vista hermosa, pensé con la mirada vacía, observando lo que parecían multitudes de gente en navidad moviéndose de un lado a otro. Las estrellas que estaban sobre mi cabeza eran estandartes de luces que cubrían las aberturas de cada calle que desembocaban en cada intersección. Otras calles más abajo las tenían, también, de modo que posiblemente todo el aire se parecía a una gran rueda, brillando. O tal vez una corona de flores. Eso sería más navideño, ¿no?

Se veían preciosas en contra el cielo negro, de todos modos, pensé, mientras el agua goteaba hacia mis ojos debido a la lluvia que había caído sin embargo hace muchas décadas. No me molesté en quitármelas.

No parecía importar ahora.

Las luces de los coches que pasaban se emborronaban juntas en largas cintas de oro y rojo, debidamente festivas. Yo las miraba, sintiéndome tambaleante y fría y entumecida, y esperé a que se pasara. Y esperé. Y esperé.

Y entonces oí pasos apresurados que venían detrás de mí, y antes de que yo tuviera la oportunidad de dar la vuelta, unas manos me agarraron los hombros, dándome la vuelta. Me quedé mirando fijamente, sintiendo mareo, a Mircea, quien parecía un poco loco. Su pelo estaba salvaje y también lo estaban sus ojos, y había una mancha de barro en su mejilla. — Todavía estás aquí —dijo sin expresión.

Asentí con la cabeza con cautela, medio esperando no estar ahí en cualquier momento.

Sus dedos se cerraron sobre mis hombros, casi dolorosamente.

Y entonces me levantó y me hizo girar, haciendo caso omiso de mi vestido sucio o mi pelo empapado o la seguridad de los transeúntes. — ¡Todavía estás aquí! —dijo, riendo, y me besó. Y fue un maldito buen beso o no desvanecerse en el olvido era el infierno de un afrodisíaco. Porque después de sólo un segundo, esos labios derritieron la conmoción fría que me había



tenido totalmente paralizada, y mis manos se apretaron sobre sus hombros y mi pierna se dobló a su alrededor y lo siguiente que supe es que estaba alzándose sobre su cuerpo y haciendo mi mejor esfuerzo por subir a su garganta. Mircea daba tanto como obtenía. Sus manos encontraron mi culo y me levantó, y mis piernas le rodearon y nos giramos otra vez, mientras la nieve caía e impactaba sobre los coches y alguien se rió, y no me importó un carajo porque estaba viva para experimentarlo todo.

Nos apartamos sólo cuando era eso o asfixiarnos. Me aferré a él, jadeando y mareada por la pasión o el alivio o la falta de aire o las tres cosas, y la multitud que habíamos conseguido reunir aplaudía cortésmente. Alguien donó una rama de muérdago.

—No es que ustedes dos lo necesiten. —A lo que Mircea airosamente atrapó detrás de su oreja. Y luego me besó de nuevo.

Creo que sólo se detuvo porque empecé a temblar. Los dos estábamos empapados y hacía mucho frío, y me las había arreglado para perder su chaqueta de algún lugar del camino. Aún con la calidez de Mircea, la noche fría y húmeda ya estaba haciendo su camino por debajo de mi ropa, filtrándose por mi escote y deslizándose por mis piernas.

Y no tenía sentido ni siquiera intentar cambiarme de vuelta a casa. Sería afortunada si podía hacerlo en la mañana, suponiendo que tuviera un poco de comida y un descanso entre ahora y entonces. Pero eso planteaba un problema.

Miré a Mircea, que estaba mirando el remolino de nieve, aparentemente fascinado. —¿Mircea?

—Es hermoso, *dulceata* —dijo, con tono de asombro—. ¿Ves? Hermoso.

—¿Qué es?

—La nieve. La noche. —Sus brazos se apretaron—. Tú.

Le miré con recelo. —¿Gracias?

Sus labios calientes encontraron mi cuello. —De nada.

—Mircea. Hace mucho frío.

—Te mantendré caliente —dijo, esos labios deslizándose por mi escote.

Y, está bien, estaba empezando a hacer más calor. —No podemos quedarnos en una esquina de la calle toda la noche —protesté.

—Por supuesto que no. —Y antes de que plenamente fuera consciente de lo que estaba sucediendo, estábamos al final de la calle, mi brazo sostenido por el suyo mientras miraba a uno y otro lado, curioso y con los ojos brillantes y encantados, obviamente. Con que yo no lo sabía, pero un segundo después se rió. —Oh, sí. Sí, eso servirá de maravilla.



Y entonces los copos de nieve cayendo a nuestro alrededor se vieron atrapados en luces. Se quedaron inmóviles como cristales que están colgados en la oscuridad, miles de destellos diminutos de oro, mientras una limusina se detenía en la esquina. Miré a Mircea. —¿Cómo...

—La tomé prestado de un amigo —me dijo, metiéndome en su interior. E inmediatamente después cubrió mi cuerpo con el suyo.

Él me besó lentamente esta vez, un movimiento tierno de sus labios y luego su lengua contra la mía, deliberada y cuidadosa, y carnal. Y por unos momentos, me olvidé de todo, excepto del pelo sedoso cayendo a mi alrededor, la suavidad de los labios sobre los míos, y el tacto de sus manos sobre mi cuerpo. Sus callos procedente de manejar una espada con regularidad, hacía cientos de años, pero como los vampiros se quedaban como eran cuando murieron, nunca se habían suavizado. Ellos eran el único vestigio del medio príncipe bárbaro que una vez había sido, a excepción de los cabellos que se negaba a cortar.

Aproveché la oportunidad para enterrar mis manos en ese momento, un derrame de caoba profundo, sedoso, del color de las hojas de roble en otoño.

Y, bueno, eso era cursi, pero Mircea me convertía en una chica poética.

Sólo que este no era el lugar.

—Mircea. No podemos —jadeé, mirando al conductor, que nos miraba descaradamente por el espejo.

Mircea ni siquiera levantó la mirada. —Conduce —dijo, y presionó de un golpe una mano sobre el botón de separación.

En el momento en que estuvo arriba, mi parte superior estaba abajo y las cosas empezaron progresando a un ritmo bastante alarmante. —La gente nos puede ver a través de las ventanas —protesté, mientras la seda empapada se abría y mi sujetador se desabrochaba, todo en un movimiento suave.

—Tintados.

—Pero... tengo hambre.

—También yo —gruñó, y me quitó el vestido.

Alguien había dejado un abrigo de piel en el asiento, algo negro como la noche y suave como una nube, y la sensación contra mi piel desnuda era un infierno de distracción. Aunque no tanto como las manos calientes que me acariciaban, los duros muslos que se presionaban contra mí, o la lengua que se deslizaba sobre la mía, líquida y cálida y cada vez más exigente.

Conseguí tomar aire, minutos después, para encontrar que el abrigo de Mircea ya no estaba, su camisa estaba abierta y la corbata estaba apenas sujeta en un hombro. Eso fue un poco



molesto, porque yo no podía recordar cómo él había llegado a estar así, o cómo mi ropa interior había terminado lanzada en el asiento de enfrente. Todo lo que sabía era que yo estaba desnuda a excepción del abrigo de piel pecaminosamente suave, la mayoría del cual estaba atrapado debajo de mí.

Traté de tirar de ello, para darme alguna posibilidad de cubrirme por si alguno de los coches pasaba demasiado cerca, pero Mircea tenía otras ideas. —Déjalo —dijo con voz ronca—. Me gusta el contraste con tu piel.

Y entonces procedió a mostrarme exactamente cuánto.

—¿Qué es... qué te pasa? —jadeé, mientras esa cabeza oscura se abría camino hacia abajo desde los labios hacia el cuello y hacia mi cuerpo. No es que Mircea no fuera por lo general... afectuoso... pero no solía, por lo general, dar muestras públicas, ni siquiera semipúblicas.

No parecía que eso le preocupara en este momento, sin embargo.

Los labios en mi piel eran cálidos y suaves y dóciles, a diferencia de las puntas de colmillos detrás de ellos. Pero no mordía, sólo los raspaba suavemente sobre mi piel sensible, hasta que estuve excitada, a punto y desesperada. —Ha pasado tiempo, así que no puedo estar seguro —murmuró—. Pero creo que puede ser que esté borracho.

Parpadeé hacia él. —¿Qué?

—La sangre de las criaturas. Era... intoxicante.

—¿Te refieres a los magos?

—Mmm-hmm. —Él retorció un pezón entre la lengua y los dientes, haciendo que mis manos se hicieran puños en su camisa.

—Pero... pero eran humanos.

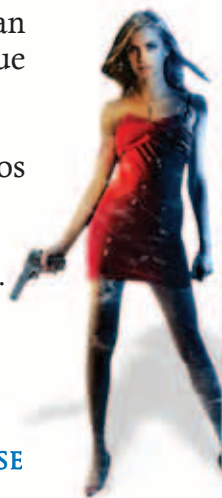
—Mmm, no —dijo con aire pensativo. Y luego me mordió.

Jadeé y agarré su cabeza entre mis manos, sosteniéndolo mientras bebía de mí. La sensación de sus labios cálidos, sus dientes afilados y fuertes y sus íntimos y profundos empujes hacían que mi cuerpo se estremeciera, mi piel enrojeciera y mi pulso golpeara en mis oídos. Sentí que mi control en ese momento desaparecía.

—Entonces, ¿qué eran? —pregunté sin aliento, antes de olvidar de qué diablos estábamos hablando.

—Eran humanos, pero más fuertes —me dijo, sosteniéndose sobre sus talones—. Cómo tú.

—¿Cómo yo?



—Tu sangre es más rica de lo normal, debido a la potencia de tu oficio —explicó, empujando su corbata hacia un lado.

—¿Por qué es importante?

—Es importante porque tu poder pertenecía a un dios.

Empezó a quitarse la camisa, pero estiré una mano.

—Déjalo —me dijo con voz ronca. No era al único al que le gustaba el contraste. Y el tejido blanco, blanco sobre la piel suave empapada era... agradable.

Él arqueó una ceja, pero hizo lo que le pedí. Luego se deslizó por encima de mí, sonriendo maliciosamente. —Tal vez es por eso que probaste lo divino.

—¿Estás diciendo que los magos eran... eran una especie de semidioses? —pregunté mientras acariciaba mi cuello.

—No sé, ya que nunca antes tuve la oportunidad de probar un dios. Pero su sangre era como la tuya: espesa, rica, como coñac añejo.

Yo tenía otra pregunta, pero luego su cabeza bajó y cerró su boca sobre mí otra vez y se me olvidó lo que era. Casi me olvidaba de todo cuando su lengua bañaba las pequeñas heridas de incisiones que había hecho, una caricia suave, enviando estremecimientos a través de todo mi cuerpo. Me arqueé sin pensar y él se sentó, tirando de mí, desnuda, sobre su regazo.

Mis labios se abrieron para protestar, porque si yo era visible antes, no era nada comparado con ahora. Pero entonces sus manos fuertes me agarraron y una dureza magnífica se presionó contra mí y empezó a succionar no tan suavemente. Y mi protesta se convirtió en un gemido cuando mis piernas se apretaron a su alrededor, mi piel enrojecida como una cortina más profunda de color de rosa, y mi cuerpo se retorció, anhelante, deseoso de más. Metí mis dedos en la seda cruda de su pelo y me olvidé de los coches que pasaban y el curioso conductor y todo, excepto la fuerza de esa boca y la sensación de esas manos, acariciándome de arriba a abajo mi espalda y me tensé...

Y, bueno, pensé vertiginosamente, a lo mejor esto podría funcionar, después de todo.

Pero al segundo siguiente Mircea estaba retrocediendo. —Tienes hambre —anunció, como si fuera algo trascendental.

—¿Qué? ¿Tengo poco azúcar en la sangre? —pregunté en tono de burla.

—Sí. —Golpeó inteligentemente el botón de la separación, que bajó tan rápido que apenas tuve tiempo para colocarme el visón. El vampiro riveroño, no era un miembro de la familia o un maestro de alto nivel, por lo que Mircea tenía que hablar con él directamente—. Al Club —dijo sucintamente.

—Ya estamos ahí, mi señor —dijo el conductor en voz baja—. Me tomé la libertad de anticiparse a sus deseos.

—Buen hombre —dijo Mircea, y antes de que yo supiera muy bien lo que estaba pasando, me sacó hacia la nieve.

Incluso con el visón, el choque del aire frío fue un poco sorprendente después del calor acogedor de la limusina. Pero no estuvimos en la misma por mucho tiempo. Mis dedos de los pies apenas tuvieron tiempo de notar la acera congelada antes de que Mircea me alzara y corriera conmigo hasta las escaleras de una bonita y antigua casa adosada.

Una puerta de color rojo claro, al igual que una docena de otras en la calle, daba paso a un estrecho y pequeño adornado elegantemente con una araña de incalculable valor, un recibidor de caoba y lo que se parecía sospechosamente a un Cézanne, con sus brillantes colores brillando contra los paneles de madera oscura.

Una pequeña vampira gordita se apresuró a rodear el recibidor y luego desapareció. Me tomó un segundo para darme cuenta de que él había hecho una reverencia, tan baja que incluso mirando por encima del borde del visón, todo lo que pude ver eran las luces brillando en su cabeza calva y brillante. Él se balanceó de vuelta un minuto después, y luego lo hizo de nuevo, como uno de esos juguetes de pájaros que beben que no pueden mantenerse en pie.

Pero finalmente lo hizo, se dirigió hacia arriba por las escaleras. Y supuse que debe haber sido mucho mayor que el conductor, ya que no dijo una palabra hasta que sus manos que temblaban ligeramente abrieron la puerta a una magnífica suite. Era de color azafrán y coral y un profundo marrón chocolate, con una chimenea de mármol de color caramelo y un gran ventanal con vistas a la ciudad iluminada.

—Yo... espero que sea de su agrado, mi señor —murmuró, y sus mejillas se volvieron rosadas con alegría cuando Mircea casualmente asintió con la cabeza.

—Sí, está bien. Comeremos aquí.

—Por supuesto, por supuesto. De inmediato. —La pequeña vampiresa se inclinó hacia él literalmente haciendo una reverencia en tres ocasiones mientras se retiraba hacia atrás hacia el pasillo. Y entonces Mircea finalmente me bajó, sólo para poner sus manos en el interior del abrigo y empujarme contra la pared.

—Estoy sucia —protesté.

Él movió las cejas. —¿Me lo prometes?

—Mircea —Me reí, a pesar de mí misma—. ¡Quiero darme un baño antes de comer!

Sus ojos, brillando a la luz discreta de la suite, se encontraron con los míos. —Si me lo permitieras.



—No voy a bañarme contigo —le dije con firmeza. Nunca conseguiría nada de cenar de esa manera.

—Por supuesto que no —dijo, con sorpresa fingida.

—Entonces, ¿qué?

Trazó un solo dedo desde mi mejilla hacia mi mandíbula, el cuello, a mi... ¿collar? —¿Está tu fantasma en la residencia?

—No —No había sentido la necesidad de un acompañante—. ¿Por qué?

—Porque tengo una fantasía recurrente de ti cenando conmigo llevando esto. —Ese cálido dedo lentamente trazó el contorno de la monstruosidad barroca—. Y sólo esto.

Hice un pequeño ruido y cerré los ojos.

Maldita sea.

A pesar de las apariencias, estaba tratando, realmente tratando, de tener una relación con Mircea, no sólo asaltar sus huesos cada vez que teníamos cinco minutos a solas. Y yo lo había estado haciendo bastante bien últimamente, sobre todo porque había estado en Nueva York y había estado en Las Vegas y mis planes siempre sonaban mucho más factibles cuando él no estaba presionándose contra mí.

—Deja de hacer eso —le dije, mientras él retorció sus caderas sinuosamente, porque el maldito hombre no tenía ninguna vergüenza.

—Entonces dame una respuesta —dijo, la risa en su voz.

Miré hacia arriba, con la intención de decir que no, pero esos ojos oscuros tenían un brillo inconfundible de desafío destellando en sus profundidades.

Como si pensara que yo no lo haría. Como si estuviera seguro de que no lo haría. Porque yo no era vampiro, no era aventurera como... algunas otras personas. Quienes probablemente no tenían un problema por estar todo cubierto con nada más que pelo largo, negro y sedoso, esos almendrados ojos oscuros mirándola tímidamente por encima del hombro mientras ella...

¡Maldita sea!

Pero no era tan fácil para mí. No porque yo tuviera un problema con satisfacerlo, a pesar de que la desnudez no era mi cosa favorita. Pero como yo era un ser humano. Y Mircea, como un montón de vampiros, tenía la mala costumbre de suponer que lo que quisiera de un ser humano, él lo conseguiría.

No ayudaba que generalmente él estuviera en lo cierto.

Y siglos de ese tipo de cosas se habían liado en su cabeza, hasta el punto de que rara vez veía la necesidad de debatir con dicha humano, o del compromiso o de la negociación o cualquier otra clase de cosas que él haría con uno de su propia especie. Él me había reclamado, por lo que era suya. Fin de la discusión, si hubiera habido una discusión, la cual no había ocurrido porque yo era un ser humano y algunos días, casi todos los días, esa actitud sólo realmente me daba ganas de arrancarme el pelo.

Así que ahí estaba yo, tratando de ver si una relación sería posible, posiblemente, en algún tipo de forma de trabajar a pesar de que los magos iban absolutamente a odiarlo y a los Weres no les iba a encantar y yo también iba a obtener las críticas de los vampiros cuando se dieron cuenta de que la relación-no-significaba-propiedad en mi vocabulario, y ¿qué estaba haciendo Mircea?

Actuando como si no hubiera nada que discutir, por supuesto.

Sólo que sí lo había. Tan definitivamente como 500 años de historia de las que no sabía casi nada. Como el hecho de que casi todo lo que sabía era que él era muy leal a su familia, que tenía un horrible sentido del humor, y que cuando entraba en una habitación, hacía que mi respiración se parara.

Y, sí, eso era sin duda algo, pero ¿era lo suficiente como para basar la vida en ello? Yo no lo sabía aún. Lo único que sabía era que si seguía cediendo, si seguía haciendo lo que él quería, seguiría actuando como si estuviéramos ya juntos y la decisión había sido tomada... entonces muy pronto, sin duda.

Y yo todavía no sabía si yo podía vivir así.

—¿Cassie?

Miré hacia arriba para encontrar que me miraba con ojos de exasperación. —¿Realmente tienes que pensar tanto acerca de esto?

—Es... complicado —dije inquietamente.

—No, realmente no lo es.

—¡Sí, lo es! Lo es realmente, realmente es, y sabes que lo es y...

Él me detuvo con una mano a cada lado de mi cara.

—¿Cuando estamos?

—¿Qué?

—El año.



Fruncí el ceño. Y mi poder lentamente trajo la fecha: —Mil novecientos sesenta y nueve.

—Y eso significa que no has nacido todavía, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—No nos hemos encontrado todavía, ¿verdad?

—Bueno, no, a menos que cuentes ese momento en...

—Cassie.

—No. No... técnicamente. Pero no entiendo lo que estás...

—Estoy diciendo que nada de lo que suceda o no suceda, esta noche tendrá alguna incidencia en nuestra relación una vez que regresemos. Sin implicaciones. Sin consecuencias. Piense en esto como... una noche fuera de tiempo.

—¿Una noche fuera de tiempo? —repetí dudosa, porque no tuve ninguna de esas. El tiempo me causaba problemas, no los solucionaba.

Ni siquiera por una noche.

Su frente descanso contra la mía. —Una noche fuera de tiempo.

Me humedecí los labios y pensó en ello. —Los servidores lo sabrán.

—¿Y si lo organizamos para que no lo sepan?

Levanté la vista hacia él, y fue un error, porque él estaba sonriendo con una sonrisa de niño pequeño, la que nunca mostraba en público, ya que, tiraría por los suelos, completamente, su imagen de Vampiro Miembro del Senado grande y malo. Pero conseguía verla de vez en cuando. Y nunca dejaba de ser devastadora.

—Sólo cenar —me oí decir, antes de que pudiera morderme la lengua.

—Sólo cenar —estuvo de acuerdo suavemente, acariciando las líneas de mis mejillas con sus pulgares.

Y luego me dejó ir.



Capítulo 13

*Traducido por Pimienta
Corregido por Larita*



El cuarto de baño de la suite, resultó ser tan impresionante como el resto. Mármol dorado con vetas finas de sombra que lo atravesaban, de los suelos hasta el techo, y de los lavabos dobles a la bañera de hidromasaje, todo pulido con alto brillo. Había una alfombra de felpa de color naranja oscuro, las toallas a juego, y una canasta de artículos de tocador caros, todo hecho en papel de celofán como un conejito de Pascua.

Y había espejos, montones y montones de espejos.

Casi todas las superficies que no estaban cubiertas de mármol tenía uno, y todos ellos decían que lucía como el infierno. Mi maquillaje se había ido totalmente, el pelo era un maldito desastre, y mi cuerpo estaba manchado de barro y otras sustancias que en las que no quería pensar demasiado. Suspiré y pateé con mis pies sucios lo que habían sido un par de medias caras. Mis uñas estaban desconchadas y los dedos de los pies... se veían como era de esperar después de ser arrastrada a través de unos adoquines.

Pensé en los dedos de mi pie destrozados y suspiré. Un día, un buen día, yo iba a estar en peligro con un par de malditas zapatillas de deporte. Por supuesto, me conformaría con no estar en peligro en absoluto.

No estar en situación de peligro del todo estaría bien.

Agarré un par de pecaminosas toallas de felpa y metí mi maltrecho y sucio cuerpo en la agradable y limpia ducha. Ni siquiera intenté darme un baño, porque el agua se volvería inmediatamente negra.

Algo así como el entretenimiento nocturno que había hecho.

Después de que me limpié lo suficientemente como para estar bastante segura de que no quedaba nada de tierra en mí, hice un balance. Tenía un moretón hinchado en el tobillo, otro en la cadera y un tercero, largo, horizontal y oscureciendo rápidamente, en mi bajo vientre,



probablemente, el que me había golpeado en el maldito carruaje del infierno. Añade a eso los moretones que todavía llevaba del incidente de la bañera y, oh sí, me veía sexy.

No es que yo no estuviera feliz de estar viva. Yo solo no entendía por qué yo. Sobre todo no si la teoría de Mircea sobre lo que habíamos estado luchando, era correcta.

Parecía una locura cuando lo dijo, porque los semidioses no eran precisamente de estar mucho en el suelo. Los dioses, o seres que se hacen llamar así, habían sido desterrados hace mucho tiempo de la Tierra, y de la mayoría de sus derivados, habían sido golpeados o detenidos por el Círculo. Y no me podía imaginar lo que un montón de medio-dioses podrían querer con mi madre.

Pero ahora que tenía la oportunidad de pensar en ello, encontraba explicación a muchas cosas.

Al igual que lo resistentes que habían sido los magos, sin molestarse con los escudos, pero recuperándose de los golpes que deberían haberlos dejado como una mancha en el hormigón. Ellos parecían malditamente fuertes.

Pritkin me había dicho una vez que los magos de guerra nunca utilizan al cien por cien su poder de ataque. En una batalla, la media normal era de setenta y medio, lo que significa que el setenta por ciento del poder de un mago se mantenía para la defensa de los escudos y lo necesario para conseguir que él o ella viviese con los restos de un treinta por ciento, utilizándolo para la ofensiva. Usuarios de la magia, sobre todo de gran alcance, pueden cubrir una buena parte, tal vez tomando el total necesario para la defensa hasta sesenta y cinco o sesenta por ciento, incluso, ya que su exceso de energía estaba compensado por esto. Pero nadie se iba sin ninguna protección. Si lo hicieran, el primer hechizo podría sacarlos de la lucha de forma permanente.

Pritkin utiliza regularmente sólo una cuarta parte de su poder para la defensa, aunque no lo admite en el círculo. Pero si alguien podía hacer caso omiso de ser pisoteado por caballos o colgado en contra de los edificios o ser arrastrado la mitad de de una calle, a pesar de eso ¿no usó los escudos? Ser capaz de poner todo en el ataque haría que incluso un mago de nivel bajo fuera muy, muy impresionante. Y si él o ella ya era extra-fuerte, nada más empezar...

Bueno, ese mago podría ser algo parecido a lo que acababa de ver. Sin embargo, por más razonable que sonara, no podía estar en lo cierto.

Porque mi madre no podría haber luchado con cuatro semidioses y un secuestrador loco, por si misma.

¿Podría?

Me pareció ridículo. Pero, entonces, si la respuesta era no, ¿Por qué yo todavía estaba aquí? Si los magos la habían matado o el secuestrador la había llevado fuera, o cualquier cosa que



hubiera sucedido para que ella no encontrara a mi famoso padre, entonces yo debería haber desaparecido. Y por otra parte, la cantidad bastante grande de la piel que yo había dejado en el camino, no lo había hecho.

Y eso era... bueno, eso era una especie de epifanía. Toda la maldita noche lo había sido, la verdad. Porque nunca había visto a una Pythian utilizado su poder de esa manera. De hecho, rara vez había visto que usarlo del todo, lo que era una de las razones por las que había estado teniendo problemas para dominarlo.

Jonas hizo todo lo posible para ayudarme, pero él no era una Pythia. Había escuchado algunas de las cosas que Agnes había dicho cuando entrenaba a sus herederos, y había visto mucho de lo que podía hacer. Sin embargo, tratando de aprovechar el tiempo con su ayuda había sido como construir un coche con un conjunto de instrucciones orales cuando nunca has visto uno y el tipo dándoles instrucciones sólo tiene una vaga idea de lo qué se supone que es.

Había sido un ciego guiando a otro ciego durante todo el mes.

Había sido suficientemente frustrante y en realidad había pensado en ir a la Corte Pythian por ayuda. Pero no lo hice, y no sólo porque uno de ellos ya hubiera intentado matarme.

Probablemente no fueran todos unos maníacos homicidas, pero dudaba de que fueran realmente populares con un grupo que tenía cero posibilidades de que avance el tiempo que viví.

Lo que podría explicar por qué no había oído hablar de ellos en todo el mes. No es un “felicidades” sincero, no es un “vete a la mierda” tampoco, ningún atisbo de ningún tipo. No sabía qué significaba eso, pero era más que un poco de mal agüero. Y seguro como el infierno Jonas no había sugerido venir a charlar un rato.

Así que estaba por mi cuenta.

En mi propio culo.

Pero entonces había llegado esta noche. Y... maldita sea.

De alguna manera, me había habituado a pensar en mi poder como defensa de desplazamiento para salir de un apuro, pasando burbujas de tiempo para protegerme de los atacantes, detener el tiempo para darme la oportunidad de correr como el infierno. Tal vez porque era todo lo que había estado usando. Pero mi madre... no había sido muy buena en la defensa. Ella había sido muy buena en patear algunos traseros semidioses.

Los magos de guerra podrían haber llevado a cabo una ofensiva a lo grande, pero ella había estado allí con ellos. Los había dejando gritando de terror. Había encarcelado a uno como a un insecto bajo un cristal. Ella lo había manejado como el infierno.



Mamá, me di cuenta en estado de shock, había sido una especie de idiota.

Y así era el poder Pythian en manos de alguien que realmente sabía cómo usarlo. Aunque yo no era realista, creo que nunca sería ni de lejos tan buena... aún así. Me dio mucho que pensar.

Sólo que éste no era el lugar para hacerlo, porque yo iba toda arrugada.

No había sabía que una ducha podía hacer eso, pero ésta era dura, caliente y entusiasta, tanto que mis dedos y lo que quedaba de mis dedos de los pies, estaban arrugados. Salí de la ducha, me sequé el pelo, y pasó una mano sobre el espejo más cercano.

Me mostró lo que ya esperaba: una chica delgada, pálida con el pelo desaliñado rubio, círculos oscuros bajo los ojos y un moretón en la línea del cabello. Me incliné, tirando de mi pelo hacia atrás, buscando en mi propia cara. Había mucho más para seguir. Miré el lado derecho en mi cara, a apenas un pie de distancia. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía ver ni siquiera un eco lejano en mí.

Mis ojos eran azules, pero eran sólo azules. Mi pelo era rojizo, más o menos, a la luz correcta, pero nada de ese hermoso color bronce. Y mi cara era... sólo una cara.

Volví a mirarme ahora, los pómulos eran demasiado redondos, un

mentón demasiado terco y un puñado de pecas fuera de moda en la punta de la nariz inclinada. No era una mala cara, como estropeada, pero no sería lanzada a mil transportaciones en un futuro muy cercano.

Me quedé allí, buscando de todos modos, desesperada por encontrar algún rastro de esa belleza etérea... Y de pronto me di cuenta. Si yo no me parecía a mi madre, entonces yo debía parecerme a...

Él.

El mago oscuro que la había cortejado lejos de la corte, de su lugar legítimo en la sucesión, de todo lo que había conocido jamás. Agnes me había dicho una vez que mi madre había sido natural con el poder, lo mejor que había visto, y yo tenía un montón de pruebas esta noche. Y sin embargo, lo había dejado todo atrás por un hombre malvado, un miembro del otro famoso Círculo Negro, que se parecía... ¿a mí?

Me incliné. ¿Era éste el rostro que le había mandado un ejército de fantasmas a espiar el Círculo de Plata, que había tomado el control de casi el Black y que había seducido a una virgen, la heredera al poderoso trono Pythian? Mi reflexión no contestó, sino que sólo goteó de mí, luciendo vagamente como una muñeca Kewpie (NsT: http://www.e-life.youthinks.com/picture/other_girl/rody.jpg) ahogándose.



Arrugué la cara y traté de parecer amenazante.

Ahora me parecía una muñeca Kewpie con gases.

Suspiré. Tal vez yo me parecía a un pariente lejano o algo así. Nunca podré saber, ya que no tenía ni siquiera una imagen granulada de mi padre. No es que yo quisiera una, al menos no como recuerdo, pero hubiera sido bueno saber si me parecía.

También sería bueno vestirme antes que el resto del aire caliente se filtrara del cuarto de baño. Mi ropa se había quedado en la limusina, y, francamente, que no había sido una gran pérdida. Pero había algunas batas de felpa en un estante junto a la puerta, y yo tenía un brazo en una antes de darme cuenta.

Oh, Dios mío.

¿Realmente yo sólo accedí a ir por ahí desnuda?

Me quedé allí durante un minuto, agarrando el vestido y mirándome fijamente en el espejo, que estaba, gracias a Dios, empañado. Me dije que no importaba, que yo había estado desnuda en la limusina volviéndome loca, por amor de Dios, mostrando quién sabe que a mucha gente en el camino. Pero había estado oscuro y que había estado medio loca de alivio y Mircea. . . Bueno, Mircea podía hacer que una chica se olvide de su nombre cuando ponía un poco de esfuerzo. Pero eso era muy diferente de andar por ahí fría y desnuda y magullada y arrugada y...

Mierda. ¿Cómo me metí en esto?

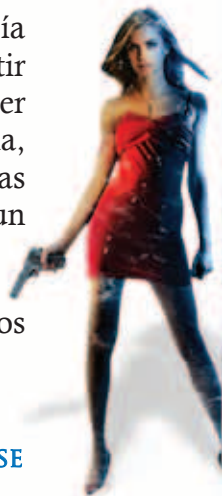
Me mordí el labio y miré fijamente a la puerta. Yo no tenía que hacerlo.

Mircea podría quedar decepcionado, pero en viviría, y yo podría decir...

¿Qué? ¿Qué yo era una cobarde enloquecida? ¿Qué yo sabía que no iba a vivir a la altura de sus-muchas-otras mujeres? ¿Qué la mayoría de ellas habían sido grandes bellezas del mundo, y aquí estaba yo, con las uñas de los pies agrietadas y cabello como un nido de ratas, sin nada de maquillaje y un cuerpo que parecía que había sido usado como un saco de boxeo?

Me pasé un peine por el pelo mientras yo me quedaba allí debatiéndome. Vale, vale. No había duda que no me veía mejor. Pero, honestamente, incluso pulida a alto brillo, no iba a competir en el departamento de aspecto de una muñeca de porcelana como Ming-de. O como la mujer parecida a Grace Kelly que había visto con Mircea en el teatro una vez. O la condesa endrina, cuyos ojos habían estado dispuestos a batirse en duelo por él. O la atlética morena con tetas grandes que él había guardado un maldito álbum de fotos hasta que fue destruido en un accidente, ¿y no fue simplemente un maldito accidente?

Sí. Entonces. Tenía lo que tenía, y puede resultar un poco destartado, pero era más o menos



el paquete. Había estado muy oscuro en la limusina, pero eso no molestaría a la vista de un vampiro, y él no parecía exactamente querer aplazar ese momento.

Y, bueno, al menos estaba limpia ahora.

Me quité la bata y miré la puerta de nuevo. Me sentí fría.

Y muy, muy desnuda. Como, super-ultradesnuda. Que era una estupidez, porque estaba desnuda, desnuda y ¡maldita sea! Sólo tienes que hacerlo ya.

Agarré el pomo de la puerta, sintiéndome nerviosa y temblorosa y tonta y en cierto modo...

Yo tomé mi mano de nuevo.

¿Con qué frecuencia consigues un pase libre? preguntaba la parte menos cobarde de mi cerebro. No le respondí, porque hablar de uno mismo es ir un poco demasiado cerca del miedo asustadizo, y yo estaba ya al borde del precipicio. Pero sabía la respuesta de todos modos. Si no lo hacía, si me acobardaba, sabía condenadamente bien que lo lamentaría. Tal vez no ahora, pero pronto, y he tenido que lamentarme lo suficiente. Esta noche quería vivir.

Puse mi mano en la perilla. Era como tirar de una *Band-Aid*[®] me dije con severidad. Sólo tienes que hacerlo rápido y la parte difícil habrá terminado. Antes de que pudiera cambiar de opinión otra vez, respiré hondo, agarré el pomo de la puerta y la abrí.

E irrumpí en una habitación llena de vampiros.

El gerente pequeño y gordo estaba de pie sobre la chimenea, junto a Mircea y un par de chicos jóvenes vestidos de camareros. Otro camarero estaba en la puerta, empujando un carrito de servicio a la habitación, pero, por supuesto, se volvió para ver qué ocurría. Y no me cabe duda de que consiguió una buena mirada. La habitación estaba en penumbra, iluminada principalmente por un par de lámparas que ardían bajas en las esquinas y la luz blanca brillante flotando detrás de mí.

Destacando como si fuera una maldita Gypsy Rose Lee.

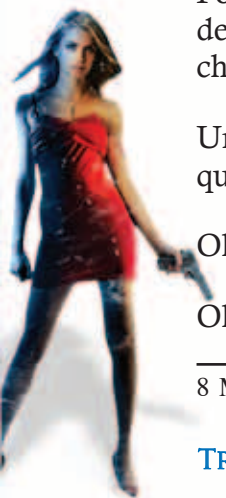
Por un momento, los miré y ellos me miraron fijamente y fue como en la fiesta de Agnes, después de haber sido congelada en el tiempo. Nada se movía excepto las llamas de la chimenea que alguien había avivado. Y entonces di un grito y rompí la parálisis.

Uno de los chicos saltó y otro de ellos sonrió y tendió una mano a Mircea, y luego no sé lo que pasó porque entré de nuevo en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Oh, Dios.

Oh, Dios, oh Dios, oh Dios.

⁸ Marca de banditas adhesivas para lastimados.



Esta noche apesta. Esta noche apesta tan jodidamente que yo ni siquiera sabía...

Alguien llamó a la puerta.

Podía sentirlo en mis omóplatos, porque tenía mi espalda en la maldita cosa y yo no me estaba moviendo. Yo nunca podría moverme de nuevo.

—¿Dulceata?

Mierda.

—¿Dulceata? ¿Te encuentras bien?

Yo no dije nada, porque él sabía muy bien que estaba bien. Podía oírme respirar a través de la puerta. Tan cerca, que probablemente podría sentir el calor de mis mejillas encendidas, que de un vistazo al espejo confirmé que estaban de color rojo brillante langosta. Desde mi cuello y una buena parte de mi pecho, todo lo cual era perfectamente visible, y... ¡oh, Dios!

—¿Dulceata?

—Estoy bien —me atraganté, con la esperanza de que sólo desapareciera. Si había algún tipo de escala de desastres por puntuación, éste acababa de golpear el diez. O tal vez el veinte. O tal vez un número hasta ahora desconocido en la historia de las puntuaciones, y yo realmente no creo que pudiera tener una conversación sobre...

Oí algo cerca de la puerta de salida, un toque ligero y discreto.

—Se han ido, dulceata —dijo Mircea, su voz sonaba un poco rara.

En algún lugar de todo eso, me había deslizado hasta ponerme en cuclillas, con los brazos sobre mi cabeza, esperando que el suelo fuera misericordioso y me tragara. Pero ese tono... me puse de pie. Agarré una de las malditas batas y me la puse; luego saqué la cabeza por la puerta.

—¿Te estás riendo de mí? —exigí, incrédula.

—No —dijo, y me atrajo contra su pecho.

Fue vibrante.

—Te estás riendo de mí, completa y total...

—No me estoy riendo de ti —dijo, pero él tenía una mano en la parte posterior de mi cabeza y no me dejaba ver su rostro.

—¡Esto fue tu culpa!



—Dulceata...

—¡No me llames así! —Me sentía muchas cosas menos dulce en el momento. De hecho, si yo hubiera conseguido liberar un brazo, probablemente lo golpearía. Sin embargo, estaba a mi alrededor y me sostenía apretada, aunque por lo menos podía mover la cabeza.

Miré hacia arriba.

Su cara estaba absolutamente y sospechosamente sobria, pero sus ojos estaban bailando.

—Eres un bastardo —le dije con sentimiento.

—Te aseguro que mis padres se casaron correctamente. Y solamente iba a decir que tienes razón.

—¡Ya sé que tengo razón! —Parpadeé—. ¿Qué?

—Yo debería haberte advertido de que estaban aquí, pero no esperaba que fueras exactamente tan... atrevida.

Y no, probablemente no lo había esperado, me di cuenta. Probablemente esperaba que yo saliera en una bata o una toalla, o por lo menos que metiera mi cabeza por la puerta primero. No a que saliera como si el baño estuviera en llamas. O como una stripper muy, muy inepta.

Hice una mueca y dejé caer la cabeza hacia adelante.

—Esa soy yo —le dije rotundamente—. Atrevida.

—Hasta cierto punto aterrador en ocasiones —murmuró, peinado mis rizos mojados con los dedos.

—Yo no trato de serlo.

—Lo sé.

Simplemente nos quedamos allí un rato, y se sentía muy bien. Él estaba recién lavado, con su cabello oscuro todavía húmedo y peinado hacia atrás, y vestía una bata como la mía. Supuse que, o bien la suite tenía un segundo cuarto de baño o, teniendo en cuenta cómo el director del hotel se había casi arrodillado, había abierto otra habitación para él. O, posiblemente, todo el piso.

De todos modos, esto era mejor. Ésta era la mejor parte de la cita hasta el momento.

No es que eso fuera decir mucho.

—¿Cassie?



—¿Hm?

—No puedes permanecer en el cuarto de baño toda la noche.

—¿Por qué no?

—Está mojado.

—No importa.

—Va a hacer frío.

—No importa.

—Y vas a perder la cena.

Miré hacia arriba, sintiendo una leve esperanza arrastrando los últimos trozos de la mortificación total. —¿La cena?

—La cena —dijo, y tiró de mí hacia la puerta.



Capítulo 14

*Traducido por LizC
Corregido por Larita*



Volvimos a entrar en la sala y descubrí lo que todos habían estado haciendo por la chimenea. Las llamas bailaban rozando a una fila de bandejas plateadas, las cuales habían sido desplegadas a lo largo de la chimenea para mantener el calor. Delante de ellos había un área de picnic, si hacer picnic conlleva cojines de seda, porcelana china, mantelería tan blanca que brillaba y servilletas retorcidas en aves del paraíso. Había una sola rosa en un florero de cristal que reflejaba la luz del fuego. Era adorable.

También era menos interesante que el contenido de esos platos, los cuales olían celestial. Mi estómago gruñó, recordándome que no había comido desde el almuerzo y había sido una noche agitada. Me arrodillé delante de la chimenea y levanté la primera tapa, feliz y llena de esperanza y muerta de hambre y...

—¿Qué es esto? —pregunté, perpleja.

Mircea miró por encima de mi hombro.

—Foie gras a la sartén con cerezas y foie gras caramelizado.

Puse la tapa de nuevo. El hígado de pato nunca me había llamado la atención, sin importa con qué se cocinaba.

—¿Y esto? —estaba mirando a la segunda alternativa.

—Poireaux vinaigrette aux grains de caviar.

Hice una traducción rápida.

—¿Puerros y huevas de pescado en vinagre?

Él sonrió.

—Suena mejor en francés.



Sí, ¿pero tendría mejor sabor? La puerta número tres tenía cangrejo y alcachofas en Pernod⁹, lo que habría estado bien, excepto que odiaba dos de los tres. La puerta número cuatro ofrecía más alcachofas—debe haber sido una liquidación—con ñoquis de queso y finas hierbas. La puerta número cinco tiene más de foie gras, esta vez metidos en una pechuga de pato. La puerta número seis tenía...

—¿Qué es esto? —Miré arriba a Mircea esperanzada, debido a que el guiso tenía patatas y cebollas y algún tipo de carne en una rica salsa y olía genial.

—Hossenneffer. Es una de las especialidades de la casa.

—¿Hossenneffer? —Sonaba familiar, pero no podía...

—Estofado de conejo.

Levanté mi mirada hacia él trágicamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó Mircea con cuidado.

—Yo tenía un conejo como mascota —le dije, viendo los ojos negros de Honeybun mirándome acusadoramente.

Mircea se mordió el labio.

—Esta cita no va muy bien, ¿verdad? —preguntó, medio divertido, medio desesperado. Reconocí la mirada porque me sentía más o menos de la misma manera.

—Es... bueno... ya sabes —dije, y entonces me di cuenta que no tenía nada más que decir, así que me callé.

Mi estómago gruñó.

Miramos el último pequeño plato con vana esperanza.

—Mira tú —le dije. Probablemente no sabría qué diablos es de todos modos.

Se inclinó y levantó la tapa, y algunos olores realmente maravillosos humearon fuera de él. Pero no iba a emocionarme, no esta vez, porque era probable que fuera Bambi en chalotas o Nemo con hinojo o...

—Es una especie de carne de cerdo —me dijo.

Eso no suena tan mal. Pero entonces, ninguno de los demás lo había hecho hasta que hacía una pequeña traducción. Me acerqué y miré dentro. Y vi...

⁹ Pernod es una marca de anís francés.



—Es costillas y papas fritas —le dije, con algo aproximándose a impresión.

—Lomo de cerdo Amish asado con papas, y col de manzana al horno —dijo, leyendo una pequeña carta de menú que no había notado antes.

—Es costillas y papas fritas —dije, tan feliz que podría haber llorado.

Mircea me dirigió una mirada.

—Tiene un aspecto delicioso. Creo que puedo...

—Ni siquiera pienses en ello. —Agarré el plato y una bandeja y lo devoré, mientras él miraba con diversión mal disimulada. Él comenzó con el conejo. Traté de no darme cuenta.

Las costillas estaban succulentas y blandas hasta-el-hueso, la col de manzana al horno era un poco de chucrut*. [N.T: el chucrut, del francés, choucroute, y éste del alemán, sauerkraut, 'col agria', es una comida típica de Alsacia, de Alemania y de Polonia que se prepara haciendo fermentar las hojas del repollo (col) en agua con sal.] en una manzana vaciada que empujé a un lado como el adorno que era, y las papas fritas eran del tipo Inglés, papas doradas de corte grueso en cuñas que iban muy bien con pescado pero resultaron ser bastante buenas con carne de cerdo, también. Y así mismo era el vino, algún Riesling u otro que era fresco y dulce y agrio en mi lengua, y oh sí... este era más gustoso.

Mircea se echó a reír, por lo que levanté la vista.

—¿Qué?

—Es simplemente... bueno ver a alguien disfrutando de su comida.

—Apuesto a que preferirías no haber tenido esas cosas gourmet ahora.

Sus brillantes ojos negros me miraban por encima de su copa de vino.

—No me diste una opción. Y me sorprende que no te preocupan las “cosas gourmet”. Recuerdo que Antonio era un muy buen chef.

Sí, hasta que se lo comió, no lo dije, porque estábamos teniendo una buena cena.

—¿Cómo terminaste convirtiendo a ese hijo de puta de todos modos? —Le pregunté en su lugar—. Siempre me lo he preguntado. Quiero decir, no era más que un criador de pollos, ¿no?

Mircea negó con la cabeza.

—No cuando lo conocí. Había heredado la granja, tal como era, cuando su padre murió, y utilizó el dinero de su venta para trasladarse a Florencia. Allí se hizo... supongo que lo llamarías un hombre fuerte para una pequeña operación de préstamo de dinero.

—Un gamberro, en otras palabras.

—Como digas. Sin embargo, un matón con ambición. Finalmente logró el control del negocio—

—Imagínate eso.

—...y bajo su mano, aumentó considerablemente de tamaño. En el momento en que lo conocí, él era un hombre con recursos.

—Eso no explica por qué lo convertiste.

—Se podría decir que hemos tenido... problemas complementarios —dijo, volviendo a llenar su vaso con el vino tinto de su preferencia. Incluyó la botella hacia mí. Negué con la cabeza.

—Me quedo con este. ¿Y qué tipo de problemas?

—En el caso de Tony, fue la plaga. La Muerte Negra pasaba a través de Italia cada pocas décadas en aquellos días, y para ese entonces estaba en su apogeo en Florencia. No había cura; la única manera de luchar contra ella era huir. Y Antonio lo intentó, moviéndose a sí mismo y a su familia fuera del país tan pronto como se enteró.

—¿Pero lo atrapó de todos modos?

—No, pero varios de sus sirvientes la tenían y tenía miedo de que fuera el próximo. Por lo tanto, se movió otra vez... y una y otra vez. Pero a dónde quiera que fuera, ya estaba allí o estallaba poco después. Él me dijo que era como si la plaga le siguiera.

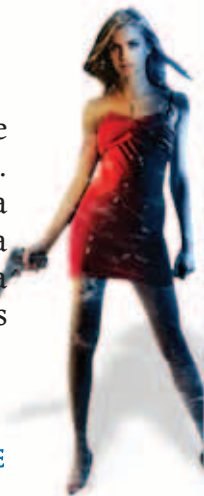
Asentí con la cabeza. Eso sonaba como Tony. Él era un paranoico, incluso cuando no tuviera razón.

—Finalmente terminó en Venecia, con la esperanza de conseguir un barco a un lugar sin la enfermedad. Pero se le dijo por los marineros con los que habló que estaba en todas partes ese año.

—Y comenzó a volverse loco.

Mircea sonrió.

—Por decir lo mínimo. Él estaba en una taberna, ahogando sus penas, cuando lo conocí. En ese momento, estaba en una situación desesperada por mí mismo... financieramente hablando. Había dejado mi casa algunos pocos años antes y tenía... a alguien conmigo de quien era responsable. Necesitaba dinero para gastos de manutención, y también que me permitiera evitar un cierto maestro de primer nivel quien me había decidido añadir a su familia—por la fuerza si era necesario. Ella me había seguido a Venecia, y la había evitado por poco dos veces en dos días. Yo quería salir; Antonio quería evitar la plaga. Llegamos a un acuerdo.



—Él te dio dinero y tu lo Convertiste —aventuré—. Porque los vampiros no pueden contraer la enfermedad.

—Sí. —Mircea removía su vino—. Fue el primer hijo que hice. Vino como... un buen susto... cuando lanzó su suerte con nuestros enemigos.

—¿Pensaste que era mejor que eso? —pregunté incrédula. Mircea resopló.

—Le creía más inteligente que eso. También lo creía fuera de carácter.

—Porque eso era arriesgado.

Él asintió con la cabeza.

—Y Antonio no. No con su cuello, en todo caso.

Lo había pensado mucho por mí misma, más de una vez. A Tony sólo le gustaba arriesgarse cuando era una cosa segura. Eso me hizo preguntarme lo que él sabía que nosotros no.

Mircea terminó de comer y luego se acostó sobre su costado, con una mano bajo su cabeza y la otra jugando con su copa de vino.

—¿Por qué el repentino interés?

—No sé. Estaba pensando en mis padres y cómo Tony es probablemente la única persona que me podría decir mucho sobre ellos.

—¿Qué pasa con el venerable mago Marsden? Él debe saber algo sobre la primera heredera de Pythian. Me sorprendería si no la hubo conocido en alguna ocasión.

—Él lo hizo. Pero lo único que pudo decirme fue que era una joven mujer encantadora. En cuanto a cómo fueron los hechos, todo lo que obtuve fue el material de biografía estándar que le dio a un periódico o algo así. Nacida como Elizabeth O'Donnell, adoptada por la Corte de Pythian a los catorce años, nombrada heredera a la edad de treinta y tres. Huyó con Ragnar, también conocido como Roger Palmer, mi padre de mala reputación, por razones desconocidas, a la edad de treinta y cuatro. Falleció cinco años después en un coche bomba establecido por Tony el Bastardo. El Fin.

—Eso es... un tanto lacónico —Mircea estuvo de acuerdo—. También sorprendente, teniendo en cuenta la red de inteligencia del Círculo.

Le lancé una mirada.

—¿Los tuyos tienen algo mejor?

Él sonrió.

—Ahora, ¿por qué nosotros estaríamos vigilando a tu madre?

—¿Porque tú vigilas a todo el mundo?

—Es Kit, ya sabes —me dijo con tristeza, hablando de jefe de inteligencia del Senado—. No puedo hacer nada con él.

No le hice caso a eso por la mierda que era.

—¿Qué encontraste?

—Un poco más que eso, me temo —admitió—. Tu madre era extremadamente... elusiva. Mi gente incluso tuvo dificultades para encontrar un lugar por esta noche. Ella rara vez sale, y cuando lo hace, era por lo general a cenas pequeñas de diez o doce personas, los cuales no te habrían permitido verlos sin ser vista.

—¿Qué pasa con sus antecedentes?

—Ella fue adoptada por la Corte de Pythian de una escuela en Des Moines, una de esas para huérfanos mágicos dirigido por el Círculo.

Asentí; Jonas había dicho lo mismo. Y no era demasiado sorprendente. El Círculo manejaba un montón de esas escuelas, y no sólo para los niños sin padres. También encerraban—disculpen, con benevolencia alojaban—niños que tenían familias pero quienes también tenían talento de los que desaprobaban—nigromantes, incendiarios, hechiceros, telequinéticos, etc. Asumí que los huérfanos salían a los dieciocho años de edad o lo que sea; los otros... a veces, nunca lo hacían.

Era algo que estaba trabajando por cambiar, y no sólo porque era terriblemente injusto ser encerrado por el simple delito de haber nacido. Sino también porque si yo no hubiera ido a parar donde Tony, podría haber estado en una de esas pseudo-prisiones. Nadie tenía miedo de los clarividentes, la mayoría de los cuales suponíamos que eran fraudes, de todos modos. Pero el talento que había heredado de mi padre era otra historia.

Teniendo servidores fantasmas que rondaban, y se alimentaban de ti y de vez en cuando haciendo un mandado o dos a cambio, era visto como un Comportamiento Muy Sospechoso. Tal vez porque mi padre lo había perfeccionado en una forma de arte. Según los rumores, él tenía su propio ejército fantasma, el que había utilizado en un intento de tomar el control del notorio Círculo Negro. El golpe no había funcionado y había terminado en la carrera, pero eso no cambiaba el hecho de que había sido lo suficientemente potente como para intentarlo. Y un poder así habría conseguido ponerme lejos muy rápido.

Pero mi madre no lo había tenido. Lo que hizo que me preguntara qué se había esperado de ella.



—¿Qué se esperó de ella? —Le pregunté a Mircea, quien estaba devorando a algún pobre conejito, al parecer con deleite.

Tragó saliva.

—Nada. Sus archivos se limitaron a decir que había sido abandonada cuando era bebé por una persona o personas desconocidas, con una nota con su nombre y fecha de nacimiento. Los administradores supusieron que era una madre adolescente que había querido deshacerse de una responsabilidad vergonzosa.

—¿Y el nombre?

—No había familias mágicas con el nombre de O'Donnell en el área en ese momento. Había varios en otras partes del país, pero Kit no encontró ninguno que se ajustara al perfil requerido. Él piensa que la madre podría haber dado al niño el apellido del padre, y que el padre podría haber sido humano.

No tuve que preguntar por qué eso era un problema. Los humanos criados fuera de la comunidad mágica eran algo así como mil a uno. Aun suponiendo que O'Donnell no era un nombre totalmente inventado para empezar, la clasificación a través del número de posibles padres humanos sería...

Bueno, no era probable que sucediera. No para satisfacer mi curiosidad, de todos modos.

—Bueno —dije, siguiendo adelante—. Así que la corte le encontró, probablemente porque mantienen un puesto de observación para los clarividentes particularmente fuertes.

Mircea asintió con la cabeza y robó una fritura.

—Y entonces ella se unió a la Corte Pythian. Y luego los archivos son borrados, al menos de acuerdo con Jonas.

—Y de acuerdo con Kit. La Corte Pythian es una entidad independiente y autónoma y no tiene que investigar a sus miembros a través del Círculo... o cualquier otra persona. La corte nos dice lo que quiere, cuando lo quiere, y ha sido tradicionalmente... menos que comunicativos.

—Mircea me lanzó una mirada sospechosamente inocente—. Creo que Kit está esperando con impaciencia tu adhesión, cuando por fin tendrá un conducto a toda esa información preciosa.

Solté un bufido. Sí. Podía seguir esperando. No era su maldito pase de acceso. Mircea sonrió.

—Esto debería probar ser... entretenido.

—Algo así. —Bebí vino—. Por lo tanto, de todos modos, Jonas fechó a Agnes, o como quieras llamarlo, desde hace treinta años, sin embargo nunca tuvo la historia de lo que pasó con mi madre. Dijo que ella se enojó cuando él lo planteó, por lo que en su mayoría no lo hizo. Lo que significa que lo único que tengo para continuar es lo que pasó después.



—Cuando ella y tu padre se fueron a vivir con Antonio.

—Y eso es lo que no entiendo. —Dije, girando una costilla alrededor de la pegajosa salsa—. Mi padre era un mago oscuro en grande, ¿verdad? Entonces, ¿Cómo alguien como él terminó trabajando para una rata como Tony?

Él frunció los labios.

—No fue una mala elección. Muchos de los magos que trabajan con nosotros han tenido que desaparecer por una razón u otra. Es cierto que la mayoría de ellos están corriendo desde el Círculo de Plata, no el Negro, pero aplica la misma regla: si alguien te está buscando en un mundo, ve a otro. Y el Círculo a menudo se olvida que nuestro mundo existe. —Sonrió un poco feroz—. O le gustaría.

—¿Pero Tony? ¿Él no podría haber hecho algo mejor que eso?

—Con sus capacidades, sin duda. Pero te olvidas, dulceata, una corte más importante habría sido también más arriesgado, como quizás podría haber sido objeto de escrutinio por parte de uno o ambos de los círculos. Mientras que Antonio...

—No valía la pena su tiempo.

Un hombro musculoso se elevó en un encogimiento.

—Él fue a la sucursal local, pero dudo que se haya registrado a nivel nacional. Es por eso que te dejé con él, si recuerdas.

Asentí con la cabeza. Después que Mircea se había enterado de mi existencia, había considerado traerme a su corte. Pero siendo un senador, era vigilado constantemente, y había tenido miedo de que el Círculo pudiera sentir curiosidad acerca de mí. Y dado que era una trabajadora de magia, no un vampiro, él se podría haber visto obligado a entregarme.

—Está bien, entiendo eso —le dije, masticando cuidadosamente—. Mis padres querían volar bajo el radar, por lo que se escondieron con un perdedor que a nadie le importaba. Simplemente no entiendo por qué lo eligieron a él.

—Ah, ahora, eso lo puedo responder.

Fue tan inesperado que me tomó un momento para reaccionar. Había golpeado tantas paredes de ladrillo tratando de averiguar algo sobre mis padres, que casi me lo esperaba ahora.

—¿Puedes?

—Sí. Bueno —Mircea se puso a la defensiva—, puedo decirte lo que Antonio me dijo. Él dijo que él y tu padre habían tenido relaciones comerciales desde hace algunos años antes de que Roger le pidiera refugio.



—¿Qué tipo de relaciones comercial?

—¿Sabes que Antonio se quedó en el negocio de préstamo de dinero?

—Era un usurero —le corregí. Entre un montón de otras cosas. Si él podía hacer dinero de ello, Tony había querido entrar.

—Como digas. En cualquier caso, muchos de sus clientes descubrieron que no podían pagar sus deudas, y él fue implacable al confiscar lo que sea que habían puesto en garantía.

—Sí. Siempre tenía cosas por ahí —dije, recordando—. Coches, barcos... incluso una avioneta una vez. Y luego estaba toda la basura de las casas. Me metí en problemas por pintar con los dedos sobre una mesita Chippendale una vez, pero ¿cómo iba a saberlo? Era sólo otra vieja mesa llena de cicatrices.

—Pero una antigüedad... incluso con dedos pintados, era fácil de mover —señaló Mircea—. Eso no era verdad con los artefactos mágicos, particularmente inestable. Ellos tenían que ser eliminados adecuadamente, y tal eliminación no es barata.

Asentí con la cabeza.

—Tienes que llamar a un Remainder. —De vez en cuando habían ido a la casa, hombres en overoles manchados que arrastraban cajas de encantos sospechosos, amuletos y pociones antes de que explotaran en la cara de alguien—. Y sabes cuan aficionado era Antonio gastando dinero —dijo Mircea—. Pero no podía dejar los elementos en el lugar y el riesgo de tenerlos gastando sus inversiones, y no podía abandonarlos en algún lugar sin posiblemente llamar la atención del Círculo, el cual vigila ese tipo de cosas. Durante mucho tiempo, tuvo que pagar.

—No veo qué tiene esto que ver con mi padre.

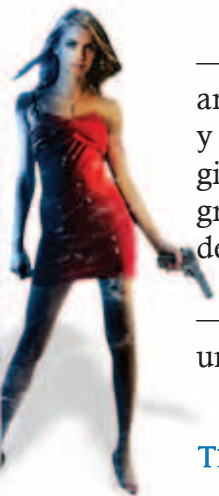
—Antonio me dijo que Roger lo contactó ofreciéndose a disponer tales dispositivos volátiles de forma gratuita.

Fruncí el ceño.

—¿De forma gratuita? ¿Pero ese no es un trabajo del tipo... arriesgado?

—Mucho. Uno de mis cocineros le gusta contar la historia de la época en que compró un amuleto de crecimiento para utilizarlo en su huerto. Pero no le hizo un adecuado seguimiento, y fue después de la fecha de caducidad. Poco después, se despertó a un jardín de calabazas gigantes, tan largas como canoas, sandías del tamaño de coches pequeños, tomates tan grandes como pelotas de playa, todos los cuales se habían reventado a causa del crecimiento demasiado rápido. Dijo que el desorden fue... asombroso.

—Tuvo más que suerte que no lo tuviera en su habitación —dije, obteniendo una visión de una cabeza hinchada con el tamaño de una pelota de playa.



—Exacto. Los Remainers se ganan su dinero.

—Sin embargo, mi padre le ofreció el servicio de forma gratuita. ¿Eso no hizo que alguien sospechara?

—Sí. Pero Antonio no era el tipo que rechaza una buena oferta. Después de que tu padre viniera a trabajar para él, desarrolló la teoría de que estaba utilizando la magia de sobra para alimentar a sus fantasmas.

Negué con la cabeza.

—Los fantasmas requieren energía humana. Algunos encantamientos antiguos no les harían ningún bien más de lo que te harían a ti o a mí. —Menos, en realidad. No era como que fueran necesarios para hacer crecer el cabello o bajar de peso o blanquear sus dientes.

—Entonces, sigue siendo un misterio, me temo.

Como todo lo demás acerca de mis padres. Suspiré y contemplé mi plato casi vacío. No podía comer otra cosa. Excepto tal vez esa última costilla...

—Lo conociste, ¿cierto? —Le pregunté, revolcándola en la salsa.

Mircea asintió con la cabeza.

—Antonio le envió a la corte un par de veces como su representante. —Arqueó sus labios—. Creo que porque sus modales eran un poco más refinados que los de la mayoría de la caballeriza de Antonio.

—¿Quieres decir que no bebía directamente de la botella?

—O utilizar el mantel como una servilleta. O lamer el cuchillo de mantequilla. O beber de la taza para limpiar los dedos, y luego quejarse de que el té sabe simplemente como agua caliente.

Parpadeé.

—¿Quién hizo eso?

—Alphonse.

—Ah. —Sonreí, pensando en el segundo al mando de Tony, un trozo de dos metros de músculos que era genial con las pistolas y los cuchillos y las cosas que hicieran explosión. No tanto con los delicados modales en la mesa. —¿Cómo era mi padre?

Mircea lo pensó por un momento.



—Un poco reservado, como muy bien se podría haber esperado. Sin embargo bien expresado, muy leído, incluso divertido a veces. Traté de robárselo a Antonio, ¡pero él dijo que le gustaba el buen aire en New Jersey!

Asentí con la cabeza. Tony tenía intereses comerciales en New Jersey. Mi padre debe haber trabajado en algunos de ellos.

—Probablemente tenía miedo de que hicieras una revisión de antecedentes.

—Probablemente. He empleado a magos en varias ocasiones quienes estaban en desacuerdo con el Círculo de Plata, cuyos castigos están a menudo fuera de proporción con el delito. Pero el Negro... no. No trato con ellos.

Bebía vino y no dije nada. No quería pensar en lo que mi padre podría haber hecho como miembro del grupo más organizado del mundo de los magos del mal. No sé por qué sentía curiosidad por el maldito hombre para empezar. Tal vez porque, aunque sabía un poco sobre mi madre, él era casi una total nada.

Durante años, todo lo que había sabido era que había sido el “humano preferido” de Tony hasta que él se negó a entregarme. Tony había estado tan indignado por esta “traición”, como lo vio, que matarlo no había sido suficiente. Había tenido un mago construyendo una trampa para el alma de mi padre, para capturarla en el momento de su muerte. Tony la había utilizado durante años después como un pisapapeles—y como un recordatorio sutil para cualquier otra persona que pensara en cruzar con él.

Pero tan lejos como los recuerdos eran, no tenía casi nada—sólo la vaga impresión de un par de fuertes brazos lanzándome por los aires cuando era una niña. Ni siquiera puedo imaginármelo en mi cabeza.

—¿Cómo se veía? —Le pregunté, empujando una papa a un lado porque estaba demasiado llena para hacer otra cosa con ella.

—Es curioso, ahora que lo mencionas —dijo Mircea.

—¿Qué es?

—Él era ligeramente moreno, bastante guapo, con cabellos y ojos oscuros.

—¿Por qué eso es curioso?

Se encogió de hombros.

—Simplemente eso, después de haber visto a tu madre, yo habría esperado que él fuese rubio.



Capítulo 15

*Traducido por verónica y SOS por Little Rose
Corregido por Larita*



Al poco tiempo cedí para comer. Había un carrito con postre: un bizcocho de avellanas, crema catalana y tarta de frutas de frambuesa y kiwi. Para cuando terminé las patatas fritas y las costillas y casi toda la botella de vino, no podía caminar tan lejos. Ya dudaba que siquiera pudiese andar algo. Apoyé mi espalda y miré hacia el techo, perdiendo de vista la comida.

Era glorioso.

Mircea se inclinó para volver a llenar mi vaso de vino, mostrando una porción de su desnudo torso que se asomaba bajo la bata, así como parte de su oscuro pezón. Era algo bueno, pues estaba demasiado llena para moverme, pensé vagamente. O habría saltado.

Él se rio, y yo alcé la vista encontrándome con sus oscuros ojos y mirada divertida.

—¿Qué?

Él empezó a decir algo y luego se detuvo.

—Tienes salsa por todos los sitios. —dijo en su lugar.

—Por supuesto que sí, tenía costillas.

—Y aparentemente las disfrutaste.

Suspiré.

Ellas estaban muy, muy buenas.

Se acercó y tomó mi mano. Y antes de poderle preguntar que estaba haciendo, una lengua rosada salió y lamio limpiando mis dedos.

—Tienes razón —me dijo—. Están deliciosas.



—No hagas eso. —Le dije, mientras él mordía el montículo debajo de mi pulgar.

—¿Por qué no?

—Porque se siente demasiado bien.

Mircea sólo sonrió. Y después lo hizo otra vez.

Bastardo.

La luz del fuego brillaba en el oscuro cabello y en los labios enrojecidos por el vino.

El traje había salido un poco más hacia fuera, mostrando más de su duro pecho y su grueso muslo. Y yo estaba cansada de luchar. Me tiré encima de él.

Él inclinó su cabeza y yo elevé la mía. Un caliente suspiro acarició mi cara justo antes de que nuestros labios se encontrasen. Hice un suave sonido y lo jalé más cerca.

Él me besaba lentamente, sin prisa, como un hombre que sabe que tiene toda la noche y pretende usarla. Se sentía... extraño. Mi vida no estaba yendo despacio estos días. Todo era apura, apura, apura y ve, ve, ve constantemente llena de velocidad porque algo siempre estaba a punto de ir fantásticamente mal.

Pero ir despacio podía estar bien.

Ir más despacio podía ser agradable, decidí, mientras su lengua se deslizaba sobre la mía, líquida y caliente, una paciente y gentil seducción que coincidía con la caricia prolongada de sus manos.

El cabello le caía por la cara, brillando con mechones de color rojo donde la luz del fuego le daba. Mis dedos atravesando la gruesa masa- como la seda, igual que la seda- que bajaba a lo largo de su espalda.

Suspiré, la tensión que aún no sabía que tenía dejó mi cuerpo.

—¿Cómo está yendo la cita?

—Está... creciendo en mí. —Él se rio y deslizó una rodilla entre mis piernas.

—Deberías ir por ahí así todo el tiempo. —Le dije sinceramente, deslizando mis manos por su pecho. Dios, se sentía tan bien. Caliente y sedosa piel, músculos fuertes, los pezones estaban ya puntiagudos bajo mis manos.

Dejé que mi boca se cerrase sobre uno, mi lengua dando círculos gentilmente, y un sonido de profundo agradecimiento salió de su pecho.



—Quizás le chocara a algunas personas.

—Y harías a otras feliz. Por supuesto, yo quizás tendría que golpear a las mujeres con un palo para alejarlas de ti —Y besé a mi manera el otro pezón, que parecía triste y desatendido, y ni la mitad de rosado. —. Pero, después, de acuerdo con Marco, quizás lo tenga que hacer de todas formas.

—Marco habla demasiado.

—Marco no habla lo suficiente. No pude sacarle nada sobre mi competencia.

—No tienes competencia —Nos di la vuelta para un mejor acceso, y descansé mi barbilla en la dura superficie de su pecho—. ¿Me estás diciendo que no tienes ninguna amante?

—No en la actualidad.

Fruncí el ceño.

—Esa fue evidentemente la respuesta incorrecta —dije con tristeza.

Besé profundamente su cuerpo, conscientemente de mantener mis uñas fuera de su piel. Con un poco de lucha.

—¿Cuántas ha habido? Y no me digas que lo olvidaste —añadí, mientras él tenía esa mirada en su cara. Esa a la que se refería como “preguntándome cuán grande puede ser la mentira para que me salga con la mía”.

—No he olvidado ni una sola, te lo aseguro —me dijo y después hizo una mueca. Y, vale, mis uñas quizás se hubiesen hundido un poco allí.

—Así que no me vas a dar el número.

Él de repente rodó sobre mi espalda otra vez y acarició mi cuello.

—Los números no significan nada. Particularmente cuando están en el pasado.

—¿Todas ellas?

—Todas ellas.

—¿Incluso Ming-de?

—Nunca admití a Ming-de.

—Hmm. —Tampoco nunca lo negó. Y luego inteligentemente se salió de la discusión por el truco de sentarse sobre sus talones y empezar a quitarse la ropa. La tela de felpa blanca había



hecho que su piel pareciese más oscura que normalmente, un profundo y rico caramelo, que no me perdería. No con las sombras intrigantes pintadas por el fuego en su cuerpo que ya era lo suficientemente intrigante. Teñían sus músculos, lanzaban una aureola muy incongruente alrededor de su oscura cabeza y lamían la sonrisa de suficiencia que se cernía sobre sus labios.

Tardó más de lo estrictamente necesario en desvestirse, porque era un bastardo y se burlaba y porque claramente no tenía ningún problema con la desnudez. Por supuesto, si yo tuviese un cuerpo así, probablemente también lo haría.

Debí hacer dicho eso en alto, porque sonrió mientras se arrastraba de nuevo sobre mi.

—Si tuvieses un cuerpo como el mío, tendríamos un problema.

—¿No te gustan los hombres? —le pregunté, pasando mis manos por la dura musculatura de sus brazos.

—Me gustan lo suficiente, pero no en mi cama —dijo mordisqueando mi labio inferior.

—¿Lo has intentado?

—No necesito intentarlo, dulceata —dijo, besándome profundamente. —, sé lo que me gusta. Siempre lo tuve claro sobre ese asunto.

Yo, también, y Mircea golpeaba bastante cada botón con sus suaves labios y sus ásperas manos y su genial cabello que arrastraba deliberadamente por mi cuerpo mientras bajaba. A la caricia de seda, le siguió la cálida, la más insistente, volviéndome loca, haciendo que me retorciese, encendiendo nervios que no sabía ni que tenía. Hasta arquearme por el dolor, porque su boca estaba anclada sobre el amaratado cardenal bajo mi ombligo.

—Eso duele —protesté, mientras él chupaba la ya torturada carne.

—No por mucho tiempo.

Y por supuesto el tamaño de la marca comenzó a desvanecerse mientras miraba, los bordes se disipaban como una nube en una tormenta de viento, el color se volvía más estrecho hasta hacerse pedazos y después acabar desapareciendo del todo, dejando solo una clara y pálida piel. Y luego me di de cuenta que muchas de mis otras rozaduras y arañazos se habían desvanecido también, suavizadas por la habilidad de sanar que era uno de los regalos de Mircea como Maestro.

—¿No toma mucho poder? —le pregunté, sorprendida.

Él sonrió, lamiendo el último de los moratones.

—Lo tengo que quemar esta noche.



—Por esas criaturas.

Él asintió. —Me complace que su sangre cure, ya que ellos fueron la razón por la que lo requeriste en primer lugar.

Y, vale que sí. La curación tuvo lugar y fue genial por su parte hacer el esfuerzo; y yo estaba convenientemente agradecida de no tener que ir cojeando como una de noventa años durante la próxima semana. Pero, por el momento, estaría más agradecida si moviese esa talentosa boca unas pulgadas más hacia el sur...

Debe de haber leído mi mente. Porque al momento, sus rudas manos se deslizaron hacia mis muslos, su sedoso pelo caía en cascada sobre mi estómago, y la cálida y húmeda lengua se fue a trabajar. Paseándose con los labios y los dientes y Dios sabe que más, pero lo que estuviese sucediendo definitivamente no era normal. Porque de repente mi cuerpo se sintió como si hubiese unas pocas lenguas extras ahí abajo, que según le seguía diciendo mi cerebro a mi cuerpo eso era claramente imposible.

Y mi cuerpo dijo de ningún modo, ya que estaba ocupado arqueándose, retorciéndose y gritando. Y después de todos modos no importaba, porque al instante siguiente mi cerebro tartamudeó y tuvo un cortocircuito, y todo hizo volar la tapa de mi cabeza.

Quizás me desmayé o perdí solo unos minutos allí. De cualquier manera, me di la vuelta para encontrarlo apenas acariciándome, demasiado ligero para darme cualquier fricción, demasiado ligero para hacer más que incitarme. Y yo me retorcí de todos modos, cada pequeño movimiento era una dulce tortura, temblando bajo los nervios que todavía estaban tratando con el placer.

Él me miró burlonamente.

—¿Y ahora?

—¿Qué?

—La cita.

Me tomó un momento darme de cuenta de que demonios estaba hablando.

—Oh... es justo....supongo, —dije, intentado bromear, pero mayormente sonando como si estuviese sin aliento.

—Justo —sus oscuros ojos se entrecerraron—. Tengo que intentarlo un poco más duramente entonces ¿no?

Lo miré. Pensando que algo más fuerte quizás me matase. Y luego estaba segura que lo haría, cuando el bastardo se trasladó hasta mi muslo.



—¿Qué... qué estás haciendo? —Jadeé. Yo lo quería en mí. Yo lo quería ahora.

—Curándote, —dijo inocentemente, con la boca en un completo hematoma sin importancia.

—¡No puedo esperar!

—No, no. Me gusta ser minucioso.

De eso me di de cuenta, pensé sombríamente, cuando él lamió un pequeño casi ni-rasguño de mi rodilla. Empecé tratando de alcanzarlo, caliente, con dolor y desesperación. Pero después sus ásperos dedos se deslizaron sobre mi piel por el exterior de los muslos, tranquilamente a mis nalgas, y luego retrocediendo para provocar la suavidad de la parte de atrás de mis rodillas.

Y, Dios, él sabía cuanto amaba eso.

Lo hizo otra vez y suspiré dándome por vencida, porque claramente Mircea se iba a tomar su tiempo tanto si me gustaba como si no.

Aunque yo no podía imaginar que pensaba que estaba haciendo... ¿mordisquearme el pie? Hubiera sido más sorprendente, excepto que a Mircea le gustaban los pies de la misma forma que a mi me gustaba su largo y precioso cabello.

De una forma casi-fetichista de la cuál no hablábamos, pero que yo mimaba haciéndome muchas cosas más de pedicura que antes de salir con él.

Por supuesto, él prefería los objetos que tenían su afecto, envueltos en medias de seda, las pasadas de moda con las costuras en la parte de atrás, las cuales me seguía mandando en cantidades alarmantes. O inútiles flecos de cuero, preferiblemente bordados y cristalizados sin una pulgada de su vida. O esas extrañas pantuflas de satén con plumas de marabú que yo no toleraba porque seguía tropezando con ellas.

Ni agrietada, con moratones, desgarrada o maltratada. No es que eso pareciera estar ralentizándolo en lo absoluto.

Él lamió la parte inferior del dedo gordo del pie, doblando su lengua en todos los sentidos, e hice un pequeño sonido. Sus oscuros ojos me miraban con burla por encima de la rosada piel y esmalte de uñas agrietado.

—¿Cómo te las arreglaste para tener salsa de barbacoa en tus pies?

—No lo hice. —dije con indignación.

Él se rió. —Sabes bien.

Habría contestado, pero empezó a meterse en la boca el montículo bajo mis pies y me olvidé.

En su lugar, apoyé la cabeza hacia atrás y miré al techo, intentando no salirme completamente de mi mente mientras él se tomaba su dulce tiempo. A medio camino decidí, que si sobrevivía a esto, iba a matarlo. No sería fácil, por ser un Vampiro Maestro y todo eso, pero encontraría una manera.

Pasó la lengua por la larga franja del arco del pie, y me estremecí sin poder hacer nada.

—¿Tienes frío? —preguntó inocentemente.

—Mircea, en serio...

Paré de hablar porque empezó a chuparme el talón.

Lo cuál no sería gran cosa, pero, por alguna razón, se sentía positivamente pecaminoso. *¿Quién demonios podría saber que el talón podía ser una zona erógena?*

—Cualquiera puede ser, si nunca tienes la oportunidad de verlo —murmuró.

—La gente ve los pies todo el tiempo.

—Hoy. Pero ellos incluso cubren las piernas del piano en Victoria, Londres.

—Eso no tiene nada de sentido.

—Los humanos raramente lo tienen —me dijo y me mordió.

Hice un sonido que absolutamente no era un gemido, pero podría haber sido tomado de esa manera. Porque la sensación se había disparado directamente a un área que definitivamente era una zona erógena. Y que ya había sido malditamente estimulada.

—Mircea, lo juro por Dios...

—¡Ya está! —me dijo, soltándome el pie. Me relajé. Y entonces, me cogió el otro. Y eso fue todo.

Dejé que el rosado pie de piel sedosa que me había devuelto se posase en el tenso pecho. Mircea paró lo que estaba haciendo para mirarme estrechándome la mirada, lo que tomé como una buena señal. Conseguir su atención no había sido tan difícil después de todo. Veamos si podía mantenerla.

Dejé que mi pie acariciara su pequeño y plano pezón, rozando el pico entre mis pies, y después lo deslicé hacia abajo por el rígido estómago hasta el duro muslo. Mircea no había dicho nada, no se había movido. Sonreí.

Mis pies se deslizaron más hacia abajo, cruzando la satinada piel y pelo encrespado a la aterciopelada dureza que saltaba con entusiasmo bajo mi toque. Me sentí un poco torpe, pues



no era tan hábil como con mis manos, pero mis pies estaban sorprendentemente sensibles. No esperaba sentir... tanto. Mi propia respiración caía un poco mientras estaba explorando, deslizándose mis pies despacio arriba y abajo por esa rígida columna. Y supongo que debía estar haciendo algo bien, porque creció grande de manera increíble bajo mi tacto.

—Esto no... —Paró y se humedeció los labios. —Esto no va a funcionar.

Me reí.

—Sí. Eso fue convincente.

Particularmente desde que Mircea podía poner un alto a esto cuando quisiese. A diferencia de un varón humano, un vampiro tenía un perfecto control de sangre. Él podía haber llevado toda esa encantadora dureza lejos, podía haberse rehusado a jugar. Pero eso sería como admitir la derrota, algo que su arrogante orgullo, del tipo que le gustaba fingir que no estaba allí, nunca lo permitiría. Así que suavemente le acaricié su espléndida longitud, tan gruesa, tan suave como la seda, se sentía tan bien contra mi piel.

Y suspiré.

—Esto tampoco no va a llegar a ninguna parte, —le informé rigurosamente.

—Está bien.

Corrí un solo dedo sobre la lisa cabeza, viéndolo ruborizarse como una chica sintiendo placer. —Estoy muy cómoda donde estoy.

Mircea se estremeció ante la amenaza implícita, que podía seguir esto toda la noche. Honestamente pensaba que podía. Era fascinante, que algo tan simple que hiciera con él, se revestiría a quién estaba a cargo a una velocidad sorprendente.

Experimenté, poniendo un pie sobre su pecho y presionando levemente. Cayó hacia atrás casi sin resistirse, permitiéndome subir por su cuerpo. Bien, entonces.

—Eso no fue justo, —dijo roncamente.

—¿Cómo que no usaste poder en mí antes? Y te quedaste quieto.

—Dame una razón, —me retó, pasando una mano sobre mis rizos.

No necesité que me lo repitieran. Mis labios cubrieron su sensible punta y de repente pareció que tenía problemas para concentrarse. He estado ahí, pensé cínicamente, sólo que usualmente yo pierdo la cabeza cerca de él, y no viceversa. Decidí que me gustaba el viceversa, y envolví mi lengua en la cabeza.

Mircea gimió y sus ojos se entrecerraron. Estuvo muy bien, pero eso no era lo que quería.

Hm.

Yo arremolinaba los dedos sobre su punta, humedeciéndolos, y luego los arrastré ligeramente sobre mi propia carne. Estómago, pechos, deteniéndome a remarcar los pezones, sintiendo sus dedos apretar mi piel, hasta el cuello, deteniéndose en las dos pequeñas marcas, la marca de la propiedad —veremos quién era propiedad de quien— y hasta mis labios. Seguí mi labio inferior con el sabor salado de él, y su propia lengua se movió, inconscientemente, imitando mis movimientos.

Entonces me chupaba el dedo entero en mi boca y sus ojos estaban cerrados.

—Es de buen gusto, también — le dije, sonriendo, y sentí su cuerpo estremecerse contra el mío.

Y luego la siguiente cosa que supe fue que estaba en mi espalda, una de mis piernas torcidas sobre el hombro de Mircea, e incluso con la preparación, era demasiado grande para no estar bien. Pero estaba bien, era perfecto, porque esta noche yo quería sentirlo. Yo quería saber que estaba vivo. Y parecía que Mircea sentía lo mismo, porque estaba entrando en mí con tanta fuerza que me cortó la respiración y mi cuerpo se retorció y hundí la mano en sus hombros, y luego se encontró con el ángulo correcto y se quedó allí. Las chispas de sensación intensa brillaron por mi columna vertebral y en mi vientre, regulares como un reloj, y luego arrítmicas, traidoras, mientras Mircea modificaba su curso para atormentarme otra vez.

—Bastardo —susurré, mientras arqueaba la columna impotente, tratando de complementarme con sus embestidas que continúan extremadamente fuertes. Habría llegado en cuestión de segundos, pero él no me dejaba, con esa resistencia impía del hombre que me mantiene con hambre.

—Vas a vivir.

—Haz que lo quieras —gemí, y Mircea se estaba riendo mientras sucumbía a mi deseo, haciéndome suya rápida y fuertemente. Justo como lo necesitábamos.

—¿Está esto mejor? —Bromeó, pero no tenía aliento para reír porque yo iba a venirme, incluso mientras sus fuertes embestidas eran erráticas. Todavía estaba montando las réplicas cuando Mircea se estremeció encima de mí, hundido frente a mis piernas mientras se acercaba, los dos sonriendo como tontos. Después de un momento, se detuvo y nos sirvió más vino, y nos sentamos en frente del fuego. Se encontraba contra en mí, sosteniendo mi cuerpo contra el suyo y deslizando las manos arriba y abajo de mis piernas, mientras que el viento silbaba y la nieve caía y me hubiera gustado saber cómo detener el tiempo.

Porque me hubiera gustado dejarlo aquí.

Eran tiempos como estos en los que pensaba que tenía razón, que yo hacía las cosas muy difíciles, muy complicadas. Tony había elevado la paranoia a una forma de arte, y yo había



absorbido una dosis sana de la misma creciendo. Y de vez en cuando había sido muy útil. Me había hecho vivir más de una vez, haciendo que tardara el triple comprobar las cosas sin ninguna razón, o dejar algo abruptamente sólo porque en alguna parte las hormigas estaban subiendo y bajando por mi columna vertebral.

Pero a veces puede ser bastante estúpido, también. Más de una vez me hizo ser muy cuidadosa, decir de forma automática no cuando tal vez debería haber dicho que sí, la guardia y mi corazón tan de cerca, nunca dejo entrar a nadie. No sabía todo acerca de Mircea, probablemente nunca sabré todo acerca de Mircea. Pero yo sabía lo más importante.

Yo sabía que lo amaba.

Yo siempre lo había amado. Amarlo era tan natural como respirar, tan esencial como el agua. Se había definido mi vida en una manera real desde que yo era una niña.

Antes de que lo conociera, yo había vivido en constante temor, incluso sin darme cuenta de lo que era. Cuando nunca has sabido nada otro, el miedo parece. . . normal. Saltar a las sombras por lo que pueda estar en ellos, quedarse con cuidado a la vista, porque atraer la atención no era una buena cosa; seguir cada palabra, en caso de ofender tiene que ser compensado de alguna manera. Por supuesto, no se aquellos que no tienen que actuar de esa manera-Rafe y Eugenia y algunos otros que iban y venían a través de los años.

Pero por mucho que yo les amaba, siempre había conocido la verdad. No me podían proteger. No podían, como se vio después, incluso protegerse a sí mismos. Porque no estaba allí el maestro. El vampiro más poderoso que yo sabía era Tony, e incluso sin darse cuenta de que había sido responsable de las muertes de los padres, no había habido mucho que temer, incluyendo las salas de la planta baja que ninguno de los vampiros hablaban de los fantasmas en la casa me informó eran esencialmente cámaras de tortura. A la gente de Tony no le gustaba ir allí, y la mayoría de las veces, no volverá a subir. Pero nunca vi esas habitaciones, ni en un instante de la visión que había experimentado años más tarde. Y después de la visita de Mircea, había sabido instintivamente que nunca lo haría. Debido a que Tony, como mercurial, mortal y francamente loco como él podría estar a veces, no era el vampiro más poderoso.

Mircea lo era. Mircea, y yo le gustaba.

Y durante su visita, era imposible no darse cuenta de que la actitud de Tony ha cambiado. No era precisamente alegre, a pesar de su forma, Tony no era alegre, pero él era. . . cuidadoso. Él no levantaba la voz para más, no amenazaba, no amenaza. De hecho, había sido una verdadera revelación, al verlo, el siempre temido jefe de la casa, casi arrastrándose a su Maestro perfectamente lustrado Tanino Criscis.

E incluso después de que Mircea se fue, Tony no me trató como lo hacía antes. Si no he tenido una visión útil durante una semana o dos, no era un frío definido en el aire, o podría limitarse a mi habitación o cancelar una de mis raras incursiones fuera de la casa. Pero yo no iba abajo.

Que nunca iba abajo.

Mircea había significado la seguridad, la protección del santuario. Había muchos otros atributos atractivos, los que a otras mujeres les daba probablemente mucho más valor altamente. Pero no salió nada similar a la sensación de seguridad para mí. Había sido el mayor regalo que nadie nunca me había dado. Todavía estaba.

—Estoy pensando en que acabas de hacerlo bien —le dije, cuando pude hablar otra vez.

Él pensó por un momento.

—Vamos a tratar de que sea excelente —dijo, y se puso sobre mí.

Oh, hombre.



Capítulo 16

Traducción por ~NightW~
Corregido por majo2340



¡Lo sabía!

Salté, porque la voz furiosa habló casi al mismo tiempo que me materializaba de vuelta en la habitación de Las Vegas. Me di la vuelta, enviando mi cabeza adolorida con un chapoteo desagradable contra mi cráneo, y vi a Billy descansando en la cama. Un paquete de cartas de juego flotaba en el aire justo frente a él, establecidas en un juego en vertical de Solitario. Pero eran cartas fantasmales, no más substanciales que su dueño, y claramente podía ver a través de ellas su evidente ceño fruncido.

Para alguien que regularmente dependía de tanta mierda como Billy Joe, se estaba desaprovechando realmente bien.

—¿Qué? —dije a la defensiva, tomando fuerza y dignidad. Como estaba descalza, mayormente desnuda y con una gran resaca, estaba bastante segura que comprendería solo uno de ellos.

—¡Dormiste con el maldito vampiro!

—Yo... ¿Cómo lo supiste?

Billy puso los ojos en blanco.

—Bueno... incluso si lo hubiera hecho, no es asunto tuyo, —le informe con altanería. Y entonces arruiné el efecto cojeando hasta el baño.

Encendí las luces, pero me dolían los ojos, así que las volvía a apagar. Pero entonces no podía ver. Hasta que Billy suavemente deslizó su cabeza por la pared.

—Pensé que ibas a darle un poco de tiempo, —dijo en tono acusador—. Pensé que primero querías conocerlo. Pensé...

—¿Hay alguien que conozca realmente a alguien? —pregunté. Y... de acuerdo, era patético, pero la cabeza me dolía horriblemente.



—Oh, hombre. —Billy parecía disgustado—. Realmente tiene que haber algo. Una noche te tenía amarrada.

—¡No es cierto!

—Y un infierno. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué fue lo que me dijiste justo antes que te fueras?

Suspiré, preguntándome *porque nunca tenía una maldita aspirina*.

—Lo sé. Pero...

—¿Pero qué? Me dijiste que estabas absoluta y categóricamente jodida y que no te colocarías en posición horizontal. Porque los vampiros no son gente normal, y estas en el medio de la negociación de una relación, lo cual él tomaría como una señal de rendición, y...

—No fue así, —dije, dejando correr agua fría sobre la toalla. Y luego la pasé sobre mis ojos adoloridos. *Dios querido, nunca más volvería a tomar*.

—Oh, de acuerdo. ¿Entonces que fue?

—Un... tiempo fuera, —murmuré incoherentemente.

Pero aparentemente no lo suficientemente incoherente.

—Un tiempo fuera, —dijo Billy, también con un sarcasmo bastante bueno.

—Sí.

—¿Lo cual significa qué?

—Lo cual significa que no cuenta para nada, —le espeté, y entonces deseé no haberlo hecho, porque me dolía. Ahogué un gemido y puse los codos sobre él mostrados, apoyando mi cabeza palpitante.

—¿Y quién decidió esto?

—Nosotros.

—¿Y qué parte del “nosotros” vino con el pase de salida del encierro?

No dije nada.

—Sí, —dijo Billy—. Eso es lo que pensé.

Me quité la toalla para poder mirarlo bien.



—¡No recuerdo haberte nombrado mi consciencia!

—Tú no necesitas una consciencia. ¡Necesitas el maldito sentido común! Solías tenerlo, ¿recuerdas? Tú fuiste la que le dijiste que esas cosas eran como...

—Mircea no es una cosa.

—Oh, ¿De repente ya no es un monstruo? ¿Subió de categoría? ¡Supongo que no recibí el memo!

Me di la vuelta y Salí del baño. La parte posterior ligeramente brillante de Billy sobresalía por la pared encima del vestidor, enmarcando el espejo como un trofeo raro. Pero considerando todas las cosas, ahora me gustaba más que la otra mitad. Conseguí herirlo, lo cual significaba que se podría ir durante horas, y no estaba para nada de ánimo en ese momento. O en la mañana. O cuando sea que fuera. La habitación estaba oscura, pero había sombras oscuras debajo de las cortinas de la suite, así que no significaba mucho.

—De acuerdo, el “monstruo” se va, —dijo Billy, ordenándose a sí mismo.

—¿Entonces cómo lo llamamos ahora? ¿Tetas de azúcar? ¿Bebé pudín? ¿Chico Ángel?

De repente se me vino a la cabeza la imagen de Mircea desnudo, su piel caliente como el fuego gracias a las llamas, las mismas que habían formado el débil halo alrededor de su cabeza. No era un ángel, eso lo sabía.

Pero independientemente de lo que Billy pensara, tampoco era el diablo. Y solo había sido una noche, y juró que no haría ninguna diferencia...

—De todos modos, ¿por qué estás aquí? —pregunté, poniéndome a la ofensiva, ya que mi defensivaapestaba en ese momento—. Te alimenté antes de irme.

—Sí, ¡y eso es todo lo que me importa! ¡Se suponía que debías regresar hace horas!

—Bueno... lo hubiera hecho, pero... hubo un retraso.

—¿Un retraso que te dejó chupones por todo el cuello y te hizo caminar chistoso?

—No estoy en prisión, sabes, —le espeté—. Puedo ir y venir cuando yo... —me detuve—. ¿Qué chupones?

Él señaló silenciosamente a mi cuello. Me quité el viejo collar sobre el chaleco junto a mí y me incliné más cerca del espejo. Y vi...

—¡Hijo de perra!

—¿No te habías dado cuenta? —preguntó Billy.



Hice una mueca. —No. Y baja la voz.

—¿Por qué? Nadie puede escucharme excepto tú.

Apoyé la frente en la parte superior de la fría cómoda.

—Ese es el punto.

Él soltó un bufido. —Y por si fuera poco, ¡tienes resaca!

—Fue el vino. Siempre me hace esto.

—Entonces ¿Por qué lo bebiste?

—Porque después de la noche que tuve, creí que me lo merecía, —murmuré.

Billy suspiró, y un momento después sentí un escalofrío fantasmal en la parte trasera de mi cuello. Se sentía bien.

—¿Qué salió mal esta vez?

—La versión corta: todo.

—¿Y la versión larga?

—Tengo demasiada resaca para la versión larga.

—Entonces dame las notas de Cliff.

Me encaminé fuera de la cómoda y empecé a buscar en un cajón.

—Digamos, que mi suerte viene de familia.

—Ouch.

Regresé a cambiarme a la habitación, y entonces, Billy me dejó sola. Me puse un viejo par de pantalones cortos color caqui y me probé un par de camisas, y finalmente me quedé con una de naranja y blancas. Era de un algodón suave y delgado, con un cuello alto y sin mangas. Había sido parte de mi vestuario de trabajo, lo usaba debajo de una chaqueta para que morirme de golpe gracias al calor del verano en Atlanta, y se veía divertido para vestir los pantalones cortos. Pero era mejor que anunciar las actividades de mi noche a todo aquel que conocía.

Sólo ahora que ya estaba vestida, me di cuenta que no tenía ganas de reunirme con nadie. Más bien tenía ganas de ir a la cama. Entré en el dormitorio, bostecé.

—¿Qué hora es?



Billy alzó la vista del juego de cartas. —Las cuatro de la mañana

Suspiré de alivio y caí de bruces sobre la cama. Jonas venía a la una para nuestra lección, y yo no tenía nada que hacer hasta entonces. Y nada sonaba tan malditamente bien en ese momento.

—Hazte a un lado, —le dije a Billy, ya que estaba acaparando la cama como de costumbre. Me dio tal vez otras dos pulgadas de espacio, también como de costumbre. Me volví a mi lado, ya que era más fácil que discutir.

La habitación estaba oscura, pero la cama estaba manchada de azul acuoso, rectángulos blancos, las sombras iluminadas de las tarjetas de Billy.

Se movieron a través de la manta, mientras jugaba, intentando quedarse en silencio. Durante cerca de medio minuto.

—Puedes llamarlo como quieras, pero aún es un monstruo, —dijo Billy, porque por supuesto no había terminado—. Todos lo son.

—No sé por qué odias tanto a los vampiros, —dije medio dormida—. ¿Qué te hicieron?

—Son espeluznantes.

—No lo son.

—Como el infierno.

No quise señalar la ironía en eso viniendo de un chico que enviaría a la mayoría de la gente gritando de miedo si pudieran verlo, porque la puerta se abrió. Una astilla fina un poco menos oscura se filtró desde el pasillo y cayó sobre la cama. Puso sobre relieve las partículas de polvo danzando en el aire y una enorme cabeza se asomó por la puerta.

—Hey, —dijo Marco en voz baja, como si pensara que ya estaba dormida.

—Hola, tu.

—¿Están bien?

—Sí.

—¿Se divierten?

—Sí.

—Eso pensé, —no podía ver su expresión, pero su voz era presumida.



Hubiera sido extraño viniendo de un ser humano, pero los vampiros tienen un montón de auto-apreciación proveniente de sus amos. Cada vez que Mircea hacía algo bien —negociar un tratado, obtener un reconocimiento del Senado, encontrar a Pythia— sus egos recibían un impulso. En un sentido real, cuando salías con un vampiro maestro, salías con toda su familia. Todos los cuales tomaban un interés especial en tus negocios.

Era algo en lo que trataba de no pensar mucho.

—¿Tienen hambre? —preguntó Marco—. Tenemos pizza.

De hecho, pensé que una mordida más de algo, y podía explotar.

—Estoy bien.

—¿Cerveza?

—Solo voy a dormir un poco.

—Sí, probablemente lo necesitas, —dijo él, sonando satisfecho.

La puerta se cerró.

—No, eso no es espeluznante en absoluto, —dijo Billy con amargura.

Suspiré y empujé la almohada en una posición más cómoda.

—Es solo su forma de ser.

No era sorprendente. A Billy nunca le había gustado ninguno de los chicos en mi vida, no es que hubiera habido muchos. No eran celos del todo —de todas maneras, no del tipo físico— sino más del tipo de desconfianza natural. Supongo que ahogarse como un saco de gatos le hace eso a una persona.

—No te agrada nadie.

—No cuando te mira de la forma que te mira, —dijo bruscamente.

—¿Cómo qué?

—Como esos jugadores que buscan niños ricos en todas partes. Como si dijera aquí viene la comida —me volvió a mirar—. No quiero que seas comida.

—No lo seré.

—Para nadie, —agregó—. No es peor que el resto de ellos; todos quieren un pedazo de ti.



—Así no es como se juega el juego.

—Sí, bueno, el juego apesta. —Pasó la mano a través de su propio juego y se disipó como la niebla, dejando solo una ligera nube resplandeciente por encima de la cama. La habitación se hizo más oscura, pero no más acogedora. Alguien debe de haber arreglado la ventana, porque el aire acondicionado estaba funcionando como si estuviera intentando recuperar el tiempo perdido.

Me arrojé con la colcha.

—¿Qué te pasa esta noche? —pregunté. Billy podría arruinar lo mejor de ellos, pero usualmente tenía una mejor razón que el hecho de faltar a mi toque de queda.

—Es... no lo sé, —dijo, volviéndose hacia mí. Los rasgos desaliñados bajo el stetson eran usualmente sobrios—. No es nada sobre lo que no me pueda encargar. Pero últimamente... siento como si hubieran hormigas caminando sobre mi piel todo el tiempo.

No dije nada, pero tuve que abstenerme conscientemente de pasar mis manos sobre mis propios brazos. Dado que había tenido la misma sensación durante días. No localizaba a nada ni a nadie; solo una impresión general de que algo no estaba bien. Y eso había sido antes que alguien intentara matarme. La noche anterior en serio había sentido un momento fuera de lugar. Por una vez, nadie había estado detrás de mí, nadie había querido herirme, nadie supo quién diablos era yo. Había sido realmente agradable.

Pero no me podía ocultar en el pasado para siempre. Y ahora que estaba de vuelta en mi tiempo, ese sentimiento ansioso hacia que mi piel se pusiera a gatear de nuevo. Era menos que tranquilizador saber que Billy también los sentía.

¿Qué tan malas se tienen que poner las cosas antes que los fantasmas empiecen a asustarse?

—Pensé que después de que ese hijo de perra Apollo muriera, las cosas se iban a calmar, —dijo agitadamente—. Pero no se siente así. Se sienten como cuando los bastardos de Tony están demasiado cerca. Si aún estuviéramos en Atlanta, probablemente estuviera molestándote para que empezaras a empacar.

—Y si aún estuviéramos en Atlanta, probablemente lo estuviera haciendo, —dijo honestamente—. Pero no creo que huir vaya a ayudar.

Él agitó una mano. —No estoy hablando de huir. Mucha gente huye; y él siempre los atrapó.

—Te alejas porque eres... no lo sé... poco inteligente, exactamente...

—Gracias.

—... sino lista, ingeniosa, testaruda, y malditamente suertuda.



Entonces vio mi expresión. —¿Qué?

—Es solo... hace poco alguien me dijo lo mismo. —*Bueno, menos la parte estúpida.*

—¿Qué pasa con eso?

—Nada. —Excepto que no quería ser ingeniosa. No quería necesitar el ser suertuda. Quería dormir hasta tarde. Quería levantarme y holgazanear por toda la suite. Quería ir y encender una fogata en San Agustín antes de terminar yendo a la maldita coronación desnuda.

No quería tener que descubrir lo que había estado intentando matarme esta semana.

Pero mientras, no sabía quién o qué lo había hecho para mí, al menos sabía que no lo había hecho.

—Todo el asunto con los dioses... se terminó, —le dije—. No pueden hacernos daño si no pueden regresar a la Tierra, y no pueden.

—¿Estas segura de eso? —preguntó con escepticismo.

No le respondí, porque no, no lo estaba. No del todo.

Había sido una sorpresa enterarme recientemente que uno de los mitos con los que había crecido eran todos reales. Pero no tanto como descubrir que algunos de ellos aún vivían.

Y que estaban bastantes molestos.

Su problema era que habían sido desterrados de la Tierra, también llamada la Tierra de la leche, miel y devotos adoradores, por uno de los suyos, Artemis. Ella resultó ser una traidora, formando equipo con algunos de los menos devotos, ya que sus compañeros inmortales veían a los humanos como desechables. Y habían estado eliminando a muchos de ellos.

De manera que Artemis le dio a la humanidad el hechizo de Ouroboros para resolver el problema. Desterró a los dioses de vuelta a su planeta de origen y selló la Tierra para que no pudieran regresar a su plaza de juegos favorita. El Círculo de Plata, llamado así por el color de la alquimia sagrada de Artemis y la forma de su símbolo, la luna, había sido formado para proporcionar la energía necesaria para alimentar a la barrera,

Aún lo seguía haciendo, después de todos estos milenios. Pero nadie creía que el Círculo o el hechizo fuera infalible por más tiempo. No desde que uno de los dioses autoproclamados encontraron la manera de traspasarlo hace apenas un mes.

Afortunadamente, había sido un viaje corto.

—Apollo ya pasó, —dijo Billy, como si hubiera estado leyendo mis pensamientos.



—Y está muerto, —dije con dureza.

—Sí. —Billy se quedó en silencio y yo me di la vuelta, alejando la conversación.

Fue sorprendentemente fácil. La cama era extra suave, justo como a mí me gustaba, con un colchón con un cojín de plumas y un edredón a juego. Por lo general era demasiado caliente y el edredón a menudo terminaba en el suelo. Pero esta noche era perfecta. Sentí que empezaba a relajarme, que empezaba a hundirme en el capullo caliente y toda su bondad esponjosa, al principio de la deriva...

—¿A dónde crees que van cuando mueren?

La voz de Billy me sacudió a una consciencia no bienvenida,

Volví la cabeza para fruncirle el ceño. Él se había estirado sobre su espalda, las manos sobre su cabeza, y estaba mirando su propio reflejo en el techo.

—¿A dónde va quién?

—Los dioses. —Volvió su cabeza para mirarme—. Tienen que ir a algún lado, ¿o no? Todo el mundo va a algún lado.

—No lo sé. —A algún lugar desagradable, espero—. ¿Por qué?

—Estaba pensando, en la cosa que te poseyó. No fue ni demonio o lobo, o humano o Fey, ¿cierto?

—El jurado sigue pensando sobre el Fey.

—Pero no ningún Fey del que hayamos escuchado.

—No.

—Entonces ¿Qué tal un dios? —Billy hizo un gesto, lanzando unos modelos como luz de velas sobre las paredes—. Sé dijo que eran capaces de poseer a la gente, ¿o no? ¿En algunas viejas leyendas?

Fruncí el ceño. Tanto por dormir. —Apollo está muerto, —dije irritada—. No podría poseer a nadie.

—Yo estoy muerto... y poseo a gente todo el tiempo.

—Tú eres un fantasma.

—¿Y? Tal vez ahora él es un fantasma también. Tú lo mataste...



—¿Y ahora vuelve para cazarme? —pregunté incrédula.

Él se encogió de hombros. —Sé que es poco probable, pero comparada con toda la otra mierda que ha estado pasándote...

Empujé la almohada encima de mi cabeza. Esto no era para nada lo que quería escuchar esta noche. O cualquier otra noche.

—Sé que no quieres pensar en eso, —dijo impacientemente—. Pero tenemos que resolver esto.

—No fue Apollo, —dije, mi voz ahogada por la almohada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no hubiera esperado tanto para atacarme.

—Tal vez aprendió algo la última vez. Él te subestimaba, y mira donde lo llevó eso. Justo debajo de la mierda metafísica.

—Y no he tenido más visiones...

—Tal vez descubrió que lo estabas espiando y te bloqueó de alguna manera. Él era la fuente de tu poder, ¿o no? Entonces sería capaz de...

—Y no era humano, —dije, quitándome la almohada.

Porque obviamente Billy no me iba a dejar dormir hasta que termináramos esto.

—¡Y los no humanos no dejan fantasmas!

—Que nosotros sepamos.

—En siglo y medio, ¿cuántos fantasmas no humanos has visto? —exigí.

—Ninguno. Pero aquí estamos hablando de dioses. ¿Quién sabe lo que pueden hacer?

—Bueno, no pueden hacer esto. Lo que sea que vino detrás de mí estaba siendo manipulado por hierro frío. Eso no molestaría a un dios en lo absoluto.

—Eso pudo haber sido coincidencia. —Dijo Billy tercamente—. Pritkin incluso dijo que...

—¡Deja de espiar mis conversaciones! Y el espíritu tampoco sabía inglés. Apenas y nos podíamos comunicar.

Billy se quedó pensando por un momento. —¿Tal vez lo olvido?



Hunt the Moon

CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Solté un bufido. —Sí. Y luego le crecieron plumas.

—Maldición.

Lo miré.

—¿Acabaste de decir “maldición”?

Él sonrió, sin arrepentimientos. —Era una hermosa teoría, tienes que admitirlo.

No tenía que admitir nada por el estilo.

—Mira, los dioses se han ido. Se terminó, kaput, fuera del cuadro, ¿de acuerdo?

El levantó las manos. —Oye, predicando a la gente por aquí.

—Hermosa teoría —murmuré, y le tiré la almohada.

Fue un esfuerzo inútil, ya que desapareció antes de que aterrizara, desvaneciéndose hasta que solo quedo su risa. Y fue la última cosa que escuché antes de lanzarme a la deriva.



Capítulo 17

*Traducido por Malu Cullen y Susanauribe
Corregido por majo2340*



Caminé hacia el interior de la sala de estar en algún momento esa tarde, bostezando y con los ojos hinchados de tanto dormir, para ver a Marco llegando desde el salón. Por lo menos, asumí que era Marco. Era un poquito difícil estar segura, porque mientras la estatura y el contorno eran los mismos, el rostro estaba completamente cubierto —por flores.

—Hey, —dije, mientras una rosa roja perfecta caía de la pila enorme que él cargaba y se desplomaba hacia mis pies.

—Hey, tu, —me dijo la voz de Marco, dirigiéndose fuera del apartamento—. Sostén la puerta, ¿sí?

Sostuve la puerta. —¿Qué estás haciendo?

—Sacando la basura.

Salió hacia el elevador y presionó el botón, derramando flores por todo el camino. Una tenía una pequeña tarjeta amarrada. La torcí y la tomé. Cassandra Palmer.

Fruncí el ceño. —¿Marco?

—¿Mmm-hmm?

—¿Estás tirando mis flores?

—Sip.

—¿Por qué?

—Ve a ver al salón.



El elevador arribó antes de que él pudiera decir algo más, asumiendo que lo hubiera previsto, y un hombre salió. Estaba vestido con un almidonado traje azul y brillantes zapatos negros y estaba cargando más flores.

—Gracias, —dijo Marco, arrancándolas de sus manos y caminando dentro del elevador.

—¡Hey!

Las puertas del elevador se cerraron antes de que el hombre pudiera recuperar su ramo.

—Malditos vampiros, —murmuró, y luego giró —para ver a tres de los guardias vagando en la puerta abierta de la suite.

Perdió el color que había estado en su rostro, el cual no era mucho, ya que era un rubio blanco de aspecto agradable. Los vampiros vinieron y empezaron a rodearlo como tiburones en el agua.

—Me gustaba más el último, —dijo uno moreno—. Éste es un poco debilucho.

—Y dime por favor que ese no es tu mejor traje, —comentó otro, mirando la tela a rayas del hombre con una mueca de disgusto—. ¿Estoy pensando en qué? ¿Un noventa y nueve noventa y cinco?

—Y lo lanzaron con una camiseta extra, —añadió el tercer vampiro.

Todos se carcajearon, el hombre se sonrojó pero mantuvo su compostura.

—Vean aquí, tengo una cita con... —me vio y su expresión se suavizó—. Ah, tú debes ser...

—Demasiado ocupada para hablar contigo, —dijo el primer vampiro, poniendo un brazo a su alrededor y girándolo de vuelta hacia el elevador.

—Saca tus manos de mí, vampiro, —gruñó el hombre, apartando las manos del vampiro—. ¡Y creo que la dejaré a ella decirme eso!

—Ooh. Éste es valiente.

—¿Qué está pasando? —demandé.

El hombre —o, supongo, el mago— se adelantó, extendiendo una mano. La mano tenía una caja en ella. La caja estaba llena de dulces, a juzgar por la brillante foto en la tapa.

—Para ti, —dijo él, obviamente orgulloso por haber rescatado parte de su regalo.

—Uh, ¿gracias?



Él la apartó.

—No estoy seguro de cómo llamarte, —dijo con franqueza—. Lady Cassandra técnicamente no es correcto hasta después de la ceremonia, y suena demasiado formal de todas formas. Y Señorita Palmer es un poco mejor. ¿Te gustaría que te llamara Cassie?

—Me gustaría que me dijeras quién eres.

El hombre pestañó.

—David Dryden.

Yo solo lo miré.

—¿Tu una en punto?

—¿Mi una en punto qué?

—Cita, —dijo el tercer vampiro, sonriendo.

—¿Para qué? —pregunté, confundida.

—Bueno, tú sabes. —De pronto el mago parecía un poco incómodo—. Lo usual.

—Creo que tenemos a un competidor aquí, chicos, —dijo el moreno.

—*Smooth operator*¹⁰. —Estuvo de acuerdo el segundo vampiro.

—¿Puedes hacer algo con ellos? —me preguntó el mago enojado, mientras el elevador sonaba.

—Se supone que ellos tienen que estar aquí, —señalé.

—¡Como yo! El Lord Protector me envió.

El Lord Protector y su cabello salieron del elevador.

—Ah, Dryden, mi muchacho. Ahí estas. —Jonas sonrió abiertamente hacia él, y luego se inclinó para sacudir una mota de polvo de su abrigo—. ¿Ya has conocido a nuestra nueva Pythia?

—¡Lo intento! —dijo el mago, exasperado.

—Jonas, ¿puedo verte un minuto? —pregunté amablemente.

—Por supuesto, mí querida, por supuesto. Es por lo que estoy aquí.

10 Smooth Operator: es una canción de los 90 que habla de un casanova.



—¿Puedes repetir esa línea de ligue para mí? —escuché a uno de los vampiros preguntar—. Quiero anotarla. ¿Algo sobre lo usual?

—Vete al infierno, —le dijo el mago.

Precedí a Jonas hacia el apartamento, pero me detuve en la puerta principal del salón. O lo que había sido el salón. Se veía más bien como un invernadero ahora, con lo que habían sido cuatro docenas de jarrones de flores, ramos sueltos y plantas con macetas puestas alrededor.

—Jonas. —Reduje mis ojos hacia él—. ¿Qué es esto?

—Opciones, mi querida, —dijo él, inspeccionando el mar de flores con aprobación—. Siempre es agradable tener opciones.

—Es agradable tener un lugar para sentarse, también. Y discutimos esto.

—¿Lo hicimos? —preguntó el vagamente.

—Sí. Lo hicimos. Y tú prometiste...

—No lo hice, de hecho.

—¡Jonas!

Él levantó manos apaciguadoras.

—Pero realmente, muy poco de esto es mi obra.

—Entonces qué...

—Fue Niall. Creo que estaba... perturbado... sobre el incidente del desierto. Volvió a tiempo de poner una pieza en el Oráculo esta mañana sobre nuestra candidata a nueva Pythia y, bueno...

—¿Bueno qué?

—El poder de la prensa, —dijo él, dándole palmaditas a mi mano—. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que pasará al olvido en una semana o dos...

—¿Una semana? —Miré a mí alrededor. Sería capaz de abrir mi propia florería para entonces.

Estornudé.

—Huele como a un burdel de Nueva Orleans aquí, —Marco estuvo de acuerdo, regresando y pasándome un pañuelo.



Lo tomé agradecida.

—¿Cómo lo sabes?

El solo enarcó una ceja hacia mí y tomó otra carga.

—Me voy a la cama después de esto, —me dijo, mirando hacia Jonas—. Es sobre resaltar aquí.

—¿Sobre qué?

El solo sonrió y se perdió de vista. Estornudé.

—¿Podemos tener nuestra lección en la sala de estar? —le pregunté a Jonas, secando mis ojos llorosos.

—Oh, creo que podemos posponer eso por hoy, —dijo con simpatía.

—No necesitamos posponerlo. No saldré con... con ese hombre, —olisqué, tratando y fallando en recordar el nombre del tipo.

Jonas consideró al mago, quien estaba parado en la puerta de la cocina, luciendo como se supone.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en él?

El hombre se retorció.

Suspiré. —Nada.

—Entonces tal vez una comida...

—¡No!

—¿Té?

—¡Jonas!

Él suspiró y se rindió.

—Un chico guapo... muy buena familia, —murmuró, volviendo a entrar a la sala de estar.

Limpié mi nariz y lo seguí. Y casi me estampé contra una pizarra antigua que estaba ocupando la mayoría del espacio junto al nuevo sofá. Pestañeeé hacia él, porque no había estado ahí hace un minuto.



—Bueno, en ese caso, tal vez podrías ayudarme con unos cuantos pequeños asuntos, —dijo Jonas, buscando algo alrededor en su abrigo—. Solía hacer esto con Agnes, sabes. Teníamos té cada jueves, yo venía y le contaba cualquier asunto de interés de la comunidad mágica, en caso de que ella viera algo de importancia.

—No he visto nada últimamente, —dije, mirando la pizarra con recelo. La empujé. Era sólida.

—Lo cual es justo el punto, —dijo Jonas—. Agnes a veces tenía periodos de sequía, también, y otras veces tenía visiones de todo tipo de cosas, pero la mayoría estaban completamente alejadas de lo que necesitábamos saber. Pero si recientemente habíamos discutido algo... bueno, parecía ayudar a enfocar sus energías. Creo que podría ser igual para ti.

—Está bien. —Rodeé el sofá.

—Bien, bueno. —Jonas había estado volteando sus bolsillos mientras hablaba, uno después de otro, provocando que pareciera que tuviera pequeñas lenguas grises por todo su traje. Pero supuse que no había encontrado lo que quería, porque hizo un gesto y sacó un pequeño paquete de la nada.

Miré hacia él, porque no había visto nunca a nadie hacer algo como eso antes, excepto en TV. Pero no creía que Jonas hubiese usado un juego de manos. Particularmente no cuando tenía problemas apagando su celular sea como sea.

—Ahora, me di cuenta de que las visiones no pueden ordenarse, como uno desearía, —dijo, jugueteando con eso.

—¿Qué es eso? —demandé.

Él miró hacia mí desde atrás de pesados lentes.

—¿Qué es qué?

—Eso. —Señalé al paquete.

Jonas miró con ojos pequeños hacia abajo.

—¿Esto?

—¡Si, eso! ¿Qué es eso?

—Tiza.

—¿Tiza?

—Sí.



—¿Para qué?

—Para la pizarra, —dijo, luciendo un poco desconcertado.

—Pero... ¿Dónde la conseguiste?

—¿Dónde conseguí qué?

—¡La tiza!

Su frente se arrugó ligeramente.

—De Rayman. Tienen una liquidación.

Abrí mi boca para decir algo más luego la cerré abruptamente. No estaba haciendo esto con él. No de nuevo. No hoy. Me senté en el sofá y crucé mis piernas.

—Está bien.

Jonas me consideró con cautela por un momento, como si yo fuera la que estaba actuando extraño. Pero al final, no dijo nada, tampoco. Solo sacó una pieza y empezó a hacer garabatos en la pizarra, más como un profesor ligeramente chiflado.

—Ahora, como estaba diciendo, las visiones pueden ser un poco... inciertas. Agnes a menudo las describía como algo menos narrativo que un caleidoscopio o un rompecabezas, con piezas aquí y allá que, sin contexto, tenían poco sentido. ¿Estás de acuerdo?

Me encogí de hombros.

—He tenido ambos tipos. Las del tipo revueltas son las más irritantes.

Él asintió.

—Sí, eso dijo ella. Ella también me dijo, de todos modos, que tener un punto de inicio, alguna pista a lo que ella estaba viendo, a menudo fue un largo camino ayudarla a ordenarlos. Y una vez que ella supiera concentrarse en una pieza particular, los otros que fueran con ese rompecabezas a menudo se presentaban.

—¿Así que en que pieza del rompecabezas quieres que me concentre hoy?

—Una en la que he estado trabajando por un tiempo ahora. He estado haciendo una magnífica investigación en la... —Él paró y miró algo encima de mi hombro. Volteé mi cabeza para ver el mago asomándose por la pizarra. Él miró adelante y atrás entre los dos de nosotros.

—Yo, es, me estaba preguntando...



—No, no, ya pasamos todo eso —Jonas dijo.

Él hombre lo miró por un momento y luego decidió concentrarme en mí.

—¿Vamos a almorzar?

—No.

—¿Cena?

—No.

—Es solo que... no he comido.

Solamente lo miré.

—¿Puedo tener mis chocolates de vuelta? —preguntó un momento después. Él desapareció detrás de la pizarra.

Jonas me miró.

—¿Dónde estaba estábamos?

—No tengo idea.

Él pensó por un momento.

—Oh sí. Estaba diciéndote sobre mi investigación en la sagas del viejo Norse —la mitología de la antigua Escandinava. ¿Las has leído?

—Uh, no.

—Te gustarán, Cassie. —Él movió la mano con la tiza—. Todo sexo y violencia.

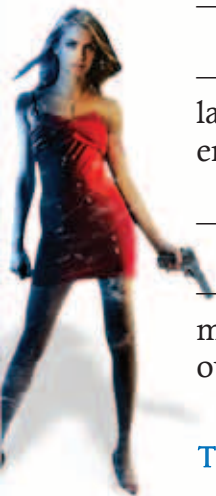
Fruncí el ceño.

—¿Por qué piensas que a mí...?

—Y en un sentido real, son como visiones, en las que nos dan piezas. No necesariamente las mejores piezas, tu entiendes, no en el orden correcto, con el énfasis adecuado, pero sin embargo, piezas. Depende de nosotros decodificar que significan esas piezas.

—¿Piezas de qué? —pregunté, tratando de descubrir a dónde iba él con esto.

—Nuestra actual situación, espero. Como recientemente hemos demostrado... vívidamente, muchos mitos antiguos del mundo tienen una base en eventos reales. Toma la leyenda ouroboros, por ejemplo.



—¿Ouroboros? —repetí débilmente. El hechizo de protección artemisa no era mi tema favorito de conversación.

—Sí. Y con la mayoría de culturas alrededor del mundo, Norse tiene una leyenda sobre serpiente gigante que agarra con su propia cola, y haciéndolo, de algún modo protege al planeta. En su caso, la serpiente era Jörmungandr, uno de tres hijos del dios Loki, que podía cambiar-adaptarse en un reptil.

Él se alejó de la pizarra así podía ver lo que él había estado dibujando. Solamente que eso no ayudo mucho, porque lo que vi parecía como una pelota de fútbol torcida con ojos. O tal vez alguna especie de calamar deformado-

—Las legendarias leyendas dicen que Jörmungandr creció tan largo que él era capaz de rodear la tierra y envolver su propia cola. Creían que él unió el mundo, y cuando él lo soltara, terminaría.

Él añadió una línea en el borde superior de la pizarra y escribió “Loki” en el medio. Luego él hizo tres ramas bajando de eso, como una tabla genealógica abreviada. La pelota de fútbol estaba atada a una de esas tres. Él la subrayó amablemente.

—¿Eso es la tierra? —pregunté, solo para estar segura.

—Sí.

—¿Y esa cosa atada alrededor, es Jor —lo que sea?

—Si —frunció el ceño—. ¿No puedes darte cuenta?

—No en verdad.

Él se recostó y le hizo algo al dibujo.

—¿Mejor ahora?

No veía ninguna diferencia. Hasta que miré de cerca. Y vi la cosa con los ojos ahora y también una pequeña y bífida lengua.

—Jonas

—Ahora, la cosa interesante sobre el mito de Norse —me dijo—, no es cuanto difiere de los demás, es lo que añade. —Dibujó una pequeña línea desde la bola de fútbol y garabateó un nombre debajo. Él me miró expectante.

—¿Thor? —adiviné, porque la escritura de Jonas no era mucho mejor que su arte.

—Sí.



—Dios del trueno, ¿gran hombre con martillo?

—Cerca. y el archienemigo de Jörmungandr. La leyenda dice que en Ragnarok. —Él vio mi expresión—. Es el antiguo termino Norse para “Crepúsculo de los Dioses”, la gran batalla que decidiría el destino del mundo.

Asentí, principalmente por qué quería que él llegara al punto.

—La leyenda dice que Thor desafiaría a Jörmungandr durante Ragnarok, solamente para morir después al poco tiempo, —me dijo.

Y adiviné que eso era todo porque él solo se quedó ahí, meciéndose atrás y adelante en sus tobillos y luciendo complacido.

—Como que sigo esperando por la parte interesante —confesé después de un momento.

Jonas me pestañeó.

—¿Pero no lo ves? Eso es esencialmente lo que hemos experimentado. El hechizo ouroboros fue derrotado, permitiendo el retorno de uno de los dioses dorados, que casi muere inmediatamente después.

—Pero ese fue Apollo —dije, y mi estómago se sintió caer un poco. Porque, si había una cosa que me gustara discutir incluso menos que ouroboros, era el chico que los había desafiado. Apollo había sido la fuente de poder que había venido junto con mi oficina, dándoselo a su sacerdotisa en Delphi así ellos podían seguir ayudándolo a mantener la vista en esos traicioneros hombres. Pero una vez que el hechizo ouroboros lo echó junto con los otros dioses, el poder se había quedado atrás, unido a la línea de Pythias que continuaban su trabajo, solo en mitad de los Círculos y los humanos que él había despreciado.

O al menos hasta que yo llegué. Apollo pensó que él lo había hecho cuando una pregunta sin pistas heredó la posición de Pythia en vez de la cuidadosamente arreglada que Inicia el Círculo mantenía el ojo. Él había intentado usarme para regresar la atención a los malos días de dioses y esclavos y nada entre ayudarlo a deshacerse de la barrera de una vez por todas.

Él había estado menos que complacido cuando decliné.

En el fin, había sido yo la parada, aunque no estaba muy segura de cómo. Pero sospechaba que un golpe de mucha suerte estaba involucrado. Ahora, tan lejos como me concernía podía ir felizmente el resto de mi vida y nunca volver a escuchar ése nombre de nuevo.

—Tú sabes, es en realidad muy fascinante —Jonas dijo—. Pero muchos de los viejos dioses Norse tienen paralelos en los mitos de otras culturas. De Escandinava a través de Irlanda, India e incluso más lejos, sus nombres podrían cambiar pero son esencialmente entidades con el mismo poder, y en muchos casos, el mismo simbolismo.

—¿Lo son? —pregunté, esperando porque el otro zapato cayera. Y estaba viniendo; podía sentirlo.

—Oh, sí. Toma Thor, por ejemplo. Como dijiste, él es mejor conocido como el dios del trueno. ¿Pero te interesaría saber que, cuando la hambruna amenazó, fue a Thor a quién las personas de Escandinava rezaron para enviar una buena cosecha —un papel tradicionalmente asignado al dios sol? ¿O que los dioses sol del mundo han sido tradicionalmente representados sosteniendo ejes— lo que se parece mucho al famoso martillo de Thor? ¿De hecho, algunos eruditos han sugerido que fueron prototipos de eso.

—Pero esto que tiene que ver con...

—¿Y eso, de acuerdo con la leyenda, de los cuatros caballos que acarrear el carruaje de Apolo, uno llamado relámpago y el otro rayo? ¿O que Apolo usaba el rayo y el relámpago —los elementos, no los animales— para ahuyentar a los saqueadores Galos que habían amenazado su santuario en Delphi?

—Um, está bien pero...

—Los antiguos Galos también consideraban que el dios del rayo y el dios del sol debían ser uno —Jonas dijo, ahora metiéndose en serio—. Imágenes han sido encontradas en Francia de un dios descansando en una mano en una rueda, el símbolo del sol, y sosteniendo un rayo en la otra. y el dios Eslovaco del trueno, Perun, fue honrado con una fogata de roble

—¿Roble?

—En Grecia, el roble era la madera dedicada al dios sol.

Miré a la pizarra, y el mareo sintiéndose doble. Tragué.

—Así que. Así que lo que estás tratando de decir es...

—Y luego está el dios Hindu, Indra. Él tenía algunos aspectos del dios sol, manejando un carruaje dorado atravesando el cielo para traer el día. Pero es más conocido como el dios del trueno, empuñando un arma celestial, Vajra, un rayo.

—Jonas...

—Y luego está el hecho de que la casa de Thor estaba en Jotunheim, en el este, conectándolo con el naciente...

—¡Jonas! —Ése era Pritkin.

Miré arriba al sonido de su voz para verlo de pie en la puerta del vestíbulo, con los brazos cruzados y los ojos verdes abiertos. Él lucía muy palo, por alguna razón, en vez de su usual



Hunt the Moon

CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

postura aleatoria, él estaba recostado contra la pared. Pero él estaba vivo y lucía molesto y nunca había estado tan feliz de verlo.

—¿Hm? ¿Sí? —Jonas pestañeó.

—¿Estás tratando de decirnos que Thor y Apollo son dos nombres para la misma cosa?

—Bueno, si —Jonas dijo, como si eso fuera sin decirlo—. Y una vez me di cuenta, bueno, naturalmente, empecé a preguntarme...

—¿Preguntar qué? —Finalmente espeté.

Jonas me miró.

—Bueno, si no estamos peleando Ragnarok en éste momento, por su puesto.



Capítulo 18

*Traducido por rihano
Corregido por majo2340*



Respira, —me dijo Pritkin, y lo intenté. Pero, de repente, eso parecía mucho más difícil de lo normal.

—Es sólo una teoría, —dijo Jonas, quejándose acerca de la cocina. Nos habíamos mudado después de esa pequeña revelación, porque él había declarado necesitábamos té. Personalmente, y no pensaba que el té iba a solucionar esto.

—Incluso si aceptamos la identificación de Thor con Apolo, —dijo Pritkin—, lo cual muchos eruditos no...

—Ellos no, ya sabes, —Jonas me aseguró—. Realmente ellos no.

—Queda el hecho de que la criatura en cuestión está muerta. Sea cual sea su nombre, ya no es un problema.

—Eso es muy cierto. —Jonas y su cabello asintieron enfáticamente.

—Entonces, ¿por qué lo traes a colación? —pregunté con dureza.

—Por qué, por los otros, por supuesto.

Pritkin y yo nos miramos el uno al otro, mientras Jonas mantenía abierto los armarios. Hizo una ligera pausa cuando llegó a uno que tenía un tenedor que saliendo de él, medio enterrado en la madera, pero no hizo ningún comentario.

—¿No tienes algo de té? —me preguntó finalmente, pareciendo como si él supiera que no podía estar en lo cierto.

—No.

Él parpadeó.



—¿Nada en absoluto?—

—Allí, —dijo Pritkin. Él asintió con la cabeza hacia uno de los gabinetes más bajos.

—Oh, bueno —Jonas parecía muy aliviado, como si una de las principales crisis hubiera sido evitada.

Empecé a preguntarme si yo estaba loca.

Después de un momento, me aclaré la garganta.

—¿Qué otros? —pregunté, mientras Jonas comenzó a examinar las pequeñas cajitas y latas de Pritkin.

—¿Hum? Oh, los otros dos dioses, por supuesto, —dijo distraídamente.

—Ah, Nuwara Eliya. Sí, muy bonito.

—¿Nuwara Eliya es un dios? —pregunté, confundida.

Él me miró extrañamente.

—No. Es un pueblo de Sri Lanka.

Yo lo miraba.

—Dónde ellos cultivan té. Té muy bueno, también.

Pritkin puso una mano pesada sobre mi hombro, lo cual estaba muy bien. Probablemente no se habría visto bien sofocar a la cabeza del Círculo de Plata hasta la muerte justo antes de la coronación.

Por otra parte, mi reputación estaba disparada hasta el infierno de todos modos...

—¿Qué otros dos dioses? —preguntó Pritkin rápidamente.

—Oh, ¿no te dije? Ah, bueno eso es donde realmente se vuelve interesante. Según las sagas, Ragnarok implica las muertes de tres dioses principales: Thor, Odín y Tyr. Las leyendas afirman que la guerra terminará sólo cuando las tres estén muertos, y que los tres hijos de Loki son los destinados a matarlos.

—¿Qué significa?

—Bueno, de eso se trata, —comenzó Jonas a llenar la tetera—. No estoy seguro. Pero yo encontré algunas pistas que podrían ser útiles. El primer hijo de Loki fue Jörmungandr, que ahora sabemos que estaba representaba por el hechizo Ouroboros. La serpiente estaba opuesta



por Thor, o Apollo, si lo prefieres. Él derrotó al hechizo, pero murió poco tiempo después. Esto, por supuesto, ya ha ocurrido.

—Por supuesto, —le dije débilmente.

—Ahora, el segundo hijo de Loki fue Hel, —dijo Jonas. Él alcanzó a través del mostrador para dibujar lo que parecía una sonrisa torcida o, posiblemente, un plátano en su pizarra, la cual él había colocado fuera—. Ella fue lanzada en el inframundo por Odín y se convirtió en la diosa de la muerte.

—¿El infierno? —repetí—. ¿Quieres decir, como el lugar?

—Sí, en cierto sentido. Nuestra palabra moderna se deriva de su nombre. Ella estaba hablando de tener el poder sobre las nueve regiones del infierno...

—¿Nueve?

—Sí, el mismo número que Dante después grabaría en su Infierno. Fascinante cómo los mitos se entrecruzan tanto...

—Jonas. —Eso fue Pritkin.

—Sí, bueno. En todo caso, ella estaba diciendo que tiene el control de los infiernos, así como los caminos entre los mundos. Toda una figura poderosa.

—Al igual que la diosa griega Perséfone, —dijo Pritkin.

Jonas arrugó la nariz.

—No, no exactamente. Perséfone era la reina del mundo subterráneo, sí, pero sólo debido a su matrimonio con Hades, quien ya se pronunció. Hel era reina por derecho propio. Ella fue una de esas poderosas diosas vírgenes que encuentras dispersas a lo largo de las páginas de la mitología que vivía de forma independiente de la autoridad de cualquier hombre. Lo cual es el por qué no creo que Perséfone encaje bastante a la perfección. Y, por supuesto, la luna no era su símbolo.

—¿El Símbolo de Hel era la luna —pregunté, finalmente, averiguando lo que la banana se suponía que era.

—Sí, el lado oscuro, por lo menos. Ella estaba...

—¿El lado oscuro?

Supongo que mi voz debe de haber cambiado, porque Jonas se levantó bruscamente.

—Sí, ¿por qué?



—Probablemente no sea nada, —le dije, deseando haber mantenido mi boca cerrada. Yo no estaba muy emocionada con la idea de explicarle mi pequeño juguete a Jonas. Pero él estaba parado allí, mirándome fijamente, y yo realmente no tenía una opción ahora—. Es sólo... Tengo este mazo de cartas de tarot y...

—¿Viste algo?

—Bueno, no. Quiero decir, no tuve una visión o algo, tú sabes, mágico...

—Perdóname, querida, pero el tarot en las manos de la Pytia es mágico. Sí, por supuesto. ¿Qué viste?

—Bueno, no es una baraja normal, —le expliqué con torpeza—. Yo no tuve que extenderlas para seguir adelante, sólo la tarjeta...

—La Luna, ¿la puedo tomar?

—La Luna invertida.

—Ahhh. —Jonas se sentó lentamente.

—Como dije, es probable que no signifique nada...

—Oh, yo no estaría tan seguro de eso, —dijo suavemente, mirando hacia el espacio—. No, no. No lo estaría en absoluto, de verdad.

Me senté y lo miré por un rato, pero él no dijo nada más. Pritkin trató de preguntar algo, pero Jonas solo hizo un gesto con la mano.

—Hablen entre ustedes, —dijo vagamente.

Miré a Pritkin sin poder hacer nada. La mayoría de las veces pensaba que Jonas era un astuto viejo bastardo que estaba jugando a algún tipo extraño de juego mental con todo el mundo para su propia diversión.

Pero había días en los que honestamente me preguntaba si el mundo mágico estaba siendo dirigido por un loco completo.

—Ni siquiera es una baraja real, —le dije, tratando de nuevo.

Nada.

—Es un juguete que me dieron cuando era niña.

Nada.



—Ni siquiera elegí la tarjeta. ¡La escogió por mí!

Podía también haber estado hablando con la pared.

—Estaré de vuelta, —dijo Pritkin, al parecer, dándose por vencido. Él salió de la cocina y me fui detrás porque, francamente, estaba volviéndose un poco escalofriante aquí.

—Voy a mi habitación por un momento, —me dijo, cuando se dio cuenta que lo estaba siguiendo. Lo que habría estado bien, si él no hubiera dado la vuelta y tropezado en las escaleras que van desde la sala de estar al vestíbulo.

Se sostuvo antes de caer de cara, y para alguien más, esto no habría sido gran cosa. Me tropezaba sobre ese mismo escalón un promedio de una vez al día. Pero Pritkin no era yo y él regularmente no caía sobre sus propios pies.

Lo agarré antes de que pudiera escapar, y no necesité preguntar cuál era el problema. La sangre se estaba filtrando a través de la parte inferior de su camisa, tintando el suave algodón gris. Por supuesto que lo era, pensé furiosamente. Por supuesto que lo era maldita sea.

—¡Maldita sea, Pritkin!

—Estoy bien, —me dijo, lo que era bastante inquietante, teniendo en cuenta que probablemente diría lo mismo después de perder una extremidad. Me agaché y levanté su camiseta.

—¿Bien? —le dije, mirándolo con enojo. La sangre se estaba escapando de un vendaje que cubría la mitad de su estómago.

—Bastante bien, —dijo, tratando de empujar su camisa hacia abajo. Yo le di una palmada en las manos y empecé a revisar el borde del vendaje empapado con una uña. Ya se había soltado y tendría que ser reemplazado, y necesitaba ver... un apretón de acero atrapó mi muñeca—. Estoy bien, —repitió Pritkin—. Estará curado para esta noche, por la mañana a más tardar...

—¿Y qué tipo de herida te toma ese tiempo para sanar? —le exigí. Yo lo había visto hacer caso omiso de un cuchillo en el pecho en una cuestión de minutos.

—La de un Fey, — admitió.

Dije una mala palabra y comencé a quitarle el vendaje con mi otra mano, pero él cogió esa muñeca, también. Y luego me jaló a mis pies.

—¡Dijiste que ibas a ver a unos amigos! —lo acusé.

—Conocidos.

—¿Tus conocidos por lo general quieren matarte?



—No es totalmente desconocido, —dijo con ironía. Y luego vio mi cara.

—Déjame ir, —le dije peligrosamente.

—¿Así puedes abofetearme?

—¡Así puedo ponerte un nuevo vendaje! —Lo abofetearía más tarde.

Pritkin me dejó ir y salí. No teníamos un botiquín en la suite, teníamos un armario de medicina. Yo no sabía para lo que los chicos se estaban preparando, pero podrían haber equipado una pequeña clínica de allí. Por lo general, pensaba que era una gran pérdida, ya que era la única persona por aquí que podría beneficiarse de esas cosas, y si necesitaba tanto eso era que estaba desahuciada, de todos modos. Hoy en día, estaba agradecida por ello.

Tomé lo que necesitaba y volví a la sala de estar, pero estaba vacía. Encontré a Pritkin en el salón, sentado a la mesa de juego. Supuse que no quería sangrar por todo el sofá nuevo. Los vampiros habían limpiado, dejándonos solos a excepción de un bosque de plantas y de un hombre comiendo chocolate en una esquina.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? —exigí.

El mago rubio saltó ligeramente y miró hacia arriba.

—Yo... Nadie me dijo que me marchara.

—Lárgate. —Lancé los suministros médicos sobre la mesa.

Él se escabulló.

Miré a Pritkin.

—¡Juraste que todo estaría bien!

—Y cómo puedes ver...

—¡Me mentiste!

—No mentí. Yo simplemente no anticipé caminar hacia una... ¿Qué estás haciendo?

Me había arrodillado en el suelo y ahora estaba empujando sus piernas para separarlas así podía caber entre ellas.

—Yo voy a volverte a vendar. Si eres inteligente, te sentaras ahí y me dejaras.

—Yo puedo hacer que mi... —Se detuvo cuando mis uñas se hundieron en sus muslos.



—Abre las piernas y levanta tu camisa, —le espeté. Y para mi sorpresa, lo hizo. El vendaje se desprendió fácilmente ya que este no había sido puesto en forma correcta para empezar, y debajo estaba... contuve el aliento.

Pritkin empezó a decir algo, pero se detuvo cuando lo fulminé con la mirada, tan enojada que apenas podía ver.

—No.

No lo hizo.

La cosa de tener capacidades sobrehumanas de curación es que estás seriamente fuera de práctica, cuando en realidad tienes que hacer algunos primeros auxilios en ti mismo. Al menos, yo asumí que era la razón por la que el vendaje apenas había sido mantenido en su lugar, por qué el trabajo de limpieza por debajo había sido a medias y por qué la línea de puntos negros sosteniendo junta una fea herida roja podría haber sido hecha por clarividente de tres años de edad. O tal vez él sólo estaba tratando de molestarme.

Si es así, estaba haciéndolo muy bien. Estaba tan enojada que mis manos estaban temblando, pero no sabía si era con él o conmigo por dejarlo ir. Maldita sea, debería haber sabido que esto iba a suceder.

Era Pritkin. Él no podía caminar por una maldita calle sin recibir un disparo, y yo lo había dejado ir al maldito Faerie.

Debo haber estado fuera de mi mente.

—¿Supongo que tuviste que coserte? —le pregunté con dureza, yendo a la cocina para echar un poco de agua en un tazón.

—Parecía... recomendable.

Sí. Si la alternativa era derramar tus entrañas por todas partes.

Traje el agua y el jabón para las manos. Marco me había dicho que el peróxido de hidrógeno no era una buena idea en cortes profundos. Al parecer, esto podría causar que se formaran burbujas en el torrente sanguíneo que te matarían mucho más rápido que lo que había causado el corte en primer lugar.

Coloqué todo en el suelo y me arrodillé en el lugar. Pensé en pedirle que se abriera el cierre, porque sus pantalones vaqueros estaban en el camino, pero por lo general él iba sin ropa interior, así que no lo hice. Tiré de la tela para bajarla, la que era suave, vieja y floja, lo suficiente para que yo pudiera ver el trabajo.

Parecía que se había duchado antes de venir, lo cual, irónicamente, lo había dejado limpio, excepto por el gran trozo de piel que había estado cubierto por el vendaje. Empecé con el



sucio y la hierba y Dios sabía que había, de alguna manera, tierra en la herida. Y por una vez, solo se quedó sentado ahí, sin tratar de darme órdenes o criticarme o decirme de una mejor forma de proceder. Era extraño, pero agradable.

—¿Qué pasó? —le pregunté después de unos momentos.

Se aclaró la garganta.

—Me tendieron una emboscada.

—¿Por qué no regresaste a través del portal? —Yo estaba asumiendo que había usado el que el Círculo había abierto recientemente, ya que era más o menos la única opción ahora mismo.

—Lo habría hecho, si hubiera estado cerca de él en ese momento. Pero yo ya había dirigido al pueblo donde uno de mis contactos vive, o debería decir, donde solía vivir.

Un poco de sangre se había secado alrededor de su ombligo. Raspé esta con la uña hasta que salió.

—¿Está muerto?

—¿Qué? —Pritkin sonó un poco extraño.

—Tu amigo. Asociado. Lo que sea.

—Er... no. Por lo menos... No estoy seguro.

Se movió nervioso, yo apreté mi mano en su muslo.

—No lo hagas. —Estaba a punto de empezar a limpiar los verdaderos puntos ahora y no quería arrancar alguno. Se quedó paralizado.

Empujé sus pantalones lo suficiente para poder ver el final de la herida, y no era una vista agradable. Él ya había comenzado a sanar alrededor del grueso cordón negro que había usado como hilo, pero la herida estaba fea y parecía infectada.

Y cuando puse suavemente la palma de mi mano contra esta, era como una línea de fuego en contra de mi piel.

—¿Se supone que debe estar tan caliente? —le pregunté, frunciendo el ceño.

Él no respondió, y lo miré. Y lo encontré mirándome con una expresión extraña, en parte tierna, en parte exasperada, en parte... algo. No tuve la oportunidad de descifrarlo antes de que él mirara hacia otro lado.

—Sí. Cuando estoy sanando.



Decidí aceptar su palabra para esto, ya que no tenía mucho de donde escoger. Pritkin tenía una alergia severa a los médicos, y conocía lo suficiente para sugerir uno. Enjuagué el trapo y cuidadosamente comenzó a limpiar la línea de color rojo furioso.

—¿Qué quieres decir con que no está seguro? —le pregunté—. ¿Acerca de tu amigo?

—Yo quería decir que... su pueblo estaba desierto. Había ropa caída en el camino y muchas puertas y ventanas habían sido dejadas abiertas. Fui a unas cuantas casas, y encontré comida a medio comer en la mesa en una y un perro atado a la parte de atrás de otra. Dejé al perro suelto, y salió por un camino. Lo seguí...

—Por supuesto que lo hiciste, —le dije con amargura.

—... y tomó el camino de los habitantes del pueblo enseguida. Eso en sí mismo era bastante extraño...

Se interrumpió, probablemente debido a que había dejado el trapo un poco demasiado húmedo esa vez.

—Lo siento, —le dije, limpiando las gotas por debajo de la herida antes de que mojaran la parte delantera de sus pantalones. Cerró sus ojos.

—Los Fey son excelentes cazadores y rastreadores, —me dijo ásperamente—. Por lo general son muy difíciles de seguir.

—Pero no esta vez.

—No. Encontré una serie de objetos personales que habían sido desechados en el camino, sin orden ni concierto, como si hubieran caído de... de los brazos de la gente mientras ellos corrían. Había llovido y el bosque tenía una serie de zonas fangosas, y las huellas que vi eran de gente corriendo, también. Claramente, los aldeanos estaban huyendo de algo... —Él miró hacia abajo de repente, su cara un poco enrojecida.

—¿Casi terminaste?

—Casi. ¿Así que los seguiste? —sugerí.

—Sí. Y fue entonces cuando fui emboscado. Yo tontamente no había considerado que ellos podrían dejar a algunos de sus compañeros detrás, para frenar el que los perseguía. Es decir, no lo consideré hasta que... —Él contuvo el aliento.

—Estoy siendo tan cuidadosa como puedo, —le dije, palmeándolo para secarlo.

—Sólo date prisa, ¿lo harás? —dijo con dureza.



—Yo no tendría que hacer esto si hubieras hecho un mejor trabajo tú mismo, —le señalé—. Haber acelerado el proceso de curación no va a hacerte ningún bien si contraes una infección.

—¡No estoy preocupado por una maldita infección!

—Bueno, no tendrás que estarlo ahora, —le dije, golpeando en el nuevo vendaje. Y éste, decidí tristemente, no iba a ir a ningún lugar.

Pritkin me vio trabajar por un momento en silencio.

—Eso es cinta adhesiva, —dijo finalmente.

—Mm-hm.

—Eso es... como mucho, ¿no te parece?

—Nunca está de más estar seguro.

—Pero va a doler como el diablo cuando tengo que quitarlo.

—¿Es así? —lo miré inocentemente y di una palmada en otro pedazo.

Sus ojos se estrecharon, pero antes de que pudiera decir nada, Jonas asomó la cabeza por la puerta.

—¿Están ustedes listos, entonces? —preguntó amablemente.

—Sí, —le dije, recogiendo los productos de limpieza—. Pritkin está a punto de decirnos lo que sucede cuando se sigue un grupo de asustados Fey en un bosque desconocido por sí mismo.

—¿Ah, sí? —dijo Jonas con curiosidad.

Pritkin cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, pareciendo martirizado.

—Terminé colgado de una cuerda, boca abajo, mientras que algunos de los hombres del pueblo me puyaban con lanzas envenenadas, —dijo con voz apagada—. Me las arreglé para convencerles de que no era uno de sus enemigos, pero no antes de que...

—¿Te destriparan como un cerdo? —le pregunté brillantemente.

Se ruborizó y entreabrió un ojo hacia mí, pero cual fuera la brillante réplica que hubiera preparado para soltar fue destruida por Jonas.

—¿Quiénes eran estos enemigos?

—El Alorestri, —dijo Pritkin, sentándose y haciendo una mueca.



—La Fey Verde, —tradujo Jonas para mí—. Ellos comparten una frontera con los Oscuros y han tenido una vez, y otra lucha por la tierra, los recursos, derechos de caza... —se encogió de hombros—, lo que quieras, desde hace milenios.

—Y en la actualidad parecen estar de nuevo, —dijo Pritkin.

—Según los aldeanos, el Fey verde atravesó las defensas fronterizas hace unos días y aplastaron a las fuerzas locales de la Fey Oscura. Ellos estaban huyendo delante de un contingente de Fey Verde que dijeron que estaban en su camino.

—¿Hubo una invasión? —pregunté, mi estómago hundiéndose—. Yo tenía un amigo en la corte Fey Oscura, y me gustaba la idea de él permaneciendo en una sola pieza.

Pritkin se dio cuenta de mi expresión.

—Este tipo de cosas no es inusual, —me dijo—. El ejército de la Fey Oscura se reagrupará y probablemente los enfrentará en unas pocas semanas. Sin embargo, en el transcurso, no hay forma de llegar a mis contactos, o incluso saber a ciencia cierta dónde están. Y sin ellos, no hay manera de saber que te atacó.

Francamente, no podía importarme menos. Yo estaba agradecida de tenerlo de regreso, golpeado y ensangrentado o no.

—Puede que incluso no sea Fey, —le recordé—. ¡Billy ha decidido que es el fantasma de Apollo que volvió a atormentarme!

—Oh no, —dijo Jonas, aparentemente serio—. No creo que sea así.

—Bueno, sí. En realidad no estaba sugiriendo...

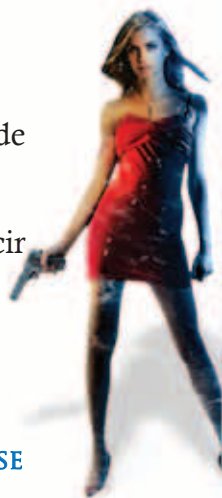
—Este mundo succionador del poder de los dioses, no los alimenta. Es por eso que todas las viejas leyendas hablan de ellos visitando la Tierra pero viviendo en otros lugares: Asgard, Vanaheim, Olympus. Y si ellos no podían alimentarse en vida, ciertamente no podrían hacerlo muertos.

—Sí, bueno. Como dije...

—No, yo creo que los dioses con los que estamos tratando todavía están muy vivos.

—¡Jonas, por favor! —lo miraba con impaciencia—. Esto no es el escalofriante Ragnarok, ¿de acuerdo?

—Sería bueno pensar que sí, —dijo suavemente, de la misma manera que alguien podría decir que sería bueno si no estuviera lloviendo, mientras estás de pie en medio de un diluvio.



Estaba a punto de responder, pero la tetera empezó a silbar distrayéndonos, por lo que regresamos en tropel a la cocina. Jonas hizo té, y yo esperaba por algún tipo de explicación. Una coherente, preferiblemente, pero no tenía esperanzas. Lo cual fue la razón de que fuera una sorpresa cuando un repentinamente enérgico Jonas se sentó en la mesa.

—Tres hijos de Loki, tres dioses que hay que superar, —nos dijo—. Apollo ya ha sido tratado, dejando a dos. La dificultad estaba en saber cuál dios sería nuestro siguiente oponente, pero creo que tu Tarot puede habernos mostrado eso, Cassie. Se trata de una ayuda inestimable, pero nos deja con un enorme desafío.

—Jonas...

Palmeó mi mano. —Ya está casi hecho. Ahora, yo creo que el segundo hijo de Loki, Hel, puede ser otro nombre para la Diosa griega Artemisa. No sólo era una diosa virgen con la luna como su símbolo, sino también asociada con la caza. No personalmente, en su caso, sino en la forma de los Perros Luna que le prestaba a Odin para la Caza Salvaje de cada año.

—Está bien, —dije con cansancio, no porque entendiera de lo que estaba hablando, sino solo porque era más sencillo dejarse ir. Pero, por supuesto, Pritkin tenía que discutir—. Pero Artemisa no era una diosa de la muerte.

—Oh, pero ella lo era, querido muchacho, —dijo Jonas—. Sin duda alguna. Si tú querías una muerte rápida en la antigua Grecia, no rezabas a Perséfone o Hécate, sino a Artemisa, que te daría “una muerte tan rápida como sus flechas”.

—Pero Hécate está más tradicionalmente asociada...

—Pero nosotros no nos preocupamos acerca de la tradición, —interrumpió Jonas, un poco bruscamente—. Hécate no tiene nada que ver con nuestra actual situación, mientras que Artemisa ha estado profundamente involucrada desde el principio. Creo que no hay duda de que la diosa que estamos buscando es Diana.

—¿Buscando? —le pregunté—. ¿Cuándo decidimos...?

Jonas se inclinó sobre la mesa.

—Si asumimos que Artemisa y Hel son la misma persona, como Thor y Apolo lo fueron, entonces se convierte en una persona de la máxima importancia. Según la leyenda, ella está protegida por un feroz perro guardián llamado Garm, y juntos están destinados a derrotar a Tyr en Ragnarok.

—¿Tyr? —pregunté, sintiéndome más confusa por momentos.

—Ares, —dijo Pritkin—. Si el razonamiento de Jonas es correcto.



—Sí, la identificación es un poco más fácil allí, —acordó Jonas.

—Ya en la antigua Roma, se suponía que la guerra de los dioses eran una y la misma. Incluso celebraban a Ares, o Marte, como ellos lo llamaban, el martes.

—¿Por qué el martes? —pregunté, mi cabeza dando vueltas.

—Porque significa “el día de Tyr”. Al igual que el jueves fue nombrado por Thor. —Miró a la pizarra—. Hay, por supuesto, un tercer hijo de Loki, el lobo Fenrir. Fue encadenado por Odín, rey de los dioses, pero finalmente se escapó y lo mató. Pero yo no creo que estemos allí todavía.

Me quedé mirando la pizarra ampliamente decorada por un momento, y el malestar en el estómago se instaló en una familiar, úlcera quemante.

—Espera, ¿estás tratando de decirme que para ganar la guerra, tenemos que matar a dos dioses más?

—Oh, no, nada de eso, —dijo Jonas, y sentí que mi columna vertebral se relajaba ligeramente—. Tenemos que ayudar a que los hijos de Loki los maten.



Capítulo 19

*Traducido por: Yre24
Corregido por Andy Parth*



¿A esto tu llamas almuerzo?

Levanté mi mirada para ver a Marco holgazanear en la entrada de la cocina, con armas enormes atravesando su pecho aún más grande. Cuando Marco acapara completamente la entrada, yo pienso vagamente, él lo hace bien. Limpié el chocolate de mi boca, y bebí un sorbo del ahora tibio té. —Es lo único que hay.

—Te hará enfermar.

Encogí los hombros

Él suspiró y balanceó su enorme muslo sobre la silla de la cocina. Ésta crujió.

—¿Quieres contarle a Papá Marco sobre esto?

—No eres mi papá

—Podría serlo... Ya tuve a una niña pequeña una vez.

Alcé la vista de revisar la caja de caramelo abandonada del mago, tratando de encontrar otro con crema. —Yo no sabía eso.

Él cabeceó —Algo parecida a ti... Excepto que ella sonreía más.

Pensé brevemente en preguntarle qué le había pasado a ella, pero esas eran el tipo de cosas que eran riesgosas con vampiros. La respuesta por lo general no hacía a nadie feliz.

—Yo sonrío —dije en cambio.

—Sólo que no hoy.

—El maldito mago se comió todos los cremosos.



Elevó una de sus peludas cejas —Y yo aquí pensando que solo era que una focha¹¹ te estaba molestando.

—Eso también.

Él se sentó de nuevo y la silla chilló suplicando piedad —¿Qué es lo que pasa esta vez?

Masqué un caramelo. —Bueno, Marco, al parecer estamos en el medio de la versión nórdica del Armagedón y no lo sabíamos. Ares, el Dios de la guerra, está afuera intentando atraparnos y la única manera de derrotarlo es encontrar a Infierno, la diosa, no el lugar, quien también puede o no, ser conocida como Artemis y puede o no actualmente en realidad ser una persona, o un hechizo o un arma o una dona gelatinosa. Pero nosotros tenemos que encontrarla porque, a pesar del hecho de que las viejas leyendas dicen que ella derrota a Ares, ellos dijeron lo mismo acerca del hechizo de *ouroboros* de Apolo, entonces, claramente, las viejas leyendas han sido cacheteadas.

—Uh-huh.

—Entonces, Jonas necesita saber quién o qué o dónde y espera que yo se lo diga. —Lancé mis manos manchadas hacia arriba—. ¿De alguna manera ves como esto trabaja?

—No.

—Yo tampoco.

—Y tú estás aquí sentada comiendo caramelos.

—Chocolates.

—¿Y son diferentes?

—Caramelo es caramelo, chocolate es terapia.

—¿Tienes algún plan para esta tarde?

—Comer más chocolate.

Marco solamente sacudió su cabeza. —No deberías dejar que ese viejo te ponga así. Él está chiflado.

—Sí —Yo estaba simpatizando con la línea de pensamiento que Marco traía.

—De todos modos, ¿A dónde se fue él?

—A casa —O donde sea que va cuando no está volando mi mente.

11 Focha (Old coot): Gallina de río, se usa para referirse a algo poco atractivo e impertinente.



—¿Y el mago?

—Igual. —Al menos, Pritkin ha dicho que se iba a su cuarto. Escogí creerle, porque si bajaba y no lo encontraba allí descansando, lo iba a perder. Y yo estaba lo suficientemente cerca de todos modos.

—Bueno, me voy a la cama —Marco anunció, colocando sus enormes manos sobre la mesa y empujándose con sus pies. Él no necesitaba ayuda, incluso al mediodía, pero a los vampiros les gustaba jugar al mártir cuando llega la salida del sol.

—Yo pensé que habías ido hace una hora.

—Quería esperar a que todos se fueran.

Rodé mis ojos. Sí. Porque Jonas o Pritkin podrían de repente poner un cuchillo en mi cabeza.

Él rizó mi cabello y se fue. Encontré una crema de coco y nueces escondida en la segunda repisa yapestaba a asquerosas y pegostas¹² vísceras. Las cosas que uno veía.

Y Marco probablemente tenía razón en lo de no prestarle mucha atención a Jonas. El chico me dijo en un momento que conocía visiones que no podían ser hechas por órdenes, y al siguiente él preguntaba exactamente eso. Yo había supuesto entregarle a Artemis en bandeja de plata con nada, absolutamente nada para continuar excepto el nombre que podría incluso no ser el de ella.

Yo he tratado de explicarle cuan desagradable es esto. Así como realmente, realmente desagradable. Así como no-va-a-pasar de desagradable. Pero todo lo que él hizo fue decirme que a mí se me iba a ocurrir algo.

Sí, claro

Tú encuentra a alguien, Yo necesito por lo menos una foto, preferiblemente algo que sea de ella o que ella haya tocado, o mejor aún, su dirección de la última residencia o lugar por ella conocido. He incluso después, yo no era un maldito perro sabueso. Yo podría tener un flash de algo o podría no tenerlo bajo estas circunstancias

No, simplemente no. Incluso asumiendo que Artemis en realidad existe, incluso asumiendo que ella era una persona y no una metáfora, hasta asumiendo que Jonas no hubiese convertido toda esta cosa loca en algo brillante agrietándose su cabeza, la respuesta aún sería no. No había fotos, nada personal que le haya pertenecido y ella no ha estado en su última residencia o lugar conocido por algo así como unos tres mil años.

Él lo averiguaría bastante pronto.

12 Asquerosas y pegostas (ooey-gooney): Hace referencia a una sustancia con textura de una mezcla de maicena y agua, mitad solida mitad blanda y de aspecto desagradable.

Suspiré y me recosté en la silla, escuché mi propio crujido de la silla. Probablemente no es un buen signo. Probablemente debería dejar a un lado los cremosos, no es que haya quedado alguno por ahí.

Froté mi cara con mis palmas, sintiendo un pequeño mareo por todo el azúcar. Quizás ordenar algo de comida real sea una idea inteligente después de todo. El teléfono estaba en la encimera, a cinco pies de distancia, pero me parecía realmente lejos por alguna razón.

Suspirando de nuevo, seguí el ejemplo de Marco, colocando mis manos en la mesa y empujándome a mí misma

En cambio me dirigí en la otra dirección.

El espacio comenzó a girar de manera desordenada, mis piernas colapsaron y caí como una piedra. Algo cayó sobre mi cabeza cuando golpeé el azulejo y apareció una grieta con un ruido reverberante en la cocina. Yo miré mareada y confusa y preguntándome por qué había un cuchillo cortando por la mitad el espaldar de mi silla.

Me quedé mirando fijamente por una fracción de segundo la brillante, brillante cuchilla que aún todavía temblaba, lanzando pequeños fragmentos de luz alrededor del cuarto. Y luego me moví.

O lo intenté. Pero la sensación de mareo que me había lanzado al piso hacía difícil el concentrarme. Y cuando finalmente sentí la familiar sensación de bajada en picada apoderándose de mí, esto me hizo tartamudear y sacudirme con fuerza, tambalearme y fracturarme. Y la siguiente cosa que supe, es que estaba arrodillada cerca del refrigerador, mirando fijamente un par de brillantes y familiares zapatos negros.

Los vampiros le debieron haber dicho, pensé vagamente. Estos eran de un color totalmente equivocado para la temporada.

Y luego uno de ellos me golpeó en la cabeza.

Eso duele como una perra, a pesar del hecho que me había echado a un lado en el último segundo y sólo cortó un poco mi oreja. Agarré la puerta del refrigerador y la balancee con fuerza y en eso tres cuchillos encantados rasgaron el material endeble. Acero inoxidable, mi trasero.

Yo podría haber estado muerta pero estaba sobre mis rodillas y los cuchillos pasaron por encima de mi cabeza rompiendo plásticos y quebrando los condimentos, antes de chocar fuertemente contra algo detrás de mí. Yo no podía ver, literalmente, tenía la cara llena de jugo de encurtidos. Pestañee a manera de poder encontrar los cuchillos que hicieron explotar alguna salsa que arruinó mi blusa para siempre, lo cual me preocupaba menos que los ojos que me miraban detenidamente a través de la puerta lacerada del refrigerador.



Ellos podrían haber sido, mi, pudiera-ser, mejor cita futura, unos suaves, enternecedores, ojos azul lavanda, que estaban mirando un pequeño destape de la guerra de magos. Esto realmente no era un problema ahora. Yo estaba mirando perdidamente hacia eso frío y negro y luego les lancé el resto de la salsa y me fui de ahí gateando a cuatro patas.

El mago gritó y eso no fue nada humano, fue un estridente y agudo grito de pura rabia. Los ojos habían sido una gran pista, pero esto lo selló. Lo que sea que me había poseído antes, debe estar dando un paseo en un nuevo cuerpo, obviamente con la idea de terminar lo que había empezado antes.

Increíble

Gatee detrás de la mesa, los ojos ardiéndome, la cabeza dándome vueltas, y mis dedos hurgando por la pequeña bolsa que Pritkin había hecho para mí, sólo para recordar que ya no la tenía aquí. ¡Maldito Niall! Si viviera, lo mandaría de nuevo al desierto, esta vez al maldito Gobi¹³.

Tiré de la puerta del gabinete para abrirlo y avancé lentamente hacia adentro.

No fue tan loco así como suena. Yo tenía que encontrar algo hecho de hierro y tenía que hacerlo rápido. Era esto o emplear la única arma que tenía conmigo, y mientras tanto yo no estuviera asesinando no tendría otra opción, esto nunca había sido como un pobre idiota por el que nadie se había molestado en decirle que encontrarse conmigo era un peligroso trabajo.

Yo realmente no quería enviárselo de nuevo a Jonas en una bolsa de cadáveres. Realmente, realmente no quería. Incluso cuando los cuchillos comenzaron a atravesar y golpear los gabinetes rebotando adelante y hacia atrás en el pequeño espacio como BBs¹⁴ en un frasco. Lo que trajo también que astillas de luz destellaran por toda la cocina, coladeros, tazones, todo en buen estado, moderno, inútil sin un sartén de acero inoxidable en el montón.

Y luego un cuchillo dividió una tubería de agua bajo el fregadero, salpicándome en la cara.

Solo fui cegada por un segundo, pero fue lo suficientemente largo para que una mano me alcanzara y me tirara hacia afuera por el cabello. Eso dolió lo suficiente para que lágrimas llenaran mis ojos, pero también me dejó una oportunidad. Que se joda el Sahara, pensé cruelmente y luego agarré un cuchillo y lo corté y a mis propios rizos.

La pérdida repentina de su agarre causó que el mago se tropezara. Y luego mi pie en su trasero hizo que cayera al suelo. Luego pisotee sobre sus hombros y escuché el sonido del golpe de su cara contra el azulejo y corrí por el pasillo, gritándole a Billy y a mis inútiles, inútiles guardaespaldas.

No lo hice.

13 Gobi: Se refiere al Desierto del Gobi, situado entre el norte de China y el sur de Mongolia.

14 BBs: Hace referencia a balines o municiones para armas.

A mitad de camino, un estallido me golpeó y me lanzó contra la pared más lejana del salón. Mis pies se alejaron del piso, mi cabeza golpeó la pared y un dolor intenso y repentino atravesó mi cráneo. Pero ese no era el mayor problema. Este sería el estar en una capa de revestimiento en la que te sientes aplastada por un fuerte plástico de color rojo oscuro así como un insecto bajo un celofán.

Estaba encogida y empapelada por este celofán, porque en un segundo había moldeado capa pulgada de mi cuerpo, incluidos mi nariz, boca y ojos. Luché con furia, sintiendo al poseído mago aproximarse, aun cuando yo no podía girar mi cabeza para verlo. Tampoco podía mover un dedo o contraer mi garganta para tragar o parpadear mis ojos secos o...

O nada

De repente, era como estar en la bañera una vez más, incapaz de moverme o respirar o incluso pedir ayuda a gritos. ¿Y esto solo era una mala analogía? Yo pensé, cuando el terror me golpeó duro como un puño. Mi corazón latía fuera de control, mis manos comenzaron a sudar, y mi estómago se revolvía violentamente, incluso estaba segura que me iba a empezar a enfermar aquí mismo.

En desesperación, traté de rodar, porque necesitaba ir un pie¹⁵ o menos. Pero ahora, nada sucedía. Yo podría cerrar mis ojos y ver el brillo, la familiar energía, como un océano resplandeciendo poderosamente bajo la luz del sol.

Pero yo no podía alcanzarla. Eso estaba atrapado por la extraña y algodonosa sensación en mi cabeza, así como la pulsera que formaba mi única arma estaba apretada e inútil entre la pared y yo.

Y luego el mago pasó a mi lado

La cara de mirada agradable, ya no parecía tan agradable, deformada por una barrera gruesa y ondulada como una imagen en un espejo de una casa de diversión. Pero yo podía verlo bien de todas maneras, porque él estaba cerca, cerca, tan cerca. Como si quisiera ver mi expresión en el final.

Solo que el final no iba a llegar.

Claro que no, pensé inexpresivamente. ¿Por qué gastar energías matándome cuando todo lo que él ha hecho ha sido estar cerca de mí y mirarme asfixiándome? Yo fui atrapada como un animal, extendida hacia fuera como un trofeo ya montado sobre la pared. De un momento a otro yo estaba pasando de vivir como un ser humano a ser un pedazo inútil de carne, aquellos ojos negros como la boca de un lobo mirando como mi espíritu finalmente dejaba de luchar y me dejaba sin vida.

Mi espíritu.

15 Pie (foot): Se refiere a un pie de distancia, que equivale a 12 pulgadas o 33 cms aprox.



Alguna idea pasó rozando a través de mi cerebro, sólo que fuera de alcance. Yo no podía agarrarla, apenas podía pensar en absoluto, porque yo estaba aterrorizada, Oh sí, yo lo estaba, aun cuando alguien me hubiera advertido sobre esto, hubiese dicho esta es la mejor manera de morir, en una situación donde no tenías que hacerlo. Y él había dicho algo más, algo que había martillado mi cabeza tantas veces, que había conseguido hartarme de la misma palabra.

Una imagen de un par de furiosos ojos verdes atravesó flotando mi visión. Evaluar. El Problema. Ahora.

Está bien, está bien. Por alguna razón, la ayuda no pudo llegar a mí, entonces necesitaba conseguir ayuda.

Trata.

Pero no podía. No podía moverme. Ni siquiera una pulgada, entonces como podría yo...

Pero eso no estaba bien, mi cuerpo no se podía mover. Mi espíritu era una cosa totalmente diferente. Y era una Pythea y las Pytheas podían dejar sus cuerpos, podían cambiarlo al de otras personas, podían...

Pero no podía cambiar, al menos por ahora. Y esto significaba que no podía alcanzar la seguridad de otro cuerpo, no podía hacer nada excepto...

Salir.

Sí, yo podría hacer eso, yo podía dejar mi cuerpo atrás, como si realmente hubiese muerto.

Pero como aún no lo había hecho, esto debe servir como un ancla que me sostiene a este mundo. Pero yo realmente no veía el punto como si me dejara simplemente como un espíritu sin hogar, no mejor que un fantasma. Peor, de hecho, ya que un fantasma tendría una fuente renovable de energía y la mía había sido dejada atrás tan pronto como...

Tan pronto como...

Tan pronto...

No podía pensar, no podía terminar el pensamiento, porque estaba perdiendo la conciencia. Y eso significa fin, y significa fracasar y significa muerte, y cualquier cosa que yo iba a hacer, lo tenía que hacer, tenía que...

Actuar.

Y luego yo estaba tropezando hacia atrás, mareada, desorientada y enferma, pero no tan enferma como cuando le eché un vistazo a mi cuerpo. Diminuto, pálido y desvalido, pegado a la pared, el cabello colocado alrededor de rasgos deformados, el rostro blanqueado por huesos



blancos que daba miedo. El mismo miedo que tienes con una mano cerrada, los nudillos blancos contra el marco de una puerta, una puerta que no se podía atravesar.

Pero yo podía, no quería perder más tiempo, saltando por delante del mago y de mi propio casi cadáver, entré en la bendecida oscuridad del pasillo.

Llamé a Billy, desesperadamente, porque si alguien sabía de estas clases de cosas era él. Pero o el estaba fuera de combate o se había marchado a algún lugar, porque no conseguía ni siquiera un destello de respuesta. Ahora, parecía que estaba por mi cuenta.

Esto era verdad incluso cuando encontré a mis guardaespaldas pasando el rato en una habitación libre jugando póker. Y ellos no parecían relajados. Las corbatas las habían aflojado, los collares estallados, y una cava de hielo en el piso con una docena de heladas botellas¹⁶ que sobresalían del tope. Supongo que así ellos no tendrían que hacer el enorme viaje hacia la cocina.

Donde, tu sabes, ellos podrían ver a alguien intentando matarme.

—¿Cómodos? —pregunté severamente, pero por supuesto nadie escuchó.

Los observé a ellos jugando cartas por un segundo, felices, despreocupados e indiferentes acerca del mago manejador de cuchillos que merodeaba por el apartamento o mi viaje a la tierra del la-la¹⁷ o nada más, sólo a su estúpido, estúpido juego, el cual mandé a volar con un repentino movimiento de mi mano. Billetes revolotearon, fichas volaron y las cartas estaban todas desordenadas en el piso. Y eso fue antes de que yo tumbara su maldita mesa de juego.

Por supuesto, yo sabía que así no era como se suponía que debía trabajar. El nombre del juego para los fantasmas era preservar la energía. Guardar cada diminuto trozo cuidadosamente, celosamente, gastándola en poquitas cantidades y a cuentagotas, y solo cuando sea absolutamente necesario. Porque si se agota iba a morir...

Pero yo estaba muriendo de todas maneras, así que a la basura las reglas. No iba a intentar conservar energía. Las estaba gastando todas en una última juerga loca.

Por lo menos me iba a ir con un estallido, pensé, riendo histéricamente, y luego agarré una cerveza y la lancé a la cabeza del vampiro más cercano.

Fallé, pero hizo un ruido satisfactorio al golpear la pared, entonces lo hice otra vez. Y una y otra vez, los vampiros se tropezaban y atropellaban las sillas y mirando a su alrededor como locos. Varios tiraron de sus armas, pero ellos no tenían a nadie a quien dispararle.

—¿Por qué tengo guardaespaldas, uh? —grité, lanzando una botella contra el aparador, la cual explotó con un satisfactorio sonido al chocar—. ¿Cuál es el maldito punto? —Otro golpe en el espejo, dejando una enorme ventana de grietas que irradiaban desde su centro.

16 Botellas (Longnecks): Hace referencia a las botellas de vidrio de cerveza u otra bebida alcohólica.

17 Tierra del La-la (La-la land): Hace referencia a un lugar metafórico en el que nadie te está prestando atención.



—¡Tenemos que mirarte dormir, Cassie! —Un ruido seco.

—¡Y comer, Cassie! —Un estallido.

—¡Y pintarte tus malditas uñas de los pies, Cassie! —Un aplastamiento.

—¡Y seguirte como un perro en cada paso, Cassie! —Una astillada.

—¡Pero cuando alguien está actualmente tratando de matarme, ¿qué diablos están haciendo ustedes? —Una botella tumbó un adorno, rompiendo su marco decorativo, haciéndolo llover en chispas sobre los ya asustados vampiros.

Y luego paré, no porque se me hayan agotado las cosas que decir, sino porque uno de los vampiros se había fijado en una de las botellas que flotaba misteriosamente. Y él parecía que se iba a orinar encima.

—Ya he tenido suficiente de esta mierda —anunció ferozmente, alineando un disparo.

No me molesté en moverme. Solo meneé la botella provocativamente. —¿La quieres? ¿La quieres hijo de puta?, entonces ven por ella —Y luego corrí como el infierno.

Una bala pegó en la pared a mi lado, otra destruyó la luz del vestíbulo, y una tercera atravesó un bonito cuadro pequeño, perforando a la muchacha directamente entre los ojos.

No me importaba. Yo estaba más afectada por la chica en la pared, quien estaba viéndose muy malditamente azul y muy malditamente muerta. Paré por una fracción de segundo, mirando con horror mis laxos rasgos y mi rostro sin vida, y luego asociado a esto, estaba mi pobre cuerpo abusado y...

Nada.

Oscuridad.

Frío.

Tanto frío.

Silencio.

Hasta que alguien comenzó a gritar. —No te mueras, no te mueras, no te jodidamente mueras en mis brazos...

Y alguien estaba presionando mi pecho y otro más estaba forzando su aliento de humo condimentado en mi garganta, y él realmente necesitaba hacer gárgaras porque esto era muy asqueroso, y luego yo me estaba ahogando, jadeaba y me agitaba débilmente y...



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

Marco me arrastraba contra su enorme pecho en un rápido movimiento —¿Estás bien? ¿Estás jodidamente bien? —él gritó directamente en mi cara.

—Urp —dije brillantemente. Y luego vomité sobre él.



Capítulo 20

*Traducido SOS por Abril. y Little Rose
Corregido por Andy Parth*



Pensé que había una buena posibilidad de que el refrigerador estuviera poseído.

Fue sutil con eso, pero tenía su número. Conocía sus maneras.

Oh sí.

—¿Cómo diablos lo escucharon? —alguien demandó severamente. No podía ver quien era porque él estaba fuera de la cocina. Pero sonó casi como Marco. O como Marco hubiera sonado si quisiera sacarle la cabeza a alguien.

Alguno de los vampiros debió haber pensado lo mismo también, porque él estuvo terriblemente indeciso cuando respondió. —El... aparentemente, el mago lanzó un hechizo silencioso sobre el salón. No pudimos oír nad...

—Me interesa más, saber, por que no pudieron ver. Todos ustedes se reunieron en un solo lugar, sin ver ni una puta vez a su puto carg...

—¡Se suponía que el departamento estaría vacío! —Otra voz, menos intimidada, dijo—. Y ella odia que...

—Entonces jueguen bien, jueguen sus cartas, miren sin hacerlo obvio. Pero mierda, ¡miren bien! —Algo golpeo contra la pared.

Nadie dijo nada. O quizás yo no estaba escuchando. Después de todo, alguien tenía que asegurarse del refrigerador. Había marcas de cortes en el frente, espaciadas regularmente como ojos del mal, brillando con la luz amarilla del interior. Y esa no podía ser la luz normal del refrigerador, ¿o no? ¿No se suponía que se prendía solo cuando la puerta se abría? Creí ver algo moverse detrás de uno de los cortes, pero luego pestañee y ya no estaba.

Oh sí. Lo sabía.

Pritkin entro y se arrodillo junto a mi silla. —No te puedes ir a dormir todavía, Cassie —me dijo, dándome un soplo al corazón en una taza. Olía bien, pero no lo suficientemente bien



como para despertar. Murmure algo y me di vuelta, enterrando mi rostro en el agradable y cálido hombro de alguien que pensativamente me había proporcionado.

Solo para ser movida de nuevo.

Así que suspire y me acurruque en un agradable y cálido pecho.

—Bebe. —Mis manos se envolvieron al rededor de la taza.

La aleje. —No quiero. Quiero dormir.

—Todavía no.

—¿Entonces por qué estoy en la cama?

El suspiró y me empujo a una posición sentada, poniendo la taza, firmemente, en mis manos.

—Un sanador está viniendo y quiere que te quedes despierta hasta que llegue, ¿está bien?

Bebí un poco del café demasiado caliente y le fruncí el ceño a él, molesta aunque no podía recordar por qué. La luz del salón se filtraba, iluminando su cabello rubio en puntas. Decidí que debía ser eso.

—Realmente odias mi cabello, ¿no? —el pregunto, sonriendo tan rápido que creí haberlo imaginado.

—Sí.

—¿Por qué?

Lo alcance para tocarlo, y me sorprendí, como siempre, al encontrarlo suave. Solo un poco rígido en algunos lugares donde estaba el producto que usaba. Se sentía raro, imaginar a Pritkin teniendo algo en su pelo además de sudor. Pero debía tener algo; nadie lo hace por su cuenta.

—Es como... cabello enojado —dije, tratando de aplacarlo y fallando miserablemente.

El capturó mi muñeca. —La mayoría de las personas dice que combina conmigo.

—No soy la mayoría de las personas.

—Lo sé.

Volví a mirar el refrigerador. Podía ver la puerta sobre el hombro de Pritkin, y no estaba cerrada después de todo. Estaba ligeramente abierta, como una boca jadeante. Y una especie de moco multicolor goteaba de la parte inferior.



Condimentos, me dije firmemente.

O al menos eso quería pensar.

—Dryden terminó de abrazar el inodoro —uno de los vampiros dijo, caminando dentro de la cocina—. ¿Necesitamos medicarla a ella también?

—Ella misma se encarga de eso —dijo Marco, uniéndose a la fiesta. El se había quitado la camisa vomitada, pero no se había molestado en ir hasta su cuarto para buscar otra. Eso lo dejaba con unos pantalones gris oscuro, un par de mocasines *Ferragamo* y mucho pelo. Mucho pelo. Tenía pelo hasta en sus hombros. Era como pellejo.

El se agacho al otro lado de mí. —Eres realmente peludo —le dije impresionada.

—Y tú estás realmente drogada.

Pensé sobre eso por un momento. Parecía como una posibilidad externa. —¿Por qué estoy drogada?

—Fueron los malditos chocolates. Siempre pruebo todo antes de que lo comas, pero me senté ahí y mire como descuartizabas la mitad de los malditos...

—No podrías saberlo.

—¡Es mi maldito trabajo saberlo!

Suspire y acerque su cabeza rizada hacia mí. El estaba cálido y rizado, como un gran osito de peluche. Un gran osito de peluche con colmillos.

Le di unas palmaditas suavemente.

—¿Por qué las guardas no detectaron esa mierda? —Uno de los otros guardias demandó con enojo. El era pelirrojo, su cabello en llamas, lo llevaba liso, y combinaba con su elegante traje a cuadros azul. El era uno de los que se habían burlado del mago cuando llegó, pero quien lo había dejado seguirnos dentro. Me pregunté si lo habían criticado por eso.

Probablemente.

—Detectan veneno —Pritkin le dijo—. Y esto era un narcótico.

—¿Y por qué demonios lo hicieron?

—Probablemente esperaban que comiera tantos como para morir —dijo Marco salvajemente—. ¡No tiene que ser veneno para hacer el trabajo si consumes lo necesario! Pero incluso con uno o dos, ella no podría alejarse de ese idiota.



—Ese idiota se comió la mitad de la caja —dijo Pritkin—, con la esperanza de desmayarse antes de que la criatura pudiera hacer uso de él.

—Entonces, ¿por qué demonios no lo hizo?

—El, sin duda, le hubiera dado más tiempo. Desafortunadamente, nuestra reunión fue interrumpida demasiado pronto y Cassie encontró la caja...

Un teléfono sonó. Marco lo sacó de su bolsillo y miro lo que decía. —Tengo que conseguir el resto de mi trasero masticado por el Maestro —me dijo—. ¿Crees que puedes no morir por cinco minutos?

—Trataré —le dije seriamente.

—Ya sabes, si cualquier otra persona lo diría, sería gracioso. —Se fue.

—Lo que no entiendo es cómo sabía esa cosa que ese mago particular entraría —dijo otro vampiro. Era un moreno alto, con un lindo bronceado, y con una chaqueta que ahora estaba cubierta de cerveza—. Nos hemos estado lanzando sobre su fortuna, cazando traseros todo el día. Se habría ido de la misma manera si no hubiera aparecido con el Señor Protector.

—Quizás estaba esperando eso —dijo un tercer vampiro, mirando alrededor. Era otro moreno, con camisa y pantalones marrones. Una corbata azul brillante estaba torcida debajo de su oreja, pero no pareció darse cuenta—. Podría haber estado allí toda la mañana, observándonos, esperando que alguien entrara...

—¿Alguien que justo tenía chocolates envenenados? —pregunto el pelirrojo sarcásticamente.

—No estaban envenenados —dijo el moreno, frunciendo el ceño—. Y podría haberlos obtenido...

—¿Dónde? ¿En la tienda de regalos? —El pelirrojo puso sus ojos en blanco—. Sí, me llevare los que tienen drogas, por favor. ¿Vienen con sabor a menta?

—¡Muy gracioso!

—¡Bueno, sueñas como un idiota! Obviamente, el bastardo las trajo con él, lo que significa que no fue una oportunidad al azar. Estaba planeado.

—Estoy de acuerdo —dijo Pritkin, causando que sus cabezas se giren hacia el—. Pero no por él.

—Tú lo dirías —se mofo el pelirrojo—. Entonces, ¿donde consiguió las malditas cosas?

—Él las traía, pero no estaban con droga. Diría que lo hizo más tarde, bajo la influencia de la entidad.



—¿Con que?

Pritkin busco en su bolsillo y le tiro algo al vampiro, quien lo atrapo fácilmente. Era un pequeño frasco, del que usaban los magos en sus bandoleras o en sus cinturones. Muchos de ellos estaban llenos de una substancia oscura y fangosa que a veces se movía por sí sola, pero este era un líquido solo plano y incoloro.

—¿Y esto que hace? —el vampiro pregunto, sabiamente no abriéndolo.

Pritkin no respondió. El solo se arrodillo junto a mí, con sus ojos verdes evaluando. El sostuvo un dedo arriba.

—Cassie, puedes decirme cuántos...

Lo tomé y reí.

Él miró sobre su hombro al vampiro. —Eso —dijo secamente.

—¿Para qué carajo andaba con esta cosa por ahí? —demandó el segundo vampiro.

—Es útil para capturar, y domar a prisioneros difíciles.

Pritkin se encogió de hombros.

—Así que...es un arma.

—Sí.

—Pero iba a una cita.

Pritkin se veía confundido. —¿Sí?

El colorado alzó las manos al aire.

—¿Cómo sabemos que estaba realmente poseído? —una rubia flaquita preguntó, inclinándose sobre la mesada—. Quizás alguien lo contrató...

—Ha estado en el Cuerpo por diecisiete años —dijo Pritkin.

—¿Y los magos no pueden ser sobornados?

—También proviene de una respetada y acaudalada familia. No tiene necesidad...

—¿Ese tipo? —preguntó incrédulamente la rubia.

—Sólo no se vestía como lo que era —se mofó el pelirrojo.



—No a todos les importan esas cosas —dijo Pritkin.

El pelirrojo lo miró. —Obviamente.

—Chantaje, entonces —sugirió Tan Jacket—. Quizás alguien sabía algo.

—Habrá una investigación —le dijo Pritkin—. Pero sus acciones hablan por él. Si...

—¿Sus acciones? ¡Intentó matarla!

—Intentó salvarla. No sólo intentó comerse los chocolates cuando estuvo lo suficientemente lúcido, sino que disminuyó sus reflejos en la pelea, sesgando su objetivo. Y cuando ella huyó, él lanzó un hechizo menor en vez de una bola de fuego. Luchó así cada paso que...

—¿Y esto cómo lo sabemos? ¿Porque él te lo dijo? —interrumpió Tan Jacket.

—¡Sabemos esto porque ella sigue con vida! —lanzó Pritkin.

—Esencialmente, él y Cassie estaban luchando. Él le dio tiempo, y ella lo aprovechó brillantemente.

Él se inclinó y tomó mi taza de café. Pritkin no se afeitaba hacía días, y yo puse mi mano en su mejilla.

—Eres peludo —le dije seriamente.

Suspiró.

—No entiendo por qué esta cosa necesitaba hacer autostop en primer lugar —dijo el pelirrojo—. Si es lo suficientemente poderosa para poseer a un guerrero mago...

—Cualquiera puede ser poseído si está con la guardia baja —dijo Pritkin cortantemente—. Y nadie está alerta siempre.

—No poseyó a ninguno de nosotros —señaló el vampiro.

—Los vampiros son más difíciles —admitió Pritkin—. Puedes ser poseído, pero toma mucha más energía que poseer a un humano. La criatura puede no haber tenido la fuerza para eso, lo que te obligó a atacar.

—¿Pero por qué necesita que alguien más ataque? Si es una entidad tan grande y malvada, ¿por qué no actuar por sí misma?

—Ya intentó eso —dijo Pritkin.

—Intentó poseerla, no simplemente atacarla. Si puede pasar a los guardias, ¿por qué no ir por todo?



Pritkin se encogió de hombros. —En Faerie, no hay duda de que habría funcionado. Pero afuera de su propio mundo, su poder se debilita.

—Aún no sabemos que es Fey —dijo el vampiro.

—Sí, lo hacemos —dijo roncamente una nueva voz.

Alcé la vista para encontrarme con una figura esbelta y rubia de pie en el marco de la puerta. Por un segundo, lo miré y me miró, y luego grité y lancé mi café, que lo golpeó justo en la ingle. Y supongo que no se sintió muy bien, porque él también gritó, y por un minuto hubo sólo gritos.

Luego Pritkin puso firmemente su mano en mi hombro y yo noté que Dryden estaba flanqueado por un par de vampiros, cada uno de los cuales llevaba sus armas. Parecía que estaban cerrándole el paso más que vigilándolo. Y luego noté otras cosas, como que sus ojos volvían a ser azules y su nariz sangraba y estaba pálido y tembloroso y su traje estaba arrugado y goteaba café.

Olía a salsa picante.

—Lo siento —le dije.

Dryden no dijo nada. Sólo se quedó ahí y me sacudió la cabeza.

Pritkin le pasó unas toallas de papel. —¿Cómo lo sabes?

Dryden tragó y se secó la entrepierna. —Mi...mi bisabuela era Fey —dijo—. De alguna manera, lo sabía. Intentó hablarme...

—¿Sobre qué?

—Eh...no estoy seguro. Yo...

—¿No reconociste el idioma?

—Un poco, pero...

—¡Entonces adivina!

—¡Es lo que intento hacer, si tan solo me dejaras! —lanzó, arrojando con fuerza las toallas sucias a la basura—. Sólo entendí una palabra de cada diez, pero creo...creo que intentaba disculparse.

—¿Disculparse? —lanzó el vampiro pelirrojo—. ¿Por qué?



Dryden frunció el ceño. —¿Por esto? ¿Por casi matarme? ¿Por casi hacerme —se detuvo en seco y me lanzó una mirada, con los labios apretados—. No lo sé. No entendí mucho. Sólo algo como ‘me hicieron hacerlo’, y que ella les temía...

—¿Ella? —preguntó el vampiro.

—Sí. Eso...ella... creo que era femenina. Usaba la forma femenina, como sea. Como les dije, no le agarro la mano al idioma y eso empeora en el dialecto de la Corte Suprema...

—¿Corte Suprema? —ese fue Pritkin.

—Es la versión del idioma que hablan en la corte...

—Sé lo que es —espetó Pritkin—. ¿Cómo lo reconociste?

—¡Porque mi abuela lo hablaba!

—¿Y tu abuela era?

—Una noble de Selkie.

Pritkin maldijo. —Fey Oscura.

El mago no se dignó a responder eso. Me miró e inspiró hondo. —Antes que me vaya, sólo quiero decirte... gracias. —Salió un poco estrangulado.

Lo pensé un momento. —¿De nada?

—¿Sabes por qué te estoy agradeciendo?

Mierda. Esperaba que no preguntara eso. No podía ser por el almuerzo, dado que nunca habíamos compartido uno.

Y supongo que no lo haríamos ahora, con todo lo de las posesiones y eso.

—¿No? —dije, imaginándome que tenía posibilidades del cincuenta por ciento.

Se arrodilló frente a mi silla, o quizás colapsó; no lo sé. No se veía muy bien. —Sé lo que es —dijo roncamente, señalando mi muñeca, donde mi brazalete caía frío y pesado contra mi piel—. Es mi trabajo en el Cuerpo desencantar los objetos oscuros confiscados y... he visto uno como ese antes.

Sus ojos miraron mi cara. Parecía esperar una respuesta. Así que asentí.

—Podrías haberme matado —dijo. Y luego besó mi mano—. Gracias.



Hunt the Moon

CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Sólo se quedó ahí un rato, con la cabeza gacha, de rodillas, como suplicando. O como un hombre proponiendo matrimonio. Comencé a sentirme nerviosa.

Porque la última cosa que necesitaba era otra de esas. Decidí desilusionarlo rápidamente.

—Pareces un buen chico —dije—. Quiero decir, ya sabes, cuando no intentas matarme. Sólo... —suspiré y seguí—: Realmente no quiero salir contigo.

De repente alzó la vista. Sus ojos estaban húmedos, pero su sonrisa era radiante.

—Entonces parece ser que tengo algo más por lo que agradecerte.



Capítulo 21

*Traducido por Shellene
Corregido por Andy Parth*



Según el despertador en mi mesilla de noche, dormí durante siete horas, a pesar de haber dormido ya durante la mayor parte del día. Era casi medianoche cuando me levanté, grogui y tonta y con los ojos arenoso y asquerosos. Y vio a un hombre en el rincón de mi habitación.

No grité, porque el hombre estaba a) sentado, b) leyendo un periódico y c) tenía el brillo dorado los típicos ojos de Maestro de Mircea. Sólo agarré la sábana, porque había estado demasiado colocada como para preocuparme por el pijama, y examiné el sitio por más. Pero no vi a nadie, a menos que se escondieran en el armario o bajo la cama.

¿Y no era ese precisamente un pensamiento divertido?

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigí tras un momento.

Él no se molestó en contestar, apenas volvió otra página.

—¡No tienes que estar en mi habitación!

Nada.

Hablarle a un vampiro al que no le apetece hablar es una de las más grandes pérdidas de tiempo de la vida, así es que no lo intenté. Tampoco traté de moverle, porque los vampiros maestros van dondequiera que les da la gana. Yo simplemente envolví la sábana al alrededor de mí y me arrastré completamente al cuarto de baño.

Estuve de pie en el aire fresco por un minuto mientras mis ojos se ajustaban a la luz brillante sobre todos esos azulejos. Pero aún después de que lo hicieran, todavía me quedé dónde estaba, con una mano en el pomo de la puerta, como si estuviera esperando algo. Finalmente se me ocurrió que estaba esperando otra pérdida de papeles, sólo que mi cuerpo no parecía interesado. Se sentía frío, un poco dolorido y un poco achispado. Pero no especialmente



aterrorizado. Le di un poco más tiempo, hasta que comencé a sentirme estúpida; Entonces dejé caer la sábana y revisé el daño.

No era tan malo. Aparte de poner un nuevo moretón en mi culo y un chichón en mi cabeza, había salido bastante bien de este asalto. Cualquier cosa que esté tratando de matarme va obviamente a tener que incrementar su juego, pensé cruelmente, y me miré en el espejo.

Y juré.

Podría no haber recibido demasiados golpes, pero todavía me veía como el infierno, especialmente mi pelo. No sólo estaba todavía ligeramente verde, sino que ahora faltaba una gran parte. Lo empujé por algún rato con dedos torpes, pero nada parecía ayudar. Probé a separarlo diferente, pero de la única forma que eso funcionó me parecía sospechosamente a un hombre de mediana edad con un peinado en tejadillo. Y aún me hacía parecer que algo hubiera tomado un mordisco de mi cabeza.

¡Maldita sea! No hacía mucho tiempo, mi pelo había sido de un brillante rojo dorado ondulado que caía sobre mi espalda como una capa. Había sido mi única pretensión de belleza real, y había llorado como un bebé cuando tuve que cortarlo, mientras huía de Tony, porque era muy reconocible.

No lloré esta vez. Estaba demasiado malditamente disgustada. Acabo de cepillarme los dientes, me lavé la cara y arrastré mi gran fajo de tela de nuevo a la habitación.

El vampiro siguió sin decir nada, y yo tampoco. Tampoco encendí la luz, lo que era una estupidez, porque probablemente podía ver lo mismo en ambos sentidos. Pero me hacía sentir más desnuda encenderla, razón por la cual me llevó cinco minutos rebuscar, refunfuños, caídas y maldiciones alrededor del armario para encontrar lo que quería.

Finalmente salí con una vieja gorra de béisbol de los Georgia Bulldogs, un par de shorts deportivos de seda azul y una blusa de color rosa desteñida de mi alijo de ropa comfortable. Nada coincidía, pero en ese momento, me importa un comino. Saqué todo de nuevo al cuarto de baño, y después de vestirme, peinarme y ponerme un poco de rímel, decidí que me veía en gran parte normal.

Si las personas normales tuvieran el pelo verde y lo llevaran con sombreros.

El vampiro plegó su periódico y se levantó cuando empecé a salir por la puerta, si bien había otro guarda justo fuera. Él estaba apoyando en la pared, fumándose un cigarrillo, viéndose aburrido y totalmente contrariado. Él no dijo nada y tampoco yo. Sólo pisé suavemente a través del vestíbulo hasta la sala de estar, porque dar pisotones no funciona tan bien con los pies desnudos y en una alfombra.

El resto de la tripulación estaba en el salón, los naipes. Por supuesto que fueron. Sentí ganas de preguntarles si eso es cómo habían visualizado gastar eternidad, pero me preocupé de otras cosas.

Marco estaba sentado en la mesa de juego, haciendo una de sus barajadas elaboradas. Él alzó la vista y una sonrisa curvó las comisuras de su boca.

—¿Qué? —exigí.

—Tú y el bulldog tienen la misma expresión.

—¡Muy gracioso! ¿Qué demonios...

Él levantó una mano.

—En primer lugar, ¿cómo estás?

—¡Estoy bien! O lo estaría si...

—¿Estás segura? Tenemos al sanador a la espera.

Fruncí el ceño. Ahí era donde ese sádico podía quedarse, también.

—No, gracias. ¿Y podemos...

—¿Tienes hambre? Porque tenemos hemos pedido comida china.

—Marco...

—No al servicio de habitaciones, de ese pequeño lugar en la esquina. Pollo Kung Pao, carne con jengibre...

—¡Marco!

Él suspiró y se dio por vencido.

—Le dije al Maestro que ibas a reaccionar así. Pero tienes que ver que tiene sentido, por lo menos hasta que resolvamos esto.

—¡No tiene sentido! No hay nadie en el apartamento excepto nosotros, y la criatura no puede poseer a un vampiro...

—Eso no lo sabemos.

—... o ya lo habría hecho en lugar de andar rondando por el vestíbulo, esperando a que Don Mago aparezca.

—Don Mago —dijo uno de los vampiros—. Me gusta. Voy a empezar a llamarlos a todos así.

—Se me ocurren un par de cosas para llamarles —murmuró otro.



—Y si crees que puede poseer a un vampiro, esto tiene aún menos sentido —señalé—. ¡Acabas de dejarme sola en mi cuarto con uno por horas!

—Tienes razón —me dijo.

—¿La tengo?

—Sí. Obviamente necesitamos dos.

—¡Marco!

Levantó las manos apaciguadoramente.

—Es una broma.

—No tiene gracia. ¡Es como ser una maldita presa!

Él comenzó a contestar, pero el teléfono timbró. No fue la línea principal, sino un teléfono celular negro sobre la mesa de naipes. Marco recogió, recorrió con la mirada la lectura, miró con ceño y colgó el teléfono. Él me miró.

—Mejor eso a ser un maldito cadáver.

—¿No me oíste? ¡Esto no va a servir!

—Lo hará si aquello va por ti. Ya te poseyó una vez...

—Y no va a volver. —Saqué el pequeño con el amuleto de Pritkin. Él me había dejado otro antes de quitarle al mago de la versión del Cuerpo de un hospital. Podría ser apestoso pero me gustaba mucho más que la alternativa.

—Eso sólo funciona con los Fey —indicó Marco, arrugando la nariz.

—Lo que es esta cosa.

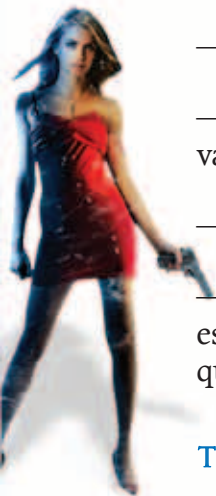
—Lo que esta cosa puede ser. Eso no se ha decidido todavía.

—Habló en un dialecto feérico...

—¿Y los demonios no saben esa mierda? Si está tratando de despistarnos, por supuesto que va a pretender ser otra cosa.

—O tal vez realmente estaba tratando de comunicarse.

—¿Para qué? ¿Disculparse? —El tono de Marco decía claramente lo que pensaba acerca de eso. Él distribuyó otra ronda—. De todos modos, hasta que tengamos una prueba sólida de lo que estamos tratando aquí, el Maestro no quiere correr riesgos.



—Eso no era decisión suya. ¡Es mi vida!

—Sí, bueno. Vas a tener que hablarlo con él.

Puse las manos en mis caderas.

—Está bien, lo haré. Haz que se ponga al teléfono.

—No puedo.

—¿Y por qué no?

—Está en una reunión de alto nivel...

—Cuán conveniente.

—... y me dijo que no le molestara hasta mañana.

—Entonces llévale una nota.

—Eso sería molestar.

—¡Maldita sea, Marco!

El teléfono sonó. Él le echó una mirada, suspiró y lo volvió a dejar otra vez.

—Mira, es sólo por un corto tiempo...

—¡Oh, por favor! —No podía creer que él estuviera intentando eso—. Véndeselo a algún otro. ¡Sé cómo funcionan estas cosas!

Él sacó su cigarro maloliente de su boca y lo puso en el cenicero.

—¿Y cómo funcionan?

—¡Estoy de acuerdo con esto ahora, y tendré a Mutt y Jeff aquí siguiendo todos mis pasos por el resto de mi maldita vida!

El vampiro más alto miró al más bajo.

—Supongo que eso te hace Jeff.

—No soy Jeff. Era un pequeño hijo de puta loco.

—Bueno, Mutt era un idiota.



—Ambos eran idiotas, y callados —les dijo Marco. Él me miró—. Sabes que no tengo voz ni voto sobre esto. Pero ya estás levantada ahora, así que no importa de todos modos. Y puedes hablar con el Maestro por la mañana.

Me quedé parada durante un momento, debatiendo opciones. Porque ceder, siquiera por un par de horas, no era inteligente. Da a un vampiro un centímetro y no tomará un kilómetro, él tomará el maldito continente.

Mi estómago gruñó.

—Pollo Kung Pao —engatusó Marco.

El muy cabrón.

Mircea y yo claramente necesitábamos tener una conversación, pero yo también necesitaba comer. Y sólo uno estaba actualmente disponible. Y me moría de hambre.

—Carne de cerdo agridulce...

—Oh, cállate —le dije.

Él sonrió.

Suspiré.

—¿Pediste rollo de huevo?

Marco abrió las manos.

—Por favor.

Decidí que me gustaría negociar más con el estómago lleno, y birlé una cerveza. Él me repartió, y agarré una silla antes de ver mis cartas con optimismo. Nada, ni siquiera un par de doses.

Típico.

El teléfono sonó.

—¿No puedes desactivarlo? —Uno de los guardias se quejó. Era un rubio atractivo que no reconocí. Probablemente uno de los chicos nuevos.

—Es mi línea privada. Podría ser importante —le dijo Marco lacónicamente.

—¿Tu línea privada? ¿Cómo diablos...

—No lo sé, pero voy a cambiarla mañana. Sólo juega bien tus cartas.



—Lo haría si alguna vez recibiera algo de valor —murmuró el hombre.

Ellos realizaron una apuesta inicial. Yo la doblé. Sonó el teléfono.

—¡Maldita sea, Marco! ¡No puedo jugar con esa cosa sonando cada cinco segundos!

—Entonces no juegues —le dijo Marco.

—Sólo dile al mago que se joda...

—¿Qué mago? —pregunté, y todo el mundo se congeló.

—Gracias —le dijo Marco al tipo ferozmente.

El teléfono sonó. Marco lo había dejado en la mesa y había temblado su camino hacia mí. Así que lo recogí.

—No —dijo él.

Lo abrí y comprobé la pantalla. PRITKIN. Le disparé a Marco una mirada y puse el teléfono en mi oído.

—Ho...

—Maldita sea, Marco, se supone que... —se calló abruptamente—. ¿Cassie?

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo mi ritmo cardíaco acelerarse.

—No hay emergencias, no en este momento —dijo, al parecer, oyendo la alarma en mi voz—. Pero tengo que verte. Voy a acercarme.

—Y un cuerno —dijo Marco, tomando de nuevo el teléfono—. Ya te he dicho...

—Quiero verle —dije, cruzándome de brazos.

Marco me miró, claramente frustrado.

—¡Necesitas descansar!

—Estoy jugando a las cartas y bebiendo cerveza. ¿Cómo es que no descanso?

—Ibas a volver a la cama pronto.

—¡Dormí todo el día!

El timbre de la puerta sonó.



Marco se puso de pie, viéndose en conflicto.

—¿Qué vas a hacer... atrancar la puerta? —pregunté, también de pie.

—Recibí órdenes —dijo a la defensiva.

—¿Mircea te dijo que dejaras fuera a Pritkin?

—Sólo por esta noche. Él no quiere al mago aquí mientras eres vulnerable.

—¡Él es mi guardaespaldas! ¡Cuando soy vulnerable es cuando le necesito!

—Mira, realmente tienes que...

—Hablar de esto con Mircea —terminé por él.

—Sí.

—Bien. Lo haré. —Presioné el botón del menú en el teléfono de Marco.

—Cassie...

Y allí estaba. Apreté el botón. Sonó el teléfono.

—¿Sí? —La voz familiar era suave, sin señales de irritación. Todavía no.

—Dijiste que no ibas a hacer esto.

Hubo una pausa.

—Casandra.

—Guau, simplemente nos lo saltamos por la derecha, ¿no? —le pregunté, furiosa.

—Se suponía que estabas dormida.

—Lo estaba. Y luego me levanté para darme cuenta de que soy una prisionera.

—No eres una prisionera.

—¿Entonces puedo salir?

Otra pausa. —En la mañana, cuando puedes transportarte.

—Así es que sólo soy prisionera por la noche, ¿es eso?



—Es por tu protección.

—¿Y cómo funciona eso, exactamente? He sido asaltada dos veces. ¿Y dónde estaban ellos en ambas ocasiones?

—Fuiste vulnerable la primera vez debido a nuestra ignorancia de la amenaza. Fuiste vulnerable la segunda porque un mago proveyó un conducto a la criatura...

—¿Y eso explica por qué no puedo ver a Pritkin?

Una tercera pausa. Esto tenía que ser una especie de registro. Mircea generalmente tenía preparada la defensa.

—No. Considerando la probable naturaleza de la entidad que ha estado atacando, creo que el brujo es una amenaza por méritos propios.

—¿El qué?

—Él tenía un demonio criado en un tiempo, ¿no? ¿Encerrado en ese golem de batalla que ideó?

Fruncí el ceño.

—Supongo.

—Entonces es un brujo, no simplemente un mago. Sólo los brujos pueden convocar a los demonios en su ayuda.

—¿Hay un punto?

—Simplemente que los brujos son una clase notoriamente inestable. Son propensos a un comportamiento extraño, cada vez más con la edad, con algunos enloqueciendo con el tiempo. Es uno de los motivos de que muchos magos eviten la especialización, a pesar del poder añadido que les ofrece.

—Pero Jonas tuvo un golem, una vez —protesté—. Él me lo dijo.

—¡Perdóname, Cassie, pero Jonas Marsden apenas es un ejemplo de conducta equilibrada!

Punto.

—Y estamos hablando del brujo Pritkin.

En realidad, no lo estábamos. Porque Pritkin no era un brujo. Su habilidad con los demonios no llegaba a través de una cierta magia arcana, sino porque él mismo era mitad demonio. Su padre era Rosier, El Señor de los Incubos, lo que hacía de Pritkin algún tipo de demonio



príncipe. O algo así. Yo realmente no sabía lo que le hacía, ya que él odiaba esa parte de su linaje y casi nunca hablaba de ello. Pero no pensaba que mencionar que estaba siendo custodiada por el hijo de un príncipe del infierno probablemente fuera bien.

Por supuesto, ni era esto.

—Él es un amigo.

—¡Esas criaturas no son amigas, Cassie! Son interesados, hambrientos de poder...

—Dicen lo mismo de los vampiros.

—... e impredecibles. Por no mencionar que éste bien puede ser parte demonio.

—¿Qué?

—Ese es el rumor que Kit ha oído. Y eso explicaría porqué se cura tan rápido, ¿cómo ha vivido...

—Mucha gente es parte de algo, otra parte de...

—Pero la mayoría de ellos no se molestan en ocultar grandes áreas de su pasado. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de Kit, ha sido incapaz de descubrir nada sobre el hombre antes del último siglo...

—¡Porque él no había nacido!

—Ambos sabemos que ese no es el caso.

No dije nada. Mircea había visto recientemente a Pritkin en un viaje que habíamos llevado atrás en el tiempo. Y mientras que los magos tienden a vivir más de un siglo más que la mayoría de humanos, era un poco difícil de explicar por qué él había envejecido unos cinco años en unos doscientos.

Por supuesto, no pensaba intentarlo. No creo que la explicación que Pritkin había estado en el infierno parte de su vida probablemente lo hiciera parecer más digno de confianza.

—Me gustaría que consideraras despedir al hombre —dijo Mircea de repente. Me tomó por sorpresa, lo que sospeché era el punto.

—No puedo hacerlo.

—Cassie...

—Le necesito —le dije rotundamente—. Si él no me hubiera estado entrenando, podría haber muerto...



—O podrías no haber estado en peligro en absoluto. ¿Has notado que tus problemas con la especie demoníaca siempre parecen llegar cuando el brujo está cerca?

—¿Qué sugieres?

—Que quizá él es la fuente de la amenaza, en vez de su solución.

—¡Eso es ridículo!

—¿Lo es? Sólo sé que cada vez que tienes problemas con demonios, él está allí.

—¡Él es mi guardaespaldas! Se supone que debe estar...

—Tienes guardaespaldas.

—Sí, sólo creo que a la mayoría de ellos les gustaría una nueva misión. Y éste no era un demonio.

—Según él.

—Bien, ¡confío en él!

Pausa número cuatro.

—Yo no.

Y ahí estaba, tan claro como cualquier desafío jamás dado. Y para subrayarlo, como si fuera necesaria otra cosa, Marco tranquilamente tomó el teléfono de mi mano y lo puso en su bolsillo trasero. Su expresión decía claramente que no estaba saliendo otra vez.

Muy bien, entonces.

El timbre de la puerta sonó.

Eché un vistazo alrededor de la habitación. Una cosa acerca de hoteles de Las Vegas, especialmente aquellos construidos antes del uso generalizado de los móviles, es que ponían líneas terrestres por todas partes. Los ejecutivos ocupados necesitaban acceso instantáneo a los imperios que perdían en el juego y no me alojaría en cualquier lugar que no las ofreciera. Como resultado, había no menos de tres teléfonos a la vista, uno en la sala de estar, uno en el bar y el que estaba sentado en el mostrador de la cocina.

Y casualmente había un vampiro merodeando cerca de cada uno de ellos.

Bien, entonces.

Me di la vuelta y volví a mi cuarto.



Como era de esperar, no había móvil en el bolso. Realmente no esperaba uno. Cuando un maestro vampiro daba una orden a sus hombres eran concienzudos en cumplirla. Y Marco nunca había sido un holgazán. Pero había cosas que un vampiro no podía notar, sobre todo uno que había andado por ahí tanto tiempo como él.

Regresé al cuarto de baño, encendí el extractor y la ducha y puse Led Zeppelin a todo volumen en la radio integrada.

Los vampiros no usan los baños casi nada, sobre todo los aseos. Y, por supuesto, la limpieza mantenía el lugar limpio. Como resultado, estaba dispuesta a apostar que los chicos afuera nunca se habían preocupado siquiera en abrir la puerta del aseo.

Y luego supe que no lo habían hecho, cuando la abrí y vi lo que esperaba, aún, otro teléfono, esta vez en la pared. Era grande y un poco de aspecto complicado, como algo que debería haber estado en el escritorio de un secretario ejecutivo, no sentado por encima del dispensador de papel higiénico. Pero estaba allí, y cuando descolgué el auricular, recibí un tono de marcado.

Pritkin lo cogió al primer toque, como si hubiera estado esperando la llamada.

—¿Todavía tienes las llaves de Jonas? —pregunté en voz baja.

Hubo silencio por una pulsación, como si no hubiera estado esperando eso. Pero se recuperó rápido.

—Veré lo que puedo hacer.

Colgó el teléfono y yo también después de esperar unos minutos más, apagué el agua y regresé a mi habitación. No podía cambiarme de ropa, porque alguien podría darse cuenta. Pero me puse un sujetador, me calcé un viejo par de zapatos y metí algo de dinero y las llaves en el bolsillo. Luego volví a la sala.

Los chicos estaban jugando al póquer, ahora en silencio, ya que no había necesidad de mantener el audible golpeteo para el ser humano. Por lo que no enmudecieron cuando entré y tomé mi cerveza a medio terminar. Sin embargo, diez pares de ojos observaron cómo hice mi camino a través de la sala y luego a la terraza.

Las campanillas de viento estaban tintinando de la brisa que soplaba desde el desierto. Hacía calor, pero después del congelador que los vampiros habían mantenido dentro, se sentía bien. Me quedé en la barandilla, bebí la cerveza y esperé.

—¿Hay algún problema? —preguntó Marco, asomando la cabeza por la puerta.

—Necesito algo de aire.

Me miró con desconfianza, pero creo que sus órdenes no llegaban a mí en realidad confinada



a mi habitación. Regresó al juego, y yo regresé a mi cerveza. Ni siquiera la había terminado cuando mi auto se presentó.

—Lo mejor que puede hacer en el corto plazo —me dijo Pritkin, agarrándome el brazo mientras gateaba sobre la barandilla. Y en el asiento delantero de un destartado descapotable verde que estaba al ralenti en el aire veinte pisos de altura.

—No hay problema —le dije, luchando por vivir mientras el desvencijado auto escupía humo a las atónitas caras de media docena de vampiros, que habían tardado una fracción de segundo, demasiado tiempo para averiguar lo que estaba pasando.

—*Cassie* —oí el enfurecido bramido de Marco detrás de mí. Pero para entonces ya estaba fuera de allí, volando lejos en la gran estrella añil disparada por encima del Strip.



Capítulo 22

*Traducido por Siennah
Corregido por Curitiba*



Eres un hijo de puta insensible.

Pritkin miró hacia arriba, saliéndose de la lectura atenta de la pieza de papel manchada que se hacía pasar por un menú y me dio lo que probablemente pensó era una mirada inocente. No lo era. No pensaba realmente que esa fuera una expresión con la que realmente estuviese familiarizada. —¿Hay algún problema?

—¿Me alimentas de tofu mientras tú has estado comiendo aquí? —Hice un gesto hacia la agrietada Formica, los sillones de cuero anaranjado y a las sucias ventanas de lo que tenía que ser el más grasiento de los grasientos lugares de Las Vegas.

—Nadie come sanamente todo el tiempo.

—¡Eso no es lo que dices siempre!

—¿Y escuchas lo que te digo?

—Sí. —Él sólo me miró—. A veces.

—Lo cuál es el punto. Si te dijera que comieses bien la mayor parte del tiempo, entonces lo harías solo de vez en cuando en el mejor de los casos.

Empecé a responder a eso, y luego me di cuenta que no tenía una ofensiva. —
Entonces ¿por qué traerme aquí ahora?

—Porque algunos días, todo el mundo necesita de pizza.

En aquello, al menos, podíamos estar de acuerdo. Él ordenó para nosotros, lo cual normalmente me habría molestado, pero no había mucho del menú para elegir. Este no era tanto un restaurante sino una cantina, ordenas pizza y cerveza o te vas a casa.

A menos que ordenases helado. Me decidí por un batido de chocolate en vez de más cerveza, y sin embargo Pritkin no dijo nada, su expresión era elocuente. —Vas a ponerlo lejos de mí de todos modos —le señale.



—¿Algo más? —preguntó secamente—. ¿Anillos de cebolla? ¿Pastel?

—¿Tienen pastel?

—No. —Fue enfático en eso.

Estaba de demasiado buen humor para discutir el punto. El asiento se estaba pegando a mis piernas, un resorte roto estaba apuñalando mi nalga izquierda, y el aire acondicionado, si bien estaba presente, era totalmente inadecuado para agosto en Nevada. Pero estaba fuera. Había ganado esta ronda. Y esta noche, tomaría todas las victorias que pudiese obtener.

—¿Vas a explicarme lo que está sucediendo? —preguntó, después de que la camarera se había ido—. Cuando intenté...

—Espera un minuto.

Había una vieja Rocola en un rincón, con vidrio sucio y títulos amarillentos, ninguno de los cuales tenían menos de veinte años de edad. Pero tenía el repertorio entero de Joan Jett, así que lo alimente con un par de monedas y escogí una selección. La calidad del sonido no era la mejor, pero ese no era mi principal interés, de todos modos.

—Es Mircea —dije, cuando volví junto a él—. Él tiene esta loca idea de que tú eres un peligro.

La mandíbula de Pritkin se tensó. —Lo sé.

—¿Lo sabes? Te ha dicho...

—No tiene que hacerlo. Pero tienes que asegurarle de que no soy una amenaza en ese sentido.

—Tengo —dije con impaciencia—. Pero si estas cosas siguen sucediendo...

—No continuaran sucediendo. Solo fue una vez.

Fruncí el ceño. —¿Una sola vez?

Por alguna razón, se ruborizó. —Sin ninguna consecuencia.

—Bueno, ¡perdón por pensar que era bastante importante! Cada vez que algo quiere matarme, lo tomo en serio.

Pritkin se pasó una mano por el pelo, el cual no necesitaba la tortura añadida. —No era mi intención restar importancia al significado de lo que ocurrió...

—¡Espero que no!

—... te aseguro que eso no volverá a suceder.



—No puedes saber eso.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos, con esa mirada en la que parecía haber ira en ellos. —Sí, ¡malditamente puedo saberlo!

Me quedé allí sentada, confundida, ya que repentinamente se levantó y se acercó a la rocola. Recibió una mirada de una mujer de una cabina cercana en su camino, y se quedó en él. Él todavía estaba en los mismos jeans que antes, se había puesto una camiseta de color gris verdoso en la parte superior. Aunque no podías ver gran parte de esta debido al largo abrigo de cuero que llevaba para cubrir el arsenal que todos los magos de guerra acarreaban.

Pero de alguna manera lograba encajar todo sin protuberancias notables, ya que el cuero marrón oscuro se ajustaba elegantemente por sus anchos hombros. Del mismo modo, los confortables viejos jeans abrazaban a un físico duro como una roca, y la camiseta sacaba a relucir el brillante color de sus ojos. Pritkin nunca sería convencionalmente apuesto, su nariz era demasiado grande, no llegaba a los seis pies por lo menos por tres pulgadas y sólo recordaba afeitarse la mitad del tiempo.

Pero no tenía ningún problema en entender por qué ella estaba mirándolo.

—¿Esto es lo que escuchas? —preguntó, dándome la espalda mientras examinaba títulos de canciones.

—Es *"I Love Rock'n Roll"*. Es un clásico.

Eso me hizo ganarme una mirada oscura por encima del hombro, pero no dijo nada. Él sólo saco un par de monedas de sus jeans e hizo una selección propia. Y, ¡oh, Dios mío!

—¿Johnny Cash?

—¿Qué tiene de malo Johnny Cash? —preguntó, volviendo a sentarse.

—¿Qué tiene de bueno?

—El Country se basa en la música folclórica, la cual ha existido por más siglos...

—Y también las plagas.

—...que los que tú llamas clásicos. Por miles de años, bardos cantaban sobre los mismos temas básicos, amor y pérdida, lujuria y traición, y terminaron influyendo en todo el mundo desde Bach a Beethoven.

—¿Así que Johnny Cash es Beethoven?

—De sus días sí.



Rodé mis ojos. Eso era tan erróneo. Pero por lo menos *“Ring of fire”* cubría la conversación bastante bien.

Me incliné hacia delante y baje la voz. —No estaba tratando de ser ruda hace un minuto. Sólo quería decir que, para los vampiros, un demonio parece la causa más probable, y Mircea decidió...

—¿Demonio?

—Sí, demonio.

Pritkin frunció el ceño. —¿Y eso que tiene que ver con esto?

Le miré fijamente. —Bueno, ¿de qué estamos hablando?

—No estoy seguro.

Tomé un respiro. —Mircea piensa que eres un brujo —dije, despacio y con claridad—. Él decidió pensar que esa es la razón de que hayas vivido tanto tiempo, el por qué eres tan fuerte como...

—¿Es eso lo que él te dijo?

—Sí. ¿Por qué?

Miró lejos. —Por ninguna razón.

Esperé, pero no dijo nada más. Y después de una pausa, le inste a que continuara.

—De todos modos, es por eso que le dijo a Marco que te encerrase por la noche. Tenía miedo de que llamaras a alguien más...

Pritkin resopló.

—...mientras yo no pudiera cambiar.

—Sí, estoy seguro de que esa era su principal preocupación.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —exigí.

—No. —No dijo nada más, aún si lo hubiese planeado, porque la camarera regresó con nuestras bebidas. Se sirvió cerveza, inclinando el vaso para minimizar la espuma, ya que este no era el tipo de lugar donde el personal de servicio lo hacía por ti—. Si te dijeron que no me veas hasta mañana, ¿por qué llegar a estos extremos? —preguntó, después de que ella se fuera—. ¿Por qué simplemente no estar de acuerdo?



—Porque no podía. Los v... —me detuve a mí misma. La rocola se había quedado en silencio, y tenía una especie de miedo de lo que él podría seleccionar después. Así que decidí modificar mi lenguaje—. Ellos sacarían a relucir esto una y otra vez, para ver dónde están los límites. Y si no los peleas al principio, ellos esperaran que lo hagas todas las veces.

—¿Lo que significa...?

—Que si no me hubiese ido, la próxima vez no lo podría haber hecho, El “Es sólo por esta noche, Cassie.” Se podría haber convertido en “Es solo por esta semana, o este mes o este año...”

—Y ellos deciden ver hasta donde empujarte cuando sabes que eres vulnerable. —Sonaba como si no esperase nada menos.

—No eligen —dije, frunciendo el ceño. Ya que Pritkin asumía siempre lo peor de los vampiros—. Probablemente pensaban que dormiría toda la noche y que nunca despertaría. Pero lo hice, y en su sociedad, no puedes permitirte el lujo de ignorar un reto como este. Si lo haces, se te etiqueta como débil, y esa es una cosa muy difícil de deshacer.

Pritkin parecía confundido. —¿Estás tratando de decir que Marco quería que le desafiaras?

—Esto no se trata de Marco. Él solo estaba siguiendo órdenes.

—Entonces ¿Mircea quería que lo desafiaras?

Me eché a reír. —No.

Pritkin estaba comenzando a verse exasperado. —Entonces, ¿qué...

—Mircea quiere que haga lo que se me dice. Le encantaría si hiciese lo que me dicen. Pero él no lo respetaría. Él no me respetaría.

Me tomó un momento para trabajar en mis movimientos, los cuales eran tirantes, fuertes y como un dolor de cabeza que provocaba frío. Me había dado por vencida en explicar algo de vampiros a cualquier mago, mucho menos Mircea a Pritkin. Pero él había preguntado, y le debía una, así que lo intenté.

—Mircea no dio la orden esperando que yo alguna vez la sepa —dije—. Pero él la dio, y una vez que él se negó a dejarlo sin efecto, se convirtió en un desafío directo.

Los ojos de Pritkin se estrecharon. —¿Y no podías ignorarlo porque eso te habría hecho quedar mal?

Tuve que pensar por un momento a cómo responder a eso. Era sorprendentemente difícil a veces poner en palabras las cosas que había aceptado como orden natural desde la infancia. Pero no eran naturales para Pritkin, o para la mayoría de los magos, a menos que sean los que



trabajaban para los propios vampiros. Y ellos no se hablaban mucho.

—No me hubiera hecho quedar mal —dije finalmente—. Me habría hecho quedar como si me estuviese tratando como: un siervo favorecido. Alguien para ser acariciado, mimado y protegido, y que obedece lo que le dicen. Porque eso es lo que los sirvientes hacen: toman órdenes. Pero no es así como uno de sus pares habría respondido.

—Pero él no hubiera intentado eso con uno de ellos.

Solté un bufido. —Por supuesto que lo haría. Hacen este tipo de cosas todo el tiempo, se prueban entre sí, viendo si hay alguna grieta en la armadura de la otra persona, cualquier debilidad que tal vez no hayan notado antes. Y si encuentran una, la explotarán.

—Suena como si estuvieras hablando de un enemigo, en lugar de un... amigo —dijo secamente.

Negué con la cabeza. —Es parte de la cultura.

—¡Eso no lo hace correcto!

—No hace que esté mal, tampoco. Es la forma en que determinan el rango. Si callan antes las demandas de otro Maestro, sobre todo sin pelear, entonces estás aceptando que él o ella te superen. Y después, todo el mundo aceptara eso también.

—Pero tú no eres un... —Pritkin se detuvo—. Tú no eres un Maestro.

—Pero tengo que ser tratada como uno.

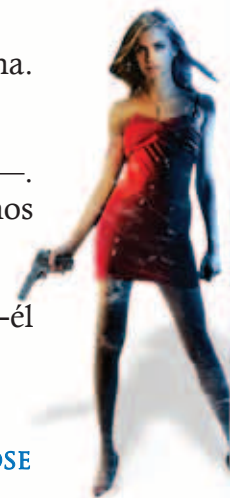
—¿Por qué? —Él parecía disgustado. Como si la idea de que cualquier humano quisiera realmente encajar en la sociedad vampírica fuera insondable. Por un momento, pensé en decirle cómo muchos humanos eran rechazados cada año por tribunales mucho menos ilustres que los de Mircea. Pero de alguna manera, no creí que fuera a ayudar.

—Porque no hay otra alternativa —le dije en su lugar, mientras nuestra pizza de pepperoni obstruye-arterias nos era entregada. Era al estilo Nueva York, lo que significaba que las porciones eran tan grandes que tendría que doblarla para comerla, y un goteo de grasa corrió por mi brazo. Suspiré feliz.

Pritkin comenzó a trabajar en su propia comida, pero para mi sorpresa, no cambio de tema. —Explícamelo.

—Sólo hay tres tipos de... nosotros... en lo que a ellos respecta —dije, entre bocado y bocado—. Siervos, presas y amenazas. No hay categoría para aliado o socio, ya que esto requiere vernos como iguales, y simplemente ellos no lo hacen.

—Se han aliado con el Círculo, por lo menos durante la duración del actual conflicto —él argumentó.



—Sí, bueno. Las palabras tienen significados diferentes para distintos grupos —respondí.

—Y ¿qué significa “aliado” para el Senado? —pregunto Pritkin previsiblemente.

Dudé, intentando pensar en una frase que no fuera “carne de cañón.” —Solo digamos que no pienso que estén pensando en una estrecha real asociación.

—Más vale que lo estén —dijo con gravedad—. Necesitamos fuertes aliados. Tenemos suficientes enemigos.

No hubo argumento a eso.

—Mi punto era que, ahora mismo, soy vista como una sierva especialmente útil, al igual que los humanos que protegen sus tribunales durante el día o invocan escudos para ellos. Y mientras yo siga órdenes, acepte restricciones y haga lo que me digan, es eso lo que voy a seguir siendo.

—¡Entonces desafíalos!

Hice un gesto alrededor. —¿Y qué es lo que parece esto?

Él me lanzó una mirada. —Estás comiendo pizza. Eso no es un duro desafío.

—Lo es para sus estándares.

—Lo que quiero decir, es salte de eso. —Hizo un gesto fuerte—. Diles que se vayan al infierno. Podrías ir...

—¿A dónde? —exigí—. ¿Con el Círculo? ¿Dónde quién sabe cuántos compañeros de Saunders todavía estén dando vueltas? ¿A mi encantadora corte?

—Vas a tener que instalarte en tu corte, tarde o temprano.

—Más tarde, entonces. Después de la alianza.

Cogí el queso en tiras, y él frunció el ceño. Pero creo que mi salud no era la causa, porque lo que dijo fue —¿Que alianza?

—¿De los seis senados? ¿En la que Mircea ha estado trabajando todos estos meses?

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

Me encogí de hombros. —Tener una Pithia amigable con los vampiros es la carta de triunfo en su argumento. Es algo que los vampiros nunca han tenido. Siempre se han sentido como



si estuvieran en el exterior de la comunidad sobrenatural, que la Pythia era parte del arsenal del Círculo, no de ellos.

—Y ahora piensan lo contrario.

—Es la mejor solución. —Conocían a Mircea. Y cuando me miraban, chica de veinticuatro y recién salida del cascaron, dudaba de que tuvieran algún problema en creer que me podía controlar con su dedo meñique. Lo cual no era un problema para mí si nos ayudaba a conseguir la alianza.

Y mientras él no empiece a creerlo, también.

—Pero ¿si eres súbitamente retirada? —preguntó Pritkin—. ¿Si eres asesinada por ejemplo?

Negué con la cabeza. —Sé lo que estás pensando, pero eso no pasaría.

—¿Por qué no? Lo has dicho tu misma, eres la única Pythia que los vampiros alguna vez han sentido como suya. Tu reemplazo probablemente vendría del grupo de Iniciados del Círculo.

—Lo que no los haría felices. Pero no están por causa mía. Están aquí debido a la guerra y porque Apolo mostrándose les hizo cagarse de miedo. Yo solo estoy para endulzar el trato.

—Pero si alguien no les conoce lo suficientemente bien para saber esto...

—Entonces no sabrían por qué se están reuniendo en el primer lugar. Ellos han estado usando la coronación y algunas otras cosas como cobertura, mientras entrevén a fondo los detalles. Como quien llega...

—Y Mircea está intentando utilizarte como un argumento a favor para su consúl.

—“Intentando” sería la palabra correcta.

Pritkin se tragó un bocado de una grandiosa porción grasienta. —¿Por qué? Acabas de decir...

—...que soy vista como una pitonisa amigable ante los vampiros, sí. —Me encogí de hombros—. Pero se necesita un poco más que eso. La mitad de los senadores no está convencida de que sé qué demonios estoy haciendo. Es fácil para ellos imaginarme estando bajo el pulgar de Mircea. Es un poco más difícil para ellos creer que soy lo suficientemente fuerte como para ser un activo real.

—Y sin creer en esto, están discutiendo y disputándose el liderazgo en lugar de hacer algo sobre la guerra.

—Más o menos, así es.

—Típico.



No dije nada, de lo que había visto, la política del Círculo no era diferente, pero no estaba de humor para discutir sobre ello. —De todos modos, el punto es que estoy mejor donde estoy justo ahora...

—Eso es debatible.

—...que ser habilitada para trabajar con el Senado, tengo que ser aceptada por ellos, y no como una sirvienta. Una sirvienta recibe órdenes, ella no las da. Pero así es como es mi trabajo ahora, ¿no?

Me miró con ojos exasperados, verde brillante en las luces bajas de la cena. —La anterior titular de tu oficina daba órdenes, y eran obedecidas.

—¿Lo eran? —Mastique fuerte. Estaba quemaba débilmente en la parte inferior y en los bordes, con pequeñas burbujas en la masa un poco aquí y allá. Perfecta—. ¿Con qué frecuencia Agnes persuadía al Senado de hacer algo que no querían hacer?

—Estoy seguro de que hubo varias veces.

—Di una.

Frunció el ceño.

—Sí. Puede ser que le hayan dejado jugar un poco, debatiendo algún asunto que en realidad no les importaba un comino, y haciéndole creer que había tenido una victoria. En particular, si querían algo a cambio. Sin embargo, ¿realmente darían parte de su soberanía a una persona que veían como alguien que estaba en el bolsillo trasero del Círculo?

—La pitonisa se supone que es neutral.

—Trata de decirle eso a un vampiro. —Cogí su mano mientras alcanzaba más pimienta roja—. ¿En serio?

—¿Qué?

Señale con la cabeza hacia su actual porción de pizza, la cual estaba casi completamente roja y no por la salsa. —Vas a ocasionarte un ataque de acidez.

—No puedo tener acidez.

—¿Qué? ¿Nunca?

—No.

Le dejé ir. Eso era totalmente injusto. Yo comía antiácidos como si fueran caramelos.



—De todos modos, no estábamos en guerra en el reinado de Agnes, así que esto no importa tanto —le dije, mientras sacaba un paquete a medio terminar de Roloids de mis shorts—. Importa ahora.

Pritkin arqueó una ceja. —¿Y piensas que salir por la noche va a hacer que te respeten?

—Más que quedarme lo hubiera hecho. —Mastique un par de pastillas, mientras él pensaba en ello.

—Todavía suena como algo que un enemigo haría —dijo—. Empujar, para probarte...

—Un enemigo usaría la información para hacerme daño —señale—. Mircea nunca haría eso. Al menos, no lo intentaría de esa manera. Pero enterrarme bajo un montón de guardias, restringiendo a quién podía ver, donde podía ir... me está haciendo daño.

—Es también más seguro —dijo Pritkin, luciendo agrio. Probablemente porque estaba siendo forzado a estar de acuerdo con un vampiro.

—¿Puedes decir eso después de los últimos días? —Me senté en contra el asiento—. Ningún lugar es seguro. En ninguna parte he estado a salvo. Voy a tomar las precauciones necesarias, incluso las poco razonables a veces. Pero no voy a vivir como un prisionero.

—Solo serán dos meses.

—¡Ha sido toda mi vida! —dije, más duro de lo que pensé, porque nadie entendía eso. Ni Mircea ni Pritkin, ni Jonas, a quién le hubiera gustado añadir un par de docenas de magos de guerra a la multitud de guardias que ya estaban dando vueltas por la habitación. Nadie entendía eso, desde que podía recordar había estado encerrada. Como si hubiese hecho algún crimen que no recordaba, pero que tenía que continuar pagando.

Esto realmente se estaba volviendo frustrante.

—Estás hablando de ese otro V... tu viejo tutor —dijo Pritkin.

Asentí con la cabeza y me metí otro antiácido. Tony tenía ese efecto en mí.

—Pero te escapaste de él. —Pritkin sonaba extrañamente reticente de repente, como si estuviera seguro de que yo no quería hablar sobre esto, que lo finalizaría, que le callaría. Tal vez porque eso es lo que él habría hecho, si la situación fuera al revés. Él era la persona más callada con respecto a su vida que cualquier otra persona que he conocido, bueno, salvo cierto vampiro, y mientras sabía más que la mayoría de la gente, no sabía mucho.

Pero no me importaba decirle a él. De hecho, quería, quería que alguien finalmente lo entendiera. —Me escape dos veces, en realidad. Pero nunca me salí. Tony estaba siempre allí, al menos en mi mente, justo sobre mi rastro.



—Porque le instalaste allí por lo que le hizo a tus padres.

Asentí con la cabeza. —Traté de arruinarlo, ponerlo en fraude fiscal, porque no sabía cómo matarlo. No funcionó, pero sabía que él nunca lo olvidaría, nunca dejaría de buscarme.

—Y parte de ti quería que no lo hiciera.

Casi araño con la uña la etiqueta de la botella de cerveza vacía de Pritkin, pero subí mi mirada a eso. Porque hasta que él lo dijo, no me había dado cuenta completamente yo misma. —Tal vez —dije lentamente—. A lo mejor parte de mí quería ese enfrentamiento que nunca tuve. Pero no sabría que habría hecho si hubiera venido a buscarme. No soy una asesina entrenada, e incluso si hubiera estado...

—No eres una asesina —dijo Pritkin rotundamente.

—A veces, realmente, realmente quisiera serlo.

No preguntó, no dijo nada. Pero me di cuenta que quería. Dudé, porque no tenía previsto hablar de esto. Nunca había hablado de esto. Pero no había manera de que él lo entendería sin esto.

—Eugenie —dije finalmente, y estaba orgullosa de mí misma. Salió bastante estable.

—¿Eugenie?

—Mi institutriz. Tony le dijo a su gente que había ayudado a que escapara, que sabía dónde estaba. Pero mintió. Sabía eso incluso antes de ver su rostro mientras ella estaba allí en pedazos, sangrando a sus pies.

—¿La mató sin razón alguna? —preguntó Pritkin con cuidado.

Me reí y arranqué la etiqueta. —Oh, tenía una razón. Él era un miserable, llorica, hijo de puta cobarde y vengativo, que estaba furioso de que una pequeña humana haya estado tan cerca de destruirle. Alguien tenía que pagar por ello. Alguien tenía que sangrar. Y si se trataba de alguien cuya muerte sabía que iba a hacerme daño, mucho mejor.

Y había dolido tanto como si hubiese estado allí, desangrándome yo misma. Pero lo peor era el miedo paralizante que le había seguido. Pasé de ser alguien que había arriesgado todo sólo para verle caer a ser alguien demasiado asustadiza hasta de salir de mi propio apartamento.

—Los primeros seis meses después de que le dejara fueron los peores de mi vida —le dije—. Porque ya no me estaba manteniendo presa, lo estaba haciendo yo misma. Estaba tan segura de que me encontraría, segura de que terminaría como Eugenie, que no hice nada. No iba a ninguna parte, excepto para buscar trabajo, comprar alimentos, solo porque lo tenía que hacer. Y luego me iba directamente a casa. Gente que actualmente está en prisión tenía más contacto humano de lo que yo tenía.

—Pero tenías un compañero de cuarto —dijo Pritkin.

—Eso fue después. Después que empezara a ir a lugares de nuevo, conocer gente... después que lo entendiese.

—¿Que entendieses que cosa?

—Que esto era mi vida ahora. Y que podía dejar que un hijo de puta decidiera cómo iba a vivirla, dejar que el miedo decida o podía decidir yo. Y decidí, no le iba a dar a Tony este tipo de poder. No le iba a dar a nadie algo más de mi vida.

—Entonces un día solo despiertas y dejas de tener miedo. —La expresión de Pritkin no había cambiado, pero por alguna razón, parecía casi enojado.

Recordé mi rendimiento hace un día, desplomada en un montón de hipos llorones en el piso del baño, e hice una mueca. —No. Quiero decir, no lo haces, ¿verdad? Por lo menos, nunca lo he hecho. Y pienso que podría haber ocurrido hasta ahora si hubiese pasado.

—Entonces, ¿qué hiciste? —Se inclinó sobre la mesa, lo suficientemente cerca como para hacer un mapa del anillo de jade alrededor de cada iris, y el pálido color ámbar verde que oscurecía la capa de dorada alrededor de las pupilas. Había estrías, rayos de oro, y motas de color marrón y verde esmeralda, las cuales se mezclaban en un verde sin fin.

Hermoso, pensé al azar por un segundo, hasta que bruscamente se fue hacia atrás y miró hacia otro lado.

—Sigues, de todos modos —dije, después de una pausa—. Y, sí, tienes miedo a veces. Pero es mejor que tener miedo todo el tiempo. Mejor que dejar que tu vida sea el miedo y nada más. Por lo tanto, no, no voy a dejarles encerrarme “por mi propio bien.” Voy a tomar tantas precauciones como sea posible. Pero voy a vivir.

Pritkin se pasó una mano por el pelo. —Sí —dijo bruscamente—. Lo harás.



Capítulo 23

*Traducido por Paaau y LizC.
Corregido por Curitiba*



Caminamos hacia fuera un poco después para encontrar a un trío de vampiros, merodeando en el estacionamiento, junto a una SUV negra y brillante. Pritkin maldijo, pero yo no estaba sorprendida. Tenía sobre mí, que yo supiera, 3 hechizos de rastreo, y dos de ellos eran del Senado. El punto de salir no había sido escapar; había sido... bueno, hacer un punto.

Lo que yo obviamente no había hecho, o ellos no estarían aquí.

Era tarde o, para ser exacta, realmente temprano, y el estacionamiento estaba oscuro. Una solitaria farola filtraba un charco amarillo claro en la esquina, iluminando el pavimento agrietado, y una cerca de cadenas caídas. Pero a los costados del edificio, la mayoría de la luz provenía de una señal parpadeante dentro del comedor. Un color rojizo se proyectaba a través de la cara de los vampiros, lo suficiente para que me diera cuenta de que no se veían felices.

Eso fue especialmente verdad, cuando Pritkin se dirigió hacia allá y agarró a uno de ellos del cuello. Era la rubia guapa que se había quejado del teléfono. Supongo que cuidarme era su penitencia.

O tal vez era que estaba siendo aplastado contra el costado de su SUV.

—¿Estás tratando de matarla? —gruñó Pritkin en el momento en que un moreno lo tomó como si lo estuviese estrangulando.

—Rompe la suya, y yo romperé la tuya —dijo el moreno sin rodeos—. Y sé quién se va a recuperar primero.

En vez de responder, Pritkin sacó una pequeña parte de su escudo. Fue sólo un matiz azul contra la noche, de apariencia insustancial como una burbuja de jabón.

Pero el brazo del moreno salió volando de su cuello, como si estuviese saludando.

La rubia no gruñó; su expresión decía que estaba cerca de él. Me miró por encima del hombro de Pritkin.



—¿Puedes sacarme de encima a tu pit bull? ¿Por favor? Acabo de comprarme este traje.

—¡Y ellos te enterrarán si no me contestas! —le dijo Pritkin duramente.

—¡Demasiado tarde! —dijo el vampiro, dejando al descubierto sus blancos colmillos brillantes.

—¡Para! —dije—. Pritkin, ellos sólo están parados ahí.

—¡Y poniendo una señal de neón sobre tu cabeza en el proceso!

No entendí eso, pero aparentemente el rubio sí.

—¿Por qué nos tomas? —respondió él—, ¿aficionados?

—Bueno, técnicamente, yo lo soy —dijo un pequeño vampiro tímido. Estaba encaramado en el capó de la SUV, mirando la escena con grandes ojos.

Todos lo ignoraron. Él se veía como si se lo esperase.

—¿Alguien te siguió? —demandó Pritkin, dándole a la rubia una sacudida.

—¡Muérdeme!

A Pritkin no pareció gustarle esa respuesta, juzgando por la forma en que los ojos del rubio sobresalieron de pronto. Giró hacia su amigo.

—¿Simplemente te vas a quedar ahí?

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó el moreno en italiano.

—¡Dispárale!

Un hombre musculoso se levantó cuando se encogió de hombros.

—No lo conseguiremos a través del escudo.

—¡Entonces ayúdame a drenarlo!

—La chica podría objetar.

—¡Sí, la chica podría! —dije en el mismo idioma.

El vampiro de pelo negro miró levemente sorprendido.

—Tu italiano no es tan malo.



—Crecí en la corte de Tony —le recordé.

Él sonrío, un repentino destello de blanco, en una guapa cara color olivo.

—Eso explicaría el acento.

Pritkin comenzaba a verse colorado, lo que usualmente, según me había enseñado la experiencia, precipitaba dolor a alguien.

—¿Podrías por favor responderle? —pregunté.

El vampiro le robó un cigarrillo a la rubia, el cual no estaba en posición de objetar, y se tomó su tiempo en encenderlo. Él era alto, con el cabello negro corto para minimizar la tendencia a formar rulos, juzgando por unos pocos en su cuello. Eso no era de viejos: muchos vampiros jóvenes usaban su cabello corto, incluyendo a muchos que pertenecían a Mircea. Pero ellos tampoco tenían una barba incipiente o un tribal adornando uno de sus bíceps, o se vestían en jeans y una camisa negra apretada.

—Somos nuevos, volamos anoche —dijo él finalmente, tomando una calada. Resopló y miró a Pritkin a través del humo—. Mago, ¿por qué alguien nos seguiría cuando no saben quiénes somos?

Pritkin pensó sobre eso un poco, y finalmente liberó a la rubia. El vampiro se tomó su tiempo enderezándose, cepillando las arrugas de su traje color gris plata. Luego me miró.

—Necesitas tenerlo con una correa —dijo cruelmente.

—¿Podría alguien explicarme lo que está pasando? —pregunté.

—Lo que pasa es que tu seguridad depende de que nadie sepa en dónde estás —me dijo Pritkin, aún mirando a los vampiros—, y teniendo en cuenta la forma en que partimos, nadie debería. Salimos directamente a una línea, al amparo de las salas del hotel, y no la dejamos hasta que estuvimos a medio camino de la ciudad. Nadie nos vio, un hecho bueno si alguien guía a tus enemigos directamente hacia ti.

—Bueno, no lo hicimos —escupió la rubia, frotándose el cuello con el pretexto de acomodar una ajustada corbata color bordeo.

—Esa es la razón de por qué Marco no vino detrás de ti él mismo —me informó el moreno, recostándose contra la SUV.

—¿Cuál?

El cigarrillo brilló contra la noche cuando hizo un movimiento imprudente con la mano.



—Los paparazzi lo marcaron. Fue asaltado fuera del Hotel hace un par de días por una multitud que gritaban preguntas, que querían fotos...

—¿De él?

—De ti. Eres noticia de primera plana. ¿No has visto los periódicos?

—No últimamente. —Y considerando lo que ellos habían impreso la última vez que miré, era probablemente lo mejor—. Pero no he visto ningún reportero...

—No se les permite estar en el Hotel.

—Y no es que tú exactamente uses la puerta principal —añadió la rubia—. Soy Jules, por cierto. —Extendió una delgada mano, la cual tome después de una pequeña vacilación. Si tenían la intención de meterme en la SUV, lo harían cooperara yo o no—. Y estos son Rico y Fred.

—¿Fred? —Miré a Mousy, porque no había forma de que el moreno fuese un Fred. Él sonrió débilmente.

—Me pasa mucho eso —dijo él—. Estoy pensando en cambiarlo. ¿Qué opinas de André?

Pensé que nunca había visto a alguien que se pareciera menos a un André.

—¿Así que Marco está asustado de los paparazzi? —pregunté con escepticismo.

—Mejor dicho es al revés. —Sonrió Rico.

—Trató de hacerle algo anatómicamente imposible a uno de sus hombres —me dijo Fred.

—No imposible —dejó Rico salir un suspiro pensativo—. La cámara podría haberse adaptado, aunque el caso...

—¿Qué pasa con el trípode?

—No creo que haya ido en serio con el trípode.

—Los paparazzi no son el problema —interrumpió Jules, dándoles una mirada—, pero si lograran saber que Marco es tu guardaespaldas, tipos más peligrosos también podrían hacerlo. No se arriesgaría a guiar a nadie hasta a ti, así que nos mando a nosotros.

—¿Para hacer qué? —pregunté, bastante segura de que ya lo sabía.

—¿Lo quieres textualmente?

—Menos la blasfemia.



Labios fruncidos. —Bueno, eso será más corto.

—¿Qué. Dijo. Él?

—¿Parafraseándolo? “Déjala terminar su pizza y entonces arrástrala de vuelta aquí. Por el pelo, si es necesario”.

—¿No lo entiende? —demandé—. ¡Esa es la clase de actitud que me obligó a irme!

—Oh, él lo entiende —dijo Rico—, sólo que no lo quiere.

—¿Me importa un demonio lo que él quiera! Tiene que entender...

—Él entiende que tienes 24 años —me dijo Jules, deslizándose la caja de cigarrillos de vuelta hacia su amigo.

—¿Qué tiene de malo tener 24 años?

—Nada. A menos que estés lidiando con un hombre que tiene más de 1000.

Pestañeeé. —¿Qué?

—Marco —confirmó él, tomando un cigarrillo—. Vio la caída de Roma, o eso dicen.

—La caída de... —paré y miré—. Gladiadores, Coliseos, hombres en minifaldas de cuero... ¿“esa” Roma?

—Esa sería.

—No mencionaría las minifaldas —aconsejó Rico—, Marco solía estar en el ejército.

—Hay que preguntarse cómo alguien los tomaba en serio —dijo Jules.

—Creo que si te reías, ellos te cortaban las bolas.

Jules hizo una pausa, a medio camino de encender su cigarrillo, la llama bailando en unos grandes ojos azules.

—Eso debió ser.

—Pero... ¿por qué está él trabajando para Mircea? —pregunté. Vampiros así de viejos eran miembros del Consejo, o encabezaban poderosas cortes. No trabajan para amos que tenían el tercio de su edad.

Jules se encogió de hombros.



—Tú tendrás que preguntarle; yo siempre he temido hacerlo. Pero puedes ver que él no reacciona bien cuando alguien que él considera un niño...

—Un feto —dijo Rico.

—...Ignora una orden.

—¡Una orden que él no tiene ningún derecho a dar! —dije acaloradamente.

—Técnicamente, el amo la había dado...

—¡Él tampoco tiene derecho a darme órdenes!

—Me gusta ésta —dijo Rico—, es luchadora.

Le di una mirada, la que no tuvo efectos, excepto el de agrandar su sonrisa.

—Creo que Marco creyó que, si él ha tenido que seguir órdenes después de todo este tiempo, ¿por qué tú no? —preguntó Fred.

—Porque soy Pythia —dije, luchando por ser paciente.

El pestañeó, obviamente confundido.

—¿Y?

Levanté mis manos.

Jules le frunció el ceño, pero no por mí. —Para.

—Me está volviendo loco —dijo el pequeño vampiro, tirando de la monstruosidad de poliéster alrededor de su cuello.

—Te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme. ¿Y por qué tengo que usar una corbata? Rico no lo hace. —Miró fijamente al moreno.

—Rico es la ley para sí mismo —dijo Jules secamente.

—Bueno, no estoy acostumbrado a esto.

—¿A qué estás acostumbrado? —indagué, preguntándome cómo un chico como Fred encaja en la familia de Mircea que es más... brillante.



—Sólo uso ropas, ¿sabes? —dijo él, sacando su pelo marrón de sus ojos—. Quiero decir, a nadie le importa como se ve un contador, siempre y cuando haga el balance de libros. No que aún usemos libros, pero sabes que yo...

—¿Eres un contador? —preguntó Pritkin bruscamente.

Fred dio un salto, y luego consideró a Pritkin con cautela.

—¿Por qué no debería ser un contador?

—Porque se supone que eres un guardaespaldas.

—Bueno, lo soy. —Los ojos de color gris cambiaron—. Quiero decir, ahora lo soy. O sea...

—Quiere decir que no es de tu incumbencia —interrumpió Jules.

—Bueno, a mí sí me importa —señalé—. ¿Qué está haciendo él aquí?

No obtuve una respuesta, porque la cabeza de Rico se activó. Él no se movió ni se puso tenso, por lo que pude notar, pero de pronto había algo peligroso en él.

Pritkin también debe haberlo pensado, porque su expresión se apretó.

—¿Contador?

—Nunca dije que lo fuera —dijo Rico, sus ojos en la calle vacía.

—¿Entonces qué eres?

—Puedes decir que soy del escuadrón de solución de problemas.

—¿Solución de problemas?

Puso una mano en la parte trasera del cinturón de su pantalón.

—Veo problemas, y disparo.

—Bueno, no les dispares —dijo Jules irritada—. Tenemos suficientes problemas.

—¿Dispararle a quién? —pregunté.

—A los del Círculo —me dijo Rico, con el acompañamiento de un auto que chirriaba al dar vuelta la esquina y se metía al estacionamiento.

En verdad era una Limusina, del tipo que llevaba a los grandes apostadores, a los recién casados, y cualquier que tuviese un fajo de billetes en Vegas. Eran casi tan omnipresentes



como los taxis, y a menudo usaban calles traseras como esta así evitando las calles colapsadas. Pero las 10 o más personas de rostro sombrío que se juntaran estaban demasiado apagados y demasiado abultados con armas escondidas para no ser otra cosa que los hijos favoritos del Círculo.

—¿No sé supone que ya habíamos pasado esto? —le pregunté a Pritkin, mientras un conocido mago de 6 pies y 5 pulgadas salía de la limusina y atravesaba el estacionamiento. La imponente montaña de músculos tenía la piel del color del café, un corte estilo militar y una cara guapa, cuando no estaba mirando como si quisiera rasgar a alguien.

Esta era una de esas veces.

—¿Qué demonios? —exigió con su voz profunda, incluso antes de haber llegado hasta nosotros.

—Hola, Caleb —dije, resignada.

—Se me pidió que la sacara; así que la saqué —dijo Pritkin oscuramente.

—¡Se te dijo que le trajeras dentro!

—¿Traerme dentro dónde? —pregunté.

—HQ —dijo Pritkin—. Después de que Jonas se enteró de este último ataque, insistió...

—¡Y en cambio, las has traído aquí! —Caleb hizo un gesto marcadamente—. En medio de la maldita Vegas, en medio de la maldita noche...

—Ella está perfectamente a salvo...

—... con un puto guardaespaldas...

—¿Qué te parece que hacemos? —exigió Jules.

—... ¡y la mitad del mundo buscando por ella!

—Creo que el término es “hígado picado”¹⁸ —dijo Fred.

—Están buscando por ella en el hotel —espetó Pritkin—. No aquí.

—¿Cómo diablos lo sabes? —exigió Caleb—. No sabes lo que es esto, ¡se le dijo el anciano tanto como a ti mismo!

—¿Llamaste a Jonas? —pregunté, descifrando eso.

18 Término coloquial utilizado para indicar que está siendo ignorado.



—Para preguntarle si tenía alguna idea de qué te atacó —dijo Pritkin—. Después de lo que David Dryden nos dijo, tuve una sospecha, pero esta no es mi área de...

—¿Sospecha de qué?

—De lo que estamos tratando. —Él sacó algo de su abrigo y me lo entregó a mí. Era un dibujo a lápiz, en gran medida sombreado, que se parecía mucho a...

Miré hacia arriba. —¿De dónde sacaste esto?

—Hice que uno de los artistas del Círculo lo creara, a partir de unos dibujos antiguos.

—¿Viejos dibujos de qué?

—De Morrigan.

—¿De quién?

—La esposa del Rey Fey Oscuro. Después de la descripción que me diste de lo que viste, y de lo que dijo David sobre el dialecto del Tribunal Superior, y de lo que tu siervo mencionó acerca de los dioses con la capacidad de poseer... bueno, pensé que era posible. Particularmente a la luz de ese nombre.

—¿Qué pasa con el nombre?

—Es un título Celta. Algunos lo traducen como la “Gran Reina” o “La Reina Detestable”. Pero la versión más antigua, y creo, la correcta, es “El Fantasma de la Reina”. Los textos antiguos hablan de que era capaz de tomar ambas formas, la física y la espectral.

—Pero... ¿esto es Fey? —pregunté, mirando a lo que parecía ser un cuervo atrapado en una tormenta eléctrica. Un muy malo, y enojado cuervo.

—Sí y no. Su madre era una Fey Oscura, pero su padre fue uno de los antiguos dioses.

Sentí que mi estómago se hundió. *Por favor, por favor, por favor...*

—¿Te importaría adivinar cuál de ellos? —preguntó.

—En realidad no.

—Cassie...

—Esto no tiene por qué ser de Ragnarok —dije tercamente—. El Rey Fey Oscuro no es mi mayor fan, lo sabes. Tal vez la envió...

—Es posible. Pero el hecho es que Morrigan era adorada por los antiguos celtas como una diosa de la batalla, porque su padre creía que era...



—No lo digas.

—... la diosa Celta Nuada...

—No estoy escuchando.

—... quien se asocia con el Romano-Británico Mars Nodens...

—Te lo ruego.

—... quienes muchos estudiosos comparan con el Dios Griego Ares.

—¡Maldita sea, Pritkin! Jonas no puede tener razón, ¿de acuerdo? ¡No puede!

—No estoy diciendo que la tenga. Sin embargo, parece extraño, si, de hecho, esto fue causado con intención, que ella pidiera disculpas y le dijera a David que “ellos” la obligaron a que lo hiciera.

Saqué otro antiácido. Caleb maldijo. —¡Y sin embargo, sabiendo que esto podría estar detrás de ella, aún la traes aquí!

—¡Mejor que en alguna parte donde fuera probable que mirara!

—Espera —dije, haciendo crujir la basura calcárea de cereza y tratando de pensar—. ¿David está seguro de que eso es lo que ella dijo? ¿No había dicho que era terrible con el idioma?

—Sí. Es por eso que mandé a uno de nuestros lingüistas a visitarlo. Ella no podía estar segura, sin haber escuchado las palabras por sí misma, pero dijo que David parecía tener el quid de la cuestión.

—Está bien, pero aún así. “Ellos” la obligaron a hacerlo. —Tendí la imagen sarcástica—. ¿Quién haría algo como esto?

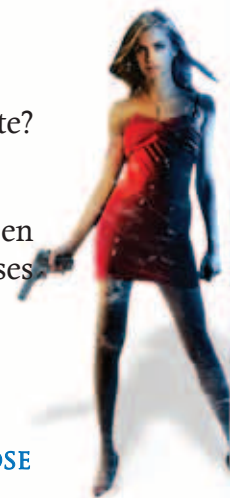
—Su padre, probablemente.

Maldita sea, debería haber sabido que iba a decir eso.

—¡Pero Ares no está aquí! ¡Ninguno de los dioses están aquí!

—Bueno, parece que éste está —señaló Fred a cabo—. ¿Y cómo es que funciona, exactamente? Pensé que todos ellos fueron expulsados de regreso en ese entonces.

—Sí, fueron —le dijo Pritkin lacónicamente—. Pero los semidioses tienen un humano, o en este caso, un Fey, padre, dándoles un ancla en este mundo. El hechizo de desterrar a los dioses no les afecta a ellos.



—Sin embargo sabiendo que un dios o un semi-dios o lo que demonio sea quizás está detrás de ella, la trajiste hasta aquí de todos modos —dijo Caleb, repitiendo por millonésima vez por todo lo que valía la pena. Tenía que cederle eso al sujeto; le dio un nuevo significado a “mente cerrada”. —¿Dónde está completamente indefensa!

—Ella difícilmente está indefensa...

—Gracias —dijo Jules indignada.

—Yo estoy con ella. Y lo que sea que esa cosa fuera, puede pasar a través de las salas. Lo cual significaría que no estará más segura en HQ que en la suite. Le dije a Jonas que le preguntaría a Cassie a dónde quería ir y...

—Sí —dijo Caleb con amargura—. ¡Y él me dijo que la quería en algún lugar seguro!

—Lo estará...

—Tan pronto como la llevemos de vuelta a la suite —se entrometió Jules.

—Ella no va a volver a esa trampa mortal de suite —espetó Caleb—. ¡Y se acabó!

—No es una trampa mortal —protesté.

—¡Lo es mientras no puedas cambiar lejos! Como le expliqué a ese vampiro mentecato, dejándote en ese lugar, mucho menos drogada e insensible, era prácticamente como pedir otro...

—¿Has hablado con Marco? —dijo Pritkin bruscamente.

—Sí, nosotros...

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos. Yo...

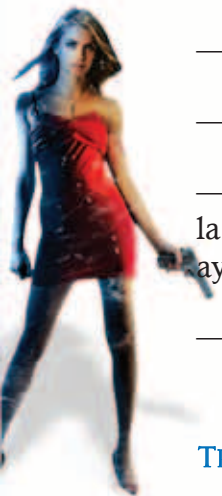
—¿Por teléfono?

—No, nosotros...

—¿Cómo, entonces?

—¿Me dejarás terminar una frase? —dijo Caleb enojadamente—. Cuando no apareciste con la chica, Jonas asumió que no habías sido capaz de sacarla de la suite. Él nos envió para ayudar, pero ese maldito vampiro no nos dijo...

—¿Estuviste por el hotel?



—Sí...

—¿Y después viniste aquí?

—Mierda —dijo Rico, y me agarró del brazo.

Y lo siguiente que supe, fue que estaba en la camioneta.

Era casi como cambiar... no recordaba moverme, abrir la puerta del auto o sentarme, pero allí estaba yo de todos modos. Parpadeé hacia Rico, quien se encontraba en el asiento del conductor frente a mí, durante un segundo. Hasta que fue arrebatado por la puerta aún abierta y saliera volando.

—Hechizo de lazo —dijo Fred, cuando su compañero se estrelló contra la parte superior abierta de un contenedor de basura, al otro lado del lote—. Odio esas cosas.

Me asomé a la parte delantera, para encontrar a la pequeña vampira instalada en el asiento del pasajero. —¿Cuándo has entrado?

—Hace un minuto. Pensé que nos iríamos pronto.

—No me di cuenta.

—Sí. —Suspiró—. Me pasa mucho eso, también.

—Me gustaría tener ese problema —murmuré, mirando a Pritkin y Caleb gritándose el uno al otro afuera, mientras que un Rico cubierto de basura cruzó el lote en un borrón. Un segundo más tarde su agresor salió volando en el lateral de un camión. Y un segundo después, cuatro magos de guerra asaltaron a Rico.

Suspiré y me arrastré sobre el asiento.

—¿Es siempre así? —preguntó Fred, cuando Jules se echó andar, con una sonrisa falsa pegada en su cara y una mano apaciguadora levantada, sólo para que alguien la usara para lanzarlo contra la camioneta. Me estremecí de nuevo cuando se golpeó la cabeza contra el parabrisas, ese hermoso perfil haciendo un impresionante conjunto de grietas en el vidrio supuestamente irrompible.

—No —le dije a Fred, cuando Jules lo quitó de encima y saltó de nuevo en la pelea—. Esto es bastante tranquilo, en realidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mirándome revisar los amortiguadores, el piso y luego la visera por encima del lado del conductor.

Las llaves estaban bajo la visera, y cayó en mi regazo.



—Poniéndole fin a esto. Si van a actuar como niños, por lo menos pueden hacerlo fuera de la vista de las normas.

—¿Y crees que van a escuchar?

—No. Pero si me voy, tendrán que seguirnos.

—Bueno, no sé cómo vas a salir. Han estacionado esa limosina culona de ellos justo a través de la salida. Y la valla va directo hasta...

Se interrumpió cuando un chillido metálico resquebrajó el aire, rebotando en los edificios circundantes y haciéndose eco en la calle.

—¿Qué demonios fue eso? —exigió, mirando a su alrededor salvajemente.

No le respondí. Estaba muy ocupada viendo a la limo elevarse en el aire, su largo cuerpo girando y retorciéndose como si le doliera, el metal chillando, la alarma del coche sonando y el cristal de las ventanas estallando.

Un limpiaparabrisas voló como una flecha, arpiéndose en el viejo aviso por encima de la cafetería y enviando una ráfaga de chispas a lo largo del pavimento.

—¿Qué es esto? —gritó Fred, agarrando mi hombro mientras la limusina era arrancada en dos, la violencia del movimiento enviando la mitad de ella a estrellarse contra el edificio de enfrente.

Y la otra mitad girando hacia nosotros.

—Cómo las cosas suelen ir —le dije, y lo derribé.



Capítulo 24

*Traducido por LizC y Poavalera
Corregido por Curitiba*



El motor debe haber encendido en algún momento, porque salimos disparado, el lujoso proyectil fallándonos por pulgadas. Me desvié y pisoteé el freno, evitando otro coche pero arrojándonos contra una cerca. Apenas me di cuenta, porque estaba segura que la limosina acababa de aplastar la cafetería y a todos en ella.

Sólo que no lo había hecho.

Me quedé mirando por el parabrisas roto y con sangre en la parte trasera de la limusina, que estaba pegado, voladizo, fuera de un oscilante campo de energía. A diferencia del escudo azul fluido de Pritkin, este era un mosaico de colores y texturas que corrían y se enturbiaban juntas mientras luchaban entre sí y el coche. Pero de alguna manera, lo habían detenido. Como un pez atrapado en una red, el enorme trozo de metal retorcido colgaba allí, a ocho o nueve pies de la tierra, estremeciéndose y sacudiéndose... y goteando.

Algo goteaba desde el final de la parte trasera, lo suficiente como para formar un charco en el suelo debajo. Que reflejaba las chispas que seguían disparando desde el aviso en ruinas, el cual se balanceaba entre el coche y el charco. Le tomo a mi medio congelado cerebro un segundo en darse cuenta de lo que estaba viendo, y luego estaba buscando a tientas las marchas, empujando la camioneta duro en reversa.

—¿Y ahora qué? —demandó Fred.

—¡Gasolina! —dije, pisando el pedal mientras que la guerra de los magos se dispersaba, los escudos retractándose en torno a sus dueños o siendo arrojados al frente de la cafetería en un último intento de proteger a las personas en su interior. Y el auto...

—¡Mierda! —gritó Fred cuando explotó por la mitad, enviando una nube de proyectiles letales dispersándose en todas direcciones.



Me agaché —no había tiempo para nada más— sólo para encontrar el piso ya ocupado. Me cubrí la cabeza a medida que rebotamos hacia atrás, moviéndonos todavía pero no lo suficientemente rápido como para evitar las lanzas de metal que hicieron desaparecer los restos del parabrisas. El cristal estalló por el pequeño espacio, arañando mis brazos y provocando que un hilo húmedo se deslizara por mi sien.

Sin embargo gracias al arranque, al resto de mí le fue mejor.

Aunque no tan bien como a Fred, quien había estado acurrucado en el piso.

—¡Se supone que eres un guardaespaldas! —dije, golpeando el freno.

—Lo soy.

—Entonces, ¿qué estás haciendo allí abajo?

—No soy un guardaespaldas muy bueno.

—¡Levántate! —Sacándolo de tirones del suelo, intentando usar la visión de vampiro para ayudarme a encontrar a Pritkin en el caos. Pero antes de que pudiera decir otra palabra, la escena en frente de nosotros se inclinó, la cafetería se torció violentamente a la izquierda y luego desapareció por completo, sustituida por una visión vertiginosa de edificios oscuros y un cielo de estrellas remotas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —exigió Fred histéricamente, agarrándome mientras yo sujetaba el volante para evitar deslizarnos a través del parabrisas que faltaba.

No respondí, porque me estaba tomando toda mi concentración el no perder mi agarre mientras girábamos en un caleidoscopio de cristales caídos y escombros. Al igual que la limo, la camioneta se había levantado en el aire; a diferencia de la limo, estaba lentamente girando en el aire de punta a punta, arrojando los faros en una ancha parábola que de manera intermitente destacaba la lucha creciente por debajo.

—¿Dónde están los controles? —grité a Fred, mientras caíamos por ahí como dos sabanas en una secadora.

—¿Qué controles?

—¡Para el hechizo!

—¿Qué hechizo?

—¡El que acabas de golpear! —dije furiosamente, mientras media docena de magos de repente salieran volando.



Parecían como si hubieran sido volados por las nubes en algún tipo de explosión, sólo que yo no había visto una o más que cualquier otra cosa excepto por el zapato tamaño nueve de Fred. Sin embargo algo espantoso estaba allí abajo. Porque el hombre que salió disparado por el parabrisas tenía lo más parecido al miedo que había visto en el rostro de un mago de guerra.

Empujé el pie de Fred a un lado y empecé a buscar frenéticamente bajo el tablero.

Una gran cantidad de coches en la comunidad sobrenatural están equipados con hechizos de levitación para acceder a las líneas ley, muchas de las cuales no siguen el suelo. Pero esos normalmente pertenecen a los magos, quienes son los principales usuarios del sistema de la tierra de carreteras mágicas. Los vampiros tienden a evitar las zonas que pueden incinerar a una persona en segundos sin las protecciones adecuadas, los cuales incluso los maestros no tienen.

Como resultado, había entrado en contacto con las líneas y los vehículos que los utilizan sólo recientemente. Y no había estado en la clase de ociosa oportunidad de permitirme un montón de preguntas como, ¿cómo demonios se supone que se debe ver el hechizo? Pero si no estuviera tan condenadamente oscuro...

Apenas había tenido la idea cuando un golpe interrumpió el ciclo de giros, enviándonos a navegar hacia atrás en un baño de calor y luz. Lo que resultó ser una buena cosa, ya que el espacio que habíamos estado ocupando se llenó con la cafetería. Chocamos contra un edificio al otro lado de la calle en un crujido como el de un latigazo cervical inducido por la velocidad, y el techo de cromo del restaurante tiro hacia el espacio, arrojando restos ardientes como un cohete a vela romana de una vieja película de Buck Rogers.

El coche se arrastró por los ladrillos y derivó de vuelta a las calles, inclinándose un poco a la izquierda como un viejo borracho, mientras que la cafetería se arqueaba imposiblemente alto por encima de nosotros. Se estremecía contra la noche durante un largo rato, como si realmente intentara dejar detrás la gravedad. Y luego cayó de vuelta a la tierra en una lluvia de ladrillos y viejos azulejos del piso y llamas naranjas Naugahyde¹⁹.

—Mierda —dijo Fred débilmente.

Y entonces los dos tuvimos que agarrar el arranque cuando la camioneta fue abollada por una nube ondulante de polvo y escombros. Traté de ver a Pritkin en el caos, pero era imposible. Pero al menos parecía que el Cuerpo había evacuado la cafetería antes de la explosión. Las personas en pánico se dispersaban en todas direcciones, incluyendo a una rubia corriendo justo en dirección de una hilera de coches aparcados en la calle.

Era pequeña y de grandes pechos, con el cabello corto que estaba más cerca del marrón que mi rubio rojizo. Tampoco era rizado como el mío, y no vestíamos iguales, pero supongo que

¹⁹ Naugahyde: es una compañía de telas de recubiertas de vinilo tan versátiles que tiene una gran cantidad de usos. Encontrará Naugahyde en casi todas las aplicaciones imaginables de asientos para automóviles, restaurantes, oficinas, botes, y mucho más.



el parecido era lo suficientemente cerca. Porque algo estaba golpeando los coches de la línea de la izquierda y justo detrás de ella.

Sin embargo, increíblemente, nadie parecía haberse dado cuenta. En medio del polvo asfixiante, el estacionamiento en llamas, el estruendo de las alarmas de los coches y la gente gritando, la situación de la rubia no había atraído la atención de nadie. Y para el momento en que lo hiciera, mi doble iba a ser pan tostado.

Empecé a trabajar para conseguir que el coche parado arrancara de nuevo.

—¿Has visto algo como eso? —exigió Fred.

—Uh, tal vez un par de cosas.

—Bueno, yo no. Quiero decir, ¡maldita sea! —Él miró hacia el estacionamiento, el fuego se reflejaba en sus grandes ojos grises—. Creo que un hechizo debe haber llegado hasta una tubería de gas o algo así.

—Sí, tal vez.

—¿Tal vez? ¿Qué otra cosa podría ser?

—Estamos a punto de descubrirlo —le dije, mientras el reacio motor finalmente encendía.

Apreté el acelerador y dimos bamboleos a través de la carretera, todavía inclinados un poco, pero moviéndonos. La chica corrió directamente bajo el coche, tan en pánico que ni siquiera notó la vista de la camioneta levitando. Encendí los faros y las luces de emergencia y toqué la bocina, mirando alrededor por una cierta idea de lo que estaba burlando. Pero lo único que vi fue la matanza, no lo estaba provocándola.

Un puño invisible se derrumbó en el lado de una camioneta de entregas cercana, golpeándola en uno de sus lados y enviándola arrastrando de vuelta a una docena de metros. Un viejo escarabajo VW murió humildemente en un feroz accidente contra un Lincoln nuevo. Y la motocicleta de alguien hizo un salto al estilo Evel Knievel sobre el resto de los coches antes de flamear contra el lado de una valla publicitaria, poniendo toda la cosa en llamas.

Y luego nada.

La masacre de metal se detuvo de repente, la invisible causa deteniéndose mientras evaluaba la rareza de una maltratada camioneta en el aire, iluminada como un árbol de Navidad. Y una rubia al volante quien en realidad parecía que quería ser atrapada.

Soné la bocina una vez más, por si acaso lo había de alguna manera pasado por alto, y Fred se apoderó de mi brazo. —¿Qué estás haciendo? —preguntó ruidosamente.

—Conseguir un poco de atención.

—Conseguir un poco de... ¿por qué?

—Porque sé lo que sea que está ahí fuera detrás de la limusina y luego de la cafetería y luego de la rubia. Está buscándome.

—Bueno, ¡por supuesto que te está buscando! —dijo, sacudiéndome—. ¡Es por eso que tenemos que salir de aquí!

—Estamos a punto —le dije, cuando algo enorme y oscuro se olvidó de la chica y se estremeció por el aire hacia nosotros, visible en el movimiento como no lo había sido antes.

Todavía no podía decir mucho al respecto, sólo una vaga sombra que oscureció todo pero no oscurecía las luces de la ciudad detrás de ella. Y no tenía tiempo para una mirada más cercana. Machaqué el acelerador contra el piso al mismo tiempo que algo arremetió contra nosotros con la velocidad de una cobra.

Nos habría golpeado de lleno, pero nos deslizamos hacia adelante lo suficiente para que sólo nos llegara a la parte trasera. Pero eso fue suficiente para enviarnos girando como una rueda de la fortuna dentro de la valla metálica. Golpeamos hacia atrás, inclinándonos fuera de la malla, y el coche trató de morir en mis manos. Pero golpeé el gas y, con un chisporroteo y un gemido, saltó hacia adelante, lanzándose por el estacionamiento y por la calle como su fuéramos un disparo de un arma de fuego.

Mantuve mi pie contra el suelo, lo suficientemente duro para sentir la sangre golpeando en mi pierna, pero algo andaba mal. La parte trasera del coche se arrastraba mal, tirando del frente tan arriba que apenas podía ver algo por encima del capó. Y teniendo en cuenta lo cerca que estaban los edificios en esta parte de la ciudad, esa era una cosa muy mala.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a Fred, quién estaba mirando hacia atrás a través de los asientos con la boca abierta.

—Oh, mierda.

—Oh, mierda, ¿qué?

—Oh, mierda, ¡tenemos pasajeros!

Rodé mi cuello alrededor, pero no había nadie en el coche excepto nosotros. Y todo lo que vi afuera fue un montón de noche, y una sombra enorme que estaba acabando con el aire más rápido que nosotros. No era del todo oscura, después de todo; tenía destellos aquí y allá, como reflejos de la luz solar a través de una tormenta, o un velo con rasgones en él lo que daba atisbos de la cara debajo de él. Pero no se veía como Morrigan, o lo que sea que me había atacado antes. Era demasiado grande, por un lado, y lo poco que podía ver más bien parecía que estaba cubierto de escamas que de...



Y entonces Fred gritó, y me di cuenta de que quizás este no era el mejor momento para quitar mis ojos de la carretera, por así decirlo. Volví de golpe mi cabeza a tiempo para vernos caer en picado hacia un garaje de estacionamiento. No había tiempo para detenerse, apenas tiempo para corregir el curso de modo que volamos por una abertura en lugar de salpicar contra el duro concreto.

Otra cosa no tuvo tanta suerte, cuando golpeamos el lateral del edificio con la fuerza de un terremoto. Trozos grises volaron de las paredes y se esparcieron por el suelo, pero parecía que lo que estaba detrás de nosotros era demasiado grande para pasar por la estrecha abertura. Porque ninguna onda oscura nos siguió dentro de las luces deslumbrantes del espacio prácticamente vacío.

Apenas logramos manejarnos, reventando un neumático contra la repisa y raspando el piso, por cortesía de nuestra retaguardia caída. Pero no fue una caída tan mala como antes, y de repente pude alcanzar el pedal del acelerador y ver al mismo tiempo. Lo cual habría sido genial, excepto que lo que vi fue un poste dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Me desvié pero aún así cercenamos el reborde y salimos patinando en círculos en una gran lluvia de chispas. Pero al menos me di cuenta de lo que Fred había querido decir. Porque sacudiéndose a lo largo detrás de nosotros estaba lo que parecía ser casi un kilómetro de vallas, algunas de ellas con los postes todavía unidos.

Y tratando de aferrarse a la masa en rebote, corcoveada, y retorcida, estaba un mago de guerra muy cabreado.

Pestañeé, segura de que estaba imaginando cosas. Pero si lo estaba haciendo, seguía de esa manera cuando abrí mis ojos. Era Pritkin, y él no estaba solo.

Otros tres chicos estaban con él, y lucían bastante normales —jeans, chaquetas oscuras, cabello oscuro— tanto como podía suponer del pequeño vistazo que obtuve antes de que ellos chocaran contra la pared. Pero no creí que fueron ellos. Porque mientras uno golpeo un punto vacío y se tiró al otro extremo del garaje, los otros actuaron como si chocar contra el concreto a cincuenta millas por hora era un inconveniente menor.

Se recuperaron y, un segundo después, iban hacia Pritkin.

Había pensado que estaban usando cinturones, pero no vi ninguno, excepto por el de Pritkin, justo antes de explotar. Miré fijamente, sintiendo un asqueroso déjà vu de repente. Y luego tomé a Fred con mi mano libre. —¿Tienes un arma?

—¿Qué?

—¡Una pistola! ¡Una pistola!

—Por supuesto que tengo una. Soy un guardaespaldas —dijo, sin ironía en todo caso.



—¡Entonces dispara!

—De hecho... soy mejor con una espada...

—¿Pero si sabes cómo disparar, cierto?

—Bueno, tú sabes. Un poco...

—¡Maldita sea! —Tomé una pistola del cinturón bajo su brazo y le di el asiento del conductor—.
¡Conduce!

Pritkin me vio mientras nos inclinábamos hacia la pelea, escuchando mal gracias a nuestro neumático trasero ahora explotado, sus ojos se expandieron en sorpresa. Hundió el freno de mano y sacudió su cabeza violentamente, gritando algo que no pude escuchar sobre el estrepitoso sonido del metal sobre el concreto. Luego se tiró al piso mientras yo evadía un disparo.

Debe haber apuntado mal, porque el mago no hizo más que encogerse y sacar una mano, con un hechizo. Pero la luz roja familiar golpeo contra el techo en lugar de nuestras cabezas, gracias a Pritkin que jalaba las piernas del hombre al último segundo. Una nube de humo y polvo salió desde arriba, junto con las piezas destrozadas del techo del Nissan Sentra. Y luego un hechizo de otro mago tomó un trozo del tamaño de un hombre en el piso, llevando partículas de concreto a mi cara.

Pero nada de eso parecía intimidar a Fred, quien aparentemente había decidido resolver el problema con tan solo derribar a todos. Al menos, asumí que por eso de repente estábamos dirigiéndonos hacia los demás y ganando velocidad.

Ellos pausaron, mirando el auto con la llanta solapeando y el loco conductor vampiro y la mujer cubierta de polvo con una pistola en la mano como si ella de verdad supiera cómo usarla.

Y luego, abruptamente, nos desviamos.

—¿Qué estás haciendo? —le grité a Fred, quién me miró salvajemente.

—¿Mencioné que no sé conducir?

—¡No! —dije, mientras nos salíamos del camino del garaje, tomando a Pritkin para dar un paseo. El encanto nos llevo antes que fuéramos más que historia, haciéndonos girar en círculo, dirigiéndonos exactamente a la dirección incorrecta. Tomé el volante y lo giré a la derecha, pero era muy tarde. Los dos magos se lanzaron a sí mismos fuera del garaje, uno atrapando la cerca en medio del aire, y el otro...

—Mierda —dije, mientras el techo del auto era abollado por unas botas.



Luego mi pistola estaba hacia arriba y disparando.

No había forma de perderlo esta vez. Vací un cartucho en el techo, vi las balas atravesar el metal, sabía que debían haber conectado. Pero ningún cuerpo golpeo el techo o cayó por un lado, y un segundo después, un hechizo golpeó el asiento del medio, rasgando el techo como papel de aluminio y haciendo un hoyo de dos pies en el fondo del chasis.

El próximo probablemente me golpearía a mí, también, pero de repente pasamos por un portal bajo, casi perdiendo la oportunidad. Estaba tan cerca como para tocar el metal de la parte superior del auto, y para llenar el auto en una cascada de chispas. Lo suficientemente cerca como para que yo me bajara, seriamente preocupada porque el techo del auto nos enterrara.

Lo suficientemente cerca como para lanzar a nuestro asaltante al concreto.

Miré a Fred mientras salíamos por el otro lado, sin un pasajero no deseado. —¡Pensé que no sabías conducir!

—¡No sé!

—¿Entonces qué fue eso?

Él me miró, confundido. —¿Qué fue eso?

No le respondí, muy ocupada mirando el hoyo de humo. Vi a Pritkin siendo arrastrado en lo bajo, agarrándose de la cerca y mirándome con un rostro pálido. Y luego golpeando un poste y gritando algo que sonaba muy profano.

Secundé la emoción, pero tres magos aún estaban detrás persiguiéndolo.

—¡Hijo de perra!

—¿Qué pasa? —demandó Fred.

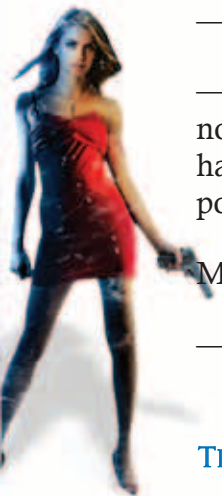
—¡Hay tres magos más allí!

—¿Qué? ¡Pero sólo debería haber uno!

—Dime algo que no sepa —gruñí, mientras uno de ellos trataba de lanzar otro hechizo a nosotros, sólo para hacer que Pritkin soltara su brazo. Otro de ellos respondió tratando de hacer lo mismo hacia la cabeza de Pritkin, pero el debió haber tenido su escudo de vuelta, porque no funcionó. Pero esos escudos no duran mucho, no contra estos tipos.

Me acerqué a Fred. —Cambio de planes.

—¿Tenemos un plan?



—Ahora sí.

Los escudos de Pritkin podrán no funcionar contra los magos, pero funcionaban muy bien en otras cosas. Sólo tenía que saber cuáles eran esas cosas. Afortunadamente, había muchas opciones.

—¿No tomarás esta cosa? —demandó Fred, mientras yo me levantaba en mi asiento para poder ver hacia afuera.

—No, tú estás conduciendo.

—¿No me escuchaste? ¡No sé cómo hacerlo!

—Lo estás haciendo muy bien hasta ahora. Solo mantén el pedal del acelerador presionado y el volante en una dirección. Te diré si te sales de curso.

—Pedal del acelerador —dijo, en pánico—, ¿cuál es ese?

—En el que está tu pie.

—¿Y cuál es el freno?

—No necesitarás ese —le dije, y volteeé el volante hacia la derecha. Volvimos al garaje y la fila de columnas a la que servía, la cerca detrás de nosotros como una cola muy extraña—. ¿Puedes ver, cierto? —preguntó Fred nerviosamente.

—Sí.

—Bien. Porque con esta maldita capa en mi camino, estoy casi... ¡Aughh! ¿Qué fue eso?

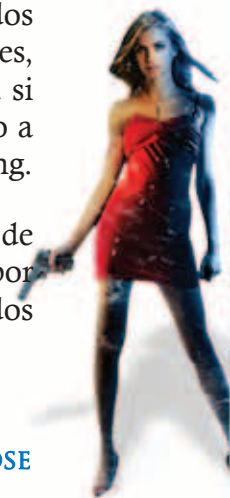
—Está bien. Lo estás haciendo bien.

—¡Pero golpeé algo!

—Deberías acostumbrarte a eso —le dije, mirando hacia la ventana trasera.

Los techos más sencillos en las Vegas no son nada comparado con los frentes presentados al público. Junto con el usual desorden de platos de satélites, viejas antenas y celdas solares, también usan grandes aires acondicionados, por que estos se bloquearían con la arena si los dejaran en lo bajo. Y me aseguré de que no nos perdiéramos ni siquiera uno, llevando a los magos de un lugar a otro entre las grandes unidades como infelices pelotas de ping-pong.

Pritkin seguía gritando, pero no lo podía escuchar por sobre el viento y las maldiciones de Fred, y algunos sonidos extraños viniendo desde arriba, como hojas de cuero atrapadas por un huracán. Pero al menos nadie intentaba matarlo por el momento. Estaban muy ocupados tratando de mantener sus queridas vidas. Y, desafortunadamente, lo hacían muy bien.



El mago al final, voló cuando llegamos a un cruce, golpeando la cerca como si fuera una toalla húmeda sobre una superficie seca. Pero los otros dos estaban más arriba y se sostenían fuertemente, en lugar de chocar contra un invernadero o con una pared de ladrillos.

—¡No puedo creer esto! —dije, mientras los hacíamos ir por sobre una pared y a través del jardín de alguien.

—Estos chicos de verdad te quieren muerta, — dijo Fred, mirando hacia el espejo retrovisor.

No respondí, porque uno de hechizos cayó sobre uno de los bombillos del auto, haciendo que este se balanceara violentamente. No parecía que los techos estaban brindando mucho entretenimiento en el camino. Si queríamos perder a estos tipos, tendríamos que ponernos un poco más extremos.

Giré el volante ligeramente hacia la derecha.

En unos segundos, el humo nos tapaba la vista, como una cortina oscura contra el cielo. Se sentía como si hubiésemos estado en el auto por media hora, pero no pudo haber sido más que un par de minutos. A pesar de que escuché unas sirenas en la distancia, ningún vehículo de emergencia estaba estacionado en el lugar del choque.

—¿El comedor aún está en llamas? —preguntó Fred, frunciendo el ceño.

—No exactamente —dije, mientras pasábamos cerca del público.

La motocicleta debió haber tenido el tanque de gasolina lleno, pero toda la superficie estaba cubierta en llamas.

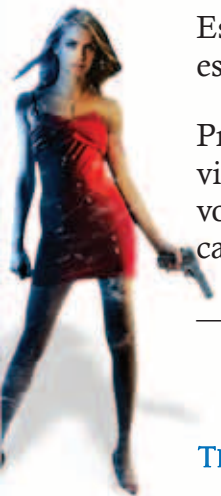
El papel ya se había quemado, dejando un viejo marco de madera para alimentar las llamas. Y parecían estarse alimentando muy bien, juzgando por el calor que me golpeaba el rostro, incluso a esta distancia.

En segundos, el humo había llenado toda la longitud del parabrisas, las partículas de humo me llenaban el cabello y hacían llorar mis ojos. Miré hacia atrás, y parecía que los magos lo habían visto también.

Estaban mirando por la cerca, viendo como se aproximaba el infierno con incredulidad. Y no estaban viendo el desastre que había bajo ellos.

Pritkin dejó escapar una bota, golpeando la cabeza de uno de los hombres y luego golpeándolo viciosamente en el pecho. El se fue volando, su cabeza en un ángulo poco seguro, y Pritkin se volteo a su compañero. Pero él no tendría oportunidad. El último mago solo soltó la cerca, cayendo a propósito sobre el humo alrededor.

—Supongo que a él no le gusta el fuego más que el concreto —dije con satisfacción, antes de



notar que Pritkin no se había movido.

—¿Qué diablos está haciendo? —pregunté a Fred, que me estaba mirando aprensivamente.

—¿Qué fuego?

—El sólo se está sosteniendo. —Ascendí en el asiento solo para mirar mejor, pero ni siquiera eso era de mucha ayuda.

El escudo de Pritkin podría soportar una caída de esa altura, pero él no estaba saltando o escalando, o cualquier cosa más que mirar fijamente, y no a la multitud.

—¿Qué fuego? —preguntó Fred con más angustia.

Giré mis ojos hacia la dirección en la que miraba Pritkin, pero no vi nada, además de un montón de humo. Parte del cual parecía haber tomado una forma extraña. Pestañeeé, pero seguía allí un segundo después, la confusa figura de una forma imposible contra el cielo brillante.

Y se dirigía directo a nosotros.

—¡Oh, mierda, fuego! —Fred gritó, y chocamos.



Capítulo 25

*Traducido por littlegirl
Corregido por kathesweet*



Por suerte, los puntales de apoyo estaban medio carbonizados, y explotaron sin causar grandes daños en un chisporroteo de fresno negro. Pero algo un infierno más grande golpeó los pilones por debajo, enviando mensajes de humo del tamaño de los troncos que se movían en el aire de la noche. Nos las arreglamos para esquivar la mayor parte de ellos, pero no tuvimos tanta suerte con el hechizo, que se quemó en el aire un segundo después.

Tenía que venir desde abajo, donde supuse que uno de los magos habría sobrevivido a la caída. Un rayo rojo crepitó sobre el tablero, levantando la piel de gallina de mis brazos, y causando que el peinado raso de Fred ondeara locamente. No dolió, al menos no a nosotros. Sin embargo, la camioneta hizo un súbito sobresalto, induciendo vómitos en el aire estancado.

Grité, Fred gritó y golpeamos el techo, lo que no era tan malo.

Y luego caímos a través de lo que quedaba de parabrisas, o lo que fuera.

Sentí que empezaba a caer con los brazos extendidos pero no conseguía agarrarme a nada. Y esta vez, no hubo paracaídas encima de mí, no había unos fuertes brazos para agarrarme, no había nada, solo el viento y el aire y una larga, larga caída. Lo que hice, por un segundo, antes de ser sacudidos con fuerza en una parábola donde el flujo de luces de la ciudad hizo que se confundiera mí ya más que confundido cerebro.

No fue hasta que me di cuenta de que mi grito había girado hacia un dúo con el de Fred, que noté que me estaba agarrando contra su pecho. Él tenía un brazo debajo de mí, sosteniéndome como si fuera un saco de patatas. Y los dedos de la otra mano encajados, los nudillos blancos, en la red de la valla.

Ahora estábamos colgados.

Por un momento, solo colgué allí, jadeando y mirando fijamente hacia los hoteles, casinos y montajes LCD. Y luego miré a Fred su completamente extraña cara iluminada por las luces de neón. —Gracias —chillé.



Él no dijo nada. Tampoco se movió, respiró o parpadeó siquiera. Yo estaba agradecida por su ayuda, pero estaba poco entusiasmada de encontrarme atrapada por una estatua de Fred que tenía lo que parecía ser la versión vampiro de un ataque de pánico.

—¿Fred?

Nada.

Me humedecí los labios, tratando de no ceder a la tentación de unirme a él y salí de la zona solo un momento. Porque yo no creía que nos dieran una oportunidad. Yo no había visto a la criatura, que estaba, presumiblemente, enfrente nuestro en alguna parte. Pero un vistazo a la parte trasera del SUV me mostró que éste estaba medio colgando en el vacío.

Lo que era un problema, ya que la valla había conseguido enrollarse alrededor.

Era obvio que no fue diseñada para tomar ese tipo de abuso y no parecía que fuera a resistir por mucho tiempo. Miré a Pritkin, que en vez de subir, estaba lanzando hechizos hacia algo que yo no podía ver por culpa del humo. Yo no sabía lo que estaba haciendo ni por qué, pero él no lo estaría haciendo si no nos movíamos en un minuto. Ahora.

—¿Estás bien, Fred? Fred, escúchame —le dije, tratando de hacer contacto visual. Eso habría sido más fácil si no su mirada no estuviera muerta y vidriosa sin centrarse en nada—. Tenemos que volver a subir, Fred.

Nada.

—Y necesitamos hacerlo ahora.

Nada.

—Nuestro peso está arrastrando la valla fuera del coche —le dije de buenas, forzando mi voz para mantener mi compostura, porque gritar a una persona que ya entró en pánico no ayuda. Y porque si empezaba, yo no podría parar—. Si no nos ponemos en marcha, tú, yo y Pritkin estaremos haciendo caída libre en un minuto. Tal vez menos.

Tuvo un leve tic en el ojo, pero nada más.

—Y aunque estoy bastante segura de que Pritkin puede salvarse a sí mismo si eso ocurre, creo que tú y yo *estamos jodidos*, Fred.

—¿Y no lo estamos ahora? —preguntó con voz ronca.

—No si haces exactamente lo que te digo.

Sacudió la cabeza y luego se congeló de nuevo cuando una ráfaga de viento hizo que la valla se balanceara como una corista. —No puedo.



—Sí. Sí puedes.

Miró hacia abajo por primera vez y su rostro palideció. Lo cual era impresionante, ya que el ya era bastante pálido.

—Oh, Dios.

—Fred —le dije, suficientemente claro para romper sus grandes ojos grises de nuevo hacia mí—. Fres, oye. Vas a sacarnos de aquí.

—¿Y si *no puedo*?

—Tú puedes. Sé que puedes.

—Pero yo no soy... Yo solo soy un contable. Y no...

—Tú no eres “solo” un contable —dije con dureza—. Tú eres un maestro vampiro, y los dos sabemos lo que eso significa.

—Sí, bueno, en mi caso, eso no quiere decir tanto que tú podrías...

—Y tú eres mi guardaespaldas. Tú eres el guardaespaldas de la Pitia. Lo que significa que tú eres muy rudo.

Se lamió los labios. —Yo soy... ¿rudo?

—No habrías sido asignado a mí de otra manera, ¿verdad?

—Bueno, realmente dijeron que necesitaban mi habitación para...

—¡Fred!

Él asintió con la cabeza, tragando saliva. —Yo soy rudo —susurró, mirando hacia arriba.

Y luego apretó el brazo alrededor de mi cintura, su cuerpo se tensó y *saltó*. No sé lo que él utilizó para hacer palanca, porque lo único disponible era la valla, la que probablemente habría arrastrado el resto de la camioneta fuera del camino. Pero sin embargo nos disparó por lo menos la distancia suficiente, todo el camino hasta la puerta trasera de la camioneta.

Lo que hubiera funcionado mejor si hubiera estado abierta.

Mi cabeza golpeó la puerta lo suficientemente fuerte como para aturdirme, así que no vi como llegamos a entrar. Pero a juzgar por el hecho de que, la próxima vez que miré, la puerta no tenía puerta de atrás, pensé que tendría algo que ver con la fuerza de los vampiros y una motivación extrema. De cualquier manera, un momento después estábamos tendidos en el interior de la cubierta, el culo al aire y nuestros estómagos, por lo menos el mío, revueltos.



Me agarré a un cinturón de seguridad colgando por un momento y me concentré en no intentar perder la cena. Y la gente se pregunta porque vivo de antiácidos. La pizza, la cerveza y el batido de leche estaban haciendo una mezcla muy desagradable en mi estómago, el cual empeoro cuando vi lo que se deslizaba junto a la ventana.

Mi primer pensamiento fue que era hermoso, todo líneas elegantes y de gran alcance que se mezclaban casi a la perfección en la noche. Un río de escamas de ébano fluía sobre una muy musculosa y enorme cabeza en una gran caja torácica con las garras afiladas y una larga cola de púas. Eran duras y afiladas como una daga, como fragmentos de obsidiana, y compartían su color también. Más profundo que la medianoche, parecía tirar de la luz hacia ellos, sin reflejar nada del fuego, la luz de la luna o el lejano neón parpadeante. Sólo los ojos brillaban como joyas vivas, sombreados de oro a verde a un amarillo pálido alrededor de unas alargadas, gatunas pupilas.

Tuve una buena mirada de ellos cuando la gran cabeza poco a poco se giró hacia mí.

Me devolvió la mirada, sabiendo lo que estaba viendo. Pero mi mente simplemente se negó a nombrarlo. Hace unos minutos, yo había estado de pie en una acera agrietada fuera de una cafetería grasienta, discutiendo con los sospechosos habituales. Fue un poco difícil hacer la transición de ser perseguida por el aire encima de las Vegas por algo sacado de un cuento de hadas.

Algo que estaba cayendo sobre y a por nosotros.

—¿Fred? —dije con calma.

—¿Qué?

—¡Muévetel!

No hizo ninguna pregunta en esta ocasión. Se arrastró bajo el asiento trasero y trepé debajo de él, que tuvo suerte, porque un segundo más tarde, no había ningún asiento trasero. Había sido arrancado tan fácilmente como si el SUV fuera de papel, aplastado en las mandíbulas de la cosa detrás de nosotros, junto con la mayoría de la parte trasera del vehículo.

Incluyendo el parachoques.

Me volví, agarrando el asiento del medio y miré a Pritkin, que aún estaba colgado de la valla. Una valla que estaba colgando de la boca de algo que había salido de una pesadilla. Él era dos tercios de su altura, lo que lo puso tan cerca que pude ver su expresión. Y el pánico marcado en su rostro mientras miraba hacia mí no era tranquilizador.

Y entonces la criatura sacudió la cabeza violentamente, lanzando lejos los pedazos de la camioneta. No grité, porque Pritkin no estaba con ellos. En su lugar, colgó alrededor de un gran arco y luego vino arrastrándose detrás de nosotros como antes, solo que esta vez sin ningún tipo de apoyo visible.



—No sabía que los magos pudieran levitar sin una plataforma —dijo Fred, su voz sobrenaturalmente en calma.

—¡No pueden!

—Entonces, ¿cómo es que...? Ah, ya veo.

—¿Ver qué? —le pregunté, con el corazón en la garganta. Yo no podía ver nada, excepto a la criatura batir las alas rápido, golpeando el aire, sus grandes fauces abiertas para un bocado más. Luego viró al último momento sin motivo aparente.

—Él está usando sus escudos como una cuerda. —Fred señaló hacia el suelo machacado, dónde una tenue luz de color azul se envolvía alrededor de la transmisión. —Debe de haberlo colgado cuando llegó lo suficientemente cerca.

Me quedé mirando de la débil línea a Pritkin una y otra vez, paralizada por un miedo que hizo que mi pánico anterior, pareciera como si nada. Porque ningún mago puede proyectar más de un escudo a la vez. Y si Pritkin estaba usando el suyo como cuerda, no lo estaba usando para protegerse a sí mismo.

La idea rompió mi pánico lo suficientemente rápido como para dejarme mareada.

—¡Llaves! —grité, agarrando a Fred.

—¿Qué llaves?

—¡Nuestras llaves!

—¿Las del auto?

—¡Sí!

—Oh, no dé dónde... —dijo Fred antes de que lo arrojara a un lado y me abalanzara sobre el volante.

Las llaves estaban puestas. Me metí en el asiento del conductor, lo que me obligó a no entrar en pánico, pero yo estaba temblando tanto, que necesité las dos manos para arrancarlo. Aplasté mi mano contra el pedal del gas, por un segundo, no pasó nada, ni siquiera el clic ominoso de una batería muerta o un motor ahogado. Maldita sea, *por favor*....

Y luego lo cogió.

—¿Funciona? —jadeé.

—Es que... Oh —dijo Fred—. Está tirando de él hacia arriba. Eso es realmente...



Se interrumpió cuando Pritkin se estrelló contra el transmisor y la criatura se estrelló contra nosotros, casi al mismo tiempo. Y por un breve, horrible segundo, no había nada pero de repente un metal chirriante y la criatura gritando y un coche literalmente explotando desde dentro, mientras todo tras el asiento delantero desapareció en otro mordisco.

Me agarré a la parte posterior de una silla, mirando fijamente los ojos de la cosa colgando en el aire, las potentes alas golpeando alocadamente mientras sus garras extendidas arrancaban algo por encima de nosotros. Estiré el cuello, pero todavía no veía nada más que el cielo negro y una astilla de luna, viéndose serena y etérea en medio del caos. Pero un momento después, un gran corte apareció en ala de nuestro atacante, y soltó un chillido que resonó todo el camino a través de mi cráneo.

Y entonces los vi, Caleb y cuatro magos de guerra que no conocía, colgando sobre el borde del destartado cacharro de Pritkin, disparando hechizos y balas que rebotaban en la piel impermeable, que lo único que hacían era enloquecerle. Pero no por mucho tiempo. La gran cola arremetió contra ellos, enviando dos coches rodando hacia atrás, convirtiendo el otro en un descapotable, al final. Pero yo no tuve tiempo de preocuparme por Caleb.

Debido a que la criatura venía directamente hacia nosotros.

Se convirtió en un movimiento sinuoso, fluyendo como una anguila en el agua, todo músculo liso y brillantes escamas, y luego lanzó, la mayor parte de su cuerpo bloqueando el cielo. Se me cortó la respiración en la garganta, mi pecho disparó fuerte a través de mis pulmones. Traté de tragar pero mi garganta estaba demasiado seca. Fred estaba balbuceando algo incoherente a mi lado, o tal vez yo no lo podía entender. No con la hermosa muerte surcando el aire hacia mí.

Y luego Pritkin me agarró y una pistola y antes de que tuviera tiempo de preguntar qué pensaba hacer con eso, le disparó. Pero no a la criatura. En cambio el apuntó a la masa de metal arrugado que todavía sujetaba en sus enormes fauces.

Incluyendo un brillante y como nuevo tanque de gas que él golpeó en el centro.

El tanque se encendió en un soplido de fuego mortal, y ya que estaba a mitad de la garganta de la criatura, es donde la mayor parte de la explosión se produjo. Por una fracción de segundo, el fuego hirvió bajo la piel, rojo y naranja y turbio, brillante entre las brillantes escamas. Era extrañamente bello, separando cada una en un diamante único y perfecto de ébano pulido, al final, temblando un instante...

Y entonces la criatura estalló, enviando los huesos y la sangre y la carne oscura y húmeda volando por todas partes, junto con alrededor de mil afiladas escamas.

Pritkin había conseguido un escudo parcial, que salvó nuestros cuerpos, pero la camioneta fue cortada en cintas que nos rodearon, aguantando hasta que la explosión nos lanzó hacia atrás. Un segundo estábamos de rodillas en la curva de la cubierta destrozada, la mirada fija en la



hermosa pesadilla. Y al siguiente estábamos cayendo, sus brazos alrededor de mi cintura, mis piernas alrededor de él para mantenerme cerca, suciedad y cenizas ardiendo en mi piel.

Vi a Fred ser elevado en el aire, un hechizo lazo agarrándole por el tobillo y sacudirle como un gran elástico. Vi parte de un ala ir girando en la noche, visible a causa del fuego que recorría su superficie, destacando la delicada tracería de las venas. Vi el suelo corriendo hacia nosotros con imposible, mortal velocidad...

Y entonces algo nos cogió con una elevación y un tirón, enviando una copia de seguridad a toda velocidad a través del aire.

Al principio pensé que tenía que ser un lazo, que Caleb había conseguido de alguna manera uno que nos rodeara, solo que él no lo tenía. Miré hacia arriba para ver una masa amorfa de color azul sobre nuestras cabezas, como un colchoneta de protección, solo que no era eso. Estaba fija en lugar de redondeada y llena de bultos en lugar de liso, delgado, con áreas donde la oscuridad se mostraba aquí y allá. Tenía también la forma de una especie de cuña, con filamentos que nos habían alcanzado hasta adherirse a los brazos de Pritkin y...

—¿Puedes volar en *ala delta*? —pregunté incrédula.

—No está... recomendado.

—¿Por qué no?

—Problemas de *dirección*.

—¿Problemas de *dirección*?

Y entonces yo no tenía que preguntar, porque un edificio estaba viniendo directamente hacia nosotros. Pritkin trató de girar, pero al parecer estaba en lo cierto-los escudos no fueron diseñados para acrobacias aéreas. Viramos lentamente hacia la izquierda, pero el arco estaba demasiado débil y el viento estaba mal y íbamos a ser salpicaduras de errores en los ladrillos antes de que pudiéramos dar la vuelta o aterrizar o...

Y luego un hechizo estalló contra una ventana en frente de nosotros, enviando una explosión de fragmentos hacia el interior a medida que irrumpíamos a través de lo que quedaba, nos deslizábamos por el escritorio de alguien, atravesábamos una partición débil, y sacamos media docena de cubículos. Justo antes de que algo del tamaño de un semitruck se vino a través de la pared después de nosotros. Tuve una visión de una enorme cabeza y ojos brillantes, y luego un lavado de llama oscura a los dos mientras Pritkin nos arrojaba por la puerta de fuego.

Debe haber sido de bastante elevada calificación, ya que en realidad duró un par de segundos antes de estallar a lo largo de nuestras cabezas. Pero para entonces ya se mantuvo como una historia, saltando por encima de la barandilla y aterrizando dolorosamente. Pero no era tan dolorosa como la quemadura de la muerte, pensé salvajemente, ya que bajamos las escaleras,



tomar tres o cuatro escalones a la vez y apenas tocando el suelo, casi lo suficientemente rápido como para calificarlo como volar de nuevo.

Sólo que no era lo suficientemente rápido.

Pritkin nos golpeó la espalda contra la pared, justo a tiempo para evitar que una columna de fuego carmesí que arrancó a través de la mitad de las escaleras. Sólo tuve una idea de nuestro atacante a través de las llamas, pero eso fue suficiente: ennegrecidos, los huesos cenicientos, algunos todavía ardiendo, alas en ruinas con una punta desaparecida, la mitad de una gran caja torácica fuera y se indica con la carne sangrienta, fauces enormes con bordes agrietados, dientes carbonizados, que sin embargo sigue siendo terriblemente fuertes...

Miré con incredulidad total. Estaba muerto, tenía que estar muerto. Cuando la gasolina se incendió, las piezas del coche en su boca se habían convertido en metralla mortal, literalmente destrozándolo por dentro. Nada podría haber sobrevivido a esa cantidad de daño. Nada.

Y sin embargo allí estaba.

Y por alguna extraña razón, la más alta emoción en mi mente no estaba el terror, o incluso la incredulidad, era la indignación. Me sentí engañada, amargada y furiosa. Tú matabas al dragón *y te ibas a casa*. Era una especie de regla, muerto el dragón sería igual a juego terminado. Todos los jugadores de video, productora de Hollywood y niños de seis años lo sabían.

Sólo parecía que mi vida no había entendido el anuncio.

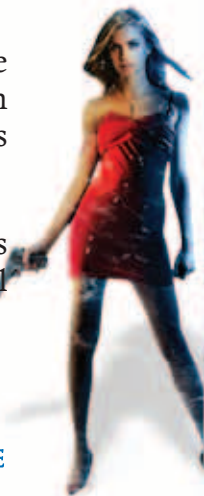
Y entonces la tormenta terminó y estábamos corriendo de nuevo, a través de una puerta y un pasillo, cuatro toneladas de cabreado dragón estrellándose a través de la pared detrás de nosotros.

Para algo tan grande, era impiamente rápido, tal vez porque no se molestó con pequeñas cosas como los pasillos. Sólo atravesó las paredes, tan fácilmente como si fueran de cartón, a juzgar por los sonidos que vienen detrás de nosotros y las enormes grietas corriendo delante de nosotros. Eché un vistazo detrás de las puertas de una vez para ver volar a través una tormenta de paneles de yeso, y luego me dio un tirón a través de una puerta y en una oficina.

Y un callejón sin salida.

Me quedé como loca, pero no había ningún lugar para correr, o incluso para ocultarse, aunque ese no era el objetivo, de todos modos. No había ventanas, no había armarios, ni siquiera un cubículo del baño. Sólo un escritorio de madera falsa, una planta enferma y gris, las baldosas de moqueta industrial, varias de las cuales necesitaba un cambio.

Están a punto de conseguir uno, pensé sin comprender, y luego Pritkin me agarró por los hombros. —¡Tenemos que dividirnos! —gritó por encima del sonido de la implosión del edificio.



—¿Qué?

—Lo golpearé con un hechizo para cegarle. Dudo que funcione por completo, pero su visión debe ser borrosa. Si podemos bajar nuestra cola, lo puedo llevar lejos...

—En primer lugar, no. Y en segundo lugar, ¡Infiernos no!

—¡Esto no es un debate!

—El infierno es...

Me callé cuando arrojó algo contra el suelo y luego nos arrojó contra la pared, sus escudos maltratados tomaron otro golpe mientras una explosión abría un pedazo del suelo. Y luego se deslizaban a través de la nueva salida en la oficina de abajo, que, al parecer, tomó todo el cuento. No había salas aquí, sólo un montón de armarios con plantas y retratos de familia que realmente esperaba que nadie apreciara mucho, porque un segundo más tarde, algo atravesó el techo después de nosotros.

Y de repente, no había ningún lugar adonde ir. El espacio era enorme y la criatura estaba entre nosotros y las escaleras.

La puerta estaba increíblemente lejos, y dudaba que lo hubiera logrado, incluso si no hubiera sido un laberinto de particiones grises en el camino. No podía atravesar a la siguiente planta con él pegado al trasero, y a juzgar por la desesperación en el rostro de Pritkin, yo no creía que sus escudos fueran a aguantar otra tormenta de fuego.

Realmente, el juego se acaba, pensé, y luego él nos arrojó por la ventana.

Irrumpimos de nuevo en la noche, junto con una tormenta de papel y un refrigerador de agua suicida. Haciendo de kamikaze hacia algún coche de más abajo, hundiendo el capo como un cuerpo que, al igual que vela improvisada Pritkin, nos cogió. Y luego cogió un borrador, flotando por el lado del edificio así como una oleada de fuego estalló a continuación, la incineración de la masa de aire de papel revoloteando.

La criatura se detuvo en el borde de la ventana, mirándose aún más imposible enmarcada por modernos de vidrio y acero. Y luego echó hacia atrás su cabeza y dio otro grito chirriante, fuerte como una sirena, lo suficientemente fuerte que pensé que mis tímpanos podrían estallar en mi cabeza. Suficientemente alto como para estremecer la parte reflejada del edificio de enfrente, haciendo temblar su reflejo.

La vi ondear como una piedra arrojada en el agua mientras nos montábamos en una corriente circular de aire algunas historias sobre la cabeza de la criatura. Pritkin ni siquiera estaba tratando de alejarse de la construcción, y yo no tenía que preguntarse por qué. Si no podía escapar de esa cosa en tierra, seguro que no podría en el aire. No con algo que tenía poco de dirección y ninguna propulsión.



Los segundos pasaban, mientras miraba a su alrededor, sus ojos iluminados por el fuego en busca de nosotros en la oscuridad, el olor nauseabundo de la carne medio chamuscada mezclado con el sabor de la capa de ozono de su magia. Aguanté la respiración hasta que yo estaba mareado, mientras mi corazón se hizo todo lo posible para vencer a través de mi pecho. Porque todo lo que tenía que hacer era la cabeza de la grúa, todo lo que tenía que hacer era mirar...

Y entonces nos vio, y ni siquiera tuve tiempo para tomar aliento antes de que se lanzara hacia el cielo, sus enormes alas cortando el aire con una precisión mortal. Seguía siendo extrañamente hermoso, pensé vertiginosamente. Aerodinámico y elegante, un magnífico instrumento de la muerte, incluso en su estado ruinoso.

Justo hasta que se estrelló en el edificio de enfrente.

Y nuestro reflejo.

Lo golpeó como una bala antes de explotar como una granada, piezas del cuerpo una vez poderoso volando en todas direcciones. Vi lo que quedaba justo por en medio de una cascada de vidrio, vi que aplastaba un coche como un panqueque, vi la mancha volar hasta tres pisos de altura. Y entonces yo no vi nada más, porque nosotros estábamos cayendo, también.

El escudo sobrecargado Pritkin dio unos pocos segundos antes de tiempo, enviándonos haciendo volteretas en el aire, conmigo tratando desesperadamente de desplazarme, aún sabiendo que no iba a funcionar. Y todo lo que podía pensar en esos últimos, furiosos segundos era que había ganado, contra todo pronóstico habíamos ganado, maldita sea, y no lo estábamos aún...

Y entonces nos levantamos bruscamente, tan fuerte que pensé podría separar mis huesos.

Estuve colgando allí por un momento, saltando en el aire, demasiado aturdido para sentir mucho de nada, excepto un poco de sangre deslizándose lentamente por mi espalda. Entonces noté por arriba a Caleb, inclinándose peligrosamente sobre el borde de la cosa descapotable, el terror en su rostro habitualmente tranquilo. Y su mano extendida en un gesto extraño.

Pensé que podría tener algo que ver con la tenue luz dorada que nos envolvía Pritkin y a mí, bueno, como un lazo. Buena atrapada, no lo dije, porque mi boca no parecía funcionar. Hasta que Pritkin se dejó caer contra mí, su cara floja, su cuerpo un peso muerto en mis brazos, y día un buen vistazo a su espalda.

Y grité.



Capítulo 26

*Traducido por Tally Alexandra y Dyanna
Corregido por kathesweet*



¿Qué pasa? —exigió Caleb, mientras dos magos cuidadosamente nos arrastraban sobre el lateral del carro. Caleb me retenía, pero me lo quite de encima impulsándome hacia donde ellos sujetaban a Pritkin boca abajo en el asiento trasero—. ¡Cassie!

—Esto fue por esa última explosión —dije aturdida mirándolo. Dios, esto lucía peor desde este ángulo. Rojo, negro y blanco todo mezclado, sangre, piel quemada y hueso...

—Esto no fue causado por el fuego —dijo alguien.

Ni siquiera miré para ver quién era. Estaba observándolos detenidamente arrancando los restos de su abrigo. Este estaba hechizado para repararse por sí mismo, pero no entendía lo que pasaba ahora. Unas pocas hebras estaban intentando ferozmente reunirse a sí mismas, pero no quedaban suficientes para que funcionara. A pesar del hechizo de armadura que lo envolvía, casi toda la parte trasera del abrigo simplemente se había ido, tragado por los enormes, sangrientos agujeros con poco más que “encaje” entre ellos. Y el cuerpo por debajo...

—Dios Mío —dijo alguien mientras los residuos del abrigo se desprendían, llevando algo de su carne con ellos. Las estrellas giraron aceleradamente alrededor de mí.

—Sangre de dragón —soltó Caleb, y alguien maldijo.

Mire hacia arriba. —Pero no podemos... estamos muy lejos.

—Eso se te debió haber ocurrido antes de escapar —dijo bruscamente—. Llévanos a la Central. ¡Ahora! —gritó al conductor.

—Él no va a aguantar tanto tiempo —razonó uno de los otros magos—. Nosotros contamos con personal médico en la escena. Acaba de llegar

—¿Y piensas que ellos serán capaces de manejar esto?

—Si no lo son, el está perdido. Te lo aseguro, no podemos



—Salgan —dije suavemente, mis ojos sobre la estropeada espalda de Pritkin.

—¿Y si lo llevamos con la unidad de emergencia y ellos no pueden hacer nada? —reclamó Caleb—. Perderemos cualquier oportunidad de...

—¡No hay tiempo para nada más!

—Dije, *¡salgan!* —gruñí, empujando al mago más cercano—. Todos ustedes excepto Caleb.

—¿Qué? —El mago que había estado discutiendo con el jefe, un chico joven hispano, se volvió para mirarme—. ¿Qué crees...

—Si quieres que viva, ¡vas a largarte de aquí!

—Háganlo —dijo Caleb ásperamente viendo mi cara. No sé qué fue lo que vio. Ni me importó.

Los magos liberados a los costados, tomaron a Fred protestando por el camino. Caleb se desplazó al asiento delantero y yo me doble sobre Pritkin. El olor a piel quemada mezclado con el gusto metálico de la sangre era bastante malo, pero había algo más aquí, algo oscuro, algo incorrecto.

—No lo toques —dijo Caleb severamente—. Esa cosa es como ácido. Obtienes un poco sobre ti y eso te comerá también.

Lo ignoré. No podría hacer esto sin tocarlo. No estaba segura que pudiera hacerlo del todo. Pritkin era en parte incubo, lo cual significaba que podía alimentarse de energía humana, casi como un vampiro. Era la parte que más odiaba de sí mismo, la parte por la que había muerto una persona que él amaba. Pero era la única cosa que podría salvarlo ahora.

Yo lo había alimentado en una ocasión, en una situación similar, pero había tenido una ventaja mayor entonces: él estaba consciente y como un participante activo. No sabía qué hacer con él fuera de combate.

Si fuera un vampiro, yo me abriría una vena por él, y la sostendría sobre su boca, logrando que tomara lo que su cuerpo desesperadamente necesitaba. Pero no lo era.

Y un incubo se alimentaba de una sola manera.

Me deslicé hacia el suelo por el asiento, hasta que nuestras caras estuvieron en un mismo nivel. Y me di cuenta de que tenía otro problema. Él estaba tendido sobre su estomago, su cabeza vuelta hacia mí y había un poco de preciosa piel intacta a la que podría llegar. Deslicé una mano a través de su cabello, que como siempre era suave a pesar del polvo y sudor que lo enmarañaba.

Pasé mis dedos por éste, de cualquier manera. Bajando por sus cabellos sobre su igualmente sucia ceja, abajo a su muy-larga nariz, hasta sus demasiado-delgados labios. Él no se había



afeitado hoy, tal vez ayer tampoco, y su barba rozaba mis dedos mientras yo acariciaba sus mejillas, su mandíbula. Mi mano comenzó a temblar cuando llegué a su barbilla. La adrenalina que me había mantenido de pie por la pasada media hora estaba desapareciendo, pero esa no era la única razón por la que mi mano temblaba. Parte de esto era miedo por Pritkin, pero parte de esto...

Parte de esto era miedo *de él*.

Yo solo lo había visto alimentarse en una ocasión, y él había sido oh, tan cuidadoso. Y con razón. El poder que poseía podría no sólo tomar algo de la energía de una persona: podría tomarla toda. No lo haría, no si estuviera despierto, su mente despejada y fuera capaz de pensar claramente. Pero no lo estaba ahora. Y aunque nunca había visto a un incubo drenar a alguien, había visto maestros vampiros que estaban seriamente heridos, viendo lo que dejaban atrás cuando...

Me interrumpí, respirando fuerte. Pánico y cansancio compitiendo por dominarme, pero los hice a un lado molesta, por mi estupidez y por mi estúpida cobardía. Pritkin correría el riesgo por mí. *Él haría esto por mí*.

Me incliné y encontré sus labios con los míos.

El beso si puedes llamarlo así, sabía a polvo y cenizas. Sentí su aliento en mi cara, débil y cálido, pero nada más. No había ninguna respuesta.

Me quité mi blusa manchada y desabroché mi sostén.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Caleb—. Te dije que no tocaras...

—Caleb. Lo que sea que veas y escuches, olvídalo —le dije duramente—. Es una orden.

—Te has vuelto completamente...

—Y aquí esta otra orden. Cállate.

Levanté la mano de Pritkin, flácida y sin vida pero tan familiar. Yo conocía cada bulto, cada callo, cada línea. Esas manos eran las primeras que me habían enseñado la forma correcta para sostener una pistola, que habían corregido mi postura en las artes marciales, que habían hecho todo lo posible para enseñarme a tirar un golpe apropiadamente.

Y por unos pocos, breves momentos una vez, me habían encendido en pasión.

En serio, en serio esperaba que alguna parte de él recordara eso ahora.

Sujeté su mano contra mi pecho y lo besé otra vez.



Todavía no había respuesta, al menos no de parte de él pero yo sentí algo, una breve sensación de estremecimiento cuando sus callosidades pasaron lentamente sobre piel sensible. Los incubos producían lujuria a sus compañeros porque así era como ellos conectaban con la energía humana.

Este era el medio que ellos usaban para alimentarse, como la sangre lo era para los vampiros.

Pero mi breve emoción no despertó nada en Pritkin, o no vi señal de ello.

No ayudaba el hecho de que me sintiera menos sexy de lo que me he sentido en mi vida. Esto no era por la suciedad o la fatiga o la audiencia, sin embargo eso seguramente no ayudaba. Y tampoco era la sangre. En su mayoría era el pánico. La creciente certeza de que iba a perderlo si no lograba que esto funcionara.

—Si puedes escucharme deja de ser un obstinado hijo de puta —susurré desesperadamente—. *Ayúdame.*

No obtuve ninguna respuesta, y se nos estaba acabando el tiempo. Podía verlo en la palidez de su cara, escucharlo en la superficialidad de su aliento, sentirlo de una manera que ni siquiera podía nombrar. Pero aun así sabiéndolo. Lagrimas de frustración brotaron de mis ojos mientras volvía a besarlo, haciéndolo más profundo, obligándolo a sentir algo, *cualquier cosa...*

—Esta debe ser la más patética demostración que he visto —dijo alguien, alce mi cabeza. Porque esta no había sido la voz de Caleb.

Levanté mi mirada hacia el brillante contorno cubierto de estrellas de un hombre, posado casualmente en la parte de atrás del asiento. Era escasamente visible contra la noche, pero luego nos deslizamos dentro de una línea ley la cambiante energía azul se curvo alrededor en un familiar grupo de líneas. Eran las mismas como sobre el cuerpo que yo sostenía, pero parecían muy diferentes con esa particular conciencia detrás de ellas.

—Rosier —bufé, sintiendo mi carne de gallina.

—¿Qué? —preguntó Caleb, y desde que estaba todavía conduciendo y no lanzándose sobre el asiento con un arma en mano, asumí que no podía ver al demonio quien de alguna manera se había colado en el camino.

—Te lo dije, solo ignóralo todo —dije toscamente, mientras la mortal criatura se arrastraba sobre su hijo—. ¡No lo lastimes!

—¿Lastimar a quién? —preguntó Caleb confundido.

—¡Solo conduce! —chillé, intentando alejar a Rosier, el tenía un cuerpo cuando quería, pero obviamente no lo estaba usando esta noche. Porque estaba tan insustancial como una columna de niebla y mi mano paso directamente a través de él.



—Parece que lo has hecho bastante bien en ese aspecto tu misma —dijo secamente Rosier—. Siempre dije que serías la muerte para él.

Sentí las lágrimas saliendo, de frustración, de cólera y de temor adormecimiento. Esto me hacía difícil pensar, difícil respirar.

Porque tenía razón, yo debí quedarme en la maldita suite del hotel, nunca debí haberla dejado. Esto era mi culpa, completa y absolutamente mi culpa, tanto como si yo hubiera puesto una pistola contra la cabeza de Pritkin. Él iba a morir y yo no podría ayudarlo, solo me sentaría aquí a ver como pasaba.

Al igual que Eugenie.

Ese pensamiento me paralizó en horror. —No —susurré.

—¿Por qué te quedas sentada ahí lloriqueando? —reclamó el demonio—. Nosotros tenemos trabajo que hacer.

Levanté la mirada hasta encontrarme con la pálida silueta más borrosa que antes y meforcé a concentrarme. Tire fuera las lágrimas de cólera. —¿Por qué debería creer que quieres ayudarlo? ¡Intentaste matarlo!

—A él, no. Intenté matarte a ti, si lo recuerdas.

—¡Pero tú enviaste a los malditos Rakshasas tras él!

Rosier se encogió de hombros, como si enviar un escuadrón de la muerte de demonios sin alma tras su propio hijo, fuera un asunto sin importancia.

—Ellos estaban destinados como una estrategia de intimidación, no podrían tocarlo mientras estuviera vivo después de todo.

—¡Lo tocaron y mucho!

—Solo porque insististe en sacarle fuera de su cuerpo. Pero no lo discutamos mientras él está tratando de eludir la muerte, ¿de acuerdo?

Mire hacia Rosier, al detestable, mentiroso, tramposo bastardo que era, pero simplemente no lo entendía. Pritkin odiaba a su padre, y aunque no conocía todas sus razones, asumí que no eran buenas, y yo tenía muchas propias. Confiar en él ahora...

—Mi querida niña —dijo, con una paciente lentitud en su voz—. ¿Si lo quisiera muerto porque estaría aquí entonces? Unos pocos minutos más de tu tierno cuidado deberían hacerse cargo de las cosas, sin interferencia por mi parte.



Y estaba en lo correcto. Por despreciable que fuera, tenía razón. Yo estaba sentada aquí lamentando al hombre, y él aún no moría. Pero lo haría, y muy pronto. Si no hacía a un lado toda mi mierda y lo resolvía. Empuje el inerte cuerpo de Pritkin, intentando moverlo de su sitio, para conseguir más acceso, pero él era pesado y no veía como esto iba a...

—Oh, por el amor de... *Qué* ha visto él en ti, nunca lo comprenderé —dijo el demonio con evidente asombro.

—¿Qué debo hacer? —pregunté frenéticamente.

—Si quieres que alguien coma, primero debes de preparar la comida. Y él apenas está en posición, para hacer esto por ti. Aquí —dijo, con un suspiro—. Deja que papi ayude.

Y sin ninguna advertencia, algo chasqueó en el aire alrededor de nosotros. Se sintió como una corriente de energía solo que más suave, cálida e infinitamente más tentadora. Esta pasó a través de mí como una ola, haciendo a mi piel relampaguear, mis pezones endurecerse, y a mi corazón latir más duro contra mi garganta. Deje de empujar a Pritkin y me acurruqué junto a él en su lugar, suspirando mientras mis manos se deslizaban dentro del frente de su abrigo, buscando su calor, buscando su piel.

Arrastré mis dedos por debajo de su camisa, sintiendo sus duros músculos y suave cabello, y besé su cuello. Con eso no conseguí nada, pero cuando dulcemente mordí el bulto de su manzana de Adán, sentí esa ligera agitación bajo mis labios. Así que lo hice otra vez, antes de moverme hacia arriba para tomar su labio inferior entre los míos...

Me llegó hasta los dientes, un calor intenso, húmedo, y alguien gimió, pero no estaba segura de quién de nosotros fue. No me importaba.

Excepto una cosa. Había demasiadas correas, hebillas y obstáculos en el camino. Habían pistoleras, cinturones, viales y armas, cuando yo ansiaba piel contra piel.

Miré con desconcertada fascinación como una hebilla en su hombro se deslizaba hacia afuera de su lazo todo por sí sola, la pequeña punta que se levanta de su cárcel de cuero, antes de que todas las cosas se deslizaran hacia el suelo. Lo mismo sucedió con el cinturón alrededor de su cintura, que se soltó y luego cayó debajo de él, lanzándose a sí mismo en el asiento de enfrente. Y entonces la cremallera sobre sus vaqueros se abrió, como si un dedo invisible la empujara hacia abajo.

No recuerdo mucho de los pocos minutos siguientes. Todo era borroso, una caliente, dorada neblina que atrapo los segundos, extendiéndose como un caramelo. Lo que sí recuerdo fue el pecho de un hombre, músculos duros sobre mis manos, una amplia escalera de costillas, la suave subida de su cadera... y Pritkin se sacudió hacia atrás, con la respiración pesada, su mandíbula como hierro.

Sus armas habían desaparecido, y la mayor parte de su camisa, también, aunque, extrañamente, él aun tenía una mano en su chaqueta. Los vaqueros también estaban en su sitio, pero ellos



seguían cayendo en frente, mostrando un abdomen rígido y una luz marón que marcaba el camino hacia el tesoro. Empuje en ellos con impaciencia, obteniendo mayor fuerza de sus caderas, antes de que unas manos me agarraran y forzándome a retroceder contra la silla.

—Tú no quieres esto —me dijo con dureza.

Yo no dije nada; creo que no podía pensar con la claridad suficiente para poner en palabras cuan equivocado que estaba. Nunca había querido algo más en mi vida.

Deslicé otra mano detrás de su cuello, tratando de atraerlo hacia mí, sólo para que pasara lo mismo. Mi otra mano golpeó el asiento, atrapado en una forma tan segura como una manilla. Pritkin al contrario no me estaba tocando, pero él estaba allí, palpitante con el pecho desnudo, la piel húmeda, sus brazos desnudos con un cable que me sujetaba contra el asiento, impotentes.

A mi cuerpo le gustó eso, me gustó el hecho de que sus ojos se habían vuelto negros, con sólo un delgado anillo de fuego esmeralda alrededor de su iris. Pero no me gustó mucho que él permaneciera allí, no se aleja, pero no se acerca. Me dolió no tocarlo, un dolor real, físico, para ver los riachuelos de sudor que se había tallado debajo de sus músculos, los patrones de remolinos que se habían hecho en el cabello de su cuerpo, y no ser capaz de trazar con mis dedos, con mi *lengua*....

Él estaba diciendo algo, pero yo no escuchaba. No me importaba.

Mis manos se fijaron en el asiento, pero manteniendo las mías, él las había inmovilizado su propio bien. Y nosotros estábamos cerca, tan cerca, que él no pudo evitarme enrollar una pierna a su alrededor, de arquearme hasta frotar mi mejilla contra la piel suave sobre su pecho, encontrando la cima de su pezón y morderlo.

—Cassie, *por favor*... —Esto salió ahogado, desesperado, pero a mí esto sonó como un estímulo.

Yo mordí un poco más duro, y él gritó. Dejé que mi lengua lavara la pequeña marca que había hecho, y su cuerpo entero se estremeció de placer. Una onda dentro de mí, desterrando el dolor, pero el incrementando el hambre. Se sintió maravilloso, tocar esta carne mucho más, sintiendo que su corazón latía con fuerza bajo mis labios. Pero yo buscaba más, quería sentir toda esa piel de terciopelo sobre la mía, quería todo.

Y él también. Independiente de lo que dijera, su hambre radiada a través de su piel y dentro de mí, me hacía llorar, me volvía loca. Me arqueé y su pecho apenas rozó mis pezones erectos, pero la descarga de placer fue intensa, insoportable, magnificando el deseo a una poder de diez. Yo me retorcí contra su cuerpo, *necesitando* con urgencia su peso, la cadencia feroz de piel sobre la piel, el...

—¡Cassie! —Una mano se apoderó de mi rostro, levantado mí vista hacia él, enfocándome. Sus ojos verdes brillaban hacia abajo en los míos, no eran negros, extrañamente, de un brillo sobrenatural—. Tú has sido influenciada. ¿Entiendes? ¿Recuerdas cómo te sentías antes?

Un recuerdo tiró de mi memoria, pero era vago, sin interés. Empujé contra sus manos, lanzando todo lo que yo tenía contra él, pero era como luchar contra una estatua. Yo gritaba de dolor y de una necesidad primaria, sin cumplir.

Pritkin maldijo, pero no a mí. —¿Qué hiciste con ella?

—¿Tú qué piensas? —Alguien se echo a reír—. Sabes, en realidad deberías ayudar a la pobre chica.

—Mantente fuera de esto —gruñó Pritkin, y el tono fue suficiente para enviar lenguas de fuego lamiendo los puntos de placer en mi interior. Gemí.

—Si yo no estuviera, tú estarías muerto —La otra voz comentó.

—De nada, por cierto.

Él podía haber dicho algo más, pero yo no escuchaba. Porque aquellas manos calientes se habían cerrado en mis pies, deslizando suavemente mis zapatos antes de suavizarse posesivamente sobre mis pantorrillas. La sensación era exquisita, tortuosa, tenía mi cuerpo entero saltando como una punta de nervio sensibilizados. Comencé a alcanzarlo, a tocarlo, acariciándolo, e inmediatamente las manos fueron quitadas.

—No. Quédate quieta.

Era la voz de Pritkin, la que se utiliza para mandar, la que rara vez se escucha pero automáticamente se obedece. Normalmente, porque significaba que la gente mala con horribles armas estaban apuntando a mi cabeza. Yo no sabía cuál era la causa esta vez, pero caí contra el asiento, respirando con dificultad. Y con las manos de vuelta.

Las callosas palmas de las manos rozaron la parte inferior suave de mis rodillas, entonces se deslizaron en torno a la parte caliente de mis muslos. Ellas alisaron todo el camino hacia mi cuerpo, sin encontrar barreras hasta llegar a la fina tela de mis pantalones cortos. La áspera piel atrapada en el nylon suave mientras deslizaba las manos sobre mi cadera, los dedos deslizándose justo debajo del elástico de mi cintura.

Ellas simplemente permanecieron allí por un momento, y nuestros ojos se encontraron en la casi oscuridad. Pritkin tenía la misma fiereza, Enfocándose en la intensidad de ellos cuando él se inclino sobre mí en un sello de formación, una espada caliente descansaba sobre mí cuellos. Sólo había algo más allí esta noche, algo feroz, caliente y posesivo. Me sorprendí cuando sentí que comenzaba a temblar.

La sensación se intensificó cuando las grandes manos se extendieron lentamente sobre mi piel. Por un momento vertiginoso de claridad, pude sentir todo: los dedos suaves sobre la línea de la costura recorriendo cada lado de los pantalones cortos, la tenue marca de la etiqueta sobre mí piel, el material húmedo de sudor pegado a la parte baja de mí espalda. Y entonces esas



manos comenzaron a deslizarse, oh, tan despacio, hacia debajo de mi cuerpo. Y se llevaron los pantalones cortos con ellos.

Me escuché hacer un sonido, nada que reconociera. Y luego el tiempo pareció detenerse una vez más, pasando blando y líquido. Hasta el punto de que yo podía sentir cada pulgada del delgado, material suave cuando rozaba sobre mi ombligo, deslizándose sobre mis caderas, pasando a través de mi hueso pélvico y entonces se derramo sobre mis muslos.

En algún momento, una sensación espiral, cayó sobre mí cabeza, desterrando cualquier tipo de pensamiento racional. No luche contra ello. Era algo que necesitaba con urgencia, algo que se hacía olvidar lo nosotros que éramos y dónde estábamos, y todas las razones de por qué esta era una idea muy, muy mala.

La sedosa tela rozó contra mis pies cuando él la sacó completamente fuera de mi cuerpo. Él nunca dijo una palabra. Pero yo estaba allí, desnuda a excepción de una pequeña tanga, poco a poco me di cuenta de que él estaba temblando. Los temblores fueron casi imperceptible, tan controlados como todo lo demás a su alrededor. Sin embargo, los sentí.

Traté de decirle que estaba bien, que yo confiaba en él, que esto no cambiaría nada. Pero entonces las calientes manos encontraron mi piel otra vez y se deslizó por mis piernas. Y todo lo que podía manejar era un sonido bajo, profundo en mí garganta, cuando poco a poco me apretó mis piernas separándolas.

Él inclino su cabeza, sin prisa, pero con una intensidad en su rostro que hizo que mi cerebro hiciera corto circuito. El cálido aliento fantasmal sobre mí cuando él recorrió todo mi cuerpo, deteniéndose aquí y allá por largos segundos, como si me respirara. Pero nunca detenerse, nunca tocar. Sus labios estaban a milímetros de mi piel enrojecida, tan cerca que cada respiración ponía mí piel de gallina.

Y ahí es donde se quedaron, hasta que pensé que iba a gritar.

Yo quería tocarlo, necesitaba movimiento. Pero parecía que no podía hacer otra cosa que retorcerme impotente contrapunto un asalto sin piedad. En cuestión de segundos, estaba mordiendo mi lengua para refrenar algo peligrosamente cercano a un gemido.

Luego, sus manos se deslizaron hasta mi lado y entonces finalmente su boca hizo contacto, cerrándose en la tierna carne justo por encima del arco de mi tanga.

Grité cuando la sensación caliente, mojada y tan diferente de la sensación de sus manos. Y de repente era mucho más fácil quedarse inmóvil, todo mi cuerpo estaba pesado y lánguido. Me hundí, rindiéndome al peso que se estableció entre mis piernas, el frío tacto de su cabello y la caricia increíblemente íntima de sus labios y la lengua en la sensible piel. La satisfacción de un mes deseo, yo enlace mis dedos profundamente en su melena suave, sintiendo su cabeza moverse bajo mis manos.



La delicada boca se dio a un festín en mis muslos, dibujando otro sonido de placer sobresaltado desde lo más profundo dentro de mí, un sonido que se convirtió en un gemido cuando la caliente lengua encontró el pliegue donde el muslo se une a la cadera. Esto me hizo querer tocarlo otra vez, fluir contra él como el agua, deslizarme a lo largo de ese musculoso calor y regresar placer por placer...

—Para —dijo suavemente, pellizcando ligeramente en mi cadera. Y mi cuerpo reaccionó con una prisa dulce, sorprendida.

Él siguió despacio a través de mi piel hasta que se derritió, convirtiéndome en una criatura dócil que respondía al calor puro, húmedo moviéndose sobre mis caderas, vientre y luego bajo.

Su lengua recorrió alrededor de la parte superior mis bragas, encontrando el encaje, capturando el pequeño lazo del satén. No podía ver lo que él hacía; y su cabeza estaba en el camino. Pero sentí cuando una boca caliente se cerró sobre ese pequeño pedazo de material, sobre mi piel rosando cuando comenzó el camino de vuelta a mi cuerpo. Y lo logró con sus dientes.

Lo miré fijamente durante un momento. Aún con todas mis fantasías, nunca lo habría imaginado, nunca había sabido que este hombre era fuego lento todo el tiempo por debajo de esa apariencia mal humorada, de ese control en su mandíbula rígida y terco cuello. O tal vez una parte de mí lo había sabido, y conocía el riesgo...

Entonces ya no podía verlo más. Me recosté en el asiento, jadeante, desnuda ante la brisa de la cálida noche. Rosier se había ido, o al menos yo no podía verla. Tampoco podía ver a Caleb, quizás, por el respaldo del asiento, pero no estaba segura. En estos momentos, me traía sin cuidado. No me importa nada más que la cabeza dorada que ahora estaba trabajando su camino de regreso a mi cuerpo.

Estaba dibujando los patrones de las luces con sus labios y su lengua, runas y símbolos que estaban demasiado lejos para leerlas, pero que quemaban a través de mi piel. La sensación era tan intensa, tan abrumadora, que se sentía como si mi cuerpo no pudiera contenerse. Se detuvo en un punto donde, si yo hubiera estado llevando bragas, él habría estado por debajo de ellas, dándose un festín con la piel en la que acababa de hacer la cera hace unos días. Pero no estaba lo suficientemente abajo, ni de lejos, y toda esta necesidad me estaba consumiendo de nuevo.

Hundí mis manos en su cabello, tratando de ordenarle a su cabeza donde yo quería que estuviese. Pero no me hizo caso, continuó acariciando suavemente contra mi carne con la dulzura engañosa. Hasta que una punzada de nostalgia me atravesó tan fuerte que pensé que el vacío podría matarme si esto duraba mucho tiempo más.

Entonces lancé un gemido, un andrajoso e involuntario gemido que ni siquiera sonaba como yo. Hubiera sido vergonzoso si hubiera sido capaz de estar pendiente de esas cosas. Pero no lo hacía y no lo estaba, ni por eso, ni por nada, la intensa necesidad era casi insoportable. Suspiré su nombre en un sollozo.



Y, finalmente, *finalmente*, se dejó caer hasta el último centímetro. Sus cálidos labios se cerraron sobre mí, su lengua mojada me rodeó. Y un dolor fuerte, en una espiral de necesidad, derribó todos los nervios que tenía. *Allí. Oh allí, sí, ahí.*

Un leve estremecimiento recorrió su cuerpo y su respiración se atragantó audible.

—*Sí*—dijo entre dientes, tan suave que podría haber sido mi imaginación. Pero sus manos apretaban mis caderas convulsivamente, y su lengua se convirtió en exigente, obligándome a abrirme, a conocerme íntimamente, descubriendo lo que necesitaba.

Y entonces ya no pude pensar. Me sobrecargué sensorialmente, escuchaba los sonidos que hacía con lo más profundo de su garganta, el olor a esa mezcla peculiar de sudor, pólvora y la magia que podía muy bien haber sido de una firma de fragancias. El sentimiento del asalto de su boca, todo el calor húmedo, de seda y la ardiente pasión, no había nada seguro, nada cuerdo...

Luego mordió suavemente.

Y, *Oh, Dios querido.*

El placer me sacudió, una profundidad primaria, un estremecimiento de respuesta rápidamente seguido por una oleada de pura lujuria fundida. La oleada de calor se inició en mi vientre y barrió hacia el exterior en una ola inesperada e incontrolable, la fuerza bruta provocó un grito desgarrador en mi garganta. Sin piedad, chupó más y lo hizo de nuevo. Mi cuerpo simplemente no podía más.

Liberación extática brilló como un relámpago en cadena a través de mis pulmones, en mis muslos y cada lugar en medio hasta los dedos del pie. Pritkin se agitó, apretando sus manos, haciendo que sus dedos se clavaran en mi carne. Y el sonido que él hizo, profundo, vulnerable y desesperado, hizo temblar a mi cuerpo aún más fuerte, como si tratara de volver otra vez en sí, incluso en medio de mi mente rompiéndose por la liberación.

—Dios... —Me oí ahogarme, y no sabía si se trataba de una petición de clemencia o de una oración de agradecimiento.

Cuando finalmente terminó, me aferré a su cuerpo musculoso, a su piel enfebrecida y caliente con el repiqueteo de la magia pulsando justo debajo de la superficie, sin aliento. Una mano aplastó mi cabeza contra su pecho, sus dedos se enredaron en mi pelo. Yo ni siquiera traté de moverme, no creía que pudiese. Me quedé allí, escuchando los latidos de su corazón vibrando fuerte y seguro, aunque un poco irregular, en mi oído.

Y entonces el auto paró, chocando contra el asfalto, en algún lugar fuera de Las Vegas.



Capítulo 27

*Traducido por LizC, Narumyta y Little Rose
Corregido por kathesweet*



El estado en el que estaba realmente no me afectó hasta que me encontré fuera del coche. Y me planté de cara con algo duro. No sabía si era por la postcombustión de adrenalina o por haber sido un aperitivo para un medio íncubo mago de guerra, pero estaba completamente en blanco. Hasta el punto de que el hormigón bajo mi mejilla de hecho se sentía condenadamente acogedor. Estaba demasiado ansiosa por dormir en donde diablos estaba, pero alguien me recogió. Yo no tenía fuerzas para protestar.

Esas mismas manos suavemente me envolvieron en una manta. Tenían que ser las tres, quizá las cuatro de la mañana, pero Las Vegas en agosto es sofocante incluso a esa hora de la mañana, y la manta era áspera y caliente. Decidí no prestarle atención, porque era más fácil.

Caminamos a través de un alocado estacionamiento hacia un edificio de aleación brillantemente iluminado con un par de camiones y, de manera incongruente, una limusina aparcada fuera. Lo miré de soslayo vagamente.

Si ese era el Cuartel General de los magos de guerra, el color me decepcionaba. Se veía como si fuera un almacén de zapatos. Pero supuse que era más interesante por dentro, porque un par de guardias vestidos con abrigos de cuero daban vueltas, dándonos una mirada hostil.

No me importaban, tampoco.

Si me importó unos minutos más tarde, cuando fui puesta abajo sobre algo verde vómito que olía a tabaco y zapatos viejos, pero decidí que podía vivir con ello. Me quedé dormida. Y entonces me desperté de golpe mientras la conversación furiosa, y susurrante sucedía por encima de mi cabeza.

—Los llamaron con anticipación; se les dijo que te esperaran. Qué coño voy...

—Diles lo que quieras. Estoy más preocupado por conseguir que venga un sanador aquí.

—¡Será mejor que te preocupes por tu trabajo!



—Me importa un bledo...

—Entonces, ¿qué hay de tu *cuello*? Porque fue un asalto, y un asalto a Pythia conlleva una sentencia de muerte obligatoria, como usted muy bien...

Que fue cuando me senté. —Nada de médicos —grité.

—¡Cassie! —Estábamos en una pequeña oficina, con Pritkin agachado junto a lo que podría describirse mejor como un anti sofá.

Además del desafortunado color y el aún más lamentable olor, era también duro y grumoso y estaba manchado, y tenía lamentables pequeños pelambres de relleno colgando fuera de uno de los cojines. —Una especie del ideal de Platón puesto de cabeza.

Dos pares de ojos me miraron sorprendidos, así que supongo que había dicho esa última parte en voz alta. —¿Qué? Yo leo.

—¿Estás bien? —preguntó Caleb, acucillándose al lado de Pritkin. Lo que no me dejaba ningún sitio donde poner mis piernas. Pensé en atraerlos hacia arriba, pero entonces probablemente me vuelva a dormir de nuevo, y eso era una mala idea por alguna razón que en el momento se me escapaba. Me senté allí y parpadeé hacia ellos, y esperé a que me llegara.

—Ella necesita un sanador —dijo Pritkin con dureza, y se encaminó a la puerta.

Eso fue todo. —Nada de médicos —dije otra vez.

Y luego me dejé caer de nuevo.

—Ya la has oído —dijo Caleb, cuando Pritkin se detuvo, con la mano en la perilla.

—Maldita sea, Cassie...

—Sólo estoy muy, muy cansada —le dije, preguntándome por qué los paneles de madera falsa detrás de él se estaban destiñendo a través del espacio de su cuerpo. Y entonces me di cuenta que mis ojos se entrecruzaban.

—¿Tienes alguna bebida? —le pregunté a Caleb.

—Probablemente no deberías beber —dijo Pritkin, viéndose en conflicto.

Pensé en eso. Había una frase que estaba buscando, pero mi cerebro no estaba realmente cooperando justo en el... Ah, sí. —Jódete —le dije alegremente. Y luego me senté de nuevo, porque el antisofá en serio apestaba y porque Caleb estaba viniendo con un vaso de papel en la mano.

Era del tipo que recogías en los filtros de agua, pequeños y con forma de cono, pero contenía un poco de whisky muy bueno. Muy, muy bueno, decidí, tragándolo a fondo, todo suave y turboso.



Y luego golpeó la fiesta activada en mi estómago y oh, mierda.

—Papelera —dije con voz ronca.

—¿Qué? —Caleb me miró.

—¡La papelera!

Pritkin maldijo y agarró una, justo en el momento cuando todo lo que había comido esa noche hizo una nueva visita. Whisky, pizza, batido, cerveza y un solitario, medio disuelto oso de gomita, el cual fue una sorpresa, ya que en realidad no recordaba haber comido uno. Qué tiempos tan divertidos.

Finalmente terminé, y fui recompensada con otro vaso de papel pequeño, pero esta vez lleno de agua. —Sigue trayéndolos —dije con voz ronca mientras Pritkin sostenía mi cabello fuera de mi rostro y Caleb le entregaba una caja de pañuelos.

La limpieza tomó un tiempo, ya que había estado condenadamente sucia, para empezar. Durante la cual Pritkin se mantuvo quejándose por buscar a un médico y yo continué diciendo que no, hasta que me enojé. —No vas a poner tu cabeza en el lazo cuando estoy bien — chillé— Sólo estoy cansada. ¡Por el amor de Dios!

Finalmente se calló, tal vez porque se dio cuenta de que me estaba dando un dolor de cabeza. O tal vez porque se estaba provocando uno el mismo. Se veía como los nueve tipos de infiernos. Tuvo el descaro de no importarle en dejar el triturado abrigo en el coche y de echar una manta alrededor de nosotros dos, lo que había ocultado el hecho de que no tenía camisa y sus vaqueros habían sido lavados con ácido y no en el sentido de la moda. Su rostro estaba pálido y decaído, a pesar de haberse alimentado, había sangre seca en su pecho y sus manos temblaban. Y cuanto menos se diga sobre su cabello, mejor. Pero bueno, eso siempre fue así.

—Necesitas ropa —dijo Caleb rudamente.

—Hay algunas en mi armario —le dijo Pritkin—. Dos veintiuno. O debería ser. No recuerdo qué...

—Voy a buscarlas. Quédate aquí.

Caleb me miró bruscamente, el por qué no lo sé. Como si estuviera realmente quisiera que nos cambiáramos de allí. O pasear. O sentarse.

Me dejé caer en el apestoso sofá y miré fijamente a Pritkin, quien se quedó en silencio de nuevo. Yo no sabía si era porque se había alimentado, pero sus ojos se veían un poco dementes. Casi de neón verde, brillantes y ardientes. Y llenos de una emoción oscura que no pude descifrar, pero que podía adivinar bastante bien.

—Yo me ofrecí —le recordé.



—¡Para ser utilizada! —Su mano se apretó sobre el cojín del sofá, hasta que los nudillos se pusieron blancos—. ¡A él no le habría importado si te hubiera drenado!

—Probablemente lo habría preferido —le dije, mirando a la mano—. Ahorrándole algunos problemas.

—¿Cómo puedes tu...—Él se detuvo y cerró sus ojos, respirando por unos segundos. Eso no era buena señal; Pritkin era mejor cuando gritaba y caminaba pisando fuerte por toda la habitación. Aunque tal vez no tenía la fuerza para hacerlo ahora. Podía comprender.

Puse mi mano sobre la suya, e inmediatamente él la quitó, algo parecido al horror en su rostro. Eso me enfureció seriamente. —¿Eso es algo hipócrita no crees?

—Esa no eras... —Apartó la mirada—. Esa no eras tú.

Eso fue en un abrir y cerrar de ojos, cogí su mano nuevamente y tire de él. Estaba muy débil para que eso tuviera mucho efecto, pero se dejó jalar de todas maneras, sentándose a mi lado.

Me aferré a su mano, en parte por ser un dolor en el culo, pero también porque por alguna razón eso me hacía sentir mejor. Y en ese momento cualquier cosa reconfortante la tomaría sin preguntas.

—Lo siento —dijo después de un momento. Su mandíbula estaba lo suficientemente apretada para que pareciera como si le doliera. Suspiré.

—¿Por qué? ¿Por salvar mi vida? ¿Por casi matarte en el proceso? ¿Por no morir noblemente? ¿Por qué?

Frunció el familiar ceño. —Estás de un humor.

—Sí, sí, lo estoy. Tuve un mal día, y estoy de mal humor. ¿Así que por qué la disculpa exactamente?

—Por... haberlo llevado tan lejos. Pero no vi otra alternativa. Te puso bajo una fuerte compulsión, y las de ese tipo no se rompen sin... sin haberse completado.

—Completado. —Le tomó a mi cerebro cansado unos momentos para trabajar en esa. Y después otro momento más, porque la única respuesta que vino no tenía sentido.

—Está bien, déjame ver si entiendo bien. ¿Te estás disculpando por darme un increíble orgasmo?

Caleb empujó la puerta. —No he oído eso.

—Maldita sea, correcto.



Trajo ropa, una sudadera gris y zapatillas para Pritkin, y una enorme camiseta para mí. —Es mía —me dijo—. Pensé que funcionaría como un vestido para ti.

—Gracias —A este punto todo era mejor que una rasposa manta—. ¿Hay una ducha?

—Sí, por el gimnasio —Miró a Pritkin—. ¿Te lavo la espalda?

Y Pritkin gruñó, literalmente. Toros rabiosos no hacen esa clase de sonido cuando van por la yugular, aunque parecía que ese era su plan desde que se paró de su sitio y se lanzó hacia Caleb más rápido que mi pestaño. Sólo se detuvo cuando le di un apretón a esa mano.

En retrospectiva, fue una buena idea tomarla.

—No es el momento Caleb —dije brevemente.

Asintió, luciendo un poco asustado. Supongo que tampoco había oído el particular sonido anteriormente. Me puse de pie.

De hecho, yo había preguntado por la ducha por Pritkin, que parecía poder utilizar un tiempo de descanso con agua caliente. Pero claramente, dejándolos a los dos juntos era un no-no. Y yo tenía una especie de miedo de que quizás el sofá no fuera la única cosa apestosa en el cuarto. Pritkin tiró de las camisetas limpias, las cuales prácticamente negaban su condición de limpias, lo que significaba que tenía que seguir con la manta entera. Me la apreté alrededor hasta estar segura de que no iba a sorprender a nadie.

Y luego desaparecí por la puerta.

Felizmente, los pasillos de afuera estaban desiertos como lo esperas que estén en horas de la madrugada. No estaba ni siquiera el de limpieza pasando un trapo por ahí; sólo una sombra detrás de la puerta de vidrio y un tipo dando vueltas en el gimnasio. No es que fuera un gimnasio por sí mismo. Solo un área hecha en un gran complejo teniendo tabiques contrachapados y equipada con una pista, cintas de correr y una gran cantidad de pesas que cubrían las paredes.

Un Fey se volvería loco aquí, pensé vagamente y me sentí un poco más alegre.

Seguimos una línea de armarios en la parte posterior, donde dos baños estaban situados lado a lado. Pritkin me dio una toalla y una botella resbalosa de su armario que no tenía ningún aroma, pero supuse que era jabón. Dije gracias pero no dijo ni una palabra, y nosotros tomamos caminos diferentes.

La ducha y parte del baño era como el resto del lugar, extremadamente utilitario. Supuse que tenía sentido, hasta hace un mes El Cuerpo se había basado en MAGIC, conocido como la Alianza Metafísica de Grandes Cooperaciones de Interespecies, también conocida como la ONU sobrenatural. Por lo menos lo hubiera sido, hasta que la guerra dejó una mancha de



vidrio en el desierto. Eso forzó al Cuerpo a encontrar un nuevo hogar, y confiando en ellos, lo hicieron lo más espartano posible.

No había cubículos (la privacidad era tan malditamente femenina), sólo una docena de duchas de cabeza y un piso inclinado con un desagüe en el medio. Los azulejos eran blancos y los accesorios brillantes, pero solo porque eran nuevos. Dudaba que el almacén de zapatos viniera equipado con baños tan grandes, así que probablemente ellos habían sido añadidos recientemente. Y sin embargo, a pesar de lo nuevo, el lugar conseguía ser muy feo en la tradición de lugares institucionales de todos lados.

Me froté, froté y froté un poco más, y desde que la cosa jabonosa parecía igual de buena que un champú, eso incluyo jabonar mi pelo. Y maldita sea si no conseguí sacar todo el verde. Debí haberle preguntado a Pritkin antes, pensé brevemente, descansando mi cabeza en la pared.

Me sentí exhausta, sudorosa y vagamente nauseabunda, lo mismo que cuando alimente demasiado a Billy. No estaba completamente drenada; Pritkin se detuvo antes de eso. De hecho Billy me hizo sentir peor que esto una o dos veces, con una excepción. Alimentar a Billy nunca me había dejado con un nudo caliente de culpa en mi pecho.

Y eso era exactamente lo que era: culpa. No abrumadora, aplastante o paralizante, pero culpa de todos modos. Yo había experimentado suficiente de ella en el pasado para no reconocerla ahora. No sabía lo que estaba haciendo allí.

Esta no era la primera vez que Pritkin y yo nos acercábamos; era la segunda. La primera fue hace como un mes atrás durante la batalla final con Apolo. Pritkin había sido herido seriamente y sus habilidades de incubo lo habían salvado, con un poco de ayuda de mí. Muy poca comparada con la de hoy, pero idea básica era la misma: yo había provisto la energía, el había sanado, al final.

Y ese había sido realmente el final, nuestra relación había vuelto a la usual y yo no había pensado mucho sobre eso. Había habido muchas cosas pasando que había parecido, bueno, solo una de esas cosas locas más. Al igual de casi ahogarme en una bañera, ser perseguida por un dragón a través de un edificio de oficinas. Mierda loca como esa me pasaba últimamente, y eso se había archivado dentro de mi cerebro. En todo caso, yo estaba agradecida que todo había funcionado y que los daños habíamos salidos con la piel entera de esa batalla.

Entonces, ¿Qué era diferente ahora?

¿Fue porque lo disfruté? Porque lo hice; no había razón para negarlo. No los primeros minutos, esos habían sido malditamente horribles. Pero después...sí. Lo disfruté. Bastante. Estuvo bien, malditamente bien. Pero entonces, me gustó la última vez también. Y en serio Pritkin era el hijo del príncipe de los incubos. ¿Qué diablos esperaba mi cerebro? ¿Qué lo odiara? Quiero decir, ¿Cuáles eran las probabilidades?



Y la verdad era, que yo lo habría ayudado aunque no hubiera recibido placer en ello. El chico se estaba muriendo. No podía dejar que eso pasara, costara lo que costara. Y estoy segura como el infierno que no sentía que estuviera vivo. Así que no, no creo que el placer fuera el problema.

¿Era tal vez que yo estaba saliendo con Mircea ahora y no había estado haciéndolo antes? Quiero decir, Mircea me reclamó hace un tiempo, pero los maestros vampiros están acostumbrados a tomar cualquier cosa que ellos quieran, lo sabía por propia experiencia. Eso no me sorprendía, pero tampoco había considerado casarme solo porque él así lo dijo. No nos había considerado a los dos teniendo un estatus romántico hasta que empezamos a tener citas, y eso había sido antes del incidente anterior.

¿Así que eso era? ¿Sentía que lo había engañado? Lo pensé durante un tiempo, pero eso no se sintió del todo bien tampoco. Esto no había tenido nada que ver con el romance.

Si Pritkin hubiera sido un vampiro, le hubiera dado sangre; como lo que era yo le había dado lo que necesitaba para sanar. Y considerando que el casi muere en esas dos instancias por salvarme a mí. Como que se lo debía.

Y sin embargo, por alguna razón, esta vez era diferente. Yo no había tenido problemas con encontrarme con los ojos de Mircea la primera vez. No sabía si eso sería cierto ahora. Y me molestó que ni siquiera supiera por qué.

De todos modos, sabía una cosa. No iba obtener ninguna absolución, no que necesitara una, demonios, porque no se lo iba a contar. No porque pensara que no lo entendería. Vampiros tienden a ser más pragmáticos que los humanos, y si le explicaba que había sido una situación de vida o muerte... bueno, había una posibilidad de que Pritkin no perdiera todos sus miembros. El problema era, por supuesto, que no podía.

No podía decirle nada a Mircea, porque si le decía por qué, también tendría que haberle dicho qué, específicamente qué era Pritkin. Y si le decía lo que era, podría también decirle quién era, dado que sólo había habido un híbrido humano incubo en la historia. Y no creo que la comunidad mágica esté lista para oír que Merlín ha regresado.

Por supuesto, no sabía que oírían sobre ello. No creí que Mircea lo pondría en los titulares, para empezar. Pero él había hecho algo con eso. No sería un vampiro si no lo hubiera hecho.

Y realmente no quería saber qué sería lo que hizo.

Después de un rato, suspiré y me rendí. Lo descubriría después cuando quizás no me sintiera como si estuviera por desmayarme. El agua seguía caliente, pero mis rodillas estaban comenzando a temblar, así que la apagué.

Dios, estaba cansada.



Me sequé y me puse la camisa de Caleb. Las mangas “cortas” pasaron mis codos, y el dobladillo me llegaba a las rodillas. Decidí que servía y volví afuera.

El corredor se había ido a algún lado y nadie había tomado su lugar, así que el espacio cavernoso se veía un poco espeluznante. Miré alrededor en busca de Pritkin, porque sería perfecto encontrarlo haciendo pesas incluso después de casi morir hace media hora. Pero no lo vi.

El gimnasio era grande pero bastante abierto, con ningún obstáculo real en el área de ejercitación y sólo con tubos fluorescentes sobre nuestras cabezas. Así que no era como si pudiera haberlo perdido. Por un breve momento, lleno de pánico—o lo habría estado si me quedara algo de pánico en el cuerpo—pensé que podría haber vuelto a buscar pelea con Caleb. Pero entonces oí el agua corriendo.

Lo debatí unos segundos, en caso de que fuera el corredor que había decidido hacer una parada técnica. Pero estaba demasiado cansada para sentir pudor, y magos guerreros tienden a tomarse las cosas muy a pecho. Decidí tomarme un riesgo.

El baño de hombres era exactamente como el de mujeres, sólo un poco más largo y con uriniales. Pasé junto a los cubículos de los baños y fui a la gran sala de duchas al fondo.

No había puerta, por supuesto, por lo que no me tomó mucho encontrarlo.

Me llevó un poco más decidir qué hacer.

Para un tipo que era tan ruidoso como Pritkin, realmente no lo perdía muy seguido. Quizás todo el grito servía como una vía de escape; no lo sé. Pero sin importar qué tan mal estuviera todo, él mantenía su mierda controlada mejor que muchas personas, incluyéndome a mí.

No que eso fuera decir mucho. Yo normalmente corría ante la primera señal de peligro, pero Pritkin era el Señor que estaba bien con la presión.

Por lo cual era un poco extraño encontrarlo de pie en la ducha, mirando una barra de jabón con el aire de un hombre que se ha olvidado que se suponía que hiciera con ella.

No parecía haberla usado. Había manchas de sangre en sus poderosas piernas, aceite o algo negro en su espalda y moretones recientes prácticamente por todas partes. La cosa negra se había diluido, cayendo por la piel multicolor, haciéndolo parecer una estatua víctima del vandalismo. El *Pensador* en amarillo, púrpura y verde.

Su cabello estaba mojado y aplastado contra el cráneo. Hacía que los huesos de su rostro resaltaran más, y su nariz parecía más grande cuando se volvió hacia mí. No fue con sus rápidos reflejos de siempre, sino en una forma deliberada que me preocupó. No que un asesino pudiera estar espiándolo en una batalla de magia, pero aún así, tenía la impresión que, de haber sido una asesina, Pritkin se habría limitado a mirarme y dejarme matarlo.

Bien, entonces.



Me acerqué, a pesar de no saber qué se suponía que hiciera. Creciendo en *Murders 'R' Us*, había visto muchas cosas feas, y mis visiones me habían enseñado mucho más. Bastante pronto, había aprendido a distanciarme de sentimientos inconvenientes, de todo lo que no pudiera manejar fácilmente.

Y ahora, era la primera en la escuela Scarlett O'Hara de distanciamiento emocional. Siempre pensaba en lo preocupante mañana, y, como todos saben, el mañana nunca llega.

Y a pesar de lo que los psicólogos nos hacen creer, vivir en negación realmente funciona bastante bien. Al menos la mayor parte del tiempo. Había funcionado para mí, manteniéndome funcional, manteniéndome—más o menos—sana mucho más de lo que nadie racional hubiera creído.

No estaba funcionando tan bien ahora.

Quería decir que no sabía cómo hablar con Pritkin sobre todo esto, fuera lo que fuese, porque raramente hablaba de mis problemas. No sabía cómo decirle que todo iría bien, porque no estaba segura de que así sería. No tenía nada útil para decir, así que no lo intenté. Lo abracé.

El agua seguía caliente. Supongo que eso era algo.

Pritkin tampoco dijo nada, por lo que sólo nos quedamos así por un rato. Descubrí que no tenía apuro por moverme. Estaba muy cansada, pero él era cálido y seguro y fácil de aferrarse. Después de un rato comencé a tener esta extraña sensación de flotar, una combinación de agotamiento, alivio, y el sonido de su corazón en mi oído.

Él no se había molestado en prender las luces, por lo que la única iluminación era la que se metía del baño. No era mucha, y el agua de la ducha sonaba como lluvia, como la que Vegas recibía raramente. Me acerqué más a él y sentí mis ojos cerrarse.

Creí que sería capaz de dormirme así.

—Se llamaba Ruth —dijo con voz ronca. Y luego se detuvo.

Su espalda estaba cálida en mi mejilla. Podía sentir su columna vertebral bajo la superficie. No dije nada.

—Mi esposa —añadió, después de un momento. Asentí, pero él no pudo verlo, así que apreté mi agarre un momento. Como que pensé que con eso bastaría.

No era una experta en el pasado de Pritkin, pero sabía unas cosas.

Como el hecho de que, hace más de un siglo, se había casado con una mujer que presumiblemente amaba muchísimo. No sabía mucho sobre ella, porque ese era un tema que cambiaba la conversación. Pero sabía lo importante: cómo murió.



Había pasado en su noche de bodas, cuando la parte incubo de Pritkin se salió, seriamente, de control. Por alguna razón, en lugar de limitarse a alimentarse, lo que habría sido lo normal en esas circunstancias, había decidido drenarla del todo. Pritkin no pudo detener el proceso, y la mató.

O, en vez, él la había matado, porque como el único medio humano incubo, sus dos partes se veían obligadas a coexistir. Otros incubos podían dejar sus cuerpos detrás cuando no se estaban alimentando, dado que de todas formas se lo pedían prestado a un humano. Pero Pritkin no.

No sabía si eso tenía algo que ver con por qué había perdido esa noche o no.

Porque me había dicho esos pequeños detalles y nada más. Había sido aproximadamente cuando notamos la atracción, y supongo que intentó alejarme. Había sido como un encantamiento.

La idea de terminar como un cadáver disecado, sin pelo, había servido para alejar cualquier sentimiento inconveniente. Pritkin y yo estábamos mucho tiempo juntos, normalmente en circunstancias que hacían arder la sangre, si no chorreaba. Era natural que hubiera alguna chispa de algo. Realmente, habría sido extraño que no la hubiera.

Pero las habíamos ignorado por acuerdo mutuo, porque, claramente, no llevaban a ninguna parte. Yo estaba con Mircea, y Pritkin... bueno, por lo que sabía, Pritkin no salía con nadie. Nunca. Yo creo que él no quería arriesgarse a que eso ocurriera otra vez.

De repente me pareció muy triste.

Alguien maldijo detrás de nosotros, pero no salté. Estaba demasiado cansada, y, de todas formas, conocía esa voz. Miré sobre mi hombro y vi el gran cuerpo de Caleb en la puerta antes de que desapareciera.

Pero un momento más tarde regresó con un par de toallas. Cerró el agua, me envolvió en una y le dio otra a su amigo. O ex amigo, dado el gesto que acompañaba ese gesto de camaradería.

—Afuera —dijo rudamente, empujándonos a la puerta—. Se está acercando la mañana. Habrá gente apareciendo pronto, y ya tenemos mucho que explicar. Y ese vampiro está en el teléfono.

—¿Cuál? —pregunté, bastante segura de saber.

—Marco. Dijo que o lo llamas o nos denuncia por secuestrarte.

Me dio un teléfono y lo tomé suspirando. Tecleé el número de la suite y atendió al primer tono.

—Cassie, qué demonios...



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

—Sabes qué demonios. ¿Sigo siendo prisionera?

—¡Sabes que no lo eres!

—Entonces volveré. Ahora deja de llamar. —Colgué.

Caleb simplemente me miró. —¿Eso es todo?

—Lo es hasta que descubra qué historia usaré.

—Sé lo que se siente —espetó, y nos empujó a la oficina.



Capítulo 28

*Traducido por Vannia
Corregido por Curitiba*



Caminamos de regreso al reducido espacio y Caleb puso de golpe una botella de Jack sobre el escritorio. —Hablen sobre lo que demonios sea que necesiten hablar, y consigue tu historia. Tengo que hacer un reporte antes de que los jefes aparezcan, y tiene que estar bien. ¿Me entiendes?

Asentí con la cabeza. Caleb salió.

El aire acondicionado estaba encendido y mi vestido provisorio estaba húmedo. Me lo quité y lo puse sobre la espalda de la silla del escritorio de Caleb, y me envolví en una toalla en su lugar. Cuando me di la vuelta, Pritkin había retirado el sudor nuevamente y se sentó en el apestoso sofá. Tenía sus brazos cruzados por delante de él, como un hombre que no desea compañía, así que yo tomé la dura silla de plástico al frente del escritorio.

Serví el Jack, pero no porque quisiera. Mi estómago se sentía como si pudiera estar bien sin nada de eso por un año, tal vez dos. Pero si alguien parecía siempre como si necesitara un trago, era Pritkin.

—No tenemos que hablar —le dije—. Quiero decir, no me importaría escuchar pero... no necesito una explicación.

—Pero te mereces una.

—¿Sí? —Tuve un pensamiento de que aún estábamos. Él había salvado mi vida; yo la suya. Pero no parecía que él estuviera de acuerdo.

Le pasé el whiskey y él lo alzó bebiendo como un profesional, sin una mueca siquiera. Se dio cuenta de mi expresión y sonrió débilmente. —Comparándolo con lo que crecí, esto es... bastante suave. Y sí, lo mereces.

Me estaba preguntando con qué demonios había crecido él, ¿la versión Celta de rotgut²⁰? Pero yo no pregunté y él no dijo nada. Él sólo estaba sentado allí, sosteniendo el vaso de papel vacío cuidadosamente en sus manos.

20 Es una marca barata de whiskey.



Seguían siendo unos dedos largos, unos refinados. Pero esta noche parecían más como si pertenecieran a un mago guerrero. Junto con las siempre presentes manchas de poción, había una mancha color marrón que la ducha había pasado por alto —mugre o sangre seca— en el pliegue entre el dedo pulgar izquierdo y la palma. Se había extendido por los surcos, destacando como trazos de carbón sobre un bosquejo. Tuve una urgencia repentina de extender mi mano y limpiarla, pero no lo hice.

En entonces él empezó a hablar, y olvidé todo lo demás.

—Te hablé una vez acerca de Ruth. Acerca de... cómo murió.

Asentí con la cabeza.

—Pero no di detalles. No nos conocíamos mucho en aquél momento y no... Asumí que nunca necesitarías saberlo. —Se pausó por un momento, contemplando los paneles de madera en la pared opuesta, como si tuvieran algún tipo de fascinación para él—. Creo que tal vez lo necesitas ahora.

—De acuerdo.

—Ruth tenía una pequeña cantidad de sangre demonio. Ahhazu, una especie pequeña, de parte de su abuela paterna. Ella era una octava parte, o algo de tal cantidad.

—¿No lo sabías?

—Lo sabía. Lo supe tan pronto como la conocí. Pero supuse que, como ella estaba viviendo en la Tierra, se sentiría de la misma forma con respecto a los reinos demonio que como lo hice yo. Que ellos tienen sus placeres, pero finalmente corrompen a cualquier empresa allí. Quédate lo suficiente y te pierdes a ti mismo, tus ideales, tus valores, todo lo que eres, todo en la búsqueda del placer sin sentido. Y al final, no hay placer en ello.

—¿Pero ella no lo vio de esa manera? —deduje.

—No. En comparación a los glamours, brillantes cortes ella había vislumbrado ocasionalmente que la Tierra estaba miserable, enferma y pobre. No ayudó que ella naciera en medio de la Época Industrial, cuando, para ser justos, esas cosas eran a menudo verdad. El Támesis apestaba como una alcantarilla abierta, y estaba muy cerca. Las nuevas ciudades industriales como Birmingham y Manchester estaban sobrepobladas, sucias, las viviendas infestadas de ratas, llenas con personas muriendo por trabajo excesivo, contaminación, enfermedades... Incluso el príncipe Albert murió de difteria, a causa de los drenajes inmundos en Windsor. Fue una época horrible, y ella la odiaba, aún más por las vislumbres que había tenido de los mundos más allá de la imaginación humana.

—¿Pero ella no te dijo esto? —No necesitaba imaginar aquello. No podía ver a Pritkin teniendo algo en común con alguien que había amado el mundo que él odiaba.



—Ella le dijo a alguien, pero no fue a mí.

—Rosier —No supe cómo es que lo sabía. Tal vez porque Pritkin únicamente conseguía esa particular mirada en su rostro cuando él discutía sobre su padre.

Cabeceó bruscamente. —Ella fue a verlo, siendo admitida al mencionar mi nombre. Él me dijo más tarde que ella dijo que había vivido su vida como una niña en una tienda de dulces, una sin nada de dinero para comprar algo. Capaz de ver la belleza de su otro mundo, pero incapaz de acceder a él.

—¿Por su origen mestizo?

—No. Los demonios no son como algunos de los Fey, celosos guardianes de su línea de sangre, temiendo cualquier impureza. Ellos regularmente mezclan las razas, entre ellos mismo, otros tipos de demonios, humanos, Weres, Fey, cualquiera que tenga un atributo que crean que podría serles útil. Cualquiera que pudiera darles ventaja sobre sus rivales.

—¿Entonces porque ella no podía cambiar simplemente los mundos si lo quería? Si a ella no le gustaba aquí...

Él sacudió la cabeza. —No debería ser difícil para ti entenderlo. En ese sentido, como en otros, tus vampiros son muy similares a la especie demonio. ¿Qué es la única cosa que realmente le importa a un vampiro?

Dudé, no estaba segura de adónde quería llegar con esto. —Hay un montón de cosas...

—¿Las hay? En ese caso, ¿por qué tu amigo Raphael no está a la cabeza de su propia familia? Él es probablemente uno de los grandes talentos artísticos que el Occidente ha producido alguna vez, y aún así él sirve a un llorón, nadie tan miserable como ese Antonio.

—Él ya no lo hace. Mircea rompió la influencia de Tony.

—No por elección. Rafe es un maestro, pero él no es tan poderoso...

—Y ahí lo tienes. Poder. Lo único, tal vez la única cosa, que tus vampiros estiman. Es lo mismo con los demonios. Y Ruth casi no tenía ninguno.

—Pero ella era parte demonio... así lo dijiste.

—Sí, pero los demonios son como cualquier otra especie. Mezcla la genética y nunca sabes lo que vendrá. Incluso los Ahhazu de sangre pura no son tan fuertes, y en su caso... ella podría también haber sido la humana que pretendió ser.

—Pero tú eres parte demonio y parte humano. Y tú me dijiste que los incubos no son considerados una de las especies más poderosas, tampoco. Pero tú...



—Sí, pero mi otra mitad era humana mágica; la suya no. Y eso, o la poca cantidad de sangre Fey que heredé de mi madre, o la forma en que los genes se combinaron, es algo que trabajó para aumentar mis habilidades. Acabé más fuerte mágicamente de lo que debería haber sido, en vez de más débil. Si no hubiera sido así, dudo que hubiera siquiera conocido quién era mi padre. Él me hubiera rechazado como otro experimento fallido y hubiera seguido adelante. Y lo mismo pasó con Ruth. Sin poder, ella no fue de interés para nadie.

—Nadie excepto tú.

Pritkin estuvo en silencio por un largo rato. Y cuando habló su voz estaba diferente de lo normal, más suave, casi vacilante. Como si él tuviera que encontrar las palabras porque él nunca hablaba de esto y no las tuviera preparadas.

—Ella me vio, creo, como una entrada a un mundo que ella únicamente podía imaginar. Ella sabía que yo era parte demonio desde el momento en que me conoció. Es difícil esconder eso a otros de nuestra especie, pero también es difícil decir a cuál especie pertenece si la parte humana es dominante. Creo, me gustaría creer, que ella no lo supe hasta que yo le dije. Que su afecto por mí tenía algún otro fundamento que el hecho de que mi padre era el príncipe de una de las más magníficas cortes. Está lejos de ser el más poderoso, pero en abundancia, en decadencia, en riqueza... sería difícil nombrar otro más fascinante. Ciertamente, la fascinó.

—Lo siento. —No podía pensar en qué más decir. A nadie le gustaría sentir que era querido sólo por lo que tenía, o, en su caso, por quién era.

—Igual yo.

Se quedó en silencio por un rato, el silbido del aire acondicionado y el débil zumbido de la luz del techo eran los únicos sonidos. Estaba tranquilo, y la pequeña oficina estaba extrañamente acogedora. Se sentía como una isla lejos de la locura de nuestra vida habitual, otro momento robado fuera del tiempo. Tal vez eso es lo que hacía, o quizás, igual que yo, él sólo quería decírselo a alguien. Tener a alguien que comprendiera.

—Los demonios no... tienen relaciones... de la misma forma en que los humanos lo hacen —dijo él finalmente—. O, mejor dicho, pueden, el más humanoide de las especies, en cualquier caso, pero no se considera una unión real. Eso viene únicamente de la fusión con otro, ganando poder alimentándose de su energía, con ellos alimentándose de su... Si se hace entre dos demonios completos, puede resultar en un intercambio de energía, permitiéndole a ambos hacerse más fuertes. Algunos apareamientos se hacen específicamente con ese propósito, para permitir a seres con habilidades complementarias mejorar, posiblemente incluso mutar en algo que no hubieran experimentado antes.

Fruncí el ceño, tratando de comprender lo que él estaba diciéndome. —Así que en vez de hacer una nueva vida, ustedes... ¿se rehacen?

—En cierta forma. Por supuesto, una unión puede provocar ambos resultados, aunque eso es extremadamente raro. Pero las vidas demonio son largas y la experimentación es... casi un



pasatiempo universal. Es como la fascinación humana con la genética, el intento de hacerse mejor mediante cualquier medio disponible.

—¿Y Ruth quería hacer eso contigo?

Él asintió una vez bruscamente, y luego se quedó inmóvil. Cuando finalmente habló fue severo, cortante. —Ella no me lo dijo. Le dijo a mi padre, pidió su consejo, el por qué no lo sé. Él sería la última persona en dar un consejo desinteresado a alguien, pero tal vez ella asumió que él quería lo mejor para su hijo.

—Sus labios se torcieron en una burla salvaje.

—¿Y él le dijo que siguiera adelante? —pregunté.

—No sé qué le dijo. Únicamente sé que dijo, después que descubrí por mi cuenta que ella había ido a la corte. Me juró que le había informado del riesgo, pero él tenía motivos para hacer precisamente lo contrario. Odiaba la idea de mi “deterioro” al ser un humano, y un no mágico por eso, con apenas suficiente sangre de demonio para mencionarlo. Él quería que me uniera a los demonios completos, los poderosos, los influyentes.

—¿Por qué? ¿Por qué le importaría...

—Porque eso le daría influencia con la corte. La mayoría de los demonios tienen un grupo muy limitado de socios con lo que experimentar, porque la mayoría están restringidos en el tipo de energía que pueden absorber. Los incubos, sin embargo, son el... el O positivo del mundo de los demonios. Pueden alimentarse de prácticamente cualquier persona y transmitir energía a cualquiera, a cualquiera en absoluto.

Lo miré fijamente por un momento, segura de que lo había entendido mal. Pero tan loco como sonaba, no vi que otra cosa podía haber querido decir. —¿Él te iba a prostituir?

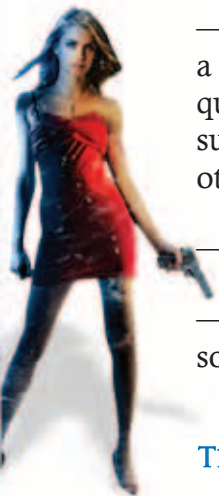
Pritkin me lanzó una mirada, y algo de su tensión dejó sus hombros. Su rostro se relajó, si no en una sonrisa, sí en algo menos severo. —Si pudieras ver tu expresión.

—¿De qué otra forma se supone que debo verme? ¡Eres su hijo!

—Lo que me convierte en una moneda de cambio. O eso se supone. No sé lo que él previó, a alguien como él, supongo, guapo, encantador, listo para la cama de quién quiera y para lo que sea que fuera necesario por el bien del clan. Lo hizo a sí mismo cuando eso ayudara en sus negociaciones. Pero mientras él podía ofrecer un intercambio de poder, no podía dar a las otras razas lo que querían realmente.

—¿Y qué era eso? —pregunté, casi temiendo averiguarlo.

—Es la fuerza más grande que los humanos tienen, y su mayor activo en la lucha para sobrevivir. A pesar de vivir mucho tiempo, otras especies sensibles no pueden llegar a la taza



de reproducción humana, ni siquiera pueden acercarse. Rosier pasó siglos tratando y fallando como el padre de un niño con otras razas demoniacas. Pero no fue sino hasta que cambió a compañeras humanas que él lo logró. E incluso entonces...

Pritkin se detuvo en seco, pero sabía que estaba pensando sobre los incontables niños que Rosier había engendrado en su búsqueda y que habían muerto, y que se habían llevado a sus madres junto con ellos. No había sabido si eso era debido a la terrible tasa de muertes en los nacimientos antiguos y las mujeres medievales, o si era el hecho de que los bebés fueron mitad incubo, una especie diseñada para aprovechar la energía humana, lo que lo había causado. Pero ninguno había sobrevivido. Ninguno hasta él.

—Así que él no te estaba prostituyendo —dije severamente—. Te estaba sacando para semental.

—Por así decirlo. Los mitad demonio no son muy fértiles, tampoco, pero comparando... Y cualquier raza de demonio daría más, mucho más, por intercambiar poder, si hay una remota posibilidad de que un niño venga con ello.

—Y pensaba que antes lo odiaba —dije sombríamente—. ¿Cómo podía esperar que estuvieras de acuerdo con eso?

—Porque un demonio completo lo haría, sin cuestionar. No se hubiera interesado por el futuro de ningún niño que ayudara a crear, o el uso que Rosier estaba dando para la influencia que él ganó. Lo habría visto como un honor, como una forma de ayudar al clan y al mismo tiempo aumentar su propio estatus. Pero no es necesario decir, que yo lo sentí diferente.

—¡Eso espero!

—Mi negativa causó la primera gran brecha entre nosotros, aunque hubo otras. Pero eso fue lo que finalmente me convenció a dejar todo atrás, para volver al mundo humano, para construir una vida libre de él, de la corte, de las constantes maquinaciones y juegos de poder.

—¿Y él te dejó ir?

Pritkin finalmente sonrió, y no fue nada agradable. —Lo obligué, se podría decir. Pero al final, eso importa poco, pues su ambición por mí permanece igual. Y un matrimonio monógamo para un don nadie le serviría de nada. Él dijo que le advirtió a ella, pero no hizo nada contra sus propios intereses. ¡Nada!

No dije nada en ese momento, porque finalmente había entendido a donde iba con esto. Al menos, temía que lo hubiera hecho. Pero no creo que Pritkin lo notara. Él estaba viendo fijamente al maldito panel, pero su rostro estaba... en otro lugar.

—Nunca sabré con certeza lo que pasó en esa reunión —dijo—. Solamente sé lo que hizo ella. En nuestra noche de bodas, ella inició el intercambio de poder. Creo que esperaba que



eso fortaleciera su propia magia, la haría aceptable a los ojos de la corte. Y si ella hubiera sido completamente demonio, incluso mitad, bien podría haberlo hecho. Podría haberle dado la entrada al mundo que ella tanto deseaba. Pero ella no lo era, y ella no lo entendió...

Hizo una pausa, y por un momento, pensé que sería todo. Pero luego habló de nuevo. Y fue muy tosco, muy amargo, que dolía escucharlo.

—El intercambio de poder está diseñado para ser exactamente eso. Pero supongo que ella nunca se preguntó lo que pasaría si un compañero no tenía exceso de poder para dar. No tenía nada más que la energía que ella necesitaba para vivir. Y yo estaba... distraído... no me di cuenta de lo que estaba pasando, no por un momento, porque los incubos generalmente se alimentan en esos casos. Pero no mucho, no totalmente. Y para el momento en que me di cuenta, fue demasiado tarde. Antes de que el ciclo pudiera siquiera comenzar apropiadamente, ella estaba... —Su labio se apretaron—. Ella nunca recibió nada de vuelta. Ella nunca tuvo tiempo. Dio y dio y luego terminó... demasiado rápido...

Paró de hablar, por lo cual estaba agradecida. Pritkin había descrito lo que pasó una vez, antes, y recordé la conversación con detalle. Era un poco difícil de olvidar, ya que él no se salvó a sí mismo. No me había dicho la razón de que su esposa terminara siendo la concha seca de una criatura, marchita y desecada, apenas reconocible como humana. Pero él se había asegurado que yo supiera que había sido responsable, al menos en su mente.

Él podría odiar a su padre por lo que sabía o sospechaba.

Pero se odiaba mucho más a sí mismo.

Una vez más, no sabía que decir. Excepto lo obvio. —No fue tu culpa —dije suavemente, únicamente para que él me diera una mirada de escepticismo.

—Acabo de explicar...

—Que trataste de detenerlo y no pudiste. ¿Qué más podrías haber hecho? No sabías...

—¡Debería haber sabido! Había muchos signos, indicios de que ella intentaba... ¡y aún así no vi nada!

—Tal vez no había nada que ver. Tal vez ella fue cuidadosa...

—¡Tal vez yo fui un ciego imbécil! —Se levantó y se sirvió más whiskey—. Debía haberme dado cuenta de lo que estaba pasando, debí haber visto cuán mareada estaba de pronto, cuán feliz... pero lo atribuí a la boda. Las mujeres con las bodas, con todas las... las decoraciones y los vestidos y el... Y yo estaba ocupado buscando un hogar para nosotros. Había vivido en cuartos de solteros hasta entonces, pero no quería hacerlo para ella, y...

Se interrumpió y regresó al sofá. Tomó de la botella de whiskey directamente. No podía culparlo en realidad.



—Esa noche... debí haber sido capaz de terminar con las cosas antes de que avanzara tan lejos. Pero no pude, porque me había rehusado a aparearme con demonios, me había limitado a los humanos, y por tanto sabía muy poco acerca del proceso. Sabía que estaba pasando, pero no cómo detenerlo. Y obviamente, ella tampoco. Mantuve mis principios en alto, frustrando los deseos de mi padre, y al hacerlo, me dejé a mí mismo ignorante sobre lo que importaba. Y él lo supo. Sabía que él tenía la forma perfecta de castigarme por atreverme a decirle que no...

—Lo cual es mi punto —dije, inclinándome hacia adelante, porque no podía permanecer en silencio más tiempo—. Rosier te lanzó. Si quieres culpar a alguien, ¡cúlpalo a él!

—¡Lo hago! Pero él no estaba allí. Él no la desecó, él no se robó su vida, no la sintió derrumbarse en sus brazos como...

Se cortó, respirando con dificultad, y puso su cabeza entre sus manos. Me acerqué y me senté junto a él, sin abrazarlo porque en esos momentos en la avalancha habría sido una aberración, y de alguna forma sabía que él no lo apreciaría ahora. Quizás por la nerviosa energía que estaba repiqueteando a través de él, como un pararrayos conectado a la tierra. Podía sentirlo, con sólo estar sentada ahí, una carga eléctrica saltando bajo su piel.

No sabía que decirle a Pritkin. Cuando te odias y te culpas a ti mismo por tantos años, se convierte en verdad, tu verdad, así sea verdad o no. Y técnicamente, nosotros estábamos en el mismo barco. Lo que le había pasado a Eugenie no era mi culpa, al menos en el sentido de que yo no podría haberlo evitado.

Y eso no era ningún maldito consuelo en lo absoluto.

—La peor parte —dijo él finalmente, con su voz ronca—, fue que lo disfruté. Emocional, mentalmente, estaba horrorizado. Pero físicamente... fue lo mismo que esta noche. Cuando desperté en el carro, fue con un terrible dolor, pero también con un indescriptible placer. No tuviste nada a cambio, tu poder estaba justo ahí, y yo... pude haber...

—Pero no lo hiciste. No me drenaste.

—¡Estuve malditamente cerca!

Negué con la cabeza. —No, tú no lo estabas. Tomaste mucho, pero sé lo que es drenar, ¿okay? He alimentado fantasmas, vampiros y ahora a mitad demonios, dos veces. Y en ambas ocasiones...

—¡Estaba consciente la última vez! —dijo salvajemente—. Mantuve el control por casi todo el proceso, y tenías un lugar para correr cuando lo perdiera. ¡Nada de eso fue cierto esta noche! —Los verdes ojos centellearon a los míos—. ¿Comprendes eso? ¿Te das cuenta del riesgo que corriste? Estabas atrapada y no había nadie para ayudarte y...

—Y no pasó nada —Ni siquiera me molesté por su tono de voz; gritarme por salvar su vida era típico del hombre—. Además, había alguien para ayudarme.



Él soltó un bufido. —¿Caleb? ¿Tienes alguna idea de lo poco recomendable que es molestar a un demonio cuando se está alimentando? Y soy más poderoso que la mayoría a causa de quién me engendró. Si él lo hubiera intentado, ¡el único afectado hubiera sido él!

—No estaba hablando de Caleb —dije llanamente.

—No podías acceder a tu poder. No podías haber cambiado...

—¡Maldita sea! No hablo de mí, tampoco. Y si mencionas a Rosier, juro que te golpearé.

—No había nadie más ahí.

Puse los ojos en blanco. Tal vez le pegaría de todas formas. Comenzaba a parecer la única opción viable.

—Estabas tú. Sabía que iba a estar bien porque estaba contigo. Sabía que tú no...

—¡Entonces eres tonta! —gruñó—. Por un momento, yo no sabía dónde estaba, quién eras... No sabía nada, más que cuán bien se sentía sacar todo ese poder. ¡Y un momento es todo lo que se necesitaba!

—Pero no lo hiciste —repetí, porque él no parecía entenderlo. Lo cual era extraño, porque para mí, era como el principal punto aquí.

—¡Pero podría haberlo hecho! Lo sentí, el hambre, el ardor, la necesidad. —Apretó sus puños—. No quería detenerme...

—Pero lo hiciste. Recuerdo cuando te retiraste. Habrías parado en ese momento, tan pronto como averiguaras lo que estaba pasando, si tu padre no te hubiera puesto ese maldito hechizo.

—No lo sabes...

—Y aún así, no es como si hubieras hecho mucho —le dije, hablando por encima de él, porque, a veces, era la única manera de conseguir una baza con Pritkin.

Había robado la botella para tomar una copa, pero la bajó y me miró con los ojos muy verdes, junto al licor ámbar. —¿Qué?

—Sólo quiero decir que no es sólo eso y una bolsa de papas fritas²¹. ¿Sabes? —Él parpadeó hacia mí—. Sin ánimo de ofender —añadí, porque tenía una mirada extremadamente sorprendida. Tal vez él no había tenido quejas antes. Lo que, francamente, era muy comprensible. Pero yo fingí indiferencia—. Quiero decir, que no puede haber sido tan malo si...

—¿Malo?

21 Expresión coloquial, forma de hablar.

CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

—Bueno, no malo-malo.

Él sólo me miró.

—Quiero decir, yo llegué y todo eso, por lo que tiene que contar para algo...

Me detuve porque estaba repentinamente envuelta en un par de fuertes brazos, y mi cabeza estaba aplastada por un sólido pecho. Un pecho que parecía estar vibrando. Me tomó un momento entenderlo, y aún así no estaba segura, porque el rostro de Pritkin estaba enterrado en mi cabello. Pero tuve un pensamiento, tan imposible como eso pareciera, que él podría estar... ¿riéndose?



Capítulo 29

*Traducido por masi
Corregido por Curitiba*



Me alegro de que ustedes dos estén teniendo un momento estupendo —dijo Caleb, abriendo la puerta de golpe un minuto más tarde.

Apenas lo oí. Estaba muy ocupada observando a Pritkin, que se había desplomado sobre el sofá con su cabeza en el reposabrazos, sus hombros temblando sin poder hacer nada, y lo que parecían sospechosamente como lágrimas escapándose por debajo de sus ojos cerrados.

—No tan malo —murmuró, y luego comenzó de nuevo.

Caleb lo miró como si pensara que el hombre podría haber perdido por completo la cordura. Yo no estaba segura de que él no estuviera en lo correcto, porque Pritkin rara vez sonreía, y él nunca se echaba a reír. Pero lo estaba haciendo ahora, y por un momento, simplemente me quedé abstraída con la imagen. De todas las cosas extrañas que habían sucedido en este día tan extraño, pensé que esta podría llevarse el premio.

Y a continuación Caleb me estaba sacando por la puerta.

—¿Estás lúcida? —exigió.

—Más o menos.

—Bien. Entonces tal vez me puedas decir... —se detuvo, porque una puerta se cerró en algún lugar del pasillo.

La cabeza de Caleb se giró como la de un tipo en una película de espías, y luego me arrastró por el pasillo y me internó en otra oficina.

Esta tenía cajas cubriendo las paredes y un montón de archivos tambaleándose peligrosamente en lo alto sobre un único escritorio. También había un abrigo en un gancho en la parte posterior de la puerta y él lo agarró, empujándolo hacia mí.

—¿Quiero saber qué le ocurrió a mi camiseta?



—Estaba húmeda.

—Y por qué lo estaba... No, espera. No respondas a eso.

—¡Porque la metí en la ducha! —dije, poniéndome el abrigo, que me quedaba unas cinco tallas más grande—. ¡Sólo hablábamos, Caleb!

—Entonces, habla un poco más. Como por ejemplo de lo que se supone que debemos hacer.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre el hecho de que John puede ser que haya perdido su mente amorosa, pero lo está haciendo, físicamente, bastante malditamente bien para un tipo que estaba casi muerto hace una hora! Y la gente lo vio, ¿de acuerdo? Y para este momento ellos han hablado...

—¿Hablado con quién?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? Hemos tenido tal vez un par de cientos de personas en el suelo, y la mayoría de ellos siguen ahí.

—¿Por qué tantos? ¿No puedes ir simplemente con “fuga de gas” o algo así? —Era la excusa por defecto de Dante para las no-tan-ocasionales rarezas que ocurrían.

—Para el restaurante, tal vez. Incluso puede ser parcialmente cierto, en ese caso. Pero eso todavía nos deja con dos edificios destruidos, un garaje destrozado y cuatro mil libras de carne de dragón sangrando en medio de un...

—Está bien, lo entiendo. La hemos liado.

—¿Liado? ¿Tienes alguna idea de cuántos recuerdos, cuántos monitores de video, cuántos...

—Ya dije que lo entiendo.

—¡Yo no creo que lo hagas! Pero en este momento, ni siquiera estoy preocupado por todo esto. ¿Sabes lo que me ha enloqueciendo por completo? ¿Querías que te diera una pista malditamente clara?

Yo no dije nada.

—Déjame darte un poco de ayuda —dijo salvajemente, comenzando a pasearse por el pequeño espacio entre el escritorio y la puerta—. Sigo pensando una y otra vez, tratando de encontrar otra explicación. Diciéndome que debo estar loco. Diciéndome a mí mismo que debo estar equivocado. Sin embargo, dos más dos son cuatro. Íncubo más humano es igual...

—Déjalo ahí.



—¡Y una mierda voy a dejarlo! —Se giró para enfrentarme, sorprendentemente rápido para un hombre tan grande—. ¿Tienes alguna idea de lo que va a pasar cuando todos los demás hagan las jodidas matemáticas...

—No van a hacerlo.

—¿Ah, no? Veamos la situación, ¿de acuerdo? John recibe un golpe con una carga de mierda de sangre de dragón, lo suficiente como para acabar con un maldito pelotón. Los hechizos habituales para parar una mierda como esa no valen de nada, y cada persona en ese coche sabe que es. Yo lo hago, también, pero lo conozco desde hace mucho tiempo, ¡así que voy a ver que se pone de nuevo aquí, aunque sea sólo para ver los documentos colgado de una etiqueta de su maldito dedo del pie!

—Caleb...

—Me di cuenta que eso es lo que estabas haciendo, también, y cuando ordenaste a los hombres que salieran, supuse que sólo querías darle un poco de privacidad en sus últimos momentos. Pensé que esa mierda de “si quieres que él viva” era sólo para conseguir que se movieran o para darte a ti misma un poco de esperanza o algo así. Pero he aquí. ¿Qué ocurre?

—Caleb...

—Empiezas a hacer movimientos en lo que básicamente es un cadáver, y a continuación te pones a hablar cuando no hay nadie allí, y luego algunas cosas raras-como-la-mierda comienzan a descender con luces brillantes y calientes y John vuelve a la vida y salta sobre tus malditos huesos...

—Técnicamente, él no lo hizo...

—Y lo siguiente que sé es que él lo está haciendo muy bien. Se le ve genial. Y tú eres la que parece un cadáver y casi estás...

—Yo no estaba así.

—Y él es todo vigor con ojos espeluznantes y brillantes y suficiente energía irradiando de él para ganar a un ejército, y sólo hay una forma de que él esté así, ¿de acuerdo?

—Él podría estar poseído por un íncubo —argumenté—. En realidad él no tiene que ser...

Caleb parecía disgustado.

—Véndeselo a otro. Todo el mundo sabe que John es mitad demonio ese no es el tipo de cosa que uno puede esconder en este tipo de trabajo, los Cuerpos tienen sus reclutas. Pero no sabíamos de qué tipo. Él nos habló de Ahhazu...

—Imagino eso.

—Pero son funcionarios de menor nivel. No pueden hacer esa clase de mierda. Y un demonio no puede poseer a otro demonio o a un medio demonio, para el caso. Así que dos más dos, ¿de acuerdo? Su otra mitad no es Ahhazu, es íncubo. Y sólo hay una mitad humana, mitad íncubo que haya sido registrada alguna vez...

—Tal vez el nacimiento de Pritkin no fue registrado.

—Tonterías. Sabes muy bien a quién tenemos...

—No lo digas.

—... en la puerta de al lado, y John Pritkin no es su...

—Te lo advierto.

—...nombre. Ese hijo de puta, Mer...

—Dilo y pasarás el resto de tu vida en el Jurásico —susurré.

Simplemente nos quedamos allí parados y resoplándonos el uno al otro.

—¿Vas a decirme que estoy equivocado? —dijo Caleb finalmente.

—No voy a decirte nada. Lo cual es exactamente lo que vas a contar a todos los demás.

—Está bien. —Él pasó una mano sobre su corte de pelo, que era demasiado corto para que él se lo arrancara. Lo que probablemente estaba bien, a juzgar por su expresión—. Sólo por el placer de hacerlo, vamos a decir que no lo quiero delatar. Digamos que he trabajado con él el tiempo suficiente para que quizás no quiera ver lo que pasará después de que todo el mundo averigüe que él tuvo otro nombre una vez. Digamos que yo estoy de tu lado. ¿Qué coño esperas que haga? Ya te lo dije, mucha gente lo vio. Y va a tener que ser informado, y...

—No vieron lo que pasó en el coche. Sólo saben que...

—Que está vivo cuando no debería estarlo. ¡Y eso es más que suficiente para despertar cierta maldita curiosidad!

—¡Muy bien! —dije—. Dame un minuto.

—Espero que no necesites mucho más que eso —dijo con gravedad—. Tuvimos suerte cuando llegamos, con casi todo el mundo en cambio gritando sobre el desastre que dejaste. Pero van a volver pronto, además de que el equipo del primer día va a venir y...

—¿Cuánto tiempo?

Miró su reloj.



—Menos de una hora antes de que el equipo de día aparezca. Y, probablemente, no pasará tanto antes de que los primeros grupos comiencen a llegar de nuevo a la Ciudad Desastre. Van a necesitar redactar los reportes antes de que se marchen, y eso lleva...

—Así que, ¿cuánto tiempo tenemos?

Los ojos negros se encontraron con los míos.

—Minutos.

—Entonces tenemos que hacer mejor uso de ellos —dijo Pritkin, abriendo la puerta detrás de nosotros—. Y olvidaste un hechizo silenciador.

Caleb maldijo.

—Lo estoy perdiendo.

—Con causa.

—¡Maldita sea con causa! —Caleb miró a su amigo, sus ojos explorando las características familiares, como si esperara que le fueran a brotar, repentinamente, cuernos.

—¿Qué pasa? —preguntó Pritkin, rígidamente.

Caleb no respondió durante un momento y luego se encogió de hombros.

—Nada. Simplemente nunca encontré a una leyenda antes.

—Una leyenda es más que la historia que la humanidad decidió sodomizar —dijo Pritkin con dureza—. Soy la misma persona que siempre fui.

—Sí, quizá. Va a tomar algún tiempo el que me acostumbre.

—Entonces acostúmbrate a ello.

—No utilices ese tono conmigo cuando estoy arriesgando mi culo...

—¡Entonces no me mires como si fuera una muestra de laboratorio en una diapositiva!

—Bueno, perdóname por estar un poco malditamente traumatizado...

—¿Quieren callarse los dos? —grité.

Los dos se volvieron a mirarme. Realmente no tenía la intención de gritar, pero parecía haber funcionado. Y Pritkin estaba en lo cierto, teníamos que pensar en algo antes de que Jonas



se presentara con sus maneras poco quisquillosas y sus ojos azules demasiado agudos y sus preguntas, aparentemente inocentes, y fuéramos apresados.

—Tenemos que lidiar con esto —les dije.

—Creo que eso ha quedado claro ya —dijo Caleb antipáticamente—. Pero a menos que sepas...

—Lo que sé es que a esa gente les gustan las explicaciones simples para las cosas. Especialmente cosas extrañas...

—¿De acuerdo a quién?

A todos los vampiros que he conocido, no lo dije, porque no habría ayudado.

—Es un hecho de la naturaleza humana —dije en su lugar—, que a la gente no le gusta las respuestas complicadas. A ellos les gustan simples, y fácil de imaginar. Noventa y nueve veces de cada cien, si se les da dos soluciones, una verdad muy compleja o una mentira muy simple tomarán la mentira. Es simplemente más fácil.

—Bien, ¿cuál es nuestra mentira simple?

—Eso lo sé. —Miré a Pritkin—. Vamos a decir que te envejecí. Al igual que con la manzana.

—Pero no puedes hacer eso todavía.

—¿Y? Ellos no saben eso.

—Estoy bastante seguro de que Jonas lo sabe —dijo Pritkin secamente—. Tenemos que pensar en algo más.

—¡No tenemos nada más! Y nosotros no...

—¿De qué estás hablando? —Ese fue Caleb.

—Un truco —dije, mirándolo—. O, en realidad, no es un truco, es algo que Agnes podía hacer con su poder de acelerar el tiempo en un área pequeña. He estado practicando...

—¿Y puedes hacer eso? —interrumpió.

—En teoría.

Él maldijo.

—Mira —le dije con impaciencia—, el punto no es si puedo o no hacerlo...



—Entonces, ¿cuál es el punto?

—¡Se supone que tengo que ser capaz de hacerlo! Que una real... que una Pitonisa bien entrenada podría hacerlo. ¡Y será mucho más fácil para la gente imaginar que el que una leyenda vuelve a la vida y pasa el rato en su maldita cafetería!

—Si pudieras hacerlo —dijo Caleb—. Tal vez sea así. Pero no puedes, y el viejo sabe que no puedes. Entonces, ¿cómo es que...

—Él sabe que por lo general no puedo, pero eso no es lo mismo. Puedo hacerlo, simplemente que no como orden. Pero de vez en cuando tengo suerte y mi poder funciona para el cambio. Y eso es casi siempre en una crisis o cuando estoy enojada o...

—Lo que no tiene mucho sentido —dijo Pritkin, interrumpiéndome.

Yo le miré.

—¿Qué?

—Lo has dicho tú misma: puedes usar el poder. Has demostrado eso en varias ocasiones, probándolo cada vez que cambias. Y el poder es el poder, eso no cambia. Simplemente tu percepción de lo que hace.

—¿Qué quieres decir?

—Que sí puedes usarlo bajo presión, debes ser capaz de utilizarlo todo el tiempo. Debes ser capaz de utilizarlo a voluntad.

—Pero no puedo. Te lo dije antes: de vez en cuando tengo suerte, pero la mayoría de las veces...

—Entonces, tal vez lo has estado intentando demasiado. ¿No me dirás que Lady Phemonoe dijo que el poder te enseñaría, que te mostraría lo que puede hacer?

—Sí, y sigo esperando...

—¿Y te ha estado mostrando cosas, no es así? ¿O de alguna manera Niall se tele transportó a ese desierto?

—¿Niall? —preguntó Caleb.

—¡Jonas no debería haberte dicho eso! —dije, ruborizándome.

—No lo hizo para avergonzarte —dijo Pritkin—. Sino como un ejemplo de tu progreso.

—¿Niall Edwards? —insistió Caleb.



—No estoy haciendo progresos —dije con rabia—. ¡No he hecho ninguno durante semanas!

—No desde la última crisis.

—¿Qué tiene eso que ver con...

—¿Niall “me-caí-dormido-en-la-playa-y-ese-es-el-porque-estoy-rojo-como-un-cangrejo” Edwards? —preguntó Caleb.

Pritkin no le hizo caso.

—En una crisis, olvidaste decirte a ti misma que no puedes hacer nada. Olvidas tus ansiedades y tus miedos, tu nerviosismo y tus dudas sobre ti misma, y alcanzas tu poder. Y eso responde. Ha sido así desde el principio. Yo creo que siempre, siempre has sido capaz de hacer lo que tienes que hacer. Simplemente tienes que aprender a salir de tu propio camino, por así decirlo.

—Si fuera tan fácil, ¿de verdad crees que los Iniciantes necesitarían años de entrenamiento?

—Hay más de ser Pythia que la manipulación del poder, Cassie. Desde el inicio has estado tratando con todo ello, porque no has tenido otra opción. Desde el comienzo de tu reinado, hemos estado en guerra. Dudo que Lady Phemonoe luchara tantas batallas en todo su tiempo en el cargo como ya lo has hecho tú. Pero eso no es normalmente el caso, y una Pitonisa en tiempo de paz tiene una serie de otras funciones.

Yo no dije nada, pero Pritkin continuó, de todos modos. Supongo que mi cara debe haber hablado por mí.

—Puedes hacer esto —dijo simplemente.

Yo, simplemente, me lo quedé mirando. Me hubiera gustado que fuera cierto. Yo realmente, realmente lo hacía. Pero el hecho es que yo no era Lady Phemonoe, amada Pythia. Ni siquiera era Elizabeth Palmer, la extraordinaria heredera. Yo era simplemente Cassie, ex-secretaria, pésima lectora del tarot y meto la pata en todo.

Y coronación o no, tenía una terrible y maldita sospecha de que yo siempre lo sería.

—Todo esto es muy interesante —dijo Caleb—. Pero, ¿podemos volver a la... —se interrumpió cuando una puerta se cerró de golpe en algún lugar al final del pasillo. Pasos fuertemente sobre el suelo empezaron a venir en nuestra dirección, muchos de ellos, haciéndose eco alto en el barato azulejo laminado—. Ellos están de vuelta —dijo, bastante innecesariamente.

Pritkin me miró.

—¿Qué vamos a hacer?

Extendí mis manos.



—Lo que he dicho. Es todo lo que tenemos.

—Entonces no tenemos nada —dijo Caleb—. La aceleración de la curación podría funcionar en un corte o una herida o un hueso roto. ¿Pero en algo como esto? Si aceleras el tiempo, podrías acelerar su curación, pero también podrías acelerar la acción de la corrosión. ¡Simplemente moriría más rápido!

—Pero no si ella lo desacelera —dijo Pritkin, pensativo.

—Puedes decir...

—¿Yo puedo decir?

—Bueno, no puedo ser visto aquí, en perfecto estado de salud —señaló con impaciencia—. No durante unos cuantos días, solo cuando razonablemente podría esperar para sanar. Y Cassie está difícilmente lúcida para interrogatorio en la...

—Así que ustedes se colarán por atrás, ¿y qué? ¿Yo me quedo aquí y descanso sobre mi culo?

—Sí. ¿Hay algún problema con eso?

—Lo hay —espetó Caleb, su cara ardiendo—. Oh, infierno, no. ¿Por qué posiblemente me que...

—Bien. Entonces todo lo que necesitas decir es que Cassie ralentizará el tiempo alrededor de lo del coche, esperando por ti y ella.

—¡Lo cual habría hecho que murieras más lentamente y nada más!

—No, si aprovechó la oportunidad para limpiar la herida.

—¿Con qué? ¡Ese material come todo lo que toca!

—Pero algunas cosas tardan más en disolverse que otras —dijo Pritkin, mirando fijamente el abrigo de cuero viejo de Caleb.

Caleb agarró la solapa posesivamente.

—No.

—¿Tienes una idea mejor?

—¡Sí! ¡Te diré que usaremos tu maldito abrigo!

—No puedes. Demasiadas personas vieron la forma que estaba dentro. No queda suficiente para trabajar con el tiempo.



—¡Bueno, no vamos a usar el mío! —dijo Caleb con enojo.

—Te compraré uno...

—¡No quiero otro! He tenido este abrigo durante doce malditos años...

—Entonces, tal vez es el momento de algo mejor —señalé, agarrando una manga.

—¡Y una mierda! Acabo de describir la manera en que me gusta...

—Te ayudaré a hechizar uno nuevo —le dijo Pritkin, le arrastró por la espalda.

—¡Suéltame!

—Caleb. —Puse una mano en su brazo—. ¿Por favor?

Él me miró y apretó los labios.

—Tienes toda la maldita razón, lo harás —le dijo a Pritkin—. Y ninguno de esos pequeños y sosos hechizos de mierda, tampoco. Quiero buen material.

—Puedes hacerme una lista.

—Que te jodan, te haré una lista —murmuró Caleb, y se despojó de su abrigo—. Sabes, leyenda o no, sigues siendo un dolor real en mi culo.

Pritkin asintió con la cabeza.

—Ahora estás entendiendo la idea.



Capítulo 30

*Traducido por SweetObsession
Corregido por Curitiba*



Cinco minutos más tarde, Pritkin y yo estábamos yendo a la carrera por un estacionamiento oscuro que se estaba poniendo rápidamente más luminoso mientras el amanecer jugaba en el horizonte. Pero no había nadie, y tuvimos suficiente oscuridad restante para escapar limpios y las cosas parecían estar mejorando. Hasta que yo puse una mano en la puerta de su destartalado cacharro y me congelé.

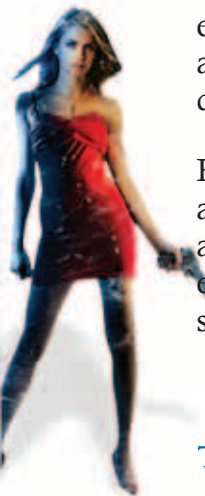
Colocado sobre el asiento de pasajero y a medio camino de rozar el suelo estaba el maltratado, viejo cinturón de pociones de Pritkin. Era sólo una tira de cuero gastado, oscurecido en los lugares de manejo, con los cortes y arañazos que esperarías de un uso prolongado. Unas cuantas ampollas encantadas llenas de sustancias fangosas seguían en su lugar, como balas de gran tamaño en una bandolera. Otras habían sido utilizadas en la lucha, dejando más claros los lugares en el cuero, como un niño con los dientes faltantes.

No había nada ni remotamente sexy sobre él. Pero yo tenía una imagen súbita y visceral de la última vez que lo había visto, contra el arco de la noche, ya que fue arrojado sobre el asiento delantero del coche. Y me estremecí, duro.

Pritkin me miró severamente, y tensó su rostro. —Va a pasar —dijo bruscamente, y tiró el cinturón en la parte de atrás.

Me mordí el labio y asentí con la cabeza, que era casi todo lo que podía hacer con una memoria sensorial de placer rasgando a través de mí. Apretó mi cuerpo, nubló mi visión y me envió carne de gallina, bañando mi piel en oleadas. Era... espantosamente realista. Él estaba en el lado opuesto del coche, no me tocaba, ni mucho menos. Pero, de repente, podía oler su aroma, el sabor de su sudor, sentir sus labios sobre mi piel. Eran cálidos y suaves, a diferencia de los duros dedos cavando en mis caderas mientras él me sostenía en el lugar, mientras el...

Hice un pequeño sonido y me estremecí de nuevo, mi respiración acelerada, mi mano apretando en el lado del coche lo suficientemente fuerte para herir. Yo arranqué mis dedos de ahí y envolví mis brazos a mí alrededor y lo aguanté. De repente estaba muy agradecida por el impermeable, que era demasiado grueso y amplio también para mostrar los inconvenientes signos de mi pequeño flashback.



Después de un minuto, me subí, no porque se había detenido, pero porque los coches estaban empezando a volver en mayor número, saliendo de la línea de ley en un flash de luz azulada, enviando chasquidos como truenos resonando contra el edificio.

Pritkin puso el coche en marcha y nos sacó del camino habitual, supongo que para evitar el atasco metafísico. Nos facilitamos a través de una cerca, una sala ondeando a nuestro alrededor como el agua, y nos deslizamos en las desiertas calles de las Vegas en la madrugada.

Esta parte, era sobre todo edificios de asfalto e industriales, entre terrenos baldíos de compacta tierra roja, algunas plantas del desierto y pavimento. No se parecía mucho a la deslumbrante, brillante ciudad de los folletos turísticos, pero tenía una especie de cruda belleza, sin embargo. Distantes velos de polvo rojo volvían espectacular el amanecer y pintaba de los edificios en negro y oro. Vi el paso del paisaje a través de legañas, tan cansada que apenas podía mantener el ojo abierto y tan excitada que quería gritar.

Sí, esto era diversión.

—Esto no sucedió la última vez —dije finalmente, en su mayoría como una distracción.

—No me alimenté completamente la última vez —me dijo Pritkin, mientras yo intentaba controlar mi respiración y fallaba totalmente.

Tragué. —¿Cuánto... cuanto falta?

—Por lo general, cinco o diez minutos. ¿Quieres parar?

—¡No! —Lo único que evitaba de agarrarlo era el hecho de que él estaba conduciendo.

Él no dijo nada por un momento, y me concentré en no retorcerme en el asiento. No salió tan bien. Me limpié las manos en la falda del impermeable y dejé huellas de mi palma sudada en la tela beige. Las miré fijamente, con los ojos llorosos y herida y desesperada. Dios, si esto no se detenía pronto me iba a volver completamente...

—Después de que Ruth murió, me volví un poco loco por un tiempo —dijo Pritkin repentinamente.

Parpadeé, debido a que eso había venido completamente de la nada. Y casi leyó mi mente. —¿Lo-lo hiciste?

Él asintió con la cabeza. —Mis recuerdos de aquellos tiempos son confusos en el mejor de los casos, pero al parecer traté de matar a mi padre. Supongo que lo culpaba de la muerte de ella, aunque no puedo decir que recuerdo el proceso de pensamiento exacto. Recuerdo un fuerte deseo de sentir los huesos de su cuello romperse bajo mis manos, sin embargo, lo que puede dar alguna indicación.

Me humedecí los labios. —Pero no tuviste éxito.



—No, pero me encontré bastante cerca. Tan cerca, de hecho, que, junto con algunas pasadas... indiscreciones, convencieron al concilio demoníaco que yo era una amenaza intolerable. Ellos me condenaron a muerte.

—¿A muerte? —Me volví a mirarlo, sorprendida por un momento de todo lo demás. —Pero... pero no tuviste éxito. Y tú dijiste que no estabas cuerdo.

—Ninguna de las cuales importan bajo la ley de los demonios.

—Pero aún sigues vivo.

—Sí, debido a la interferencia de mi padre.

—¿Tu padre?

Pritkin sonrió ligeramente. —Estaba furioso. No recuerdo mucho de esos días, como he dicho. Pero sí lo recuerdo irrumpiendo en la sala del consejo y acusándolos de intento de robo de su único hijo físico. Dijo que el daño se le había sido hecho a él y por lo tanto, como miembro del consejo, se le debía permitir establecer la sentencia. Estuvieron de acuerdo.

—¿Y cuál fue la sentencia? —pregunté, casi con miedo de averiguarlo.

—Yo iba a regresar a la corte y asumir mis obligaciones apropiadas como su heredero. Las que yo me había negado rotundamente a llevar a cabo antes. Él asumió, supongo, que yo las preferiría sobre la muerte. Asumió mal.

—Espera. ¿Elegiste morir?

—Mejor eso, pensé, que vivir durante siglos como su esclavo. Y a la vez... a la vez no puedo recordar que me importara mucho si vivía o moría. Les dije que se ejecutara la sentencia y acabaran de una vez. Estaban a punto de cumplir cuando él intervino de nuevo, con un compromiso.

—¿Qué tipo de compromiso? —pregunté con recelo. Porque yo sabía que no podía ser nada bueno.

—Que iba a ser desterrado de los reinos de los demonios, sin poder regresar, bajo pena de muerte.

Fruncí el ceño. —¿Desterrado a dónde?

—Aquí. A la Tierra.

—Pero... pero eso no se parece mucho a una sentencia. Tú habías estado viviendo aquí de todos modos.



—Eso es lo que dijo el consejo. Señalaron que muchos demonios enteros darían mucho por ser “desterrados” a este mundo, donde se pueden alimentar, como en ningún otro lugar en los reinos de los demonios.

Asentí con la cabeza. Pritkin me había dicho antes de que una de las razones principales de que el consejo exista es para regular el número de demonios permitido en la Tierra en un momento dado. De lo contrario, habría habido un pase libre para todos.

—Entonces, ¿por qué te permitieron volver?

—Ellos fueron persuadidos por el argumento de mi padre que puede haber pocos castigos más severos que enviar a un hombre hambriento a un salón de banquetes, y no permitirle comer.

—No permitiendo —me detuve, segura de que me entendería. Pero yo había visto Pritkin comer un montón, así que sabía que no estábamos hablando de la comida regular—. ¿Quieres decir... que no puedes... en absoluto?

—El acuerdo que hice fue simple: nada de sexo, de clase demonio o de la humana. Si no, yo perdería mi “libertad condicional” y sería devuelto a la corte de mi padre, por siempre para permanecer bajo su autoridad absoluta.

—Eso es... pero... —Miré alrededor en pánico, ¿por qué? no lo sé. Como si Rosier estuviera persiguiéndonos en un coche—. ¿Está viniendo por ti ahora? ¿Después de lo que hicimos?

Pritkin negó con la cabeza. —Alimentarme para salvar mi vida fue específicamente exento. Mi padre no me quiere muerto, como viste. Él quiere que yo viva y a su servicio, y creo que tenía miedo de que no permitirme alimentar en caso de emergencia podría arruinar su plan.

—No pensaba que pudieras hacerlo —le dije lentamente—. Quedarte aquí, quiero decir.

—No. Él estaba seguro de que me rompería, de que yo estaría de vuelta dentro de una década o dos en el exterior. Y cualquiera es una cantidad insignificante de tiempo para las razas de los demonios. Había esperado cientos de años ya. ¿Qué eran unos poco más?

—Él te subestimó.

—Creo que hubo apuestas hechas en la corte sobre exactamente cuánto tiempo iba a durar, todos las cuales han expirado.

—Pero... tú sabías como sería cuando...

—No. —Pritkin resopló una carcajada sin sentido del humor—. No.

—Pero tienes que haber pensado.

—En ese momento, yo no creo que fuera capaz de algún pensamiento de cualquier tipo. Pero



como que yo estaba... Sinceramente, no creo que querría intimidad de nuevo. La idea era repulsiva, en todos los niveles posibles. Yo estaba horrorizado por lo que había hecho, en lo que me había convertido...

—¡No te habías convertido en nada! La culpa era de tu padre, decisión de tu esposa. No tenía nada que ver contigo.

—Aparte del hecho de que yo era el instrumento de su muerte.

—Sí, lo que te hace la víctima aquí no él... ¡el monstruo!

—No en los ojos de mis compañeros monstruos. A diferencia de la mayoría de las otras razas, los incubos tienen una reputación de mostrar... cierta consideración... para sus compañeros. A menudo es egoísta, por supuesto; es más fácil que constantemente buscar nuevas presas. Pero sin embargo, hubo algunos en la corte de mi padre que me evitaban después de lo ocurrido. Criaturas que había tenido durante mucho tiempo en el desprecio se avergonzaban de ser asociados conmigo. Y yo no los culpaba. Yo sentía como si nunca querría alimentarme de nuevo.

—¿Y después? —pregunté en voz baja. No era de mi incumbencia, pero yo no podía imaginar lo que debió haber sido. No conocía muchos seres humanos que pudieran huir de toda la intimidad de esa manera, mucho menos a alguien cuyo cuerpo fue diseñado específicamente para necesitarla.

—Más tarde... —Sus labios se torcieron—. Empecé a entender por qué mi padre había estado dispuesto a hacer ese acuerdo. Yo lo había entendido intelectualmente desde el principio, por supuesto, pero era la realidad... algo diferente.

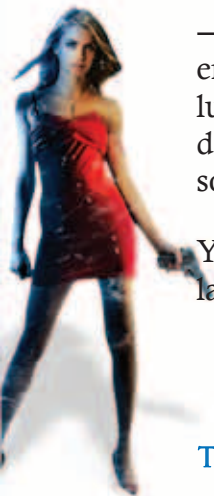
—Todavía se siente así, ¿no? —pregunté, en estado de shock—. Lo que estoy sintiendo ahora ¿todo el tiempo?

—No todo el tiempo, no. Fue casi constante durante más de una década.

—¿Una década? —Me lanzó una mirada, y por alguna razón, era divertida. Porque claramente, el hombre estaba loco—. ¿Cómo?

—Me avergüenza decir que me convertí en adicto a una serie de sustancias durante ese tiempo, en un intento... de sobrevivir, supongo que diría. No sirvió de mucho, nada lo hizo, pero la lucha se hizo más fácil con el paso del tiempo, mientras mi parte demoníaca se hizo más débil. Y obtuve una salida para mi energía en la caza de aquellos que habían hecho lo que yo, sólo que a propósito.

Yo no dije nada por un momento. Vi la arena volverse de color malva, carmesí y miel mientras la noche poco a poco se retiró antes de que el sol. Y pensé en lo que sería tener una parte de



ti mismo, literalmente, muriéndose de hambre y sin embargo incapaz de morir. Y saber que si te rindes, aunque sea una vez, al constante apetito voraz perderías, por siempre tu libertad.

—Tu padre es un hijo de puta —dije con sentimiento.

—Yo no discutiría el punto —dijo secamente—. Sin embargo, desde su perspectiva, él se siente engañado. Pasó un tiempo considerable durante los siglos intentando y fallando en tener un hijo físico. Y cuando por fin lo consiguió, contra todo pronóstico, el resultado no fue... todo lo que había esperado.

—¡Qué pena! Muchos padres tienen hijos que no son exactamente lo que pensaban que serían. Pero ellos aprenden a amarlos de todos modos.

—La mayoría de los padres no son Señores Demoniacos. Y el amor nunca fue el problema.

—Debería haber sido.

—Para alguien que se ocupa de él o de su manifestación física, tanto como mi padre, él sabe sorprendentemente poco sobre él.

Pritkin se quedó callado por unos momentos, y supe que probablemente debería dejarlo. Pero él se abría tan raramente, yo completamente esperaba que llegara mañana y la tapa fuera reprimida de nuevo, apretando. Si no preguntaba ahora, yo nunca tendría la oportunidad. Y no era como si el tipo fuera tímido. Si él no quería hablar, me lo diría... Probablemente muy bruscamente.

—¿Es por eso que eres un fanático de la salud ahora? —le pregunté—. ¿Para hacer frente a esos primeros días?

—No, era más un intento de compensar un poco la pérdida de poder que había sufrido cuando dejé de comer.

—¿Qué pérdida de poder?

—Como te he dicho, nunca me había asociado con otros demonios, nunca traté de mejorar con lo que había nacido, lo que me habría hecho simplemente más útil para mi padre. Y él que es mucho menos probable que me deje ir. Pero gran parte de mi fuerza no obstante había siempre venido... de mi otra mitad, si lo deseas. Y una vez que fue incapacitada, tuve que encontrar otras maneras de compensar.

—Como las pociones.

Él asintió con la cabeza. —Nunca estuve muy interesado en ellas antes. Pero se convirtieron en una forma de equilibrar la pérdida de poder. Y encuentro hacerlas... calmante. Algunas de las más letales requieren una concentración absoluta, y descubrí que cuando yo estaba concentrado en algo tan completamente, ayudaba a frenar el hambre. ¿No estás de acuerdo?



Yo no sabía lo que quería decir por un segundo, hasta que me di cuenta, el flashback se había ido. Mi respiración era normal, mi ritmo cardíaco estable, mis manos todavía sudorosas, pero sólo como un residuo. Me relajé en el asiento con un suspiro.

—Gracias. —Fue sincero.

—Uno aprende mecanismos de supervivencia con el tiempo...

—¿O uno se vuelve loco?

—Algunos podrían decir que ya estoy.

—Ellos estarían equivocados.

Nos deslizamos a una parada en una encrucijada, y Pritkin se volvió un poco en su asiento para mirarme. —¿Y cómo lo sabrías?

Estábamos tan cerca que podía ver sus largas pestañas, color arena, casi lo suficientemente cerca como para contar los pelos de su barba de fin del día, sombreado su mandíbula. Él no había tenido la oportunidad de torturar a su cabello todavía, y se veía extrañamente suave y plano, y estaba volando ligeramente en la brisa que entraba por el parabrisas. Lo que le hacía parecer más joven de alguna manera, más suave, más dulce...

Mentalmente rodé mis ojos. Sí, claro. Pritkin era molesto, testarudo, reservado, impaciente y grosero. Él tenía el tacto de un sargento de Parris Island y el encanto de una cerca de alambre de púas. Él regularmente me hacía desear darle una bofetada y otras personas quieren dispararle, y eso era sin siquiera intentarlo. Yo le había gritado a él más que a nadie en toda mi vida, y lo había conocido hace menos de dos meses.

Y aún así también fue leal y honesto y valiente y extrañamente amable. La mayoría de las veces, yo no lo entendía en absoluto. Pero sabía una cosa.

—Crecí con algunos hombres genuinamente locos —le dije con dureza—. Tú no eres uno.

—Entonces, ¿qué soy yo?

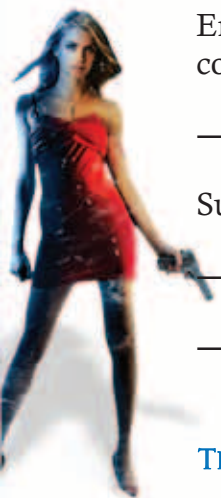
Empujé un mechón de cabello violentamente ondeando fuera de sus ojos. Simplemente no se comportaría como la mierda, ¿verdad? Como que me recordaba al hombre.

—Pritkin —dije simplemente. Eso de alguna manera resumió todo el loco paquete.

Sus labios temblaron. —¿Sabes que nadie más me llama así?

—¿Qué hay con los chicos en el Cuerpo?

—Por lo general, me llaman por mi nombre si me conocen, o por mi rango, si no lo hacen.



Pensé sobre eso. Por alguna razón, me hacía feliz. —Bien.

Sacudió la cabeza, negándose a dejar la sonrisa salir. No sé por qué. Como si pudiera dañar algo.

—¿A dónde quieres ir?

Suspiré. —De vuelta a la habitación.

—¿Está segura? Podemos hacer otros arreglos, y está el hecho de que...

—¿Qué?

—De que a Jonas no le va a gustar.

Levanté una ceja. —¿Qué importa?

Él sonrió ligeramente después, y puso el coche en marcha. —Ahora hablas como una pitonisa.



Capítulo 31

*Traducción SOS por daianandrea y Paaau
Corregido por majo2340*



Supongo que me quedé dormida en el coche, porque no recordaba haber vuelto. O ponerme el pantalón pijama rosa con rayas. O cayendo de cabeza en la cama. Pero debo haberlo hecho. Porque me desperté enredada en mis propias sábanas, la mitad de la almohada sobre mi cabeza y la luz del sol entrando a través de una grieta en las cortinas.

Me di la vuelta, sintiendo aturdimiento, la cabeza apagada, los ojos arenosos y asquerosos. Era tanto como si fuera ayer, por un minuto, pensé que todo había sido un sueño. Pero incluso mis sueños no eran tan extraños. Y luego traté de moverme, e inmediatamente supe que había sido lo suficientemente real.

Porque tenía un calambre del infierno en mi pantorrilla izquierda.

No grité —no fue tan fuerte. Pero a los oídos de un vampiro, debe haber sido lo suficientemente fuerte, porque la puerta del dormitorio se abrió y Marco se precipitó, pistola en mano y cara de demasiado miedo. Miró a su alrededor salvajemente, supongo que para disparar a algo, y cuando no encontró nada, me agarró.

—¿Qué es? ¿Qué está mal?

Lo miré fijamente, todavía medio dormida y desorientada por el dolor, y no dije nada.

—¡Cassie!

—Calambres, —finalmente solté sólo que no parecía nada bueno. Porque él me miró, sin comprender, mientras la habitación se llenó rápidamente con vampiros.

Y luego parpadeó. —¿Dijiste calambres?

Asentí con la cabeza entre lágrimas.

Marco dijo algo profano y metió la pistola en la parte baja de la espalda.



—Fuera de aquí, —le dijo a los otros, quienes se desvanecieron en las sombras, mirando absurdamente agradecida.

Suspiró y se sentó en el borde de la cama. —¿Dónde te duele?

—En todas partes.

No era una exageración. Se sentía como si mi cuerpo entero tuviera latigazos. Estaba empezando a entender por qué Fred había dicho que odiaba los hechizos de lazo. Por supuesto, el único que me había hecho sentir como una mierda había salvado mi vida, pero eso no fue del todo reconfortante en el momento.

Levanté mi pierna izquierda, lo que era tan gravemente agobiante que ni siquiera me podía enderezar. La gran mano de Marco suavizó ligeramente sobre el músculo, y luego aplicó una ligera presión. Grité de dolor y luego con asombro, ya que el músculo se liberó. Aun así me dolía como una puta, un latido sordo que reflejaba la carrera de mi corazón. Pero al menos podía respirar.

—Sabes, he vivido mucho tiempo, —me dijo masajeando la pantorrilla más firmemente ahora—. Y he conocido a mucha gente. Pero nunca conocí a una mujer que me hizo querer golpearla hasta la muerte tan a menudo como tú.

—Lo siento, —me ahogué, y traté de apartarlo, pero su mano me mantuvo firme.

—No te vas a ir a ninguna parte, —dijo Marco—. No hasta que tengamos una pequeña charla.

Pero no habló; no dijo nada en absoluto. Sólo continuó los largos, calmantes movimientos con esos dedos grandes, tan toscos pero también hábiles en el movimiento. Y después de unos momentos, sentí mi cuerpo relajarse poco a poco.

—Eres bueno en eso.

—Tuve mucha práctica.

—¿En serio? ¿Dónde? —pregunté, quería saber que posponer quejándome en la espera que estaba a punto de conseguir. Por lo general, me mantenía bastante bien, incluso con los vampiros. Pero en este momento, no sentía como si tuviera algo que dejar.

Marco me lanzó una mirada que decía que él sabía malditamente bien lo que yo estaba haciendo, pero luego se encogió de hombros.

—El lanista para el que trabajaba me tenía listo el hombre para el combate. Ellos luchaban mejor si estaban relajados, o eso pensaba él.

—¿Lanista?



—Hombre que era dueño de un grupo de gladiadores.

—Pensé que estabas en el ejército.

Una ceja negra tupida se levantó, pero él no preguntó.

—Estaba. Trabajé y peleé mi camino hasta centurión, justo a tiempo para ver el imperio derrumbarse a mí alrededor. Estaba casi muerto después de una batalla, cuando algunos hombres me sacaron de la sangre, el barro y me llevaron. Resulta que ellos trabajaban para un vampiro con una racha empresarial y le gustaba el ex-ejército.

Agregó una presión extra, y gemí, pero no porque me dolía. La pierna se sentía mejor, a pesar de que acababa de destacar cuán doloroso el resto de mi cuerpo estaba. Era como si no hubiera sido capaz de concentrarme en todos mis otros malestares y dolores hasta el gran cuidado. Y ahora estaban clamando por ayuda.

Marco se limitó a mover su cabeza hacia mí. —Date vuelta.

Me di la vuelta, y esas grandes manos se pusieron a trabajar en mi espalda. Ahogué un gemido en la almohada, porque la idea de un masaje de Marco no se parecía en absoluto a la variedad de un spa relajante. No había aceite de lavanda, ni música suave, sin paños calientes. Sólo un asalto total sobre los músculos acalambrados, hasta que se encogieron en la entrega y se transformaron en gelatina.

—¿Por qué a este vampiro le gusta el ex-ejército? —jadeé después de unos minutos, sobre todo para darme algo más en que pensar.

—Fortunato se encontraba en el negocio de proporcionar gladiadores para los ricos. Políticos quienes querían para jugar a las multitudes, o gatos gordos que tratan de superarse unos a otros en eventos privados. El mejor dinero provenía de las luchas a muerte, pero le costaba mucho entrenar a un gladiador lo suficientemente bien como para poner un buen espectáculo. Teniéndolo muerto en un combate a muerte una de las primeras veces que peleó no fue un buen negocio, incluso a los precios que cobraba.

—¿Así que él tomó personas que fueron ya capacitadas?

—No, él tomó personas que se encontraban calificadas, y luego los hizo vampiros. De esta manera, la multitud podía vernos “morir” una y otra vez, pero él no tenía que reponer constantemente su capital. Nosotros... —se detuvo cuando me di la vuelta y lo miré—. Fue hace mucho tiempo.

—¡Eso es horrible!

—Así es la vida. Si sus hombres no me habrían visto en ese campo de batalla, no hubiera decidido que un centurión era justo lo que el jefe había ordenado, yo nunca lo habría hecho.



De todos modos, casi que no. Se lo llevaron dos meses para que la enfermera me regresara la salud así él podría matarme.

Tragué. —Espero que no hayas estado con él mucho tiempo.

—Un siglo, más o menos.

—¿Un siglo?

—Hasta que los juegos fueron prohibidos. —Marco me empujó hacia abajo y comenzó sobre mis hombros—. El cristianismo no estaba de acuerdo, tal vez porque muchos de sus habitantes lo habían terminado, y no por elección. ¿Sabes?

Asentí con la cabeza.

—Y una vez que comenzó a extenderse, los políticos dejaron de financiar los juegos, ya que empezaron a costarles los votos del lugar a la inversa. Y entonces el emperador convirtió y aprobó una ley en contra de eso, y aunque algunas personas todavía los retenían ilegalmente, no fueron suficientes para que valga la pena el tiempo de Fortunato. Me cambiaron a otro maestro que necesitaba un guardaespaldas, y acabé mezclado alrededor después de eso.

—Y terminaste con Mircea.

—Conoces el resultado. Tienes que pertenecer a alguien.

—Pero eres un maestro de alto nivel. —Señalé—. Podrías tener un corte de tu propia cuenta, si quieres.

—Sí. Y tener todos los gastos y dolores de cabeza y la mierda diplomática para tratar, y todavía tener que responder a alguien. Todo el mundo es lo mismo, no puede esperar para moverse hacia arriba, para llegar al quinto o cuarto o tercer nivel, y actuar por su cuenta. Sólo para descubrir que es la misma cosa.

—¿Y qué es eso?

Sus manos se quedaron quietas en mi espalda.

—Que no hay libertad en el mundo, Cassie. Si dejo a Mircea, tengo que aliarme con algún otro funcionario de alto nivel de maestría con el fin de sobrevivir. Y entonces sería arrastrado en su vida, su lucha, al igual que ahora. Todo el mundo responde a alguien, todo el mundo tiene restricciones que soportar. Incluso los senadores. Incluso Mircea.

Estaba empezando a ver por qué Marco había estado dispuesto a llegar a este tema. Suspiré y hundí mi cabeza en la almohada.

—¿Incluso Pythias?



—Todo el mundo recibe órdenes de alguien, —repitió.

—Mircea los toma desde el Cónsul, y créeme, a veces, realmente no me gusta. Pero lo hace.

Me di la vuelta y miré a Marco cansadamente. —Sí, y ¿por qué lo hace?

Marco frunció el ceño. —Es su trabajo.

—Y ella es su jefe, su superior.

—Sí.

—Y ahí está tu respuesta.

—¿Hay que responder?

Suspiré. —Mircea hace lo que ordena el Cónsul porque él es su siervo.

—¿Si?

—Pero no soy él.

Me levanté y fui al baño.

Por supuesto, Marco siguió. —Tú no eres suya.

—Su novia, sí. Su sierva, no. No puedo ser y hacer mi trabajo.

—Lo has hecho bastante bien hasta ahora. ¿Qué diablos crees que va a pedirte Mircea que hagas?

—No sé. Pero ese no es el punto, ¿cierto? —Abrí la canilla de agua caliente de la bañera.

—Entonces, ¿cuál es el punto?

—Que él puede preguntar lo que quiera. Probablemente lo hago la mayor parte del tiempo. Lo habría hecho anoche, si lo hubieran solicitado. Había tenido un día del infierno, de verdad no quería ir a ninguna parte. Pero no fue una solicitud, fue una orden. Y si comienzo a recibir órdenes de un senador, cualquier senador, puede que olvide como es tener a alguien que me tome en serio.

—El cónsul toma a Mircea en serio.

—Como un sirviente valorado, sí. Pero ella sabe eso, que cuando presione, el hará lo que ella quiere. Le debe el trabajo a ella, así que no puede ser de verdad imparcial. Pero yo tengo que serlo, o el círculo me ignorara como un vampiro peón, y el Senado me ignorará porque pueden



darme órdenes, y será... el Síndrome de Tony de nuevo. No quiero vivir así. ¡Simplemente no quiero!

Marco se sentó a un lado de la bañera, haciendo que la porcelana crujiera.

—¿Qué es el Síndrome Tony?

Alguien había reabastecido las sales de baño, y derramé medio jarro en la bañera.

—La mayoría de los videntes ven ambos lados de la vida —le dije—, ven al bebé por el que alguien ha estado esperando, o la promoción retrasada, o al amor de sus vidas, justo a la vuelta de la esquina. Ayuda a balancear las malas cosas, las cosas que nadie quiere ver. Los terremotos y los lotes de bombas, los incendios y los accidentes de tráfico. Pero yo nunca he tenido ese balance. No veo las cosas buenas. Nunca lo hago.

—Eso es duro.

—Es... agotador. Es deprimente. No te deja disfrutar mucho de la vida porque, incluso cuando tienes un buen día, de pronto ves el sufrimiento de alguien más, el duelo de alguien más. Y los rasguños se graban, ¿sabes?

Él asintió con la cabeza.

—Eventualmente, aprendí a no ver cosas. Pero por mucho tiempo, no tuve esa habilidad. La única forma en que podía sobrellevarlo, era decirme que las cosas que veía eran el futuro, y que quizás alguna de ellas se podía evitar. Que quizás yo podía cambiar las cosas, al menos para unas pocas personas. Y Tony me prometió que haría correr la voz.

—Y mintió.

—Por supuesto que mintió. Pero yo era una niña y le creí, quizás porque quería creer en él. Cuando finalmente lo supe y lo confronté, él sólo se encogió de hombros, y me dijo que había más beneficio en la tragedia.

—Eso suena a esa pequeña comadreja gorda. —Marco me miró estrictamente—. ¿Estás diciendo que esperas que el Senado vaya advirtiendo tragedias?

—No. Pero si veo venir algo, algo potencialmente desastroso para nuestro mundo, espero que me escuche. Espero que confíen en mí. Y ahora mismo, no creo que me respeten lo suficiente para hacer eso.

Marco suspiró y me miró, sus codos apoyados en sus grandes muslos.

—Mira, voy a decirte algo, y si lo repites, voy a negarlo. Pero el maestro no debió haber dado esa orden. Él debería saber que tú eres suficiente por ahora para saber que iba a pasar. Pero



lo hizo de todas formas, porque está asustado, y estresado, y no siempre ve tan claramente donde a ti te preocupa. Pero eso no significa que no te respete.

—Bueno, ¡De seguro no significa que si lo hace! —dije, girando el jabón alrededor, con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Habla mucho de ti en la familia. Está orgulloso de ti, todos pueden ver eso.

—Todos excepto yo.

—Puede que él no te lo diga, pero esa es la verdad.

—Entonces, ¿por qué no me lo dice? Ahora mismo, siento como... como una de esas fulanas de las que hablabas...

—Nunca use la palabra “fulana”.

—... quien se supone que esta alrededor, comprando, haciéndose las uñas ¡y esperando a que su señor y maestro aparezca! Así es como él me trata, entonces, ¿por qué no debería creer que me vea así?

—Porque a él probablemente le guste pensar en ti comprando, y haciéndote las uñas, ¡en lugar de la clase de mierda que por lo general obtienes! Y porque es un político, y no quiere renunciar a una ventaja.

—¿Ventaja en qué?

—En el juego de poder en el que ustedes dos se ponen...

—No se trata sobre su poder.

—Demonios que no.

—¡No lo es! No quiero las órdenes de Mircea alrededor. No quiero las órdenes del Senado o del círculo. Sólo quiero que ellos...

—Te tomen en serio. Te escuchen. Se guíen por lo que les dices. Y eso se traduce a poder, ¿cierto?

—Se traduce en hacer mi trabajo.

Marco me miró por un momento y comienza a decir algo, y luego sólo sacude su cabeza.

—Nunca creí que conocería a alguien tan obstinado como el maestro —me dijo—, pero que sabes.



—No estoy tratando de ser obstinada.

—Lo sé. Es como con Mircea; no vas a tratar. Viene naturalmente

Suspiré.

—Supongo que necesito hablar con él.

No sé cómo se veía mi expresión, pero Marco rió.

—Sí, pero tendrás una suspensión. Él dijo que te llamará esta noche, tarde. Tiene que hacer una cosa todo el día.

—¿Qué clase de cosa?

Se encogió de hombros.

—Cosas del Senado, supongo. Tendrás que preguntarle.

—¿Qué hay con Jonas? —Quizás podría sacarme una conversación incómoda del camino.

—Llamó hace un rato, mientras dormías. Dijo... espera. —Marco tomó un cuaderno de su bolso y lo abrió—. Dijo que puede que quizás sepa que te atacó anoche. No está seguro, pero cree que puede ser algo llamado Spartoi.

—¿Espartanos?

—No, eso fue lo que yo pensé también, pero me lo deletreó. Y es Spartoi. Se supone que hay 5 de ellos, hijos de Ares y algún dragón...

Levanté la vista para apagar el agua.

—¿Dragón?

—Sí, uno de los Fey. Pueden cambiar de formas, ¿sabes?

—Si —dije lentamente. Y eso explicaría por qué el maldito dragón había sido tan difícil de matar. Había visto a Pritkin, y a un amigo suyo, Mac, tomar a uno antes, y no había sido nada como eso. Pero entonces, ese otro dragón no había sido un semi dios tampoco.

—¿Algo más? —demandé—. ¿Cómo se supone que peleamos contra estas cosas?

—Creo que la idea es no hacerlo —dijo Marco secamente—. Dijo que te quedaras en el Hotel hoy. Él triplicó a los guardias, así que nada debería entrar. Necesita hacer más investigación, pero hablará contigo mañana. —Marco pasó una página de su cuaderno, pero no encontró nada, porque se devolvió—. Y eso es todo.



Como que pensaba que era suficiente. Aparentemente Marco también, porque se veía un poco preocupado, como si pensara que iba a romperlo de nuevo. No lo haría. Estaba demasiado enojada. Parecía como si al otro lado no se preocupara de pequeñas cosas como jugar limpio. Una clarividente no tan grande contra 5 malditos semidioses me parecía un poco unilateral. ¡No era de extrañar que casi mataran a Pritkin!

—¿Estás bien? —preguntó Marco.

—Sí. —Meforcé a sonreír, porque nada de esto era su culpa.

—Estaba pensando... en todo el día nadie se ha quejado de mí.

Él sonrió.

—Bueno, lo haré, si te hace sentir mejor.

—¡Lo acabas de hacer!

—No, eso no fue quejarse. Deberías oírme cuando me vaya.

—Tengo miedo.

—Mantén ese pensamiento. —Marco me alborotó el pelo y se fue. Me desnudé y me metí en la bañera, hundiéndome en el agua hasta la barbilla.

Se sentía bien. Se sentía mejor que bien, y no sólo por mis adoloridos músculos.

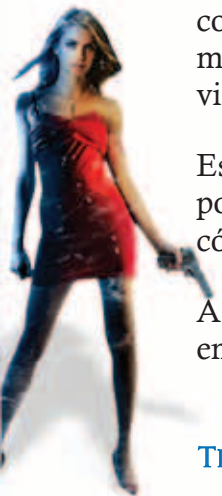
Hace tres días, algo había tratado de ahogarme en esta misma bañera, y ahora estaba de vuelta, relajándome. Tenía un encanto apesadoso alrededor del cuello, y un vampiro que probablemente escuchaba en la puerta, pero aun así. Eso era un progreso.

Mi pie flotó a la superficie, y miré mi pobre, pulida y astillada uña. Pensé en rehacerla. Pensé en hacer la vida de Augustine miserable. Pensé en ir al salón y ver si alguno de los chicos podía hacer algo por mi cabello.

Pero nada de eso tenía mucho atractivo. Era difícil concentrarse en mi lista “para hacer” con la espada de Damocles colgando sobre mi cabeza. Se sentía como si yo sólo estuviera marcando el tiempo, esperando por el próximo ataque. Y eso se estaba haciendo realmente viejo.

Estaba cansada y harta de jugar a la defensiva. Pero para jugar a la ofensiva, necesitaba un poco de ayuda, y no sabía dónde conseguirla. O mejor dicho, lo hice, simplemente no sabía cómo.

Asumiendo que las locas teorías de Jonas no eran tan locas después de todo, necesitaba encontrar una diosa, rápido. Y creo que había una pequeña posibilidad que la que necesitaba,



aún estaba dando vueltas. Había sido su hechizo el que había desvanecido a los otros dioses, después de todo, así que quizás no la había afectado. Y quizás ella no había querido regresar a un mundo lleno de otros dioses cabreados. De hecho, entre más pensaba en ello, más parecía que ayudar a la humanidad la había dejado aquí con nosotros. Si ella había ido a casa, ¿no la habrían obligado los otros dioses a levantar el hechizo? Ellos obviamente querían regresar, y ella no los podría haber enfrentado a todos. Y se supone que los dioses eran inmortales, ¿cierto? Entonces, si no había ido a casa, era posible que aún estuviese aquí.

Pero incluso si ese era el caso, no había sido vista en 3000 años.

Y alguien que se había escondido por tanto tiempo de seguro se había vuelto buena en ello.

Salvo por una visión con un mapa, no tenía ni la más maldita idea de dónde comenzar a buscar. Y sin una pista, no iba a tener una visión. Era un círculo vicioso de Trampa 22.

Necesitaba alguien que me señalara en la dirección correcta.

Necesitaba alguien que supiera acerca de los dioses.

Necesitaba un dios.

Afortunadamente, conocía a tres.



Capítulo 32

*Traducido por Malu Cullen
Corregido por majo2340*



Para ser un hotel diseñado para parecerse al infierno, el Dante no estaba tan mal. Había sido tematizado cada pulgada de su vida por alguien que se apuntaba fuertemente al “más es más” concepto de decoración. Pero esto era las Vegas, donde la adherencia pasaba por ambiente y la vulgaridad era parte de toda la diversión.

Pero esto no era divertido. Era sencillamente triste.

—¿Permites que los clientes vengan aquí abajo? —pregunté, mirando alrededor de lo que pretendía ser una entrada de autobús. Unos pocos enfermizos arbustos de diversas formas custodiaban un piso de cemento agrietado cubierto de manchas de aceite y gasolina. Había basura en las esquinas y suciedad en las paredes, y todo el lugar olía como a orín.

—Nadie viene a las Vegas en autobús, —dijo Casanova, el gerente del hotel, mientras tanteaba dentro de la chaqueta de su traje. Era de un pálido color trigo, uno de sus favoritos porque resaltaba su apariencia Española. Pero era un poquito incongruente en este escenario, como un modelo de Armani que había tomado un giro equivocado y hubiese terminado en los barrios bajos—. Por lo menos, nadie que se quede aquí.

—¿Entonces por qué tenerlo siquiera?

—Porque algunas personas quieren tomar tours—Grand Canyon, Valley of Fire, Hoover maldita Dam, —dijo impaciente—. Y se molestan si no hay lugar para que puedan tomar uno.

—¿Y esto es lo que se te ocurrió?

Casanova me disparó una mirada de ojos-endrinos que podría haber sido atractiva si hubiese una mente diferente detrás.

—Si están tomando un autobús, están dejando el casino.

—¿Y?

—Así que no van a gastar nada de dinero aquí.



—¿Así que, que se jodan?

—Exactamente.

Sus manos se asomaron con una linterna delgada, con la cual alumbró alrededor. Había luces fluorescentes en el techo, pero no estaban encendidas. Un derrame de luz del atardecer filtraba parte de la penumbra a cada lado del resonante espacio, y alguna luz eléctrica se derramaba sobre las escaleras mecánicas inservibles. Pero eso aun dejaba la parte principal del garaje como una caverna oscura.

—No creo que nadie baje aquí, —le dije, medio esperando que fuera verdad.

—Oh, están aquí, seguro, —dijo él sombríamente—. A mis chicos les toma a lo mejor dos semanas, pero finalmente se las arreglan para arrastrarlas. Ahora vamos.

Saqué un liso cabello rubio fuera de mis ojos y lo seguí al interior de la penumbra, sintiendo un reguero de sudor deslizarse hacia abajo por mi espalda.

El lugar estaba caliente como un horno—aparentemente el aire acondicionado era otra cosa que a los turistas amantes de autobuses se les era denegado. Y a pesar del hecho de que habíamos estado aquí abajo solo unos pocos minutos, la parte de atrás de mi camisa azul y la cintura sobre mis vaqueros cortos ya estaban empapados.

—¿Por qué la gente viene a las Vegas en verano? —me quejé—. Es la temporada de turistas más grande, lo que no tiene sentido. Debe haber ciento veinte grados afuera.

—Los niños están fuera de la escuela.

—Pero la mayoría de la gente no trae a niños aquí. Todo ese asunto de pensado para familias ha disminuido.

—Exactamente. —Su linterna se balanceó hacia el techo, como si pensara que nuestra presa pudiera estar colgada de las vigas como un murciélago. No ayudó a mi humor que, por todo lo que sabía, podría ser así—. Los niños están fuera de la escuela, así que los padres necesitan un descanso de los pequeños bastardos.

—¡Es bueno saber que no tienes niños!

El nerviosismo hacía que mi voz se pusiera severa, pero Casanova no parecía sentirse ofendido.

—Una de las mejores cosas de ser vampiro. Ahora para de hablar y comienza a mirar.

Rodeamos más allá hacia la oscuridad y mis manos comenzaron a sudar, y no solo por el calor. Él tenía razón en una cosa: la mayoría de las personas que inundaban las Vegas hoy eran adultos, y la mitad estaba llena de personas mayores. Lo que podría explicar por qué esas tres viejas ancianas que perseguíamos no habían estado atrayendo la atención que merecían.



Bueno, eso, y el hecho de que eran antiguas semidiosas con más de un truco bajo sus mangas.

Eso era lo que me tenía agarrando la delgada caja negra que cargaba con la suficiente fuerza para dejar mis dedos blancos. Era una trampa mágica, del tipo que impresionó una vez al trío conocido como las Grayas por el tiempo suficiente por su historia por desaparecer en una leyenda.

Sospechaba que no querían volver a entrar. Eso estaba bien conmigo, porque no quería ponerlas ahí. Solo quería hacerles algunas preguntas, asumiendo que siquiera las encontráramos. Pero Casanova no era exactamente un chico del tipo altruista, y tenía que rehuir un poco sobre mis motivaciones.

—No sé por qué estas siendo tan útil así de repente, —dijo suspicaz, como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Siempre soy útil.

—¡Nunca eres útil! Dejas caer problemas en mi regazo todo el tiempo y luego desapareces en alguna parte y me dejas para hacerme cargo.

—Nombra uno.

—¡Esos malditos niños que juraste que estarían fuera de aquí hace dos semanas atrás!

Se refería a unos huérfanos mágicos con los que había sido menos que caritativo dejándolos entrar hasta que pudiéramos encontrar otras casas para ellos. El casino tenía más de mil habitaciones, pero los dos niños que estaban viviendo aquí se aprovechaban de su arrugada y pequeña alma. Él actuaba como si realmente le estuvieran causando dolor.

—Tami está trabajando en eso, —dije, hablando sobre su de hecho madre adoptiva—. Es difícil encontrar una casa lo suficientemente grande para tanta gente que sea razonablemente rentable.

—¿Y por qué molestarse cuando puedes permanecer aquí y comer fuera de casa y hogar?

—Ellos no comen tanto.

—¿En comparación a qué? ¿Marinos hambrientos?

Hice girar mis ojos. —Bueno, se irán pronto...

—Es lo que siempre dices.

—... y te estoy ayudando hoy, ¿o no?



—Sobre el maldito tiempo, también, —murmuró Casanova, deteniéndose para atisbar dentro de un drenaje en la acera como si pensara seriamente que alguien pudiera apretujarse ahí abajo. Miré a lo largo con él hasta que mi cerebro conjuró una memorable escena de eso, y lo evité con nerviosismo.

Él miró sobre su hombro, con un ceño molesto creciendo en esos apuestos rasgos.

—¿Qué es lo que pasa contigo?

—Nada. —No pensaba realmente que ahí abajo hubiera algunos payasos homicidas—o algunas antiguas diosas, tampoco—pero nunca sabías. Esto era Dante. Loco era lo que había para desayunar cuando se nos acabó el Corn Flakes.

—Bien, porque todo esto es por tu culpa, —se quejó—. No vas a salir con otra razón para no ayudarme.

No dije nada, porque técnicamente, estaba en lo cierto. Yo había sacado a las chicas de la cárcel, pero a nadie parecía importarle que hubiera sido un accidente. El último de todos Casanova, cuyo amado casino se había convertido en su territorio favorito.

—¿Por qué estás tan interesado en tenerlas fuera de aquí? —pregunté, mientras nos movíamos sobre un muelle de carga—. Han estado fuera por casi seis semanas, y lo peor que las he visto hacer es partir en dos una maquina traga monedas. —Y cualquiera que hubiera alguna vez jugado a esos bandidos de un brazo en el Strip podría ciertamente simpatizar con eso.

—Bueno, una pequeña cosa podría ser que siguen irrumpiendo dentro de las suites de los niveles superiores, —dijo ácidamente—. ¡La Cónsul salió de su cama el otro día para encontrarlas nadando en la piscina de su balcón!

Sonreí.

—¡No es gracioso!

Considerando que una vez había sido mi balcón, antes de que hubiera sacado su rango y me pateara fuera de ahí, estaba en cierto desacuerdo.

—¿Se comieron toda su comida?

—No había nada de comida. Pero se bebieron todas las bebidas alcohólicas y golpearon a los guardias que ella envió para sacarlas. Estuvieron ahí casi tres horas antes de que salieran para aterrorizar a alguien más. ¡Las quiere fuera!

—Y Dios prohíba que alguien deba causarle inconveniencias, —dije agriamente.

Para mi sorpresa, Casanova estuvo de acuerdo.



—Pierdo dinero cada día que el maldito Senado permanece residente. Están usando la mitad de mis suites —por las que todavía tengo que ver diez centavos de pago— ¡convenciendo a mi personal, haciéndose cargo de la sala de conferencias y comiendo fuera de casa!

—Es solo temporal. Se irán pronto.

—¡Sí, dejándome con un hotel destrozado, un calendario de conferencias arruinado y debiendo hasta mis orejas!

—Mircea comprenderá...

—Mircea no da una mierda por este hotel, —dijo Casanova cruelmente—. Mircea se preocupa por la maldita guerra. Si me ahogo en tinta roja, es lo mismo para él. Lo tacha como una pérdida de impuestos y me transfiere a un trabajo sin salida donde puedo desmoronarme lejos por otro siglo o algo. —Se giró abruptamente hacia mí, alumbrando la linterna sobre mis ojos y provocándome una mueca.

—Y eso no va a pasar, ¿entiendes? Este es mi único tiro hacia los grandes tiempos. ¡Esas viejas ancianas no me lo van a arruinar, y tampoco tú!

—No estoy tratando de... —comencé, pero él ya estaba empujando hacia delante otra vez, murmurando algo ininteligible en español.

Fruñí el ceño y comencé a seguirlo, cuando una cabeza entrecana emergió de ninguna parte frente a mí. Estaba colgando boca abajo, los largos, y grises rizos fluyendo hacia la tierra como el musgo en una plantación. Era Deino, la que siempre tenía un suave reconocimiento para mí—por lo menos hasta que comencé a cazarla.

Como todas las chicas, tenía una manzana seca y arrugada de rostro con suficientes arrugas para poner a un Sharpei celoso. Era un poquito difícil leer la expresión que probablemente estaba sepultada allí abajo en alguna parte. Pero no estaba sonriendo.

Su mentón se sumergió hacia la trampa que yo aún tenía agarrada, y unas cuantas arrugas más aparecieron sobre el curtido rostro.

—Um, —dije incómoda.

Era difícil saber qué decir, ya que había sido atrapada con las manos en la masa. Y cuanto inglés entendía ella era problemático, de todas maneras. Pero no importaba, porque antes de que pudiera descubrirlo, se inclinó de repente y me besó en la mejilla.

—Heh, —dijo, y desapareció de nuevo.

Y también lo hizo la caja.

Moví mi cabeza alrededor, pero no vi nada.

Excepto por Casanova mirando detrás de algunas cajas apiladas.

—Uh, podríamos tener un problema, —le dije nerviosa.

—¿Qué pasa ahora? —demandó, pasando su mano sobre una tela de araña que se había atrevido a manchar su anteriormente prístina ropa.

No respondí, porque estaba viendo a otra vieja anciana que estaba merodeando hacia él sobre la cima de las cajas. Sus movimientos no eran remotamente antiguos, propios de una dama, o de esa forma, particularmente humanos. Enyo había conseguido su corte de cabello, noté de forma irrelevante, justo antes de que Casanova pestañeara fuera de la existencia.

Por un momento, simplemente permanecí de pie ahí mientras ella descubría dientes y encías hacia mí y cacareaba. Luego sostuvo la caja negra y la sacudió sugestivamente. No había ninguna duda de lo que había pasado con el vampiro.

—Oh, mierda, —dije. Enyo cacareó otra vez y luego se detuvo, antes de sostener la caja como un regalo. La miré con recelo.

—¿Me lo estás dando a mí?

Ella asintió, sonriendo como una desalmada. Recelé una trampa, pero, entonces, si las chicas me querían en esa caja, podrían habérselas arreglado fácilmente. Así que tal vez solo estaban tratando de enseñarle una lección a Casanova.

Tentativamente di un paso al frente, luego dos. Sostuve una mano hacia delante y casi tenía mis dedos sobre ella cuando Enyo sacudió su muñeca, arrojándola sobre mi cabeza a Pemphredo, el tercer miembro del trío. Ella estaba agazapada en una camioneta cercana, usando unas coletas grises y una camiseta “Las Vegas me Hizo Hacerlo”, y me miraba por el único ojo que todas compartían.

Me miró en silencio por un momento, luego lentamente sostuvo la caja. Como si realmente fuera a caer en eso de nuevo.

—No, no quiero jugar, —le dije—. De verdad.

Esto era muy malo, porque parecía que estaba en la minoría.

—Lo quiero de vuelta, —dije. Pemphredo me disparó una mirada.

—Está bien, quizás realmente no lo quiero, pero tú sabes cómo es esto.

Ella inclinó su cabeza inquisitivamente. Claramente, no lo sabía. Eso era un problema, porque yo, tampoco.



—Mira, es como esto, —dije, tratando de salir con una razón de por qué deberían dejarlo ir—. Es molesto.

Las chicas asintieron. De esto, aparentemente, podíamos estar todas de acuerdo.

—Y... y obviamente no tiene derecho a atraparte así. Digo, no es como que estuvieran haciendo nada malo.

Más asentimientos.

—Solo... um... —me detuve, tratando de recordar por qué yo quería al chico de vuelta—. Mira, realmente no tengo una buena razón para ti para que me lo devuelvas, —dije honestamente—. Es un malhumorado, egocéntrico, egoísta, novato codicioso. Ni siquiera a sus propios empleados les gusta mucho. Pero podría ser peor. Si lo transportas a alguna parte, tendrán que conseguir un nuevo gerente. Y podría ser mucho más que un trasero... difícil.

Intercambiaron miradas.

No sabía si era un buen signo o no, pero decidí continuar de todas formas.

—Y si lo dejan salir, hablaré con él por ustedes. ¿Tal vez si les da una suite, pueden prometer no irrumpir dentro de otras nunca más?

Miradas furtivas fueron intercambiadas.

—¿Una suite bonita?

Enyo hizo un pequeño movimiento de vamos un poco más con su otra mano. Parecía que estaba acercándose.

—¿Con servicio a la habitación?

Ding, ding, ding, tenemos un ganador. Por lo menos lo suponía, porque me pasó la caja.

La metí bajo un brazo dudando si dejarlo salir, porque no quería lidiar con el drama ahora mismo. —Yo, uh, tengo otra razón para bajar aquí, —les dije.

Pemphredo había estado cerca de irse arrastrando los pies, pero a eso volvió y se sentó, cepillando sus inmundos pantalones cortos.

Deino cruzó sus piernas. Enyo paró de picotear sus uñas con un cuchillo y lo alejó cortésmente.

Sentí como que debería estar sirviendo el té.

—Es como esto, —dije—. Estoy comenzando a sentir que por estos alrededores es como una Gran Central para semidioses. ¿Saben a lo que me refiero?

Ellas asintieron.

—Primero estaba esta persona Morrigan. Es esta medio-Fey hija de Ares quien trató de poseerme. Y eso realmente apestó.

Más asentimientos.

—Pero no funcionó, así que entonces poseyó a este mago que trató de matarme y casi lo consigue.

Eso obtuvo una pequeña palmadita de Deino.

—Y luego, anoche, un montón de más semidioses aparecieron. Un tipo que conozco creo que pueden ser algo llamado los Spartoï, lo que los haría también hijos de Ares. Además, pienso que también estaban detrás de mi madre camino de regreso cuando... por lo menos, lucharon con lo mismo que esos otros chicos y... Como sea, no creo que estos ataques vayan simplemente a detenerse, ¿saben?

Asentimientos para todo.

—Estoy bastante segura de que voy a tener que lidiar con ellos, solo que no sé cómo. Pero está esta profecía que dice que puedo obtener ayuda si encuentro a una diosa. A la que solían llamar Artemis allá en Grecia.

Deino frunció el ceño.

—Sé que todos los dioses se han desvanecido. Pero pensé que quizás, ya que era su hechizo, aun estaría alrededor en algún lado...

Las otras solo me miraron, pero Deino lentamente sacudió su cabeza.

—¿Están seguras?

Un asentimiento.

Maldición. Tanto por esa teoría.

—Está bien, ¿qué tal esto? La profecía dice que Artemis y Ares se supone que tienen que luchar, pero él no está aquí, tampoco. Sus niños son los que han estado causando el problema. Así que estaba pensado, tal vez necesito encontrar a los niños de ella, ¿saben?

Las chicas intercambiaron algunas miradas.

—Me refiero a que, se supone que ella era esta diosa virgen, pero hay que pensar que después de unos dos mil años, eso se ha puesto como viejo. Así que pensé que tal vez...



Me detuve porque las cabezas de las chicas se alzaron, todas a la vez, como si estuvieran sobre una cuerda. Yo no había escuchado nada, pero cuando miré atrás sobre mi hombro, vi una turba de guardias de seguridad de Casanova dirigiéndose a por nosotras en una carrera de muerte.

Debieron haber estado vigilando en la CCTV, o tal vez sintieron cuando el jefe hizo pop. De una u otra manera, no era bueno.

—¡No! —grité—. No...

Eso fue todo lo que pude decir antes de que me pasaran, alborotando mi cabello con la innatural velocidad de los vampiros en un apuro. No alborotaron a las Grayas, porque las chicas ya no estaban ahí. Había estado mirando a los vampiros, así que no las había visto moverse. Pero de repente no había nada donde habían estado, excepto por unos cuantos cabellos grises deslizándose lentamente hacia la tierra.

Los vampiros se detuvieron, notando que su presa se había ido, en el mismo instante en que un penetrante silbido desde el otro extremo del garaje causó que todas nuestras cabezas se lanzaran hacia atrás.

Recortadas contra la desvanecida luz del día estaban de pie dos, arrugadas formas. Una de ellas hacía señas, mientras la otra sostenía alzada la caja de Casanova.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya no estaba.

Pemphredo se giró y dejó caer sus inmundos pantalones cortos, mostrándoles a los guardias un arrugado trasero blanco. Deino agitó la caja algo más y la señaló. El desafío estaba claro: vengan a por él.

—No, esperen, —les dije a los guardias, mirando alrededor por Enyo. Era la más aterradora de las tres, y estaba actualmente AWOL²².

—Falta una de ellas. Necesitamos...

Debería haber ahorrado el aliento, porque ni siquiera dudaron. Comenzaron a retroceder hacia las chicas a toda velocidad, simplemente desdibujándose contra la penumbra—hasta que una paleta envuelta de plástico vino navegando a través del aire como un frisbee. La mitad de los guardias golpearon la pared con un nauseabundo sonido de crujido. La otra mitad se giró, gruñendo, y vinieron a por Enyo.

O, por lo menos, trataron. Pero el depósito de autobuses contenía uno de los principales muelles de carga para el hotel, lo que explicaba todas las cosas puestas alrededor. Incluyendo una caja de productos en la que Enyo simplemente había aparecido sobre la parte superior, reutilizando el contenido como granadas vegetales. O frutales, porque las primeras diez o doce que lanzó en sucesión de disparo rápido eran melones.

22 AWOL: Abreviación de la frase Absent Withot Official Leave que significa Ausentarse sin permiso.

Derramaron sus entrañas resbaladizas por todo el piso, justo para el tiempo que los vampiros corrieron atravesándolo—e inmediatamente terminaron sobre sus traseros vampis.

Pero aún se deslizaban en nuestra dirección, y ahora estaban realmente cabreados. En promedio, un vampiro preferiría tener su cuerpo herido en lugar de su orgullo, lo que por último podría darle derechos a presumir entre sus compañeros. Perdiendo una guerra de comida con tres viejas mujeres, por otro lado, no hacían mucho por la imagen. Tendrían un momento difícil rodando con esto a menos que atraparan a las chicas.

Repentinamente, la caza se volvió personal, y eso realmente no era bueno.

Era especialmente cierto porque no creo que Casanova se molestase en decirles a sus chicos a qué se estaban enfrentando. Si las leyendas eran ciertas, el trío había sido creado como una versión antigua del Increíble Hulk. De un tipo dulce siempre y cuando no se les cruzaran, se transformaban en miedo con un poco más de miedo encima cuando se sienten amenazadas.

Había visto al alter ego de Enyo antes, y estaba realmente bien con no verlo otra vez. Y parecía como que iba a tener mi deseo.

Porque ella aún estaba en su modo pequeña-señora-anciana, solo de pie frente a un semi-tráiler aparcado, como si estuviera pidiendo ser atrapada.

Por alguna razón, eso me puso más nerviosa que lo contrario. Pero los pegajosos, cabreados vampiros no parecían sentirse de la misma manera. Se lanzaron por ella, y por un momento, pensé que todo había terminado. Hasta que miré de nuevo y ellos se habían ido repentinamente.

Por un segundo, pensé que debió haber tenido otra trampa. Pero entonces un trozo de metal con forma de un puño sobresalió de uno de los lados del semi-tráiler, seguido por un montón de maldiciones. Y risas, porque Enyo estaba sobre sus rodillas, golpeando el suelo sucio y cacareando.

—No es gracioso, —le dije, mientras otros cuatro o cinco puños y bultos con formas de pie aparecían.

Ella me miró, lagrimas corrían abajo por las grietas sobre su rostro. Obviamente, no estaba de acuerdo.

—Es en serio. Probablemente están llamando refuerzos ahora mismo. Esto podría ponerse real...

No tuve oportunidad de terminar, porque las chicas repentinamente despegaron por las escaleras mecánicas. Corrí tras ellas, maldiciendo a los vampiros en general y a uno en particular, porque este camino llevaba al lobby. Y justo al otro lado de eso el piso principal del casino, repleto de gente escapando del calor y trabajando en la resaca de mañana.



Y la mayoría de ellos no tenía habilidades de vampiro para evitar lesiones graves.

No tenía sentido tratar de atrapar a las chicas a pie, así que no lo intenté. Me desplacé al interior del corredor frente a ellas, haciendo pop fuera del espacio a tiempo de ver a un montón más de vampiros corriendo vestíbulo abajo. Parecía que los refuerzos habían llegado.

No había señal de las chicas hasta que giré y las descubrí bajando como un bólido hacia mí. Se encontraron con los guardias enfrente de ellas y luego miraron sobre sus hombros hacia los que venían detrás. Y entonces se quitaron—hacia el corredor torciendo a la derecha.

Y, mierda. Ese era el camino de atrás hacia el lobby, un atajo usado por el personal. Me desplacé otra vez, apareciendo detrás del escritorio principal a tiempo de enloquecer al empleado más cercano y para ver unas pequeñas, hebras arrugadas que asumí fue por donde las Grayas habían pasado rápidamente, dirigiéndose a...

—Oh, mierda.

Me fui apresuradamente tras ellas, pero por supuesto me golpearon hacia el puente. Cruzé el Río Styx, el que atravesaba el lobby infestado de estalactitas, que llevaba botes cargados de turistas felices en su camino al infierno. El puente era para esos que querían un camino rápido a condenación, o por lo menos a la quiebra, y era usualmente más ocupado que las barcas.

Todavía era muy temprano, sin embargo, y Dante nunca hervía realmente hasta después de oscurecer. Seguridad bloqueaba el acceso a cada lado del puente, pero me dejaron atravesar. Caminé hacia Deino, que colgaba la trampa sobre el agua. Eso no me hubiera preocupado tanto si no hubiera un drenaje de bígamo justo bajo éste puente. Un drenaje que Enyo estaba actualmente destapando.

Suspiré y me incliné sobre la baranda. El agua era oscura, porque el botón del canal de concreto estaba pintado de negro. Reflejaba las luces del techo, que vacilaba en las ondas que Enyo creaba chapoteando por ahí. Así que no podía leer lo que estaba escrito en el drenaje. Pero estaba bastante segura de que sabía a donde iba.

Giré mi cabeza para mirar a Deino.

—Lo considerare un favor personal si no lo dejas caer en la cloaca.

Se veía pensativa.

—Hoy, —dije.

Ella sonrió.

Algo atrapó mi vista y bajé la mirada hacia el agua otra vez. Uno de los reflejos de las luces del techo flotaba hacia arriba. Era un testamento de cómo había sido mi semana que no hice



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

más que pestañear cuando rompió la superficie y flotó hacia el aire, como un pequeño globo brillante. Solo éste tenía unas sombras familiares deslizándose sobre la superficie, una mitad de las cuales eran oscuras, y las otras eran de un cegador, blanco brillante. Estiré una mano y lo toqué, porque parecía tan sólido, tan real.

Pero tan pronto lo hice, se hundió en mi mano y se fue.

Y un momento después, también Deino. Cruzó como un bólido el puente con sus hermanas, dejándome con una docena de vampiros lívidos, maldiciendo y sacudiéndose alrededor en el agua sucia debajo del puente.

Y la sensación de frío, fría niebla en mis dedos.



Capítulo 33

*Traducción SOS de Pimienta y Ann!!
Corregido por majo2340*



Escuché los gritos tan pronto como aparecí de nuevo en la suite, una voz vagamente familiar gritaba de una de las habitaciones del fondo. Me detuve en el vestíbulo, preguntándome si me importaba. Decidí que no, estaba a punto de volver a atrás otra vez, pero esperé demasiado tiempo.

Alguien me agarró.

—Cassie.

Miré hacia abajo para encontrar a Fred en estado de pánico en la parte inferior del corto tramo de escaleras agarrando mi manga.

—¿Y ahora qué? —pregunté, resignada.

—Es... Yo... Marco está fuera de servicio y no quiero tener que llamarlo. Hará que parezca que no puedo manejar las cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Fred hizo un gesto con la mano hacia el interior de la suite.

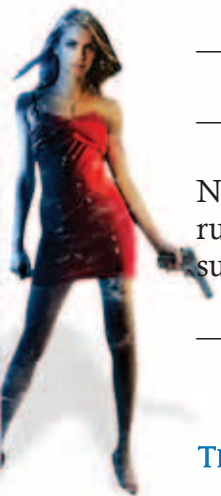
—Esa cosa. Él irrumpió hace unos minutos y exigió a verte. Y, por supuesto, tuve que decirle que no estabas y no sabía cuándo volverías. Y se fue...

—¿El qué?

—...Y empezó a ir por tus cosas. Le dije que no podía, pero...

No tengo que preguntar de qué estaba hablando otra vez, porque un segundo más tarde, un rubio alto y enfurecido salió de la sala. Vestía una casaca de brocado verde brillante que, con su altura y delgadez general, lo hacían parecer un predicador especial de la fabulosa oración.

—¡Tú!



Un dedo largo y huesudo señaló, y por supuesto era a mí.

—He estado esperando para verte —le dije, pero como bien podría habérmelo ahorrado. Agustín no estaba escuchando.

—¿A quién estás usando?, ¡y no me mientas!

—¿Qué?

—Un mes de mi vida, un mes. ¿Entiendes? —El dedo estaba temblando ahora, y él también, pero no creo que fuera por temor al anillo de circunvalación de los vampiros. De hecho, tenía la impresión de que Agustín no los veía. Sus ojos estaban fijos en mí, y si esos ojos azules pudieran quemar, lo estarían haciendo—. He estado esclavizado, esclavizado, trabajando en un frenesí. ¡Es mi obra maestra! ¿Entiendes?

—No.

—Mi obra maestra —gritó él—. El mejor vestido que he hecho. Está casi listo, y ¿qué haces tú? ¿Que llevas puesto?

—Está bien, no tocar —le dijo la guardia pelirroja, quitando las largas y huesudas blancas manos de la parte delantera de mi camisa.

—¡Me tendiste una trampa! —La tez, por lo general, perfecta de Agustín estaba ahora fea, con manchas rojas—. ¡Ustedes planearon esto todo el tiempo!

—¿Planificar el qué? —Le pregunté, manteniendo la calma porque pensaba que el hombre en realidad podría tener un ataque al corazón justo aquí.

—¡No está listo! ¿Entiendes? Un día, incluso los dos, ¡pero no esta noche!

—¿Esta noche? ¿Qué es esta noche?

—¡No me vengas con esas! Empezamos a recibir peticiones esta tarde, pero yo no creí que fuera nada. Es normal que la gente quiera recoger sus vestidos de antemano. Ellos están acostumbrados a tratar con sastres inferiores, gente como Claude, que no puede encajar en un vestido para salvar su vida, o Tyndale que es ridículo. Tyndale, ¿qué clase de nombre es ese para un...

—Agustín.

—Pero ellos seguían llegando, ¿no? Solicitud tras solicitud, y ¿sabes cuantos vestidos me quedaron ahora? ¡Uno! El único. El que es en comparación con todos los demás, basura, basura. ¿Entiendes? Excepto el mío, por supuesto, pero incluso ellos...

Lo agarré. Y supongo que estaba bien, porque ninguno de los vampiros interfirió en esta ocasión.



—¿Estás tratando de decirme que los vestidos de la coronación se los llevaron hoy?

—¡Tú sabes condenadamente bien que lo hicieron! Lo que significa que cambió la fecha, ¿no? Pero nadie se molestó en decírmelo, y ¡no he terminado! Lo que no es...

No me enteré de lo que no lo era, porque ya había cambiado.

Uno sabe que no va a ser una fiesta divertida, cuando un asesino en serie responde a la puerta. Por supuesto, yo lo había asumido de todos modos.

Golpear a un vampiro en las bolas cuando tú has sido especialmente no invitada sólo asegura que la noche va a ser jodida. El asesino en cuestión se apoyó en el marco de la puerta y me miró de arriba abajo, la cara pálida se extendió en un rictus.

—Cassandra Palmer. Y justo cuando pensaba que la noche sería un aburrimiento espantoso.

Empujé pelo negro falso fuera de mis ojos y lo miré. Yo había estado esperando a un ser humano bueno o incluso un nivel inferior de vampiro, alguien a quien podría haber engañado por el glamour que había utilizado para dar a mis mejillas un poco de definición y para teñir mis ojos azules de marrón. Así que, por supuesto, terminé con un vampiro maestro que pensaba que era gracioso.

—¿Cómo me reconociste? —Exigí.

—Tienes un estilo propio.

Miré hacia abajo al disfraz que había tenido que montar sobre la marcha. Yo había estado buscando un estilo de gama alta de camarera, pero Dante no se conoce exactamente por el buen gusto. Como resultado, quedé con una mezcla entre francés y criada traviesa del Rocky Horror Picture Show: raído terciopelo verde, medias de red rotas y una peluca de Elvira que se caía sobre mis ojos.

Miré hacia arriba. —Ja. Ja.

Se acercó más, sus fosas nasales se dilataron. —Y tu olor es bastante... distintivo.

Traté de no retroceder o dejar que el hecho de que él supiera como olía me echara a atrás.

Pero no debí haber hecho un gran trabajo, porque esa sonrisa terrible surgió de nuevo. Alguien debería decirle que no que no quedaba bien en él. Por supuesto, era difícil pensar en cualquier cosa que pudiera hacerlo.

Se vestía como un empresario de pompas fúnebres pasado de moda, su pelo era el negro mate de un trabajo de medio de contraste malo y sus colmillos estaban eran permanentes y siempre de color amarillo. No tenía idea de por qué eligió ese aspecto. Cualquier persona que fuera un vampiro desde la época victoriana sin duda, había tenido tiempo para hacerlo al dedillo.

Siguió apoyándose en hasta que sentí su aliento en mi garganta.

—Me gustaría conocerte en las tinieblas —susurró.

Y luego me lamió el cuello.

Me encontré de nuevo, luchando contra la repulsión, y perdí mi agarre de la bandeja de entremeses que llevaba. Me agarré a ella y a mi falda ridículamente corto al mismo tiempo. Mi trasero golpeó en un corto tramo de escalones fríos y húmedos al mismo tiempo que la puerta se cerraba delante de mí.

—¡Jack!

No hubo respuesta.

Me levanté del suelo, coloqué el tanga de mi culo y pisoteé los escalones al subir. Me asomé a través de la puerta, pero no vi mucho. El vidrio esmerilado de la entrada de siervos me mostró sólo vagas sombras, uno de los cuales yo estaba bastante segura de que se estaba riendo de mí.

—No pienso irme, ¿sabes?

Nada.

—¡Es mi fiesta de joder! —grité, y pateé la puerta.

Todo lo que conseguí fue aplastarme un dedo del pie y un golpe de advertencia de las guardas de la casa.

Maldije y me fui a recuperar mi bandeja. Los entremeses ya no eran comestibles, después de haber sido esparcidos por todo el césped, pero lo necesitaba para mi disfraz. Asumiendo que alguna vez entrara para su uso.

Pero eso era cada vez menos probable. Mi poder no podía incluso sentir la casa, mucho menos conseguir el control de ella. Cada vez que intentaba, se deslizaba a través de mi agarre metafísico como una pieza de vidrio mojado, dejándome sin sostener nada. No se sentía como un hechizo o como si me estuviese bloqueando de alguna manera. Había tenido que pasar antes, y esto era diferente. Pude ver la casa, podía alcanzar y tocar la maldita cosa, pero por lo que mi poder le concierne, esto no estaba allí.

—Te dije que no funcionaria, —dijo Billy, descansando en el aire a mi lado.

—No te oí decir una mejor idea, —señalé, así como me di un nuevo desgarró en mi manga. ¡Maldita sea!

—Debes venir solo en jeans. Todos los camareros que vi son hombres y vampiros.

—¿Quieres decir que me vestí así para nada?



—Bueno, te ves muy linda, —ofreció, tratando de levantar la mirada de mi falda.

—¡Para de hacer eso! Y encuéntrame una manera de entrar.

El sacudió su cabeza. —Eso es lo que vine a decirte, Cass. No hay manera.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando traté de entrar flotando por la ventana, no pude. ¡No pude hacerlo!

—¿Y? Quizás esta resguardado.

—No debería importar. Soy un fantasma. Nunca ha habido una custodia inventada que funcione en mí.

—Bueno obviamente, la hay.

Sacudió su cabeza. —No, no la hay. Me tomó un tiempo mientras descubría eso, también. Probablemente no lo habría hecho, pero un par de invitados estaban hablando. Aparentemente, ellos no lo hacen a menudo y los magos tienen una colectiva mágica sobre la totalidad...

—¡Billy! —dije con impaciencia.

—No podía ir a través de la pared porque no estaba ahí, —dijo simplemente.

—¿Vamos de nuevo?

—Por lo que puedo entender, ellos han convertido todo el interior de la casa en un portal. El exterior todavía es aquí, pero han transportado el interior.... En otra parte.

—¿Dónde?

—No lo sé. Hay solo dos puertas que funcionan—la de enfrente y esta—y ninguna de las ventana. Supongo que iras a través de una de las puertas funcionales, pasaras a través del portal... bueno, donde quiera que sea el lugar. Y cuando tú vayas, estarás de vuelta.

—Es por eso que no puedo cambiar, —dije lentamente—. Se han llevado la casa fuera de este mundo, y mi poder solo trabaja aquí.

—Esa sería mi suposición, sí. Así que, como dije, no vas a ir.

—Oh, voy a subirme, —esto únicamente me hizo más determinada.

No era solamente ellos teniendo mi coronación sin mí, pero eran los que tenían algún lugar mi propio poder ni siquiera funcionaba.

Y, aparentemente, nadie vio la ironía en esto.

Billy cruzó sus brazos. —Okey, tú dices que lo harás. ¿Qué después? La mayoría de los mejores jugadores en el mundo de apoyo están ahí. Si algo grande esta por caer, deja que ellos lo manejen.

—No pueden manejarlo si no sabe lo que es.

—Tú no sabes que es, tampoco.

—Y no, si me tengo que quedar aquí. ¡Ahora vuelve allí y consígueme algo que pueda usar!

Billy suspiró y se desvaneció, murmurando algo, mientras me quede frustrada por la ultramoderna esfera que se avecinaba por lo alto. Parecía vagamente como aliens estrellados dentro de un lado de la montaña, dejando la mitad de su platillo volador. Gran parte de la parte visible de la casa era vidrio, supuse que para aprovechar de la vista panorámica del valle bajo la línea de árboles y más lejos la nieve cubriendo la Sierra Nevadas

Era precioso, elegante e impresionante, tanto como su dueño. Con una carcasa tan exasperadamente dura de quebrar. Pero tenía que encontrar algo mejor o esta iba ser una memorable noche—por todas las razones equivocadas.

Estaba todavía allí cuando una pareja emergió de la oscuridad. El hombre tenía un estilo de los años setenta y ojos filosos como una cuchilla de afeitar nueva. La mujer ajusto una mirada de barrido por su hombro y trato de no mirar como si hubiese estado alimentando a un vampiro en el bosque a mitad de la noche.

Tampoco presto alguna atención al snack de bocadillos mientras subían las escaleras.

El hombre golpeó imperiosamente la puerta, que se abrió inmediatamente. Sus labios fruncidos mientras sus ojos miraban la completa falta de Jack de vestir con elegancia.

—¿Incluso esta noche, no puedes hacer un esfuerzo?

—¿Un esfuerzo? —inquirió Jack, deliberadamente disimulado.

—¡Sabes de que hablo! ¡La mitad de los invitados son humanos!

—Y la otra mitad son vampiros, —Jack paso un dedo huesudo bajo la corbata ancha de poliéster del tipo y le dio un tirón—. ¿Piensas por un momento que la ropa fina y un rostro bonito hace que olvidemos que somos?

—¡No contigo usando ese traje ridículo! —el hombre exclamó con total falta de ironía.

Jack se echó a reír. Se veía que no era la mejor sonrisa de él, pero el sonido era sorprendentemente completo y rico.

—Todos aquí usan trajes. —Él llamó después—. ¡Algunos incluso son lo suficientemente inteligentes para saberlo!



—Todos excepto tú, —dije.

Sus ojos se volvieron hacia mí, reflejando la luz del lado de la puerta. Haciendo bailar las llamas en sus pupilas, como si necesitara añadir lo espeluznante.

—¿Le pido perdón?

—¿Qué es lo que realmente mira? —A juzgar por el encaje marrón de su corbata y los puños raído en su saco, ellos podrían haber estado en los Victorianos originales. Y su rostro pálido y lacio, sin vida lucia de esa manera porque estaba ejerciendo el poder para parecer otra cosa. Estaba disfrazada; de otro vampiro disfrazado. Pero Jack era Jack.

No esperaba realmente una respuesta, pero pronto se inclinó hacia adelante, su aliento elevando la piel de gallina en la piel húmeda de mi cuello.

—Dime, pequeña, ¿porque los vampiros encontramos el estereotipo de Hollywood tan repugnante?

—¿Mal dialogo y peor actuación?

—Porque estos espectáculos nos despojan, exponen y desnudan en nuestra brutalidad. En otras palabras, como realmente somos. Somos todos unos monstruos, debajo de la piel. — Sonrió hacia mí—. Incluso los más hermosos.

Ignoré el pinchazo de Mircea, quien definitivamente encajaba en la descripción.

—¿Es por eso que le pegaron a quien cuidaba la puerta de atrás? ¿Por qué te avergüenzas?

—Tienen miedo de lo que yo podría decir si se permite mezclarse con todos nuestros invitados.
—Su tono era ligero, pero había algo oscuro en sus ojos.

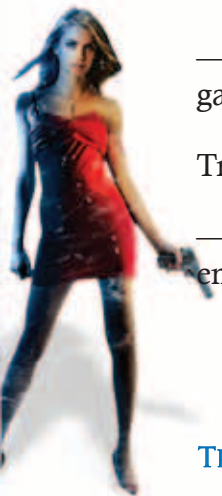
—Digo lo mismo, —dije, tratando de encontrar terreno en común.

Su mirada se encontró con la mía, y ahí estaba el más mínimo destello de risa en las profundidades de los fondos negros. Él sabía que estaba jugando, pero estaba aburrido y molesto y no me importo.

—Pensé que tenían miedo de que sus preciados bienes podrían tener un corte flexible, blanca garganta cortada.

Tragué saliva, resistiendo un fuerte deseo de cubrir la piel vulnerable en cuestión.

—Eso es lo que dicen, por que suena mejor. Pero pienso que estas avergonzado de mí. Me crié en la corte de vampiros, pero no era la corte adecuada, ¿sabes?



El asintió. No era ningún secreto que Tony había sido un vampiro equivalente de basura blanca. Fue una de las razones por que estaba empezando a sospechar que pude estar en la línea de la sociedad de vampiros. Eso y realmente no ser un vampiro.

—Estamos marginados deberíamos permanecer juntos.

—¿Es ese tu argumento? —pregunté.

—Tu eres el único quien dijo que esta fiesta necesitaba amenizarse.

—Por así decirlo.

—¿Me vas a dejar pasar?

—Mis órdenes eran que te parara.

—Eso no es lo que te pedí.

Sonrió como el dueño de unos estúpidos cachorros que finalmente hacen su primer truco.

—No, eso no lo es, ¿verdad?

—¿Y bien?

Sus ojos se estrecharon pensativamente. —Estas a punto de convertirte en Pythia.

Crucé mis brazos. Sabía lo que se venía. —¿Y?

—Y es posible que tengas la oportunidad de hacerme un pequeño favor en el futuro.

—¿Qué clase de favor?

—Nada preocupante, —él murmuró.

Como se trataba de Jack, eso no me tranquilizaba mucho.

—Tendría que autorizar cualquier cosa que sea, —dije de mala gana. Me sentía como si estuviese haciendo un pacto con el diablo, que no estaba lejos de la verdad. Pero tenía que entrar ahí.

—De acuerdo, —dijo, tan rápido que sabía que me iba a arrepentir de esto. Sin embargo abrió la puerta con una reverencia—. Estoy deseando ver la reacción de Lord Mircea con tu presencia.

—Eso te hace uno de nosotros, —murmuré, y me apresuré a entrar.



Capítulo 34

*Traducido por Pimienta
Corregido por Andy Parth*



Jack había puesto un taburete al final de un pasillo con paneles de madera de nogal a las afueras de la cocina. Había un espejo en la pared, probablemente para que los del servicio lo usen para verse, así que lo hice, y me llevé un susto. Mis rizos rubios fresa estaban todavía escondidos por la peluca, pero fue por la punta inclinada de mi propia nariz y los grandes ojos azules mirándome.

—Encantos Antiglamour —murmuró Jack, que me miraba con diversión.

Mucha. El terciopelo verde, no era como yo esperaba, se veía negro con las luces bajas. Intenté tirar del borde demasiado bajo, pero era simplemente una falda de nivel indecente, así que me detuve.

—¿Hay algo más que debería saber? —exigí.

—Casi con toda seguridad —dijo alegremente.

Le lancé una mirada, que no servía de nada en absoluto, y me dirigí por un pasillo que llevaba a un amplio hall en la entrada con una amplia escalera, cargada de madera envejecida y la elegancia silenciosa. Y otra media docena de guardias.

Eso era un problema, porque un par de estos guardias me conocían. Alto, rubio e impassible, que se adaptaba perfectamente como un sujetalibros, hasta el esmoquin negro elegante y misteriosos ojos dorados. Me escondí detrás de un jarrón de pórfido más alto que yo y maldije en silencio.

No me preguntaba porque Jack me había dejado tan fácilmente, él sabía que yo no llegaría ni a diez metros. Y tenía razón, maldita sea. No había manera de que no me reconocieran. Los dos habían sido asignados a mi equipo de guardaespaldas hasta que esta fiesta tuvo prioridad y parece ser que no se perdían mucho. Peor aún, la escalera terminaba y no había ni dos metros hasta ellos, lo que significa que ni siquiera podía tratar de llegar a la otra entrada sin ser atrapada.



Estaba a punto de dar la vuelta y ver si había otra salida a través de la cocina cuando la puerta se abrió, dejando entrar a un remolino de lluvia y un par de cuerpos brillantes. Que debían de ser importantes, porque la mitad de los guardias saltaron por su entrada y el resto los miraban como adolescentes deslumbrados.

Nadie me estaba mirando, así que seguí adelante con los demás, esperando bordear alrededor del salón de baile, mientras que el Amazonas, que acababa de entrar, fueran una distracción. Con fácilmente dos metros de altura, la pelirroja voluptuosa brillaba con una vaina de plata y con visión suficiente para enviar a PETA a una crisis.

O por lo menos lo estaba antes de que ella se encogiera de hombros y la arrojara sobre mi cabeza.

—¡Meercha!²³ Necesito a Meercha ¿Dónde está ese hermoso sinvergüenza? —preguntó ella.

—En el salón de baile, mi señora —murmuró alguien. O tal vez lo dijo normal, no lo puedo decir. La maldita capa era tan pesada que casi me cubrió, y me dejó como poco más que un bulto cubierto de visión.

—Lyubov Oksinia Donskoi es una gran duquesa, es un título correcto para su Ilustre alteza —dijo el hombre pequeño, calvo, con timidez, mientras yo luchaba por abrirme camino libre.

—Mis disculpas —dijo el guardia, sólo para ser golpeado en la cabeza con un abanico de piedras preciosas.

—¿Así? ¿A qué estás esperando?

—¿Mi señora? Es decir, su ilustre. . . ¿Ness? —supuso.

El hombre calvo asintió con la cabeza ligeramente, pero su compañero no parecía que a ella le importaba un carajo. Levantó los largos y blancos brazos, como una estrella de la ópera a punto de cantar un aria, mostrando los pechos como la proa de un barco y diamantes suficiente para provocar que una persona una mueca de dolor.

—¡Dile que venga a saludar a su Lyubochka!

El guardia se quedó mirándola por un momento, mirando adecuadamente deslumbrado. Luego tragó y giró hacia arriba.

—Me gustaría, pero... pero él está con la Pitia en este momento, señora.

—¿La Pitia? —Con los labios carmín fruncidos—. ¿Qué es eso?

—La nueva vidente —dijo el calvo—. ¿Te acuerdas, Lyly...? ¿La coronación? —Ella se veía en blanco—. ¿La razón por la que estamos aquí?

23 Mircea, pero al ser extranjera lo pronuncia así.



—Estoy aquí para ver Meercha —Parecía inclinar sus ojos de color avellana hacia al guardia, que se veía nervioso. Medía más de seis pies de alto, así que supongo que no estaba acostumbrado a ello—. ¿No sabes dónde está tu maestro?

—En el salón de baile, su Ilustrísima —repitió, empezando a parecer preocupado.

—Y si sabes dónde está, ¿Por qué estás aquí?

Ella le dio un golpe juguetón en el brazo que empujándolo asombrosamente.

—Sí, mi su... De inmediato.

El vampiro se escabulló y corrí tras él, detrás de unas cien libras de visión. Ninguno de los guardias me dio una primera mirada, mucho menos una segunda.

Luego entré en el salón de baile y dejé de preocuparme por los vampiros detrás de mí. Estaba más preocupada por lo que tenía delante.

Lo descubrí casi de inmediato. Se puso de pie en medio de un grupo de personas, cerca del brillante piano de charol, que parecía sacado de una película de los años 40. Alto, moreno y guapo, era el complemento ideal de la perfección rubia en su brazo. Cada cabello de su compañera estaba en un moño con los bordes levantados, a excepción de los que ingeniosamente había dispuestos para enrollarse alrededor de las orejas. El vestido de noche de corte bajo, color azul oscuro que llevaba era perfecto también, de alguna manera abrazada cada curva sin ser vulgar.

Parecía demasiado buena, decidí.

De ninguna manera nadie va a creer que era yo.

—¿Quién? —Salté por el sonido de una voz tronante justo detrás de mí. Me volví para encontrar que la *principessa* o *serinissima* o cómo diablos fuera su título estaba a menos de un metro de distancia, mirando mi *doppelgänger*²⁴ a través de un par de lentes en un palo—. ¿Quién es la nueva Pitia? —exigió, no sé si a alguien específico o en general.

El pequeño hombre a su lado, dijo algo que no pude oír por las conversaciones de los demás, la música y los sonidos de la gente atiborrándose. Pero no parece que le sentara bien a Lyly.

—Vamos —anunció en un tono que daba por terminado el asunto.

Y lo dijo tan fuerte como un locutor en un partido de fútbol.

No es de extrañar, todos en los alrededores se detuvieron a mirarnos, incluyendo a Mircea, cuyos ojos se deslizaron por Lyly y se llegaron a mí antes de que pudiera girarme. Se estrecharon y apretó los labios, que para él era el equivalente de un berrinche.

24 Palabra alemana para referirse al fantasma de una persona viva.

Entonces, rápidamente la expresión fue suprimida y se volvió hacia su cita, riendo con ella acerca de algo.

Entonces ya no vi nada más porque estaba siendo impulsada fuera de la habitación por otro vampiro que llevaba un esmoquin y un ceño fruncido.

Kit Marlowe era la jefa de inteligencia del Senado. Era conocido por alegres ojos oscuros, desordenados rizos de color marrón, una sonrisa fácil y una reputación en contra de todos ellos. La mayoría de las veces, me resultaba difícil ver al vampiro peligroso que todos juraban que había tras ese exterior atractivo.

Yo no tenía ese problema esta noche.

—Quiero hablar con Mircea —le dije, mientras empujaba hacia atrás.

—Hablarás con él —dijo, con voz entrecortada—. ¿No te parece, que sería un poco extraño si de repente se fuera del lado de la Pitia electa para charlar con una sirvienta?

—Ella no es la Pitia. Ella está sentada como una gallina que está a punto de ser cocinada. ¡No va a haber un ataque, Marlowe!

—Muy probablemente.

Clavé mis talones, tratando de reducir la velocidad, lo que no servía de mucho en el suelo muy pulido. Ni siquiera creo que él notara.

—Si estás tan seguro, ¿Por qué diablos estás haciendo esto?

—Debido a que es la tradición. Debido a que los magos malditos insistieron. Porque nadie va a firmar una alianza infernal sin que por lo menos esté la nueva Pitia en la reunión.

—Y si ella muere, ¿se va a firmar, entonces? —exigí, cuando Jack cuidadosamente abrió la puerta trasera.

—Nadie va a morir esta noche, te lo aseguro. Hemos tomado las precauciones necesarias. Es perfectamente seguro.

—Si es tan seguro, ¿por qué no me puedo quedar yo?

—Debido a que estás cansada y quieres ir de regreso al hotel —dijo con suficiente poder detrás de la sugerencia para que me dejara mareada.

—¡Eso no funciona en mí! —dije con rabia.



—Entonces, ¿qué tal esto? —preguntó. Y por segunda vez esa noche, la puerta se cerró de golpe en mi cara.

—¡Marlowe!

Después de un momento, cuando se hizo obvio que no estaba bromeando, me senté en los escalones. Estaban fríos y húmedos, como la niebla que rodeaba la casa. Era agosto, pero estaba en las montañas y el verano era sólo un concepto.

Miré el tenue velo de estrellas y las gotas de la lluvia me golpearon en plena cara. No me molesté en limpiarlas.

Se ajustaban a mi estado de ánimo.

¿Era así como iba a ser eso? ¿Bloqueada o encerrada? ¿Pasar mi vida entera escupiendo predicciones, sin opinar acerca de cómo serán utilizadas o incluso de si lo serán?

Sonaba como estar con Tony de nuevo. Todo era como con Tony otra vez, sólo que con el Senado en su lugar. No esperar influir en nada, no esperar tener el control sobre nada, no esperar tomar cualquier decisión.

Sólo quédate en tu rincón y haz lo que te digo.

Sólo usa vestidos bonitos y sonríe.

Sólo compórtate, niña.

Y yo lo hacía. Había hecho lo que me dijeron hasta que me enteré de lo que Tony estaba haciendo con la información. La gente que estaba sufriendo. Las vidas que estaba arruinando. Y entonces me había ido, porque no sería responsable de herir o matar a otras personas, incluso por delegación. Porque no sería una parte de un sistema del que no sabía nada. Porque yo ya había tenido suficiente.

¿Cuándo había olvidado eso?

La puerta se abrió, pero no me di la vuelta.

Alguien bajó la escalinata y colocaron una chaqueta sobre los hombros. Olía a ricas especias, oscuros bosques y Mircea. Yo lo abracé a mi alrededor de forma automática.

—Dijiste que no sería diferente —le dije sin levantar la vista. Mircea no fingió que no saber de lo que estaba hablando.

—No lo es. Esto no tiene nada que ver con nuestra relación personal.

—¿No? —Miré para arriba, sintiéndome enojada, traicionada, herida e impotente.



Me rodeó poniéndose frente a mí, y como yo estaba sentada en uno de los escalones superiores y él estaba de pie en el suelo, cuando él se inclinó y tomó mi mano, estábamos casi iguales. Recordé algo que había leído una vez, sobre que los ejecutivos se aseguraban de que sus asientos estuvieran más elevados que los de sus subordinados, ya que habría algún tipo de ventaja psicológica.

Mircea no utiliza trucos como ese. Mircea no los necesita.

—No, no lo es. Tenemos dos relaciones, Cassie. Lo sabes. No puede ser de otra manera. Y esta fue una decisión, como profesional fue tomada la pasada noche.

—*Profesional*—dije con amargura, contemplando sus hermosos ojos oscuros. Refleja la luz de gas, al igual que los de Jack. Y, sin embargo se las arregló para parecer muy diferente.

—Sí.

—Entonces vamos a hablar de profesional—dije en voz baja—. Hace un mes, me prometiste que no te meterías en cómo hago mi trabajo.

—Hace un mes, Apolo estaba muerto y pensé que lo peor estaba por delante.

—Así que mentiste.

—No. Dije que lo intentaría. Y lo he hecho. Pero esto no es acerca de tu trabajo.

—¡Es mi coronación!

—Es una formalidad. Una que ha hecho que me ponga nervioso desde el principio.

Para mi sorpresa, se sentó en el escalón mojado junto a mí, consiguiendo que su cubierta de Armani tush se mojara. Supongo que podría ir a cambiarse, ya que era su casa, después de todo. No es que yo nunca hubiese tenido la oportunidad de verla.

—Me has tenido aquí mucho antes de esto—dijo, con esa extraña habilidad de adivinar mis pensamientos—. Pero estábamos tratando de hacerlo más seguro. Sabíamos que la coronación sería un objetivo obvio, pero era imposible renunciar a ella. La gente necesita ver que...

—Sólo que, al parecer, no van a ver.

—Lo habíamos planeado para que pudieras estar aquí todo el tiempo, esa era la intención.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

Me miró con asombro. —La semana pasada cambió. ¡Tres atentados contra tu vida en dos días lo cambió! La idea de un ataque pasó de una posibilidad, de una probabilidad a una certeza, y el riesgo se consideró demasiado alto. Se determinó...



—Sí, lo fue —interrumpí—. Se determinó. Sin consultarme, sin siquiera decírmelo...

—¿Y si te hubiera dicho? Si hubiéramos dicho: “Hemos decidido realizar la ceremonia con un doppelgänger en tu lugar por razones de seguridad.” ¿Cuál habría sido tu reacción?

—¿Qué diablos crees? —dije enojada—. Te lo he dicho cien veces, ¡no está bien que alguien muera por mí!

—Y yo te he dicho que a veces es necesario. Ella es una profesional, asume riesgos, todo el tiempo. Es su trabajo.

—¡Y este es el mío!

Nos miramos el uno al otro, y la cara de Mircea reflejaba su frustración, incluso algo de ira como la que yo sentía. Me sorprendió que me dejara verlo, ya que su fachada era impecable cuando él quería que lo fuera. Busqué en su rostro, preguntándome si se trataba de un truco, si se trataba de alguna forma de manipularme haciéndome sentir culpable por causarle más problemas, por apartarlo de sus funciones, por ser un dolor en el culo una vez más.

Si es así, estaba haciendo un buen trabajo. Me hizo sentir todas esas cosas, junto con una incómoda sospecha de que había un punto en todo esto.

El problema era, también mío. Y él no podía darse cuenta de que no podía ver nada, porque con unos cortos once años de edad yo era niña acurrucada en su habitación. Y no sería esa persona nunca más, no lo sería ahora, y no sé si sería capaz de ver algo, de verme...

Mis pensamientos se dispersaron cuando algo golpeó mi costado. No fue un ataque, o si lo era, mi propio poder lo estaba llevando a cabo. Fue algo así como un puño en mi interior, que me sacudía, tirando de mí, tratando de arrastrarme a algún lugar, a algún otro tiempo.

Mircea estaba hablando, diciendo algo que probablemente sonaba lógico y razonable y con encanto, y que al mismo tiempo, podría haber sido muy convincente, salvo que yo estaba un poco demasiado ocupada para escuchar en ese momento. Y luego el empuje se convirtió en un tirón y la fuerza se convirtió en una llave, y era como antes de ser pitia, cuando el poder me había sacudido por todas partes, de aquí a allá, dondequiera que tuviera que ir.

Y debía ser que necesitan algo muy, muy malo, porque luchando como yo lo hacía, estaba perdiendo.

Mircea por fin se dio cuenta de que algo malo sucedía, porque él me agarró los hombros.

—¡Cassie! Cassie, que...



—Una justa advertencia²⁵ —le dije con los dientes apretados. Porque sus manos estaban agarrando los brazos, y si me iba antes de que él me soltara, iba a venir junto conmigo, le gustara o no.

—¿Qué?

—¡Una justa advertencia! —grité, tratando de alejarme. Porque no sabía dónde me iba a llevar mi poder, pero a juzgar por la intensidad de la fuerza, no iba a estar en cualquier lugar divertido—. ¡Vamos! —le dije, pero su dominio sólo se apretó, clavando los dedos en mi carne.

Y al momento siguiente, nos habíamos ido.

25 De otros capítulos, cuando él le pide que ella le dé una “Justa Advertencia” antes de cambiar, para que pueda estar preparado.



Capítulo 35

*Traducido por kuami
Corregido por majo2340*



El tiempo se detuvo, los colores se desvanecieron y sentí como mi estómago tocaba fondo. Y lo siguiente que supe, era que estaba haciendo saltos en el regazo de un hombre vestido de smoking en la parte posterior de uno de los emblemáticos taxis negro de Londres. Le miré fijamente y él me devolvió la mirada, con unos ojos marrones grandes y asombrados. Después de un segundo, me eché hacia atrás y comprobé quien era.

Su traje no me dijo mucho, pero la mujer con ojos abiertos aferrada a su brazo llevaba un bonito peinado bobo y un pequeño vestido de gasa en capas que prácticamente llamaba la atención sobre sus rodillas.

—¿Años veinte? —supuse porque por alguna razón mi sentido de tiempo se desordenó seriamente.

—Años sesenta —me dijo Mircea, mirando por la parte de atrás del taxi, que ya se arrastraba a través de la maraña del tráfico.

Ajusté mi posición por lo que en realidad ya no estaba a caballo entre las piernas del tipo mudo. —¿Cómo lo sabes?

—Porque no tenían minifaldas en los años veinte. —Él asintió con la cabeza mirando a la chica con el diminuto traje.

—¿Estás seguro?

—Créeme, dulzura, la llegada de la mini estará grabada para siempre en mi mente.

Fruncí el ceño; sería eso. Pero dadas las circunstancias, preferí alguna confirmación. Empujé a la chica, que saltó y dio un pequeño grito.

—¿Qué año es? —pregunté, pero ella sólo me miró fijamente.

—Che anno è? —intenté.



Nada.

—En quelle année sommes-nous?

Uh-uh.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Mircea.

—No creo que ellos hablen inglés.

—Creo que es más probable que ellos más bien sólo están sorprendidos.

—Está bien. Pero ya han tenido tiempo para superarlo ahora.

—M... mil novecientos sesenta y nueve —finalmente susurró la mujer.

Fruncí el ceño. —¿Entonces por qué estás vestida así?

—Vamos de camino a una fiesta de disfraces, si quieres saber —dicha fecha, ella finalmente encontró su voz—. Ahora, quién diablos eres tú y cómo lo hiciste...

—¡Ahí está! —gritó Mircea, apuntando a algo entre la multitud afuera.

—Gracias por el paseo —les dije a los asistentes a la fiesta, mientras pasábamos sobre ellos para salir del taxi.

Fuera, la nieve se arremolinaba hacia abajo desde el cielo negro, dorada por las luces que salían de los escaparates y brillaban por los montones de rótulos multicolores. Se veía vagamente como Times Square, excepto que era más un círculo, con un Cupido borracho presidiendo lo que parecía ser la prisa de la Navidad.

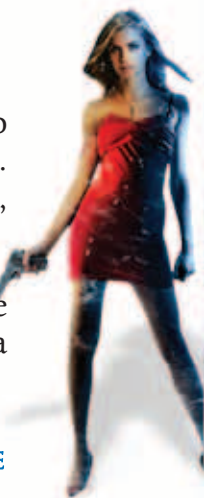
Redes colgantes de estrellas iluminadas colgadas en todas las calles, balanceándose suavemente en el viento. Una corona de flores colgaba ebriamente de una farola cercana. Y la mitad de la gente que llenaba las aceras y esquivaban el tráfico de la calle llevaban bolsas de la compra.

Miré a Mircea. —Es esto...

Él asintió con la cabeza. —Piccadilly

Eso no significaba nada para mí, excepto que aquí era donde mi madre nos había dejado caer en nuestro último viaje en el tiempo. Y ahora, por alguna razón, estábamos de regreso. Y así fue, a juzgar por el coche victoriano que yacía a su lado a través de un carril de tráfico, causando un atasco importante.

El caballo todavía estaba en el lugar, rebelándose y encabritándose contra el olor del humo de cascotes quemados detrás de él. Con mi corazón en un puño, sin saber por qué. Todavía estaba



viva lo que significaba que mi madre tenía que estarlo, también. Pero no la vi o al secuestrador o cualquier otra cosa entre la multitud creciente.

Pero supongo Mircea si lo hizo, porque él agarró mi mano y nos fuimos.

—Creo que he dejado un zapato en el taxi —le dije, tratando de seguir el ritmo a medida que nos movíamos a través de la carrera de obstáculos humanos a un ritmo vertiginoso.

—Teniendo en cuenta la frecuencia con la que te ocurre, tal vez deberías considerar los zapatos de correa en el tobillo.

—Son peligrosos.

Él echó una mirada incrédula por encima de su hombro. —¿Qué es lo que se considera peligroso?

—Te puedes romper un pie.

—Y no queríamos eso —le dijo él, mientras arrastrándome a sus brazos cuando llegamos a la entrada de una estación de metro.

Miré alrededor a medida que fuimos tragados por el vientre húmedo de Londres, pero yo no vi nada, sólo los torsos vestidos con chaquetas, todos los cuales parecían tener prisa. Encontrar un par precipitadamente entre la multitud de pared a pared, no habría sido fácil en cualquier momento.

Pero hacerlo al mismo tiempo que eres sacudida por aquellos que se abren paso a codazos, acosada por las madres y los niños con el aspecto hiperactivo por la excesiva azúcar, era casi imposible.

—No soy lo suficientemente alta —le dije, sólo para ser izada en un hombro fuerte. Puse una mano firme en la sucia pared y traté de encontrar una mujer alta con un vestido de noche azul eléctrico

El esmoquin del mago mezclado con el uniforme estándar de la ciudad en cualquier época, pero el color que sería difícil pasar por alto.

Sólo que al parecer habían desaparecido, porque no los vi.

—¿Ellos han cambiado de nuevo? —preguntó Mircea, cuando examiné desesperadamente a la multitud.

—No, lo habría sentido.

—¿Estás segura?



—Ella es la heredera, pero yo soy pitonisa. Estoy segura.

Y un momento después la descubrí, llevaba un abrigo marrón gastado que no era lo suficientemente largo como para cubrir un dobladillo chamuscado. El mago estaba por su lado, una figura desgarbada con un impermeable de color canela para esconder su esmoquin negro, pero era el tipo correcto. Le vi claramente cuando se apartó de la taquilla, con una mirada de pánico en su rostro y esa condenada maleta en la mano. Y luego arrastró a su cautiva hacia la multitud y por un pasillo.

Salté hacia abajo y salimos detrás de ellos, Mircea izándome encima de los torniquetes²⁶ y después siguiendo delante para despejar el camino. Todavía era difícil de continuar, pero la gente se apartaban mucho mejor con él de lo que ellos harían conmigo, y mis dedos de los pies descalzos sólo caminaron una docena de pasos antes de que fuera cojeando hacia una plataforma detrás de él. Y se detuvo ante la confusión.

Había tres docena de personas sentadas en los bancos o recostadas contra las paredes, esperando el próximo tren. Sin embargo, un rápido examen se mostró que ninguno de ellos eran los dos que estábamos buscando.

—Ellos no cambiaron —dije, arrugando la nariz por el olor acre de la marihuana y el olor corporal

Ellos fueron hacia un músico callejero con un collar y piel de ante, que estaba junto a la plataforma, agitando su pelo sucio y haciendo una interpretación entusiasta de “Proud Mary”. Por lo menos estaba hasta que Mircea empujó un billete en su mano.

—La mujer con el abrigo marrón y vestido azul, y el hombre con la gabardina. ¿Dónde fueron?

Yo estaba a punto de protestar por el soborno, no por principio, sino porque nunca se sabía qué pequeña cosa aparentemente podría alterar el tiempo. Y ya habíamos hecho suficiente en esta época.

Pero entonces el hippie sonrió, con una sonrisa de felicidad y apuntando a la boca bostezante del túnel del tren.

Y mi protesta se convirtió en una maldición.

Y comencé a caminar hacia el lado de la plataforma y el desnivel de las vías, pero Mircea me tiró hacia atrás.

—Yo iré.

—¿Y si ellos cambian de nuevo?

26 Torniquetes: Un dispositivo mecánico que se utiliza para controlar el paso de un área pública a otra.



—Regresaré a buscarte.

—¿Y si no hay tiempo?

—Seré rápido.

Negué con la cabeza, lo suficientemente fuerte para causar que mi peluca se deslizara sobre un ojo. Tiré de ella con enfado.

—No sé cómo funciona el vínculo entre nosotros. Si estoy demasiado lejos de ellos físicamente, puede que no se capaz de seguirlos en caso de ellos cambien de nuevo.

—Eso parece improbable. Si el poder significa recuperar al heredero, no podría ser ese restrictivo.

—¡No puedo arriesgarme!

Los ojos marrones de Mircea se estrecharon, como un hombre que estaba dispuesto a discutir de forma indefinida, pero no le di la oportunidad. Me quité el otro zapato y salté junto a las vías, sintiendo la suciedad acumulada de quién sabe cuántos años chapoteando entre los dedos de los pies. Y un segundo después, él aterrizó suavemente a mi lado, con el ceño fruncido y una linterna en la mano.

Supuse que la pequeña linterna eléctrica era para mí beneficio, pero no sirvió de mucho. Ni tampoco las luces de seguridad encendidas en las paredes aquí y allá, que no hizo más que estirar las sombras. No podía ver nada en cuclillas una vez que la estación brillantemente iluminada se desvaneció detrás de nosotros.

No es que hubiera mucho que ver. El túnel en sí era claustrofómicamente pequeño, hasta el punto que parecía imposible realmente que los trenes corrieran a través. También era cálido y húmedo, y olía a polvo y moho. Yo estaba contenta de no poder ver los detalles. Yo podía oír, sin embargo, y no ayudaba a mis nervios.

Había extraños ruidos secos de los trenes que hacía temblar el suelo bajo nuestros pies y que parecía venir de todas direcciones a la vez. Hubo un efecto extraño haciéndose eco que arrojó nuestros pasos hacia nosotros, por lo que era difícil escuchar los demás más adelante. Y luego hubo algunos chirridos muy sospechosos.

—Pienso que puede haber ratas —le dije, con mis manos apretando el brazo de Mircea.

—Por lo menos una —dijo en voz baja, aproximadamente al mismo tiempo vi el tenue resplandor de otra luz rebotando en las paredes de hormigón por delante. Estaba sorprendentemente lejos, teniendo en cuenta que no podíamos estar más que un par de minutos detrás de ellos. Pero si avanzaban lo suficiente romperían la frágil conexión, si se alejan bien podría convertirse en permanente.



Comencé a correr.

Y casi tropiezo con el secuestrador que estaba situado en la dirección opuesta. No lo había visto en la oscuridad hasta que él estuvo justo encima de nosotros, pero de repente ahí estaba él, con sus salvajes ojos azules, con el pelo pegado por todas partes y con la boca abierta en la O de ¡Oh, mierda! Él casi me tira al suelo con la maldita maleta, las piernas larguiruchas en movimiento hacia la oscuridad, mientras que él y mamá se dirigían hacia la plataforma de una carrera muerta.

—Qué... no tuve la oportunidad de terminar antes de que Mircea me agarrara alrededor de la cintura y nos echara contra la pared.

Me golpeé fuerte, contusionándome rodilla y rompiendo mi mejilla contra el cemento sucio. Pero no me quejé. Porque a casi en ese mismo instante, un rayo rojo chisporroteaba a través del túnel, electrizando mi pelo y levantando la carne de gallina en mi piel. ¡Maldita sea!

—¿Se supone que ellos están muertos! —dije furiosa.

—Quizás éste es un grupo diferente.

—¡Jonas dijo que se suponía que sólo era cinco!

—Sí, vamos a tener que mencionárselo cuando volvamos —Mircea dijo tristemente, como un montón de cabreados semidioses que aparecieron de golpe junto a nosotros.

Pensé que había cuatro, no cinco, pero no podía estar segura. Era difícil ver algo en absoluto con las brillantes imágenes residuales verde saltando por mi visión. Y aunque era imposible, cuando el fuego del hechizo iluminó el túnel, parecía como si un sofisticado sistema de seguridad se hubiera instalado allí.

Los hechizos de rayo láser rebotan en las paredes y el techo, entrecruzándose entre sí en una red mortal de fuego carmesí.

Ellos convirtieron el pequeño espacio, redondo en algo salido directamente del infierno, y dio luz suficiente para ver que los hechizos no eran del tipo destinado a aturdir. Golpearon en todas partes, ennegreciendo el fuerte hormigón, provocando un chisporroteo fuera de los raíles y enviando una capa espesa de polvo del suelo ondeando por el aire.

Mircea maldijo y me tiró detrás de él, qué habría estado bien, sólo que un rayo impactó en la pared justo debajo de nosotros, un segundo después. Debió de golpear en la línea eléctrica, porque una gran ducha de chispas arrojadas por el túnel, y unos pocas sobre mi vestido. Mircea maldijo de nuevo y tiró de mí hacia el otro lado, cerca de la marca todavía humeante del hechizo anterior.

—¡Fuera! —jadeó.



Me detuve mirando los fuegos artificiales el tiempo suficiente para mirarlo. —¿Qué?

—¡Cambia y sal de aquí! ¡Ahora!

Negué con la cabeza. —Hemos pasado por esto. ¡Si la matan, estoy muerta de todos modos! ¿Por qué crees que mi poder me trajo aquí?

—¡Yo me encargo de eso!

—¡Tú no puedes! Mircea...

Él me empujó contra la pared, escudándome con su cuerpo, el reflejo de las chispas en sus ojos. Y su expresión era malditamente muy aterradora.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque no sé mantenerte a salvo.

—No espero que lo hagas.

—¿Qué? —Él me miró como si pensara que me había vuelto loca.

—¿Protegerías al Cónsul si ella estuviera aquí?

—¡Claro que no!

—¿Qué harías?

—Cualquier cosa que ella necesite...

—La ayudarías.

—¡Sí!

—Entonces ayúdame.

—¡Tú no eres el Cónsul, Cassie! Ella tiene habilidades que posiblemente tú no puedes...

—Entender. Lo sé. —Y por lo poco que había visto de ellos, estaba muy de acuerdo con eso—. Pero yo tengo habilidades que ella no tiene. Ella puede sobrevivir a un golpe directo de una de esas explosiones; yo puedo cambiar de forma y puedo perderme. Es lo mismo...

—¡No es lo mismo! Eres esto. —Él se apoderó de mis brazos, lo suficientemente fuerte para hacer daño—. Eres carne, suave y dulce y frágil y vulnerable. Que necesita protección, pero no puedo...



—¡Mircea! Ellos han estado intentando matarme durante tres días y todavía estoy aquí.

—¡Debido a la suerte!

Yo lo miré fijamente. —¡Entonces debo ser la persona viva más afortunada!

Él sólo me miró, y nunca había visto esa expresión en su cara antes, como si estuviera realmente fuera a perderlo. Había algo pasando aquí, algún problema que no entendía. Pero no había tiempo para averiguarlo.

—Tengo que arreglar esto —le dije, tan clara y serenamente como yo pude—. Si quieres ayudarme, entonces ayúdame. No me escudes, no me protejas, no me entierres viva. Ayúdame.

Se me quedó mirando un largo momento y no se movió. La lucha iba en aumento y también se estaba alejando de nosotros, atrás hacia la plataforma llena de gente. Y no pensé que a los Spartoi les importara mucho a cuantas personas mataran, siempre y cuando mi madre fuera una de ellas.

—¡Mircea, por favor!

—¿Qué necesitas? —Fue duro.

—Tocarla. Eso es todo lo que necesito. Un segundo y nos habremos ido, todos nosotros, y esto habrá terminado.

Él asintió con la cabeza brevemente y me dejó ir.

Me separé de la pared y de nuevo en el corredor, tratando de vislumbrar a mi madre. Sólo necesitaba tocarla un segundo para cambiar, pero simplemente no podría aparecer a su lado. Los desplazamientos espaciales me exigían que viera donde iba, o me arriesgaba a acabar en una pared o en un techo o parte de un mago.

Y ahora mismo, no podía ver una mierda.

A excepción de nubes de polvo, entrecruzados hechizos, y el descabellado secuestrador haciendo erupción de la refriega y los gritos del sangriento asesinato.

Él se dirigía directamente hacia nosotros, pero él no estaba corriendo este tiempo. En cambio, él y mamá estaban levitando en algo que no podía ver, gracias a sus capas ondeando. Pero lo sentí muy bien justo cuando se estrelló contra mi estómago, me levantó y me envió toda velocidad hacia atrás, hacia los confines del túnel.

Y ahora estábamos los dos gritando, el mago y yo, cuando nos golpeamos en la oscuridad, él intentando empujarme fuera y yo me sostenía para salvar la vida, esforzándome para alcanzar su espalda, agarrarla, para tocarla.



Pero o él dedujo lo que yo estaba haciendo, o él era el peor maldito chófer de la historia. Porque fuimos entrelazados a través del estrecho espacio, rebotando en las paredes y raspando en el techo, las saetas rojas del fuego de los hechizo nos seguían en la oscuridad. Y entonces él inteligentemente y se ladeó, arrojando mi culo, primero sobre la grava dura entre las pistas.

Maldije y corrí a levantarme, al mismo tiempo que resplandor cegador inundó el aire. Enviando sombras saltando violentamente alrededor de las paredes ferozmente, desorientándome casi tanto como el sonido ensordecedor de una bocina, las pistas vibrando bajo mis pies y el suelo brillante como el polvo dorado en el aire.

—¿Qué está pasando? —grité.

—El tren —gritó el secuestrador.

Le miré fijamente. —¿El tren?

—¡El tren! —gritó Mircea, arrojando uno de los Spartoi contra la pared del túnel. Y entonces los amigos del tipo saltaron de Mircea y él dio un salto hacia mí y yo salté hacia mi madre.

Y agarré un puñado de algo suave, elástico y gelatinoso en cambio, completamente diferente a la carne humana. Que no era de extrañar, ya que el bastardo del mago había lanzado un escudo alrededor de ellos dos y yo había agarrado un manojo de eso. Eso se extendía, cubriendo mis brazos como el látex grueso cuando traté de atravesarlo, y Mircea trataba de impedir a los magos que nos incineraran a todos, y el maldito secuestrador hacía todo lo posible para darme patadas en la cabeza.

Él me dio un golpe de refilón en la templa, pero me mantuve obstinadamente en el sitio, a medida que el ruido que nos rodea se agravó y la bocina volvió a sonar, ensordecedoramente cerca, y mi mano, finalmente se cerró sobre una de mi madre. Durante un segundo, la miré y ella me devolvió la mirada, sus ojos azules que reflejan la luz que se acercaba. Pero mientras podía sentir los dedos bajo los míos, podía trazar los huesos de su mano, podía captar la muñeca, en realidad no podía tocarla. La delgada membrana del escudo todavía nos separaba, y mientras lo hacía, yo no podía cambiar.

Y entonces no pude sin embargo porque algo se estrelló contra nosotros con la fuerza de un camión Mack.

Fuimos disparados por el túnel como si nos hubiéramos sido disparados de un arma de fuego, rebotando en la pared, golpeando el suelo y luego fuimos dando volteretas con los talones sobre la cabeza. Yo tenía el escudo del mago en un apretón de muerte y no iba a dejarlo ir, aun cuando fuera a toda velocidad alrededor del pequeño espacio como una pelota del ping-pong en ácido. Eso absorbió algunos de los daños, y Mircea absorbió la mayoría del resto, lanzando su cuerpo sobre el mío hasta que algo nos recogió y nos llevó a lo largo como un...

Bueno, como un tren a toda velocidad.

El tren debía de ser más o menos automático.

Porque el conductor había estado inclinado hacia atrás en su silla, leyendo una revista y disfrutando de una taza de té. Este último estaba vestido con su elegante uniforme azul mientras miraba con los ojos desorbitados de incredulidad al nudo de gritos, peleas y patadas de la gente dando vueltas en el aire en el exterior de su ventana delantera.

Y entonces Mircea agarró al secuestrador, con una mano alrededor de su cuello a pesar del escudo en el que todavía estaba encerrado. Traté de recordar lo que Mircea había dicho sobre cuánto tiempo le lleva fugarse a alguien a través de un escudo. Pero mi cerebro estaba un poco ocupado y no pude recordarlo, entonces ya no importaba, porque lo siguiente que supe, es que ellos se habían ido.

Acabé con mi trasero medio fuera, medio dentro de algún tipo de equipaje levitando y mi cara se estrelló contra la ventana delantera del tren. Eso me dio una vista perfecta del mago arrastrando a mi madre a través de la cabina estrecha y en el compartimento de al lado. ¡Maldita sea!

Agarré para la puerta que conducía a la cabina del conductor, pero mi mano se deslizó fuera de algo duro y vítreo. Me tomó un segundo darme cuenta de que el mago había arrojado un escudo sobre la parte delantera del tren, y luego otro segundo para desviarlo, cambiando en cabina directamente en sus talones. Sólo se había abierto de nuevo de golpe y me había pegado en la cara.

Que resultó ser una especie de suerte, porque me tambaleé hacia atrás contra la ventana delantera, y una mirada me recordó que me había olvidado algo. Es decir, Mircea, que fue arrojando por el túnel, justo por delante de la disparada locomotora. No vi ningún Spartoï lo que realmente esperaba era la versión del tren de carretera por ahora, pero él estaba usando la velocidad de vampiro para mantenerse al frente.

Más o menos. En realidad, parecía que podría estar perdiendo terreno, lo que explicaría la expresión de su rostro cuando se volvió a mirarme por encima del hombro. *Cassandra*, vocalizó, y, bueno, yo me merecía eso.

¡Lo siento! Vocalicé de vuelta, mirando frenéticamente los botones, diales y cómo sea que se llame la consola del conductor.

Había un montón de ellos, pero ninguno estaba del todo iluminado en rojo y con el STOP marcado convenientemente. Y simplemente no podía desplazarme al exterior y agarrarle sin que mi peso añadido nos hiciera caer a los dos a las vías. Agarré el conductor en cambio.

—¿Cómo detengo esta cosa? —le exigí, sólo para que él a su vez volviera su pálida mirada en mí.

Lo sacudí cuando Mircea redujo la velocidad o nosotros aceleramos, y él se deslizó a escasos centímetros de la oscuridad. Pero la sacudida no sirvió de nada. Así que le di una palmada



al hombre, que resultó ser la decisión equivocada, ya que rompió su parálisis, pero luego él empezó a chillar como una niña pequeña. Maldije la inventiva y miré a su alrededor, fuera de tiempo y de tantas ideas, y vi la maleta flotando ligeramente.

Se había desplazado dentro conmigo, quizá porque yo había estado sentada en él ese momento. Era vieja, desgastada y parecida vagamente a un baúl, como algo salido de otra época. Pero el hechizo que el mago había lanzado evidentemente todavía estaba funcionando decentemente, por lo que era lo más parecido a un salvavidas a la vista.

La agarré bajo el brazo, desplazándome fuera y agarré a Mircea con la otra. Y después de unos cuantos terroríficos segundos revolcándome alrededor a un pelo delante de unos cientos de toneladas de metal a alta velocidad, aterrizamos en el interior en un montón de brazos y piernas. Y como premio, nos las arreglamos para tropezar con el conductor, que había estado a punto de correr fuera del compartimiento detrás de nosotros.

Mircea deslizó un brazo y lo agarró, dando tirón del tipo hasta que quedó al nivel de los ojos con menos de su calma habitual. —Olvida —le dijo con dureza, y el hombre se detuvo de repente hiperventilando. Él se sentó dócilmente de nuevo en su asiento, mirando embelesado su taza de té vacía, cuando forcejamos inestablemente para mantenernos en pie.

—Lo siento —le dije de nuevo a Mircea, sólo hacerle sonreír tristemente.

—Lo discutiremos más tarde —me dijo, en un tono algo alarmante—. Por ahora, ¿dónde están?

—Por ese camino —le dije, y salimos corriendo.



Capítulo 36

*Traducido por Paaau y Abril
Corregido por Curitiba*

Debería haber sido bastante fácil detectarlos, pero era la prisa del día de fiesta, y tenían que haber cientos de personas acuñándose en el próximo vagón, con bolsos y cajas, y un tipo abrazando un gran árbol de navidad. Hizo que todo el auto oliera a pino, lo que hubiera sido genial si la maldita cosa no me diera rinitis alérgica. Busqué en la multitud a mi mamá, sacando las ramas de mi cara y estornudando.

—¿Han cambiado de nuevo? —preguntó Mircea, mientras caminamos hacia el hotel, a través de la puerta de conexión y hacia la siguiente. Algunas personas nos miraban como si estuviésemos locos, porque el espacio entre las secciones del tren era bastante abierto.

Tenía ganas de decirles que probaran el asiento delantero por un tiempo.

—No. —Sacudí la cabeza—. Lo habría sentido.

—¿Estás segura? Si cambian en el medio de todo esto...

—Estoy segura. —La razón principal de por qué lo deje colgado era que cada nervio, cada sensación que tenía, estaba enfocado en ese débil vínculo con mi mamá. Lo tenía en un control agarre muerto, priorizado ante todo lo demás. No había forma en que haya hubiese cambiado un poco y yo no lo supiera.

—Pero, ¿por qué no lo han hecho? —demandó Mircea—. Tiene poco sentido que se queden en un espacio limitado y cerrado, cuando saben que están siendo perseguidos...

—A menos que no tengan opción.

Me lanzó una mirada.

—Crees que ella se está cansando.

—Depende. Si este es el mismo día que la fiesta...



—Lo es.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Pude oler el alcohol en él cuando pasó... el champagne que derramaste.

Siempre lo olvido: sentidos de vampiro.

—Entonces está cansada. De hecho, debe estar fuera de combate ahora. No sé cómo aún puede hacer algo. Tomar a alguien a través del tiempo es costoso, incluso si sólo es una vez. Y ella lo ha hecho...

—¿Qué tan cansada estás tú?

—Estoy bien, nada que importe. No es como que no podamos detenernos para un descanso.

—Importa —dijo él, agarrando mi brazo—. Porque determina qué tan agresivo tengo que ser. Estoy tratando de ser prudente, y modificar el tiempo lo menos posible. Pero si estás llegando al final de tus fuerzas...

—Estoy bien —le dije.

Me lanzó otra mirada, pero estaba diciendo la verdad. Si esto va a ser como una carrera para ver quién se queda sin energía primero, entonces el secuestrador tenía una maldita suerte. Nunca dejaría de perseguirla. Caería con un maldito aneurisma antes de parar de perseguirla.

—Lo estoy —insistí.

Y supongo que fui convincente, porque Mircea asintió con la cabeza.

—Cuando comiences a estar exhausta...

—Te lo haré saber. —Aunque realmente no esperaba llegar a eso. No quería saber cuál era la idea de Mircea de “agresivo”. Su idea de ser “precavido”, era molestar a mucha gente, mientras empujábamos, dábamos codazos en nuestro camino hacia la parte trasera del tren.

No tenía idea cuál era el plan del mago, o incluso si tenía uno. Pero finalmente lo vimos en el penúltimo vagón, donde estaba tratando de abrir la puerta que conectaba al último vagón. Pero no iba muy bien, gracias a una anciana enfurecida. Una bolsa de compra estaba a sus pies, con trozos de algún tipo de porcelana derramándose en el interior. Lo que quizás explicaba el paraguas que sostenía sobre la cabeza de él.

Podría haberla besado, pero no había tiempo. Porque mi madre estaba de pie al lado, hablando de forma urgente con él, aunque por la paliza que se estaba llevando era poco probable que estuviese prestando mucha atención, o de que tuviese escudos alrededor de ellos.



Había gente alrededor de ella, y ningún lugar para acercarse más, así que sólo comencé a empujar, escalando, empujando o saltando a cualquier que estuviera en mi camino. Voces indignadas aumentaban alrededor de mí, y varias personas me empujaron hacia atrás, pero apenas lo noté. Mircea había ido por el mago en el mismo momento, y si pudiera distraerlo sólo por unos cuantos segundos...

Entonces, el tren se sacudió duro, enviando gente a la izquierda y luego a la derecha, como si casi dejara las vías. No sabía que pasaba, hasta que la ventana trasera explotó en un baño de energía color rojo brillante. Y no sólo la trasera. El cuerpo metálico del vagón debe haber actuado como una especie de conductor, porque ventana tras ventana estallaron, como en una larga fila, como fuegos artificiales en una cadena.

Los vidrios se lanzaron a la multitud que gritaba, los que subieron a sus pies, gente luchando entre bolsos y paraguas, empujándome en todas las direcciones. Luego las luces se apagaron, sumergiendo a todo el tren en la oscuridad. Y eso fue todo para los pasajeros, quienes corrieron en tropel lejos del caos, hacia la única puerta de salida.

Que resultó ser la que nosotros recién alcanzamos.

Salté tras mi madre, pero alguien me pisó el empeine, y alguien más me dio un codazo en las costillas, y luego fui noqueada del todo hacia atrás, metida a un lado del vagón.

Mi cabeza se golpeó tan fuerte como para que viera estrellas, pero de todas formas me puse de pie de nuevo, sobre todo para evitar ser pisoteada. La gente del último vagón empujaba hacia este, los que estaban en este empujaban hacia el siguiente, y los que estaban en el siguiente estaban poniendo el tipo de esfuerzo que se espera de trescientos o cuatrocientos pasajeros enloquecidos, tratando de meterse en una zona ya sobrecargada.

Pero la conmoción significaba que no podía oír a Mircea, y la falta de luz significaba que no podía verlo. O al mago. O a mi madre.

Maldita sea, ¡la tenía! La tenía. Si no tenía otra oportunidad, iba a...

Enloquecer a la vista de un hombre que se deslizaba por la ventana que faltaba junto a mí.

Se encendió una luz de emergencia, y temblaba débilmente en la parte delantera del vagón, dándome una vista intermitente de su cara. Pero por un momento, no lo creí. Porque no era una cara que esperaba ver de nuevo. Asumí que el Semidiós había terminado bajo los rieles, porque no había otro lugar a dónde ir. Casi no había espacio en el tren, no en la parte superior, donde el techo casi rozaba el techo del túnel, y tampoco en los lados, donde las paredes curvas fluían lejos, tal vez a 6 u 8 pulgadas de las ventanas.

Era físicamente imposible que un hombre crecido se metiera en un espacio tan pequeño; demonios, yo no podría haberlo hecho, y él tenía al menos, unos 30 kilos más que yo.



Pero venía de todos modos.

Observé, entre la fascinación y el horror, como su cuerpo parecía encogerse, alargarse, para fluir con el movimiento como de una serpiente. Podía haber roto el resto del vidrio de las ventanas, dándose un poco más de espacio. Pero no se molestó. Él sólo emanó de la pequeña abertura, como si de pronto se hubiese quedado sin huesos, una masa amorfa de piel y carne, distorsionadas características de funcionamiento, incluyendo una pieza de pelo sin cráneo para darle forma, y dos globos oculares nadando en la masa gelatinosa de su cara.

Globos oculares que me miraban directamente.

Hice un sonido entre pánico y asco y me tambaleé hacia atrás, y broté del resto del camino a través de la ventana. Y en cuanto lo hizo, comenzó a solidificarse, huesos, músculos, y una cantidad de partes libres de su cuerpo, se ajustaron de vuelta en su lugar, como un balón inflándose. Y de pronto paré de preocuparme por mi almuerzo, y comencé a preocuparme por el rifle que apuntaba hacia la multitud.

O, más precisamente, hacia la parte posterior de la cabeza de mi madre. No sabía por qué se concentraba en ella teniéndome a mí aquí, pero en ese momento, no me importó.

Podía verla en el siguiente vagón, su cabello color cobre brillando bajo las luces de emergencia mientras miraba alrededor frenéticamente, como tratando de encontrar a alguien. Comenzó a empujar hacia adelante, diciendo algo que no podía oír por el sonido de la gente que gritaba, por los ruidos del tren, y por mi propia sangre corriendo por mis oídos. Y luego tomé el cañón, forzándolo hacia abajo, incluso mientras él disparaba. No vi si fui lo suficientemente rápida. No vi nada, porque un golpe cruel me envió patinando hacia atrás, hasta que mi cabeza me detuvo al aplastarse contra una barandilla de metal. En el siguiente vagón.

Por un momento no pude moverme, demasiado aturdida como para hacer algo aparte de quedarme tendida ahí, mientras el vagón nadaba horriblemente alrededor de mí. Dos golpes en la cabeza seguidos, me tenían tratando de decidir si me desmayaba, o vomitaba el desayuno, o posiblemente hacer las dos cosas al mismo tiempo. Me di la vuelta, el vidrio crujiendo bajo mis manos, pero un antiguo consejo de club de que nunca pasara sobre la espalda, me tiene sobre mis manos y mis rodillas. Levanté la vista, aturdida y desorientada.

A tiempo de ver el arma nivelada a mi cabeza.

La miré por un segundo, mis ojos se cruzaron, y luego traté de cambiar. Pero mi cabeza no estaba lo suficientemente despejada, e incluso si lo hubiera estado, el pánico hacía que cambiar me fuera difícil. Y nada me asustaba más, que estar mirando el extremo erróneo de un arma. De todas formas lo intenté de nuevo, pero el mago apretó un disparo en el mismo momento, y supe que estaba muerta.

Solo por una razón no lo estaba, a pesar del sonido del disparo y el olor a pólvora en el aire. Eso me dijo que yo no había cambiado, pero seguía sin entender como él me había perdido



desde dos yardas de distancia. Y luego mire hacia arriba y golpee mi cabeza contra la maleta, la cual seguía balanceándose a pesar de haber tenido un pedazo de tabaco en la parte inferior. No sabía de dónde había salido, ya que no la había traído conmigo. Pero no hice preguntas, solo la agarré como escudo que no necesitaba, porque Mircea había llegado. Y ya no parecía tan interesado en la cautela.

Arrebató la pistola del Spartoi de su mano, con el metal comprimiéndose a través de sus dedos como Play-Doh. El semidiós miró desde su arruinada arma hasta el vampiro enfado y de vuelta, y por alguna razón, él parecía más perplejo que asustado. Luego Mircea uso el arma para aporrearlo y mandarlo hacia el lado contrario del vagón ahora vacío.

El golpe había lucido fácil, casi casual, como alguien golpeando una pelota de golf en un club, una tarde de domingo cuando realmente no le importaba si la pelota entraba en el agujero o no. Y aún así, le pegó al Spartoi lo suficientemente fuerte como para que entrara en un panel de metal y este cediera, quedando marcada la forma de un cuerpo. Decidí que mi estimado de distancia debió haber sido correcto. Porque, de repente, fuimos invitados por el sonido del metal que, como uñas sobre un pizarrón, se arrastraba por el concreto, mientras su culo cubierto de acero raspaba por la pared del exterior del túnel.

Él no se movió, y pensé que estaba terminado, estaba segura de eso. Hasta el punto en que gire mi cabeza alrededor para ver si mi madre estaba bien. Pero el movimiento fue demasiado rápido para mi cabeza adolorida, doble mis rodillas por debajo de mi después de un casi intento de pararme. Mircea se movió para ayudarme, y por lo tanto tampoco vio cuando el Spartoi salió del panel y saltó—justo hacia nosotros.

Mircea lo había sentido a tiempo como para girarse, para levantar un brazo— el cual el Spartoi usó para tirarlo a la restante longitud del tren. Miré como él salía a través de la ventana trasera rota, torcido en el aire, tomando la parte inferior de esta e impulsándose hacia atrás. Solo para chocar contra un hechizo que lo tiró, casi a una media milla dentro del túnel. Todo eso tomó menos tiempo hacerlo que decirlo, y luego una explosión golpeo la maleta a la que me aferraba lo suficientemente fuerte como para lanzarme hacia atrás como una muñeca de trapo. Sentí algo raspando mi espalda y algo mas rasgar lo que pareció un pedazo de mi cuero cabelludo, y luego estaba cayendo de punta a punta hacia la oscuridad. Hasta que mi espalda chocó contra una pared, lo suficientemente fuerte como para sacar el aire de mis pulmones y costarme el agarre a mi salvavidas flotante, y para mandarme rodando por el suelo.

Mis rodillas golpearon la grava, mis manos golpearon el acero, sangre caía en mis ojos, y no podía respirar. Así que me tomó un segundo darme cuenta que había sido tirada dentro del túnel. Pero que de alguna forma, seguía viva.

Tenía que estarlo. La muerte no dolía tanto como esto.

Pero no entendía por qué hasta que levanté la vista para ver al Spartoi caminando hacia el siguiente vagón mientras el tren aceleraba. Él no se molestó en mirar atrás, ni siquiera espero



hasta que yo estuviera completamente fuera de la vista antes de girarse. Como si no se tomara la molestia de perder energía en mí.

Sangre corría dentro de mis ojos mientras me senté allí, con la comprensión inundándome con algo que hizo que mis manos temblaran y que mis mejillas quemaran. Mircea había sido una amenaza, y había sido tratado de ese modo. Pero a los ojos del Spartoï, yo no valía la pena. No valía la pena matarme. Yo solo era una molestia menor como para preocuparse por mí en su camino a asesinar a mi madre, y no lo creo hijo de puta.

Tomé la maleta y me incliné hacia ella, y la pequeña plataforma salió como un murciélago desde el infierno.

Mircea me tomó de la cintura un segundo más tarde, saliendo desde las sombras y saltando detrás de mí. Dijo una frase muy sucia en rumano que probablemente yo no debería saber.

No podría haber estado más de acuerdo.

El tren había desaparecido en una esquina y nos desviamos hacia la izquierda y lo seguimos, correteando al rededor de la esquina a lo que debieron ser cincuenta millas por hora. No nos molestamos en hacer un plan, porque el plan era simple: encontrarlo, matarlo. Realmente quería la cabeza de ese bastardo más que la del secuestrador, quién, por lo menos, no apareció para querer la muerte de mi madre.

Después de que eliminemos al maldito Spartoï.

Me desvíe un poco más, hasta el punto de arriesgarme a caer, tratando de tragar hasta la última gota de velocidad del hechizo. Debió ser increíblemente espantoso, corriendo rápidamente por un túnel oscuro que, aparentemente, no tenía salida, y sin poder saber si estábamos a punto de estrellarnos contra una pared.

Pero aparentemente el miedo y la furia no trabajaban juntos, porque no sentía nada además de apuro, apuro, apuro corriendo por mis venas y haciendo eco en mis oídos, junto al creciente traqueteo del tren adelante.

Y luego el túnel fue invadido por la luz y pasamos por una estación llena de gente mirando en la dirección opuesta, probablemente preguntándose por qué demonios el tren pasó y no se detuvo. O quizás se estaban preguntando otra cosa. Porque un par de segundos después, entramos en la boca del túnel y casi chocamos con tres figuras delante de nosotros apenas discernibles contra la oscuridad.

Parecía que el Spartoï restante había llegado un poco tarde a la fiesta. Pero ellos ganaban terreno rápidamente, gracias a algunos scooters a motor de los que se habían apoderado en algún lugar y levitado. Dos de ellos iban en uno y el otro iba en otro scooter y estaban derribando el túnel a una velocidad que solo parecían algo más que una mancha en la oscuridad.



Los miré, horrorizada, porque acababa de ver lo que una de esas cosas podía hacer. De ninguna manera podíamos dejar que tres más llegaran al tren. De ninguna manera.

—Mircea...

—Lo sé. Acércate, —dijo, como si yo tuviera elección. El maldito túnel tenía veinte, quizás treinta metros de ancho, y ellos estaban justo en el medio de él. Lo que significaba que cualquier lugar al que me dirigiera sería cerca.

—¿Por qué? —pregunté de todas maneras.

Y entonces nos disparamos entre ellos, y supe el por qué.

Mircea pateó salvajemente al hombre en un scooter, mandándolo a estrellarse la cabeza contra la pared. Y luego se inclinó y lo mantuvo allí, mientras nosotros y el scooter y el tipo salíamos disparados hacia adelante. O, por lo menos, más que nada el tipo lo hizo. Estaba agradecida de que la luz en esa cosa estuviera moviéndose por todo el alrededor, así que no vi mucho, solo un vistazo, de la raya negra al lado de su cabeza mientras Mircea lo tiraba contra el cemento sin piedad.

Y luego lo pateó y se subió a su scooter. El cuerpo fue volando, cayendo en la oscuridad, y el scooter rebotó lejos de la pared. Y justo al otro conducido por los otros dos tipos.

Parece que la cautela está muerta en esta ronda, pensé.

Pero teníamos la ventaja de la sorpresa en el primer ataque, y definitivamente ahora ya no. Uno de los Spartoi saltó al frente del scooter de Mircea y luego se arrojó hacia un lado, tratando de hacerlo volcar. Pero Mircea flexionó sus piernas y se quedó sentado, lo que significaba que ellos habían sido derribados por el tubo girando hacia los lados, una y otra vez, mientras no había inercia en el aire que los detuviera.

No podía ayudar porque el otro Spartoi me había visto y estaba justo a mis talones. Sentí la ráfaga de una bala pasar sobre mi hombro y otra rozó mi pierna, dejando una línea de un agudo dolor hasta mi cadera. Pero pudo haber sido peor—y probablemente, hubiera sido, pero la maleta iba como un búfalo herido y estaba rebotando por todo el lugar.

Pero eso no ayudaría por mucho tiempo, y no tenía tiempo para salir con algo que si lo hiciera. Aparte de la clara impresión de que ser la única parada al frente no era una ventaja aquí. Tire hacia mí la maleta, el Spartoi me disparó, y luego me lancé hacia adelante, cambiando de posiciones, porque ahora era yo la que estaba justo en sus talones.

El Spartoi giró, arma en mano, justo cuando dirigí mi brazalete hacia él y dos dagas fantasmales iban en su dirección.

Estas lucían más brillantes de lo normal en la escasa luz, pero tenían todo el entusiasmo de siempre por cualquier tipo de violencia. Me moví hacia un lado para evitar cualquier otra



bala, así que no las vi aterrizar. Pero sí vi la luz del scooter alzarse salvajemente alrededor del túnel, lo escuché estrellarse contra la pared, sentí el calor cuando su motor decidió “al diablo con esto” y explotó en una bola de fuego naranja.

Caminé más despacio, la maleta se convirtió en un amplio arco mientras miraba las llamas lamiendo los laterales y el techo del túnel. Y me sentí vagamente enferma. No tenía otra opción; lo sabía. Pero eso no me hizo sentir ni un poco mejor. Podía contar con una sola mano el número de vidas que había tomado, y no estaba muy contenta con incrementar el número.

Solo que parecía como si no lo hubiera hecho.

Porque alguien salió de las llamas, carbonizado y quemado y dejando pedacitos ardientes de sí mismo por el piso del túnel. Sus ropas estaban casi todas quemadas, su cabello estaba prendido fuego, su piel estaba agrietada y quemada, y la ardiente luz brillaba en la sangre que caía sobre su cuerpo.

Pero él estaba sobre sus pies, como si ni siquiera lo hubiera sentido.

Y él estaba sonriendo.



Capítulo 37

Traducido por rihano
Corregido por kathesweet



Me gustaría decir que planeé lo que pasó después, pero estaría mintiendo. Todo en lo que podía pensar era maldición tratar de conseguir salir de allí, pero el Spartoï iba por mí al mismo tiempo. Comencé a regresar en la dirección del tren, y salté en mi camino y agarré la maleta.

Aunque, en retrospectiva, eso resultó ser bueno, porque el hechizo era fuerte y yo estaba inclinada adelante con todo lo que tenía. Y en lugar de detenerme, él estaba arrastrándose por debajo, sus pies haciendo un rítmico sonido de *bump, bump, bump* en los travesaños.

Por lo menos, lo hicieron hasta que una mano que se sentía muy viva se apoderó de mi muslo derecho sobre la herida de bala y casi me desmayo del dolor. Mi cuerpo se sacudió y la pieza de equipaje con cicatrices fue a parar al suelo, golpeando con fuerza y luego arrastrando todo el cuerpo del Spartoï a través de la grava.

Yo no había previsto eso, tampoco, pero malditamente segura mantuve la presión sobre esta una vez que sucedió, sabiendo por experiencia personal exactamente cuan filosa era esa grava. Los trozos eran grandes y nunca hubo ninguna lluvia aquí para desgastar los bordes punzantes. Estaban recubiertos también con una capa de arena o tierra o polvo o lo que infiernos fuera, de todos modos, de color negro, era más fina que la arena, como lo demostraba volando en un nube asfixiante a nuestro alrededor, dejándome sin aire y al semidiós maldiciendo inventivamente debajo de mí.

Pero él todavía no se soltaba. En su lugar, se empujó fuera de la tierra, tratando de usar su peso extra para dar la vuelta y supongo que darme una probada de mi propia medicina. Lo que podría haber funcionado si no hubiéramos golpeado una curva en el túnel, que ninguno de nosotros vio que venía, gracias a la idea del metro de adecuada iluminación. Puede que yo no lo haya visto, pero la sentí cuando nos golpeó, y lo escuché cuando algo de él crujió.

Fue alarmantemente satisfactorio.



También fue inútil, porque al momento siguiente, se volcó sobre nosotros de todos modos, usando la pared para hacer palanca, pelear, arañar y patear de la mejor manera posible a partir de dos diferentes lados del maletín.

—Solo *muere*, maldición. —gruñó, y en realidad vi la expresión a través de la luz difusa alumbrando desde algún lugar más adelante.

Incliné la cabeza hacia atrás y vi el cuerpo del tren, el cual había reducido la velocidad o a paso de tortuga o estaba estacionado. Y, Esther de alguna forma lo haría.

—Tú primero. —gruñí en respuesta, y cambiamos una última vez.

Última, porque un segundo más tarde nos estrellamos contra la parte posterior del tren.

O, para ser más precisos, él lo hizo.

Estando en la punta, navegué a través de la ventana trasera que faltaba para experimentar el placer de quemar la alfombra en un nivel completamente nuevo. Lo cual, a fin de cuentas, era mejor que chocar, de bruces, con un trozo de acero. A pesar de que no se estaba sintiendo tanto de esa forma en este momento.

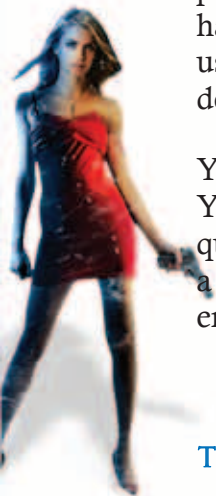
Me empujé sobre mis rodillas después rodé para detenerme, casi en la puerta en el otro extremo del compartimiento. Mi cuerpo estaba gritando por descanso, por olvido, pero mi cerebro estaba diciéndole con firmeza que callara. Pero de alguna forma parecía que el cuerpo podía ganar, porque cuando intenté ponerme de pie, me tambalee, y caí y volví a caer. Y no sólo por el dolor y el mareo y un deseo distinto a vomitar.

Había algo mal con mis pies.

Me las arreglé para enfocar los ojos turbios sobre mis suelas sucias, ensangrentadas y el vidrio, la grava y Dios sabía lo que estaba sobresaliendo de ellos. Está claro que el metro no era el lugar a donde ir con los pies descalzos. Yo dudaba de que pudiera caminar, y mucho menos correr, en este estado.

Y luego la cabeza del Spartoï se asomó a lo largo del borde aserrado de la ventana. Él habría parecido que estaba haciendo una especie de antiguo acto de vodevil, del tipo en que la gente hace muecas de dolor en estos días ante su deliberado racismo. Excepto que la cara negra usualmente no incluía un montón de sangre, un cuero cabelludo medio perdido o un montón de grava incrustada en la carne viva todo a lo largo de un lado de la cara.

Yo grité, y él sonrió y se dejó otro brazo por encima de la cornisa. Y éste sostenía una pistola. Y descubrí que, sorpresa, podía correr después de todo, un estremecido, andar cojeando que me hizo atravesar al siguiente compartimiento justo antes de que las balas comenzaran a ametrallar éste. Me quedé en la parte posterior del asiento delante de mí mientras este era rápidamente destrozado y traté de pensar, sólo que no iba tan bien. Mi cerebro estaba



congelado por el horror y parecía estar atrapado en un grito continuo de *no, no, no, no* una y otra vez, lo cual era menos que útil.

Me dije que necesitaba el control, y este me dijo que *no, no, no, no*, y yo grité de nuevo, porque era eso o perder la cabeza.

Y por alguna razón, pareció ayudar.

Por un lado, el bombardeo se detuvo, tal vez porque el Spartoï pensó que me tenía. Y por el otro, de alguna forma yo podía pensar de nuevo, sólo que todo lo que me vino a la mente fue que mis cuchillos no tenían probabilidades de ser una gran ayuda contra un tipo que podía salir de un infierno quemante. Entre otras cosas.

Pero yo no podía dejarlo atraparme. No podía dejar que llegar a mi madre. Y sólo había una manera de asegurarme que no lo hiciera. Iba a tener que agarrarlo y trasladarlo de aquí, y luego tratar de moverme de nuevo antes de que pudiera matarme. Lo cual no sonaba como divertido, por razones muy, muy numerosas, incluyendo el hecho de que tendría que tocarlo, y pensé que solo eso podría enviarme el resto del camino a Ciudad Locura y...

Y entonces Mircea entró por la puerta del fondo. Echó a andar por el pasillo como un chico en busca de un buen asiento, a pesar del hecho de que el bombardeo había comenzado de nuevo. Media docena de balas le dieron en una rápida sucesión, floreciendo brillantes contra el blanco de su camisa. Pero él no parecía darse cuenta de nada más sino que el semidiós estaba, apenas sostuvo una mano como si eso detendría la lluvia de balas.

Y luego esto detuvo la lluvia de balas, o algo lo hizo. Yo me asomé por la esquina a tiempo para ver la caída del Spartoï sobre la repisa de la ventana, el arma cayendo de su mano inerte.

—Lo mataste —le dije con incredulidad. Yo había empezado a pensar que no era posible.

—Por el momento. —dijo Mircea sombríamente.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que estas cosas no se quedan muertas,- dijo, dándole al cuerpo del Spartoï una rencorosa patada. —Maté a la criatura que perseguí hasta aquí, pero dentro de treinta segundos estará vivo de nuevo.

—Vivo... ¿Quieres decir que era un zombi?

—No, quiero decir que estaba vivo. Yo ahora acabo de drenarlo por segunda vez. Es prácticamente lo único que trabaja con estas cosas, y no funciona por mucho tiempo.

—Entonces... entonces, no obstante por más veces que los matemos, ¿ellos sólo van a seguir persiguiéndola?



—A menos que tú puedes ayudar. —La voz tranquila llegó desde atrás de mí. Me volví para encontrar a mi madre en la puerta, el mago detrás de ella.

—Esto es una locura —le dijo a ella con urgencia—. Te dije...

—Y yo te dije, ¿no es verdad? Podemos usar trucos para eludirlos, como lo hacíamos antes. Pero seguirán viniendo. O podemos terminar esto, ahora, de una vez por todas.

—¡Pero tú no estabas allí! No sabes...

Ella tomó la mano de él. —Calla ahora.

Él la miró fijamente, obviamente frustrado. Y luego transfirió esa mirada a mí. Y si las miradas pudieran matar...

—Justo detrás de ti. —le dije vertiginosamente.

Mi madre se había vuelto para mirarlo, pero ahora esos ojos lapislázuli se dieron vuelta hacia mí. —Hay poco tiempo —dijo ella simplemente—. ¿Quieres ayudarme?

—Yo... hay... —Tenía alrededor de un millón de preguntas, pero mirándola a la cara, no era capaz de recordar una sola. Y una mirada al semidiós muerto demostró que ya se estaba agitando, la carne fluyendo a lo largo de su cuerpo como el agua, las heridas irregulares juntándose, la roja carne cruda retrayéndose, convirtiéndose completamente en una prenda sin costuras de pálida piel oliva. De cualquier momento a otro, su corazón iba a empezar a latir y sus párpados iban a abrirse y... y yo realmente no quería estar aquí cuando eso sucediera.

Volví la vista hacia ella. —¿Qué quieres que haga?

Treinta segundos después, todavía estábamos en el metro, todavía lanzada a través de un túnel oscuro, pero las cosas se veían un poco diferente. Habían más bancos con asientos acolchados de piel, luces elegantes arriba y paneles de madera brillante en las paredes.

Y los pasajeros todos parecían que iban a la misma fiesta de disfraces como las personas en la cabina.

O así lo habrían hecho si no hubieran estado gritando en estado de shock al ver a un grupo de personas salir de la nada frente a ellos. O tal vez fue más el hecho de que una de esas personas estaba en su mayoría desnuda y completamente muerta. Una vez más. Mircea alejó su mano de la garganta de la criatura, y él cayó al suelo como un saco de piedras.

Miré al hombre sin vida, mirando los ojos, brillantes en la luz de gas. Eran azules. Tragué.



—¿Qué diablos es?

—Spartoi —confirmó mi madre—. Ares se apareó con una de la clase dragón hace mucho tiempo, y ellos fueron el resultado.

—¿Ese es el por qué se pueden transformar en uno?

Ella asintió con la cabeza. —Sí, pero no aquí. El túnel es demasiado pequeño, los atraparía. Y sin esa capacidad, la mayor parte de su poder se pierde.

—Es por eso que vienes aquí, ¿no? Tú sabías...

—Sí.

—¿Cómo?

Esos hermosos ojos se encontraron con los míos. —Ellos han estado cazándome por largo tiempo.

No tuve la oportunidad de preguntar nada más, porque gritos y disparos vinieron de delante de nosotros. Miré hacia arriba a tiempo para ver otro rayo rojo golpear en una puerta de conexión un par de carros más allá. No podía ver lo que estaba pasando al lado por el humo, pero no hubo más gritos y más gente aterrorizada irrumpía a través de nuestro carro. Y luego, encima de sus hombros, tuve una visión de dos Spartoi más irrumpiendo a lo largo del tren.

Y luego estábamos cambiando de nuevo, más o menos.

Esta vez, no fue tanto como que nos íbamos a alguna parte sino que más bien la escena cambió a nuestro alrededor. El tren se mantuvo muy sólido, a excepción de los anuncios en las paredes, los cuales florecieron y se apagaron en brillantes manchas de color. Pero la mayoría de la gente cambió, se transformó, fluyeron unos en otros y luego en gente nueva, como si fueran líquidos, junto con la corriente del tiempo disparándonos a lo largo. Días, semanas, meses de pasajeros se derramaron alrededor de nosotros, el parpadeo de entrada y salida, mientras nosotros probablemente a su vista estábamos como si corriéramos adelantándonos, a través del espacio y el tiempo y de regreso a través de los compartimientos.

Mis pies dolían, mi cuerpo me dolía y estaba medio convencida de que tenía una maldita conmoción cerebral. Y apenas lo notaba. Tenía una vaga impresión de que estaba mirando a mí alrededor con la boca abierta, pero no me importaba eso, tampoco. Yo nunca había visto nada remotamente parecido.

Por supuesto, eso era para la mayoría de las cosas que habían sucedido últimamente. Me preguntaba si esto era de lo que trataba el entrenamiento, la verdadera formación, del tipo que yo nunca iba a conseguir. Pensé que a Agnes le hubiera gustado colocarme algún loco maldición obstáculo, haciéndome correr tras ella, retándome para mantenerme al día o habiendo dejado mi culo atrás en algún otro lugar, algún otro tiempo.



Sólo que esto no era entrenamiento; esto era real. Y quedarse atrás aquí no significa un inconveniente o una vergüenza al regresar, sino que significaría no volver en absoluto.

Por lo que entendí después de todo un minuto y medio de explicación, el Spartoi se las había arreglado para colocar algún tipo de hechizo sobre mi madre que causaba que sus posiciones reflejaran la de ella.

Eso significaba estar con ellos a cuestas en cualquier momento y donde quiera que ella cambiara. También esto le impedía el uso de cualquiera de los trucos que yo había visto en la fiesta, detener el tiempo o frenar lo, donde estuvieran concentrados. Ella todavía podía ralentizar el tiempo, pero si ella era inmune a esto, ellos lo serían, también.

Hasta que, supuestamente, se quedara sin combustible y la mataran.

No tenía ni idea de por qué la querían matar, o donde el secuestrador encajaría en todo esto, o casi nada más. Pero yo sabía lo más importante. Yo sabía cómo planeaba romper su hechizo.

Ella y yo no estábamos usando nuestro propio poder para cambiar, estábamos pidiéndolo prestado de la misma fuente, el enorme pozo de energía dejado a la Pythia por Apolo. Eso ponía a nuestra magia en la misma longitud de onda, a falta de un término mejor, y era como si yo fuera capaz de rastrearla. Mi magia la “sentía” cada vez que ella utilizaba la suya, y podía seguirla a la fuente.

La idea era utilizar esa similitud para confundir al hechizo de los Spartoi. Yo iba a mantenerlo mientras ella cambiaba, quedándome justo al lado de ella, hasta que nuestros hechizos se fusionaran, superponiéndose hasta el punto de que llevar a cuestas el hechizo consiguiera confundirlos y aferrarse a ellos.

Luego íbamos a cambiar en direcciones opuestas, separando nuestros hechizos en el proceso y esperando que destruyera los suyos, también.

Si lo programado era correcto, si lo hacíamos en medio de un cambio, eso debería dejarlos en la misma posición en la que yo accidentalmente casi había terminado hace unos pocos días, esparcidos en los vientos del tiempo, para nunca más ser re-ensamblado en cualquier lugar o cualquier momento. Esto no era la muerte, porque estas cosas no podían ser asesinadas. Sin embargo, estaba malditamente cerca, y yo lo tomaría.

Suponiendo que yo no muriera primero.

Esto era difícil. Era realmente, en verdad, malditamente difícil.

Los cambios estaban tan cercanamente juntos que no era como una serie de ellos, en absoluto, sino más bien como una larga y continua diapositiva en el tiempo, una que estaba tomando todo lo que yo acababa de conservar.



No estaba ayudando el hecho de que los maníacos detrás de nosotros se mantuvieran disparando, incluso mientras estábamos en el medio del cambio. No parecía que estuviera haciendo mucho efecto, la mayoría de los hechizos y las balas se desvanecían en el extraño tiempo líquido a través del que estábamos pasando, aparentemente sin conectar con nada. Pero no todos ellos.

De vez en cuando, éramos sólidas una fracción de segundo demasiado largo y algo de la balacera conseguía pasar. Sobre todo, golpeaban los escudos del secuestrador, porque él y Mircea estaban detrás de nosotros en el momento. Pero ellos no podían protegernos por completo, y eso nos dejaba a mi mamá y a mí en la línea de fuego más de una vez.

Sentí un par de balas rozarme, una de las cuales reventó una ventana en algún momento y probablemente asustó a un montón de pasajeros a muerte. Otra debe haber sido disparada justo mientras cambiamos, porque pasó exactamente al lado de mi cabeza mientras el tiempo se ordenaba por sí mismo, antes de desaparecer como el humo. No me importaba.

No me importa nada, excepto, por favor, Dios, no fallar. Sin embargo, mis manos estaban temblando y el sudor estaba corriendo por mi cara y yo no podía oír nada más sino mi corazón martillando en mis oídos. Creo que lo único que me mantenía en posición vertical era la mano de Mircea en mi brazo y una saludable dosis de pura rabia.

¡Maldita sea, se suponía que tenía que ser buena en esto! La única cosa, la única, que me había llegado, naturalmente, a mí en todo este loco trabajo. Sin embargo, aquí estaba yo, jadeando, jurando cayendo a través del tiempo, nada como el elegante y sin esfuerzo cambio de Madre, el poder bullendo a su alrededor mientras con calma caminaba delante, como si esto fuera nada, sólo una tarde paseo por el parque.

Y eso es una Pythia, pensé, mirando con asombro, orgullo y dolor y más que un poco incrédula. Agnes se había jactado de las habilidades de madre, pero yo nunca había entendido lo que ella quiso decir hasta ahora. Hasta que vi cómo ella lo hizo parecer tan fácil.

Cómo lo hacía parecer como si respirara. Ordenando al tiempo, sin ser lanzada en torno por este, sin tropezar y tambalearse y casi caer mientras la habitación estaba borrosa alrededor nuestro.

Una suave mano blanca sujeto mi cara, fría al tacto, a diferencia de mi piel recalentada. Preocupados ojos de lapislázuli me miraron, y me estremecí al pensar en lo que debía estar viendo. Pelo maltratado pegada a mi cara sudorosa, ropa sucia y los ojos de pánico, mientras luchaba lo que rápidamente se estaba volviendo evidente sería una batalla perdida.

—Ya casi hemos llegado —me dijo suavemente, y yo asentí, sin aliento para hablar, nada que decir de todos modos, nada que ayudaría, por lo menos.

Luego el ritmo se aceleró, y lo que había sido tormento se hizo imposible. No sabía cómo me estaba sujetando, o incluso si era yo. No podía pensar, no podía ver, ni siquiera podía



estar segura de que mis pies se estuvieran moviendo hacia adelante ya más porque no podía sentirlos. Los días se convirtieron en meses, estos se convirtieron en años y los años en décadas, el tiempo se movió de un tirón como las páginas de un libro, un libro que se estaba manchando, desordenando y triturando ante mis ojos, y yo gritaba de dolor y furia. Porque no era lo suficientemente fuerte, porque no podía mantener el ritmo, porque estaba a punto de fallar en lo que se suponía que era buena, y yo *no podía*...

De repente, hubo un horrible desgarró, como si mi cuerpo se estuviera desgarrando por las costuras. Sólo que no era yo. Era nuestra magia empujando, desgarrando y rompiendo mientras ella viraba en un sentido y luché con la corriente de su poder para ir a la otra. Pero ella era tan fuerte, tan increíblemente fuerte, y yo no había dejado nada, y me sentí estancada y agitada y comenzando a cambiar...

Y el maldito Sparto me salvó. Ellos habían empezado a disparar más ampliamente, enviando personas aterrorizadas tambaleándose lejos de ellos, y directamente hacia nosotros. No ayudó que la multitud enloquecida usualmente desaparecía antes de que ellos nos alcanzaran. Me mantuve inmutable de nuevo, esperando una colisión, y estar cerca del pánico hizo imposible para mí concentrarme lo suficiente como para mantener el cambio.

Me sentí desfallecer, mi agarre al tiempo tembloroso, junto con mi concentración. Y de repente, tardíamente, me di cuenta de que no tenía que alejarme de ella. Todo lo que tenía que hacer era permanecer en algún lugar fijo, y ella se alejaría de mí.

Y luego un tipo grande en un traje antiguo y un sombrero de jugador de bolos, se lanzó justo hacia mí, enviándome en un revoltijo. Caímos en un montón de tweed, cuero y una atrocidad rosada, y había un paraguas en alguna parte, también, porque me estaba apuñalando en la parte trasera. Y luego Mircea me levantó y me di cuenta de que algo maravilloso había sucedido. Nos habíamos detenido.



Capítulo 38

*Traducido por Emii_Gregori y Susanauribe
Corregido por Andy Parth*



Presumo que me desmayé. Porque la siguiente cosa que supe fue despertar en una extraña cama, una extraña habitación, con una vista extraña a la ciudad frente a un pequeño balcón. Pero el hombre de pie frente a la ventana, inclinado en la puerta abierta francesa, era familiar. El oscuro cabello de Mircea era soplado en una brisa leve, la misma que alborotaba la fina seda de su bata mientras él giraba su cabeza hacia mí.

No dijo nada, y yo tampoco lo hice. Él simplemente se acercó y se sentó en el borde de la cama, inclinándose para quitarme mis revueltos rizos de mi cara. —¿Tienes frío?

Negué con la cabeza. Yo no llevaba nada bajo el edredón, pero estaba grueso y cálido excepto por mis pies, los cuales sobresalían de las sábanas. Ellos estaban un poco fríos, pero también rosados, enteros y perfectos, un regalo de Mircea, asumí. El resto de mi cuerpo se sentía bastante bien, también; cansado, pero también estaba cálido, entero, limpio y vivo.

Decidí no preocuparme por la temperatura. Se sentía bien sentir frío. Se sentía bien ser capaz de sentir algo.

Mircea debe haber pensado lo mismo, porque él me metió un poco más, hasta que pudo descansar su barbilla en la parte superior de mi cabeza. Usualmente no me gustaba eso; no había suficiente cabello allí para amortiguar el hueso. Pero esta noche... esta noche no me importaba.

—Tu madre era una mujer extraordinaria —murmuró, después de un momento.

—Hm.

—Como su hija.

Pensé en eso por un momento y luego torcí mi cabeza alrededor, de modo que pudiera ver su rostro. —Pensé que sólo era... afortunada.

Los labios de Mircea se torcieron. —No me permitirás olvidar eso, ¿verdad?



—Probablemente no. —Por lo menos no de momento.

Me puso contra él y pasó una mano por mi patético cabello. —Nunca he dudado de ti.

—Mircea...

—Es la verdad.

—¿Entonces qué fue todo eso en el túnel? ¿Qué ha estado sucediendo durante toda la semana?

Él no dijo nada por un momento, y pensé que tal vez no lo haría. Los maestros vampiros no tenían la costumbre de tener que dar explicaciones, con la posible excepción de sus propios maestros. Y Mircea nunca había tenido uno de esos.

—Hablamos sobre mis padres —dijo, después de un momento—. Hace unos días. ¿Recuerdas?

Asentí.

—¿Alguna vez te conté lo que les pasó?

—Sé lo que pasó con tu papá —dije—. Más o menos.

La historia de Mircea sobre la muerte de su padre y de su casi fallo cambiaba dependiendo de las circunstancias. Cuando yo era niña, él lo había hecho sonar casi cómico: locos nobles tratando de enterrarlo vivo cuando —inesperadamente— él había sido maldecido con vampirismo hace más de una semana. Más tarde, yo había oído una versión menos divertida, incluyendo un vuelo nocturno apenas por delante de la multitud que blandía la antorcha, quienes habían asesinado a su padre y le habían cegado, antes de dejarlo a seis metros por debajo.

Mircea se había arrastrado fuera de su propia tumba y se había marchado, todavía medio ciego, con su nuevo cuerpo de vampiro luchando por curarse sin alimento y su mente confundida por la conmoción y el horror. Él no había tenido ningún maestro para que le ayudara, ninguno para ir en busca de consejo o refugio. Y sin embargo, de alguna manera, había sobrevivido.

—Sé todo lo que necesito saber —le dije, inclinando mi cabeza hacia atrás para alzar la vista hacia él.

Su mano apretó mi brazo. —No —dijo en voz baja—. No creo que lo hagas.

Colocó las sábanas a nuestro alrededor, probablemente por mi causa. Se necesita mucho para conseguir un frío maestro. Y entonces me contó toda la historia. La que yo dudaba que le hubiera dicho a muchas personas antes.

—En 1442, el Papa decidió convocar a una nueva cruzada contra los turcos otomanos, que habían conquistado gran parte del Medio Oriente en ese momento, y hacían incursiones en

Europa. Se decidió que alguien necesitaba domarlos, y el rey de Polonia fue elegido. Él tenía sueños de gloria, pero en apenas veinte años, poca experiencia en el campo de batalla. Se confió de la guía de un soldado de fortuna llamado John Hunyadi.

No tuve que preguntar si Hunyadi era el tipo malo. El tono de Mircea era el mismo con el cual un católico devoto solía decir, “Satanás”. —Asumo que no tenías una buena opinión de él.

La mano de Mircea corrió ligeramente arriba y abajo por mi brazo, provocando que una ola de piel de gallina persiguiera sus dedos. —Hunyadi de verdad tenía habilidad militar — admitió de mala gana—. Pero sus ambiciones a menudo invalidaban su juicio. Tal fue el caso cuando él y Ladislao (el rey de Polonia) se encontraron con mi padre en su camino hacia el este. Napoleón dijo la famosa frase que Dios luchaba junto con los batallones más grandes. Eso fue siglos más tarde, pero resume mucho la opinión de mi padre. Es por eso que toda su habilidad diplomática no pudo mantener el horror de su cara cuando vio a su “ejército”.

—¿Era tan malo?

—No era un ejército en absoluto. Los idiotas habían traído una totalidad de quince mil hombres con ellos. Como le dijo mi padre a Hunyadi, ¡el sultán muchas veces tomaba expediciones de caza!

—Asumo que este tipo Hunyadi no escuchó.

—Le informó a mi padre que un Caballero Cristiano valía más que un centenar de chusmas del sultán. ¡Chusmas! —La voz de Mircea era amarga—. Cuando los Jenízaros, el cuerpo militar de la élite Murad, se encontraban entre los soldados mejor armados y mejores entrenados del mundo. Ellos fueron entrenados desde que eran niños... niños cristianos que los turcos tomaron como *devshirme*, una especie de impuesto, en las zonas que conquistaron.

—No creo que los esclavos estarían tan emocionados por pelear con sus señores.

—Estos no eran esclavos en el sentido americano. Los Janissaries estaba entre la elite de la sociedad Otomana, respetados y temidos, incluso por los hombres libres. Ellos no sabían más que servicio militar en toda su vida. Ellos lo comían y bebían. En ese tiempo, ni siquiera se casaban, por miedo de que eso los distrajera de su trabajo. Ellos lanzaban toda su pasión en la guerra, y ¡esos eran los soldados contra quién Hunyadi estaba tomando una fuerza mezquina contra el rey no puesto a prueba!

—¿Él no sabía esto?

—Por supuesto que sabía. Pero él era un pomposo, un trasero arrogante, y peor, un fanático. Un cardenal, Cessarini, estaba viajando con la armada, a una cita papal para ver si Dios estaba en el campo de batalla. —Los labios de Mircea se retorcieron, pero no en una sonrisa—. Si lo estaba, él estaba luchando para el otro bando.



—¿Ellos perdieron?

—Nosotros perdimos. O, para ser más preciso, fuimos arrasados. —Su mano seguía en mi brazo.

—¿Nosotros? ¿Quieres decir que estuviste ahí?

—Sí. Guiando cuatrocientos hombre de caballería desde Walachia.

—Pero si tu padre sabía que era una causa perdida...

Mircea suspiró. —Ese era precisamente mi argumento, pero mi padre estaba en una situación difícil. Él le debía su posición al Rey Sigismund, su antiguo mentor, quién lo había prestado al ejército que había usado para apoderarse del trono. Sigismund estaba muerto para ese entonces, pero Ladislav lo había sucedido, y le recordó a mi padre su obligación. Estaba también el hecho de que mi padre era miembro de la Orden del Dragón, una organización militar católica iniciada para expresar el propósito de combatir contra la amenaza Turca.

—¿Así que era un asunto religioso?

—Era un asunto político. Mi madre era una devota en la familia; mi padre puso su fe en un fuerte brazo y una buena espada, y él tenía la necesidad de una. Había muchos competidores por su trono que le hubiera gustado hacerle lo que él había hecho al primo que destronó. Si él les hubiera dado una razón a los líderes Católicos para no confiar en él, se podría prestar uno de ellos al ejército, como Sigismund había hecho por él.

—¿Entonces por que él no guió las tropas por sí mismo? ¿Por qué enviarte a hacerlo?

—Él hubiera preferido ir el mismo, si uno de los debía. Pero él había firmado un tratado con los Turcos prohibiéndolo.

—Pero...pensé que ellos eran el enemigo.

—Lo eran. Pero también tenían un ejército más grande que nuestra pequeña fuerza. Si hubiera llegado a la invasión, tendríamos que haber peleado valientemente, pero hubiéramos perdido. Como era, después de que los Turcos hicieran un ataque, hubiéramos encontrado a nuestras aldeas clavadas con cruces o atravesado, o hubiéramos encontrado pirámides hechas de esqueletos blancos de la muerte.

—¿Por qué harían eso? ¿Por qué no solamente saquear y marcharse?

—Porque ellos querían ser comprados, y asegurarse de que mi padre tuviera una pequeña elección. En el final, él tuvo que firmar un tratado para pagarles diez mil ducats de oro por un año y rehusarse a levantar su mano contra ellos en batalla. Y para garantizar su buen comportamiento, él tenía que dar dos de sus hijos como rehenes.

—Así es como tus dos hermanos terminaron en un calabozo Turco. —Yo hubiera sabido que Vlad, el hermano mejor conocido para el mundo como Drácula, se había vuelto loco en una prisión turca. Pero no sabía los detalles de cómo había llegado a allí.

Mircea asintió. —Mi padre fue por la discusión del tratado bajo una bandera de tregua, tomando a mis dos hermanos menores con él. Ellos supuestamente estarían a salvo, pero fueron secuestrados y puesto en cadenas tan pronto como llegaron. Vlad y Radu fueron llevados lejos antes de que le dieran a él el tratado para firmarlo. Él sabía que si fallaba, sus vidas seguramente serían perdidas.

—Así que él firmó.

—Sí, y por eso fue puesto en una posición imposible cuando Ladislas demandó su lealtad como miembro de la Orden, para pelear junto a él en su jodida cruzada estúpida. Mi padre no podía negarse sin arriesgar su trono, pero aceptar sería como significar la muerte de sus hijos. Así que por eso él estuvo de acuerdo en mandar la más pequeña fuerza aceptable con Ladislas, pero me eligió para dirigirlo, manteniendo la letra del tratado, si no el espíritu.

—No levantando una mano contra los turcos por sí mismo.

—Sí.

—¿Asumo que no funcionó? —En verdad no tenía que preguntar. Podía leerlo en la expresión de Mircea

—Nada funcionó. En la batalla, fuimos superados por número de tres a uno, y luego ese idiota, idiota rey decidió hacer una disputa por la gloria junto con cinco mil hombres de caballería y de manera previsible terminó con su cabeza en una pica. Los turcos lo mostraron como el trofeo que era. Y tan pronto como su ejército lo vio, ellos se acobardaron y huyeron. Mis fuerzas se quedaron juntos y organizaron una repliega, por lo cual probablemente la mayoría de nosotros sobrevivimos. Virtualmente los demás dejaron sus huesos decolorándose en el campo de batalla, incluyendo el cardenal, que fue desnudado por los vencedores y dejado para carroña de pájaros. Hunyadi por supuesto, escapó, como los hombres siempre hacen.

—¿Y tus hermanos? —pregunté suavemente.

Mircea se recostó de nuevo en la cama, sus pelos extendiéndose alrededor de él. Peiné su cabello con mis dedos, abriéndolo en la pálida sábana, porque era hermoso. Pero también porque no podía hacer nada más para borrar la tristeza de su rostro. Todo había pasado hace tanto, pero parece como si me hubiera equivocado. Al menos para un vampiro, el pasado no desaparecía para nada.

—Antes de que Varna se diera por vencido, habían sido rehenes, sí —él me dijo—. Unos muy bien tratados. Eran retenidos en Adrianople, la capital, les daba comida y ropa digna de su puesto, eran bien educados y incluso les daban un poco de libertad en la ciudad. Después del



debacle, fueron aprisionados en un mugroso calabozo, golpeados a diario y medio famélicos. Es una sorpresa que haya sobrevivido.

—¿Y tu padre no podía hacer nada? Pagar un rescate o...

—No, los turcos no estaban interesados en dinero, no después de que Varna dejara a toda Europa Oriental abierta a conquistar o así parecía en ese momento. Ellos arreglaban a Radu, que había probado ser el más maleable, para ser una marioneta de príncipe cuando anexaron a Walachia. Vlad, que había peleado con ellos en cada oportunidad, fue tratado terriblemente, pero fue mantenido vivo porque su odio por ellos era a la par con su aversión por su mortal enemigo, Hunyadi.

—¿Por qué él había causado que él fuera prisionero?

—No —Mircea se puso de pie abruptamente—. Porque Hunyadi había matado a toda su familia entera.

Me senté pestañeando mientras Mircea desaparecía en el balcón. Envolví el cobertor alrededor de mí y lo seguí, un poco dubitativa, porque no estaba segura de que era deseada. Lo encontré enciende un cigarrillo, uno pequeño y oscuro, de los picantes que él prefería, lo cual era una buena señal. Mircea sólo fumaba cuando él quería calmar sus nervios, o darse a sí mismo algo que hacer con sus manos además de envolverlas alrededor del cuello de alguien.

Pero supongo que ese alguien no era yo, porque él me atrajo hacia él, añadiendo su calor hacia el cobertor, haciendo el frígido balcón casi acogedor. Parecía como si este hotel estuviera conectado con una estación de trenes, porque había toneladas de personas viniendo y yendo más allá, todos parecían como extras sacados de Dickens. Tal vez *Un Cuento de Navidad*, porque un montón de personas estaban cantando en la acera en el medio de una enojada multitud apresurada. Las canciones llegaban a nosotros en fragmentos, volando alrededor en la brisa.

Por un largo tiempo, Mircea fumó y yo sólo disfruté la sensación de esos brazos alrededor de mí. No lo obtenía muy frecuentemente estos días con las negociaciones y los deberes del Senado y la condenada coronación tomando tanto de su tiempo. Descansé mi cabeza contra su hombro; era una sorpresa cuán bien se sentía.

—Mi padre estaba furioso con Hunyadi —él finalmente me dijo, dejando salir el humo de aroma dulce que revoloteó hacia arriba, fantasmagóricamente blanco contra la oscuridad—. Él le había advertido, casi le había pedido que no fuera y ahora cinco mil hombres estaban muertos, sus hijos estaban expuestos a peligro y nada había sido ganado. En todo caso, la cruzada sólo había servido para mostrar a los Otomanos nuestra debilidad, y él los conocía lo suficientemente bien para saber que ellos no dudarían en explotarlo.

—¿Qué hizo él?

Mircea se encogió de hombros, y un movimiento líquido contra mi espalda. —Lo que él debería haber hecho. Él lo aprisionó cuando el hombre pasaba por Walchia, con la intención de que él debe responder por sus crímenes, pero Hunyadi tenía amigos poderosos, y de inmediato comenzaron a pedirle a mi padre que lo liberara.

—¿Y lo hizo?

Mircea estuvo callado por un momento, pero sus brazos se tensaron alrededor de mí casi imperceptiblemente. —Ellos me llaman Mircea el Audaz —dijo él calladamente—. Debido a mis acciones en la batalla. Pero fui muy audaz en esa ocasión. Furioso y sufrido, y sigo en dolor por heridas que recibí en esa desastrosa cruzada, fui imprudente. Hable en una corte abierta, dije cómo había visto a la arrogancia de Hunyadi de primera mano, que sabía que su ego y ambición lo llevarían a encontrar una cabeza turca para su fracaso. Él escasamente podría culpar al mártir rey o al santo cardinal, dejándonos como el obvio objetivo. Le rogué a mi padre que lo matara, le advertí que si no estaba muerto en el bloque de cortar, sería de nosotros.

—¿Y él escuchó?

—No. Pero alguien más lo hizo. No sé, nunca supe, quién le dijo a Hunyadi. Pero de algún modo, mis palabras alcanzaron sus oídos. Y mi padre cedió a la presión y lo liberó, Hunyadi juró hacer precisamente lo yo había dicho: de vernos a todos muertos. Él unió fuerzas y nos atacó, sus antiguos aliados, apenas tres años después. Mi familia fue forzada a escapar por nuestras vidas, pero eso hizo poco bien. Boyardos —la nobleza loca— en su saldo nos cazó. Fue en esta época del año cuando nos encontramos.

Era un poco incongruente, de pie, cálida y segura, escuchando cuentos de navidad y oliendo el aire frío, fresco y moderno del pequeño cigarrillo de Mircea. E imaginar el horror que debe haber sentido. —¿Ellos mataron... a todos?

—A todos los que pudieron alcanzar. Ellos cortaron la garganta de mi madre, torturaron a mi padre y me quemaron vivo. Es irónico, pero lo único que salvo a mis hermanos fue estar en las manos de los turcos. Estaban más a salvo muy lejos en Adrianople de lo que hubieran estado en casa en sus propias camas.

Me volteé para mirarlo. —¿Por qué me dijiste esto?

Frías manos se deslizaron dentro del abrigo, acariciaron mi desnuda carne, haciéndome estremecer. —Así podrías entender. Causé la muerte de toda mi familia una vez...

—¡No lo hiciste!

—Shh... —Sus manos se curvaron alrededor de mi cintura, luego cayeron para posarse en su lugar favorito, mi desnudo trasero—. He tenido quinientos años para llegar a negociaciones con lo que hice. Era joven, irascible e idiota, y Hunyadi hubiera hecho lo mismo incluso si no



hubiera dicho nada. Nunca te hubiera conocido. Lo que sé, lo que he aprendido de ese trágico error, es nunca volver a arriesgar a los que amo.

Miré hacia arriba para encontrar el oscuro cabello espolvoreado con nieve. Llegaba a sus muslos, cejas arqueadas, temblaba en sus pestañas. —¿Tú me amas?

Él sólo me miró por un momento. Y luego él levantó su cabeza y se rió, un rico y dulce sonido, sin reservas ni vergüenza. —No, para nada. ¡Regularmente peleo batallas por las mujeres que no me gustan!

Yo sólo me quede ahí, nieve derritiéndose en mis mejillas como lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó, después de un rato.

—Yo... nada... Excepto que nadie me había dicho eso antes. No Eugenie, ni siquiera Rafe. Ellos habían actuado como si, lo había demostrado en muchas formas, pero nadie nunca lo había dicho.

Nadie en absoluto.

Mircea me puso de nuevo contra él, descansé mi cabeza en su pecho.

Él estuvo silencioso por un momento. —He tenido... dificultad... con esta estación, desde entonces.

—Tal vez necesitas buenos recuerdos en lugar de malos.

La esquina de sus labios se curvó. —¿Y dónde voy a obtener tal cosa?

Enterré mi cabeza en su pecho. —Creo que se nos ocurrirá algo.



Capítulo 39

*Traducido por Vannia
Corregido por Curitiba*



—¿Trajiste esa cosa? —pregunté la mañana siguiente, sentada en la cama. Estaba viendo una vieja maleta con una quemadura en su base que estaba suspendida cerca de los pies de la cama.

—No podía dejarla, dulceata —dijo Mircea, sirviendo café en la mesita junto a la ventana—. El hechizo sigue funcionando.

—Más o menos —Estaba viniéndose abajo como un ramo de flores marchitas o un globo medio desinflado. La empujé con un dedo, y se balanceo un poco en el aire, desprendiendo un olor desagradable. Arrugué la nariz, envolví una sábana alrededor de mí y fui a ver que había para desayunar.

La luz del sol se estaba filtrando a través del vidrio haciendo brillar la blanca porcelana y la plata maciza, y una cesta de alambre que estaba desprendiendo deliciosos aromas. Bollos frescos. Yum.

Mircea me dio una taza de café. —Y pensé que podrías querer guardarla, ya que pertenece a tu madre.

—¿Qué, la maleta?

Él asintió.

Sacudí mi cabeza, con la boca llena de bollo. —Era del mago.

Mircea levantó una ceja. —No a menos que él utilizara el perfume de ella.

Tragué saliva y jalé de la pequeña maleta. No me llegó ningún olor más que el del carbonizado y humo, pero confíe en el olfato de Mircea. Y efectivamente, había una pila de lencería y algunos conjuntos obviamente de mujer adentro. Un par de zapatos demasiado grandes para mí. Y metido en un bolsillo a un costado, un manojó de cartas.



—Pero... ¿cómo pudo haber tenido tiempo de empacar? — pregunté, ordenando las cosas—. ¡No es como si ella supiera que estaba siendo secuestrada!

—Sé, eso fue, de hecho, lo vimos.

Alcé la vista. —¿A qué te refieres?

—Dulceață, he visto a muchas personas bajo la compulsión y, sin excepción, ellos estaban en blanco. Casi siendo robóticos en sus movimientos, en su forma de hablar... sin tomar decisiones; esperando ordenes. Y ellos no les dicen a sus captores que se callen.

—¿Estás diciendo... que ella fue con él a propósito?

—Pareciera que es la única respuesta.

—Pero... ¿por qué? ¿Cómo ella conocería a alguien así siquiera? ¡Ella era la heredera Pythia!

—Tal vez las cartas te lo dirán.

Negué con la cabeza, abriendo una tras otra. —No. Todas éstas fueron escritas por mi padre. Parece como si él hubiera estado escribiéndole durante algún tiempo y ella las hubiera guardado... —Fruncí el ceño—. Pero eso no tiene sentido, tampoco. Jonas dijo que mis padres apenas se conocieron una semana antes de que se escaparan. Y éstas... —Revisé algunas más—. Son de hace más de una década.

Mircea titubeó. No me había dado cuenta, pero lo estaba viendo directamente a él. Y él definitivamente iba a comenzar a decir algo y luego se paró.

—¿Qué? —exigí.

—Podría estar equivocado —dijo él cuidadosamente—. Ha sido hace muchos años, y yo no tenía motivo para prestar una especial atención en el momento...

—¿Atención a qué?

—Al aroma individual de tu padre.

Fruncí el ceño marcadamente. —¿Eso qué tiene que...

—No lo noté en la fiesta. Las cosas estaban demasiado cargadas y había demasiados otros olores en los alrededores. Pero anoche cuando estaba de pie junto al mago, creí reconocer...

—No. —Lo miré con horror.

—... el mismo tabaco, la misma colonia, la misma marca de fijador para cabello...



—¡No!

Esas malditas cejas volvieron a alzarse. Estaba comenzando a odiar eso. —¿Preferirías haber sido engendrada por un oscuro y peligroso mago?

—¡Sí! Si la alternativa es... es él. Él era...

—Perfectamente capaz.

Lo miré fijamente. —¿Y tú... lo viste?

—Lo vi proteger a tu madre de cuatro semidioses durante un prolongado período de tiempo.

—¡Él no hizo tal cosa! Ella estaba conduciendo en el carruaje...

—Sí. Porque es difícil para cualquiera que un mago de guerra mantenga un escudo y se concentre en algo más al mismo tiempo.

—No vi un escudo.

—No más de lo que yo. Pero vi varios golpes directos rebotar en algo. Él fue capaz de mantenerlo durante toda la persecución, pero ciertamente él ayudó. Y la noche anterior...

—Todo lo que él hizo fue encantar una maleta.

—Y resultó útil, ¿no? El Spartoí los debe haber tenido acorralados, pero él rompió sus filas...

—¡Debido a que estaba actuando como un loco!

—... y protegió a tu madre durante una tormenta de hechizos como raramente he visto.

—¡Él estuvo gritando todo el tiempo!

Los labios de Mircea se enarcaron. —Es sólo en el cine que los héroes se tienen que ver de una cierta forma. He estado en muchas batallas, dulceată, y puedo decirte por experiencia que lo que importa es que funcione. El cargo de Ladislas parecía heroico, banderas ondeando, armaduras reluciendo, quinientos caballos galopando en una gran ola; pero era el colmo de la locura. Las tácticas de tu padre fueron... menos impresionantes... pero lo logró. ¿Qué es lo más heroico, al final?

—¡Pero él no parece algo como eso! —dije, buscando un último argumento. Porque Mircea podía decir lo que quisiera, pero estar relacionada con ese tipo... no. Simplemente no—. El secuestrador era alto y rubio y tú dijiste que mi padre era...

—Te dije lo que me pareció a mí. Pero él estaba oculto; no estaría sorprendido si él estuviera utilizando un glamur. De hecho, habría sido más si él no lo hubiera hecho.



—Pero tú no dijiste nada de lo que se suponía que pasaba en la fiesta, ¿tus hombres revisaron! Si él era mi padre, se suponía que estaría allí, para fugarse con mi madre o lo que demonios sea que estaban haciendo, ¿no lo habría sabido tu gente?

—Según todos, la fiesta no tendría complicaciones —coincidió Mircea—. Difícilmente te habría llevado allí de otra manera. Tu madre no se reportó como desaparecida varios meses después.

—Ahí. ¿Ves? ¡Él no puede ser mi padre!

—Sí, pero dulceață, la palabra importante es “reportó”. Mi gente no estaba en la fiesta; ellos no lo vieron por sí mismos. Ellos iban por los reportes oficiales. Los reportes que podrían haber sido... ajustados.

—¿Ajustados? Pero por qué...

—Para darles tiempo para que la encontraran. —Agitó una mano—. A la corte Pythian le gusta parecer infalible, misteriosa, que todo lo sabe. Esta no es una reputación que mejoraría por la pérdida de un heredero por un conjunto de circunstancias que ninguno de ellos previó. No sería sorpresa para ellos esperar algo de tiempo antes de admitir que la habían perdido. Querrían una oportunidad para localizarla y traerla de regreso sin que nadie se diera cuenta de que allí había habido un problema.

—¿Crees que ellos mintieron cuando ella se fue?

Él se encogió de hombros —Creo que es posible, sí. Siempre encontré raro que ellos mantuvieran que tu padre la conoció por un corto tiempo antes de que se escaparan. ¡Ocho días no es mucho tiempo para persuadir a la heredera del trono a dejar todo atrás por una vida huyendo!

—Pero... pero en la fiesta, ¡él estaba intentando alterar las cosas! Eso es lo que el Gremio hace —insistí.

Mircea ladeó su cabeza. —Pero si ese fuera el caso, ¿por qué no enfocarse en Lady Phe-monoe? Ella era Pythia, tu madre era simplemente la heredera. Y una que convenientemente desapareció pronto, en cualquier caso. Removiéndola de su puesto unos meses antes difícilmente parecería hacer un gran impacto en la historia.

—¡No! Había hechizos por todas partes...

—Sí, lanzados por los magos guerreros atentando contra el escudo de tu madre y la Pythia.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque los hechizos fueron bloqueados, dulceață. Si tu padre los hubiera arrojado, ellos no habrían estado atrapados en el tiempo más de lo que estaban.



Sacudí mi cabeza. —Mi padre era un miembro del Círculo Negro, no del Gremio.

—¿Hay alguna razón para que él no hubiera podido estar en ambos?

Me senté de nuevo en mi silla y lo fulminé con la mirada. —Okay. ¿Así que él es parte de alguna secta loca que quiere cambiar el mundo, pero luego un día se aburre y decide, sólo porque sí, unirse al grupo más infame de magos oscuros para dominarlos? ¿Y cuando eso funciona, él piensa, “oh bueno”, y se fuga con la heredera Pythian? ¿Eso es lo que estás diciendo?

Mircea se echó a reír. —Pensé que tu padre era un hombre interesante. Sólo que no tenía idea de cuánto.

—Él no es interesante; es un chiflado. Y él no es mi padre.

Mircea negó con la cabeza. —Como digas. Pero ¿tal vez podemos discutirlo después, en nuestro tiempo?

—Sólo quieres ver qué tanto los invitados han destrozado tu casa.

Sus labios se arquearon. —Con la asistencia de representantes de cinco de los seis senados, es una preocupación.

—Bien. —Terminé mi café y agarré otro bollo—. Pero paramos en la suite primero. Necesito algo de ropa.

—Y después, si es que sigues en pie, te mostraré la casa.

—Trato hecho —dije, agarrando su mano. Y me desplazé.

Y supe inmediatamente que estaba en problemas.

Un indicio fue la rápida sensación húmeda de pasto mojado bajo mis pies, en lugar de la lujosa alfombra de la suite. Otro fue la sonrisa del gato Cheshire del salón de baile de cristal de Mircea, reflejando luz dorada en la noche, una noche que debería haber sido más. Y un tercero fue el puño estrellándose en mi mandíbula, lo suficientemente fuerte para enviarme al piso.

—Patética, débil, niña idiota. ¿Tú mataste al gran Apolo? —Algo se extendió en mi cerebro como una lluvia de mercurio, limpio y frío, pero quemando todos mis nervios—. Obsceno.

No pude ver lo que estaba atacándome —la transición de la neblinosa luz del día a la densa oscuridad me había dejado medio ciega— pero realmente no tenía curiosidad. Estiré mi mano buscando a Mircea, intentando desplazarnos fuera de aquí, pero no lo encontré. Su fuerte agarre ya no estaba sobre mi mano, y dudaba que él simplemente se hubiera ido. Por un lado, no podía recordarlo materializándose conmigo. Y por otro...



Por otro, él solía impedir cuando la gente me pateaba en las costillas.

El dolor era punzante, como un puñal atravesando mi carne, robándome la respiración y trayendo lágrimas a mis ojos. Pero no era lo suficientemente malo como para impedirme desplazarme. Eso era por otra cosa, algo agarrándome, sacudiéndome de nuevo la segunda vez que lo intenté.

—Oh no. No está vez, pequeña Pythia —Una bota cayó sobre mi muñeca, aplastándola en la tierra, enviando punzadas de dolor por mi brazo, y atrapando mi puñal contra el suelo. Mi mano temblaba, todavía sosteniendo el bollo caliente, el cual se desplomó en el fango.

—Esta vez, no va a haber ninguna fuga, o algún amigo poderoso para salvarte. Esta vez, te tengo toda para mí.

Alcé la vista para ver bullendo las oscuras nubes mezcladas con los distantes relámpagos, iluminando un rostro. Era borroso a través de mis ojos lagrimosos, o tal vez era la lluvia, que todavía estaba cayendo. Pero por un momento, no pude decir lo que estaba viendo.

Y luego mi visión se aclaró y seguía sin poder hacerlo.

En la superficie, era un moreno de rostro afilado con cabello peinado hacia atrás, delgadas mejillas y una nariz larga, era vagamente familiar aunque yo no... y luego se precipitó en el lugar. Niall, el dolor-en-el-culo oficial del departamento de publicidad. Me había tomado un segundo en reconocerlo, porque mientras que el rostro era el mismo, los ojos...

Los ojos eran horribles.

No, horribles no. Se habrían visto perfectamente bien en el rostro de su alter ego, el dragón que nos había perseguido a Pritkin y a mí a través del edificio de oficinas. Pero viendo aquellas mismas órbitas iluminadas por el fuego en un rostro humano, completando con las pupilas alargadas y reptilianas, la membrana nictitante...

Una ola de visceral repulsión se extendió sobre mi piel, poniéndome los pelos de punta.

Supongo que sabía adónde se había ido el quinto Spartoi, pensé salvajemente, incluso mientras entraba en pánico y trataba de desplazarme otra vez. Pero la misma cosa pasó, fui golpeada nuevamente sobre la tierra a sus pies, lo suficiente para hacerme daño, como si hubiera sido agarrada por uno de los lazos del Círculo. Pero no creí que fuera eso. Porque la criatura parada sobre mí levantó algo.

Los relámpagos destellaron sobre una fina cadena de oro, y el encanto familiar colgando al final de la misma. —¿Reconoces esto? —preguntó Niall agradablemente—. Lo tomé de tu buen amigo el mago guerrero. Le dije que Jonas me había enviado tras ello, pero él no pareció creerme.



Miré fijamente a la aparentemente inofensiva pequeña cosa, balanceándose lentamente de un lado a otro, y recordé con una sacudida que hoy no había visto a Pritkin. No había pensado en ello; había asumido que él estaba descansando. ¿Pero qué tal si en vez de...

Mi sangre se heló.

—¿Qué... qué hiciste? —pregunté roncamente. La sangre goteaba de mis mejillas. No me molesté en limpiarla.

—Simplemente digamos, que no creo que debas contar con que él venga a rescatarte de nuevo. O nadie más, para el caso. La coronación ha comenzado; el bloqueo está en su sitio. Y para cuando eso termine. —Él sonrió—. No creo que vaya a quedar mucho por rescatar.

—No apostararía por eso —gruñí y me desplacé.

Por supuesto, no fui muy lejos. El maldito collar que iba a triturar hasta convertir en polvo si es que conseguía salir de esta sierra a la que, sacudiéndome, regresé casi inmediatamente. Pero conseguí liberar mi brazo, y cuando me re materialicé, estaba a un par de yardas a la distancia, detrás de Niall.

Él se dio la vuelta, algún sexto sentido advirtiéndole del peligro justo mientras dos dagas fantasmales salían disparadas de mi brazalete. Parecían más brillantes de lo normal en la tenue luz, pero tenían todo su normal entusiasmo para cualquier tipo de violencia. Lo demostraron golpeando en su torso con la fuerza suficiente para enviarlo a toda velocidad de espaldas en un árbol, y lo ensartaron ahí.

Por un segundo. Sus manos estuvieron libres, pero él no se molestó en usarlas. Simplemente se inclinó hacia adelante, contra las cuchillas, las cuales desaparecieron en su camisa empapada de sangre hasta la empuñadura. Y entonces desaparecieron completamente cuando él simplemente pasó justo a través de ellas. Hubo una pequeña pausa mientras las empuñaduras capturaron algo —su corazón, su tórax; ¿quién demonios sabía?— y luego él se desgarró con un sonido silenciador de succión que me dejó algo mareada, incluso antes de ver las cuchillas temblando en la madera detrás de él.

Luego parpadeé y él estaba sobre mí, llevando debajo de mí a mi ya de por sí herida muñeca hasta que sentí algo estallar. Una punzada de dolor se disparó a lo largo de mi brazo, haciéndome jadear. Y eso fue antes de que él girara su pie levemente, provocando que el hueso se rozara contra el hueso.

Grité, tratando de no doblar mi muñeca fracturada, tratando de desplazarme de nuevo. Pero Dios, dolía, dolía, y no podía concentrarme...

No pude hacer nada, ni siquiera cubrirme a mí misma. Mi toalla había terminado a unos metros más allá, dejándome desnuda excepto por un montón de lodo. Pero pensé que no le importaba a Niall. No había lujuria en aquellos horribles ojos mientras él me veía desde



arriba, ni calor, ni alguna emoción humana en lo absoluto. Sólo una fría evaluación, la misma mirada escalofriante que me había dado en el aire.

—Ya sabes —dijo él suavemente—. Creo que disfrutaré esto.

—¿Esto es por la venganza? —jadeé.

—No, tú, niña tonta. Eso será un bonus. Esto es acerca del final de una persecución que comenzó mucho antes de que tú nacieras. Cuando esa maldita perra Artemis se fue por su cuenta, alejando a los dioses de lo que era suyo por derecho. Usando su poder sobre las vías entre los mundos para cerrar de golpe una puerta en sus narices, y su poder sobre los infiernos para mantenerlo allí.

—¿Los infiernos?

—La tierra es un infierno exterior. ¿De qué otra forma podrían los demonios viajar aquí tan fácilmente? Ella era una reina en su castillo; nadie podía tocarla. Nadie sino el niño que los dioses dejaron atrás.

—¿Tú... tú estás buscando a Artemis? —Un mundo pequeño.

—No buscando; encontrando. La perseguimos por milenios, y nada... ¡nada! Pero éramos pacientes, porque sabíamos que, reina o no, este mundo no alimenta a alguien de su clase. Cada siglo que pasa la hace más débil, debilitando sus fuerzas. ¿Por qué crees que ella tuvo que formar el Círculo, para impulsar su hechizo? ¿No podría el poder de diosa en sí mismo?

—Yo... nunca había pensado en eso realmente.

—No. Tampoco ellos. Nunca se preguntaron por qué ella había confiado en los humanos que ella tanto amaba, porque su propio poder estaba fracasando. Observamos y esperamos, sabiendo que, tarde o temprano, ella sería obligada a ir a la única fuente de poder restante de los dioses en este mundo.

Me tomó un momento entenderlo, por el dolor y por que sentí como si algo estuviera martilleando en mi nuca. —El poder Pythian.

—Sí. Su propio legado de su hermano. Cómo ella debe haber tenido hambre por ello, después codicia, cada año más y más mientras su propio depósito de poder se desvaneció, se redujo y se evaporó. Y al final, después de tres mil años, ella se rompió y la tuvimos. ¡La tuvimos!

—¿La mataron? —dije, incluso sabiendo que era verdad.

Sabiendo algo... el golpeteo en mi cabeza estaba poniéndose peor.

—Nosotros tratamos. Oh, cómo tratamos. Por lo que ves, pequeña Pythia, no hay hechizo que pueda bloquear un mundo. No hay palabra, ni encantamiento, ni encanto que tenga ese



tipo de poder. La única forma de que ella pudiera conseguirlo era tejer una parte de sí misma, una parte del mismo tejido de su ser, dentro del hechizo. Ella se convirtió en parte de ello, una parte integral. ¿Y qué pasa, pequeña Pythia, cuando remueves un componente vital del hechizo?

—Se cae —dije sin comprender.

—Sí. Y nosotros tratamos. Pero la perdimos. Un mago idiota la ayudó, algo que nosotros no esperábamos. Pero su poder era débil... ¡muy débil! Sabíamos que nosotros estábamos cerca. Redoblamos nuestros esfuerzos, trabajamos incansablemente día y noche. Y finalmente, cinco años después, la encontramos de nuevo.

El golpeteo era un martilleo ahora, como mil caballos corriendo.

O uno, jalando de una loca carroza a través de una calle remota.

—El mago la había escondido lejos... ¡con un vampiro, de todas las cosas! Y para el momento que finalmente la encontramos, el vampiro ya había cuidado de la situación. Había sido engañado por el mago sobre un acuerdo, o así lo dijo él. Y había tomado la revancha más definitiva.

El martilleo era tan fuerte, que apenas podía escuchar. Fuerte y rápido, como los golpeteos de mi corazón, al igual que la sangre tamborileando en mis oídos, como la cresta de una ola, a punto de romper...

—Él nos juró que ella estaba muerta, y después de verificar, parecía que él estaba diciendo la verdad. ¡Y aún así el hechizo no falló! Ella había sido volada en mil pedazos por la bomba del vampiro, pero era tan sólida como siempre. Y ahí fue cuando nos dimos cuenta... ella debió haber dejado algo de ella atrás.

—No.

—Oh sí. Pero el vampiro nos mintió. Él nunca mencionó un hijo, queriendo mantener su pequeña fuente de ingresos viva, bien y trabajando para él. Y para nuestro descrédito, la idea nunca siquiera se nos pasó por la mente. ¿Por qué pasaría? Ella era la famosa diosa virgen. No había dioses aquí, nadie digno de ella, ¿así que a quién se habría llevado ella a la cama?

—¡No!

—Sí, terrible, ¿no? Esa ridícula criatura... pero debimos haberlo sabido. Estaba todo ahí en el nombre. Garm era fiel compañero de Hel en todas las viejas leyendas, ¿no lo era?

Asentí lentamente.

—¿Pero tú lo sabías? “Gam” en nórdico antiguo... es Rag.



Sacudí mi cabeza. Eso no significaba...

Él vio y sonrió. —Ragnar Palmer... ese era el verdadero nombre de tu padre, ¿no es así? ¿Antes de que él lo cambiara? Y “Ragnar” significa “guerrero de los dioses” en nórdico antiguo.

La ola rompió, estrellándose en mi cerebro, sacando todo pensamiento por un momento. Y cuando pude pensar nuevamente, era una sucesión de imágenes, pistas, cosas que debía haber visto y definitivamente no lo había hecho. Mi madre dominando los hechizos de Agnes en la fiesta, algo que ningún heredero debería haber sido capaz de hacer. Su increíble resistencia, dejándola más fuerte al final de la batalla que yo vi desde el principio. Ella diciendo que el Spartoí la había perseguido por “un largo tiempo”. La mirada sobre el rostro de Deino cuando yo pregunté sobre el hijo de Artemis.

Finamente lo reconocí porque lo que era: aturdida por la incredulidad.

Podía comprender.

—Después de que sus padres murieron, el camino fue muy frío —Niall me dijo casualmente—. No teníamos otra opción más que trabajar sobre otros caminos. Cinco veces nosotros acumulamos minuciosamente el poder para regresar en el tiempo, para atacarla cuando ella estaba más débil. Y cinco veces fallamos, muriendo una y otra vez mientras esos malditos hechizos fallaban, ¡contraatacó y nos rompió en pedazos!

El rostro bajó hasta que pude sentir la caliente respiración sobre mi cara, caliente, demasiado caliente, para ser humano. No había ninguna posibilidad con aquellos ojos viéndome directamente a mí. Los miré también, menos paralizada por el miedo que por la incredulidad.

Esto no estaba pasando. Esto no estaba pasando. Esto no estaba...

—Tener la capacidad para ser resucitado por los hermanos no quiere decir que no sintamos dolor al morir —susurró—. Yo sangré, mis hermanos sangraron, una y otra vez. Para nada. Hasta hace un mes, cuando ese idiota Saunders vino a mí, queriendo un pequeño favor. Parece que los vampiros tienen una chica dorada, una reluciente nueva Pythia, cuyo nombre le gustaría que ennegreciera. Oh, y por cierto, tú nunca adivinarás quien era tu madre.

Eso última fue un grito, pero yo ni siquiera me estremecí. Estaba demasiado desahuciada para eso.

—Debe haber sido un shock —dije inexpresivamente.

—¡Eso es ridículo! Que una estúpida chica pudiera ser tanto problema. Antes de que entraras en escena, Myra estaba bien en su camino para destruir el Senado. Nuestros aliados entre los vampiros estaban planteándose llevar a cabo lo que quedaba. Nuestra gente se había infiltrado en el Círculo, removiendo a Marsden y sustituyendo a un avaro e hipócrita idiota en su lugar, quien podía ser manipulado y chantajeado a voluntad. Debilitando todos los



CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

Hunt the Moon

frentes, sin aliados y ningún sitio a su vez, el Círculo podría haber caído para nuestras fuerzas en cuestión de semanas, y el maldito hechizo de Artemis junto con ello.

—Pero en la novena hora, ¿qué pasó? Una estúpido, torpe, ridícula hija se topa con la escena y arruina todo. En cuestión de pocos meses, destruiste a Myra, reincorporaste a Marsden ¡y estás a punto de unir a los vampiros! Oh sí, sabemos que ellos ya están allí arriba —dijo él, señalando a la casa—. Pero eso no va a pasar, Pythia. Tú vas a reparar el daño que has hecho. Esto termina ahora.



Capítulo 40

*Traducido por kuami
Corregido por majo2340*



El tiró de mis pies, y finalmente me di cuenta de lo que había estado esperando. Las luces de la casa se habían extinguido, dejando el resplandeciente salón de baile oscuro y silencioso. No podía ver muy bien, pero por lo que pude averiguar, un sólido muro de gente se extendía a través de la abertura del cristal, sus cabezas se perdían más allá de las ligeras paredes y, sus joyas de vez en cuando capturando la luz.

Es como estar sentada en un estadio, pensé sin entender. Sólo lo que ellos estaban viendo esta noche no era el último partido de fútbol. Era una ejecución.

—Ellos no pueden ayudarte —me dijo él—. Pero pueden ver, como todos sus planes, proyectos y alianzas inútiles se convertirán en humo. Tú mueres, el conjuro falla y mi padre regresa. Y el último legado de ese traidor desaparecerá para siempre.

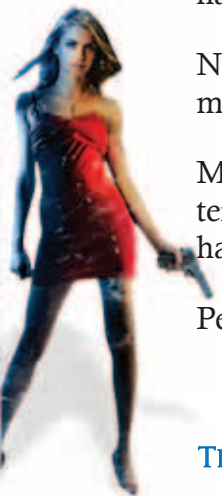
No le respondí, sobre todo porque él me puso del revés y caí al suelo. Pero entonces, no tuve que hacerlo. Porque repentinamente la oscuridad se desvaneció de repente, con los árboles susurrando entre sí cuando la difuminada pálida de la luna, como una señora modesta, se deslizó encima de una colina. Y al instante, todo cambió.

El cielo oscuro se inundó del color de la plata pulida, la hierba mojada brillaba como diamantes, las colinas y los árboles y todo a nuestro alrededor estaba bañado con una luz blanca brillante. Que se reflejaba en el charco en el que yo había aterrizado, una esfera luminosa, vacilante como la que Deino me había ofrecido, pero que yo no había entendido. Nunca había visto nada tan hermoso.

No desde la mirada de alegría y dolor mezclada y escepticismo en la cara de mi madre mientras ella me miraba.

Mi madre que, si los Spartoi no la hubieran perseguido, no habría tenido que huir, no habría terminado con Tony, no habría muerto. Ellos bien podrían haberla matado también. Ellos la habían empujado en manos de los que la tenían.

Pero ellos no la habían matado. No habrían podido matarla.



Ella habría podido perder su poder durante siglos, pero nunca había perdido su valor. Ella había tomado dos veces en cuatro de estas cosas y había ganado. Y lo había hecho todo mientras extraía del mismo pozo de poder que yo, poder que era suyo por derecho de nacimiento.

Como lo era mío.

Mi poder no era algo extraño, pensé, mirando el cielo con asombro. No lo había pedido prestado de otro o robado de un candidato mejor. No había ningún buen candidato; nunca lo habría. Había fluido fuera de Myra en cuanto me vio, como la marea cuando la luna sale. Porque este era mío... era mío; él sabía que era mío.

Yo fui quién había tomado poco tiempo para descubrirlo.

Me di la vuelta a cuatro patas, reuniendo fuerzas para estar de pie. Yo era un poco tambaleante, y mi muñeca parecía como si estuviera simplemente ardiendo. Pero me agaché sobre las puntas de mis pies.

El Spartoí me miró de arriba. —¿Te batirías en duelo conmigo? —me preguntó, divertido.

—Ésa es la idea.

—¿Con qué fin? Incluso si de algún modo me ganaras, soy inmortal. Mis hermanos simplemente me resucitarían.

—Sabes —le dije—. Yo no contaría con eso.

—¿Y eso por qué?

—Se les envió una sexta vez después de mi madre, ¿no? Para cubrir tus apuestas.

—¿Sí?

—No fue bien —dije, y le eché una mano.

Al momento una onda fluyó a través de la hierba, levantando el polvo a medida que fluía hacia él. Él se transformó en un momento, surgiendo de la tierra con una ráfaga de aire que casi me tiró al suelo cuando la onda creció de debajo. Un grupo de árboles detrás de donde él había estado de pie de repente se disparó, unos tres o cuatro metros en cuestión de segundos, pero él estaba el doble de alto, unas enormes alas bloqueaban la luz, cuando él rebotó, se volvió y se abalanzó...

La tierra a mi alrededor explotó con fuego en el momento en que me moví. Aterricé en un bosquecillo cercano de árboles pequeños, con la esperanza de protegerme.

Sin embargo, él debía de haber previsto eso. Porque casi de inmediato tuve que cambiar de nuevo, cuando los árboles estallaron en la llama, inundando el paisaje con una luz estridente y enviando sombras extrañas contorsionándose sobre el suelo.



Yo podía verlo desde el otro lado de la colina, donde había aterrizado detrás de un afloramiento rocoso. Retro-iluminada por la gran forma del Spartoi transformado, que se movía en el aire, con las poderosas alas batiendo el aire. Estaba de espaldas a mí, porque él todavía estaba frente a los árboles. Pero no podía quedarme donde estaba. Él ya estaba moviéndose en espiral hasta obtener una buena visión.

En cualquier momento, él me descubriría...

Una ola de fuego se interpuso en mi camino, antes de que yo hubiera terminado de pensar. Y no era una corriente estrecha que yo hubiera sido capaz de esquivar. Era un muro de llamas que burbujeaba en el aire, como un maremoto, avanzando de color carmesí y dorado.

Cambié de nuevo porque no tenía otra opción, pero no podía seguir haciendo eso. Tenía el poder de mi madre, pero no su resistencia. Yo ya estaba jadeando, hasta el momento la ola me había causado problemas, y con cuantos cambios más me tendría cerca del agotamiento. Tuve que hacer tantos cambios que había perdido la cuenta. Por eso, cuando cambié de nuevo, volví atrás en el tiempo.

Normalmente, no era muy buena a calcular los cambios cortos de tiempo. Un día podía hacerlo, o incluso hasta doce horas más o menos, pero algo menos era difícil. A veces funcionaba, otras veces no. Bueno, la mayoría de las veces no lo hacía. Por lo que me quedé bastante sorprendida al aterrizar al lado derecho del Spartoi, aproximadamente el mismo momento que él incendió los árboles.

Pero no tan sorprendida como para tener un segundo dragón dando vueltas en el aire por encima de mi cabeza.

Me quedé inmóvil, escondida en la sombra proyectada por el propio cuerpo de mi perseguidor.

Supuse que sabía que ese sentimiento de fragilidad era lo había sentido anteriormente. Él debía de haber lanzado el mismo hechizo sobre mí que él ellos habían utilizado con mi madre.

Lo qué significaba que si no podía cambiar a tiempo, estaría bien jodida.

Perfecto.

Lo único que me salvó fue que había estado mirando hacia el exterior en lugar de hacia abajo y no me descubrió inmediatamente. Tal vez porque estaba demasiado ocupado gritando una advertencia a su antiguo ser. No conocía el idioma que ellos utilizaban, pero si él le dijo hacia dónde yo estaba a punto de cambiar, lo que quiere decir que antes estaba muerta. Significando que el presente habría muerto. ¡Mierda!

Por suerte, todo lo que había sucedido tan rápido que su alter ego, no tuvo tiempo de sacar provecho de la información. Él fue chillando hacia mi anterior yo, mi Spartoi se movió en espiral buscándome en el presente, y yo decidí ir al diablo con esto.



A pesar del frío, el pelo se pegaba a mis mejillas, mis manos sudaban y mi corazón golpeaba en mis oídos. Pensé que tal vez había una onda de tiempo de más en mí, si tenía suerte.

Esta vez tenía que funcionar. Y tan rápido como estas cosas se movían, sólo había una manera de asegurarse. Recogí todo mi poder y cambié...

Hacia su espalda.

Esperaba que no se diera cuenta de los cincuenta y cuatro kilos extras durante unos segundos, considerado que él tenía que pesar como setenta veces más. Yo estaba equivocado. En el momento en que me desmaterialice dejó escapar un bramido de rabia que hizo eco en las montañas circundantes casi me ensordeció. Y entonces él rotó sobre su eje.

Grité, sin nada a lo que aferrarme pero con la resbaladiza lluvia las escamas que se desgarraron en las palmas de mis manos como si yo las hubiera arrancado. Sin embargo, lancé mi última onda de tiempo, incluso cuando me caí. Le vi desviarse de su curso, vi cortar una de las grandes alas, le vi perder el cuerpo. Pero no tuve tiempo para maldecir.

Porque al siguiente segundo, yo estaba golpeando hacia abajo con fuerza.

Aterricé de costado, y, por supuesto, era en el lado con la muñeca lesionada. Una ola de dolor me envolvió, tan rápido y tan fuerte que se congeló un grito en la garganta. O tendría, si no hubiera quedado fuera de mí. Me retorcí en el barro, demasiado enloquecida con el dolor sin hacer nada más, ni pensar, durante un largo rato.

Y cuando me las arreglé para obtener algunas ideas, ellas no eran nada que yo quería.

Me dije simplemente que me había quedado sin aliento por el golpe, que sólo había caído quizás dos pisos, y hacia tierra suave que acababa de ser removida por las garras de esas dos bestias. En un minuto, volvería a tener aliento, reuniría mis fuerzas, y saldría de esto. No había nada sobre lo que preocuparse, ninguna necesidad para alarmarse.

Y si hubiera tenido algo de aliento, me habría reído. Porque si alguna vez una situación requería sobrecogerse, era esta.

Finalmente conseguir agarrar un respiración inestable, pero para entonces ya era demasiado tarde. Una sombra cayó sobre mí, un ser humano, porque el Spartoi había transformado de nuevo. Supongo que él no pensó que necesitaba la potencia extra para sacar un cuerpo medio muerto, y no ayudó mi comportamiento con él.

Él se detuvo a mi lado, mirando hacia abajo con esos ojos horrible.

—Lo has olvidado —dijo suavemente—. Mi padre era Ares, el dios de la guerra.

Y mi madre era la muerte, no le dije yo, porque estaba sin aliento. Simplemente salí de mi cuerpo y lo agarré.



No sé si él podía sentir mi tenue mano, insubstancial alrededor de su garganta, pero actuó como si sintiera algo. Él se tambaleó hacia atrás, agitándose y rasgando en la nada. Porque así era yo, él ya no me podía tocar.

Pero yo a él podía tocarlo, aunque durante un largo momento, no parecía importar. Nada de lo que estaba sucediendo, como con las malditas manzanas. Y entonces, lentamente, casi imperceptiblemente, su cara comenzó a cambiar.

La piel líquida se alejó de la carne, de los músculos, de los huesos. Los ojos en blanco en las cuencas, el pelo encaneció y blanqueada y luego cayó sobre la piel manteniéndola en su lugar se pudrió. La lengua, una cosa negra hinchada colgada de su boca, intentó moverla, hablar, maldecir, antes de desinflarse de repente y desaparecer, retirándose del cráneo como los ojos, como todo, hasta que los huesos crujieron y astillaron y todo fue sacudido lejos con la brisa.

Durante un momento, miré fijamente las huellas de sus pies en el suelo blando, que se fueron llenando rápidamente con la lluvia. Había funcionado. No podía creer que eso hubiera funcionado. Yo... ¿había ganado? No me sentía como si hubiera ganado. Me sentía mareada y enferma, y medio loca, como si quisiera salir corriendo mientras gritaba alrededor de la ladera. Sólo que no pude. No tenía ningún pie, tampoco.

No tenía nada, comprendí, salvo la pequeña cantidad de fuerza vital que había arrancado de mí cuando salí. Y después de usar la mayor parte de ella en la batalla, se está agotando rápidamente. Me volví con una sensación brumosa, confusa y extraña... inconexa, como si una parte de mí ya estuviera tratando de flotar...

Y vi la pálida cuchillada pequeña de mi cuerpo tendido casi a medio camino a través de la ladera, todavía en llamas.

Estaba ahora tan lejos. ¿Cómo habíamos llegado tan lejos? No recordaba mucho de todos los movimientos en absoluto. Por supuesto, no me acordaba mucho de nada, salvo de vigilar la cara del Spartoi eliminado atrás.

Una brisa llegó, haciendo volar algunas de las brasas ardientes a través de mí, y retrocedí. No las sentía, estaba empezando a tener problema para sentir algo. O concentrarme...

Necesitaba moverme. Necesitaba volver. Y tenía que volver ahora.

Empecé a avanzar con un movimiento vago, transmitiendo movimientos completamente diferentes a caminar. Y eso estaba mal, ¿no? No había sentido esto antes en el apartamento, ¿o sí? No podía recordar.

Pero estaba de alguna manera estaba mal, un sentimiento vacilante, arrastrándome, reduciéndome la velocidad, tirando de mí hacia atrás. Me volví, medio esperando ver que un pedazo de mí se había enganchado en algo, extendiendo mi forma metafísica detrás de mí como un caramelo.



Pero no lo estaba. Vi algo mucho peor.

Una nube hirviendo en la oscuridad había hervido detrás de mí, bloqueando la mitad del cielo. Parecía una nube de tormenta, con excepción de que las tormentas llegan de la mano del relámpago, no plumas iridiscentes. Y dejan caer la lluvia, no unos extraños pámpanos de humo, negro.

—No —susurré, sabiendo lo que era eso. Y que, sin un cuerpo, yo sólo era nada más de un sabroso bocado para cualquier espíritu de paso.

Y entonces eso estaba en mí.

Grité, esperando dolor, pero ello no lo hizo. No lo hizo. Pero la sensación de drenaje se intensificó una docena de muescas, provocando que mi mano brillara débilmente delante de mi cara cuando extendí la mano, mientras intentaba apartar las nubes espesas, de color negro azulado para ver. Pero eso no quería que yo viera. Si pudiera ver, podría encontrar mi camino de regreso, y una vez dentro de mi cuerpo, no sólo tendría su protección, además la del talismán de Pritkin, también.

Pritkin. El nombre causó dolor, provocó que mi tenue concentración tambaleara, y sentí un golpe punzante a una cara ya no tenía. Un sentimiento... el sentimiento de conseguir matarlo en la batalla. No un rato, ni ocasionalmente, sino que casi todo ese tiempo de mierda estuve sola. *No dejes de llorar o gimotear o lamentar, en la batalla no, nunca en la batalla. Eso es para después, cuando estés a salvo, cuando estés en casa. ¿Entiendes?*

Lo había entendido. Le había dicho que lo entendía. Lo había prometido, y ahora yo tenía que... tenía que hacerlo... concentrarme.

Sí, tenía que concentrarme. Tenía que regresar a mi cuerpo... mi cuerpo. ¿Dónde estaba mi cuerpo? No podría verlo. Y ahora eso hacía daño como la sensación de cansancio, agotamiento y...

Las nubes negro azuladas estaban por todas partes, casi por completo cortando toda visión. Me lancé hacia adelante, con la esperanza de ir en la dirección correcta, sólo era capaz de vislumbrar, aquí y allá, de las estrellas y los árboles y mi cuerpo, que parecía estar cambiando constantemente de posición. Sabía que él no se movía, sabía como yo tenía que actuar, por supuesto, pero no podía parecer detenerle.

Levanté una mano, tenue, muy tenue, casi transparente ahora. Pude ver la niebla a través de ella, como si fuera casi una parte de ella, como si estuviera flotando lejos...y quizá lo estaba. Quizá él lo tenía. Quizá lo tenía yo. Las cosas estaban poniéndose más tenue, más difíciles de ver, y no sabía si era por las nubes cada vez más gruesas con la energía robada o por mi visión debilitándose, pero de cualquier manera, era una muy mala noticia. Porque no podía ver nada ahora en absoluto.



Me encontré de todos modos, con la esperanza de que, literalmente, tropezara con mi objetivo. ¿Lo conocería? Creía que lo conocería, pero ¿cuáles eran las probabilidades? Era una colina enorme y mi cuerpo era pequeño y yo no podía ver...

—¡Cassie!

El sonido era vago y confuso, al igual que mi forma, como todo. Ni siquiera estaba segura de lo que había oído, pero entonces se oyó otra vez, un leve sonido, un eco, pero más fuerte a la derecha. ¿Era? Pensé que sí, e instintivamente me moví en esa dirección.

—Cassie! —Llegó de nuevo, más cerca ahora, o lo parecía, quizás... Yo realmente no podría decirlo. No tenía orejas; ¿cómo podía oír sin orejas? No estaba muy segura de tener mucho de nada, y tenía la sensación de algo consistente, como un cuerpo puede ser demasiado para sostenerme en este momento. Había el destello de una bola de plata oscura, una luz un poco titilante contra una pared de nubes, brillante, muy luminosa, contra la oscuridad. Pero probablemente se trataba de hacer eso. No podía ver, después de todo. No tenía...

—¡Cassie!

Me moví bruscamente, porque eso había estado muy cerca. Realmente cerca. Cerca, muy cerca, en alguna parte...

Allí.

Sentí un cuerpo, no el mío, pero familiar. Cálido. Tan lleno de vida.

Dolía.

¿Por qué dolía?

—¡Cassie! Escúchame. Tiene que fusionar con su cuerpo. ¡Tiene que hacerlo ahora!

Mi cuerpo. Sí. Tenía que volver a... ¿pero dónde estaba? Extendí una mano, o lo que habría sido una mano si tuviera manos, un zarcillo de poder, de todos modos...

Y entonces lo arranqué de nuevo, mientras lloriqueaba de dolor, después de que algo que parecía como una mordedura directamente en sí misma. ¡Dios! eso había hecho daño. Pero aclaró a mi mente, o lo que quedaba de ella, porque de repente lo recordé. Mi cuerpo... estaba en el suelo.

Me sumergí, y algo gritó en mi oído, un grito furioso, chillón, lleno de hambre, dolor y desesperación...

Y entonces estaba de vuelta, llenándome a mi misma no en una rápida carrera como lo habría hecho antes, sino con un goteo diminuto aquí y allí. Es curioso, no parecía tan diferente, estar de vuelta. No se sentía diferente en absoluto.



Me quedé mirando al cielo fijamente, a la lluvia que caía casi en línea recta, resaltando aquí y allá por las vigas dispersando la luz de la luna. No era suficiente para ocultar las estrellas, las cuales estaban parpadeando con pinchazo brillantes a través de los árboles. O la luna, cabalgando en un mar de nubes sobre la cabeza, plateando el paisaje. Hermoso.

Y me pregunté si estaba soñando Y entonces supe que lo estaba, porque él estaba allí. Con sus fuertes brazos a mi alrededor, tirando de mí hacia arriba. *Hermoso*, pensé, mirando sus ojos verdes claros.

Él me recogió, plegándome bajo su barbilla, y pensé que había algo... algo extraño sobre...

Él llevaba puesto una camisa demasiado clara para el clima, de fino algodón, con las mangas subidas hasta los codos, mostrando los tendones de los antebrazos. Sus antebrazos... eso era todo. Podía ver los brazos que había envuelto a mí alrededor, porque no llevaba su viejo abrigo, desgastado. Pero Pritkin siempre lo llevaba... ¿no? Por alguna razón flotaban aquí y allá, lanzando a través de mi mente como una mariposa... pero no pude... no podía atraparlo...

—Cassie. —Sus dedos caliente se arrastraron por mi mejilla, mi cuello.

Tan cálido, tan caliente. ¿Él estaba sanando? No podía recordar que él estuviera tan caliente. Pero se sentía bien. Se sentía...

Un suspiro se filtró fuera como la sangre.

Nos sentamos aprovechando ese momento, con su fuerte pecho a mi espalda, sus fuertes brazos a mí alrededor, tan sólido, conectando con tierra, cuando me sentí como si pudiera salir flotando. Mi cabeza colgaba atrás contra su hombro.

Parecía demasiado difícil de continuar sosteniéndola. Su mano se acercó, enterrándose en mi pelo, sujetando con fuerza. Y a continuación, él me extendió con cuidado de nuevo sobre el césped.

Su cara pasó la vista por encima de mí. Él parecía diferente, y no era sólo su abrigo. Su pelo estaba revuelto, desordenado y sedoso.

Sus ojos eran cálidos, las líneas alrededor de su boca profundamente grabada.

Él estaba respirando con dificultad. Observado los rizos de él, el aire de color plata en un cielo color de plata...

Quizás estoy soñando, pensé vagamente. Quizá él no estaba ahora mismo aquí, sólo alguna sombra a la que yo había conjurado porque no quería morir sola. Pero él parecía real, claramente definido en las oscuras sombras, resaltando la curva de su cuello, la anchura de sus hombros, por la luz de la luna. Sustancial e innegablemente aquí.



Mis dedos se enroscaron alrededor de los suyos, y él los atrapó con fuerte agarre.

Pensé que podría escribir un artículo de diez páginas, con ilustraciones en todas las formas características diferentes de Pritkin de los estándares habituales de la belleza, pero eso no cambió nada de lo que vi cuando miré al hombre.

—Guapo —le susurré. Él cerró sus ojos.

Las nubes sobrecargadas rompieron rompió con un estruendo, con suspiro la lluvia cayó como un velo sobre el horizonte. La estaba mirando, fascinada por la forma en que se veían borrosas las montañas lejanas, la forma...

Las manos de Pritkin enmarcada mi cara. Él se inclinó más cerca, hasta que sus pestañas acariciaron mi mejilla, hasta que sus labios tocaron los míos.

—Bésame.

O, por lo menos, ése es lo que pensé que dijo. Pero era difícil de oír. Algo así como un murmullo de voces murmurando en mi cabeza, como una colmena llena de abejas perezosas, incapaces de expresarse e insistente, creciendo y menguando. Me hubiera gustado que se callaran.

—Cassie —sus dedos se tensaron—. Sé lo que quieres decir.

Y entonces él estaba besándome, unos labios suaves y ligeramente agrietados en los míos, el rasguño de una barba de tres días contra mi piel, la suavidad de los dientes, la lengua. Él sabía a café, electricidad y energía, tanto poder. Llenó mi boca, como el whisky, como la mejor bebida que jamás había tenido. Que fluía por mi garganta, ardiendo a lo largo de todos los miembros, fortaleciendo los nervios para volver a vivir, llenando las venas, haciendo que de mi corazón se acelere en el pecho.

De repente, pude respirar de nuevo, no superficialmente, sino totalmente, profundamente. Sólo que yo no quería respirar. Yo le quería a él. Mis manos se acercaron, enterrándose en su pelo, sujetándole, bebiendo de él, desesperada y torpe, ávido y voraz. Todo caliente y bueno y poderoso y... ¡Dios! ¡Oh Dios, todo genial!

Gemí y me abalancé sobre él, tan y tan hambrienta.

Sus manos se posaron en mi cintura, sin acariciar, tocando apenas. Sosteniéndome simplemente en el lugar cuando tomé lo que yo necesité. Pude verlo en mi mente, como he visto el poder Pythian a veces, una brillante corriente dorada desbordándose de él y en mí, tan bueno. Y entonces sus manos estaban apretando, sosteniéndome, presionando con fuerza, durante un instante, breve instante.



Y luego había gente, gente de todas partes, corriendo, gritando y tirando de mí. Tirando para separarnos. Traté de luchar contra ellos y mis extremidades en realidad parecían funcionar ahora, responder a mis órdenes. Pero eran vampiros y muy fuertes y...

Y él se había ido. La ladera estaba girando, caras de las personas y las serpentinas de humo y la lluvia desenfocando todo juntos en un caleidoscopio sin importarme, porque no los quería, quería a Pritkin. Luche por levantarme, y alguien trató de empujarme hacia abajo, les gruñí y ellos me permitieron ir.

Fui a trompicones, desnuda y embarrada, ensangrentado y medio loca, pero él no estaba allí, no estaba allí. Y en un instante, supe por qué. Me lo había dicho él mismo: humanos o variedades de demonios. Yo le había dado poder para salvar su vida, y ahora él lo había devuelto. Y mientras que eso no significaba nada en términos humanos, a excepción de la emergencia y necesidad, la única salida posible, con los términos del demonio significa...

Es decir...

—¿Qué has hecho? —le grité a nadie, porque él no estaba allí.

Me dejé caer de rodillas, gritando con furia, y la tierra tembló. Una ola de tiempo hirvió bajo la tierra, provocando que las raíces salieran rápidamente de la tierra, empujando los cantos rodados, enviando una cascada de lodo y escombros caer por la colina y obligando a varios vampiros a que saltaran completamente fuera del camino. *Tanto poder*, pensé con voz apagada.

Y no me hizo ningún bien, no me sirvió de nada, ni me hizo ningún bien.

—Ahora ya —dijo alguien con aprobación— eres un Pythia²⁷.

Y después la oscuridad.

27 Pitonisa.



Epilogo

*Traducido por Pimienta
Corregido por Andy Parth*



Me desperté en la cama para encontrar a un vampiro en mi habitación.

Estaba sentado en la silla en la esquina, hojeando un periódico. La página principal se volvió hacia mí, y el titular era un poco difícil de pasar por alto. Una palabra, en enormes letras en negro: LA DIOSA.

La miré durante un largo minuto, llenándome de una sensación de vacío, sin sentir nada. El vampiro dio la vuelta a otra página.

—No tienes que estar aquí —le dije a Marco.

Un par de cejas espesas apareció sobre el papel.

—¿Me patearás?

—No —dije. Y entonces me puse a llorar.

Se acercó y me tomó. Era grande, caliente y lo suficientemente inteligente como para no decir nada. Lloré mojándole la camisa. Yo era muy dura con sus camisas.

—Tengo más —me dijo, y me dio un pañuelo. Era grande, como todo lo relacionado con él. Yo sólo lo cogí.

No me importa una mierda lo que pareciera.

—¿Qué pasó? —pregunté, después de un tiempo.

El gran pecho de Marco se levantó y bajó en un suspiro.

—Bueno, tal y como yo lo entiendo, te presentaste para tu coronación desnuda, enrollada alrededor de un poco de barro y polvo de dragón, y después acabaron con el mago. Nadie sabe realmente lo que pasó, pero impresionó como a la mierda a los senados. Se firmó la alianza a principios de esta mañana.



—De acuerdo.

—Además, cogieron esa cosa que te atacó. Ya sabes, ¿la Morrigan?

—Uh-huh.

—Ella dice que fue obligada a hacerlo debido a que los Green Fey invadieron y secuestraron a su marido. Supongo que están trabajando para los chicos malos ahora, sólo que nadie parece saberlo realmente. De todos modos, dijo que está dispuesta a olvidar el pasado si nosotros ayudamos a que vuelva.

—¡Qué generoso!

—Sí. Eso es lo que dijo. Pero ese tipo, Marsden, está considerando la posibilidad de tomar la oferta.

Incliné mi cabeza para mirarlo. —¿Por qué?

—Él estuvo aquí toda la mañana, leyendo las cartas de tu padre. Resulta que todos los hechiceros están preocupados por... ¿Cómo se llama el hechizo que mantiene a los dioses aquí?

—¿El *Ouroboros*?

—Sí, ese es uno. Parece que no estaba relacionado contigo en todo. Incluso si ese Spartoi te hubiera matado, no habría hecho ningún bien.

—Pero algo se está manteniendo activo. Y si mi madre no está aquí...

—Yo no entendía todo lo que el anciano dijo —me dijo Marco—, pero parece que hizo algo para fusionar su alma con tu padre antes de morir, ¿sabes?

Me senté y me volví hacia él. —Pero él murió con ella.

—Sí, pero su alma se quedó aquí.

Me tomó un momento conseguirlo.

—Debido a que Tony lo atrapó en su condenado pisapapeles.

—Sí. Y todavía está aquí. O con las hadas, en algún lugar de este lado del hechizo. De todos modos, entre las cosas de Marsden llegamos a encontrar la grasa comadreja poco antes de que él se diera cuenta de lo que tenía, y si él está en Faerie, vamos a necesitar ayuda.

Asentí con la cabeza lentamente, pero no estaba pensando en Tony. Me senté allí por un momento, una docena de emociones zumbaban a través de mí. Pero una finalmente se decidió por un nuevo orgullo, feroz y brillante.



Debí de haber sabido que nunca me dejarían ir por ella, tuve que darme cuenta de que ellos la iban a encontrar, tarde o temprano. Estaba débil, posiblemente muriendo, porque no podía ver que ella fuera a ir a la Corte de la Pitia a menos que fuera de extrema necesidad, sin saber lo que le acechaba. No había tenido casi en nadie en quien confiar, ni siquiera en la corte que, como a Myra, la habrían vendido. Pero aún así, había encontrado un camino. Había encontrado una manera de golpearlos a todos.

Me limpié los ojos, me levanté y empecé a ir hacia mi tocador.

—Así que Marsden dijo que necesita saber si tienes alguna idea de por dónde empezar a buscar el pisapapeles —me dijo Marco—. Y hay muchas más cosas en las cartas de tu padre que quiere hablar contigo. Además, Pritkin no se ha presentado y sigue preguntando si yo lo he visto. Le dije lo que pude, pero no...

Miré hacia arriba. —¿Qué le dijiste?

—Pasó por aquí ayer por la noche, cubierto de sangre y vociferando como un loco. Exigió verte, y cuando le dije que pensaba que habías ido a la coronación, me maldijo, se fue hacia el balcón y se lanzó a una línea ley. Eso es lo último que cualquiera de nosotros vio de él.

Pensé que podría llenar el resto. Niall había dado a Pritkin por muerto, pero no había contado con su sangre de demonio y su pura terquedad. El cuerpo de Pritkin había sanado lo suficiente para que él nadara de regreso a la conciencia, al darse cuenta de que el collar se había ido y no tardó en comprender lo que eso significaba. Había venido aquí buscándome, probablemente para advertirme de que no me desplazara, pero ya me había ido. Así que se había ido detrás de mí.

Había ido en pos de mí y él me salvó. Él había dicho que prefería morir antes que volver allí, a la esclavitud, al tierno cuidado de su padre. Pero él me había salvado de todos modos.

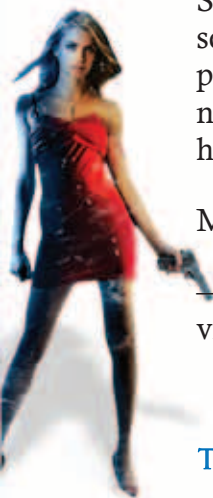
Al igual que mamá, había encontrado un modo de hacerlo.

Me agarró una camiseta y unos pantalones cortos y se fue al cuarto de baño.

—Eso fue un par de minutos antes de que el maestro apareciera de nuevo —dijo Marco—. Sólo que sin ti. Las cosas se pusieron un poco locas después de eso, porque nadie sabía donde se había acabado. Y no podíamos contactar con la casa por teléfono y ni siquiera podíamos ponernos en contacto con nadie mentalmente porque todos estaban en esa cosa portal. Pero no habíamos visto a nadie aquí, así que finalmente nos salimos, sólo para descubrir que nos habíamos perdido toda la emoción.

Me pasó un peine por el pelo y no dijo nada.

—El maestro quería mantenerte en la finca, pero Marsden lanzó un ataque, por lo que se vio comprometido, y te trajo de vuelta aquí —continuó Marco—. El maestro debe de estar



de vuelta tan pronto como pueda librarse de los senadores, y Marsden dijo que lo hará esta noche. Pero quería saber si tú tenías alguna idea de dónde está Pritkin.

—Sí. —Me froté la cara y comencé a vestirme.

El pequeño talismán de Pritkin golpeó mi piel cuando me quité la chaqueta del pijama. Puse una mano en ella, apretando fuerte, y algo grasiento se filtró a través del material y en mi palma. Yo no me la quite.

No había duda de dónde estaba, pero Jonas no lo podía ayudar. Tan pronto como había intercambiado energía conmigo, lo que su padre llamaba “la revocación de su libertad condicional”, Pritkin se había puesto en sus manos. Y no pensé que fuera a ser fácil quitar la libertad. No estaba segura de que ni siquiera fuera posible. No entendía mucho acerca de los reinos de demonios, no sabía qué, en todo caso, se podría hacer.

Pero yo sabía a quién preguntar.

—Por cierto, el vestido llegó —me dijo Marco.

—¿Qué vestido?

—Para la coronación.

Saqué la cabeza por la puerta.

—Ya hicimos eso.

—No, eso fue un baño de barro. Parece que quieren hacer más, hacerlo bien, el próximo sábado.

—No.

—Va a ser aquí, en lugar de en la finca...

—No.

—Es un bonito vestido.

Me puse los pantalones y salí. Marco estaba de pie junto a algo que era algo más que “un bonito vestido”. Era una pieza de arte delicada y brillante. Unas pocas líneas cristalinas esbozaban una forma aquí y allá, como si conectaran con las estrellas de una constelación. Se delineaba el paño suave de la falda, la parte de atrás con corte bajo, el escote...

Y en medio de eso... nada. O, al menos, no había tela.



Era totalmente transparente, con un matiz de azul tenue, como un vestido hecho de hielo o cristal, o la luz que brillaba a lo largo de filamentos de fibra óptica un minuto y se iba al siguiente. Estaba suspendido a pocos metros del suelo y giraba lentamente, perdiendo partículas, brillando suavemente a su paso. Me quedé por un momento, después de que el vestido se convirtiese en un reguero de estrellas, antes de desaparecer.

Estaba un poco preocupada por si la cosa era transparente.

No creía que Agustín hubiera hecho algún tipo de truco, al igual que con la cinta de Françoise. Como si no hubiera enseñado ya todo el paquete a la mayoría de los líderes del mundo mágico. Como si tuviera planeando usarlo.

—Es hermoso —le dije con honestidad, y Marco suspiró.

—No vendrás, ¿verdad?

—Que lo haga mi doble. Ella probablemente es mejor en este tipo de cosas de todos modos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó, mirando con desprecio cuando metí los pies en un par de zapatillas viejas.

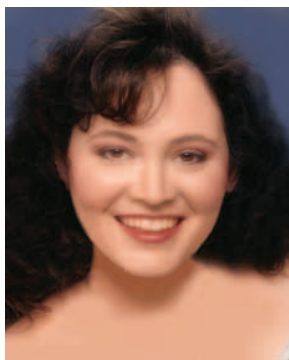
—Levantar algunos Infiernos —le dije.

Y cambié.

Fin



Sobre la Autora



Karen Chance se crió en Orlando, Florida, el hogar de la fantasía, lo que probablemente explica muchas cosas. Desde entonces ha residido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, en su mayoría perdiendo el tiempo, pero en ocasiones la enseñanza de la historia. Actualmente se encuentra de nuevo en Florida, donde planea seguir escribiendo mientras esquivo los huracanes (y en ocasiones de beber unos cuantos).

Karen Chance decidió un buen día dedicarse de lleno a la novela romántica y consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

A pesar de su limitada bibliografía, es una autora que ha conquistado a los lectores de habla inglesa y que ahora podemos leer algunos en nuestro idioma.



Hunt the Moon

CASSANDRA PALMER
KAREN CHANCE

TRADUCIDO, CORREGIDO Y DISEÑADO
EN
PURPLE ROSE

¡TE ESPERAMOS!

[HTTP://WWW.PURPLEROSE1.NET/](http://www.purplerose1.net/)

